

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica)



TESIS DOCTORAL

**Una crítica conceptual del conflicto en el marco de la teoría sociológica
de la globalización: contingencia, heterogeniedad y asimetría**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Beatriz Rodríguez Escudero

DIRECTOR

Rubén Blanco Merlo

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica)



**UNA CRÍTICA CONCEPTUAL DEL CONFLICTO EN EL MARCO
DE LA TEORÍA SOCIOLÓGICA DE LA GLOBALIZACIÓN:
CONTINGENCIA, HETEROGENEIDAD Y ASIMETRÍA**

Autora: Beatriz Rodríguez Escudero

Director: Rubén Blanco Merlo

Resumen

El objetivo de este trabajo ha sido honrar al gran protagonismo del que ha gozado el concepto de conflicto en la tradición de la sociología y aún más si cabe en los debates teóricos que más han recientemente han tenido lugar en su seno. La perspectiva que hemos adoptado, sin embargo, ha sido la de un análisis crítico que nos permitiera afrontar el enmarañado “juego de lenguaje” que se ha constituido en derredor suyo, producto de la multitud de paradigmas teóricos y campos de estudio empírico en los que se ha desarrollado. No ha sido nuestra finalidad tanto el conseguir la definición más depurada del mismo como la articulación de una larga serie de términos inscritos en su campo semántico, con la intención de elaborar una cartografía, lo más inclusiva posible, de los distintos significados, esto es, usos, que en un plano teórico ha recibido el conflicto, pues pensamos que esa diversidad da cuenta de aplicaciones fructuosas y necesidades reales de la investigación. No obstante, hemos tratado de conjugar esa diversidad en un esquema con sentido que pudiera eliminar paradojas y abrir vías alternativas en algunos callejones sin salida.

Nuestra apuesta a la hora de afrontar esta crítica conceptual del conflicto ha sido una reconstrucción teórica a partir de las dimensiones metateóricas que consideramos fundamentales, siendo nuestra principal baza la continuidad con los trabajos que han hecho de la inclusión de la dicotomía conflicto-integración uno de sus rasgos definitorios, frente a los intentos de diversos teóricos de reducirla a algunas de las otras más frecuentemente utilizadas. Hemos defendido, por tanto, la autonomía analítica de lo que hemos preferido llamar relaciones opositivas y no-opositivas en la distinción de tipos teóricos de relaciones, implicando con ello la imposibilidad de limitarlas a uno solo de ellos y potenciando su dispersión en, lo que creemos que es, un reflejo de esa diversidad de usos productivos que hemos podido contemplar en la historia de la sociología.

Pero, como decimos, hemos contemplado esta dimensión del conflicto en sus interrelaciones con otras dimensiones, no de forma aislada, y ha sido a través de ellas como hemos dado forma a esa diversidad que encierra el concepto. En primer lugar, la hemos hecho acompañarse de las que hemos considerado las otras dimensiones metateóricas fundamentales, y hemos tratado de justificar nuestra elección, así como perfilar el sentido en el que nosotros consideramos que es más productivo entenderlas, pues su comprensión dista de ser unívoca. Estas argumentaciones nos han llevado a revisar superficialmente algunos de los debates teóricos clásicos de la sociología. No hemos apostado por fórmulas esencialmente novedosas, pero sí que hemos tratado de hacer una articulación lo más coherente posible.

Nuestro trabajo ha continuado trasladando, en segundo lugar, estas distinciones al análisis de

la globalización. De una parte, esto nos ha permitido probar la utilidad de esos tipos analíticos para el examen de fenómenos sociales, al mismo tiempo que nos ha facilitado un modelo clasificatorio para el inmenso y complejo conjunto de debates que configuran el área de estudio de la globalización. De otra parte, ha hecho posible que sigamos profundizando en la articulación del campo semántico del conflicto, a partir de otras dimensiones de análisis fundamentales para nuestro objeto de estudios -dando un ejemplo, de paso, de los caminos por los que la complejidad del juego de lenguaje del conflicto aumenta incesantemente-. En este caso, la globalización, con su referencia definitoria al estrechamiento de las relaciones a nivel planetario que nos acerca cada día más a una “sociedad mundial”, nos ha parecido poner de especial relieve la simultaneidad -o mejor, “simultaneización”- y sus implicaciones para la teorización social. Para nosotros ha significado la inclusión en el análisis de los conceptos de contingencia, heterogeneidad y asimetría.

Summary

The purpose of this work has been to honour the prominence which have had the concept of conflict in the sociological tradition, particularly in the debates that have recently taken place at its heart. The perspective we have adopted, however, has been a critical analysis which could allow us to confront the complex language game that has been established around it as a result of the multitude of theoretical paradigms and fields of study in which it has evolved. It has not been our objective to reach the most polished definition, but to articulate a long series of terms that are part of its semantic field, with the intention of elaborating a cartography, as inclusive as possible, of all these different meanings, that is to say, uses, which in a theoretical level the conflict has been given, since we think this diversity accounts for fruitful applications and true necessities of the investigation. Nevertheless, we have tried to conjugate this diversity in a meaningful scheme which could put an end to certain paradoxes and open alternative routes in some dead end streets.

Our proposal to face this conflict conceptual critique has been a theoretical reconstruction which starts with the metatheoretical dimensions that we consider fundamental, building on the works that made of the conflict-integration dichotomy one of their defining characteristics, opposing the efforts of various theorists of reducing it to others more frequently used. Therefore, we have stood up for the analytic autonomy of which we prefer to call oppositional and non-oppositional relationships in the distinction of theoretical types of relationships, implying the impossibility of limiting them to just one of them and fostering its dispersion, in what we believe it is a reflection of that diversity of productive uses which one can detect throughout the history of sociology.

But, as we have said, we have contemplated this conflict dimension interrelated with other dimensions, not isolated, and it has been through these connections that we have given shape to that diversity that the concept entails. In the first place, we have made it go alongside of what we think they are the other fundamental theoretical dimensions, and we have tried to defend our choice and to sketch out the way in which we think it is more productive to think of them, as its comprehension is far from unambiguous. This reasoning has led us to examine superficially some classical theoretical debates in sociology. We have not adopted particularly original proposals but we have tried to articulate them in the most coherent manner possible.

Our work went on translating, in the second place, these distinctions to the analysis of globalization. On the one hand, this has allowed us to test the utility of our analytical types in the examination of social phenomena, at the same time that these analytical types have provided us a classification model for the immense and complex set of debates that gave shape to globalization studies. On the other hand, it has made possible for us to keep working in the articulation of conflict semantic field -giving us an example as well of the ways in which the complexity of the language game of conflict grows incessantly-. In this case, the globalization, with its defining reference to the shrinking of relationships at the planetary level that leads closer each day to a “world society”, seemed to us that highlights the simultaneity -or, better yet, “simultaneization”- and its implication for social theorization. For us, it meant the inclusion in the analysis of the concepts of contingency, heterogeneity and asymmetry.

Índice de contenido

Resumen.....	I-III
Agradecimientos.....	8
1. Introducción.....	9
1.1. El dilema conflicto-integración.....	9
1.1.1. Las tradiciones conflictualista e integracionista y su síntesis paradójica.....	9
1.1.2. La ubicuidad del concepto en la teoría sociológica de las últimas décadas.....	12
1.1.3. La necesidad de un concepto de conflicto más matizado.....	16
1.2. La ventaja del uso de los trabajos sobre globalización para esta tarea.....	18
1.2.1. Relevancia y actualidad.....	18
1.2.2. La globalización institucionalizada.....	20
1.2.3. Las globalizaciones del conflicto y las conflictualizaciones de la globalización.....	22
1.3. Estructura del trabajo.....	25
2. Dimensiones metateóricas.....	26
2.1. Introducción.....	26
2.1.1. Las dimensiones metateóricas y la estructura de la tradición teórica de la sociología.....	26
2.1.2. Las dimensiones metateóricas y su superación.....	28
2.1.3. El conflicto como dimensión metateórica.....	30
2.1.4. Las dimensiones metateóricas y la globalización.....	31
2.2. Agencia-estructura.....	34
2.2.1. El debate estructura-agencia: el concepto de regla.....	34
A. <i>La agencia como acción guiada por reglas</i>	34
B. <i>La adaptabilidad de la reglas</i>	37
C. <i>El éxito en la reproducción de la regla</i>	40
2.2.2. El debate determinación-indeterminación: el concepto de poder.....	43
A. <i>La agencia como poder</i>	43
B. <i>Anamnesis y creatividad</i>	47
C. <i>La indeterminación de lo social</i>	50
2.2.3. El debate subjetivismo-objetivismo: el concepto de simetría.....	52
A. <i>La relevancia de las rutinas</i>	52

<i>B. La corporalización de la agencia.....</i>	<i>55</i>
<i>C. La definición de la agencia en sus efectos.....</i>	<i>57</i>
2.2.4. El debate agente-situación: el concepto de relacionalidad.....	61
<i>A. La agencia como falta de autonomía.....</i>	<i>61</i>
<i>B. La relación recíproca situación-acción.....</i>	<i>64</i>
<i>C. La relacionalidad como agencia distribuida.....</i>	<i>67</i>
2.3. Sanciones-definiciones.....	69
2.3.1. La propuesta del eje sanciones-definiciones como segundo eje.....	69
<i>A. Relaciones y reglas.....</i>	<i>69</i>
<i>B. Las dimensiones de las reglas.....</i>	<i>71</i>
<i>C. Número de alternativas y complejidad simbólica.....</i>	<i>74</i>
2.3.1. El debate material-simbólico: el concepto de naturaleza-cultura.....	76
<i>A. La autonomía relativa de lo económico y lo cultural</i>	<i>76</i>
<i>B. La inseparabilidad de lo material y lo simbólico.....</i>	<i>79</i>
<i>C. Lo político como tercio excluso.....</i>	<i>81</i>
2.3.3 El debate racional-irracional: el concepto de razonabilidad.....	85
<i>A. Actores racionales e idiotas culturales.....</i>	<i>85</i>
<i>B. “Reglas de racionalidad” y “reglas sociales”</i>	<i>89</i>
<i>C. Lo expresivo como tercio excluso.....</i>	<i>92</i>
2.3.4. El debate integración sistémica-social: el concepto de estabilización.....	96
<i>A. Relaciones de co-presencia y relaciones distanciadas.....</i>	<i>96</i>
<i>B. Sistema y mundo de la vida.....</i>	<i>99</i>
<i>C. Comunidad y asociación.....</i>	<i>101</i>
2.4. Cuatro distinciones iniciales.....	104
2.4.1. Competencia-cooperación.....	104
<i>A. Definiciones.....</i>	<i>104</i>
<i>B. El entendimiento como base de la cooperación-competición.....</i>	<i>107</i>
2.4.2. Consenso-disenso.....	109
<i>A. Definiciones.....</i>	<i>109</i>
<i>B. Los excesos del normativismo teórico.....</i>	<i>112</i>
2.4.3. Contradicción-consistencia.....	114
<i>A. Definiciones.....</i>	<i>114</i>
<i>B. Las fuentes del conflicto y el cambio social.....</i>	<i>117</i>

2.4.4. Incoherencia-coherencia.....	120
<i>A. Definiciones.....</i>	<i>120</i>
<i>B. Las fuentes de la desviación y la innovación.....</i>	<i>123</i>
2.5. Primera aproximación analítica a la globalización.....	125
2.5.1. Cooperación y competencia.....	125
<i>A. Las figuraciones planetarias vistas como asociaciones.....</i>	<i>125</i>
<i>B. Las luchas globales y su ilegibilidad.....</i>	<i>127</i>
2.5.2. Consenso y disenso.....	129
<i>A. Las figuraciones planetarias vistas como comunidades.....</i>	<i>129</i>
<i>B. La imposibilidad del esperanto.....</i>	<i>131</i>
2.5.3. Consistencia y contradicción.....	133
<i>A. Las instituciones planetarias vistas como asociaciones.....</i>	<i>133</i>
<i>B. Los motores de la globalización.....</i>	<i>135</i>
2.5.4. Coherencia-incoherencia.....	137
<i>A. Las instituciones planetarias vistas como comunidades.....</i>	<i>137</i>
<i>B. Los encuentros entre culturas.....</i>	<i>139</i>
2.6. Conclusiones.....	141
2.6.1. La competencia no implica disenso.....	141
2.6.2. La contradicción no implica competencia.....	142
2.6.3. La incoherencia no implica disenso.....	143
2.6.4. La contradicción no implica incoherencia.....	144
3. La distinción conflicto-desintegración.....	146
3.1. Introducción.....	146
3.1.1. La simultaneidad: cambio histórico y cambio geográfico.....	146
3.1.2. La sociedad en movimiento.....	148
3.1.3. La permanencia del conflicto.....	151
3.1.4. Cuatro problemas.....	153
3.2. Primer problema: fragmentación-integración.....	154
3.2.1. Los agentes circulan.....	154
<i>A. La circulación mundial de los agentes</i>	<i>154</i>
<i>B. La globalización en red.....</i>	<i>159</i>
3.2.2. La fragmentación no es competencia.....	164

A. <i>La ampliación de las redes y la interdependencia en construcción</i>	164
B. <i>Integración y fragmentación: definiciones</i>	170
3.3. Segundo problema: exclusión-inclusión.....	173
3.3.1. Las fronteras se desplazan	173
A. <i>La subjetividad fuera de lugar</i>	173
B. <i>Los lugares sin subjetividad</i>	178
3.3.2. La exclusión no es disenso.....	182
A. <i>La necesidad de pertenencia</i>	182
B. <i>Inclusión y exclusión: definiciones</i>	188
3.4. Tercer problema: acoplamiento-desacoplamiento	191
3.4.1. La oscilación espacial de las estructuras.....	191
A. <i>Lo social más allá de las naciones</i>	191
B. <i>Las naciones fracturadas</i>	195
3.4.2. El desacoplamiento no es contradicción.....	199
A. <i>La precariedad del cierre autopoietico</i>	199
B. <i>Acoplamiento y desacoplamiento: definiciones</i>	204
3.5. Cuarto problema: ininteligibilidad-inteligibilidad.....	207
3.5.1. Los discursos se encuentran y “se pierden”	207
A. <i>El babel global</i>	207
B. <i>El final de las culturas nacionales</i>	210
3.5.2. La ininteligibilidad no es incoherencia.....	215
A. <i>El etnógrafo convertido en nativo</i>	215
B. <i>Inteligibilidad e ininteligibilidad: definiciones</i>	220
3.6. Conclusiones.....	224
3.6.1. La integración como condición de la competencia	224
3.6.2. La inclusión como condición del disenso.....	225
3.6.3. El acoplamiento como condición de la contradicción.....	226
3.6.4. La inteligibilidad como condición de la incoherencia.....	227
4. La distinción conflicto-heterogeneidad	229
4.1. Introducción.....	229
4.1.1. La simultaneidad: cara a cara con la otredad.....	229
4.1.2. La dialéctica heterogeneidad-homogeneidad de la globalización.....	231

4.1.3. El conflicto en ambos lados.....	234
4.1.4. Cuatro problemas.....	236
4.2. Primer problema: Fragmentación-competencia.....	237
4.2.1. La heterogeneidad y la homogeneidad en las redes.....	237
<i>A. La transmisión de lo idéntico.....</i>	<i>237</i>
<i>B. La conexión de lo diverso.....</i>	<i>241</i>
4.2.2. La heterogeneidad no implica fragmentación ni competencia.....	245
<i>A. El valor de la diferencia.....</i>	<i>245</i>
<i>B. Información e intercambio: definiciones.....</i>	<i>251</i>
4.3. Segundo problema: exclusión-disenso.....	256
4.3.1. La heterogeneidad y la homogeneidad en las comunidades porosas.....	256
<i>A. Lo híbrido.....</i>	<i>256</i>
<i>B. Lo cosmopolita.....</i>	<i>261</i>
4.3.2. La heterogeneidad no implica exclusión ni disenso.....	264
<i>A. Los límites de la identidad.....</i>	<i>264</i>
<i>B. Universalización y relativización: definiciones.....</i>	<i>269</i>
4.4. Tercer problema: desacoplamiento-contradicción.....	276
4.4.1. La heterogeneidad y la homogeneidad en el acoplamiento estructural.....	276
<i>A. La aproximación al sistema mundial.....</i>	<i>276</i>
<i>B. La globalización desorganizada.....</i>	<i>280</i>
4.4.2. La heterogeneidad no implica desacoplamiento ni contradicción.....	284
<i>A. La problematización de la complejidad.....</i>	<i>284</i>
<i>B. Desdiferenciación y complejización: definiciones.....</i>	<i>289</i>
4.5. Cuarto problema: Ininteligibilidad-incoherencia.....	294
4.5.1. La heterogeneidad y la homogeneidad en la interculturalidad.....	294
<i>A. El multiculturalismo.....</i>	<i>294</i>
<i>B. Las lenguas francas.....</i>	<i>298</i>
4.5.2. La heterogeneidad no implica inteligibilidad ni incoherencia.....	302
<i>A. Las inteligibilidades parciales.....</i>	<i>302</i>
<i>B. Pluralización y categorización: definiciones.....</i>	<i>306</i>
4.6. Conclusiones.....	311
4.6.1. La heterogeneidad como fuente de integración y cooperación.....	311

4.6.2. La heterogeneidad como fuente de inclusión y consenso.....	313
4.6.3. La heterogeneidad como fuente de acoplamientos y consistencia.....	313
4.6.4. La heterogeneidad como fuente de inteligibilidad y coherencia.....	315
5. La distinción conflicto-asimetría.....	316
5.1. Introducción.....	316
5.1.1. La simultaneidad: la multiplicación de las desigualdades.....	316
5.1.2. El eje global-local como nueva asimetría.....	318
5.1.3. El conflicto y el poder.....	320
5.1.4. Cuatro problemas.....	322
5.2. Primer problema: Fragmentación-competencia.....	323
5.2.1. La asimetría inter e intra redes.....	323
A. <i>Redes fuertes, débiles y desconectados</i>	323
B. <i>La jerarquía en el interior de las redes</i>	329
5.2.2. La asimetría no implica fragmentación ni competencia.....	334
A. <i>Explotación vs. Exclusión</i>	334
B. <i>Cierre y explotación: definiciones</i>	339
5.3. Segundo problema: Exclusión-disenso.....	346
5.3.1. La asimetría inter e intra comunitaria	346
A. <i>Las identidades de resistencia</i>	346
B. <i>La expropiación de la otredad</i>	350
5.3.2. La asimetría no implica exclusión ni disenso.....	356
A. <i>Identidad, diversidad y poder</i>	356
B. <i>Hegemonización y traducción: definiciones</i>	362
5.4. Tercer problema: desacoplamiento-contradicción.....	368
5.4.1. La asimetría en los acoplamientos estructurales.....	368
A. <i>El dominio del capitalismo global</i>	368
B. <i>El declive del estado-nación</i>	374
5.4.2. La asimetría no implica desacoplamiento ni contradicción.....	378
A. <i>Determinismo y estructuras dominantes</i>	378
B. <i>Colonización y determinación: definiciones</i>	382
5.5. Cuarto problema: Ininteligibilidad-incoherencia.....	387
5.5.1. La asimetría en los acercamientos culturales.....	387

<i>A. Neocolonización cultural y terceras culturas.....</i>	<i>387</i>
<i>B. Multiculturalismo y choque de culturas.....</i>	<i>393</i>
5.5.2. La asimetría no implica ininteligibilidad ni incoherencia.....	396
<i>A. La cultura como campo de batalla.....</i>	<i>396</i>
<i>B. Asimilación y enmarcación: definiciones.....</i>	<i>401</i>
5.6. Conclusiones.....	406
5.6.1. La asimetría como fuente de integración.....	406
5.6.2. La asimetría como fuente de inclusión.....	408
5.6.3. La asimetría como fuente de consistencia.....	409
5.6.4. La asimetría como fuente de inteligibilidad.....	410
6. Conclusiones.....	412
6.1. Un mapa del conflicto para un mundo global.....	412
6.2 La conflictualidad de la globalización.....	416
6.2.1. Redes y flujos.....	416
6.2.2. Hibridez y cosmopolitismo.....	418
6.2.3. Sistema inter-estatal y capitalismo mundial.....	420
6.2.4. Multiculturalismo y macdonalización.....	422
6.3. La globalidad del conflicto.....	424
6.3.1. El conflicto como competencia.....	424
6.3.2. El conflicto como disenso.....	427
6.3.3. El conflicto como contradicción.....	429
6.3.4. El conflicto como incoherencia	431
6.4. Apuntes finales.....	434
BIBLIOGRAFÍA.....	436

Agradecimientos

Me gustaría haber escrito unos agradecimientos más efusivos, pero la timidez me lo impide. Sé que todos los mencionados entenderán, no obstante, que es más una cuestión de carácter que de falta de cariño. Comienzo, por supuesto, con los agradecimientos para los dos directores que he tenido, a Javier Noya por su ayuda durante la mayor parte de los años que me ha llevado esta tesis, y a Rubén Blanco por apoyarme para conseguir terminarla. Me gustaría también mencionar a todos los sociólogos y sociólogas con los que he estudiado durante la licenciatura y los años de doctorado, sobre todo a Nerea, Violeta, Silvia, Sandra, Yeray, Irene, Fernán y, con particular cariño, a Laura. Dejando a un lado la sociología, mi mayor gratitud es para mi familia, para Rodrigo, para Esther y Alberto y, muy especialmente, con sociología y sin ella, para Javi.

Termino con unos agradecimientos un poco particulares, dirigidos a todos los profesores con los que he aprendido más de teoría sociológica (mi pasión y mi principal motivación para escribir esta tesis), que incluyen a una buena parte de los profesores de este departamento, pero que se extienden a otros cuantos. Estos agradecimientos, en cualquier caso, van más allá de la tesis, ya que están motivados simplemente por el placer que ha sido para mí, pase lo que pase con la tesis, el tiempo empleado en estudiar teoría.

Esta tesis está dedicada a mi padre, y aquí me voy a extender un poco, porque sin duda él influyó mucho en que haya acabado escribiéndola, y no porque le haya preocupado nunca mucho mi carrera académica, que nunca lo hizo, sino por haberme animado siempre a dedicarme a lo que me gustara y a ser ambiciosa y crítica, y por haber condescendido (al igual que mi hermana) a discutir conmigo de política y economía (su campo) desde muy pequeña (además de haberme enseñado a jugar a todos los juegos de cartas y estrategia a su alcance, algo que no tiene nada que ver con la sociología ni con la tesis, al menos directamente, pero que me quiero dar el capricho de mencionar, porque es algo que me ha marcado y que siempre nos unió mucho).

1. Introducción

1. Introducción

1.1. El dilema conflicto-integración

1.1.1. Las tradiciones conflictualista e integracionista y su síntesis paradójica

La dimensión conflicto-integración ha sido, sin duda, uno de los principales ejes de estructuración de la teoría sociológica, junto con el par estructura-agencia y el par material-simbólico. No obstante, ya desde este momento nos encontramos con la diversidad de formulaciones a la que nos referiremos a lo largo de nuestro trabajo, pues ¿no es acaso discutible que el opuesto de conflicto sea la integración? Ciertamente, no ha sido el único término escogido por los autores como contrario. Otros candidatos destacados han sido, por ejemplo, el consenso y el orden. Una simple búsqueda en un diccionario de antónimos nos deja varios candidatos más: paz, concordia, acuerdo. La selección de uno u otro opuesto al conflicto no es, por supuesto, neutral. Hablar de integración parece remitirnos a un entendimiento del conflicto como enfrentamiento entre grupos fragmentados, donde lo que destacaría es la desunión, la pluralidad. Hablar de consenso, por su parte, nos lleva a pensar en el conflicto en términos de luchas abiertas, de discusiones y desacuerdos públicos, de proyectos alternativos e irreconciliables para la vida común. Por último, hablar de orden nos invita a pensar el conflicto como una situación de crisis, de caos, poniéndonos prácticamente en el escenario del estado de naturaleza de los pensadores del contrato social. No es por tanto trivial cuestionar en qué términos se construye la dimensión conflictual, a pesar de las afinidades de todos ellos. El pensar es relacional, y las relaciones que establecemos entre los conceptos son determinantes.

Nos encontramos así con la necesidad de justificar, de entrada, la elección del concepto de “integración” como antónimo del de conflicto. Pues bien, la única razón que podemos aducir para decantarnos por él es su peso en la historia de la teoría sociológica, su utilidad para guiarnos entre los diversos enfoques que se han enfrentado y aunado en torno a esta temática. Es, por tanto, una elección de carácter eminentemente práctico y no pretendemos ir, en este momento, más allá de ahí. Y ello, precisamente, porque no pensamos que como tal, sea posible encontrar un sólo opuesto para el concepto de conflicto. No, desde luego, si pretendemos que cubra todos los ámbitos que

1. Introducción

cubre en el discurso sociológico actualmente este concepto. Nos contentamos, entonces, con una distinción que tenga sentido y sea lo suficientemente familiar para el lector.

Pensamos que el concepto de integración sea probablemente el mejor candidato para ello por su vinculación con una corriente teórica en la que inmediatamente nos lleva a pensar: el funcionalismo. Aunque la historia de la teoría sociológica no arranque con Talcott Parsons y aunque, indudablemente, se puede discutir el grado de conflictualismo presente en la obra de los autores anteriores a él, fue su modelo teórico el que seguramente más hizo por consolidar la división entre teorías conflictualistas e “integracionistas”. A su pesar, quizá, pues seguramente el propio Parsons pretendía haber reflejado los aspectos conflictuales del orden social y, de hecho, no son pocas las páginas dedicadas en sus libros a las deficiencias de la socialización, la desviación, las interpretaciones discordantes de los roles, etc. No obstante, a pesar de sus declaraciones de que “todo sistema social está, en algún grado, mal integrado” (Parsons, 1976: 170), la misma formulación del problema hobbesiano como base de la teoría sociológica, da muestra de su priorización del orden social.

Esta inclinación hacia la integración hacía destacar la profunda oposición entre el funcionalismo y el marxismo, y no falta quienes, de hecho, apuntan a la deficiente incorporación del pensamiento marxiano como causa fundamental del olvido del conflicto en el funcionalismo parsoniano. Sea como fuere, el contraste entre una escuela de pensamiento orientada al “problema” de la desviación y otra donde primaban las luchas de clases, la coerción estatal, el dominio ideológico y un largo etcétera de problemas relacionados con la conflictualidad social, era evidente. Sin embargo, la brecha no tardo en cerrarse, o al menos estrecharse, con pensadores en ambos bandos que consideraban inevitable hacer concesiones al “enemigo”. Por un lado, la integración de la clase obrera en el capitalismo democrático-liberal tras la II Guerra Mundial, animaba a muchos marxistas a considerar, con pesimismo, las dinámicas de reducción del conflicto y los procesos de creación de orden y consenso. Se criticaba la inautenticidad de la vida en ese orden social, pero se admitía la “pacificación” de la lucha de clases. Por otro, desde la sociología institucionalizada, se hacía patente el sesgo funcionalista y se trataba de encontrar un equilibrio entre ambos bandos. A pesar de que la denominada “sociología del conflicto” incluía a un gran número de autores (Dahrendorf, Lockwood y Rex, por mencionar los más destacados), y del papel crucial jugado por otros que no se integraban en ella a la hora de flexibilizar la relación entre conflicto e integración -y nos referimos, por supuesto, a Merton- nos queremos detener aquí en Lewis Coser.

1. Introducción

Aunque no sea uno de los autores más populares en la historia de la teoría sociológica, Coser sin duda ha tenido una influencia decisiva en la construcción del “sentido común” sociológico. Desde el mismo título de su obra, *Las funciones del conflicto social*, vemos ya la orientación de su trabajo a mostrar que, no sólo no se puede derivar de axiomas teóricos la preponderancia empírica del conflicto (como aprendieron los pensadores marxistas tras la II Guerra Mundial) ni se puede apostar por modelos reductivos que dejen inexplicados los evidentes y constantes enfrentamientos entre grupos sociales (como aprendieron los teóricos del conflicto), sino que había que hacer entrar en el pensamiento sociológico las interacciones recíprocas entre conflicto e integración. Partiendo de la sociología del gran olvidado entre los clásicos, Georg Simmel, Coser enunciaba a lo largo de la citada obra una serie de principios que argumentaban, para resumir, que el conflicto no sólo era una dinámica fundamental en las sociedades, sino que estaba estrechamente relacionada con los procesos de creación de orden: el conflicto servía a la integración social.

Si le damos tanta importancia a la propuesta de Coser es porque esa resolución del dilema conflicto-integración, en los términos de esa síntesis paradójica, ha tenido una larga vida en las corrientes teóricas posteriores, hasta convertirse en un lugar común de la sociología. Este consenso en torno a la superación del dilema en términos de no-contradicción sino refuerzo mutuo de los conceptos opuestos, se consolida en las décadas de los 70-80 y permanece poco cuestionado hasta la actualidad. Las formulaciones han sido, por supuesto, tan diversas como los autores que la suscriben y es precisamente esta diversidad la que da muestra de su éxito: la síntesis del dilema conflicto-integración ha sido adoptada por sociólogos pertenecientes a las más diferentes líneas de pensamiento. Nos encontramos, por ejemplo, autores como Luhmann que argumentan que “la afirmación decisiva de la teoría de sistemas es que los conflictos son sistemas”; otros, tan poco afines al posicionamiento teórico de Luhmann, como Giddens, afirman que el sistema se produce a través de sus contradicciones (y no a su pesar); Bourdieu dedica buena parte de su obra a explicar como las luchas en el campo contribuyen a la reproducción de las relaciones que lo estructuran; Collins defiende que la solidaridad emocional no suplanta al conflicto, sino que lo alimenta; etc. Incluso, en campos teóricos más localizados, como el área de investigación de los movimientos sociales, autores como Melucci afirman que el conflicto social previene el cierre del sistema y le obliga a innovar. Y esta es sólo una breve lista que incluye sólo unos pocos de los más populares de los muchos ejemplos posibles.

La conclusión de este breve repaso de la tradición conflictualista-integracionista, por tanto, es que el dilema se ha resuelto. La teoría se ha hecho consciente de la imposibilidad de pensar la

1. Introducción

realidad social desde ninguno de los dos ángulos de forma exclusiva y, aún más, de la relación de íntima reciprocidad que existe entre uno y otro.

1.1.2. La ubicuidad del concepto en la teoría sociológica de las últimas décadas

A pesar del alto grado de consenso alcanzado en torno al punto de equilibrio existente en la contraposición conflicto-integración, difícilmente se puede hablar con un mínimo de justicia de un protagonismo similar de ambos conceptos en la teoría sociológica más reciente. Aunque no es el objeto de esta investigación hacer un análisis de las causas de ello, se puede afirmar que el concepto de conflicto ha ganado una relevancia incuestionable, y se pueden aventurar explicaciones tanto “internalistas” como “externalistas”.

Por un lado, a pesar del promisorio “fin de la historia” que se anunciaba como Buena Nueva tras la caída del bloque comunista desde algunos sectores, las últimas décadas no han sido precisamente pacíficas. Se iniciaban con una cruenta guerra étnica en la frontera de “la Europa unida” y le ha sucedido la asimétrica guerra contra el terrorismo, que llegaba a golpear en el corazón mismo del Imperio sin que, entre tanto, dejaran de reproducirse las guerras y conflictos violentos en el resto del mapa, aunque castigando especialmente, como es habitual, las regiones más empobrecidas. Y los conflictos no se terminan con los enfrentamientos bélicos en la “periferia” del sistema, sino que episodios de violencia de todo tipo se suceden en el seno de las “pacificadas” sociedades occidentales, como tuvimos ocasión de ver con la cuestión de las revueltas londinenses, la terrible matanza vinculada a la extrema-derecha noruega o a través de distintos episodios de represión policial en nuestro país.

Si eso fuera todo, aún podríamos considerar que vivimos una época de paz social, con la conflictividad reducida a focos bastante localizados. Pero, evidente, la violencia no pone coto a todo lo que puede ser englobado como enfrentamiento y la proliferación, fuerza y pluralidad de los movimientos sociales a lo largo y ancho del mundo dan muestra de que el conflicto se encuentra en prácticamente todos los ámbitos imaginables. Sería ilusorio pretender dar cuenta de forma exhaustiva y mínimamente razonable de todos ellos en unas pocas líneas, pero para dejar constancia de su inmensidad no podemos dejar de señalar algunos ámbitos, aunque sólo sea a modo de ejemplo. Se ha visto, primero, una fuente inagotable de cuestionamiento de los órdenes sociales existentes desde el campo de las subjetividades, quizá con el feminismo como protagonista, pero no cómo único componente, como se ve en la importancia de las reivindicaciones del movimiento

1. Introducción

LGBT o lo que se ha llamado “la guerra de las culturas” para referirse a la diversidad de reivindicaciones que tienen en su centro la cuestión de la etnicidad y las identidades post-coloniales. El movimiento ecologista ha cobrado también una fuerza muy importante, llegando hasta el sistema de representación parlamentaria, pero sobre todo generando una nueva conciencia sobre las relaciones sociales con la naturaleza, que cuestiona las bases mismas del capitalismo democrático que vivimos, trátase ya de la necesidad de democratización de la ciencia, de la irresponsabilidad medioambiental de la industria o de la cultura consumista y su imparable carrera hacia el agotamiento de los recursos y la inundación del globo terráqueo con residuos. Así mismo, la revolución de las tecnologías de la información ha sido cualquier cosa menos “armoniosa”, con innumerables contenciosos respecto al control de la información, un inacabable debate en torno a los derechos de propiedad intelectual y el surgimiento de grupos que rechazan las democracias de masas en su formulación actual y reivindican una democracia más participativa basada en las posibilidades abiertas por Internet -por no entrar al capítulo de como estas tecnologías están sirviendo para coordinar todo tipo de revueltas y movimientos insurgentes, como se vio en las revoluciones en los países árabes-.

Pero ni siquiera en el ámbito de la economía capitalista mundializada se ha conseguido, tal y como se pronosticaba, el fin de las divisiones. El surgimiento de nuevos polos de desarrollo no ha puesto fin a las desigualdades económicas entre regiones del planeta y el movimiento altermundista ha sido un nuevo foco de conflicto social importante. Tanto en las regiones empobrecidas como en el seno de las naciones ricas, la lista de las causas reivindicadas por este movimiento es, como en los otros casos, prácticamente inacabable: redistribución más equitativa de los recursos, la lucha por un comercio justo, la condonación de la deuda, el aumento de la contribución de los países ricos al desarrollo de los más desfavorecidos... Y si, a pesar de que en el movimiento anti-globalización siempre hubo presencia de los movimientos obreros de los países occidentales preocupados por el incremento de las desigualdad en los países industrializados y del debilitamiento del poder de negociación por parte de los trabajadores, podía parecer que el crecimiento económico de los 90 y parte de la década siguiente iba a reproducir la integración y la paz social que ya se experimento con el crecimiento económico de la década de los 50 y 60, la actual crisis financiera internacional ha hecho resurgir con potencia las reivindicaciones de justicia social y de una gestión auténticamente democrática de la economía, como se vio, al menos parcialmente, en las reivindicaciones del movimiento 15-M en España, pero como se ha visto, en cualquier caso, en las

1. Introducción

movilizaciones acontecidas en distintos países de la Unión Europea ante el avance de los recortes en el Estado de Bienestar que provocó la crisis de la deuda.

El panorama global es, sin duda, un panorama de conflictividad social. Pero, como decíamos más arriba, encontramos un vívido reflejo de esta preponderancia “empírica” del conflicto en su preponderancia teórica. Si bien es cierto que sería difícil imaginar que la teoría sociológica hubiera podido mantenerse al margen de este escenario de luchas y reivindicaciones múltiples, también siguiendo el rastro del camino recorrido por distintas corrientes teóricas nos encontramos con las bases sobre la que se ha construido.

No consideramos un excesivo atrevimiento atribuir una buena parte del peso de la explicación a la importancia que el conflicto ha tenido en el pensamiento de la denominada “generación de los compiladores”, cuya obra ha conformado en buena medida el canon de la sociología institucional en las últimas décadas. No cabe duda de que tanto en la obra de Giddens como en la de Bourdieu el conflicto ha jugado un papel central. Tanto el británico como el francés han heredado de Marx y Weber las mejores intuiciones de la sociología clásica respecto a la relevancia del conflicto como clave de la explicación sociológica, incorporando a sus teorías la importancia de las luchas, los efectos paradójicos de las consecuencias no buscadas de la acción, la distribuciones desiguales de recursos, la multidimensionalidad de los enfrentamientos y las relaciones inextricables del poder con el orden social. Sus mismas argumentaciones contra el consensualismo que siempre se achaca a Habermas -el compilador menos conflictualista, seguramente-, dan muestra de la importancia que otorgan a esta dimensión de la vida social. Y, desde luego, el debate generado en torno a la obra del heredero de la Escuela de Frankfurt y que en absoluto puede limitarse a los sociólogos mencionados, no deja de ser otro gran ejemplo de lo profundamente asimilada que está la visión conflictualista y el grado de rechazo, casi visceral, que producen los modelos que menos lo favorecen o que parecen de alguna manera negarlo.

Pero no se puede hacer derivar el conflictualismo de Giddens y Bourdieu sólo de la sociología clásica o de la lección aprendida en el enfrentamiento entre funcionalismo y marxismo. En ambos casos ha contribuido -aunque Giddens es quien lo hace más explícito- otra corriente teórica, no propiamente sociológica, que consiguió un gran protagonismo en la década de los 70. Nos referimos, por supuesto, al post-estructuralismo, que deja de lado la cohesión y ahistoricidad que presupone el estructuralismo y abre un camino fundamental del debate en torno al conflicto y al poder. Aunque hacer un análisis razonablemente riguroso de esta compleja tradición de pensamiento requeriría una tesis completa y escapa por completo de nuestras capacidades, no se puede obviar

1. Introducción

cómo las reformulaciones de las concepciones tradicionales del poder hechas por Foucault y su imbricación con la formación de subjetividades, el llevar la desintegración hasta el corazón mismo del individuo como hace Lacan desde la tradición del psicoanálisis, y las argumentaciones de las conexiones entre poder y discurso, entre poder y cultura, que se encuentran tanto en el mencionado Foucault, como en Derrida, Baudrillard y Althusser, por mencionar los autores más relevantes, han tenido una influencia de proporciones difícilmente exagerables en las conceptualizaciones del conflicto que se hacen en el seno de la diversidad de líneas de pensamiento que engloba el concepto de post-modernismo.

No obstante, consideramos que merece una especial atención entre ellos algunos conjuntos de líneas de investigación más prolíficos. Aunque, por supuesto, no pretendemos asimilar unos a otros, siendo ya de una profunda diversidad cada uno de ellos interiormente, lo que une respecto a nuestro argumento a los estudios feministas, queer y post-colonialistas es el mérito de haber popularizado una visión fuertemente enraizada en las relaciones de poder y conflicto en uno de los ámbitos teóricamente más resistentes a las mismas: la identidad. No en vano, uno de los grandes debates en torno al conflicto ha sido la asimilación que muchos autores hacían del conflicto a las relaciones instrumentales, haciendo así corresponder el campo de la cultura y la identificación comunitaria con la integración y el consensualismo. Si otras corrientes, como los estudios culturales en sus inicios, habían contribuido a cartografiar el mapa de batalla que era la cultura desde la perspectiva de las clases, aún se podía hablar de los contendientes como comunidades relativamente integradas. Al llevar el conflicto al seno de la familia, a la construcción de las identidades colectivas y al corazón mismo de la subjetividad, desde estas corrientes de pensamiento se da un paso más y se abre un frente que hasta ese momento había permanecido sólidamente sellado.

Por otra parte, la impronta conflictualista en la teoría *main stream* sin duda es indesligable del acercamiento del pensamiento marxista y la sociología más académica, iniciado con los teóricos de conflicto, y potenciado tanto por la ambivalente relación del post-estructuralismo con dicha tradición teórica, como de manera directa en la obra de los mismos compiladores, que sin completar una identificación plena con ella, hacen patente en sus obras su influjo. La otra cara de la moneda, por supuesto, la podemos ver en los propios autores más identificados con el marxismo, que a medida que han ido relajando los presupuestos del marxismo más ortodoxo para aceptar líneas argumentales y conceptos de otras ramas de la filosofía y la sociología, se han hecho más accesibles y aceptables para un público más amplio. Aunque el paradigma marxista se ha convertido, en su formulación más ortodoxa, en una tradición teórica a menudo percibida como obsoleta, es cierto,

1. Introducción

sin embargo, que nunca ha terminado de desaparecer y que especialmente en momentos de crisis económica, como el actual, tiende a recobrar un cierto protagonismo.

Pero ni siquiera se acaba aquí la importancia actual de conflicto, sino que penetra hasta el interior de las tradiciones más resistentes y más vinculadas históricamente a la perspectiva integracionista. El ejemplo más descollante lo tenemos en el neofuncionalismo, donde bajo la égida de Alexander se integran un grupo de teóricos que apuestan por la recuperación del legado de Parsons y que tienen como principal seña de distinción el desafío de incorporar al funcionalismo precisamente el conflicto, vinculando, por ejemplo, los procesos de diferenciación a las luchas entre grupos, aceptando la posibilidad de la desdiferenciación y de la diferenciación desigual. El propio Alexander afirma que el funcionalismo se ocupa de la integración como posibilidad y de la desviación y los procesos de control social como hechos¹. El neofuncionalismo, no obstante, es el caso más destacado pero no el único. También en el terreno de la elección racional, el reino por excelencia del dogma liberal de la “identidad de intereses”, como lo definía Parsons, se han observado tendencias a contemplar formas de conflicto más complejas que la mera competencia entre individuos atomizados, llegándose a la fusión con el marxismo, el llamado marxismo analítico, cuyo máximo exponente sería Elster. Y, por último, hemos visto también nacer de la sociología de la ciencia la pujante Teoría Actor-Red, que hace de la conceptualización de la construcción de redes como luchas por el poder, una de sus bases principales.

1.1.3. La necesidad de un concepto de conflicto más matizado

No pretendemos aquí cuestionar la resolución del dilema conflicto-integración, que consideramos, sin duda, positivo para la teoría. No queremos tampoco, insinuar que la ubicuidad del concepto de conflicto en la teoría sociológica actual sea inapropiada, pues nos parece evidente que es un puntal fundamental suyo. Sí que pensamos, sin embargo, que algo de la polisemia del conflicto con la que iniciábamos esta historia se esconde en las paradojas formales que, definiciones como la que hace Luhmann del conflicto como un sistema altamente integrado, parecen encerrar. También creemos que no todos los teóricos que desde perspectivas tan diversas hacen del concepto uno de sus ejes centrales, hablen realmente de lo mismo. Precisamente tratar de analizar esta multiplicidad de significados y re-articularla será el objetivo de este trabajo. Y si hablamos sólo de

1 “*Functionalism is concerned with integration as a possibility and with deviance and processes of social control as facts*” (Alexander, 1985: 9).

1. Introducción

re-articular esta polisemia es porque la lección sobre lo irrealizable del sueño de una disciplina basada en conceptos carentes por completo de ambivalencias está bien aprendida. A pesar de ello, trabajar en su refinamiento y producir una nueva relación de los conceptos derivados obtenidos no creemos que sea por completo fútil, si puede dar lugar a una re-enmarcación fructífera de problemas sociológicos, como esperamos que lo sea.

El concepto de conflicto es, no cabe duda, complejo y multidimensional, como todos o la mayoría de los que empleamos. Las dimensiones analíticas se entrecruzan unas con otras y hacen que los términos que necesitamos para referirnos a esos cruces proliferen, o que lo hagan, al menos, los sentidos que les damos. Además, los conceptos viajan de unas tradiciones teóricas a otras y se incorporan en nuevas redes de relaciones significativas, sufriendo transformaciones constantes, por pequeñas que éstas sean pues, es bien sabido, las traducciones son siempre dificultosas. Y, qué duda cabe, que el concepto de conflicto ha viajado mucho. Pero aún más, es que no sólo se complejizan los conceptos por cuestiones teóricas, sino que en la aplicación de los modelos a los problemas con los que sucesivamente nos vamos enfrentando, siempre diversos, van acumulando usos nuevos y matices que hasta ese momento habían permanecido inexplorados. Tenemos, pues, una pluralidad de términos que se han aplicado a un sinnúmero de cuestiones empíricas, nacidos de tradiciones teóricas muy distintas y formulados y reformulados una y otra vez. Así, hablamos no sólo de conflicto usándolo en múltiples sentidos, sino también de lucha, agonismo, diferencia, competencia, disenso, crisis, desorden, violencia, violencia simbólica, desintegración, contradicción, incompatibilidad, incoherencia, diferenciación, desviación, dominación, poder, explotación, exclusión, desafiliación y un largo etcétera. Hemos listado 20 términos y aún parece poco para reflejar la cantidad de ellos relacionados con el conflicto.

Las opiniones en torno a la pluralidad de dimensiones analíticas que están mezcladas en esta lista será tan diversa como lectores tenga, seguramente. Y, seguramente también, para cada distinción que un lector se sintiera tentado de hacer, habría una replica posible por parte de otro. No podemos resistirnos a hacer el comentario fácil de que el proceso de lograr una conceptualización del conflicto sería ella misma irremediablemente conflictiva. Las múltiples capas que se superponen hacen inevitable que haya a su vez múltiples asociaciones y asimilaciones con otros conceptos. Pero, sin duda, a todos estos términos, así como a las diversas formulaciones que se han hecho sobre el conflicto y su relación con la integración (y de nuevo, consenso, orden, compatibilidad, coherencia, armonización, identidad, etc.) les une un parecido de familia y, siguiendo con las metáforas wittgensteinianas, nos sentimos tentados de decir que existe algo como un juego de

1. Introducción

lenguaje en la sociología en torno al concepto de conflicto. Y ya que nos amparamos en el filósofo austríaco para ayudarnos a definir el objetivo del trabajo, no podemos seguir adelante sin recordar su máxima: “el significado de una palabra es su uso en el lenguaje”. Así pues, este análisis no pretende funcionar meramente como una deducción lógica, sino partir de los contextos en que de hecho se usa el concepto de conflicto.

Obviamente, no podemos pretender abarcar todos los campos en los que se ha usado, que serían tantos como aquellos que se hayan investigado cuando, a duras penas, podemos contemplar uno sólo con exhaustividad. Así pues, nos hemos visto en la obligación de elegir un área en el que centrarnos, y este ha sido el ámbito de la teoría sociológica de la globalización. La elección de un área u otra de trabajo no es en absoluto neutral y, aunque sí pretendemos que las distinciones que trazaremos son trasladables a otras temáticas, es innegable probablemente que se podrían haber trazado otras muy diferentes si hubiéramos partido de otro conjunto de problemas. La elección de la globalización y las cuestiones que se plantean en la literatura sobre este fenómeno, nos llevarán a la elección de un conjunto de campos de relaciones de significados muy concretos para el concepto del conflicto.

1.2. La ventaja del uso de los trabajos sobre globalización para esta tarea

1.2.1. Relevancia y actualidad

La primera razón que podemos aducir para emplear la globalización como base para nuestro estudio es la evidente importancia de los fenómenos que aún en el mundo en el que vivimos. La enorme mayoría de los acontecimientos de trascendencia que nos encontramos al abrir cualquier periódico tienen algún tipo de conexión con la globalización y resultarían difíciles de ser explicados sin tenerla en cuenta. La globalización es un proceso de enorme complejidad y amplitud que no deja prácticamente ningún ámbito de la vida social intacto.

En primer lugar, la globalización ha tenido un peso indudable en el área de la economía. La división del trabajo es, qué duda cabe, una división del trabajo mundial, aunque hace siglos que lo ha venido siendo en algún grado. Aunque siempre ha sido una cuestión controvertida, parece que también se puede hablar de una intensificación del comercio internacional aunque, desde luego, la participación dista de ser simétrica y recíproca, y muy habitualmente se ha hablado de regionalización como un término más adecuado que el de globalización. Pero, sobre todo, ha sido

1. Introducción

decisiva la internacionalización del sistema financiero, que en virtud a un proceso de diversas desregulaciones, sí que se ha convertido en auténticamente global. En conjunto, la economía mundial está probablemente más integrada que nunca, y las consecuencias de esto, no pasan inadvertidas. Si hasta ahora el peso del debate había recaído fundamentalmente sobre las dinámicas de deslocalización y la competencia entre los países más desarrollados y aquellos con salarios más bajos, así como sobre la importancia de convertirse en economías de exportación -dado que los mercados domésticos son cada vez menos la base para el éxito-, la crisis del 2008 ha cambiado el rumbo de las preocupaciones. No es éste el primer ejemplo del efecto contagio de una crisis, puesto que a lo largo de la década de los 90 había habido ya varios², pero sí ha sorprendido por la virulencia con la que ha atacado a los países industrializados.

En segundo lugar, la política ha sido otra área profundamente afectada. El sistema político interestatal se ve cada vez en más aprietos y la crisis de legitimidad que les afecta es no mucho menos preocupante que la crisis económica. En las últimas décadas, la soberanía de los Estados se ha visto cuestionada tanto “por arriba” como “por abajo”. Por un lado, su soberanía se ha visto erosionada por la integración política internacional, que ha llegado a ser bastante profunda en casos como los de la Unión Europea, pero que en cualquier caso ha ido *in crescendo*, en virtud de la participación en organismos y tratados internacionales. Por otro lado, ha contribuido a ello la incapacidad cada vez mayor de los Estados para mantener la coherencia interna, y en muchos casos, las tendencias hacia la regionalización. Pero no todos los problemas de los Estados vienen de instituciones políticas, ya sean *supra* o *infra* nacionales. Uno de sus mayores problemas es su creciente incapacidad para imponer su control a un sistema económico que en ningún modo se encuentra ya encerrado entre sus fronteras. En un momento de crisis económica como el actual, el nivel de deslegitimación de la política institucional alcanza cotas muy significativas. La situación se agrava, además, por el surgimiento de una opinión pública que difícilmente podemos llamar global, pero que sí que es cada vez menos nacional, que recurre a fuentes de información muy diversas, y que tiene más posibilidades de generar alianzas a través de las fronteras territoriales. Y, por último, los Estados se ven amenazados por formas de organización de la violencia no estatales, pero no por ello menos efectivas o difíciles de combatir, como es el caso del terrorismo internacional, el nuevo

2 Por ejemplo, además de una interesante crítica, ya clásica, al neoliberalismo reinante en las instituciones supranacionales encargadas de gobernar el orden económico global, en *El malestar en la globalización* (Stiglitz, 2003) encontramos un fructífero análisis de las crisis financieras que azotaron el sudeste asiático a finales del siglo XX.

1. Introducción

rival de las “guerras asimétricas” que, aunque parece haber pasado a segundo plano en los últimos tiempos, probablemente no deba considerarse como un problema resuelto.

En tercer lugar, la globalización ha tenido una de sus bases principales en muchos de los fenómenos que se pueden observar en el ámbito de la cultura y que, por mor de la brevedad, podemos sintetizar en dos tendencias fundamentales. Por una parte, en la extensión a nivel planetario de una cultura mercantilizada y, a pesar de las tendencias hacia la flexibilización, fundamentalmente estandarizada, que se percibe de forma casi generalizada como una “americanización”, pues los productos arrastran consigo, en buena medida, el “*american way of life*”, y que genera mucha resistencia por la sensación de invasión que su masividad y capacidad de seducción provoca. Por otra parte, las migraciones masivas, así como la multiplicación exponencial de las vías de comunicación disponibles, produce una creciente interacción entre miembros de culturas diferentes y, en muchos casos, con poca experiencia de contactos interculturales. Las reacciones son diversas y, ciertamente, no siempre negativas, pues para muchas personas estos contactos con culturas ajenas son vividas de forma placentera e interpretados en términos de enriquecimiento personal. A pesar de ello, se hace patente la problematicidad que esta situación encierra en la gran cantidad de conflictos que surgen alrededor de estas cuestiones.

Por último, no podemos dejar de mencionar el problema medioambiental, el problema global por excelencia. La creciente conciencia, impulsada sobre todo por la cuestión del cambio climático, de la imposibilidad de gestionar localmente los problemas medioambientales, ha hecho de ellos uno de los principales retos para la coordinación global de la acción. La ecología se ha convertido en un tema por sí mismo, y uno de gran complejidad, por su imbricación con casi todos los ámbitos de la cultura occidental moderna. La coordinación de la acción para atajar las amenazas del deterioro medioambiental se encuentran, por ello, con múltiples fuentes de resistencia y desencadena una miríada de enfrentamientos.

1.2.2. La globalización institucionalizada

La segunda razón por la que el tema de la globalización es interesante para nuestros fines, deriva de su institucionalización académica. Aunque en la historia de la sociología ha habido siempre autores más o menos sensibles a la problemática de las relaciones sociales en su dimensión planetaria, en las ciencias sociales quizá no sea demasiado atrevido decir que este tipo de estudios estaban básicamente confinados a los departamentos de Relaciones Internacionales. Sin embargo, a

1. Introducción

partir de la década de los 80 se encuentran cada vez más referencias en obras teóricas de carácter más generalista a esta temática, aunque la conceptualización sociológica de la globalización no tenga lugar como tal hasta final de esa década y principios de la siguiente. No obstante, el impacto de los fenómenos brevemente señalados en el apartado anterior, la hacen entrar con fuerza a finales del siglo pasado, pudiendo decirse que se vive un auténtico boom. El término globalización se populariza y proliferan las investigaciones y ensayos tratando de dar cuenta del fenómeno, así como una amplia variedad de libros de carácter divulgativo que intentan hacer comprensible el fenómeno a públicos más amplios. La relevancia del término, que se ve de pronto como una clave indispensable para comprender las sociedades actuales, hacen que surja no sólo un campo de especialistas, sino que se aproximen al tema también las grandes “estrellas” de la sociología del momento, desde Giddens a Bourdieu, pasando por Bauman, Beck o Habermas y un largo etcétera de sociólogos prestigiosos. Los esfuerzos de estos autores por integrar la globalización en sus esquemas teóricos de carácter omnicomprendivo ha contribuido, además, a crear unos vínculos muy directos entre la teoría sociológica de la globalización y la teoría sociológica general.

Aunque más de dos décadas después se puede decir que el boom llegó a su fin, también podemos decir que ahora encontramos un área de estudio consolidada e institucionalizada, con un corpus de trabajos, tanto teóricos como empíricos, inabarcable y que se ha expandido en todas las direcciones imaginables. La multidimensionalidad del fenómeno ha hecho que los trabajos de globalización se conecten con muy diversas áreas de estudio, y que, como contrapartida, sea prácticamente imposible abordar una investigación que no requiera tener en cuenta los procesos asociados a ella. Si antes hablábamos del surgimiento de un campo de especialistas, no deberíamos tardar en corregir esa formulación para añadir que pronto fue necesaria la subdivisión de ese campo, de modo que la sociología de la globalización tiende a distribuirse entre campos diversos tales como migraciones, globalización cultural, globalización económica, etc. Tratar la globalización nos permite, por tanto, acceder a un importante conjunto de obras que contemplan fenómenos muy diversos. La amplitud del tema es, no cabe duda, un peligro, pero también una oportunidad para realizar un análisis que se sitúe en planos de relaciones sociales variados y ofrece muchas posibilidades de crear contrastes entre ellos que puedan servir para lograr una crítica conceptual más afilada.

Por último, puesto que este es un trabajo de carácter más bien metateórico, y no pretende por sí mismo llegar a ninguna conclusión nueva respecto de la globalización, se ve beneficiado por el hecho de que el área de estudio esté lo suficientemente consolidada como para que se hayan podido

1. Introducción

alcanzar algunos puntos de consenso -fáctico al menos, como se ve en el uso recurrente de algunas formulaciones exitosas-, así como que se hayan perfilado ya de manera más o menos clara las principales líneas de debate. Probablemente, un trabajo como éste no podría haberse realizado en el primer momento de efervescencia, cuando todos los esfuerzos se dedican a dibujar los contornos del fenómeno que tanto parecía estar cambiando nuestro mundo. En torno a la globalización, de hecho, se han generado ya tantos lugares comunes que casi es posible ver como un riesgo más probable el aceptar acríticamente demasiados de ellos, que el opuesto de tener que manejar un conjunto de discursos demasiado amorfo. Y, aunque no es propiamente el objetivo de este trabajo hacer un balance crítico de las teorías de la globalización, sí que podemos aprovecharnos de la posibilidad de hacer un juicio retrospectivo y valorar cuáles han sido las propuestas y caminos más fructíferos, a la hora de guiar los énfasis de nuestro estudio sobre unas u otras problemáticas.

1.2.3. Las globalizaciones del conflicto y las conflictualizaciones de la globalización

Sin embargo, la razón probablemente más poderosa para ubicar nuestro estudio del conflicto en el marco de la globalización es de carácter teórico y es la inextricable relación que existe entre ambos. Los lazos con el fenómeno de la mayoría de los conflictos a los que nos referíamos en el punto 1.1.2. como muestra de la centralidad de los mismos en el mundo actual, son muy fáciles de detectar. Por poner un sólo ejemplo, los conflictos armados entre etnias son indesligables de los intereses geoestratégicos internacionales de las grandes potencias que se pueden llegar a involucrar íntimamente con alguna de las facciones enfrentadas; de las corrientes de opinión pública globales, conectadas a su vez con la universalización del discurso del pacifismo y debates promovidos por ONG globales en torno a cuestiones como la protección de los refugiados; de los intereses de las industrias armamentísticas, rara vez localizadas en los focos en los que estalla la violencia, y frecuentemente vinculados con las reivindicaciones de los trabajadores de esas industrias y de las preocupaciones de los gobiernos por el empleo en un contexto de fuerte competencia internacional y donde la amenaza de la deslocalización es constante; de los intereses de otras industrias que se pueden ver afectadas por las dificultades para el suministro de materias primas o que puedan tener interés en la victoria de alguno de los bandos que les preste condiciones más favorables para operar en el territorio; de los movimientos de desplazados y exiliados que siempre se generan en torno a las guerras y que se vinculan a las tensiones que produce la inmigración en los países receptores; y, por supuesto, es muy probable que guarde relación con la posición del país en el sistema productivo

1. Introducción

internacional, que afecta no sólo al tipo de economía que domine y al nivel general de riqueza, sino a la distribución social de la misma. Y éste superficial comentario aún está lejos de reflejar todas las relaciones existentes. El entramado es igual de complejo para cualquiera de los otros casos de conflicto que señalamos, ya sea el terrorismo internacional, las desigualdades norte-sur, la situación de exclusión de los grupos étnicos minoritarios en los países desarrollados, el movimiento ecologista o las reivindicaciones contra los recortes del gasto social estatal o por el control democrático de los mercados de capitales internacionales. La globalización afecta a los enfrentamientos en prácticamente todos los lugares del mundo y se construye básicamente en torno a ellos.

Esta íntima relación de conflicto y globalización se deja ver con claridad en la división, de carácter más normativo, que habitualmente se hace entre globófobos y globófilos. Los primeros pronostican el incremento de las desigualdades, la dominación del capitalismo occidental del resto del mundo, una industrialización mundializada que amenaza de forma irreversible el equilibrio ecológico, el imperialismo cultural o, por el contrario, la imposible reconciliación de tradiciones culturales. Los segundos esperan un enriquecimiento global que haga disminuir la polarización social, una integración política a través de nuevas instituciones que aumente la democratización del planeta, el surgimiento nuevas posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías para dotarnos de mayor autonomía y facilitar la coordinación global ante las amenazas también globales, así como para favorecer el mantenimiento y creación de comunidades sobrepasando las distancias espaciales, y un enriquecimiento de los universos de sentido como resultado de la interacción entre personas de culturas diversas. En resumen, los primeros destacan las nuevas fuentes de conflicto y los segundos las posibilidades para superar las antiguas, y la actitud ante la globalización dependería principalmente del papel que se le otorgue al respecto³. La globalización trae a primer plano un sinfín de conflictos y las opiniones se organizan en torno a ellos.

Sin embargo, es evidente que la globalización no es una cosa ni otra, ni la de los globófilos ni la de los globófobos; o, mejor dicho, es una mezcla de ambas. ¿Significa esto que el conflicto no es tan central como sugerimos inicialmente? Pensamos que no, que lo que significa es que el conflicto está en el medio del fenómeno y que las relaciones entre conflicto e integración tampoco se pueden

³ La cuestión principal, en cualquier caso, a la hora de hablar de la globofilia y globofobia como actitudes ante la globalización reside en los diversos factores por los que es más frecuente asociar esa conflictividad o no a la globalización, y que ya hemos tratado de desengranar empíricamente en otra parte (Noya, Rodríguez, Steinberg, 2010).

1. Introducción

considerar como si el dominio de uno excluyera al otro, sino como un *feed-back* inacabable. Una reflexión evidente sobre ello es que la tradicional sanción moral de lo conflictivo como negativo no hace justicia en realidad a la íntima relación que existe entre ambos, y esta es una lección fundamental, como vimos, de la última síntesis conflicto-integración, que pretendemos que recorra a lo largo y ancho el análisis que iniciamos. Decir que el conflicto sea central, no quiere decir que la dimensión del conflicto sea dominante sobre la de la integración.

La globalización es también un gran campo para el análisis del conflicto, como ya hemos comentado respecto a la diversidad de áreas de estudio con las que se relaciona el fenómeno, por su propia multidimensionalidad. La complejidad de la globalización como objeto de estudio se corresponde perfectamente con la complejidad del concepto a través del cual la miramos. Si el conflicto se usa para definir tantas cosas y admite tantas distinciones de variables, lo mismo encontramos en la globalización. Tanto uno como otra atraviesan los campos de la economía, la cultura, la política y las identidades, se refieren a relaciones de desigualdades profundas, así como a relaciones de dominación y la organización de la resistencia contra ella, afectan tanto a instituciones estables y de largo alcance, como a configuraciones contingentes y muy localizadas, moldean las constricciones que sufren los agentes a la vez que los ensamblajes que les capacitan para superarlos, y se pueden referir tanto a entramados “objetivos” de relaciones como a las percepciones “subjetivas” de los mismos.

Pero, sobre todo, la globalización hace un aporte sustancial al análisis del conflicto a la hora de permitir deconstruir asociaciones consolidadas con mucha fuerza en el sentido común, incluso en el sentido común sociológico, nos atreveríamos a decir. Y este aporte deriva de una de sus características fundamentales, la simultaneidad planetaria de las relaciones sociales, o mejor dicho -porque tampoco se puede hablar de la simultaneidad sino como tendencia-, de su simultaneización. Con cada nueva conexión que se establece entre puntos del globo hasta ahora distantes, se hace patente el cambio en la distribución espacial, lo heterogéneo se acerca y se dibuja una nueva relación de desigualdad. Pero estas tres dimensiones -contingencia, heterogeneidad, asimetría- no siempre se distinguen con suficiente claridad. No cabe duda de que entre el conflicto y lo inestable, lo diferente y lo desigual se dan relaciones de estrecha intimidad. Sin embargo, hemos pasado en muchos casos a asimilar aproblemáticamente unos a otros. Nuestra crítica conceptual girará en buena medida en torno a las distinciones operables a partir de estas tres dimensiones, para producir una nueva articulación entre ellos que supere esas relaciones unidireccionales que a menudo se presuponen.

1. Introducción

1.3. Estructura del trabajo

El análisis procederá separando una tras otra varias de las capas que constituyen el concepto de conflicto, acumulando las distinciones que vamos operando con ellas. De algún modo, será como si retornásemos a los mismos problemas cada vez para dar una nueva vuelta de tuerca. En el primer capítulo, trabajaremos sobre el concepto aún fuera del marco de la teoría sociológica de la globalización, operando unas distinciones iniciales que derivaremos de cuestiones más tradicionales de la teoría sociológica general y, sólo posteriormente, las aplicaremos a la teoría sociológica de la globalización. En buena medida, se tratará de un repaso a debates clásicos de la sociología que emplearemos para delimitar nuestro posicionamiento teórico y fundamentar la perspectiva bajo la que abordaremos la globalización. En los capítulos siguientes el procedimiento se invertirá. Primero se hará la exposición de problemáticas construidas en la literatura sobre el fenómeno que consideramos afines a cada una de las dimensiones que hemos destacado y a partir de ellas iremos progresivamente realizando nuevas matizaciones sobre el concepto. Como algunas distinciones que usamos son poco habituales y, sobre todo, son de carácter puramente analítico, su correlación con problemas generados en el terreno de investigación, habrá de parecer en muchas ocasiones arbitrario, pero siempre intentaremos hacer ver con la mayor nitidez posible la conexión entre un ámbito y otro. En cada capítulo se tratará una dimensión específica: en el segundo capítulo el dinamismo, en el tercero la heterogeneidad y en el cuarto la asimetría.

2. Dimensiones metateóricas

2. Dimensiones metateóricas

2.1. Introducción

2.1.1. Las dimensiones metateóricas y la estructura de la tradición teórica de la sociología

La cuestión de las dimensiones metateóricas es en sí misma polémica. La utilidad de las diferentes clasificaciones ha sido ampliamente criticada, aunque éstas difícilmente han podido ser obviadas. El peso de la tradición se hace sentir con fuerza y, aunque fuere con el fin de trascenderlas, los autores que han trabajado con esquemas teóricos amplios se han visto casi siempre obligados a lidiar con ellas⁴. Dentro de la modestia del presente trabajo, nos enfrentamos a una situación similar porque, por supuesto, la dimensión conflicto-integración no es la única sobre la que ha girado históricamente la teoría sociológica y, aunque nosotros nos centremos en ella, no es posible llevar a cabo nuestro propósito aislándola completamente de otros focos de debate. Ya comentamos en la introducción, que buena parte de la complejidad que constituye conceptualmente el conflicto se debe a su interacción con otras variables, por lo que comenzaremos el análisis atacando directamente este problema para empezar a cartografiar la polisemia que encierra nuestro concepto.

Es un lugar común que existen tantas clasificaciones como puntos de vista aplicados, y que todas ellas son arbitrarias, como el muy citado relato de Borges sobre la enciclopedia china ilustra⁵.

4 Esto es visible, por supuesto, en los autores que más se han esforzado por conectar su trabajo con la tradición sociológica, proponiéndolo como un esfuerzo por conciliar tradiciones diversas, como en la mencionada “generación de los compiladores”, pero también en muchos otros que han tratado, al contrario, de presentar sus modelos teóricos como una ruptura con la misma, como puede ser el caso de Latour que en obras recientes, como *Assembling the social* (2005), acaba haciendo referencia a los debates de la teoría clásica, para posicionarse, en su caso, del lado de Tarde en la polémica entre éste y Durkheim.

5 “Esas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor Franz Kuhn atribuye a cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.” (Borges, 1989: 86).

2. Dimensiones metateóricas

Muchas de las clasificaciones más populares de las grandes teorías sociológicas se basan en dicotomías como la de conflicto-integración con el fin de distinguir los distintos enfoques dados al estudio de la sociedad -aunque, desde luego, no sea ésta la única manera de construir conceptos útiles existente-. Algunas de ellas buscan identificar estrategias de conocimiento típicas y otras, por el contrario, se centran en las distinciones que se presentan por la priorización de uno u otro tipo de relaciones sociales. Habitualmente, se parte del supuesto de que los autores se ven obligados en algún punto a posicionarse frente a un determinado dilema teórico insoslayable, condicionando así su desarrollo posterior⁶.

Es más variable, sin embargo, la percepción sobre la existencia de vías intermedias y de la posibilidad de conciliación de perspectivas diversas. Aunque no faltan quienes siguen apostando por la prioridad de una u otra parte de determinados dilemas teóricos, el triunfo ha sido, en general y como en el caso del dilema conflicto-integración, para las apuestas por las síntesis y los puntos de equilibrio. Buena parte de la teoría sociológica más importante de las décadas de los años 70 y 80 ha trabajado fundamentalmente para alcanzar la meta de trascender estas polarizaciones, siendo la variación principal la/s dicotomía/s privilegiada/s: la estructura-agencia en el caso de la teoría de la estructuración de Giddens; el objetivismo-subjetivismo en la teoría de los campos y habitus de Bourdieu; la integración sistémica-integración social en el caso de Habermas; etc. No obstante, bajo la vocación de mediación que aúna a los diferentes autores que han trabajado en esta dirección, aún hay espacio lógico para establecer diferenciaciones entre aquellos cuyos modelos se pueden entender como una síntesis y aquellos que más bien han tratado de revocar las distinciones de las que se han ocupado fundamentalmente en sus obras, cuestión de la que nos ocuparemos a continuación. Pero sea como fuere, en lo que todos han coincidido en última instancia es en aceptar el peso de unas u otras dimensiones como estructuradores fundamentales de la sociología que les precedió.

⁶ Por citar sólo uno de los ejemplos posibles, Alexander (1992), en su intento por reconstruir la teoría de sistemas parsoniana plantea que ninguna teoría puede eludir dos dilemas teóricos: la tensión entre la estructura y la agencia y entre la acción normativa y la instrumental. Alexander continúa para defender que hasta el momento sólo la teoría parsoniana abre un camino para resolver de forma fructífera estas tensiones, objetivo deseable en su opinión, pues los autores posicionados de forma firme en uno u otro de los extremos se ven abocados a limitaciones insuperables en el desarrollo de sus modelos.

2. Dimensiones metateóricas

2.1.2. Las dimensiones metateóricas y su superación

Como adelantábamos, este éxito de las formulaciones de síntesis para cada dilema ha llevado incluso a que frecuentemente sean considerados como “falsos problemas”, formulación que parece evocar que la disolución de todos ellos es algo deseable, y que no se corresponde plenamente, o al menos no sin cierta ambivalencia, con nuestra posición. Ya defendimos en la introducción la apuesta por la superación de la dicotomía, aplicada al caso del par conflicto-integración, y añadiríamos ahora que, en general, esa defensa es extrapolable al resto de ellas – por lo menos a todas las que están en nuestro conocimiento, las más populares al menos: estructura-agencia, material-simbólico, objetivo-subjetivo, macro-micro, e integración sistémica-integración social-. Hay, sin embargo, algunas matizaciones que querríamos hacer respecto a qué nos referimos con “superación”.

Primero, pensamos que sí hay un sentido en el que es evidentemente oportuno el uso de estos ejes de estructuración para la investigación teórica, en concreto siempre y cuando se trate de hacer una clasificación de modelos teóricos existentes. Aunque, hasta cierto punto, nunca se le hace justicia por completo a la complejidad del pensamiento de los autores encasillándolos de una u otra manera y a pesar de que, ciertamente, muchas clasificaciones no son sino reconstrucciones *a posteriori*, por un lado, muchos de estos debates han sido parte del contexto en el que los teóricos han elaborado sus modelos y frecuentemente han tomado parte activamente por una de las posiciones enfrentadas. Por otro lado, aún cuando haya sido su deseo trascender determinadas divisiones, es innegable que no siempre han sido intentos exitosos, especialmente a la hora de trasladar las proposiciones teóricas al ámbito empírico, traducción siempre complicada.

Segundo, aunque hasta ahora hemos hablado de clasificaciones de estrategias de conocimiento y de tipos de relaciones estudiados, englobándolos como parte de un mismo trabajo de elaboración de divisiones, en realidad hay una diferencia sensible entre juzgar las construcciones teóricas en función de una u otra orientación. Es decir, las dicotomías que hemos mencionado son susceptibles de ser consideradas tanto desde el punto de vista del *explanans* como del *explanandum*. Por ejemplo, la división material-simbólico puede hacer referencia tanto a una especificación de ámbitos sociales diferenciados como a modelos que pongan a uno u otro como principio explicativo fundamental. Nuestra posición será rechazar la necesidad de superar las divisiones a nivel del *explanans* pero defender la pertinencia de las mismas a nivel del *explanandum*. La primera proposición se basa en un punto de vista pragmático: sea cual sea el grado de “evidencia” que se

2. Dimensiones metateóricas

pueda aportar en el estudio de un fenómeno concreto sobre la imposibilidad o inevitabilidad de priorizar uno u otro tipo de factores, dado que no es nuestro objetivo construir un modelo teórico general, nos podemos conformar con observar el grado de éxito en su aplicación a los fenómenos empíricos concretos. Hasta donde nos concierne aquí, una buena explicación sociológica, pensamos, puede ser, por ejemplo, materialista o idealista, ambas cosas o basarse en una articulación conceptual que trascienda la dicotomía, y los debates entorno a las posibilidades de su generalización no necesariamente han de entrañar discusiones sobre su universalidad.

La segunda proposición, quizá más problemática, se basa en la interpretación de que en la medida en que las divisiones se aplican al *explanandum*, de lo que estamos hablando es de la construcción de objetos de estudio. Sin entrar a enjuiciar la que sería entonces la proposición contraria -es decir, que las distinciones son prescindibles a la hora de construir el objeto-, sí que creemos que es defendible, como mínimo, que pueden ser útiles y que su aplicación no es en sí misma criticable siempre, eso sí, que no se pierda de vista que son distinciones analíticas y se mantenga la alerta frente al peligro de la reificación. ¿Qué significa pues apostar por la síntesis y la superación de la dicotomía en este nivel? Significa defender la necesidad de reconocer la importancia de ambos ámbitos así como sus interrelaciones.

Por último, hasta el momento hemos mencionado las más populares de las dimensiones metateóricas sin establecer diferencias entre ellas, pero esta situación no se prolongará: no consideramos que todas las dicotomías sean iguales. De lo dicho en el párrafo anterior se sigue la importancia que otorgamos a la utilidad de las diferenciaciones y, de hecho, no pensamos que haya otro criterio relevante para juzgarlas. ¿Contribuyen a hacer de un fenómeno algo más inteligible? ¿Favorece la construcción de modelos explicativos? No pensamos que todas las dicotomías presentadas lo hagan en la misma medida y dedicaremos una buena parte de este capítulo a la argumentación de este proceso de selección de variables. Defenderemos que las dicotomías agencia-estructura y definiciones-sanciones generan distinciones analíticas de utilidad para aplicar sobre los fenómenos que se estudien, que las otras dicotomías mencionadas pueden ser consideradas subsidiarias de éstas y que los dilemas que generan son trascendidos con facilidad bajo formulaciones adecuadas de las otras dos dimensiones.

2. Dimensiones metateóricas

2.1.3. El conflicto como dimensión metateórica

¿Cómo se traduce esta posición que adoptamos frente a la posibilidad o no de trascender las dicotomías tradicionales de la teoría sociológica al aplicarla a la de conflicto-integración? En primer lugar, tal y como resumíamos en la introducción, es indudable que al menos al nivel de la historia de la sociología no se puede prescindir de ella, y nos es útil para clasificar a los autores. Aunque puede verse, efectivamente, como una perspectiva que sólo en un examen *a posteriori* se puede considerar como estructurando la teoría sociológica clásica, pues no se puede decir que en los trabajos pioneros la dicotomía funcionara como un eje estructurador explícito, sí es cierto que las interpretaciones que ponen en un lado a Marx, Webber y Simmel, y en el opuesto a Mead y Durkheim, no son completamente ficticias -si bien suponen una cierta injusticia a ciertas reflexiones de estos teóricos, que demuestran que no eran, en absoluto, completamente ciegos al conflicto-. No obstante, el debate sí se hizo más explícito en la sociología de mediados del siglo pasado hasta el punto de que una corriente se denominó con referencia a ello (teorías del conflicto). Si a ello sumamos polémicas posteriores, como las habidas, por ejemplo, en torno al consensualismo habermasiano, se hace patente que al menos a este nivel se puede considerar una clasificación apropiada y relevante.

En segundo lugar, efectivamente, rechazamos tanto los intentos de explicar los fenómenos sociales desde una perspectiva que priorizara el conflicto sobre la integración, como defendemos la pertinencia de aplicar la distinción en la construcción de los objetos de estudio. Por un lado, ya nos posicionamos respecto a lo que llamamos el consenso sobre su síntesis paradójica, que consideramos muy acertado: el conflicto y la integración no están en relación de contradicción entre sí, al menos no el sentido de que se pueda entender que uno predomina sobre otro o que lo que quiera que sea que entendamos por sociedad se pueda considerar como compuesto, ni siquiera principalmente, por uno u otro. Ambos han de considerarse factores relevantes y, sobre todo, no debe perderse de vista las interrelaciones que existen entre ellos, hasta el punto de hacerlos indisolubles. Sin embargo, por otro lado, nos parece evidente que tiene sentido para los fenómenos estudiados, o aún mejor, que les confiere sentido, distinguir entre conflicto e integración. Casi nos sentimos tentados de decir que, de hecho, es una distinción que va más allá de lo analítico, hasta tal punto son potentes como estructuradores de la vida social. En realidad, su potencia se deriva en buena medida de que, a diferencia de otras categorías sociológicas, ni conflicto ni integración son meros tecnicismos, sino conceptos del lenguaje ordinario muy presentes en nuestro sentido común.

2. Dimensiones metateóricas

No obstante, es recomendable mantener en mente que tal y como se usará aquí, sí que corresponde a una distinción analítica, puesto que las relaciones empíricas concretas albergan siempre ambos elementos, como iremos desgranando a lo largo del trabajo.

Y, en tercer y último lugar, la consideramos una dimensión crucial, que ni se puede trascender plenamente, ni es siquiera reductible a ninguna de las otras dimensiones que destacábamos, los pares estructura-agencia y definiciones-sanciones⁷. El modelo de análisis que proponemos se basa, entonces, no en una pareja, sino en un trío cuyas interrelaciones y cruces iremos investigando. Hay que puntualizar que aunque hagamos de este eje el centro de nuestro análisis, no le consideramos, sin embargo, a un nivel distinto de los otros dos y, por tanto, no tiene un peso mayor que ellos en los conceptos que dibujamos en los puntos de intersección en este capítulo. Pero también es importante entender que no es una dimensión que meramente se suma, sino que la articulación de las otras dos dimensiones sin tener esta en cuenta, sería deficitaria, es decir, en los términos en que definimos aquí la deficiencia de una articulación metateórica, sería poco fructífera.

2.1.4. Las dimensiones metateóricas y la globalización

Para concluir, a lo largo de toda esta introducción hemos estado hablado de la aplicabilidad de unas u otras dimensiones metateóricas a “las relaciones” o a “los fenómenos”, pero dado que en este análisis trataremos con un fenómeno específico, la globalización, será necesario dejarse de referencias abstractas y concretar nuestro caso. Tras argumentar la selección de las dimensiones de estructura-agencia y de definiciones-sanciones como prioridades del análisis metateórico, junto con la de conflicto-integración y estudiar las articulaciones de esta tríada, nos ocuparemos en el final del capítulo de mostrar como dibujaría nuestra perspectiva los contornos de la globalización y cómo se enmarcarían en su interior sus principales problemas teóricos.

Este será un paso fundamental para comprender la línea argumental que seguirá el trabajo en los capítulos posteriores pues, como ya hemos dicho, consideramos que la aplicación de unas u otras dimensiones constituyen el objeto de estudio y, como ya tratamos en otra parte (Noya, Rodríguez, 2010), la globalización puede ser cosas muy distintas según que se prioricen unas u

⁷ La propuesta más popular, probablemente, de negación de la autonomía del dilema conflicto-integración como dimensión metateórica autónoma sea la de Alexander, quien la convierte en una derivación de la dimensión instrumentalidad-normatividad, asociando el conflicto a la primera y el consenso a la segunda. Para ver una crítica exhaustiva de este argumento ver Noya (2011).

2. Dimensiones metateóricas

otras dimensiones. Sin entrar a las matizaciones posteriores que haremos sobre ambos conceptos, si no empleándolos en los términos más convencionales, si aplicamos, por ejemplo, la distinción entre estructura y agencia, vemos surgir la globalización tanto en su dimensión de “sistema mundial” como en su dimensión de “interdependencia globalizada”. En el primer caso, se destaca la capacidad de explicar las pautas de comportamiento de los agentes a lo largo y ancho del globo en base a una única estructura o conjunto de estructuras, se rastrea su origen y se analiza su dinámica. En el segundo, lo que se pone en el foco de atención es las interacciones entre los agentes que se suceden salvando distancias planetarias, ya sea directamente o a través de secuencias de interacciones, y se intentan destacar los factores que facilitan esta amplitud de interconexión y se investigan sus consecuencias. Lógicamente, una opción teórica que apueste por resoluciones sintéticas de esta dimensión se esforzará por conectar una y otra dimensión, mientras que quienes apuestan por la prioridad de uno u otro polo de la dicotomía pueden tender a hacer depender una dimensión de la otra, es decir, a ver la interdependencia globalizada como fruto de la integración estructural o, viceversa.

Lo mismo sucede si aplicamos, para seguir con los ejemplos, la distinción simbólico-material. Con ella cristalizarían la comprensión de la globalización como “capitalismo global” o como “comunicación intercultural global” si, nuevamente, atendemos a las definiciones más convencionales de lo material y lo simbólico. Por un lado, nos fijaríamos en la división mundial del trabajo, en el crecimiento del comercio internacional, en los problemas de la gestión de los recursos naturales, la desigual distribución de la riqueza, etc. Por el otro, se pone en primer plano la creciente interculturalidad en la que vivimos, los problemas de entendimiento entre culturas diversas, las nuevas confrontaciones entre identidades colectivas, los procesos de occidentalización y su contestación, etc. Otra vez, veríamos que quienes defiendan la síntesis del par material-simbólico procurarán mostrar la estrecha conexión entre unos y otros procesos, mientras que otros tenderán a interpretar la globalización cultural como derivada de la expansión del capitalismo o la integración económica como condicionada por las relaciones interculturales.

Otro ejemplo fácil, residiría en la aplicación de la distinción objetivo-subjetivo, y sus conceptualizaciones correspondientes de la globalización, que podríamos denominar “integración mundial” y “orientación al mundo”, respectivamente. Por una parte, emergería la facticidad de la globalización, lo que importaría sería la capacidad del observador para rastrear conexiones y regularidades entre los individuos, al margen de que éstos sean más o menos conscientes de que existan, mientras que, por la otra, esa planetarización del escenario del agente desde la propia

2. Dimensiones metateóricas

perspectiva de éste sería todo lo que importaría, y se trataría fundamentalmente de estudiar cómo se consideran integrados los agentes en las relaciones sociales globales. Un analista preocupado por la reconciliación de ambas dimensiones podría proponer fórmulas respecto a cómo el grado y forma de integración objetiva que sufra un agente influye en su capacidad para percibir la influencia de las fuerzas globales sobre su vida, a la par que sobre cómo una mayor o menor orientación a la globalidad condiciona la capacidad para intervenir en ella. Por el contrario, aquellos que apuesten por una relación asimétrica entre uno y otro polo de la dicotomía tenderán a investigar sólo una de éstas dos dinámicas.

Dado que la dimensión integración sistémica-integración social es un caso especial, aunque sólo sea por las definiciones tan incongruentes que se han hecho sobre ella, el último ejemplo que pondremos es el de la distinción micro-macro. La globalización puede ser vista tanto como “globalización por arriba” como “globalización por abajo”, dimensiones que aparecen si nos fijamos en esta dicotomía, subrayando en un caso los procesos estructurales a gran escala y la intervención de agentes de gran peso a la hora de explicar las dinámicas de la globalización, o las interacciones más cotidianas y la globalización como producto emergente, en el otro. Que se establezcan las complejas relaciones correspondientes entre uno y otro nivel, como siempre, dependerá de la orientación del analista.

Esperamos que, a la vez que haya servido de ilustración de en qué sentido construyen las dimensiones metateóricas un objeto de estudio, así como los beneficios de adoptar una posición que las mantenga como distinciones analíticas aplicables al objeto más que como estructurando su propio modelo explicativo, de esta sencilla exposición se desprenda, además, la importancia que tiene el considerar unas u otras dimensiones. Trataremos de demostrar que la articulación de las tres dimensiones que manejaremos será eficaz en la definición de nuestro objeto de estudio.

2. Dimensiones metateóricas

2.2. Agencia-estructura

2.2.1. El debate estructura-agencia: el concepto de regla

A. La agencia como acción guiada por reglas

El dilema estructura-agencia es, probablemente, el más relevante en la historia de la teoría sociológica. Los ríos de tinta que han corrido en torno a cuál debe ser el objeto de estudio real de las ciencias sociales o a cuál de los dos corresponde la prioridad explicativa son inacabables y, a pesar del éxito de las formulaciones que pretendían poner fin al debate, éste, si bien debilitado, no ha concluido. A pesar de que creemos que es acertado el camino de mediación entre ambos extremos abierto por diversas propuestas teóricas, no llegaremos tan lejos como para afirmar que éste ha sido un “falso problema”, es decir, nos parece que la distinción estructura-agencia tiene sentido.

Dicho lo cual, pasamos sin más dilaciones a exponer la piedra fundamental sobre la que se levanta el resto de nuestra argumentación en torno a esta cuestión: la agencia está guiada por reglas. Esto no excluye que se consideren otros criterios -y posteriormente lo haremos- que tradicionalmente han sido relevantes para la definición de la agencia, como pueden ser la relación entre agente, objetivo y medios, o la orientación del actor. Lo que afirmamos es que el concepto de regla es, de hecho, anterior a estas reflexiones, pues es a través de ellas que se definen tanto el “agente”, como el “objetivo” y los “medios”, y es a través de ellas que se puede construir cualquier significado.

Esta afirmación difícilmente puede considerarse novedosa, pues el concepto de regla tiene una larga historia en el pensamiento sociológico. De hecho, pretendemos enmarcar nuestro trabajo, en buena medida, como una asimilación de los acuerdos fundamentales de una corriente teórica que surgió de la incorporación a las ciencias sociales de los hallazgos en la filosofía del lenguaje de Wittgenstein, inspirándose no en su *Tractatus*, sino en las *Investigaciones Filosóficas*⁸. Ya desde el mismo Garfinkel, la apuesta pasa por superar el modelo de los “idiotas culturales”, como satíricamente denominó este autor el esquema teórico parsoniano, apostando por una centralidad de las reglas entendidas bajo los preceptos wittgensteinianos.

⁸ Es preciso, sin embargo, ser cautelosos porque como es habitual, las interpretaciones de la obra wittgensteiniana han sido muy diversas, y no todas sus lecturas han sido en el mismo grado integrables e integradas en las ciencias sociales.

2. Dimensiones metateóricas

Aunque es necesaria una importante cantidad de puntualizaciones, que iremos haciendo progresivamente, la característica más definitoria sería una concepción de los agentes como “informados”, si bien no necesariamente capaces de articular su conocimiento práctico de forma discursiva a la medida del estándar de racionalidad científico. Así, para Garfinkel, la “realidad social” no era sino “un logro continuo de las actividades concertadas de la vida diaria cuyas comunes e ingeniosas formas son conocidas, usadas y dadas por sentadas por sus miembros” (Garfinkel, 2006:1). El salto con respecto al modelo supuestamente voluntarista de la acción parsoniano es evidentemente profundo y seguramente se pueda afirmar que este es uno de los grandes cambios gestálticos de la historia de la teoría sociológica. La lección fue rápidamente aprendida y los grandes sociólogos de las décadas de los 70 y 80 la convirtieron en parte fundamental de sus articulaciones teóricas. La influencia de la obra de Wittgenstein sobre Giddens, Bourdieu y Habermas es incuestionable, aunque no se limite a ellos en absoluto, recayendo una importante parte de la labor de traducción de su filosofía a las ciencias sociales en otros autores como Bloor o Winch. Así pues, por diversos caminos, se institucionalizó en alto grado en la sociología la noción de la agencia vinculada a las reglas como conocimiento práctico de las mismas por parte de los agentes.

¿Qué significa este cambio de paradigma para las definiciones de la estructura? Para el propio Garfinkel y los autores que siguieron el camino de la etnomedología supuso considerarla como un producto de las interacciones situadas de los agentes, con un énfasis, por tanto, en la construcción del orden social desde abajo. Se podría entender que, de hecho, supuso un cierto abandono de las problemáticas relacionadas con el concepto de estructura, que se prestaba a ser visto como una reificación con poco que aportar a la investigación del discurrir de las prácticas reales de los individuos. No obstante, otros autores se esforzaron por integrar esta nueva concepción de la agencia con la tradición del pensamiento estructuralista, que aparecía ahora unificado, por contraste, como un conjunto de teorías en realidad bastante diversas, pues englobaban tanto el marxismo, como el funcionalismo como el estructuralismo al estilo de Levi-Strauss. Volviendo a los autores mencionados antes, vemos como Bourdieu elaboró el concepto de campo, que recogía ciertas intuiciones de la teoría de la diferenciación funcionalista pero permitía seguir haciendo hincapié en las luchas entre grupos dotados desigualmente de recursos; Giddens trató de compatibilizar agencia y estructura dinamizando la segunda, pasando así a hablar de “estructuración” y conceptualizando la relación entre ambas como una dualidad -en lugar de como un dualismo-; y Habermas, apostó por una división en la que en un plano se enfrentaban las

2. Dimensiones metateóricas

relaciones sociales como participante, y que se correspondía con la agencia, y otro en el que el investigador adoptaba una posición de mero observador, y que se correspondía con el sistema.

Parte de la solución, para Habermas y Giddens al menos, se basaba entonces en convertir la diferenciación estructura-agencia en una división analítica y este es el camino que adoptaremos nosotros aquí, aunque nuestra mayor afinidad será en concreto con el autor inglés, que partiendo de una apropiación crítica del concepto de estructura de Levi-Strauss, acaba definiendo las estructuras como conjuntos de reglas y recursos⁹. Una de las principales ventajas de esta definición es precisamente su sencillez y el hacer tan directa la conexión con el nivel de la agencia, a través de la recursividad de las prácticas. Y en la línea de esta sencillez en la conexión entre uno y otro nivel, seguiría la reformulación que hace Mouzelis entre la integración social y la integración sistémica y que tomamos también como referencia:

“Debemos comenzar con la afirmación obvia de que tanto la integración social como la integración sistémica tienen que ver con las reglas sociales –reglas de carácter predominante normativo a sancionador-. Con distintos grados de éxito, estas reglas estructuran o modelan la conducta social. La diferencia entre el enfoque social y el sistémico reside en cómo ve cada uno estas reglas y las prácticas que más o menos regulan. Para la integración social, las reglas están primordialmente en conexión con los actores o los colectivos que toman decisiones y los juegos sociales en los que participan. Para la integración sistémica, las reglas se ven en conexión con el funcionamiento general de un sistema y sus condiciones básicas de existencia.” (Mouzelis, 1994: 50)

9 “(...) I do want to suggest a usage of ‘structure’ than is closer to that of Levi-Strauss than to functionalism. But there are at least five limitations that compromise the usefulness of Levi-Strauss’s notion: 1. Levi-Strauss holds that structure connotes a model constructed by the observer, and his words ‘has nothing to do with empirical reality’ (...) 2. Levi-Strauss’s structuralism lacks a concept of structure-as-structuration. Process of structuration, in other words, are treated by Levi-Strauss, in the mode suggested by his persistent allusion to musical scores, as combinatory forms produced by an external player (the unconscious) (...) 3. Levi-Strauss’s approach appears ambiguous in regarding structure as relations between a set of inferred elements or oppositions, and rules of transformation that produce equivalences across sets (...) 4. (...) there are no such things as ‘rules of transformation’; all rules are transformational (...) 5. If structure exists (in time-space) only in its instances, it must include, it seems to me, reference to phenomena that are completely foreign to Levi-Strauss’s attempt to overcome formalism by emphasising form as the realisation of content: phenomena relating to power” (Giddens, 1979: 63-64).

2. Dimensiones metateóricas

Aunque aquí el autor se refiera a una dimensión metateórica distinta, las similitudes con el planteamiento de la distinción analítica entre estructura y agencia, son palpables, aunque Mouzelis, a diferencia de Giddens, dejaría fuera la cuestión de la pertenencia de los recursos a la estructura. A pesar de que esto, en principio, puede parecer un sesgo que dificulta pensar la cuestión de la desigualdad y la dominación, nosotros optaremos por seguir esta senda -por razones diferentes a la contradicción que denunciara Sewell (1992) entre la definición de Giddens de las estructuras como “virtuales” y su inclusión de los recursos en ellas, aunque también la compartamos¹⁰- y esperamos poder demostrar más adelante que no es necesariamente así. Entonces, provisionalmente, podríamos definir la estructura como un conjunto de reglas estrechamente relacionadas entre sí que prescriben determinados ordenamientos entre un conjunto de elementos. Hablar de estructura, de este modo, supone obviar el dominio práctico y contingente de la regla por parte de los agentes y, sólo como cambio de perspectiva, contemplar de forma abstracta las relaciones de las reglas entre sí.

B. La adaptabilidad de la reglas

Una de las cuestiones fundamentales en torno al concepto de regla es su adaptabilidad. Como ya dijimos, es marca distintiva de la tradición derivada de la incorporación del pensamiento de Wittgenstein el no pensar la regla como ubicada en el inconsciente de los agentes -o como una introyección, en el lenguaje parsoniano- y actuando al margen de estos, que la experimentarían como una compulsión a actuar, “como operando a sus espaldas” (Heritage, 1986: 30). Al poner el conocimiento práctico en el centro, tenemos que conceptualizar la operatividad de las reglas de forma diferente. No tratamos entonces con prescripciones rígidas, sino con abstracciones que se concretan en el desempeño de los individuos en situaciones determinadas o, como de forma similar propone Geertz, como mecanismos de control más que como esquemas concretos de conducta (Geertz, 1992: 51).

Si es crucial para poder demostrar el dominio de una regla el “saber cómo seguir” éste requiere, sin duda, el saber adaptarla en cada episodio concreto. Como expone claramente Barnes, las reglas no pueden ser nunca lo suficientemente informativas como para hacer que los distintos ejemplos de lo que supone seguir esa regla sean idénticos en las diversas situaciones en las que se

10 Para una crítica en mayor profundidad del concepto de estructura de Giddens, pero también de Sewell, alejada de nuestro propósito pero sin duda interesante ver, Lizardo (2010).

2. Dimensiones metateóricas

pone en práctica¹¹. Una afirmación similar hace Collins destacando la incongruencia entre la abstracción de la reglas y la situacionalidad de las prácticas, al defender que no son las reglas las que forman la estructura social sino, precisamente, la incapacidad de las personas para operar con ellas en el mundo de vida real¹². No es posible, entonces, que las reglas incorporen una suficiente cantidad de especificaciones como para hacer de su aplicación algo inequívoco, como hasta el mismo Parsons reconocía en relación con el problema de la desviación. Precisamente, encontramos en él una incompatibilidad entre esa norma interiorizada que actúa sin que medie ningún nivel de la conciencia del individuo y ese requisito de reflexividad implícito en la necesidad de concreción de la regla. Esta incompatibilidad es bien captada por Heritage, que argumenta que un mundo coordinado por los “idiotas culturales” es imposible, dado que requeriría ilimitadas especificaciones¹³. Así, no puede sorprendernos que este requisito de interpretación sea visto por el sociólogo norteamericano como fuente angustia: “el actor se encuentra con el problema no solo de estar a la altura de las expectativas de su rol, suponiendo que sepa exactamente cuáles sean, sino de saber qué se espera de él” (Parsons, 1976: 255).

No se debe entender esta crítica a Parsons, sin embargo, como una falta de atención a la incertidumbre que realmente supone la necesidad de “localización” de la regla. Como dice Taylor: “lo que sobre el papel es un conjunto de intercambios dictados desde la certeza, en el terreno es vivido en suspense e incerteza” (Taylor, 1997: 235). Pero, como Winch elabora extensamente a partir de argumentos de Oakshott, el perder de vista esta dimensión de participación activa ínsita en el concepto de regla nos lleva a la paradoja de una regresión infinita, donde sucesivos nuevos conjuntos de reglas que especifiquen la aplicación de los anteriores se deberían de añadir continuamente sin llegar a alcanzar nunca la completa concreción que sería necesaria¹⁴.

11 “(...) rules can never be sufficiently informative or well exemplified to keep instances of rule-following behavior relevantly identical in all the diverse situations wherein rules are followed”. (Barnes en Schatzki, Knorr Cetina von Savigny, 2001: 26).

12 “It is not 'rules' or 'norms' that uphold social structure, then, but precisely people's incapacity to operate with such rules in the real life-world” (Collins, en Cicourel, Knorr-Cetina, 1981: 103).

13 “(...) we find that the 'world' which must necessarily be co-ordinated with such an actor [a 'judgmental dope'] is an impossible one” dado que “it is a world requiring limitless specification.” (Heritage, 1986: 114).

14 “Oakshott opina, y otra vez con toda la razón, que una forma de actividad humana nunca puede sintetizarse en un conjunto de preceptos explícitos. La actividad 'va más allá' de los preceptos. Por ejemplo, estos tienen que aplicarse en la práctica, y, aunque podamos formular otro conjunto de preceptos de orden

2. Dimensiones metateóricas

Nos encontramos, entonces, que, como afirma de nuevo Winch, “sin esa posibilidad [la adaptabilidad] no nos estaríamos ocupando de conducta significativa, sino de algo que es o mera respuesta a estímulos o manifestación de un hábito realmente ciego” (Winch, 1962: 62). Es decir, es la misma capacidad de los sujetos para contextualizar la aplicación de la regla la que la distingue del mero hábito. Es la dimensión no sólo activa, sino creativa de los seres humanos la que resuelve “el problema del paso siguiente”, como lo denomina Bloor, quien expone como el finitismo se basa, precisamente, en la consideración de que el significado se crea al pasar de un caso a otro (Bloor, 2002: 19). La regla, entonces, de forma similar a como el género es, según Butler, “una práctica de improvisación en un escenario constrictivo” (Butler, 2006: 13), sería una tensión entre la creatividad humana que surge de la parcial indefinición que le es inherente y las limitaciones impuestas por el mundo que nos requiere esa concreción. Las reglas en sí mismas no tendrían limitaciones para transportarse a cualquier lugar. Las constricciones a esa movilidad ilimitada no son sino las circunstancias locales que enfrentamos¹⁵.

Si pasamos ahora al lado de las estructuras ¿qué implicación tiene esta adaptabilidad de las reglas? Defenderemos que la consecuencia fundamental es que no se las puede contemplar desde una visión enteramente estática. La exigencia de desempeño práctico y situado de las reglas hace que las estructuras tengan que verse como intrínsecamente dinámicas. Recuperamos, en este sentido, la procesualidad que integraba Giddens en el concepto al hablar de estructuración. Las estructuras expresan tanto la continuidad espacio-temporal de las interacciones como sus cambios, lo cual trae a primer plano el problema de la identidad -hasta qué punto la regla x_n es la misma que la regla x_{-} . Sin embargo, desde la perspectiva adoptada hasta el momento, no entramos aún a plantear las crisis estructurales que desembocan en transformaciones radicales. No obstante, se hace incuestionable que las estructuras se ven sometidas a cambios infinitesimales, pero constantes. La consolidación de la regla, la creación de identidad en la estructura es un proceso constante, nunca acabado.

más elevado, que prescriban cómo ha de aplicarse el primer conjunto, no podremos seguir mucho más por este camino sin encontrarnos en esa resbaladiza pendiente apuntada por L. Carroll (...)” (Winch, 1962: 54-55).

15 “We could take our concepts or rules anywhere (...) The real sources of constraint preventing our going anywhere and everywhere, as we move from case to case, are the local circumstances impinging upon us (...)” (Bloor, 2002: 19-20).

2. Dimensiones metateóricas

No es, entonces, como defiende Sewell (1992) en su crítica de la teoría de la estructuración de Giddens, que la “transponibilidad de los esquemas” sea una característica de las estructuras, sino que es parte de su misma constitución: la estructura se define mediante los distintos ámbitos y modos en los que se aplica y traduce la regla. Pero no debe entenderse, tampoco, que la regla sea equivalente a la miríada de interacciones en los que se aplica, ya que como sostiene Butler: “la norma no tiene un estatus ontológico independiente; sin embargo, no puede ser fácilmente reducida a sus casos: ella misma es (re)producida a través de los actos que tratan de aproximarla, a través de las idealizaciones reproducidas en y por esos actos” (Butler, 2006: 78). Los conceptos de “condensación” y “generalización” de Luhmann nos son de utilidad a la hora de articular este argumento:

“En conexión con una formulación empleada por Spencer Brown, aunque para alcanzar otra finalidad, se podría decir que las estructuras utilizan la condensación: contenidos de sentido que quedan condensados, gracias a su reutilización, y elevados a formas destacadas, pero que se van, poco a poco, desprendiendo del contexto y la utilización primera de donde surgieron. Lo importante de toda condensación es que tiene que ocurrir en lugares distintos en el tiempo, es decir bajo circunstancias siempre diversas.” (Luhmann, 1996: 243)

Es decir, cuánto más aplicaciones diversas tiene una regla, más abstracta deviene su formulación. La condensación, entonces, se puede ver en correspondencia con el problema de la indefinición parcial de las reglas: su abstracción es producida por la reutilización de las reglas en contextos diferentes de donde nace. Para cerrar el círculo, la generalización supone la posibilidad que esa abstracción abre a nuevas relocalizaciones. La identidad de la estructura se articula así mediante un mecanismo de reducción de complejidad y otro de ampliación o, por decirlo en nuestros términos, se basa precisamente en la imposibilidad de conseguir un cierre completo de su campo semántico que, paradójicamente, se afina a medida que se amplía.

C. El éxito en la reproducción de la regla

El último punto que queremos tratar sobre esta conceptualización de la agencia guiada por reglas, se deriva en buena medida del anterior. Si la regla requiere una aplicación situada y, por tanto, apela al desempeño práctico del agente, se presenta de inmediato la siguiente cuestión: si la regla no se actualiza “mecánicamente”, su actualización puede fracasar: “las situaciones humanas se presentan en infinitas y variadas formas y determinar a qué equivale una norma en una situación

2. Dimensiones metateóricas

determinada cualquiera puede exigir una gran perspicacia” (Taylor, 1997: 235). Como nos recuerda Winch, reglas y error son inseparables:

“(…) la noción de seguir una regla es lógicamente inseparable de la noción de cometer un error. Si existe la posibilidad de decir que alguien está siguiendo una regla, esto significa que se puede preguntar si está haciendo las cosas correctamente o no.” (Winch, 1972: 235)

En justicia, la existencia de deficiencias en la actuación de los individuos era reconocido en el funcionalismo. Ya vimos que Parsons, no sin cierta ambigüedad, hablaba de cómo la necesidad de interpretación de las reglas podía ser un obstáculo para el correcto desempeño del rol, siendo esta sino uno de los muchos problemas que detectaba y englobaba dentro de sus investigaciones sobre la desviación. Dahrendorf llegaba a referirse en este sentido a los roles como un arma de doble filo (Dahrendorf, 1972: 102).

No obstante, dentro de este marco teórico, el problema se asociaba fundamentalmente con carencias en la socialización y se asimilaba a amenazas al orden social, sin prestar atención, al contrario, a cómo la creación de orden tiene lugar a través de la incertidumbre reinante en las interacciones. Aunque se pueda hablar de corrección también en los comportamiento entendidos como “reacciones”, de forma similar a como “reaccionan” los sujetos del funcionalismo, como afirma Taylor, el error en el desempeño de una regla no se puede equiparar a esto:

“Reaccionar ante signos y hablar son logros. En ambos casos, animal o humano, se adquiere una maestría, con lo que podemos hablar de corrección o incorrección. Pero, en el primer caso, hacerlo correctamente es reaccionar o hacer el signo apropiado para llevar a cabo alguna tarea o conseguir algún resultado. [pero la corrección del uso de las palabras es algo distinto]” (Taylor, 1997: 121)

Y lo que distingue fundamentalmente el éxito en la puesta en práctica de la regla es, precisamente, el carácter social de la regla, es decir, su sancionamiento social, su carácter de norma. Bloor lo expresa con claridad al afirmar que la necesidad de la regla es semejante a una necesidad moral, por cuanto tiene que ver con hacer algo bien o mal de acuerdo a un estándar que ella encarna¹⁶. Para Bloor, la filosofía de Wittgenstein era sin duda una forma de colectivismo, y defiende sin ambages la equiparación de las reglas con las instituciones y, en consecuencia, la equiparación de seguir una regla con la participación en una institución. Esto significa, de forma crucial, que el juicio acerca del éxito o fracaso en la actuación de un individuo no depende de si el

¹⁶ “So the necessity we are dealing with is like a moral necessity: it is to do with getting something right or wrong, and of behaving well or badly according to some standard embodied in the rule. We are in the realm of norms. (...) I shall therefore talk of the 'normativity' of rules.” (Bloor, 2002: 2).

2. Dimensiones metateóricas

agente considera o no cumplido un propósito x sino de la aprobación o desaprobación de una comunidad. Como dirá Barnes, el acuerdo respecto a lo que significa seguir una regla es producido por la pertenencia de la que se sigue y no por la regla en sí misma¹⁷. Las reglas, por tanto, son públicas y los agentes están sujetos al juicio de sus congéneres: “solo en una situación en la que tiene sentido suponer que alguien más puede, en principio, descubrir la regla que estoy siguiendo, es posible decir inteligiblemente que estoy, de algún modo, siguiendo una regla” (Winch, 1972: 34).

Nos encontramos con ello de pleno en el reino de la etnometodología, cuyo objetivo en palabras del propio Garfinkel sería analizar “las actividades cotidianas como métodos que sus miembros usan para hacer que esas actividades sean racionalmente-visibles-y-reportables-para-todos-los-efectos-prácticos, es decir, 'explicables' (*accountable*), como organizaciones de actividades corrientes” (Garfinkel, 2006: 1). Es aquí clave el concepto de racionalización, que en la terminología de la etnometodología adquiere un sentido completamente distinto al introducido en la sociología por Weber. Como es bien sabido, para Garfinkel la racionalización tiene que ver con la capacidad del agente de hacer inteligible sus acciones ante los demás, es decir, de demostrar discursivamente su competencia, y es en este concepto de racionalización en el que basa la útil distinción entre conciencia práctica y conciencia discursiva de Anthony Giddens, así como los trabajos de Boltansky y Thevenot sobre los tipos de discursos que justifican la evaluación moral de los sujetos¹⁸. No obstante, la distinción que ha hecho el segundo de ellos entre las distintas actividades prácticas, diciendo explícitamente que una acción se puede considerar más o menos colectiva que otras en función de su preparación para justificación y crítica pública nos parece poco acertada y preferimos concluir que la acción guiada por reglas está siempre sujeta a escrutinio público y la capacidad para justificar sus acciones es lo que califica como miembro de pleno derecho de una comunidad.

17 “(...) *whatever is accounted agreement in the following of a rule is produced by the membership that follows it, not by 'the rule itself'*” (Barnes en Schatzki, Knorr Cetina K., von Savigny, (comp.), 2001: 26).

18 Aunque no se hallen habitualmente referencias a ello, ya se encuentra en Mead un concepto de racionalidad que evoca al elaborado por Garfinkel:

“Esto es lo que uno hace cuando actúa en una forma racional: se indica a sí cuáles son los estímulos que provocarán una reacción compleja, y por el orden de los estímulos determina cuál será el conjunto de la reacción. Ahora bien, el poder indicar esos estímulos a otras personas o a sí mismo, es lo que llamamos conducta racional, en cuanto distinta de la inteligencia irracional de los animales inferior y de buena parte de nuestra propia conducta” (Mead, 1998: 130).

2. Dimensiones metateóricas

Llevada esta conclusión al plano de las estructuras la consecuencia es clara. Tal y como argumentábamos respecto al papel de las carencias en el desempeño de los roles en la teoría funcionalista, la “desviación” no puede ser considerada como un efecto no deseable producido por deficiencias en uno u otro punto del “sistema social”. Las estructuras estarían, bajo esta perspectiva, produciendo constantemente “desviación”, de forma similar a como Durkheim establecía que las sociedades siempre producen criminalidad sin que pueda considerarse patológico. Las transformaciones que decíamos en el apartado anterior que constantemente padecían las estructuras, por tanto, no siempre corresponden a meras variaciones, sino también, a auténticas transgresiones, que no necesariamente las minan. En las estructuras, entonces, siempre habría cierto grado de “mal funcionamiento”, entendido como una sucesión constante de discontinuidades que compromete la recuperación de la continuidad, aunque frecuentemente esta se restablece. No hay que perder de vista que hablamos de “mal funcionamiento” sólo para conseguir una descripción inteligible, pues en realidad, ese “mal funcionamiento” es la única forma de funcionamiento posible.

2.2.2. El debate determinación-indeterminación: el concepto de poder

A. La agencia como poder

Otro de los debates históricos en la sociología hace referencia a la cuestión de la determinación. El punto crucial suele ser el intento de algunos autores de defender el libre albedrío de los seres humanos, frente a las pretensiones de otros de que las ciencias sociales alcancen el grado de predicción de las ciencias físicas. A pesar de que cuando incluso en las ciencias naturales se haya refutado el determinismo el debate parece irremediabilmente obsoleto, hemos decidido recogerlo, no sólo por una especie de tributo a la tradición, sino también por su articulación con otras cuestiones insoslayables en el análisis de la dimensión agencia-estructura. No en vano, el debate determinación-indeterminación es uno de los más directamente vinculados a esta dicotomía, pues se suponía en no pocos casos que eran las explicaciones estructuralistas las que amenazaban la libertad humana. Subyacía a esta identificación, una formulación de la articulación agencia-estructura que ha llegado a alcanzar una gran popularidad en la sociología: la agencia se ve constreñida por la estructura. De este modo se dibuja una agencia “libre” que se enfrenta a los “obstáculos” que planteaba una estructura. No sólo se identificaban así orden y estructura, sino orden y compulsión. Cuanto más fuerte fuera el peso de la explicación estructural, se entendía que

2. Dimensiones metateóricas

más determinada estaba la conducta individual y más predecible era. De ahí a leer la relación entre estructura y agencia como una “lucha” de la segunda por deshacerse del dominio de la primera, la distancia no era tan grande, como vemos, por ejemplo, en el planteamiento de Wallerstein, donde la intervención efectiva de la agencia es posible sólo en condiciones de crisis -es decir, de debilitamiento- estructural. Para acabar por esta senda definiendo el poder como una propiedad estructural, sólo hay que dar unos pasos más.

Esta disociación de agencia y poder se ve reforzada en dos frentes. En primer lugar, lo refuerzan las críticas que frecuentemente se les ha hecho a los autores que tienden a equiparar cualquier dinámica de afectación recíproca y poder. Encontramos un ejemplo particularmente claro en las observaciones de McCarthy acerca de la teoría del poder en Foucault, según las cuales el (supuestamente incorrecto) tratamiento foucaultiano de las relaciones sociales como relaciones de poder se entendería fácilmente toda vez que tomáramos en consideración el hecho de que el francés define las segundas de manera semejante a como en la tradición sociológica se definen las primeras, es decir, por la posibilidad de influir y ser influido por las acciones y expectativas de otros, de modo que sólo las acciones libres de influencias recíprocas -lo que equivaldría a hablar de relaciones no-sociales- podrían ser acciones exentas de toda forma de ejercicio de poder¹⁹.

La distinción que McCarthy pretende hacer entre acción social y poder parece indicar que el poder debe ser algo distinto de meramente influir sobre otro agente, o de lo contrario pierde toda su autonomía conceptual. Pero ¿qué puede distinguir entonces una relación de poder de una relación a secas? Lukes, que también se opone a equiparar ambas, lanza una respuesta en la cual se sustituye la asimilación de poder y agencia por la asimilación de poder y conflicto:

“Un punto común o idea primordial absolutamente fundamental de toda reflexión acerca del poder es que A de alguna manera afecta a B. (...) Claramente, todos nos afectamos unos a otros todo el tiempo de mil maneras; (...) Para que una forma de concebir el poder (o una forma de definir el concepto del poder) sea útil en el análisis de las relaciones sociales, tiene que comportar una respuesta a las preguntas: 'a qué se considera aspecto significativo?' y 'qué es lo que hace significativo que A afecte a B?'. (...) Los tres enfoques que hemos considerado

19 “Foucault's matter-of-course treatment of social relations as power relations is less startling once we realize that he now defines power relation in terms not unlike those that the sociological tradition has used to define social relations. What makes actions social is precisely the possibility of their influencing and being influenced by the action and expectations of others. On Foucault's definition, only actions that had no possible effect on the actions of others, that is, which were not social, would be free of the exercise of power” (McCarthy, 1991: 64).

2. Dimensiones metateóricas

se puede entender como interpretaciones y aplicaciones alternativas de un mismo concepto de poder subyacente, según el cual A ejerce poder sobre B cuando A afecta a B en sentido contrario a los intereses de B.” (Lukes, 2007: 23-24)

Nos enfrentamos así a una concepción del poder en sentido puramente negativo. El poder sería nada más que la capacidad para resolver una lucha -más o menos explícita y consciente- a favor de alguno de los contendientes. Aunque parezca emparentada con ella, esta situación se evitaría si retomáramos la definición weberiana, según la cual “poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aún contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad” (Weber, 2002: 43), que pone en el centro la “probabilidad de imponer la propia voluntad”, es decir, la posibilidad de llevar a cabo un proyecto, de producir un nuevo estado de cosas. El sustituir la referencia a las resistencias por los intereses opuestos, permite a Lukes tratar el problema de la ideología, pero sobre todo, pone el énfasis al daño ocasionado a quien se somete en la relación de poder frente al beneficio logrado por quien somete. Rechazar este énfasis es importante porque es lo que nos permite acercar el concepto de poder a conceptualizaciones no meramente negativas. Es la ya clásica lección de Foucault sobre la productividad y positividad del poder.

Esta distinción entre las dimensiones “positiva” y “negativa” del poder se refleja en una tipología que consideramos de gran utilidad y que es la diferenciación que hace Mann (1988) en sus investigaciones acerca del Estado. Reflexionando sobre el significado del concepto de “poder estatal”, Mann distingue entre el poder despótico de la élite estatal, esto es, el rango de acciones a emprender que se abre a dicha elite sin necesidad de negociación con los distintos grupos de la sociedad civil, y el poder infraestructural, a saber, la capacidad del estado para penetrar la sociedad civil e implementar decisiones políticas a través suya²⁰. Intentando generalizar esta distinción, podríamos decir que el poder tiránico se refiere la capacidad para imponerse a otros, y el poder infraestructural a la medida de la envergadura de los proyectos realizables. Si retenemos el sentido de esta distinción, los términos más familiares de “poder negativo” y “poder positivo” pueden

²⁰“What do we mean by ‘power of the state’? As soon as we begin to think about this commonplace phrase, we encounter two quite different senses in which states and their elites might be considered powerful. (...) the despotic power of the state elite, the range of actions which the elite is empowered to undertake without routine, institutionalized negotiation with civil society groups. (...) [and] infrastructural power, the capacity of the state to actually penetrate civil society, and to implement logistically political decisions throughout the realm.” (Mann, 1988: 5).

2. Dimensiones metateóricas

servirnos al efecto. Pero, independientemente de la denominación que les demos, lo que esperamos que quede suficientemente claro es que el poder en el sentido de Lukes, es sólo una aplicación de poder, pero no representa necesariamente al concepto de forma global.

El otro frente desde el que se fomenta la disociación de agencia y poder es en la metáfora de la distribución del poder. Como ya criticara Foucault, tendemos a pensar en el poder como en una posesión de los agentes. Aunque esto pareciera que asocia poder y agencia, a poco que sigamos el argumento hasta el final veremos que no es así. Puesto que cualquier análisis empírico pone en primer plano la desigual distribución de poder, surge de inmediato la pregunta por la causa de que unos agentes sean más o menos poderosos, es decir, posean más o menos poder. Como es evidente que la distribución no es por completo aleatoria, sino que sigue unas pautas marcadas, la conclusión es que su distribución responde a cuestiones estructurales, y aquí la identificación de orden y estructura vuelve a ser clave. A pesar de que Giddens defiende la vinculación de agencia y poder, su concepción de la estructura como conjunto de reglas y recursos responde a esta problemática. Nos encontramos así con que el poder está relacionado con el posicionamiento estructural y, una vez aceptado este punto, es más fácil llegar a la conclusión de que la estructura determina qué agentes tienen o no poder. De este planteamiento deriva lo que Lukes ha llamado la “falacia del vehículo” (Lukes, 2007: 77), esto es, la identificación del poder con los medios del poder. Una afirmación similar se encuentra en otros autores, por ejemplo, Etzioni (Etzioni, 1980: 355). No obstante, esta distinción no es aún lo suficientemente tajante.

Si, por el contrario, nos atenemos a nuestras definiciones de la agencia y la estructura como distinción meramente analítica no podemos en ningún caso ver a la una como influenciando a la otra. No hay manera entonces de que la estructura determine la agencia, ni tampoco al revés. Tampoco podemos pensar en que el poder reside en una de ellas y de alguna manera se comunica a la otra. Pero si aceptamos que, tal y como critica McCarthy en Foucault, toda relación social es poder, y no nos preocupamos de momento por como esta extensión del concepto pueda o no acabar “vacíándolo”, el problema desaparece. Simplemente, entonces, el poder al nivel de la agencia sería la capacidad de un agente para afectar a otro, es decir, su definición misma como agente, y al nivel de la estructura, se referiría a los caminos abiertos por las reglas para el relacionamiento de elementos, es decir, su definición misma como estructura.

Un poco en el espíritu foucaultiano, se podría decir que el poder está en todas partes, pero esto no es decir que cualquier relación social es “en la misma medida” un ejercicio de poder. Aún hay espacio dentro de esta concepción para atacar el problema del poder en su dimensión

2. Dimensiones metateóricas

“negativa” o de asimetría: al nivel de la agencia se definiría como capacidades diferenciales de agencia, y al nivel de la estructura como distribución diferencial de relacionamientos. Contra Lukes, el poder es decisivo en las relaciones conflictuales, pero no es directamente identificable con ellas. Contra Giddens y la “falacia del vehículo”, la estructura es indisociable del poder, pero no en virtud de que incluya los “recursos”.

B. Anamnesis y creatividad

Otra dimensión crucial del debate de determinación-indeterminación gira en torno a la orientación temporal del observador o, aún mejor, en la orientación que el observador presupone en su objeto de estudio. En la medida en que investigamos los fenómenos en retrospectiva es fácil seguir la cadena causal de acontecimiento y proyectar hacia el futuro los patrones encontrados. No es una suposición descabellada y, al fin y al cabo, es como operan las predicciones de las ciencias naturales. Pareciera que al explicar los mecanismos mediante los que un acontecimiento ha tomado una determinada dirección pudiésemos decir, de hecho, que el fin estaba de alguna manera ya en el inicio, que las consecuencias finales estaban encerradas en las causas iniciales. De modo similar, en psicología -y en esto se asemejan tanto el psicoanálisis como el conductismo- nos dice que lo que somos en la actualidad es el producto de nuestra infancia, la extensión lógica del cúmulo de experiencias que nos constituye.

No es que pretendamos apoyar ahora una visión deshistorizante de la ciencia social que apueste por obviar el enraízamiento de nuestro presente en nuestro pasado. Se trata tan sólo de hacer entrar en pie de igualdad, los condicionamientos de nuestro futuro en nuestro presente, de lo que no está dicho sobre nuestra historia desde que ésta comenzó. En tanto que defendemos una concepción de la agencia basada en el poder, esto es, en la capacidad de afectar a otros agentes y, en consecuencia, capaz de cambiar el mundo en el que interviene, y del mismo modo que hemos sostenido una práctica basada en la actualización creativa e incierta de reglas, no podemos contentarnos ahora con sostener una visión de ellos que les convierta en meros engranajes, en piezas al servicio de la transmisión de una fuerza que les es ajena -y aquí es pertinente la distinción que hace Latour entre intermediarios y mediadores, donde los primeros se distinguen de los segundos por transmitir sin transformar, de modo que definir sus inputs es suficiente para definir sus outputs²¹-.

21 “An intermediary, in my vocabulary, is what transports meaning or force without transformation:

2. Dimensiones metateóricas

El problema no es sólo si los sujetos son meros portadores (*Träger*) de los procesos estructurales, como piezas de ajedrez en un tablero que se desplazan sin ímpetu propio. No se trata sólo de una nueva ilustración del dilema agencia-estructura en este sentido, porque la misma cuestión se podría encontrar en el plano del análisis estructural: simplemente se desplaza el foco de agencia, siendo ahora las estructuras los agentes de cambio y, nuevamente, nos podemos preguntar ¿estaba su evolución ya inscrita en su nacimiento? Las versiones más férreas del estructuralismo marxista, por ejemplo, nos dirían que sí. Nosotros queremos proponer, al contrario, que la respuesta es que no, tanto en uno como en otro nivel, puesto que, otra vez, nuestro punto de partida con agencia y estructura como distinciones analíticas nos impide hablar en términos de agentes determinados por estructuras “libres”, tanto como de agentes determinados por estructuras determinadas. Más radicalmente, vamos a dejar de hablar de agentes determinados, y también de estructuras determinadas.

El título de nuestro apartado alude directamente a la teoría del *habitus* bourdiano y, aunque tampoco queremos hacer un muñeco de paja de él, ciertamente el sociólogo francés ha relacionado frecuentemente *habitus* y *anamnesis*, donde la segunda alude a esa concepción platónica de “el saber como recordar” y el primero evoca la expresión de esquemas de conocimiento corporalizados, como si las prácticas afloraran a la superficie y dejaran ver lo que siempre estuvo ahí. Admitimos la injusticia que podemos estar haciendo a la teoría de Bourdieu, y no es en cualquier caso el objetivo plantear nuestro argumento como una crítica a su obra²², sino a un tipo de concepción que le es afín a ese concepto de *anamnesis*. Sí que pretendemos, no obstante, posicionarnos de forma concreta, a favor en este caso, del filósofo que más se preocupó por la incorporación en la filosofía de la orientación al futuro de la praxis: Ernst Bloch.

Pretendemos adoptar de Bloch su concepción de la agencia como indesligablemente unida a la fantasía, a la producción de lo que todavía-no-es y al *novum* (la creación). Como en la metáfora marxiana tan apreciada por él -“lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera”-, vivimos en un mundo que está entretejido con nuestras proyecciones de lo que este mundo podría

defining its inputs is enough to define its outputs. For all practical purposes, an intermediary can be taken not only as a black box, but also as a black box counting for one, even if it is internally made of many parts” (Latour, 2005: 39).

22 En español contamos, por ejemplo, la compilación de ensayos publicada como homenaje tras su muerte, editada por Javier Noya (2003).

2. Dimensiones metateóricas

ser, a la vez que estas nos constituyen a nosotros mismos. El sentido, como afirma Luhmann, se constituye en la distinción entre lo actual y lo posible y, como argumenta Butler, “la fantasía es parte de la articulación de lo posible” (Butler, 2006: 51). No somos sólo el producto de lo que nos ha sucedido sino, en un sentido muy importante, también de lo que no nos ha sucedido (pero pensamos que podríamos sucedernos o desearíamos que nos sucediera). Razón e imaginación, como recoge Braidotti de Deleuze, están en una relación de positividad e igualdad (Braidotti, 2004: 181).

No queremos, en resumen, construir una tipología similar a la de Offe, distinguiendo entre una acción teleocrática -orientada al futuro- y otra nomocrática -guiada por la tradición- (Offe, 1996: 109-110). Lo que proponemos es que ambas se entrelazan, y no pueden ser diferenciadas. Como expone Joas, hablar de la acción creativa no es hablar de un tipo más de acción, sino afirmar que hay una dimensión creativa en toda acción humana (Joas, 1996: 4). Y esta conexión de ambas dimensiones es indisoluble, porque, como ya vimos, la aplicación de la norma requiere este aspecto creativo. En numerosas ocasiones, incluso, los sujetos se enfrentan a situaciones sólo muy imperfectamente reglamentadas, ya sea porque se encuentra con reglas que se oponen o por una especial resistencia de un nuevo caso a ser definido en términos de reglas conocidas. Sin embargo, como dice Archer sobre los mitos de Antígona y Edipo, a pesar de que sus acciones no estaban socialmente escritas, en lugar de quedarse paralizados, ambos actuaron (Archer, 2003: 46). Se trata entonces de destacar esta dimensión creativa y hacer patente sus implicaciones en términos de la indeterminación de lo social, como afirma Taylor respecto a ese caso especial de aplicación de reglas que es el lenguaje:

“Esto implica, entonces, atribuir un papel creativo a la expresión. Llevar las cosas al habla no significa simplemente hacer externamente disponible lo que ya está aquí. Hay muchos actos de habla banales en los que esto parece que está implicado. Pero el lenguaje como un todo debe implicar algo más, porque también es apertura de posibilidades que, en su ausencia, no estarían ahí.” (Taylor, 1997: 151)

Pero esto sin olvidar nunca que lo que decimos es aplicable tanto a la agencia como a las estructuras: tampoco desde esta perspectiva podemos obviar, como ya dijimos, que estas se reproducen en medio de transformaciones y discontinuidades, y que nunca se puede colegir de su estabilidad pasada su estabilidad futura. La estructura nunca llega a excluir completamente el azar, y con él, la crisis. Como en el concepto butleriano de resignificación, repetición e innovación, y con ellos la posibilidad de subversión y cambio, son indesligables²³.

23 El concepto de resignificación, muy ligado a la iterabilidad derridiana y uno de los pilares fundamentales

2. Dimensiones metateóricas

C. La indeterminación de lo social

Como corolario de la definición de la agencia como poder, atrapada entre la reproducción de lo existente y la producción de lo nuevo, aparece entonces la concepción de sujeto y mundo como radicalmente inconclusos y, por tanto, indeterminados. No se trata sólo de la indeterminación entendida a la manera de Norbert Elias como determinación recíproca, a la manera de un mundo sin fin, en tanto que guiados por fines contrapuestos. No es sólo un problema de indeterminación como resultado de la complejidad producida por la agregación de individuos, sino de que éstos son en sí mismos indeterminables. Se trata, de nuevo con Bloch, de desechar las perspectivas -lo que él denomina el materialismo inauténtico- que toman lo fáctico por lo real²⁴. Nuestra “realidad” está constituida tanto por “lo que es”, como por “lo que no es”, entendido como un profundo amalgamamiento tanto de “lo que fue” como de “lo que será”, o aún más exactamente, de “lo que pretendemos que sea”.

Lo dado, entonces, no agota lo posible e, igualmente, lo no existente no es neutro y libre de consecuencias. De hecho es bien conocido, como mínimo desde Bourdieu, que la naturalización, es decir, la identificación de lo existente y lo posible, es una operación ideológica fundamental. Pero,

de la obra de Butler, se refiere precisamente a esas repeticiones innovadoras de las que se alimenta esa concepción del sujeto como aplicación creativa de reglas que hemos defendido: “El sujeto no está determinado por las reglas mediante las cuales es generado, porque la significación no es un acto fundador, sino más bien un proceso reglamentado de repetición que a la vez oculta e impone sus reglas precisamente mediante la producción de efectos sustancializadores. En cierto sentido, toda significación se da dentro de la órbita de la obligación de repetir; la 'capacidad de acción', pues, es estar situado dentro de la posibilidad de variar esa repetición. Si las reglas que rigen la significación no sólo restringen, sino que permiten la afirmación de campos distintos de inteligibilidad cultural, es decir, nuevas posibilidades (...)” (Butler, 2001: 176).

24 Es la misma línea en la que Fraser critica el simbolicismo de Lacan, que en su opinión ha adoptado erróneamente buena parte de la teoría feminista, ya que el francés no deja espacio a construcciones alternativas porque no nos habla de *un* orden simbólico sino de *el* orden simbólico:

“Con este término [simbolicismo], quiero referirme, en primer lugar, a la reificación homogeneizante de las diversas prácticas significativas, para convertirlas en un 'orden simbólico' monolítico y completamente dominante y, en segundo lugar, al poder causal exclusivo que se confiere a este orden para fijar las subjetividades de las personas de una vez y para siempre.” (Fraser, 1997: 211).

2. Dimensiones metateóricas

yendo aún más lejos, apoyamos que la misma condición de lo existente no se puede identificar con “lo dado”, si por esto entendemos algo que sí es en sí mismo concluso, sino que se construye en la praxis. El concepto de ontopolítica de Annemarie Mol lo ilustra al recalcar el carácter producido de la realidad, que no precede a la práctica sino que se confirma en ella, rescatando su apertura y contestabilidad²⁵.

Tenemos entonces que avalar la posición de Giddens que, contra el discurso de la Ilustración, nos previene de que, a diferencia con las ciencias naturales, en las ciencias sociales no se puede hacer equivaler mayor conocimiento y mayor libertad. Aunque puede ser discutible desde el punto de vista de las primeras, desde luego no lo es desde el de las segundas, y esto no sólo por la dialéctica entre el conocimiento científico y el saber común que el autor inglés resume bajo el concepto de la doble hermenéutica, sino por esta inconclusividad del mundo social, que hace que lo que este sea esté siempre sujeto a discusión y lucha por moldearlo de acuerdo a proyectos alternativos o, por decirlo desde la perspectiva estructural, que el azar sea parte intrínseca de las dinámicas rectoras de los procesos sociales.

Para concluir, y en resumen, hemos tratado de defender la indeterminación radical de lo social y deshacernos de cualquier vestigio de construcción mecanicista de la explicación sociológica. Desde luego no pensamos que se pueda hablar de una determinación de la agencia por la estructura, pero tampoco de una completa determinación histórica o ambiental, ni tan siquiera que el problema sea reductible a una comprensión basada por completo en la determinación recíproca. El mundo social es procesual y contingente, sencillamente, porque no hay en él ninguna finalidad inherente. Agencia y estructura son siempre transformadoras y transformadas.

25 “*Ontological politics is a composite term. It talks of ontology -which in standard philosophical parlance defines what belongs to the real, the conditions of possibility we live with. If the term 'ontology' is combined with that of 'politics' then this suggest that the conditions of possibility are not given. That reality does not procede the mundane practices in which we interact with it, but is rather shaped within these practices. So the term politics works to underline this active mode, this process of shaping, and the fact that its character is both open and contested.*” (Mol en Law, Hassard, 1999, 74-75).

2. Dimensiones metateóricas

2.2.3. El debate subjetivismo-objetivismo: el concepto de simetría

A. *La relevancia de las rutinas*

El debate subjetivismo-objetivismo es otro de los que más larga tradición tienen en la historia de la teoría sociológica. Desde sus grandes clásicos, encontramos ya la contraposición entre la definición weberiana de la acción social, como aquella “acción con sentido propio dirigida a la acción de los otros” (Weber, 2002: 19), y la afirmación marxiana de que “así como no se juzga a un individuo por lo que él cree de sí, tampoco es posible juzgar una época semejante de revolución por su propia conciencia (...)” (Marx, 1970: 5), o, como apunta Giddens, la imposible definición de Durkheim del suicidio como “toda muerte que resulta, mediata o inmediatamente, de un acto positivo o negativo realizado por la víctima misma” (Durkheim, 2008: 3). Aunque podría pensarse que, en realidad, este debate guarda más relación con la dimensión material-simbólico que con la de agencia-estructura, interpretaciones de la historia del debate como las de Bourdieu en *El Sentido Práctico* nos ponen sobre la pista sobre su vinculación con esta última. Rechazaremos, sin embargo, la identificación plena de ambas, pues el objetivismo, como explica Habermas con intención de desmarcarse de él, es plenamente compatible con una concepción agencialista y, de hecho, a lo largo de este apartado trataremos de analizar el debate en ambas dimensiones, dado que, pese a que el éxito de la fórmula de Berger y Luckman de “la construcción social de la realidad” había prácticamente desterrado el objetivismo, no sólo ha sobrevivido, por muy marginalmente que fuese, sino que detectamos en la evolución de la teoría de las últimas décadas lo que podría interpretarse como un retorno del mismo -aunque nosotros defenderemos que en realidad es más un camino de superación del dilema-.

El primer paso en este camino se da con el concepto de rutina, que ha experimentado una gran popularidad en los últimos tiempos y es clave en los modelos teóricos de autores de la relevancia de Giddens, Habermas y Bourdieu. Por una parte, es fundamental el paso del dominio consciente de la regla al dominio práctico, del que ya hablamos al inicio del capítulo, pero, por otra, es necesario conjugarlo con otros conceptos, que hasta el momento no habíamos tratado, y que son herencia ahora no de la filosofía del lenguaje wittgensteniano, sino de la fenomenología y, más concretamente, de su principal traductor para las ciencias sociales, Alfred Schutz. Nos referimos, por supuesto, a los conceptos de mundo de vida y otros afines, como horizontes de sentido, reservorios de saber, o saber mutuo. Sin entrar a abordar la multiplicidad de definiciones, nos

2. Dimensiones metateóricas

contentaremos con destacar la referencia de estos conceptos a la pre-comprensión de sentido común del mundo que habitamos, donde común, como dice Eagleton (1998: 129), hace referencia tanto a que se comparte como a que se construye de forma colaborativa. La idea fundamental es que el mundo que experimentamos cotidianamente se constituye a través de un conjunto de significados que le atribuimos no-conscientemente y que está sujeto a la re-elaboración intersubjetiva. Este concepto ha quedado firmemente unido al del dominio práctico de la regla desde las primeras formulaciones sociológicas de éste y se encuentra ya, por ejemplo, en Garfinkel, en cuyo *Estudios en etnomedología* probablemente sea Schutz el autor citado más a menudo. Es importante en cualquier caso, como bien dice Taylor, entender la interacción recíproca entre ambas dimensiones, puesto que “la relación entre las prácticas y la concepción de fondo que hay tras ellas no es (...) unidireccional” (Taylor, 2006: 39).

Una de las características más destacables del mundo de la vida es especialmente relevante para el tema de la rutina en las ciencias sociales: el mundo de la vida permanece en su mayoría incuestionado. Ordinariamente, no problematizamos nuestras asunciones acerca del mundo, a no ser que nos encontremos con alguna ruptura que nos lo haga ilegible por un momento. La teoría social ha tendido a presuponer una buena dosis de continuidad en nuestra vida cotidiana. Así, buena parte de las reglas que actualizamos de forma constante, no requerirían sino quizá un mínimo de esfuerzo de concreción y se saldarían habitualmente con un alto porcentaje de éxito en su puesta en práctica. Los presupuestos del discurso de la modernización que identifican estas rutinas con una acción irreflexiva y ciega a la eficacia, ha sido contestado por un buen número de autores. Así, por ejemplo, el efecto de limitación que introducen los condicionamientos exitosos del que nos habla Luhmann, es visto por Berger y Luckman como la principal aportación de las rutinas: “la habituación comporta la gran ventaja psicológica de restringir las opciones” (Berger, Luckman, 2005: 73). Bateson acepta igualmente este efecto y comparte su valoración positiva, aunque hace explícita esa limitación: se hace inconsciente el conocimiento que no se ve perturbado por las transformaciones en el ambiente. Es decir, es precisamente esa continuidad del mundo de la vida la que hace eficaz la rutina:

“Es conveniente hundir algunos tipos de conocimientos hasta los niveles inconscientes, pero hay otros que conviene mantener en la superficie. Hablando en sentido amplio, podemos permitirnos hundir aquellos tipos de conocimiento que siguen siendo verdaderos independientemente de los cambios producidos en el ambiente (...)” (Bateson, 1985: 169)

2. Dimensiones metateóricas

Si nos detenemos tanto en esta cuestión, es porque esta conjunción de rutina y mundo de vida ha sido clave en buena parte de las síntesis agencia-estructura, lo que equivale a decir que ésta se ha logrado en buena medida desprendiéndose de las concepciones más subjetivistas de la agencia. El caso más claro, probablemente, sea la teoría de la estructuración de Giddens. La cotidianeidad de lo rutinario, las prácticas que por excelencia se extienden de forma más regular en el tiempo, ha sido clave en la teoría de la estructuración del teórico inglés como principal muestra de la recursividad de la agencia. Esta recursividad de la agencia es un pilar fundamental para sostener el modelo de la dualidad de estructura y agencia, que nosotros apoyamos, y no caer en la concepción de la regularidad de las prácticas como producto de la determinación estructural.

El problema para quienes como él se apoyan en las rutinas de forma tan central, se deriva de las teorías que afirman que la modernidad supone un cuestionamiento constante del mundo de la vida, de modo que los agentes se encuentran cada vez con más frecuencia frente a rupturas de su continuidad, es decir, que identifican la estabilidad del mundo de la vida con la primacía de la acción tradicional, por hablar en términos weberianos²⁶. Giddens, siguiendo con el ejemplo, acepta este postulado, lo que lleva a buscar un sustituto de la tradición en la adicción y la compulsión a la repetición. Nosotros, sin embargo, pensamos, tal y como expone Joas, que la problematización más o menos constante de lo dado por supuesto tampoco se puede considerar como un rasgo exclusivo de la modernidad, sino que el restablecimiento del orden del mundo de la vida es un ejercicio recurrente sin el cual este no se podría sostener. Así, las creencias y las rutinas basadas en ellas son repetidamente desgarradas, interrumpiendo lo habitual, los aparentemente mecanizados cursos de acción. Se entra así en una fase de auténtica duda provocada por la resistencia que el mundo ofrece a nuestras acciones, de la que sólo se puede salir mediante una reconstrucción del contexto interrumpido -reconstrucción que, por supuesto, es un logro creativo del lado del agente-²⁷.

26 Pues al fin y al cabo este cuestionamiento tiene sus raíces en la teoría de la racionalización weberiana y planteamientos afines, donde esta se entiende como un predominio de la acción racional, específicamente contrapuesta a la acción tradicional: “Un elemento esencial de la racionalización de la conducta es la sustitución de la íntima sumisión a la costumbre, por así decirlo hecha carne, por la adaptación planeada a una situación objetiva de intereses” (Weber, 2002: 25).

27 “However, this belief, and the routines of action based upon it, are repeatedly shattered; what has previously been a habitual, apparently automatic procedure of action is interrupted. The world reveals itself to have shattered our unreflected expectations; our habitual actions meet with resistance from the world and rebound back on us. This is the phase of real doubt. And the only way out of this phase is a

2. Dimensiones metateóricas

Es crucial para nosotros, no obstante, al hilo de esta problematización de las acciones rutinizadas, pronunciarnos aquí en favor de mantener en los esquemas teóricos la noción de objetivación de las reglas por parte de los agentes, reconociendo con Berger y Luckman que se necesita un esfuerzo deliberado para pasar de la actitud natural a la actitud teórica, pero sin llegar al posicionamiento que Bourdieu fue elaborando a lo largo de su obra y que hacía de esa transición poco menos que un privilegio de los individuos con mayor capital cultural, por no decir de los sociólogos. Creemos, con Pleasants (1999), que quizá el énfasis en el dominio práctico ha podido ser excesivo hasta hacer problemático el entender como los sujetos hacen este ejercicio de objetivación de manera bastante frecuente y con desiguales grados de éxito. Apostamos, entonces, por conservar ambas dimensiones, y esto independientemente de que el mundo actual nos obligue a un cuestionamiento de los presupuestos tácitos más habitualmente, sino como capacidad intrínseca de los agentes en cualquier contexto.

B. La corporalización de la agencia

El siguiente paso para deshacerse de la intencionalidad como criterio definitorio de la acción social lo encontramos en la introducción de la dimensión corporal en la misma. Evidentemente, siempre hemos sido conscientes de que detrás de las acciones había un cuerpo que las ejecutaba, pero la priorización del significado subjetivo de la acción llevaba ineluctablemente a imaginar los sujetos en forma de “conciencias”. Pero, como le critica Joas a Habermas, la intersubjetividad concebida mediante la acción comunicativa no es la única forma de superar esta “filosofía de la conciencia”. Y, no sólo como pretende el teórico de la acción creativa, por la posibilidad de tratar con los objetos en formas no teleológicas, sino precisamente por la vía de la corporalización de la agencia que él mismo explora a la hora de criticar el supuesto implícito en la teoría de la elección racional del control del propio cuerpo. Introducir la corporalidad nos lleva a eliminar la “interioridad” de la definición de la agencia. Extrapolando el comentario de Mead respecto a la comunicación de los animales, podríamos decir que, en buena medida incluso para los seres humanos, “la ira se expresa en el ataque; el miedo se expresa en la huida” (Mead, 1999: 88). Esta dualidad del agente frente a su propio cuerpo con el que se identifica como sujeto a la vez que se

reconstruction of the interrupted context. Our perception must come to terms with new or different aspects of reality; action must be applied to different points of the world, or must restructure itself. This reconstruction is a creative achievement on the part of the actor.” (Joas, 1996: 128-129).

2. Dimensiones metateóricas

enfrenta a él como objeto, había sido ya analizada con gran profundidad en Merleau-Ponty, y heredada en la sociología por autores que incorporaron la tradición fenomenológica, como Berger y Luckman:

“Por una parte, el hombre es un cuerpo, lo mismo que puede decirse de cualquier otro organismo animal; por otra parte, tiene un cuerpo, o sea, se experimenta a sí mismo como entidad que no es idéntica a su cuerpo, sino que, por el contrario, tiene un cuerpo a su disposición. En otras palabras, la experiencia que el hombre tiene de sí mismo oscila siempre entre ser y tener un cuerpo, equilibrio que debe recuperarse una y otra vez” (Berger, Luckman, 2005: 69)

Esta concepción es clave para la superación de la identificación del agente con una “conciencia”, toda vez que nos sensibilizamos de las formas en que nuestro cuerpo actúa sin su mediación, tanto en la presentación social de la persona, haciéndonos visibles en formas determinadas, como por medio de rutinas profundamente incardinadas y acciones reflejas, involuntarias. Y estas intervenciones corporales en el mundo no tienen porque ser menos sofisticadas o llenas de significado que si interviniese de forma más directa una “conciencia”. Nuestros cuerpos están profundamente ejercitados y son modelados de forma constante y radical, de modo que no hay nada simple en ellos; baste, al efecto, recordar las investigaciones, en otros sentidos muy diferentes, de Elias y Foucault sobre la “producción” social del cuerpo, o los estudios de Goffman sobre la importancia de un control corporal apropiado para ser considerado un actor competente, o las elaboraciones más recientes de Bourdieu sobre el enraizamiento corporal del habitus, o los trabajos hechos desde la teoría feminista y post-colonial sobre la producción de categorías sociales mediante la intervención en los cuerpos, o la estrecha imbricación del cuerpo y las emociones que se refleja en la obra de Collins. Como resumiera Mead, en una intuición al respecto bastante temprana en la historia de la sociología:

“El cuerpo puede existir y operar en forma sumamente inteligente sin que haya una persona involucrada en la experiencia. La persona tiene la característica de ser un objeto para sí, y esa característica la distingue de otros objetos y del cuerpo.” (Mead, 1999: 168)

En una línea muy similar y con varias décadas por medio, Knorr-Cetina ejemplifica en sus investigaciones en sociología de la ciencia el tránsito hacia la des-subjetivación de la agencia que implica su corporalización, invitándonos a pensar la intervención del cuerpo menos bajo la metáfora del conocimiento tácito con su evocación de un conocimiento inarticulado, y más como

2. Dimensiones metateóricas

conocimiento inscrito en soportes orgánicos, enfrentando la imagen de las máquinas pensantes silenciosas a la de los materiales inteligentes²⁸.

Para concluir, queremos dejar apuntado que esta reflexión se extiende también a la dimensión estructural, y es igualmente un paso crucial en ella hacia la concepción final que propondremos. Del mismo modo que debemos dejar de considerar a los agentes como “conciencias”, hay que dejar de pensar en las estructuras como relacionando “actores” que se definan en esos términos. Las relaciones que las reglas establecen entre unos y otros elementos no son en absoluto neutrales respecto a su corporalidad, tanto en su definición como en las operaciones de combinación que prescriben entre ellos.

C. La definición de la agencia en sus efectos

Poner fin a la interioridad de la agencia, introduciendo el cuerpo en su relación dual respecto al sujeto, prácticamente destierra el criterio de la intencionalidad y nos acerca mucho al paso final que queremos dar: la definición de la agencia en sus efectos. A lo que apuntamos es a una inversión completa de la fórmula convencional por la que constituimos primero al agente y luego asumimos su capacidad para actuar. Al contrario, lo que proponemos es aceptar las formulaciones que parten de la capacidad para actuar como base para definir al agente. O, aún más específicamente -porque pensar en la capacidad para actuar nos lleva inevitablemente a pensar en agentes constituidos- partimos de una actuación y sólo después buscamos al responsable. O, aún más radicalmente, como lo expresa Butler:

“El desafío que implica replantear las categorías de género fuera de la metafísica de la sustancia tendrá que tomar en cuenta la pertinencia de la afirmación que hace Nietzsche en *La genealogía de la moral* en cuanto a que 'no hay ningún 'ser' detrás del hacer, del actuar, del devenir; 'el agente' ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo'.” (Butler, 2001: 58)

28 “The term we usually apply to the body as a component information processor in expert settings is tacit knowledge (...); but this term is derived from the model of a thinking knower and is applied only to the person's unarticulated knowledge. What needs to be stressed with regard to molecular biology is that scientist act like ensembles of sense and memory organs and manipulation routines onto which intelligence has been inscribed; they tend to treat themselves more like intelligent materials than silent thinking machines (...).” (Knorr-Cetina, 1999: 99-100).

2. Dimensiones metateóricas

No es coincidencia que podamos recurrir a Butler para ilustrar este tipo de formulaciones, pues la crítica de la subjetividad propia de la teoría feminista ha encontrado suelo fértil en el descentramiento del sujeto de la teoría post-estructuralista. De forma similar, Brah hace del sujeto el producto de los acontecimientos, rechazando igualmente su prioridad lógica o temporal: “Contrariamente a la idea de un 'sujeto de experiencia' totalmente constituido a quien 'las experiencias le ocurren', la experiencia es el lugar de la formación del sujeto” (Brah en VV.AA, 2004: 121). Pero, como se ve precisamente en el fragmento donde Butler cita a Nietzsche, tampoco esta es una formulación esencialmente novedosa. También encontramos antecedentes en la formulación del “yo” en Mead, que conceptualizaba siempre como introduciendo novedades en la situación y del que decía “es siempre impredecible y sólo se puede determinar *a posteriori*” [mis cursivas] (Mead, 1999: 205).

No obstante, la formulación más popular, probablemente, de esta conceptualización de la agencia, y a la que corresponde en buena medida el mérito de su institucionalización, sería la de Anthony Giddens, que definió la agencia como “corriente de intervenciones causales reales o contempladas de seres corpóreos en el proceso en marcha en eventos-en-el-mundo”; aunque en otra parte dice “una acción nace de la aptitud del individuo para ‘producir una diferencia’ en un estado de cosas o curso de sucesos preexistentes”, poniendo al lado de una concepción enteramente basada en el efecto -el “producir una diferencia”- el anclaje en la “aptitud del individuo”. A pesar de esto, Joas, que alaba en la definición de Giddens la capacidad para superar el imperativo de atribuir un motivo a toda acción y la apertura hacia las consecuencias no intencionadas y las condiciones no reconocidas de la acción, critica precisamente ese “exceso” de apertura en cuanto a la conceptualización de los agentes:

“Por lo tanto, muchas de estas definiciones son, en último término, imprecisas en su demarcación respecto del comportamiento animal. Se puede decir esto hasta de su definición de la acción como la intervención causal, por parte de seres corpóreos, en el flujo de los acontecimiento; y John Shotter ha señalado que también puede decirse de la descripción que Giddens propone del doble carácter de las estructuras.” (Joas, 1998: 210)

Pero, al contrario, es esta apertura de la definición la que nos interesa mantener a nosotros pues es la que nos permite conectar con las proposiciones de la Teoría del Actor Red, que consideramos muy interesantes para flexibilizar nuestros análisis y terminar de romper con el dilema objetivismo-subjetivismo. La expresión radical de esta apertura en la definición de la agencia la encontramos, de hecho, precisamente formulada por Latour, quien sentencia que una agencia invisible que no

2. Dimensiones metateóricas

produce ninguna diferencia ni transformación, que no deja rastro ni adquiere ninguna responsabilidad sobre un acontecimiento, no puede ser considerada agencia en absoluto, pues estas serían las características, por tanto, que la definirían²⁹. Así, sin producción de diferencias no hay agencia, y en cualquier punto donde se encuentren la hay, con independencia de que el agente de esta manera formulado pertenezca a una u otra de las categorías que estructuran el lenguaje ordinario.

No se trata, siguiendo la distinción habermasiana entre conducta y acción, de expulsar del análisis sociológico todo el ámbito de la significación y de la intencionalidad para regresar al behaviorismo, sino, sencillamente, de no excluir por principio las acciones, esto es, las producciones de diferencias, que no encajan dentro de la definición subjetivista de la agencia. Para empezar, porque como se ha señalado en numerosas ocasiones en la historia de la teoría sociológica, no se puede considerar que los objetos estén precisamente vacíos de significación, como demuestran, por ejemplo, los ricos análisis de Bourdieu sobre la cultura material de diferentes grupos sociales. De lo que se trata es de tomar en serio el reconocimiento del papel imprescindible que juegan en la sociabilidad humana otro tipo de agentes, como recordaban hace ya décadas Berger y Luckman en la obra paradigmática del subjetivismo:

“La realidad de la vida cotidiana no solo está llena de objetivaciones, sino que es posible únicamente por ellos. Estoy rodeado todo el tiempo de objetos que 'proclaman' las intenciones subjetivas de mis semejantes, aunque a veces resulta difícil saber con seguridad qué 'proclama (...)’” (Berger, Luckman, 2005: 51)

Pero no tenemos que simplemente aceptar que los objetos “cuentan” sólo en tanto que objetivación de lo subjetivo, es decir, como lo subjetivo en una nueva forma, sino que hay que reconocer el rol fundamental que juegan en sí mismos, sin necesidad de que adquiriera los tintes trágicos que la dialéctica de la objetivación y la subjetivación encontraban en su formulación simmealiana. Sencillamente, como expone de nuevo Latour, en la medida en la que exista algo semejante a un “orden social” es sólo posible por el relacionamiento de agentes no-sociales, si por social entendemos un adjetivo sólo aplicable a los seres humanos o algunos tipos de especies animales de carácter gregario. La participación de más agentes que los humanos es imprescindible

29 “Without accounts, without trials, without difference without transformation in some state of affairs, there is no meaningful argument to be made about a given agency, no detectable frame of reference. An invisible agency that makes no difference, produces no transformation, leaves no trace, and enters no account is not an agency. Period. Either it does something or it does not.” (Latour, 2005: 53).

2. Dimensiones metateóricas

para la estabilización de las relaciones sociales. Como reza su clásica definición, convertida casi un lema, “la tecnología es la sociedad hecha para que dure”, y como ilustra el ejemplo de las sociedades de primates de que gusta utilizar, el orden social sería difícilmente sostenible sin la ayuda de ninguna herramienta, de ninguna cosa en absoluto³⁰.

Esto no es decir que no existan diferencias entre unos y otros agentes, sino que la diversidad no se reduce a las fronteras entre las categorías de nuestro lenguaje, sino que las cruza. Y tampoco es decir que las categorías de nuestro lenguaje sean irrelevantes, pues en absoluto lo son a la hora de establecer relaciones entre unos y otros agentes. Lo que implica la aceptación del principio de simetría es la apertura radical de nuestra perspectiva a la hora de analizar las relaciones sociales. No estamos excluyendo las acciones intencionales, sino recordando que a su lado coexisten las rutinas, los actos corporalizados y las transformaciones del mundo producidas por agentes no humanos.

Antes de concluir tenemos que apuntar dos problemas que se nos presentan. El primero, ¿no significa la reducción de la agencia a la producción de efectos y, con ello, la inclusión de la agencia no sólo no intencional, sino no humana, que se debe dejar de lado la concepción de la agencia como guiada por reglas? En absoluto. Significa sólo que requerimos una nueva especificación al respecto, pero de momento no haremos sino dejar reflejada esta dificultad, pues la abordaremos con más propiedad en la próxima sección.

El segundo problema se refiere a las implicaciones que esta concepción de los objetos como agentes pueda tener en la dimensión de la estructura. Primero, como ya dijimos respecto a la corporalización de la agencia, tendría como primera consecuencia la necesidad de ampliar la concepción de los elementos que relaciona, no ya sólo a los cuerpos de los agentes, sino a todo tipo de agentes. Pero, segundo y relacionado con lo anterior, nos permite concretar ahora el rechazo a la concepción giddensiana de la estructura como reglas y recursos, puesto que hemos abolido esa misma distinción. Las estructuras, por tanto, no se pueden más que referir a conjuntos de reglas que relacionan elementos heterogéneos, de modo similar a como se definirían los sistemas para Bateson:

“Consideremos un hombre que derriba un árbol con un hacha. Cada golpe del hacha es modificado o corregido, de acuerdo con la figura de la cara cortada del árbol que ha dejado el golpe anterior. Este proceso autocorrectivo (es decir, mental) es llevado a cabo por un sistema

30 “If sociologists had the privilege to watch more carefully baboons repairing their constantly decaying 'social structure', they would have witnessed what incredible cost has been paid when the job is to maintain, for instance, social dominance with no thing at all, just social skills.” (Latour, 2005: 70).

2. Dimensiones metateóricas

total, árbol-ojos-cerebro-músculo-hacha-golpe-árbol, y este sistema total es el que tiene características de mente inmanente.” (Bateson, 1985: 347)

Por poner un ejemplo sencillo, las muy estudiadas “estructuras de estratificación” no se verían según esta perspectiva como distribuciones de agentes en función de reglas en posiciones con acceso a mayor o menor cantidades de recursos, sino a reglas por las que unos agentes -seres humanos y objetos- forman constelaciones específicas. Las consecuencias que esto puede tener para la redefinición del poder, motivo central de la inclusión de los recursos por parte del sociólogo inglés en la articulación del concepto de estructura, se dejan intuir, pero los examinaremos también más detalladamente en la siguiente sección.

2.2.4. El debate agente-situación: el concepto de relacionalidad

A. La agencia como falta de autonomía

Por último, nos ocuparemos en esta sección de un debate quizá con menos solera que los tratados hasta el momento, pero en absoluto menos relevante. De alguna manera, se asemeja al debate determinación-indeterminación, pues lo que está en juego es hasta qué punto se puede considerar autónomo al agente: ¿puede la explicación social basarse en ellos como tales o hay que conceder un peso específico al contexto en el que actúan? Respecto a la proposición de la estructura como constriñendo a la agencia, los términos se relajan, o al menos, parecen situarse en un plano analítico menos desigual, aunque en el sentido común ambas formulaciones funcionan casi como sinónimos. No obstante, a nosotros nos interesa diferenciarla porque lo que esconde tras este debate concreto es la relacionalidad de la agencia.

Retomando pues la cuestión, ¿cómo de autónomos son los agentes?, nuestra respuesta es rotunda: las agentes carecen de autonomía completa. No se trata sólo de una generalización empírica que constata las múltiples relaciones que se ven obligados a poner en funcionamiento, sino un principio definitorio: la falta de autonomía es la que constituye al agente. Aceptamos en este punto plenamente la idea de Coleman, no así su terminología, según la cual lo que distingue a un “sistema social”, en contraste con un conjunto de individuos ejerciendo control sobre determinadas actividades para satisfacer sus intereses, es el hecho de que estos no tienen control completo sobre dichas actividades, que están al menos parcialmente bajo el control de otros actores³¹. Como

31 “What makes a social system, in contrast to a set of individuals independently exercising their control

2. Dimensiones metateóricas

expresa Bloch, de forma muy distinta, el no, como no-tener, como no-ahí, es el impulso de la acción.

No queremos que se entienda esta formulación en un sentido estrictamente materialista, como necesidad de “cosas”, como si se tratara de una mera lucha por recursos -entre otras razones porque ya hemos desechado por completo este concepto de “recursos”, al menos en su uso convencional-. La conceptualización de Coleman de esta falta de autonomía sobre el concepto de “actividades” es en ese sentido más adecuada, aunque el poner esas actividades como bajo “control” de unos u otros agentes tampoco es preciso. En primer lugar, crea la ilusión de que hay actividades que controlamos plenamente y que hay un espacio a-social, en el sentido de que no requerimos de los demás. En segundo lugar, y ésta es plenamente la intención de Coleman, al dividir el mundo entre actividades controladas por nosotros y actividades controladas por otros, se invita de manera muy directa a pensar en el relacionamiento entre agentes en términos de intercambio, lo que le permite afirmar que la persecución de los intereses propios en una estructura necesariamente requiere la participación en transacciones de algún tipo con otros actores, aunque éstas no se identifiquen con la concepción estrecha de un intercambio³².

Incluso aún bajo un concepto amplio de intercambio, éste no es suficiente. Las actividades no se pueden considerar como controladas por sujetos discretos, sino que tienen lugar en lugar en medio de las relaciones que se establecen entre ellos. Esto se ve especialmente claro si tenemos en cuenta la apertura que hemos aceptado de la categoría de agentes, que hacen casi ya por completo imposibles las “robinsonadas” que ya criticara hace más de un siglo Marx. El carácter abierto e inconcluso de los agentes del que ya hablamos en apartados anteriores hace que la agencia sólo se pueda concebir como relacionalidad. Si hasta ahora nos habíamos referido a la agencia como capacidad de producir una diferencia, tenemos ahora que reformularlo como la capacidad para producir una diferencia para otro agente, y éste, si ha de ser considerado como tal agente, ha de producirla también para el primero, luego la definición final de la agencia debe ser la de una relación de afectación recíproca entre al menos dos agentes. Si retomamos ahora el extracto de

over activities to satisfy their interests, is a simple structural fact: actors are not fully in control of the activities that can satisfy their interests, but find some of those activities partially or wholly under the control of other actors.” (Coleman, 1990: 29).

³² *“Thus pursuit of one's interests in such a structure necessarily requires that one engage in transactions of some type with other actors. Those transaction include not only what is normally thought of as exchange, but also a variety of other actions which fit under a broader conception of exchange.” (Coleman, 1990: 29).*

2. Dimensiones metateóricas

Bateson sobre el leñador que expusimos en la sección anterior, la crítica que hace a continuación al modo ordinario occidental de percibir las relaciones es completamente pertinente:

“Pero no es ésta la manera como el occidental típico ve la secuencia de acontecimientos que es el corte del árbol. El dirá: 'Yo corto el árbol' y hasta cree que hay allí un agente delimitado, el 'sí-mismo', que ejecutó una acción delimitada y teleológica sobre un objeto delimitado.”
(Bateson, 1985: 347-348)

Podemos recuperar ahora, entonces, el lugar que pasan a ocupar las reglas en una definición de la agencia que pretenda abarcar más tipos de acciones que la acción humana intencional. La especificación que necesitamos se desprende la conceptualización de la agencia como relacionalidad: en lugar de tomar las reglas como referencia subjetiva del agente, debemos hacerlo como claves de la inteligibilidad de la acción. Las reglas no guían al individuo, sino la relación, haciéndola comprensible para el observador o para los participantes cualificados. Igualmente, un agente puede no alcanzar a comprender lo que está sucediendo no obstante estar interviniendo en ello. Las reglas que guían la interacción pueden hacerse o no conscientes, pero están siempre presentes para la comunidad de interpretación, que es, ya lo aceptamos, el público pertinente para el enjuiciamiento de la regla. Butler lo expresa de forma muy adecuada a nuestros propósitos:

“La norma rige la inteligibilidad social de la acción, pero no es lo mismo que la acción que gobierna. La norma parece ser indiferente a las acciones que rige, con lo cual sólo quiero decir que la norma parece tener un estatus y un efecto que son independientes de las acciones gobernadas por la norma. La norma rige la inteligibilidad, permite que ciertos tipos de prácticas y acciones sean reconocibles como tales imponiendo una red de legibilidad sobre lo social y definiendo los parámetros de lo que aparecerá y lo que no aparecerá dentro de la esfera de lo social.” (Butler, 2006: 69)

Podemos volver ahora sobre cómo ha de entenderse el poder, una vez que despojamos a agente y estructura de los “recursos”. Sencillamente, si hemos hecho equivaler agencia y poder, podemos decir que si la agencia es una relación de afectación recíproca entre al menos dos agentes, el poder será esa misma relación. El poder, tanto como la agencia, es un producto de la relación y, por tanto, el poder en su dimensión de asimetría, se refiere a la cantidad y calidad de las relaciones que constituyen un agente, en plena sintonía, de nuevo, con las propuestas de la Teoría del Actor-Red. Estamos de acuerdo con Mouzelis, además, en que la dimensión micro-macro se identifica espúreamente con la división agencia-estructura, cuando realmente se entiende mejor como vinculada al “tamaño” de los agentes (Mouzelis, 1995). Sin embargo, Mouzelis traduce esta conclusión inmediatamente en términos de jerarquías, a pesar de que mantiene como criterio

2. Dimensiones metateóricas

fundamental la relevancia de las acciones, en el sentido de la influencia sobre un mayor o menor número de agentes diferentes. Si nos deshacemos de ese término de jerarquía y nos limitamos a la vinculación de la dimensión macro-micro con el poder y, por tanto, en nuestros términos, como la cantidad y calidad de las relaciones que constituye un agente, encontraremos una propuesta bastante satisfactoria. Tendremos ocasión de volver sobre ello nuevamente en los próximos capítulos.

Por último, finalizaremos, como venimos haciendo, preguntándonos qué implicaciones tienen estas conclusiones elaboradas en torno a la agencia, al transponerla en la dimensión de la estructura. La respuesta es que la estructura ha de verse como la abstracción de esa afectación recíproca en términos de reglas que las guían. Como se observa, esto no supone ninguna transformación del concepto tal como lo veníamos definiendo, sino que es una extensión directa de concebir las estructuras como conjuntos de reglas que prescriben determinadas relaciones entre unos elementos. Es importante notar, eso sí, para conclusiones posteriores, que en tanto que conjunto de reglas, tiene en cuenta todos los elementos que relaciona, y los elementos fuera de ella le son irrelevantes. Toda relación debe ser incluida en ella y si no hay relación “no existe”.

B. La relación recíproca situación-acción

Si nos ocupamos ahora directamente de cómo ha de articularse la relación entre agente y situación y cuál es el peso específico de cada uno de ellos en ella, teniendo en cuenta todas las propuestas aceptadas hasta ahora, la conclusión es inapelable: no hay una situación en la que el agente actúe. De modo similar a la famosa conclusión derridiana de que “*il n'y a pas de hors-texte*”, podríamos decir ahora que no hay nada fuera de la agencia. Nuestra postura en el debate no es, sin embargo, un exceso de confianza en la autonomía de los agentes -al contrario-, sino un rechazo de plano a la pertinencia de la distinción en la que se basa.

Aunque el *action frame of reference*, con su distinción entre agente, objetivos, normas, valores y situación se estableció fácilmente en el sentido común sociológico, realmente es imposible sostener su viabilidad si nos atenemos a todos los presupuestos aceptados hasta ahora. Aunque la obra parsoniana se considere habitualmente obsoleta, si nos fijamos en la definición que hace de ella en *La estructura de la acción social* podremos ver fácilmente el arraigo que ha tenido en los enfoques sociológicos. Sírvanos en cualquier caso como punto de partida para la crítica de la conceptualización convencional de la situación. En primer lugar, Parsons comienza por definir la situación en contraste con el objetivo del agente de la situación: “[un acto] debe iniciarse en una

2. Dimensiones metateóricas

'situación' cuyas tendencias de evolución difieran, en uno o más aspectos importantes, del estado de cosas hacia el que se orienta la acción (el fin)” (Parsons, 1968: 82). En segundo lugar, la situación se desagrega en condiciones y medios: “esta situación es, a su vez, descomponible en dos elementos: aquellos sobre los que el actor no tiene control (es decir, los que no puede alterar, o evitar que se alteren, de acuerdo a su fin), y aquellos sobre los que tiene control” (Parsons, 1968: 82).

La situación empieza, por tanto, por definirse como un estado de cosas que se desea cambiar, un estado de cosas que, por supuesto, es exterior al sujeto. Pero nosotros ya aceptamos que la falta de autonomía es inherente al agente que está siempre indeterminado e inconcluso por definición y, por ello, ese impulso a la acción es en este sentido interior a él. Tampoco podemos aceptar la distinción entre elementos controlados y no controlados de la acción, puesto que si son elementos con capacidad para afectarle no pueden estar nunca completamente controlados, o de lo contrario no se les puede considerar agentes. Si están ciertamente bajo control, sólo cabe darlos por irrelevantes, pero difícilmente parece que pueda ser esto lo que Parsons o nuestro sentido común quisieran decir.

Una propuesta anterior en el tiempo y, sin embargo, más afín con nuestra perspectiva la encontramos en Mead, que afirma: “El acto mismo, del que he hablado llamándolo el 'yo' de la situación social, es una fuente de la unidad del todo, en tanto que el 'mí' es la situación social en que ese acto puede expresarse” (Mead, 1999: 295). En principio estaríamos también en una posición donde simplemente se distingue agente y situación, no obstante, tenemos un primer avance en la conceptualización en términos de “yo” y “mi” que sustituye la relación de exterioridad por otra de interioridad. Pero si, además, tenemos en cuenta que el 'yo', es para Mead “la respuesta que el individuo hace a la actitud que otros adoptan hacia él, cuando él adopta una actitud hacia ellos” (Mead, 1999: 205), tenemos entonces que el “mi” son las actitudes de los otros hacia él, es decir, la agencia de los otros sobre él. Agente y situación, entonces, son las partes de una relación social, donde la unidad viene dada por “el acto”, es decir, “el yo”, pero éste sólo surge en esa relación, no la antecede: “la conducta tiene lugar, aquí, en el campo social en que surge una persona en la situación social del grupo, así como la habitación surge en la actividad de un individuo llevada a cabo para llegar al objeto especial que quiere tomar” (Mead, 1999: 295).

El panorama que visualizamos nosotros, por tanto, es el de relaciones entre agentes relevantes los unos para los otros y “nada” entre ellos³³. Podemos hablar, con Thevenot (en Law,

33 Pero aún podríamos ir un poco más allá, para afirmar, como lo expresa Bateson, que “los contextos tienen realidad comunicacional sólo en la medida en que son efectivos en cuanto mensajes” (Bateson, 1985: 280).

2. Dimensiones metateóricas

Mol, 2002: 54) de la necesidad de ajuste entre las prácticas y el medio, y es sin duda interesante la propuesta de distinguir entre distintos grados de generalidad como hace él -convención pública, funcional, familiar, etc.-, así como destacar que la formación de una realidad depende de la forma de evaluación que destaca lo que es relevante, siempre y cuando tengamos en cuenta que esa relación con el “medio” es sólo otra forma de hablar -equivoca- de la inserción de un agente en una relación compleja, y que esos grados de generalidad delimitan una tipología concreta de las relaciones. Igualmente, podemos seguir a nuestro sentido común y hablar de “situación”, siempre que no perdamos de vista que, en realidad, la situación es sólo una abreviatura para el posicionamiento del agente en esas relaciones. Puede que nos sintamos tentados de hacerlo más a menudo precisamente cuando los agentes involucrados no sean seres humanos y, desde luego, será probablemente pertinente si estamos tratando de tener en cuenta las descripciones que nuestros sujetos humanos harían de su posición en ese tipo de relaciones. Pero, a pesar de ello, analíticamente es importante mantener la firmeza de la conclusión de que no hay situaciones exteriores a la agencia³⁴.

Por esto, no es suficiente, como dice Joas, con tener en cuenta la situación en la que se desenvuelve un agente sino ser consciente de que la situación es constitutiva de la acción -como ya encontrábamos en la propuesta de Mead-, apoyando su crítica al *action frame of reference*³⁵. Sin embargo, nos parece que la evidencia de que la “situación” es constitutiva del agente no es el resultado de emplear una perspectiva no-teleológica, sino de la relacionalidad de la agencia que hace que el agente sólo sea tal por medio de sus relaciones con otros agentes. Si estamos de acuerdo con las críticas a la idea de la acción racional -no sólo el presupuesto del control del propio cuerpo, sino también el de la autonomía del agente y el de considerar a éste como un agente intencional-, no

34 Y, aunque estamos de acuerdo con Archer (2003: 65) en que hay que prestar atención a las evaluaciones agenciales de la situación a la luz de sus preocupaciones y sus evaluaciones de sus proyectos a luz de sus situaciones, el concepto de situación aquí tampoco aporta nada específico que no se puede enfocar adecuadamente sustituyéndolo por esta comprensión del agente como en una posición específica en una relación.

35 “*what is missing [in Parsons' classic version of the action frame of reference], and what becomes immediately obvious the moment we adopt a non-teleological approach, is that it is not sufficient to consider human action as being contingent on the situation, but that it should also be recognized that the situation is constitutive of action.*” (Joas, 1969: 160).

2. Dimensiones metateóricas

lo estamos en las bases de su respuestas, en esa incardinación del agente con ese concepto de situación, que no se abre suficientemente a considerar la agencia no-humana.

Las implicaciones de este razonamiento para la dimensión estructural son importantes. El abandono del concepto de situación nos lleva directamente a una crítica al concepto de sistema, al menos al concepto de sistema en su modelación luhmanniana, o más propiamente dicho, nos lleva a una apuesta por su concepto de estructura frente al de sistema. Si, según el propio Luhmann estructura y sistema se diferencian porque la primera no tiene límites y, en consecuencia, tampoco entorno, esta es el tipo de construcción teórica que necesitaremos. Si la estructura tiene en cuenta todos los elementos que relaciona y nada más, el entorno no podría cumplir, entonces, ninguna “función” ni influir de ninguna manera. Esto no quiere decir que las estructuras no se relacionen unas con otras, sino que no lo hacen como lo hace el sistema con el entorno, sino a través de elementos que les sean comunes.

C. La relacionalidad como agencia distribuida

Nuestra última conclusión, por tanto, es que, como consecuencia directa de todo lo dicho hasta ahora, la agencia ha de entenderse siempre como agencia distribuida, al modo de la Teoría del Actor Red. De hecho, el propio nombre de la corriente teórica no deja lugar a dudas: el actor es la red. Esto quiere decir que la agencia, en tanto que afectación recíproca, está propiamente localizada en la relación en sí misma. Seguiremos en adelante hablando de agentes, en la manera convencional, pero es importante tener en mente que tras el concepto de agente lo que se esconde es en realidad sólo una parte de lo que es el agente real, es decir, la relación. Como lo explica Latour con rotundidad:

“La acción es una propiedad de entidades asociadas. Al agente 1 le consienten, autorizan y facultan los otros. El chimpancé y el bastón afilado alcanzan (y no alcanza) el plátano. La atribución a un actor del papel de motor principal no debilita en modo alguno la necesidad de una composición de fuerzas para explicar la acción. (...) Los papeles 'actoriales' provisionales pueden ser atribuidos a los actantes debido exclusivamente a que los actantes se encuentran en un proceso de intercambio de competencias, nuevas metas, nuevas funciones.” (Latour en Doménech, Tirado, 1998: 257)

Esta centralidad de la relacionalidad es lo que lleva a Law a hablar de la Teoría del Actor-Red como “semiótica material” y a Latour de la sociología como la ciencia encargada de rastrear y hacer

2. Dimensiones metateóricas

visibles las conexiones, en lugar de como una disciplina basada en explicar cómo las “fuerzas sociales” afectan a las cosas. No obstante, no es nuestro objetivo entrar en un comentario en profundidad de esta propuesta teórica, que tampoco precisa ya en la actualidad de mayores presentaciones. Nos basta con destacar el acierto que supone para nosotros esta apuesta por la relacionalidad, porque, como dice Joas -aunque no lo llega a desarrollar plenamente en su esquema teórico- el individuo nace “envuelto en un proceso continuo de trazado y apertura de fronteras a otros individuos y a los colectivos” (Joas 1998: 291). Como expresa de manera más lírica Serres, nuestra articulación se presta a la imaginación de que “el primer objeto del derecho fue la cuerda, el lazo” (Serres, 1991: 79).

El ver la relacionalidad como base de lo social nos empuja a introducir dos conceptos, uno al nivel de la agencia y otro al nivel de la estructura. Introducción no es, sin embargo, el término más apropiado pues estamos lejos de crear un neologismo o reformular radicalmente un concepto asimilado, como veremos inmediatamente. Al nivel de la agencia, el concepto que nos interesa adoptar es el propuesto por Elías de “figuración”. Evidentemente, tomar conceptos de teorías concretas siempre exige precauciones por que estos se definen en un entramado complejo, con los que cargan, al menos parcialmente, cuando intentamos movilizarlos. En primer lugar, es bien sabido que Elías proponía este concepto como una forma de mediación en el debate individuo/sociedad, con lo que evoca una forma de superación del dilema estructura/agencia. En segundo lugar, este autor habla fundamentalmente de agentes intencionales. No obstante, en tanto que el concepto de figuración se refiere a haces de relaciones donde los participantes se ven sujetos a las influencia los unos de los otros, y por su énfasis en las interacciones no intencionales, el concepto es bastante apropiado para nuestros propósitos, y esto es lo que retendremos de él. Si ya habíamos definido, por tanto, una relación como una afectación recíproca, con el concepto de figuración no pretendemos sino dar el salto para contemplar el cruce de diversas relaciones. Esto es importante puesto que en las investigaciones empíricas, aún cuando se pueda analíticamente aislar una relación, es patente que siempre habremos de enfrentarnos con relaciones complejas, esto es, con relaciones entre relaciones, más que con relaciones simples.

En la dimensión de la estructura, queremos destacar un concepto eminentemente clásico de la sociología: la institución. Sin pretender adoptar la definición más rigurosa del concepto de acuerdo a la tradición teórica, queremos simplemente utilizarlo en esta ocasión para referirnos a los entramados formados por estructuras relacionadas entre sí. De nuevo, esto es un imperativo de aplicabilidad del concepto de estructura, a no ser que hablemos de ellas en términos de enorme

2. Dimensiones metateóricas

laxitud. Sea lo que sea que investiguemos -el capitalismo, la ciencia, la familia- desde la perspectiva estructural siempre nos encontraremos una multiplicidad de reglas relacionadas entre sí de formas diversas, esto es, estructuras complejas, conjuntos de conjuntos de reglas. No obstante, hay una razón adicional para querer introducir este concepto y es el de sustituir al de sistema, puesto que ya comentamos que dificultaba la comprensión del relacionamiento de estructuras, al llevarnos a pensarlo en términos de relación sistema-entorno.

2.3. Sanciones-definiciones

2.3.1. La propuesta del eje sanciones-definiciones como segundo eje

A. Relaciones y reglas

La dicotomía sanciones-definiciones seguramente resulte poco familiar y se necesite una justificación de su elección, cuando el gran debate en la teoría sociológica junto con el de agencia-estructura ha sido siempre el del par material-simbólico. El camino que habremos de seguir para exponer nuestra posición al respecto será ahora más tortuoso, pues no partimos de fórmulas exitosas y de amplia aceptación, como en el caso del debate en torno a las dimensiones de la agencia y la estructura. No obstante, intentaremos mostrar el sentido de nuestra decisión y cómo a través de ella podemos igualmente interceder de forma productiva en otros dilemas clásicos, a la vez que servirnos de estos para ir añadiendo los matices necesarios a la misma.

El primer punto sobre el que basamos nuestra elección tiene que ver, como en el caso de la estructura-agencia, con la tradición de la disciplina. A pesar de que hemos rechazado adoptar la distinción que realmente tenía el peso de la tradición de su parte, sí que reconocemos el interés de diversos problemas contruidos alrededor suyo. No pretendemos que cualquiera de las dimensiones que seleccionamos sea producto de una elaboración inductiva, como si la realidad social misma nos pusiera ante los ojos las categorizaciones pertinentes. De hecho, ni siquiera pretendemos que nuestras categorizaciones se puedan encontrar en la realidad, como ya se expuso, ya que estas no pretenden sino ser meramente analíticas. Tampoco estamos apostando por una formulación novedosa, sino que nos limitamos a seguir el hilo de algunas de las propuestas que han intentado, como nosotros, recuperar algunas cuestiones en marcos de análisis que trataban de superar los aspectos más desafortunados de la distinción material-simbólico. Adoptar una segunda dimensión

2. Dimensiones metateóricas

de análisis no es, en absoluto, una necesidad lógica, como no lo es añadir una tercera o una cuarta. Pero nos inclinamos claramente a pensar que el tipo de perspectivas que se pueden adoptar en el análisis de forma productiva no quedan agotadas con la agencial y la estructural.

Sin embargo, decir que pensamos que se pueden distinguir otras dimensiones metateóricas que tengan sentido en sí mismas y no puedan ser subsumidas plenamente por la dimensión estructura-agencia, no quiere decir que estas sean completamente autónomas. Las delimitaciones construidas en torno a cada una de ellas influyen en las demás. Así, habiendo partido de la exposición de nuestras definiciones de estructura y agencia, hemos establecido ya implícitamente unos límites a la formulación de la dimensión que nos ocupa y este es el segundo punto que queremos destacar: cualquier otra perspectiva que añadamos no debe violar los presupuestos que ya hemos aceptado. Esto tiene como implicación que debe articularse de forma congruente con los conceptos de relación y regla, fundamentalmente.

Así pues, habiendo definido la agencia como una afectación recíproca, que se hace inteligible por mediación de la regla que la relación actualiza, y la estructura como un conjunto de reglas que definen una serie de elementos y sus relaciones entre ellos, hemos puesto ya parte de los cimientos de ulteriores distinciones. Esto significa, en primer lugar, que la distinción tiene que tener sentido tanto desde la perspectiva de la agencia como desde la de la estructura, puesto que ambas hacen referencias a los mismos procesos. La dimensión que se añada debe, entonces, ser útil en ambos niveles. En segundo lugar, no se puede perder de vista que el eje de ambas definiciones lo constituyen las relaciones. Las perspectivas analíticas que introduzcamos deben hacer referencia, por tanto, no a los agentes en sí mismos sino a los tipos de relaciones que se establecen entre ellos. Esto es crucial, puesto que nuestros agentes no pre-existen a dichas relaciones y no significa sólo que no se pueden basar en la “naturaleza” del agente, sino que no deben remitir tampoco a “estados mentales” u orientaciones, siendo fiel al rechazo al criterio de la interioridad. Igualmente, al nivel de las estructuras, las referencias tienen que ser a las relaciones y no a los elementos que se combinan en ellas. En tercer lugar, esas relaciones no pueden considerarse al margen de las reglas que actualizan, por lo que las distinciones tienen que ser comprensible en esos términos. Así, la distinción tiene que considerarse como distinción entre cualidades referentes a las reglas que determinan tipos de relaciones entre agentes y la diferenciación puede aplicarse a ellos sólo como su producto. Como las estructuras contemplan las mismas reglas que actualizan las relaciones agenciales, las distinciones que se apliquen en uno nivel tienen que ser útiles también en el opuesto. Las propuestas sobre los tipos de reglas son, sin duda, muy numerosas, y las revisaremos más

2. Dimensiones metateóricas

adelante en el marco de debates más amplios. De momento, nos centraremos en la exposición de la que ha sido la base fundamental de nuestro planteamiento, para poder dejar asentada nuestra posición desde el principio e ir complementándola a medida que nuestro análisis se adentre en cuestiones más diversas.

B. Las dimensiones de las reglas

La perspectiva que vamos a adoptar aquí, la distinción sanciones-definiciones, la tomamos de la intervención de Giddens en el debate sobre los tipos de reglas. Para puntualizar su propia definición de reglas, hace una reflexión sobre varios ejemplos concretos de reglas:

“Considérense los siguiente ejemplos de reglas:

1. 'La regla que define el jaque mate en ajedrez es...'
2. Una fórmula $a_n = n^2 + n - 1$
3. 'Como regla, R se levanta a las 6:00 todos los días'
4. 'Es una regla que los obreros deben fichar a las 8:00 de la mañana'” (Giddens, 1995: 55-56)

El británico argumentará que las reglas del tipo del caso 3. debe ser excluidas de ser consideradas reglas, pues más bien representan hábitos y, aunque estos son fundamentales para el concepto de rutina, tan crucial en su obra, defenderá que es importante destacar que es algo distinto de una regla, y estamos de acuerdo en ello. El resto de su reflexión se destina a mostrar por qué el tipo 2. es el mejor ejemplo del tipo de regla pertinente para el análisis social, pero de mayor interés para nosotros es el comentario que le antecede sobre los casos 1. y 4., con cuyo ejemplo refuta la distinción entre reglas constitutivas y regulativas. Frente a Searle, que defiende que las reglas que se formulan como 'Hagan X', o 'Si Y, hagan X' son un tipo específico de reglas -regulativas- claramente diferenciables de las de tipo 'X se considera Y' o 'X se considera Y en el contexto C' -constitutivas-, Giddens defenderá que lo que las diferencias entre estas dos reglas ilustran son dos dimensiones básicas de las reglas, precisamente, sanciones y definiciones:

“Acerca de 1. y 4., yo diría que expresan dos aspectos de reglas más que dos tipos distintos de reglas. Si 1. es sin duda parte de aquello en que el ajedrez consiste, para los que juegan al ajedrez tiene propiedades sancionadoras o 'reguladoras'; denota aspectos del juego que es preciso observar. Pero 4. tiene también aspectos constitutivos. Quizá no entre en la definición de lo que es 'trabajo', pero entra en la de un concepto como 'burocracia industrial'. Aquello sobre lo cual 1. y 4. llaman nuestra atención son dos aspectos de reglas: su papel en la constitución de un sentido y su estrecho nexo con sanciones.” (Giddens, 1995: 56)

2. Dimensiones metateóricas

Esta propuesta abre un interesante camino para operar nuevas distinciones y, de hecho, Giddens la utiliza para la diferenciación de tipos de estructuras, donde junto a las estructuras de dominación, aparecen las de significación -que se correspondería con la dimensión de definición- y legitimación -que se correspondería con la de sanciones-. Tiene la ventaja clara de ser plenamente compatible con las condiciones que presentamos en el apartado anterior: es una distinción meramente analítica, que se aplica directamente sobre las reglas y que funciona igualmente a nivel estructural y agencial. Puede, sin embargo, surgir la duda de en qué sentido contribuye a definir tipos de relaciones y este es quizá el punto principal a tener en cuenta, puesto que si no fuera fructífera en esta dirección, poco valor tendría.

Como ya hemos dicho, Giddens da cuenta del uso que se puede hacer de esta distinción en su incorporación a la tipología de estructuras. Sin embargo, puede que se nos objete que nuestro autor se ve obligado a introducir otra dimensión, doble por añadidura, para hacer una clasificación exhaustiva. Nuestra respuesta es, por el contrario, que el inglés introduce dos dimensiones más -relaciones de autoridad y relaciones de asignación- con el fin de poder establecer una correspondencia clara con lo que se consideran instituciones centrales -procedimiento que rechazamos plenamente, pero bastante habitual-, y que no son realmente necesarias. Así, aunque insista en que no hay una correspondencia unívoca, sino que todos los tipos de estructuras participan de su constitución, puede derivar de su esquema teórico la centralidad de la cultura, el sistema legal, el sistema político y el sistema económico, las instituciones protagonistas del análisis sociológico.

Giddens introduce las relaciones de dominación como una pieza fundamental en su modelo basándose en la “omnipresencia” del poder en las relaciones sociales. El inglés afirma que “estructuras de significación tienen que ser aprehendidas en todos los casos con dominación y legitimación” y añade que “esto responde al influjo general del poder en la vida social” (Giddens, 1995: 67). No obstante, nosotros ya hemos aceptado como postulado que el poder no “tiene un influjo en la vida social”, sino que es su condición de posibilidad. Giddens reconoce esto, aunque probablemente argumentaría que es su condición de posibilidad junto con el significado y la dimensión de legitimación y que es por ello que todas ellas están representadas en la tipología. Nosotros, sin embargo, no pretendemos sino hacer una distinción aplicable a las reglas y no hacemos equivaler el poder con estas. El poder para nosotros es la definición misma de los agentes y las estructuras, y estos son a su vez el producto de las reglas, de lo que se sigue que el poder puede ser considerado un producto de ellas, pero no una dimensión suya.

2. Dimensiones metateóricas

Sin embargo, no es suficiente con rechazar la tipología de la estructura de la dominación, pues es patente que la traducción de las dos dimensiones que hace el sociólogo inglés daría una visión, estructuras de significación y de legitimación, que parece inevitablemente inacabada sin ellas. Optaremos, entonces, por otro tipo de formulación de la correspondencia entre las dimensiones de la regla y relaciones, sin perder de vista que es una distinción analítica y no puede producir tipos de relaciones sociales concretas, sino que éstas siempre se tendrán que ver como englobando esos dos aspectos³⁶. El primero, sin más elaboraciones, sería la dimensión de construcción de definiciones. Es importante recordar, eso sí, que estas definiciones son, en su nivel, todo lo que hay: definiciones de los elementos de la relación y del sentido de la relación, y nada más en el medio. No hay contexto ni situación que definir. Si analizamos una relación desde esta perspectiva se trata, entonces, de perfilar la identificación recíproca de los agentes y de la relación que los une. El segundo aspecto, se referiría a las alternativas que la relación va construyendo a medida que se va desarrollando. Las sanciones, positivas y negativas, que se otorgan mutuamente los actores representan los cambios que va sufriendo en la sucesión de relacionamientos, es decir, las oportunidades que van ganando y perdiendo de entablar nuevas relaciones. Lógicamente, la dimensión de definición sería anterior en el tiempo a la de sanción, pero dado que un “grado cero” en las relaciones sociales sólo se puede pensar como ficción, no ha de preocuparnos excesivamente esta cuestión. Ambas se entrecruzan en los haces de relaciones a través de los cuales discurren los procesos sociales, interfiriendo el uno con el otro y retroalimentándose continuamente. No obstante, analíticamente, se puede considerar por separado el tipo de relacionamiento que suponen una y otra.

³⁶ Aunque nuestra formulación parte directamente del trabajo de Giddens, encontramos de cierto interés el planteamiento de Geertz, en cuanto a su distinción entre cultura como “sistema ordenado de significaciones y de símbolos en cuyos términos tiene lugar la integración social” y sistema social como “la estructura de la interacción social misma”, basada a su vez en la distinción de Sorokin entre “integración lógico-significativa” e “integración causal-funcional” (Geertz, 1952: 133). No obstante, la falta de conexión con el concepto de regla, piedra de toque de la fórmula por la que apostamos, y su perspectiva más puramente “estructural”, nos parece que no nos permite subrayar lo suficiente algunos matices que consideramos cruciales en esta distinción. A pesar de lo cual, queremos dejar constancia de esta afinidad.

2. Dimensiones metateóricas

C. Número de alternativas y complejidad simbólica

Las dimensiones de sanciones y definiciones, así formuladas, guardan una evidente similitud con las variables definidas por Richard Münch para reconstruir el esquema AGIL de Parsons, por lo que nos sentimos obligados a detenernos sobre su propuesta para marcar las diferencias, que consideramos fundamentales, entre uno y otro planteamiento, y esperamos que a través de esta crítica se puedan visibilizar aspectos concretos del nuestro que encontramos relevantes.

Münch resume la base de su modelo teórico afirmando que la acción humana tiene lugar en un espacio que puede construirse a partir de dos variables fundamentales: complejidad (número e interdependencia) de símbolos hacia los que se orienta la acción y contingencia (número de alternativas) abierta por los símbolos de interpretación y ejecución de los símbolos en acción. El sistema de coordenadas construido en torno a estas dos variables produciría cuatro puntos extremos que servirían para revisar el esquema AGIL³⁷. No sólo nos distancia, entonces, del alemán la finalidad de la definición de estas dimensiones y la adopción de diversos presupuestos funcionalistas, tales como el concepto de sistema, sino también el hecho de que él las plantea como magnitudes variables susceptibles de combinarse para construir tal eje de coordenadas. Así, el sistema cultural se caracterizaría por una baja complejidad simbólica y un alto número de alternativas; el sistema comunitario por una baja complejidad simbólica y un bajo número de alternativas; el sistema político por una alta complejidad simbólica y un bajo número de alternativas; y el sistema económico por una alta complejidad simbólica y un alto número de alternativas.

Por un lado, ya hemos mencionado respecto a Giddens, y habremos de hacerlo más veces en las secciones siguientes, que no compartimos la preocupación por hacer derivar de las categorías analíticas una correspondencia clara con las instituciones que se consideran básicas y que, habitualmente, este tipo de empeño suele oscurecer más que aclarar los problemas teóricos. Por otro, tampoco apoyamos la idea de considerar las dimensiones de sanciones y definiciones como

³⁷ “*Human action takes place in a space of action which can be constructed out of the two fundamental variables of the complexity (number and interdependence) of symbols to which action is oriented and of the contingency (number of alternatives) left open by the symbols for the interpretation and execution of the symbols in action. If we construct a system of coordinates out of the combination of the degree of symbolic complexity and contingency of action, we get four extreme points of the constructed action space and revised AGIL-scheme (...)*” (Münch en Colomy, 1990: 40).

2. Dimensiones metateóricas

“variables” y este un punto de distanciamiento fuerte. Por ejemplo, Münch, asocia el bajo número de alternativas al papel que juegan en ella las normas, que reducirían la complejidad de símbolos imaginables, dejando un abanico de alternativas de interpretaciones y acciones mucho menor que las ideas generales³⁸. Pero, en primer lugar, ¿en qué medida se puede decir que las normas reducen las alternativas? De la postura que hemos adoptado respecto al papel de las reglas en las relaciones sociales se ve que no podemos entender estas sólo como “constriñendo” la acción, sino al mismo tiempo, como ya formulara Giddens, como posibilitándola. Sin normas, las opciones no son más sino que, al contrario, no habría tales opciones. Nuestra dimensión de “sanciones”, además, se refiere sólo al éxito o al fracaso en el desempeño de la regla e incluye sanciones positivas y negativas y, de hecho, las sanciones negativas no deben entenderse como limitando la acción, puesto que el actor siempre tiene la opción de contravenir la regla y asumir las consecuencias que ello le acarree. Igualmente, la definición de la complejidad simbólica en términos de símbolos más o menos especificados a través “ideas universales” y normas queda bastante lejos de nuestra aproximación.

Sin embargo, Münch no limita la aplicación de estas dos variables a la reconstrucción del esquema AGIL. En un planteamiento que podría ser más afín con nuestros objetivos, el alemán también hace corresponder cada uno de estos cruces y tipos sistémicos con cuatro formas básicas de interacción: intercambio, resolución de conflictos, asociación comunal y comunicación. Pero, al contrario, es en esta formulación donde se encuentra nuestro desacuerdo más fuerte con la propuesta, pues en ella se desautoriza directamente la posibilidad de que el conflicto exista como una dimensión relativamente autónoma. Así, al identificar la resolución de conflictos con el sistema político, lo convierte en un producto de la interacción de las variables “número de alternativas” y “complejidad simbólica”. Ciertamente, el alemán especifica que las considera categorías analíticas y, por tanto, toda relación puede contener trazos de estas relaciones de conflicto. A pesar de lo cual, hace que, por definición, los tipos de interacciones asociadas a la economía, la cultura y la comunidad parezcan consensuales. Y ¿se puede considerar que las relaciones comunicativas, comunitarias o de intercambio, entendidas como él plantea, estén en sí mismas libres de conflicto? Según su planteamiento se podría señalar que incluso en el sistema político de lo que se trata es de la “resolución” de esos conflictos.

38 “(...) norms reduce the complexity of imaginable symbols and leave a much smaller scope of alternatives of interpretations and actions than general ideas” (Münch en Colomy, 1990: 40).

2. Dimensiones metateóricas

Muy al contrario, nosotros vemos el par conflicto-integración como un eje que se cruza con los de estructura-agencia y sanciones-definiciones, sin derivarse de ellos en ningún grado. El conflicto y la integración, en nuestra propuesta, se encontrarían tanto en la dimensión de las sanciones como en la de las definiciones, independientemente del “grado” de complejidad que encontremos en cada una de ellas. Por ello, hasta que no incluyamos en el análisis esta variable conflicto-integración no perfilaremos tipos de interacción más concretos, pues en nuestro planteamiento, cualquier clasificación que no lo incluya quedaría siempre coja.

2.3.1. El debate material-simbólico: el concepto de naturaleza-cultura

A. La autonomía relativa de lo económico y lo cultural

El siguiente paso para la exposición de nuestra distinción entre reglas técnicas y normativas atraviesa el debate en torno al dilema material-simbólico. Este es, ya lo hemos dicho, otro de los debates con más historia en la teoría sociológica, introducido desde sus inicios por Marx desde la filosofía, al hacer de la crítica al idealismo la base de su obra. Y desde entonces, sin duda, es el marxismo el exponente por excelencia del materialismo mientras que la lista de candidatos como contendiente ha sido siempre más larga: algunas interpretaciones sitúa en ella a Weber, además de a Durkheim, Mead, Parsons, el interaccionismo simbólico, el estructuralismo *à la* Levi-Strauss, y un largo etcétera. Con el giro lingüístico parecía que la batalla se decantaba definitivamente del lado del “idealismo”, pero la pujanza de la ya mencionada “semiótica material” de la Teoría del Actor-Red, nos permite cuestionarlo.

Sin embargo, es evidente que este planteamiento esquemático en torno a dos polos contrapuestos no hace justicia a cómo discurrió en realidad el debate, especialmente en las últimas décadas. El mismo Weber, pese a las extrapolaciones que se puedan hacer de la hipótesis principal de *La ética protestante*, siempre afirmó pretender equilibrar -y no invertir- el materialismo marxiano. En conjunto, se podría decir que existe un consenso bastante generalizado sobre la imposibilidad de priorizar una u otra dimensión y, de hecho, todos los teóricos marxistas de los últimos tiempos se han visto enfrentados con el economicismo como problema³⁹. Las soluciones

39 A pesar de que lo que más nos interesan aquí son las reformulaciones de la determinación infraestructural que mantienen en el punto de mira la relación material/simbólico, también hay que mencionar la existencia de diversos intentos por traducirla en términos que trascienden por completo ese tipo de dicotomía, como la

2. Dimensiones metateóricas

han sido variadas y van desde flexibilizaciones hasta completas renunciaciones a la determinación económica “en última instancia”. Pocos han sido los que siguen sosteniendo un economicismo estricto, aún cuando se ha intentado preservar como punta de lanza la crítica del capitalismo, e incluso el problema asociado de la crítica de la ideología. A través de diversas articulaciones con otras tradiciones teóricas y tortuosos análisis hermenéuticos de la obra marxiana, una buena parte de la herencia del marxismo se ha ido alejando del economicismo ortodoxo, tratando de aunar la fuerza de la crítica materialista con una consideración seria de las dinámicas y lógicas culturales⁴⁰. En este

tripartición repetidor-mimético-innovador de Lefebvre (1969), o la asociación clásica de Berger y Luckman (2005) de la infraestructura con la actividad humana y la superestructura con los productos de la misma.

40 Por mostrar sólo algunas de las reformulaciones del determinismo económico, Althusser defenderá que “todo lo que Marx dice al respecto es que la superestructura se levanta (*sich erhebt*) sobre la base” distinguiendo este concepto de *Erhebung* del de *Aufhebung* en tanto que “superación que mantiene en su seno lo superado” (Althusser, 2003: 78-79), y añadirá que la economía es determinante sólo “en cuanto determina la instancia de la estructura social que ocupa el lugar determinante” (Althusser, Balibar, 1978: 241); Deleuze matiza que “lo económico es la dialéctica social misma, es decir, el conjunto de problemas que se plantean a una sociedad dada, el campo sintético y problematizante de esa sociedad” y propone que “no hay problemas social que no sean económicos, aun si las soluciones son jurídicas, políticas, ideológicas y los problemas se expresen también en esos campos de resolubilidad” (Deleuze, 2002: 282); Cohen defenderá que “la clase de una persona no se establece sino por su posición objetiva en la red de relaciones de propiedad, por difícil que pueda ser identificar con claridad tales posiciones” y que esta definición es necesaria “para proteger el carácter esencial de la tesis marxista de que la posición de clase condiciona fuertemente la conciencia, la cultura y la política” (Cohen, 1986: 81), pero distingue entre características sociales y materiales y defiende que unas no pueden deducirse de las otras “del mismo modo que la forma de la estatua no se puede deducir del material con el que está hecha” (Cohen, 1986: 101); Eagleton propondrá concebir la superestructura como un adjetivo que “designa la manera en que ciertas instituciones sociales actúan de 'sustento' de las relaciones sociales dominantes” y criticará “pasar de este sentido 'adjetivo' del término a un sentido sustantivo” (Eagleton, 1997: 116), es decir, que no todo lo cultural es superestructural, solución a los excesos de la ortodoxia marxista compartida por Cohen, por ejemplo. Por dar también alguna muestra de las críticas más radicales, Baudrillard argumentará que el valor de uso “no es más que el efecto del sistema del valor de cambio, un concepto producido por éste y donde éste se cumple” (Baudrillard, 1983: 19) y que, por tanto, “así como Marx pensaba que para abrir el camino a la crítica de la economía política había que comenzar por una crítica de la filosofía del derecho, nosotros pensamos que previa a este cambio radical de terreno es la crítica de la metafísica del significante y del código, en toda su actual envergadura ideológica” (Baudrillard, 1983: 50), es decir, su famosa crítica de la economía política del signo.

2. Dimensiones metateóricas

sentido, la importancia de la recuperación del pensamiento de Gramsci, es una muestra de las nuevas tendencias al respecto en el seno del marxismo. A pesar de que lo encontramos un debate realmente interesante, no podemos repasarlo aquí detenidamente, pero nos parece fundamental subrayar, como lo hace Parkin, “el rechazo de los marxistas contemporáneos de ese legado aparentemente incómodo de los teóricos de la Segunda Internacional”, debido “sobre todo, a que el modelo base-superestructura da pie a una visión en exceso simple del papel y el carácter de las relaciones de producción” (Parkin, 1984: 19).

Pero el cuestionamiento del economicismo no han proliferado sólo en el seno del marxismo. De la historia económica y de la antropología también han surgido poderosas críticas a la concepción de lo económico como autónomo, como dejaba claro Polanyi en su famosa obra *La gran transformación*, al afirmar que pese a que “ninguna sociedad podría sobrevivir, incluso por poco tiempo, sin poseer una economía, sea ésta de un tipo o de otro” nunca antes “ninguna economía de las que han existido estuvo, ni siquiera por asomo, bajo la dependencia del mercado” (Polanyi, 1989: 84). Sahlins ha llegado a formular lo que ha denominado la “regla general de los rendimientos decrecientes de la explicación funcionalista”, defendiendo que “cuanto más se aleja el hecho cultural de la esfera de la utilidad a la cual es remitido -la orgánica, la económica, la social-, menos numerosas y más mediatizadas tienen que ser las relaciones entre ese hecho y los fenómenos de tal esfera y, en consecuencia, menos numerosas y menos específicas son las restricciones funcionales que pesan sobre la índole de la costumbre que se considera” (Sahlins, 1988: 82). Más recientemente, se ha sumado al grupo de críticos la llamada “nueva sociología económica”, que ha demostrado en múltiples investigaciones la necesidad de entender la esfera económica en el entramado que compone con otros tipos de relaciones sociales: Granovetter, por ejemplo, ha dejado constancia de la importancia de la confianza en las transacciones económicas, y Mingione subraya la dependencia de la acción competitiva-acumulativa de procesos de socialización y de 'normas' exógenas.

En resumen, se puede decir que, aunque sigue habiendo quienes abiertamente defienden el economicismo, en general, en la teoría sociológica se ha aprendido la lección y los modelos teóricos propuestos en las últimas décadas tienden a los planteamientos donde se defienda una autonomía relativa para ambas esferas, puesto que, si bien ha quedado demostrado que no se puede demostrar una autonomía absoluta de lo económico, tampoco se puede, al contrario, demostrar la autonomía absoluta de lo cultural. Una de las propuestas más exitosas en este sentido quizá haya sido la teoría de los campos de Bourdieu, que coloca en pie de igualdad ambas esferas y expone las interacciones

2. Dimensiones metateóricas

entre ambas, aunque algunos críticos apuntan a que algunos aspectos de este modelo, como el uso del concepto de “capital” aplicado a los diversos campos, indica una impronta economicista. Sea como fuere, la ventaja inapelable del planteamiento bourdiano es mostrar la autonomización de los campos como un proceso histórico en lugar de como un axioma teórico, permitiendo investigar los procesos de conversión entre tipos de capitales distintos y dejando espacio igualmente a las dinámicas de subordinación y pérdida de autonomía de los mismos. Nuestra conclusión rotunda, como expresábamos ya respecto al esquema AGIL, aún en su reconstrucción, es que se debe rechazar de pleno el viejo lema marxiano de que “la anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono”, si con ello pretendemos hacer derivar de la existencia, autónoma o no, de determinadas instituciones en nuestras sociedades, propiedades clave de la acción social válidas para cualquier momento y lugar.

B. La inseparabilidad de lo material y lo simbólico

Pero más allá de las dificultades para demostrar la autonomía de la esfera económica que se postula en la teoría, el problema fundamental del dilema material-simbólico, es la deconstrucción de la falsa identificación de lo económico con lo material y lo simbólico con lo cultural. Es, sin duda, al rechazar esta identificación subyacente como se imposibilita otorgar autonomía a ninguna de las dos esferas pues, se mire como se mire, es innegable que la economía es en buena medida algo “simbólico” y la cultura algo “material”. Quizá podamos hablar de instituciones económicas o culturales relativamente autonomizadas en tanto que instituciones, pero nos parece claro que este es un problema empírico, más cerca de solucionarse desde una perspectiva como la de Bourdieu. Lo que nunca encontraremos son instituciones económicas cuyos componentes sean solo materiales o una cultura por entero discursiva. De hecho, no falta quienes en el seno del bando “economicista” reconocían esta distinción entre lo material y lo económico, como se veía en *Los aparatos ideológicos del Estado*, donde Althusser mostraba la materialidad de las ideologías, o como se ve en la distinción de Cohen entre lo material y lo social.

No obstante, constatar la reificación que supone la asociación de lo material con lo económico y de lo cultural con lo simbólico no es suficiente para aclarar este dilema. Aunque el giro lingüístico, ya lo hemos comentado, se entiende a menudo como un énfasis en la dimensión textual de lo social, y esto es, hasta cierto punto incontestable, la conclusión que debemos sacar no es necesariamente que se esté produciendo un giro idealista en la teoría social. La lección que se

2. Dimensiones metateóricas

desprende de la que consideramos es la formulación más exitosa, la de Wittgenstein, es que juegos de lenguaje y formas de vida están inextricablemente unidos. Práctica y lenguaje son, en este sentido, indisolubles y la “textualización” de lo social es simple realismo, siempre y cuando la investigación no se convierta completamente en un ejercicio hermenéutico que olvide considerar la inserción de los discursos en interacciones materiales. Para ser más exactos, diríamos que no hay otra manera de considerarlos.

Una vez estamos de acuerdo en la inseparabilidad “empírica” de lo material y lo simbólico, queda aún la cuestión de si es pertinente mantener estos conceptos como distinción analítica, del mismo modo que hemos hecho con el dilema agencia-estructura. La respuesta de buena parte de los autores más relevantes en la historia de la teoría sociológica parece haber sido que sí. A pesar de lo dicho sobre la teoría de los campos, por ejemplo, Bourdieu decidió incorporar a su teoría un concepto de violencia simbólica, contrapuesto a formas de coacción más materiales. En otros autores, el dilema se ha mantenido, aunque reformulado y como tal no nos ocuparemos de ellos aquí.

Sin embargo, nuestra respuesta será una negativa tajante. En primer lugar, porque los conceptos de material y simbólico no dejan de evocar una distinción en términos de la “naturaleza” de los objetos o sujetos cuando, al contrario, nosotros hemos optado por una definición de los mismos radicalmente relacional, siendo nuestros agentes tanto materiales como simbólicos y, aún más exactamente, ambas cosas a la vez. Pero, en segundo lugar, aunque decidiéramos aplicar de forma estricta la distinción a los tipos de relaciones establecidos entre los agentes en lugar de a los agentes mismos, ¿qué significaría exactamente una relación material frente a una simbólica? Por ejemplo, una relación material ¿sólo relacionaría agentes materiales, suponiendo que esto fuera posible, o la dimensión material de nuestros agentes? Evidentemente, esto no hace si no devolvernos al primer problema. ¿Debemos pensar entonces en que sería el tipo de relación en sí el que sería material o simbólico? No somos capaces de concebir en qué se basaría esa distinción. ¿Se trata, por último, de mantener la distinción analítica para aplicarla a la investigación de las relaciones entre ambas dimensiones? Habiendo aceptado ya, como hemos hecho, la tesis de su constitución recíproca, no vemos cuánto más lejos podemos llegar por este camino, aunque la “deconstrucción” de los conceptos considerados puramente materiales o simbólicos, para hacer visibles su constitución en una imbricación profunda de ambos, será siempre un ejercicio interesante y, aún más, necesario.

2. Dimensiones metateóricas

Al revés, frente a la recurrente demanda acerca de la necesidad de articular esquemas teóricos que den cuenta de la interrelación de ambos factores, más que meramente “sumarlos”⁴¹, nuestra respuesta será eliminarlos por completo como ejes de estructuración del modelo. Tal como las hemos formulado, las dimensiones de sanciones y definiciones, pasaría, por así decirlo, por encima de esta distinción, aunque esperamos que nos sirva para tratar cuestiones que se han relacionado con ella. Las definiciones no deben, entonces, considerarse en absoluto como meramente simbólicas pues, sin duda, implican la materialidad de los agentes, y no pueden entenderse los procesos de identificación mutua sin contemplar el relacionamiento “físico” entre ellos. Así mismo, las sanciones no pueden entenderse como solamente materiales, pues muchas serían “simbólicas”, incluso cuando precisen para hacerse efectivas de componentes “materiales”. En ambas dimensiones, entonces, lo material y lo simbólico se encontrarían tan profundamente entrelazados que pasarían, de hecho, a un segundo plano. Nos veríamos obligados casi a adoptar un concepto similar al de naturaleza-culturas de Latour, con el que pretende señalar la artificialidad de los conceptos de “cultura” y “naturaleza”⁴², para poder referirnos a esta interrelación.

C. Lo político como tercio exclusivo

Pero aún hay otra vía que debemos explorar antes de poder dar por cerrada esta sección, pues debemos atender a otras fórmulas para atacar el dilema simbólico-material que han apostado por la reivindicación de un tercio exclusivo: el poder y lo político⁴³. De forma abstracta, supone una

41 Como lo expresa, por ejemplo, Lamo de Espinosa: “ (...) el análisis del proceso de reproducción social requiere tomar en consideración no sólo la producción material, sino también la simbólica. Y requiere, sobre toda, tomar en consideración que ambos procesos son distintos, simultáneos y complejos (cada uno complejiza al otro). Pues la crítica de la economía política no puede completarse con la crítica de la economía del signo: es que, simplemente, la primera no llega a ser crítica más que en la medida en que es ya, de algún modo, una crítica del signo, so pena de reproducir el fetichismo de la producción.” (Lamo de Espinosa, 1981: 191).

42 “(...) the very notion of culture is an artifact created by bracketing Nature off. Cultures -different or universal- do not exist, any more than Nature does. There are only natures-cultures, and these offer the only possible basis for comparison.” (Latour, 2007: 104).

43 Nos parece que Offe (1996: 11) lo expresa muy adecuadamente cuando afirma que las tres soluciones clásicas al problema del orden han sido comunidad (reciprocidad), mercado (libertad) y estado (igualdad) -Rousseau, Locke y Hobbes-, y nos parece evidente, aunque él no lo mencione, la relación con la tripartición

2. Dimensiones metateóricas

mediación en el debate que rechaza la falsedad de la oposición entre lo material y lo simbólico denunciando que no abarcan el conjunto de alternativas. En la práctica, sin embargo, puede resolver (o no) el dilema en términos de prioridades pero contribuye a mantener la concepción de lo material y lo simbólico como ámbitos discretos. Este es un debate que surge con frecuencia como polemización con el marxismo ortodoxo, que supone la falta de autonomía no sólo de lo cultural, sino también de lo político, y no escuchamos la defensa de este argumento sólo en el marxismo de principios del siglo XX, sino en autores como Jameson, que afirma que: “no cabe duda de que hay una práctica marxista de la política pero el pensamiento político del marxismo, cuando no es práctico en ese sentido, tiene que ver exclusivamente con la organización económica de la sociedad y con la forma de cooperar que tiene la gente para organizar la producción” (Jameson, 1991: 204).

Si criticamos como reificación la estructuración del problema material-simbólico en torno a las relaciones de la esfera económica y la esfera cultural, en tanto que instituciones, lo mismo debemos decir de los planteamientos que tratan de autonomizar la esfera política en esa misma dirección. Este tipo de distinción es la que hace Bell en *Las contradicciones culturales del capitalismo*, aunque puede decirse a su favor que la elabora como instrumento de análisis para las sociedades contemporáneas y no pretende su generalización; es decir, que lo plantea, en nuestro términos, como una distinción entre instituciones, y no como categorías analíticas puras.

Otra vía la podemos ejemplificar con una formulación de Foucault en la que, contra las críticas que se le han hecho habitualmente, y que ya hemos visto, de reducir toda relación social a relaciones de poder, postula una distinción entre relaciones de poder -entre personas-, capacidad objetivas -poder sobre las cosas- y relaciones de comunicación. La distinción aquí sí es puramente analítica:

“Esto no equivale a decir que existen tres dominios separados: por un lado un campo de cosas, de técnicas perfeccionadas, de trabajo y transformación de lo real; por otro lado uno de los signos, de la comunicación, de la reciprocidad, de la producción del significado; y finalmente un campo de la dominación, de los medios de sujeción, de la desigualdad y la acción de los hombres sobre otros hombres. Es más bien en todo caso, una cuestión de tres tipos de relacionamientos, los cuales de hecho, siempre se superponen uno sobre otro, se mantienen recíprocamente y se usan mutuamente como medio para un fin”

Al margen de la conexión, difícil o no, con el resto de su obra -y que es completamente secundaria para nuestros fines que no van más allá de investigar diferentes soluciones teóricas-, lo

simbólico-material-político.

2. Dimensiones metateóricas

problemático de este modelo es que hace del poder un tipo de vínculo especial⁴⁴. Cualquier solución que pase por una tripartición entre materia-símbolo-poder queda inmediatamente fuera de nuestro esquema que se basa en la aceptación de la identificación de poder y agencia, como ya comentamos al hablar de las estructuras de dominación en Giddens. El poder estaría, por tanto, en las relaciones materiales como en las simbólicas, se definan estas como se definan, puesto que está en ellas en cuanto relación.

Pero de esta propuesta de Foucault, podemos derivar también otra vía de integración de “lo político”: la distinción entre el poder sobre las cosas y el poder sobre las personas. Y esta es, precisamente, la distinción que hace Giddens entre los dos tipos de estructuras de dominación -junto con las estructuras de significación y de legitimación de las que ya hablamos-, las de autoridad y las de asignación, que relaciona con las instituciones económicas y políticas, respectivamente:

“Una dominación nace de movilizar dos tipos discernibles de recurso. Recursos de asignación denotan aptitudes -o, más precisamente, formas de aptitud transformativa- que generan mando sobre objetos, bienes o fenómenos materiales. Recursos de autoridad denotan tipos de aptitud transformativa que generan mando sobre personas o actores” (Giddens, 1995: 68-69)

Este tipo de distinción entre relaciones con cosas y personas como lo definitorio de la política frente a la economía, viene realmente de lejos y lo podemos rastrear hasta, al menos, *La estructura de la acción social*, donde Parsons afirma que cabe “hablar de tres clases de fines inmediatos próximos que caen dentro del sector intermedio: la consecución de eficacia tecnológica y la de control sobre la riqueza y sobre el poder coactivo” donde éste “puede ser denominado elemento ‘político’” (Parsons, 1968: 312)⁴⁵.

Evidentemente, cualquier opción que se base en una distinción entre las relaciones entre las cosas y las relaciones entre las personas no puede ser compatible con nuestra articulación teórica

44 Aunque sólo nos interesa el argumento general común a varias articulaciones concretas, y no un listado completo de los adherentes a él, esta fórmula es bastante popular y es también la que adopta, por ejemplo, otro de los autores con los que más trataremos a lo largo de este trabajo, Manuel Castells, visible en su distinción entre relaciones de experiencia, de producción y de poder.

45 Este tipo de distinción ha tenido larga vida en el pensamiento afín al funcionalismo, y autores más próximos en el tiempo, como Lehman, siguen sosteniéndola, ahora en la forma de tipos de sanciones. Sin embargo, aunque ese tipo de solución, al manejar este concepto de “sanciones” pudiera parecer más próximo a nuestra solución, al hacer la distinción dentro una de las dimensiones que nosotros proponemos adoptar, pierde considerable fuerza, sobre todo cuando la introducción de una distinción paralela en el plano de las definiciones parece tan poco oportuna.

2. Dimensiones metateóricas

que acepta el principio de simetría entre ambas. Por un lado, encontramos abiertamente discutible que la política no tenga también que ver con el ordenamiento de los objetos físicos no humanos. Más bien al contrario, este es, sin duda, un aspecto central de la misma pues, como ya dijimos, para empezar, el ordenamiento de las relaciones entre seres humanos sería imposible sin el otro. Por otro lado, esta dimensión “política” de las relaciones de autoridad y coacción, es imprescindible en la esfera de la economía, incluso en la cosificada economía capitalista, como dejan claro Laclau y Mouffe: “contrariamente a los otros elementos necesarios de la producción, no es suficiente para el capitalista comprar la fuerza de trabajo; le es preciso además hacerla producir trabajo” (Laclau, Mouffe, 1987: 92). De ello extraen la conclusión, innegable a nuestro parecer de que “el proceso de trabajo no puede existir sin una serie de relaciones de dominación” (Laclau, Mouffe, 1987: 93).

La última senda utilizada para introducir la política como tercero entre lo material y lo simbólico, sería la más afín al tipo de planteamiento que tenemos aquí, pues se basaría, en principio, en distinguir tipos de relaciones sin pretender distinguir entre tipos de agentes. Una de las formulaciones destacadas es la de Etzioni, que distingue entre relaciones normativas, utilitarias y, como Parsons, coactivas:

“La relación normativa descansa en valores y normas compartidos; en ella, los actores se tratan mutuamente como fines y sus compromisos mutuos son no racionales. Las relaciones utilitarias entrañan un interés complementario; los actores se tratan como medios y los compromisos son racionales. La coacción supone el empleo de violencia, o la amenaza de emplearla, por parte de un actor contra uno o más actores; los actores se tratan como objetos y el compromiso puede ser racional o no racional. Las relaciones concretas son con frecuencia una mezcla de estos tres tipos.” (Parsons, 1980: 110)

Se ve claramente lo forzado de la construcción de la coacción como tercera categoría que se sale tanto del eje racional/no racional como del eje medio/fin. Pero, sobre todo, vemos que al final se recurre también a la distinción sujeto/objeto para sostenerla. Aunque la perspectiva sea analítica y se refiera a la perspectiva de los agentes, esencialmente nos volvemos a encontrar con la distinción de las relaciones con cosas y personas que habíamos visto ya anteriormente, pero en la dirección contraria.

Antes de concluir, queremos señalar una última razón para rechazar esta vía, que es la otra cara de la distinción entre lo económico y lo político: la distinción entre lo cultural y lo político. Esta, sin embargo, es menos señalada por parte de los autores que han optado por esa opción, como si tuviera un mayor grado de evidencia. Sin embargo, si el poder se actualiza en relaciones de

2. Dimensiones metateóricas

afectación recíproca que involucran tanto lo material como lo simbólico, también la política como institución o esfera de acción específica tal como tiende a entenderse, se relaciona tanto con lo económico como con lo cultural. La política incluye, entonces, tanto relaciones entre cosas y personas, como componentes que son simbólicos y materiales a la vez.

En los términos de nuestra distinción, apostamos decididamente por no darle esa autonomía analítica a lo político. Sin duda, este es un concepto tan polisémico como el de conflicto y requeriría de un análisis muy detallado, pero nos atrevemos a sostener que puede ser analizado con bastante eficacia a través de nuestras dos dimensiones, sin poderse reducir tampoco a una sola de ellas, pues la práctica política exigiría tanto tener en cuenta las “jugadas” a través de las cuales los actores establecen relaciones -en relación con las alianzas y delimitación de los bando en pugna- en un entramado de sanciones positivas y negativas que otorgan tanto como reciben -en relación con las negociaciones y la distribución de poder de cada figuración- y mediante las cuales van modificando su posición y capacidades -en relación con la autoridad de los diferentes agentes involucrados-, como el cuestionamiento de las identificaciones mutuas -los límites de la comunidad política- y del sentido de las relaciones entre ellos -en relación con la ideología y credos políticos-.

2.3.3 El debate racional-irracional: el concepto de razonabilidad

A. Actores racionales e idiotas culturales

Pasamos ahora a ocuparnos del debate racional-irracional, que ha sido un eje fundamental para la constitución de la sociología desde que, muy en sus inicios, por parte de aquellos que aceptaban la definición de la economía como el estudio de las acciones racionales, como Pareto, nuestro campo se veía como el cajón de sastre donde se podía meter todo lo que no se podía contemplar como tal. Esa distinción, fundamental en la definición de ambas disciplinas, ha sobrevivido en muchos de los modelos teóricos de quienes se resisten a deshacerse por completo de la “acción racional” como clave de interpretación de los fenómenos sociales.

Algunos autores, no obstante, han rechazado esta partición de la realidad social, especialmente en el seno de la Teoría de la Elección Racional, confiando plenamente en el potencial explicativo de la racionalidad y con la ambición de poder generalizarlo mucho más allá de lo convencionalmente aceptado. Así existen quienes como Becker se han hecho famosos por aplicar este modelo hasta a las relaciones aparentemente menos “economizadas”. Otro ejemplo de esta

2. Dimensiones metateóricas

ambición teórica en torno al potencial explicativo de la racionalidad lo encontramos en Coleman, quien afirma que buena parte de lo que normalmente es considerado no-racional o irracional se debe sólo a que los observadores no han descubierto el punto de vista según el cual la acción es racional⁴⁶, y que ha tenido como uno de sus principales objetivos explicar el surgimiento de las normas sociales en relación con los intereses, afirmando que éstas son generadas intencionalmente por aquellos que se ven como beneficiarios suyos⁴⁷.

Sin embargo, el modelo de la Teoría de la Elección Racional ha recibido infinitud de críticas (Archer, Tritter, 2000), especialmente el *homo oeconomicus* en el que se basa, y este es precisamente el origen del *homo sociologicus* del funcionalismo⁴⁸. La falta de consideración de la dimensión normativa es lo que lleva, incluso recientemente, a algunos autores a afirmar que la teoría de la elección racional es un pensamiento del estado de emergencia que sólo se puede aplicar a situaciones de lucha violenta o de construcción de cero de un orden social (Wagner en Archer, Tritter, 2000)⁴⁹. Por razones tanto teóricas como empíricas, la desconfianza respecto a la multiplicidad de supuestos implícitos en el modelo de la elección racional invitaba a tomar con muchas precauciones la posibilidad de aplicar el modelo a los distintos fenómenos sociales. Pero, bien se considerase esta una alternativa excluyente o un complemento de aquél, lo cierto es que con el tiempo se consideró una crítica poco radical. Un rechazo definitivo a esa partición en dos del

46 “(...) much of what is ordinarily described as nonrational or irrational is merely so because the observers have not discovered the point of view of the actor from which the action is rational” (Coleman, 1990: 18).

47 Así, Coleman afirman que las normas “*are purposively generated, in that those persons who initiate or help maintain a norm see themselves as benefiting from its being observed or harmed by its being violated*”, y sólo distingue entre normas convencionales y normas esenciales, reflejando las primeras un interés general en la existencia de una norma y las segundas un interés en una pauta de acción concreta. (Coleman, 1990: 243).

48 Es preciso, sin embargo, tener en cuenta que buena parte de las críticas que han recibido el modelo del actor racional y las teorías de juegos derivadas de él no se refieren sólo al vacío normativo, como se ve en las críticas que hace décadas ya lanzara Bateson sobre otros puntos de falta de realismo, tales como el ignorar el aprendizaje, la complejidad de la escala de valores, el número finito de jugadas y la muerte económica y el cansancio.

49 Aunque tampoco faltan quienes rechazan incluso la asociación de esas crisis “morales” con la preeminencia de la “acción instrumental”, pues en ese tipo de contextos faltaría la estabilidad y predictibilidad que permite a los agentes calcular estrategias de optimización (Ermakoff, 2010).

2. Dimensiones metateóricas

campo de los fenómenos sociales llevó al desarrollo de un nuevo concepto de racionalidad, desvinculado del estándar de racionalidad científico, atento a la concreción de las prácticas y sus rutinizaciones. Una vez más la influencia de Garfinkel es decisiva:

“Primero, las normas pueden consistir en las racionalidades a las cuales el observador científico se suscribe como normas ideales de sus actividades como científico. Segundo, el término puede referirse a las racionalidades como normas operativas del trabajo científico. Empíricamente, los dos conjuntos de normas no muestran correspondencia punto por punto. (...). Tercero, el término se puede referir a la idea de racionalidad socialmente empleada y socialmente sancionada. Aquí la referencia es a aquellas racionalidades como estándares de pensamiento y conducta que permanecen de acuerdo con el respeto a órdenes de rutina de las acciones de la vida cotidiana. Tales estándares son denominados por el lenguaje cotidiano conducta y pensamientos 'razonables'. Cuarto, existen las racionalidades que son normas operativas de las actividades concretas de la vida diaria.” (Garfinkel, 2006: 313-314)

El área de estudio de la elección racional, en cualquier caso y a pesar de los ejemplos de Becker y Coleman que hemos puesto, no se ha mantenido insensible a las críticas y ya desde mediados del siglo pasado encontramos formulaciones con pretensiones más modestas, como el modelo clásico de la “racionalidad limitada” de Simon. El mismo Becker reconoce que parte de su cuestionado éxito en la aplicación de los modelos en ámbitos tan dispares se debe a que la racionalidad es bastante flexible y los datos a menudo limitados (Becker en Swedberg, 1990: 41). Y si Elster, uno de los autores dentro de esa corriente que más ha defendido la irreductibilidad de todos los fenómenos sociales a los modelos de la elección racional -a pesar de su trabajo para incluir en ellos fenómenos que parecían fuera de ese ámbito-, sigue defendiendo la racionalidad como una característica universal del ser humano, se ha visto obligado a hacerlo en términos muy laxos que, como dice Mouzelis (1994), se aproximan a lo trivial: basándose en que la evidencia central para imputar fines a otras personas son sus acciones, puede entonces afirmar que si eligen medios que no conducen a un fin, esa es la mejor evidencia para pensar que ese no era su fin (Elster en Swedberg, 1990: 242)⁵⁰.

En cualquier caso, las críticas que Mouzelis dirige al trabajo de Elster nos parecen completamente acertadas, en lo que respecta a presuponer que se puede hablar de una acción

⁵⁰ De hecho, desde este mínimo de racionalidad, donde se identifican medios y fines y estos últimos se imputan *a posteriori*, se pueden asumir las críticas de Joas (1996) a los modelos de elección racional acerca del condicionamiento de los fines por la situación, así como las clásicas reflexiones de Simmel (2003) sobre la influencia de los medios en la determinación de los fines.

2. Dimensiones metateóricas

dirigida al logro de un fin en términos puramente instrumentalistas, como si los valores no influyeran en la definición de objetivos y medios posibles (Mouzelis, 1995). Tampoco lo que hemos llamado acciones normativas se pueden mantener nunca completamente al margen de cuestiones instrumentales desde el punto de vista del agente. Por un lado, caeríamos en la falacia del *homo oeconomicus* infrasocializado; por el otro, en la del ‘idiota cultural’ sobresocializado. Al contrario, creemos que la línea abierta por la forma de entender la racionalidad de Garfinkel es la más acertada. Pero es importante notar que, en la medida en que rechazamos el criterio de la intencionalidad, la cuestión de los “objetivos” es secundaria en nuestra definición de las interacciones, si bien no pretendemos excluirla completamente. Desecharemos, en consecuencia, esta formulación de la división racional/irracional como un eje central de clasificación de las relaciones sociales, y definiremos mejor esta problemática de forma más empírica: de lo que se trataría es de investigar el tipo de relacionamientos que permiten una aplicación exitosa del estándar de racionalidad para explicarlas. Es decir, apoyamos el en un problema empírico el exponer las condiciones de la racionalidad.

Nos sentimos, entonces, más en consonancia con los planteamientos de la Escuela de Frankfurt y otros derivados de ella, que, partiendo de Weber, hacen del dominio de la acción racional instrumental no un axioma teórico, sino un resultado histórico, aunque según nuestra perspectiva, quedaría también al estudio empírico las posibilidades de invertir esa dinámica dominante. Esto no es óbice para presuponer que factores como la calculabilidad de las sanciones y cierto tipo de identificaciones facilitan que surja, si bien proposiciones como éstas no pueden pasar de la categoría de hipótesis. Parece, sin embargo, una hipótesis plausible si tenemos en cuenta la preferencia de los teóricos de la elección racional por la calculabilidad de las “sanciones materiales” y la tendencia asociar el *homo sociologicus* con lo que, en nuestros términos, podríamos llamar “sanciones simbólicas”, aún cuando se haya aceptado de forma bastante generalizada la idea de los “incentivos sociales”, como los denomina Olson (1992) -y que son frecuentemente invocados para demostrar que siempre hay una pátina de racionalidad en cualquier acción-, así como lo habitual de las monetarizaciones de valores inmateriales que muestra Zelizer (en Granovetter, Swedberg, 1992). Asociación esta de lo “social” a lo “simbólico” -y por exclusión, de lo “material” a lo “racional”- que, dicho sea de paso, queda patente en la afirmación de Elster de que “para que ser sociales las normas deben ser a) compartidas por otra gente y b) parcialmente sostenidas por la aprobación y desaprobación de esa gente” (Elster, 121), refiriéndose a su sustentación en sentimientos como el

2. Dimensiones metateóricas

embarazo, la ansiedad, la culpa y la vergüenza en los que incurre una persona ante la perspectiva de violarla.

B. “Reglas de racionalidad” y “reglas sociales”

Sin embargo, en el dilema entre la infra y la sobresocialización no se agotan las posibilidades de distinciones basadas en la racionalidad. Otras vías de formulación de la diferenciación se han aplicado de forma más analítica y sobre los presupuestos de racionalidad menos exigentes. Podemos partir de la esquematización de Elster de las diferencias entre “racionalidad” y “normas sociales”⁵¹:

“La acción racional está orientada hacia resultados. La racionalidad dice: 'si deseas obtener Y, haz X'. En cambio, yo defino las normas sociales por el rasgo de que dichas normas *no están orientadas hacia resultados*. Las normas sociales más simples son del tipo 'haz X', o 'no hagas X'. Normas más complejas dicen 'si haces Y luego haz X' o 'si otros hacen Y, entonces haz X'. Normas aún más complejas podrían decir 'haz X si fuera bueno que todos hicieran X'. La racionalidad es esencialmente condicional y está orientada hacia el futuro. (...) Las normas sociales son o bien incondicionales, o si son condicionales, no están orientadas al futuro.” (Elster, 1991: 120-121)

La conexión con la distinción que ya mencionamos que hacía Offe entre acciones teleocráticas y nomocráticas es patente, donde éstas apelarían fundamentalmente a la tradición y aquéllas a los propósitos y consecuencias⁵². Y es esta orientación a resultados lo que permite usar el estándar de racionalidad científico, como dice Garfinkel, para “ironizar” las prácticas empíricas concretas: se habría “maximizado” el beneficio “si”. Evidentemente, todas las acciones producen resultados, pues de otro modo no habría acciones de las que hablar. Y también cuando alguien pone

51 Dejamos de lado la distinción entre “normas sociales” y “normas morales” o “cuasi-morales”, (Tena-Sánchez, Güell, 2011) porque la diferenciación en términos de la ausencia de sanciones se contradice completamente con nuestra propuesta de hacer de estas una de las dimensiones de toda regla, independientemente de que el tipo de sanción recibida sea más o menos ajustable a la concepción de lo que es una sanción por parte de determinadas corrientes teóricas.

52 “*Nomocratic strategies relate present actions to the past, and ask in which pregiven rights (that is, rights established in the past and currently valid) action in the present is grounded. Conversely teleocratic strategies relate action in the present to the future, and ask through which purposes and consequences it can be justified.*” (Offe, 1996: 109-110).

2. Dimensiones metateóricas

en práctica una “regla social” es igualmente lícito evaluar su “satisfacción” con sus consecuencias. Lo que se puede inferir de la definición de Elster es que, mientras que el sujeto que sigue una regla social tiene una sola posibilidad de actuación -“haga X”- y las consecuencias, le satisfagan o no, quedan fuera de su control, el que actúa racionalmente tiene alternativas: si usted quiere lograr Y, haga X; usted también podría hacer Z, pero entonces no obtendría Y.

No obstante, este es un presupuesto engañoso y, aún ignorando el sutil y complejo juego de prescripciones, permisiones y prohibiciones que engendran el enmarañamiento de las llamadas normas sociales, la crítica a la alternativa entre el actor racional y el idiota cultural parece pertinente aquí, puesto que si atendemos al desempeño práctico de una regla, cualquier regla, siempre tenemos que tener presente la posibilidad del error: el fracaso es siempre una alternativa. Hasta aquí, por consiguiente, en la medida en que entendamos la racionalidad como proponiendo una única solución válida, no hay manera de diferenciar entre unas reglas y otras. Con referencia a objetivos o sin ellos, el agente siempre puede medir su satisfacción con los resultados de su acción y siempre se encuentra, como mínimo, frente a la posibilidad del fracaso.

Pero parece que aún habría otra opción sobre la que sustentar la distinción y que encontramos en la definición de las reglas técnicas y normativas de Habermas:

“Mientras que la validez de las reglas técnicas y de las estrategias depende de los enunciados empíricamente verdaderos o analíticamente correctos, la validez de las normas sociales sólo se funda en la intersubjetividad del acuerdo sobre intenciones y sólo viene asegurada por el reconocimiento general de obligaciones. La violación de las reglas tiene consecuencias que son distintas en cada uno de los casos. El comportamiento incompetente que viola las reglas técnicas o estratégicas cuya corrección está acreditada, está condenado al fracaso al no poder conseguir lo que pretende. El 'castigo' viene inscrito, por así decirlo, en el fracaso mismo frente a la realidad. Un comportamiento desviado, que viola las normas vigentes, provoca sanciones que sólo están vinculadas a la regla de forma externa, esto es, por convención.” (Habermas, 1989: 69)

Según esto, mientras que cuando se sigue una regla técnica el desempeño correcto siempre sería premiado con el éxito, cuando se sigue una regla normativa, el desempeño correcto dependerá de una aprobación pública. Aquí es cuando el interesante matiz que introduce Offe al incluir la “justificación” en sus definiciones de las acciones nomocráticas y teleocráticas -derechos establecidos en el pasado y propósitos para un futuro, respectivamente- se hace más relevante, y como el mismo Habermas propone, ¿hasta qué punto se puede sostener que las “reglas de racionalidad” no estén sujetas a esos enjuiciamientos comunitarios? Ahora es cuando la

2. Dimensiones metateóricas

identificación de la racionalidad con el estándar de racionalidad científica se hace del todo patente, pues se visibiliza con claridad la presuposición de que una “regla de racionalidad” si es correcta, no puede fallar y no depende, por tanto, de ningún acuerdo intersubjetivo, hablando en los propios términos habermasianos. A pesar de lo cual, los teóricos de la elección racional se empeñan en someter a ese enjuiciamiento las acciones de los sujetos que investigan.

Aún hay un último punto en el que se podría apoyar una distinción para estos tipos de reglas, incluso aceptando que ambas deben someterse a procesos de justificación. Un nuevo argumento podría ser que, a pesar de depender de una aprobación pública sólo las “reglas de racionalidad”, por su orientación al resultado, pueden defenderse en términos de “mejora”. Se puede juzgar si en una determinada relación es pertinente o no la aplicación de la regla X o la regla Y, o la sustitución de ambas por la regla Z, pero sólo cuando se trata de “reglas de racionalidad” se puede argumentar en términos de “mejor” adecuación a la relación entre las condiciones de aplicación y el fin buscado. Una expresión de tal distinción se encuentra, por ejemplo, en la diferenciación que hace Luhmann entre expectativas revisables y no revisables:

“Aprender o no aprender, he ahí el dilema. Las expectativas dispuestas al aprendizaje son estilizadas como cogniciones. Se está dispuesto a transformarlas cuando la realidad muestra aspectos distintos, inesperados. (...) Por otra parte, las expectativas no dispuestas al aprendizaje son estilizadas como normas y mantenidas incluso en caso de decepción y en contra de los hechos.” (Luhmann, 1998a: 293)

La resistencia de determinadas reglas al cambio a pesar de que se demuestran “equivocadas” ha sido, de hecho, uno de los pilares de la acusación de irracionalidad a las prácticas de brujería o tantas otras prácticas esotéricas por comparación con la ciencia occidental, y parte de la solución al etnocentrismo de esta perspectiva ha sido la equiparación de las normas sociales con proposiciones incorregibles. Esta identificación de la racionalidad con la corregibilidad de la regla la encontramos también en Habermas, en su formulación de la racionalización del mundo de la vida como un contraste entre ‘acuerdo normativamente adscrito’ y ‘entendimiento alcanzado comunicativamente’. Pero, precisamente, nos podemos ayudar de esta proposición habermasiana para ver que, al margen de las pretensiones de universalidad del alemán, la revisabilidad es también posible en el ámbito de las “normas sociales”⁵³.

⁵³ “Cuanto más avanzado está el proceso de decentración de la imagen del mundo, que es la que provee a los participantes de del mencionado acervo de saber cultural, tanto menos será menester que la necesidad de entendimiento quede cubierta de antemano por interpretación del mundo de la vida sustraída a toda crítica; y

2. Dimensiones metateóricas

En conclusión, nosotros pensamos que esta distinción que se pretende hacer entre “reglas de racionalidad” y “reglas sociales” se puede comprender mejor desde la lógica de nuestras dos dimensiones, sin incurrir en paradojas. La característica de la aprobación pública que se asocia en ese modelo a las “reglas sociales” se puede entender bajo la dimensión de las definiciones como parte del proceso de “ajuste” relacionado con la estabilización de las identificaciones pertinentes a la relación. Por su parte, el éxito o fracaso “irrefutable” vinculado a las “reglas de racionalidad” se correspondería con el análisis de los re-posicionamientos que la aplicación de sanciones supone para los agentes. El proceso de “ajuste” será más o menos sencillo, pero se dará tanto en las supuestas “reglas de racionalidad” como en las “reglas sociales”, de igual modo que siempre habrá un re-posicionamiento de los agentes frente a nuevas posibilidades de relacionamiento, para la puesta en práctica de ambos tipos de reglas. La revisabilidad de las reglas sería fundamental pero para todo tipo de ellas, pues en ella se expresa el dinamismo de las reglas, que no se hacen de una pieza y para siempre, y sería el resultado de los reequilibramientos surgidos en el proceso de ajuste y en la capacidad para aplicar sanciones de los agentes involucrados. Olvidándonos de requerimientos normativos de universalidad, limitaremos esta capacidad de “corrección” de la regla a los miembros de la comunidad que la sostiene.

C. Lo expresivo como tercio excluso

Una última dimensión a analizar que parte de la distinción entre el *homo oeconomicus* y el *homo sociologicus*, reivindica en esta ocasión lo expresivo como el tercio excluso que se necesita para una aproximación realista a los fenómenos sociales. Esta línea teórica parece reivindicar fundamentalmente la no reductibilidad de lo emocional y de la subjetividad al plano de lo normativo-social, que se entiende frecuentemente como una respuesta insuficiente a la priorización de lo instrumental-objetivo. Si la introducción de lo político, como vimos en la sección anterior, tendía a partir de una diferenciación interna de lo material-económico, aquí, al contrario, parece hacerse una distinción que parte de lo simbólico-cultural. Esto se ve especialmente claro en las

cuanto más haya de ser cubierta esa necesidad por medio de operaciones interpretativas de los participantes mismos, esto es, por medio de un acuerdo que, por haber de ser motivado racionalmente, siempre comportará sus riesgos, con tanta más frecuencia cabe esperar orientaciones racionales de acción” (Habermas, 1992: 104-105).

2. Dimensiones metateóricas

formulaciones que vinculan esta dimensión expresiva con el ámbito de la estética y el arte, en una línea de pensamiento que parece conectar directamente con la división tripartita kantiana.

El ejemplo más claro de esta versión expresivo-estética lo tenemos en la obra de Habermas, en el marco de su teoría sobre la modernidad y el proceso de racionalización del mundo de la vida que le acompaña, y que se define en términos de una reformulación de las tesis weberianas del desencantamiento del mundo y la pérdida de sentido:

“En los correspondientes sistemas culturales de acción los discursos científicos, las investigaciones de teoría moral y teoría del derecho, la producción artística y la crítica de arte, quedan institucionalizados como asuntos de expertos. La elaboración profesional de la tradición cultural, bajo cada uno de esos aspectos abstractos de validez, hace que resalte la distinta legalidad propia de los complejos de saber cognitivo-instrumental, práctico-moral y estético-expresivo.” (Habermas, 1988, 463)

Hay que notar, sin embargo, que es éste es un ejemplo famoso pero ciertamente peculiar, pues hace derivar el surgimiento de esferas de racionalidad diferenciadas en el ámbito de la cultura que se corresponderían con la ciencia, la ética y el derecho, y el arte, del modelo evolutivo filo y ontogenético que defiende. Lo expone, entonces, como una diferenciación progresiva entre un mundo objetivo, donde se experimentan relaciones sujeto/objeto, un mundo social, de relaciones sujeto/sujeto, y un mundo subjetivo, caracterizado por un acceso privilegiado del individuo a sus propias vivencias. Por un lado, la evolución desde las sociedades tribales a las modernas, se basaría en la superación de la indiferenciación inicial entre relaciones instrumentales y relaciones intersubjetivas y, por otro lado, se produce un desarrollo al nivel de la acción comunicativa, donde la diferenciación de estos tres mundos conlleva la diferenciación de las tres esferas de racionalidad mencionadas, a la vez que tres tipos de acciones (conversación, normativa, dramatúrgica), tres tipos de actos de habla (constativos, regulativos, expresivos) y tres criterios de validez (verdad, rectitud, veracidad).

Los problemas con basarse en una tripartición que siga este modelo son varios. En primer lugar, la argumentación que toma el surgimiento de instituciones diferenciadas dentro del ámbito de la “elaboración profesional de la tradición cultural” como demostración de “los distintos complejos de saber” que se corresponde con esas tres esferas, se sostiene únicamente por medio del evolucionismo habermasiano que correlaciona, como hemos dicho, el nivel filo y ontogenético. Las evoluciones sociales, así, se tienen que corresponder con capacidades innatas en el ser humano. Rechazar este argumento, entonces, es tan fácil como rechazar esa presuposición. En segundo lugar,

2. Dimensiones metateóricas

la teoría de corte popperiano de los tres mundos, al margen de otras críticas, nos deja con un “mundo subjetivo” difícil de encajar en un esquema como el nuestro cuyo objeto sería exclusivamente las relaciones sociales y que rechaza la interioridad del agente como condición constitutiva del mismo. Pero, en tercer lugar, y fundamentalmente, la acción dramática en tanto que un tipo de acción comunicativa quedaría, como toda acción comunicativa, constituida por reglas normativas, de modo que, realmente, se puede cuestionar que se pueda interpretar como una auténtica introducción de un tercero excluido.

No obstante, otra vía surge de la reivindicación de la falta de distinción entre la dimensión normativa y la expresiva, entendiéndose esta ahora en relación con las emociones. El *homo sentiens* de Archer es una propuesta en esta dirección. Su argumento es que no es suficiente con sumarle al *homo oeconomicus* el *homo sociologicus*, ese modelo de agente gobernado por reglas, para dar cuenta de forma realista de las relaciones sociales. La necesidad de hacer digeribles las emociones para el modelo de análisis de la elección racional, las deformaría y trivializaría, tratándolas como preferencias mal-formadas, irracionales, pobremente cultivadas o malcondicionadas⁵⁴. Sólo con sumar al “agente racional” otro “agente normativo” no se puede poner fin a esta carencia. Su *homo sentiens*, entonces, no debe entenderse como una construcción que meramente pretenda llenar un hueco existente, sino como un modelo que integraría todas las dimensiones y sus interacciones, recalcando el papel fundamental que juegan las emociones en la creación de identidades colectivas y en la crítica al *status quo*, dado que sólo incluyendo las emociones podríamos comprender los compromisos morales y su conservación en el desarrollo de los sujetos en sociedad⁵⁵.

Nuestra objeción a la propuesta de Archer se relaciona con la segunda presentada a la de Habermas: el rechazo al criterio de la interioridad. Pues lo que Archer nos presenta, al final, es la inclusión de la “emoción” junto a los “intereses” y “valores” como motivos de la acción que, como tal, no es muy novedosa, pues se encontraba ya en la tipología clásica weberiana de la acción social,

54 “Hence, enter ‘ill-informed preferences’, ‘irrational preferences’, ‘poorly cultivated preferences’ and ‘malconditioned preferences’, namely ones which are better for a person and which he or she would prefer were he or she fully and vividly aware of everything involved. What is significant here is that among the things to be cleaned up are the emotions and emotional interference, which now appears on the ‘belief’ side of the equation (Desires+Beliefs=Preferences+Action).” (Archer, 2003: 38).

55 “Homo sentiens is a character who is capable of making moral commitments and who has a reason for keeping them which derives from its involvement in society (which thus means more to him than a public means to his private ends).” (Archer, 2003: 53).

2. Dimensiones metateóricas

que distinguía entre acción racional (con arreglo a fines y con arreglo a valores), acción tradicional y acción afectiva. El problema es que mientras se mantenga el concepto al nivel de las motivaciones del agente la clasificación nos es imposible admitirla pero si, al contrario, tratamos de llevarla al nivel de las relaciones, ¿podríamos hablar de “relaciones afectivas” como categoría específica? Y aquí es donde enlazamos con la tercera objeción a la propuesta habermasiana pues, en la medida en que tengamos que tratar la “expresión”, la “exteriorización” de lo emocional, ¿hasta qué punto se pueden hacer comunicables las emociones sin la referencia a las reglas? Nuestra respuesta es, evidentemente, que esto es imposible puesto que las emociones no son una materia inteligible de forma inmediata, como nos recuerda Merleau-Ponty:

“No basta que dos sujetos conscientes tengan los mismos órganos y el mismo sistema nervioso para que las mismas emociones se den, en todos ellos, los mismo signos. Lo que importa es la manera en que utilizan su cuerpo, es la uesta en forma simultánea de su cuerpo y de su mundo en la emoción. El equipaje psico-fisiológico deja abiertas cantidad de posibilidades, y aquí no hay, como tampoco en el dominio de los instintos, una naturaleza humana determinada de una vez por todas. El uso que un hombre hará de su cuerpo es trascendente respecto de este cuerpo como ser simplemente biológico. No es ni más ni menos natural, ni más ni menos convencional, chillar en un ataque de ira o abrazar en un gesto de amor que llamar mesa a una mesa (...) [los sentimientos] son, en realidad, instituciones.” (Merleau-Ponty, 1993: 206)

Las emociones, por tanto, de forma similar al poder, constituyen las reglas a la vez que son constituidas en ellas. Forman parte de los procesos de identificación a la vez que “circulan” a través de las sanciones que se aplican los agentes unos a otros, constituyendo, como en la formulación de Collins de las cadenas rituales de interacción, un circuito que se asemeja a la imagen del flujo de poder foucaultiano. Aunque podamos estar de acuerdo con Archer en la necesidad de tener en cuenta la emocionalidad en el análisis social, pues sin ella ésta es difícil de comprender -énfasis, por otra parte, que ya habían puesto otros mucho autores, desde Deleuze al citado Collins-, el vacío que siente la británica se debe en parte simplemente a la asunción de los modelos de racionalidad y normatividad que se desprenden de la Teoría de la Acción Racional y que hemos criticado con anterioridad.

2. Dimensiones metateóricas

2.3.4. El debate integración sistémica-social: el concepto de estabilización

A. Relaciones de co-presencia y relaciones distanciadas

Ya hemos comentado la complejidad del debate en torno a la integración sistémica y la integración social, pues ha sido objeto de reformulaciones muy diversas, desde la introducción de los conceptos por parte de Lockwood. No nos adentraremos en la definición de Mouzelis, tratada con anterioridad, que la utiliza para distinguir dos tipos de perspectivas sobre las reglas sociales y que nosotros adoptamos para referirnos a la diferencia entre la perspectiva agencial y la estructural, y nos vamos a centrar en otras dos propuestas, probablemente las más populares por la notoriedad de sus autores: las definiciones de Giddens, en este apartado, y la de Habermas, en el siguiente.

El sociólogo británico usa esta dicotomía para distinguir entre las interacciones cara a cara -integración social- y las interacciones distanciadas espacio-temporalmente -integración sistémica-:

“El distingo entre lazos causales homeostáticos y auto-regulación reflexiva en la reproducción sistémica se debe completar con otro, dial: el que separa integración social e integración sistémica. 'Integración' se puede entender de suerte que suponga reciprocidad de prácticas (de autonomía y dependencia) entre actores o colectividades. Entonces, integración social significa sistemidad en el nivel de una interacción cara-a-cara. Integración sistémica denota conexiones con quienes están físicamente ausentes en tiempo y espacio. Los mecanismos de integración sistémica ciertamente presuponen los de integración social, pero esos mecanismos son además distintos, en algunos aspectos esenciales, de los incluidos en relaciones de copresencia.”

(Giddens, 1995: 64)

Por un lado, si tomamos esta propuesta de Giddens para referirnos, en términos luhmannianos, a la conexión entre interacción y sistema, es decir, a la construcción de unidades sociales más amplias hay dos posibilidades. Primero, que con “construcción de unidades más amplias” nos refiramos a un mayor grado de abstracción analítica, en cuyo caso nuestro concepto de estructura serviría a tal efecto, ya que a través suya podemos relacionar interacciones concretas con pautas de interacción similares y conjuntos de reglas que esas interacciones actualizan. Pero esto no puede ser a lo que se refiere el inglés, puesto que relaciona esta dimensión con los “lazos causales homeostáticos” y la “auto-regulación reflexiva”, es decir, a los tipos de mecanismos mediante los que se reproducen los sistemas sociales.

2. Dimensiones metateóricas

Así pues, segundo, la distinción se puede referir a la “construcción de unidades más amplias” en la propia práctica de los agentes, y este parece ser el sentido en el que lo elabora nuestro autor, que llega a afirmar que esta distinción es lo más próximo que se puede encontrar en su obra a la dimensión micro-macro. Si este es el caso la problemática es sin duda interesante pero ¿qué contenido habría que darle a los conceptos de “micro-integración social” y “macro-integración sistémica” entonces? Si se tratase de una identificación, como parece que podría sugerir el párrafo citado, de integración social y auto-regulación reflexiva, por una parte, y de integración sistémica y auto-regulación reflexiva más lazos causales homeostáticos, por otra, la fórmula sería bastante objetable porque la “sistemicidad” no intencionada no es lógicamente excluible de las interacciones cara-a-cara. Parece, entonces, que no queda otro punto de referencia en la definición que las características propias de la interacción cara-a-cara, ya sea tanto suponiéndoles un carácter de plenitud del que toda otra forma de relación social es sólo un derivado, como por considerarla la pieza básica sobre la que se construyen sistemas más amplios.

Esta centralidad de la interacción cara-a-cara es clásica en la teoría sociológica, especialmente entre las perspectivas más fenomenológicas, tanto por su priorización de la dimensión agencial, como por la identificación de ésta con la interacción comunicativa, que se considera potenciada por formas de relación en las que la percepción está menos mediada y abierta a más sentidos. En *La construcción social de la realidad*, por ejemplo, se afirma que “la experiencia más importante que tengo de los otros se produce en la situación 'cara a cara', que es el prototipo de la interacción social y del que se derivan todos los demás casos” y que “(...) ninguna otra forma de relación puede producir la abundancia de síntomas de subjetividad que se dan en la situación 'cara a cara’” (Berger, Luckman, 2005: 44-45). Se aprecia así una asociación de la subjetividad a la proximidad física que “corporaliza” al otro, y en este sentido le materializa. Por el contrario, el otro parece que se vaya diluyendo, en tanto que se hace cada vez más etéreo, menos material, a medida que se aleja, hasta convertirse poco menos que en una representación mental, y como tal, menos sólida y cierta.

No obstante, es cuestionable tanto que este tipo de relaciones sea más fundamental ni más material que las más distanciadas y mediadas, como que, de hecho, sean más directas que estas. Según la concepción de la agencia que venimos defendiendo, la asociación con otras entidades, esto es, la mediación, potencia a los agentes que se relacionan más que debilitarlos, con lo que lógicamente no se puede presuponer que sean “inferiores”, sino al contrario. Además, el hecho de que pueda haber un contacto directo entre dos individuos no excluye la importancia de los objetos

2. Dimensiones metateóricas

en esa “situación”. La misma distinción entre relaciones de co-presencia y mediadas no puede entenderse si no es a través de la especificación previa de qué es un agente, en los términos que ya hemos rechazado previamente. Por último, ese peso de los objetos en las relaciones distanciadas, en cualquier caso, deja siempre un poso de materialidad en ellas, que hace que no se deban entender como “mentales” porque desaparezca la corporalidad.

Pero es que tampoco podemos pensar en las interacciones cara-a-cara como las piezas con las que se compone el sistema, como si éste fuese una mera agregación del que surgiera un nuevo nivel. Al contrario, esto es ignorar algunos de las aportaciones más valiosas de la etnomedología sobre la construcción y aplicación de lo “sistémico” en esas interacciones “sociales”. Como argumenta Knorr-Cetina, lo macro no debe verse como una capa concreta de la realidad social situada por encima de micro-episodios compuestos de sus interrelaciones, de su agregación o de consecuencias imprevistas. Se trataría, más bien, de verlo residiendo en esos micro-episodios como resultado de las prácticas estructurantes de los agentes⁵⁶. Y es precisamente si pretendemos tener en cuenta estos procesos de construcción “micro” de lo “macro”, cuando más necesitamos no perder de vista las mediaciones que hacen posibles lo que Latour llama “articuladores”, agentes que transportan la presencia de unos lugares a otros⁵⁷. Dejaremos, por tanto, de lado esta nueva posibilidad de formulación del dilema macro-micro y seguiremos ateniéndonos a nuestra vinculación del mismo con la cuestión del poder, en su dimensión asimétrica que, al contrario que la propuesta de Giddens, no obstaculiza sino que facilita esa producción de lo “macro” en lo “micro”, de la que habla Knorr-Cetina, así como el papel destacado que juegan algunos objetos en esas concatenaciones, como subraya Latour, descartando definitivamente que las relaciones distanciadas se puedan reducir a “conexiones simbólicas” entre los agentes.

56 “In other words, the macro appears no longer as a particular layer of social reality on top of micro-episodes composed of their interrelations (macro-sociologies), their aggregation (aggregation hypothesis), or their unforeseen effects (hypothesis of unintended consequences). Rather, it is seen to reside within these micro-episodes where it results from the structuring practices of agents.” Knorr-Cetina en Cicourel, Knorr-Cetina, 1981: 34).

57 “In effect, what has been designated by the term 'local interaction' is the assemblage of all the other local interactions distributed elsewhere in time and space, which have been brought to bear on the scene through the relays of various non-human actors. It is the transported presence of places into other ones that I call articulators or localizers.” (Latour, 2005: 194).

2. Dimensiones metateóricas

B. Sistema y mundo de la vida

Si tenemos que descartar entonces la distinción que aplica Giddens -si bien consideramos, lo repetimos, que la producción en la interacción de las conexiones que definen la unidad social más amplia es una cuestión central para la sociología-, no se nos abre una vía mucho más prometedora con la definición habermasiana. Fundamentalmente, encontramos justificada la crítica que se le ha hecho repetidas veces de reificar en estos conceptos una distinción analítica, al identificar la integración sistémica con la reproducción material y la integración social con la reproducción simbólica, que se deriva de su articulación teórica en dos planos, el del sistema y el del mundo de la vida⁵⁸. Para empezar, como dice Joas, a pesar de que tal como la formuló Lockwood “la integración sistémica y la integración social se referían a dos dimensiones de la integración que siempre están presentes simultáneamente” Habermas rompe con esa sincronía y las hace ocupar “dos esferas sociales distintas” (Joas, 1998: 189). La diferenciación de ambas, entonces, supone la separación radical de lo material y lo simbólico, con todo lo problemática que es esta separación, como ya hemos discutido.

Esta asimilación de la integración sistémica a la reproducción material y de la social a la simbólica, sin embargo, no es necesaria y es producto de una identificación intermedia: la de la acción instrumental a la reproducción material y de la acción comunicativa a la reproducción cultural. No obstante, hablar de relaciones instrumentales y relaciones normativas, no soluciona el problema, puesto que sigue habiendo una reificación en hacerlas ocupar dos esferas distintas, como explica Giddens: “cualquiera que sea el modo en que se lo defina [...] el trabajo no está moldeado solamente [...] por la razón instrumental”, ni “la interacción está orientada meramente hacia la comprensión mutua o el 'consenso'” (Giddens, 1987: 67). Habermas se defiende de esta acusación afirmando que la distinción entre acción instrumental y acción normativa no es analítica sino que se corresponde a una distinción “empírica”, puesto que se definen sobre actitudes de los sujetos que no pueden darse a la vez: “Considero la acción comunicativa y la acción estratégica como dos tipos de acción social, que representan una alternativa desde la perspectiva del agente mismo” (Habermas, 1994: 504). Aún cuando esto pudiera ser cierto, las asociaciones que se derivan de esta distinción inicial no parecen ser viables sino en un nivel analítico y, en ese punto estamos de acuerdo con Giddens.

58 Una de las críticas más frecuentemente repetidas en los ensayos compilados en *Habermas y la modernidad* (Giddens et al., 1988).

2. Dimensiones metateóricas

No obstante, toda la articulación que Habermas hace conectando unas distinciones con otras no es necesaria lógicamente. En el plano lógico podemos aceptar una tipología de acciones instrumentales y comunicativas y, al mismo tiempo, que tanto en la esfera de la economía, como de la política o de la cultura haya una combinación de ambas. Desde la perspectiva del frankfurtiano, probablemente, se nos podría reprochar que este uso pierde de vista la clave fundamental de la distinción que es atender a las relaciones sociales investigables como “lazos causales homeostáticos”, por decirlo con Giddens, desde el punto de vista objetivante del observador, de las relaciones que implican el entendimiento por medio del lenguaje y que implican que el investigador adopte el punto de vista del participante, es decir, la distinción básica de su esquema teórico entre sistema y mundo de la vida. Podríamos incluso admitir que esto sea así, puesto que la intención crítica de esta distinción no es nuestra prioridad y, entre otras cosas, porque no admitimos que la explicación de las esferas económicas y políticas se pueda llevar a cabo de la mejor manera dentro de la teoría de sistemas. Como último paso, podemos desligar las reglas técnicas y normativas de los conceptos de acción instrumental y acción comunicativa, para deshacernos de la intencionalidad que sirve de base a su conceptualización de la agencia. Pero todo este ejercicio de reconstrucción no serviría sino para dejarnos al final en manos de una tipología basada en la distinción entre reglas técnicas y reglas normativas que, como fórmula englobable dentro de la categoría de “reglas de racionalidad” y “reglas sociales”, ya hemos descartado en el apartado anterior.

Habermas hace, en resumen, dos asociaciones que no podemos aceptar. Primero, la asociación de sistema a la perspectiva del observador y la del mundo de la vida a la perspectiva del participante, con su consiguiente correspondencia con medios de coordinación deslingüistizados -dinero y poder- y lenguaje, respectivamente. En este caso caemos en la presuposición de la existencia de reglas que no requieren de la justificación pública. Segundo, la asociación de reglas técnicas a relaciones sujeto-objeto y la de reglas normativas a relaciones sujeto-sujeto, que acaban derivando en la identificación con relaciones materiales y relaciones simbólicas. En este caso caemos en la presuposición de que la reproducción material y la reproducción simbólica operan en esferas separadas. La tesis de la colonización del mundo de la vida expone, en consecuencia, el peligro que supone para la continuidad de la reproducción simbólica el intento de dirigirla por medio de reglas que escapan a la discusión entre los agentes involucrados. Y, sin embargo, esa misma tesis postula resistencias contra esa dinámica, es decir, discusión entre los agentes involucrados. Pero si rechazamos, al contrario, la existencia de dos tipos de racionalidad contrapuestas y la separación de lo material y lo simbólico, podemos ver los procesos de

2. Dimensiones metateóricas

monetarización y burocratización como hipótesis empíricas que se tendrán que explicar como figuraciones conflictivas en las que las reglas rectoras suponen repartos de sanciones -simbólicas y materiales- que producen nuevas alternativas para los agentes involucrados, y con nuevos procesos de “ajuste” en torno a las definiciones. Prácticamente, supone dejarlo todo a la investigación, pero pensamos que el camino seguramente sería más dificultoso, aunque también más fructífero.

C. Comunidad y asociación

En resumen, la distinción entre integración sistémica e integración social, fuera de la conexión con el dilema estructura-agencia, parece especialmente poco fructífera y, bajo la diversidad de formulaciones, los ecos de la distinción material-simbólico parecen estar excesivamente presentes. Pero, a pesar de ello, encontramos las propuestas de Giddens y Habermas en relación con ella la conexión con dos cuestiones interesantes. La primera, en la formulación del inglés, es el proceso de construcción de “unidades” más amplias, que ya mencionamos. La segunda, en la formulación del alemán, se refiere a la oposición entre las relaciones monetarizadas y burocratizadas y las relaciones guiadas normativamente, y que no adoptaremos como tal, sino en su conexión con una de las distinción más clásicas de la sociología: la tipología de Tönnies de *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*.

Comunidad y asociación, en Tönnies, servían al propósito de diferenciar dos tipos de relacionamientos, que básicamente se podían identificar con la familia y el mercado como espacios sociales fundamentales y opuestos. En el primero, primarían la reciprocidad y la solidaridad grupal, las creencias compartidas y la vinculación normativa; en el segundo, los lazos de unión serían los intereses y la instrumentalización de las relaciones con los otros actualizada en el predominio del intercambio. La afinidad entre esta caracterización y la habermasiana de las acciones instrumentales y normativas nos parece patente. No es aventurado proponer, además, que esta asimilación viene mediada por la herencia funcionalista en su modelo teórico. Parsons, sin duda, hizo de ella un pilar fundamental de su pensamiento, especialmente en las primeras obras, y la tomó como referencia en su elaboración de las variables-patrón. En las definiciones que propone de los conceptos de “comunidad” y “organización”, su conexión con las formulaciones del teórico de Frankfurt se hacen evidentes:

“Una colectividad en que los intereses expresivos tengan primacía en su orientación hacia una acción continuada concertada, a falta de mejor término, puede llamarse una *Gemeinschaft*;

2. Dimensiones metateóricas

aquella en que los intereses instrumentales tengan primacía será una 'organización' en el sentido antes definido” (Parsons, 1976: 101)

También en la misma definición de la conveniencia y la “introyección” se pueden ver ciertas similitudes con las distinciones de Habermas entre reglas técnicas y acción instrumental y reglas y acción normativas, con sus referencias a las actitudes de los sujetos hacia los otros -ya sea como objetos, esto es, como medios para un fin, ya como sujetos, esto es, como fines en si mismos-:

“Existe un orden de modos posibles de orientación, en el sentido motivacional hacia un criterio de valor. Quizá la distinción más importante sea entre la actitud de 'conveniencia' en un polo, donde la conformidad o la no-conformidad es una función de los intereses instrumentales del actor, y en el otro polo la 'introyección' o internalización del criterio, de manera que actuar en conformidad con este llega a ser una disposición de necesidad en la propia estructura de la personalidad del actor, relativamente independiente de cualquiera de las consecuencias instrumentalmente significativas de esa conformidad.” (Parsons, 1976: 44)

Así mismo, en Merton, en cuya obra es de tan capital importancia la distinción entre medios y fines institucionalizados, encontramos una tipología que guarda un indudable aire de familia:

“Puede desarrollarse una presión muy fuerte, a veces una presión de hecho exclusiva, sobre el valor de objetivos determinados que implica un interés hasta cierto punto pequeño por los medios institucionalmente prescritos de esforzarse hacia la consecución de los objetivos. El caso límite de este tipo se alcanza cuando el margen de procedimientos posibles está gobernado sólo por normas técnicas y no por normas institucionales. (...) Un segundo tipo extremo se encuentra en grupos en que actividades concebidas originariamente como instrumentales se transmutan en prácticas que se ejercen por ellas mismas y carentes de objetivos ulteriores. Los propósitos originarios se olvidan y la adhesión estrecha a la conducta institucionalmente prescrita se convierte en cuestión de rito. (...) Se desarrolla una sociedad unida por la tradición, una sociedad 'sagrada' que se distingue por su neofobia.” (Merton, 2002: 142)

Nos parece que la principal ventaja de esta distinción entre comunidad y asociación, siempre que se conciba en términos de tipos ideales, es su intuitiva adecuación para describir la realidad social⁵⁹. No obstante, cuando se trata de reducir esta evocación descriptiva a categorías analíticas claras, surgen los obstáculos. Las rigideces del *action frame of reference* parsoniano dan buena cuenta de ello. Su traducción en tipos de reglas, en la línea de Habermas, ya hemos visto que no resulta mucho más productiva. En la formulación de Merton, nos volvemos a encontrar la distinción

59 Como plasma su uso como pilar de la reconstrucción de la teoría sociológica, por ejemplo, por Rodríguez Ibañez (1998).

2. Dimensiones metateóricas

entre normas técnicas y normas institucionales, en la forma de la asociación a la revisabilidad de las reglas, incluso aunque en su definición, parece que los “fines” serían inmutables, tanto en uno como en otro tipo de sociedad.

Sin embargo, pensamos que podemos sacar provecho de esta distinción entre comunidad y asociación si en lugar de referirlo a la diferenciación entre acción instrumental y acción normativa, la vinculamos a nuestra dimensión de las definiciones y sanciones. Así, consideraremos la asociación remitiendo a las pautas de relacionamiento establecidas entre los agentes en términos de otorgamiento y recepción de sanciones y a las redes de alternativas disponibles para cada agente en una figuración. El mercado podría seguir siendo, como en Tönnies, una imagen central, pero habría de incluir también otros tipos de mercados distintos a aquellos en los que se distribuyen mercancías y servicios, ampliando la metáfora para hablar, como se hace en ocasiones, de mercados matrimoniales, por ejemplo, pero también de otra multiplicidad de filiaciones y sanciones valoradas, como el estatus. La comunidad, por su parte, la ligaríamos a las definiciones y con ellas a las identidades colectivas e individuales, y al tipo de relaciones por las que éstas se producen y reproducen. De nuevo, la familia podría seguir siendo una imagen central pero, igualmente, habríamos de abrirnos a considerar “familias” muy distintas a las redes de parentesco, incorporando las muy variadas fuentes de conformación de identidades.

Si retomamos ahora la distinción que en otro sentido hiciera Merton, entre sociedades más o menos estabilizadas, pero estabilizadas ahora en torno a una serie concreta de “mercados” y “familias”, como estabilización de reglas en la dimensión de las sanciones y en la de las definiciones, y lo conectamos con la “constitución de unidades más amplias” de las que habláramos al ocuparnos de la integración sistémica en Giddens, nos podemos referir a “comunidades” y “asociaciones” como esos colectivos relativamente estabilizados. Esta propuesta no es completamente ajena al sociólogo británico, quien inicialmente asociaba la distinción entre integración sistémica e integración social al paso de agentes “individuales” a agentes colectivos. Pero es fundamental no perder de vista que sería sólo una distinción analítica, es decir, que todo colectivo es una asociación y una comunidad. Sólo el investigador, en función de la perspectiva de análisis, trabaja con una u otra. La asociación se referiría a la estabilización de la distribución de sanciones dentro del colectivo y, por tanto, se relacionaría con la solidaridad, mientras que la comunidad se referiría a la estabilización de una identificación compartida y, por tanto, se relacionaría con la pertenencia. Por último, hay que aclarar que de asociación y comunidad sólo se

2. Dimensiones metateóricas

podría hablar en caso de que las relaciones estabilizadas, en una y otra dimensión, fueran centrales en una figuración o institución determinada.

2.4. Cuatro distinciones iniciales

2.4.1. Competencia-cooperación

A. Definiciones

Una vez hemos argumentado las dos dimensiones metateóricas que acompañan de forma fundamental a la de conflicto-integración, así como la manera en que debe entenderse, podemos dar el primero paso en nuestro análisis para desengranar la complejidad encerrada en dicha distinción y proponer nuestros tipos analíticos de interacción. Es fundamental recordar, como ya dijimos, que la introducción de esta nueva variable está intrínsecamente condicionada por los presupuestos que ya hemos aceptado en torno a la dimensión estructura-agencia y a la dimensión sanciones-definiciones, y esperamos que esto se refleje en las definiciones que pasamos a proponer. Para mayor claridad respecto a conceptos que iremos proponiendo de aquí en adelante, empezaremos a referirnos a la dimensión conflicto-integración como distinción entre relaciones opositivas y no-opositivas.

Los primeros tipos de relaciones sociales que dibujaremos son los de “competencia” y “cooperación”. Estas surgen en el cruce de esta nueva dimensión metateórica con la dimensión de la “agencia” y de “sanciones”. Si tenemos relaciones opositivas al nivel de la agencia y las sanciones, las denominaremos “relaciones de competencia”. Si son relaciones no-opositivas a ese mismo nivel, las denominaremos “relaciones de cooperación”. Podríamos definir las relaciones de cooperación como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas”, y las relaciones de competencia, paralelamente, como “afectaciones recíprocas en las que algunos agentes reciben sanciones positivas y otros sanciones negativas”. Las definiciones en sí mismas (en este caso como en el del resto de conceptos que iremos viendo a lo largo del trabajo) no tienen otro interés que reflejar nuestras concepciones particulares de las relaciones sociales y marcar diferencias y conexiones entre posibles usos del conceptos de conflicto y en este caso se pueden asimilar, con muchas precauciones, a los modelos de los “juegos de suma positiva” y “juegos de suma cero”, respectivamente. Es importante recordar que “sanciones”, en nuestros términos, tienen

2. Dimensiones metateóricas

que ver con las alternativas abiertas o cerradas para un agente respecto a nuevos relacionamientos, es decir, como reposicionamientos que pueden ser o no beneficiosos cuanto más acceso den a entablar nuevas relaciones (beneficiosas o no, a su vez).

Por poner un ejemplo familiar y evidente, dos investigadores que trabajan juntos en un proyecto cuyo éxito les supondrá un mayor estatus en su carrera, están en una relación de cooperación, donde la sanción positiva sería la posibilidad de participar en proyectos de mayor relevancia; por el contrario, dos candidatos a ocupar una única plaza en un proyecto de investigación, están en una relación de competencia, donde uno recibiría la sanción positiva de establecer nuevas relaciones, y otro la sanción negativa que supondría el cierre inmediato de esa posibilidad. Es muy importante destacar que la sanción no es la publicación de los resultados de la investigación o la aprobación de los otros investigadores de su área, ni el puesto o el sueldo, como tales, sino las posibilidades abiertas para entablar nuevas relaciones.

Aunque -o como consecuencia de que- no adoptemos plenamente la conceptualización en términos de juegos de suma cero y suma positiva, surgen un número de cuestiones relacionadas con este tipo de enfoque respecto a las que es necesario establecer matices. Para comenzar, a diferencia de los planteamientos que hacen derivar la distinción entre competencia y cooperación del concepto de “interés”, nosotros no nos encontramos con el dilema de los intereses objetivos y subjetivos. Podría decirse que, de antemano, ya hemos adoptado una postura bastante inclinada hacia el objetivismo, pues medimos el beneficio de las sanciones en términos de cantidad de alternativas abiertas directa o indirectamente. Esto no significa que despreciemos el plano motivacional, y ciertamente, las razones por las que alguien entra en una relación son interesantes. Pero también es cierto que, a menudo, los agentes se ven compelidos a entrar en relaciones sin que ello estuviera entre sus intenciones. Al descartar el criterio de la motivación subjetiva, se abre la puerta a considerar las relaciones que los agentes perciben como cooperativas y que son, en realidad, competitivas -o a la inversa-, lo cual nos parece beneficioso, puesto que es empíricamente frecuente.

Tampoco significa que declaremos irrelevante el grado de satisfacción del agente con los resultados obtenidos, pero, igualmente, nos permite considerar las ocasiones en las que lo que es vivido subjetivamente como fracaso es, no obstante, una victoria con respecto a la relación de la que se deriva la sanción -o viceversa-, lo cual también es empíricamente frecuente. Es importante notar esto, porque no nos parece suficiente el argumento de Coleman según el cual sólo los intereses subjetivos son directamente observables de modo que los intereses objetivos sólo pueden inferirse

2. Dimensiones metateóricas

como desviaciones de la racionalidad o en el incremento o decremento de la satisfacción del agente con un curso de acción a lo largo del tiempo. Lo rechazamos porque no nos parece suficiente con apelar a la percepción subjetiva de uno de los agentes para transformar una sanción negativa en positiva -o viceversa-, ya que las sanciones sólo tienen sentido dentro de la relación en la que se aplican a diversos agentes.

En cualquier caso, es importante destacar que los cambios en las percepciones subjetivas frecuentemente se relacionan con transformaciones no tan subjetivas en la relación misma, que derivan del hecho de que un agente no está inserto en una relación únicamente, sino en figuraciones en los que los resultados de unas relaciones están constantemente afectando a los de las demás. Estas interrelaciones son, además, relevantes desde el punto de vista de la especificación de los “fines” o “necesidades” de los agentes, porque como hace ver Offe con ánimo de criticar la prioridad de las definiciones subjetivas de los intereses, estos no están construidos sobre el vacío, sino por la intersección con otras relaciones de modo que, por ejemplo, “un gran número de las necesidades de bienes de consumo que expresan los consumidores en el mercado se hallan ligadas directamente a sus condiciones de vida, que a su vez pueden no ser acordes con las necesidades de los consumidores” (Offe, 1991: 238).

Esta importancia de tener en cuenta la intersección de numerosas relaciones es así mismo relevante con respecto a la problemática de los bienes públicos⁶⁰. Si nos referimos a los bienes públicos específicamente en el nivel de reparto de sanciones positivas para todos los agentes implicados, un bien público es bajo nuestra definición sólo un tipo especial de relación de cooperación donde todos los agentes reciben la misma sanción positiva -lo cual no es un requisito lógico de la definición-. Se nos puede achacar, en este sentido, que al atenerse sólo a los resultados de la relación nuestra formulación no dejaría espacio para el problema del *free rider* y, efectivamente, así es siempre y cuando se contemple la relación de tal modo aislada. Sin embargo, si hacemos entrar la relación en una figuración donde los agentes implicados se ven inmersos en otras relaciones donde reciben sanciones negativas diversas -los costos del bien público-, podemos entonces incluir aquí al “gorrón” que en ellas está recibiendo sanciones positivas y estudiar esta relación competitiva. Por último, el no identificar sanciones con “intereses”, además, nos libra de la asociación a recompensas materiales y nos facilita introducir los “incentivos sociales” de Olson, así como nos habilita, en general, para comprender de manera más efectiva el altruismo y hacer inteligibles propuestas como la de Hirschman acerca que “la lucha en pro de la felicidad pública no

⁶⁰ Ver, por ejemplo, García Sobrecases (2000), Benegas Lynch (1998).

2. Dimensiones metateóricas

se sentirá a menudo tanto como un costo sino como su sustituto más cercano disponible” (Hirschman, 1977: 152-153).

B. El entendimiento como base de la cooperación-competición

Para que las definiciones propuestas sean entendidas correctamente es necesario, en cualquier caso, subrayar su categoría analítica, pues sería totalmente contrario a nuestros propósitos que se entendieran las relaciones de competencia y cooperación como autónomas respecto a la dimensión de las definiciones. Al contrario, como reza el título del apartado, consideramos inapelable que el entendimiento es indesligable de ellas. A pesar de la relación con debates que le son propios, nuestras reglas de competencia y cooperación no se identifican con las relaciones estratégicas entre actores racionales que parecen discurrir al margen de -o como mucho conectadas con- las reglas normativas. Ya hemos especificado que, de hecho, nuestras sanciones no deben entenderse en términos de recompensas “materiales”, sino que incluyen las que habitualmente son consideradas como las sanciones propias de esas reglas normativas.

Nos encontramos en este sentido, presentando un caso sencillo para el debate, puesto que la importancia del entendimiento en cualquier tipo de relación social ha sido defendida en numerosas ocasiones, aunque en la mayoría de ellas se ha formulado en los términos de la contraposición racional-irracional y con el objetivo de poner coto a la autonomía de la explicación económica. Así ya, por ejemplo, desde la formulación de Parsons del problema hobbesiano -hasta tal punto es esta una posición poco novedosa en la historia de la sociología-:

“El análisis de lo que antes hemos llamado el problema hobbesiano del orden pone de manifiesto concluyentemente que la asignación competitiva no puede operar sin la institucionalización de una serie de normas que definan los límites de la acción legitimada, particularmente -en este caso- en relación con la legitimidad de los medios para obtener las metas.” (Parsons, 1976: 117)

Especialmente desde los análisis sociológicos del capitalismo y las relaciones de mercado, nos llegan constantemente afirmaciones en esta dirección, recordándonos la imbricación de la conducta económico-racional en relaciones sociales no económicas-no racionales, de las cuales depende para su reproducción, como ya vimos en relación con el debate material-simbólico. Pero también han sido frecuentes las críticas hacia aquellos autores a los que se les acusa de otorgar un excesivo peso a las relaciones estratégicas. Así, por ejemplo, Honneth critica que la correspondencia

2. Dimensiones metateóricas

que Adorno y Horkheimer establecen entre la dominación de la naturaleza y la dominación social “no les permite tomar en consideración otro modelo de dominación social que no sea el asentado en los instrumentos unidimensionales de dominación social mediante coacción directa o indirecta”, de modo que “se impide cualquier tipo de reconocimiento general de las propias actividades culturales y las funciones hermenéuticas de los grupos sometidos al sistema social” (Honneth, 2009: 102), de forma similar a como Habermas argumenta contra las teorías sociológicas del poder y del intercambio que “no saben arreglárselas sin tomar algunos préstamos del concepto de un orden normativo”, o como ya vimos que McCarthy atacaba la teoría foucaultiana.

Concretando aún más el problema, lo que pretendemos destacar es la dependencia de los procesos de “ajuste” en el nivel de las definiciones para entender los repartos de sanciones⁶¹, más en la línea de como Heritage interpreta el pensamiento de Schutz, al argumentar que es importante comprender, a pesar de los énfasis hobbesianos, que lo que Schutz presenta no es una solución al “problema del orden” y no es, en este sentido, un teórico consensualista. Más bien, sus argumentos serían, según Heritage, anteriores a los distinguos entre cooperación y conflicto, que sólo puede tener lugar dentro un marco comprensivo de inteligibilidad. De este modo, Schutz se ocuparía del “problema cognitivo del orden” prioritario lógicamente sobre el problema hobbesiano⁶².

Esta centralidad de la inteligibilidad para las relaciones de competencia y cooperación refleja bien nuestro punto, aunque la formulación de esta cuestión en los términos de “problema cognitivo del orden” arrastra consigo la evocación de una “purificación” de esta dimensión cognitiva respecto a otros elementos que consideramos desafortunada. Usando la terminología de Boltanski y Chiapello, de gran utilidad para aclarar este argumento si la desligamos momentáneamente de la

61 Y escogemos este concepto de ajuste precisamente por esa evocación de afectaciones recíprocas y esfuerzos compartidos para lograr el entendimiento, dinámicas que así entendidas nos parecen que parece que recogen la crítica de Luhmann (1998a) sobre la existencia de equivalentes en la “dimensión social” para resolver los problemas de la doble contingencia cuya solución Parsons sólo esperaba del consenso normativo producido por una socialización efectiva.

62 *“It is important to note in this context that, although these issues can have 'Hobessian' overtones, Schutz's arguments are not presented as a 'solution' to the Hobessian 'problem of order'. Schutz is not, in this sense, a consensus theorist. Rather his arguments are anterior to the issue of co-operation versus conflict. At the end of the day, conflict, just as much as co-operation, can only be conducted within an overarching frame of intelligibility and it is the maintenance of this overarching frame of intelligibility which is the central object of Schutz's theoretical investigations. For Schutz, the cognitive 'problem of order' is necessarily prior to the more traditional sociological question first raised by Hobbes.”* (Heritage, 1986: 70).

2. Dimensiones metateóricas

cuestión de la legitimidad, este tipo de relaciones de competencia se pueden entender como “pruebas”, pero en tanto que este concepto remite a una reglamentación, se hace patente la necesidad de un mínimo de sintonización respecto al papel jugado por cada participante y el sentido en que cada uno ellos tiene permitido operar. Es en este sentido en el que la resolución previa -recordando las aclaraciones que ya hicimos al definir nuestras dos dimensiones de las reglas de que no se puede considerar anterior sino en un plano “lógico”- del “problema hobbesiano de la inteligibilidad” -reformulando la frase de Heritage- es parte imprescindible de la asignación de sanciones y si es en este nivel donde se localiza el conflicto, entonces nos enfrentamos a un tipo de relación opositiva distinto de la competencia.

2.4.2. Consenso-disenso

A. Definiciones

Continuamos entonces con el conflicto en esa forma específica a distinguir de las relaciones de competencia. Pasamos, así, a ocuparnos del “consenso” y el “disenso” como tipos analíticos de interacción, que surgen en esta ocasión en el cruce de la distinción entre relaciones opositivas y relaciones no-opositivas con la dimensión de la “agencia” y la de “definiciones”. Si tenemos relaciones opositivas al nivel de la agencia y las definiciones, las relaciones las denominaremos “relaciones de consenso”. Si son relaciones no-opositivas a ese mismo nivel, las denominaremos “relaciones de disenso”. Definiremos las relaciones de consenso como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos”, y las relaciones de disenso, paralelamente, como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes no son respaldadas por todos ellos”. Es importante destacar que estas identificaciones recíprocas tienen que ver no sólo con la definición de los agentes, sino también de la relación que suponen entre ellos.

Recurriendo, de nuevo, a un ejemplo familiar y claro del mundo académico, podemos ver una relación profesor-alumno donde cada una de las partes respalda la identificación de la otra con su rol como una relación de consenso; dos investigadores, donde uno pretende lograr el respaldo a su identificación como investigador con mayor antigüedad, en el sentido de definirse como poseedor de un mayor estatus, y no lo obtiene por parte de otro que se niega a identificarse bajo la etiqueta de “investigador recién llegado”, sería una relación de disenso. Es fácil, a partir de estos ejemplos, ver

2. Dimensiones metateóricas

la relevancia de considerar las definiciones tanto de las partes como de la relación que las une y no cuesta imaginar, por ejemplo, que exista disenso entre alumnos y profesores en cuanto a lo que implica para cada una de las partes esa identificación: el profesor puede pensar que le da derecho a hacer un tipo de observaciones sobre el carácter del alumno y éste rechazarlo.

Hay dos cuestiones referentes a las relaciones de consenso y disenso que es preciso aclarar. En primer lugar, y esto es prioritario, queremos hacer nuevamente explícito que no se debe entender este tipo de relaciones en términos puramente conversacionales o lingüísticos. La dimensión de las definiciones no debe pensarse bajo ningún concepto como refiriéndose a relaciones simbólicas. La materialidad de los agentes y sus acciones es imprescindible para comprender este tipo de relaciones. Un hombre besa la mano de una mujer y en ese gesto se define precisamente a sí mismo como hombre y la define a ella como mujer -a la vez que les define a ambos como pertenecientes a determinado estatus- y establece un tipo de relaciones de género muy concreto entre ellos. La mujer se ruboriza y cuestiona esas identificaciones: quizá ella no siente que pertenezca al estatus que él la atribuye. A este respecto el lenguaje corporal, como se ve en la investigaciones clásicas de Margaret Mead, por ejemplo, cobra una importancia vital, como también lo hacen las consideraciones de Goffman acerca de la presentación social de la persona -además de la gran utilidad, así mismo, de sus apuntes acerca del uso del espacio, fundamentales para la producción de las relaciones tanto de consenso como de disenso-.

Pero no sólo se trata del cuerpo, dado que los objetos también contribuyen a fundar ese consenso o disenso. Alguien se presenta en casa de otra persona con una caja con un lazo y se establece la identificación de ese objeto con un regalo, el que lo lleva está asumiendo su compromiso de regalar, por un cumpleaños por ejemplo, y el que lo recibe sonriente confirma que ese presente es apropiado. Sin embargo, descubre al abrir la caja que contiene ropa sucia, y el consenso se rompe: quien celebra su cumpleaños ese día no considera que esté recibiendo un regalo y cuestiona que quien se lo da esté comportándose con propiedad respecto a la relación que les une. Los objetos están tan cargados de definiciones como lo están las expresiones verbales y el lenguaje corporal⁶³. El consenso y el disenso, por tanto, se produce y reproduce en un entramado de relaciones con componentes materiales tanto como simbólicos. Como argumenta Calhoun, más allá

63 En un tipo de ejemplo algo distinto, pero que muestra tanto la importancia de la materialidad en las interacciones como la importancia de las definiciones en lo que podría ser el ejemplo más alejado de la dimensión de la que nos ocupamos, la violencia, Collins (2009) nos enseña la importancia de la “aceptación” de la víctima de su inferioridad para que el ataque pueda ser “efectivo”.

2. Dimensiones metateóricas

de la comunicación formal, descansamos en sensibilidades físicas y orientaciones sociales prácticas para ayudarnos a vivir juntos e, incluso, entendernos unos a otros⁶⁴.

En segundo lugar, queremos también desmarcarnos de las formulaciones que parten del consenso, como si se tratara de un tipo de relación más fundamental que el disenso, y se centran luego en por qué no se consigue. En este sentido, estamos de acuerdo con la crítica de Luhmann a Habermas acerca de la inviabilidad de una propuesta para la cual, desde la afirmación radical de que el entendimiento es el telos del lenguaje, “los casos mucho más típicos en los que uno busca razones a causa de la desavenencia y desearía afirmar el disenso son considerados como una realización no plena de la condición humana” (Luhmann, 1998a: 36). Pero tampoco pensamos que sea defendible su contrario, esto es, una concepción que parte del disenso como una suerte de “primera fase”, y que sólo atiende al consenso como algo a “producir”, pues nos parece que, sólo bajo definiciones muy estrictas del consenso, como la de Etzioni que lo distingue del “acuerdo”, se puede teorizar que “el disenso es el entrópico estado de naturaleza societal” y que “el consenso no se encuentra: hay que producirlo”, como si fuera posible referirse a un punto de partida donde no ha habido ninguna socialización previa (Etzioni, 1980: 530).

Encontramos, en este sentido, afortunadas las argumentaciones de Bourdieu respecto al conservadurismo de la clase obrera, que pretende explicar éste como un conservadurismo “social” que aflora respecto de las cuestiones escasamente elaboradas en términos “políticos”. Este ejemplo muestra como los consensos grupales “colapsan” cuando se ven forzados a trasladar las reglas que guían prácticas, “políticas” en este caso, a caminos poco explorados, y abre la puerta a entender como el disenso puede ser un estado posterior, que rompe un consenso que le antecede. Tampoco nos parecen apropiadas formulaciones tan extremas como las de Lyotard según las cuales “hablar es combatir, en el sentido de jugar, y que los actos de lenguaje se derivan de una agonística general”, y que nos parecen que confunden la dimensión de las sanciones y la de las definiciones, a la vez que ignoran los elementos cooperativos que construyen los juegos. Las aportaciones cruciales de Garfinkel sobre el carácter situado y activo de las prácticas que constituyen “el orden” son muy valiosas pero no deben entenderse únicamente en el sentido de la producción de consenso pues, como bien muestra Bourdieu también, hay igualmente una producción social del disenso, un aprendizaje colectivo para rechazar las definiciones de otros, para destacar o borrar diferencias. La

⁶⁴“Beyond -or perhaps before- formal communication, then, we rely on physical sensibilities and shared practical orientations to help us live together and even to understand each other.” (Calhoun, 1996: 293).

2. Dimensiones metateóricas

afirmación del disenso, como plantea Luhmann, puede ser un proceso tan laborioso como el de conseguir el consenso.

B. Los excesos del normativismo teórico

Pero, de igual modo que planteamos la necesidad de no entender las relaciones de cooperación y competencia como si estuvieran al margen de los procesos de entendimiento, queremos distanciarnos también de las formulaciones que tienden a hacer de las relaciones de consenso y disenso un tipo de relaciones que sólo se puede entender con claridad si se desligan cuidadosamente de las relaciones estratégicas, o, yendo aún más lejos, pretender incluso que no sólo son autónomas sino prioritarias. Como dice Mann, la conclusión que algunos autores extraen de que el consenso normativo debe ser privilegiado frente a lo que normalmente entendemos como relaciones instrumentales, está lejos de ser necesaria⁶⁵.

En esta dirección es especialmente interesante recordar en qué sentido establecimos la dependencia de las relaciones de cooperación y competencia respecto al entendimiento mutuo y que nunca debe interpretarse como concediéndole a este una mayor autonomía. Para empezar, como ya dijimos, la fórmula de la solución “cognitiva” del problema hobbesiano es inaceptable si se entiende como excluyendo por principio las emociones y el poder como componente de las relaciones de consenso y disenso. Es precisamente en esta dirección en la que han sido más duramente criticadas argumentaciones como la habermasiana acerca de la orientación de la acción comunicativa al logro de un consenso racional. Una muestra contundente de escepticismo respecto a la fuerza del mejor argumento la encontramos en Lacan:

“De ordinario, cada uno sabe que los otros, lo mismo que él, permanecerán inaccesibles a las constricciones de la razón, fuera de una aceptación de principio de una regla del debate que implica un acuerdo explícito o implícito sobre lo que se llama su fondo, lo cual equivale casi siempre a un acuerdo anticipado sobre lo que está en juego. Lo que llaman lógica o derecho no es nunca nada más que un cuerpo de reglas que fueron laboriosamente ajustadas en un momento de la historia debidamente fechado y situado por un sello de origen, ágora o foro, iglesia, incluso partido.” (Lacan, 1984: 413)

⁶⁵“Norms are necessary for stable, economic interaction. But the conclusion drawn by all these theorists, that normative consensus must be accorded a privileged causal status in theory, does not follow from this” (Mann, 1988: 69).

2. Dimensiones metateóricas

Si de entre todas las críticas a esta línea filosófica escogemos esta cita de Lacan, es en buena medida porque el apunte final respecto a la aplicación de este principio de racionalidad argumental en el marco de esos conjuntos de reglas complejos que son las instituciones concretas nos parece que apunta en la dirección correcta. De él se puede extrapolar una crítica de la universalización del modelo que no supone una exclusión completa de este modo específico de guiar las relaciones de consenso y disenso. Es importante destacar esta “relatividad” de la fuerza de la racionalidad ya que, como dice Butler, incluso “la noción misma de 'diálogo' es culturalmente específica e histórica, y mientras que un hablante puede asegurar que una conversación se está llevando a cabo, otro puede estar seguro de que no es así” (Butler, 2006: 48). Este margen de comprobación empírica de la aplicación de esa racionalidad argumental no es óbice, en cualquier caso, para la crítica rotunda a la pretensión de obviar la constitución de todo tipo de relaciones a través del poder y las emociones. Como argumenta Therborn, “el tipo de acción al que uno da su consentimiento siempre depende de la situación, de lo que uno percibe como existente y posible” (Therborn, 1987: 87-88) lo que supone siempre hablar de “la constelación de fuerzas” y, añadiríamos nosotros, de la constelación de emociones -anhelos, miedos, etc.-.

Por otra parte, apoyamos también las críticas a una fórmula que hace de la coerción y el consenso racional las únicas posibilidades, y cuya debilidad enuncia McCarthy con claridad, al afirmar que hay mucha más alternativas a la coordinación mediante la coerción que el acuerdo racionalmente motivado⁶⁶. Sin embargo, el problema es que este tipo de argumentos contra la idea de una integración normativa -se base en un consenso racional o no racional-, que en principio identifica sencillamente distintas formas de coordinación de la acción, puede acabar derivando en afirmaciones como la de Jessop, que la contrapone a un tipo de integración de carácter más pragmático. Así, afirma que “el único requisito indispensable para la existencia del orden es la aceptación de las estructuras institucionales de la sociedad en cuestión”, sea esta pragmática o normativa, por lo que “un mínimo de consenso es, pues, necesario para el orden social, pero no es preciso que sea muy extenso ni muy intenso en su carácter, ni muy uniforme en su distribución” (Jessop, 1982: 24).

⁶⁶ “To begin with, we have to modulate the idea of rationally motivated agreement beyond Habermas's basic distinction between a strategically motivated compromise of interests and an argumentatively achieved consensus on validity. If the ultimate moral-political significance of agreement based on reasons is to provide an alternative to open or latent coercion as a means of social coordination, there is room for more than these varieties.” (McCarthy, 1991: 196).

2. Dimensiones metateóricas

Este tipo de proposiciones es totalmente incompatible con nuestro esquema analítico que dista de proponer el consenso y la cooperación como formas alternativas de conciliación. Ya rechazamos de pleno la posibilidad de pensar en una integración instrumental, como contrapuesta a una integración normativa y propusimos una heterodoxa concepción de la comunidad y la asociación como tipos de perspectivas analíticas aplicables a un mismo colectivo. En este sentido, es importante recalcar que nuestras relaciones de consenso no son relaciones de integración normativa. En nuestro términos, si un agente recibe una sanción negativa, no es porque se avenga a ello en compensación por una sanción positiva o por una aceptación con la regla que la prescribe, sino por su incapacidad práctica -simbólica y materialmente- para cuestionar la identificación que “sufre”. Es sólo en este sentido en el que la dimensión de las definiciones es lógicamente anterior a la de las sanciones.

2.4.3. Contradicción-consistencia

A. Definiciones

La distinción ente competencia y disenso no agotan aún las posibilidades de concreción del concepto de conflicto. A continuación nos ocuparemos de la “consistencia” y la “contradicción” como tipos analíticos, que vemos surgir ahora en el cruce de la distinción entre relaciones opositivas y relaciones no-opositivas con la dimensión de la “estructura” y la de “sanciones”. Si tenemos relaciones opositivas al nivel de la estructura y las sanciones, las relaciones las denominaremos “relaciones de contradicción”. Si son relaciones no-opositivas a ese mismo nivel, las denominaremos “relaciones de consistencia”. Definiremos las relaciones de consistencia como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras”, y las relaciones de contradicción, paralelamente, como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a imposibilitar la operación de las otras”. Si recordamos, de nuevo, que entendemos las “sanciones” como la apertura o cierre de posibilidades de combinación entre elementos, se ve que la disyunción entre contradicción y consistencia tiene que ver con si el reposicionamiento de un elemento en un entramado de relaciones por un regla facilita o dificulta que otra regla opere las determinadas combinaciones entre elementos que la definen.

2. Dimensiones metateóricas

Nuestro ámbito académico nos proporciona una vez más un ejemplo cercano y sencillo, quizá trivial comparado con los habituales ejemplos de contradicciones estructurales: en tanto que la regla de atribución de igual mérito por parte de un profesor a todos los firmantes de un trabajo colectivo dificulta el funcionamiento del principio meritocrático de igual recompensa a igual demostración de capacidad que presupone el sistema escolar -puesto que impide la combinación del premio con la medición individual del logro con la que éste opera-, se puede decir que existe una relación de contradicción entre ambos; por el contrario, la regla informal de no intromisión por parte del profesor en la organización del trabajo en grupo de los alumnos facilita el funcionamiento de la regla de atribución de igual mérito por su parte a todos los miembros del mismo, puesto que descarta la medición individual del logro.

El concepto de contradicción estructural ha sido objeto de innumerables reformulaciones desde su introducción originaria por Marx, y ha sido precisamente en el ámbito del marxismo donde más importancia se le ha otorgado a la cuestión de lograr una definición precisa. Evidentemente, una revisión mínimamente completa de esta historia de redefiniciones es imposible aquí, por lo que habremos de contentarnos con señalar que ha sido la propuesta de Offe la que ha servido de base a nuestra articulación del concepto. El alemán defiende la existencia de tres imperativos para las reglas que rigen la reproducción material de la sociedad -el efectivo control sobre la fuerza laboral humana, sobre los medios y recursos materiales de producción, y sobre el producto mismo- y define la contradicción a partir de los resultados de su articulación en cada específico modo de producción:

“(...) una contradicción no es simplemente una situación donde esas exigencia indispensables de cierto modo de producción están ausentes o se cumplen inadecuadamente. Si tal fuese el caso, las catástrofes (...) indicarían contradicciones. Este difícilmente sería un uso adecuado del término. Lo que queremos decir con contradicciones es más restringido y preciso. Una contradicción dentro de un específico modo de producción es la tendencia inherente a destruir las pre-condiciones mismas de las cuales depende su supervivencia. Las contradicciones se hacen manifiestas en situaciones donde, en otras palabras, se produce una colisión entre las pre-condiciones constituyentes y los resultados de un modo específico de producción, o donde lo necesario se hace imposible y lo imposible se hace necesario.” (Offe, 1991: 119)

Esta definición tiene varias ventajas desde nuestra perspectiva: dos limitaciones al uso que se le da habitualmente al concepto y una potenciación de su significado original que encontramos a veces demasiado diluido. En primer lugar, nos facilita una reformulación analítica lo

2. Dimensiones metateóricas

suficientemente abstracta como para aplicarla en diversas relaciones estructurales, frente a aquellas en las que la contradicción se contempla como operando entre instituciones concretas. En segundo lugar, mantiene en el centro de atención la tensión que genera la contradicción, frente a aquellas formulaciones que afrontan el fallo del pronóstico marxiano de la autodestrucción del capitalismo incidiendo en que el sistema se reproduce a través de las contradicciones. En tercer lugar, y como consecuencia de su formulación analítica, no hace de la contradicción un imperativo, sino que define unas condiciones precisas bajo las que hablar de ella, frente a las teorías que se muestran más apegadas a la concepción marxiana y se limitan a presuponerlas. En el otro lado de la balanza, refiriéndonos ahora a sus desventajas para nuestra perspectiva, al referirse a los efectos y precondiciones de la estructura como un todo -el modo de producción- parece una definición relativamente opaca respecto a cómo se produce la contradicción, al tiempo que parece obviar la importancia de la relacionalidad en el análisis social que nosotros hemos defendido. Es objetable que Offe pretendiera este uso del concepto de contradicción que él, como ya vimos, liga a los modos de producción de una manera más ortodoxa, pero ello no obsta que nosotros podamos obtener un beneficio claro de usar su definición, por así decirlo, “a contrapelo” respecto de sus intenciones.

Aunque consideramos necesarias esas dos limitaciones que hemos señalado a la definición de la contradicción, también consideramos imprescindible, en el lado contrario, hacer algunas acotaciones al concepto de relaciones de consistencia, o consistentes. Sobre todo, nos parece imprescindible romper con cualquier traza de funcionalismo sobre la que pueda sostenerse lo que Parsons llamó “los imperativos de compatibilidad” por los cuales se habían de limitar “el orden de coexistencia de los elementos estructurales en la misma sociedad, de manera tal que, dado un elemento estructural -como una clase concreta de sistema ocupacional-, el tipo de sistema familiar que le acompaña tiene que caer dentro de ciertos límites especificables” (Parsons, 1976: 163). Y el primer sitio de donde debemos desechar los restos de este tipo de concepción de las relaciones sociales es en la formulación marxiana de la contradicción, que supone esa compatibilidad como base de la supervivencia de una formación social, como se observa en esta cita clásica de la *Contribución a la crítica de la Economía Política*:

“El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas determinadas de conciencia. (...) Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción

2. Dimensiones metateóricas

existentes (...) De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de esas fuerzas. (...) El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura” (Marx 1970: 37)

Por el contrario, nuestra apuesta es simplemente la de continuar por el camino abierto con la introducción de Merton de los conceptos de “afunción” y “disfunción”⁶⁷ y concebir las relaciones estructurales como compuestas de múltiples relaciones de contradicción y consistencia, cuyo impacto depende de su centralidad y frecuencia, es decir, de su intensidad y extensión.

B. Las fuentes del conflicto y el cambio social

El diferenciar entre contradicción y conflicto es un punto importante porque en el seno de la tradición marxista ambos están estrechamente relacionados y a veces es equívoco el uso que se hace de ellos, llegando a emplearse como sinónimos y afirmando, por ejemplo, que hay una contradicción entre proletariado y burguesía. Giddens expresa bien esta necesidad de diferenciar entre conceptos que corresponden a planos analíticos distintos:

“Por conflicto entiendo una lucha real entre actores o grupos, no importa el modo en que se lleve adelante ni las fuentes desde donde se movilice. Mientras que una contradicción es un concepto estructural, un conflicto no lo es.” (Giddens, 1995: 227)

Sin embargo, a pesar de ser conceptos pertenecientes a perspectivas analíticas distintas, el pensamiento marxista o influenciado por él tiende a hacer depender el conflicto de la contradicción, haciendo de ésta la línea de fractura sobre la que se organiza el segundo. En el caso de Habermas, el conflicto entra directamente en la definición de contradicción: “De 'contradicción fundamental' de una formación social podemos hablar si y sólo si a partir de su principio de organización puede deducirse la necesidad de que en ese sistema se enfrenten individuos y grupos (siempre renovados) con pretensiones e intenciones incompatibles (en el largo plazo)” (Habermas, 1999: 59).

⁶⁷ “Principal, pero no únicamente, los analistas funcionales han aceptado en general tres postulados relacionados entre sí que, como ahora indicaremos, resultaron discutibles e innecesarios para la orientación funcional.

En esencia, esos postulados sostienen, primero, que las actividades sociales o las partidas culturales estandarizadas son funcionales para *todo* el sistema social o cultural [grado de integración como dato empírico]; segundo, que todos estos renglones sociales y culturales desempeñan funciones sociológicas [disfunciones y afunciones]; y tercero, que son, en consecuencia, *indispensables* [equivalentes funcionales].” (Merton, 2002: 35)

2. Dimensiones metateóricas

Tanto el alemán como el inglés se cuidan, no obstante, de establecer una relación directa entre ambos de modo que la contradicción implique siempre el enfrentamiento, propuesta obviamente falsa a nivel empírico. La solución, como en tantos otros autores, la encuentran en la articulación con la ideología o cualesquiera otros factores que hacen que los agentes no actúen de acuerdo a sus intereses. La similitud de la formulación es evidente. Habermas afirma:

“Mientras la incompatibilidad de pretensiones e intenciones no llega a la conciencia de los participantes, el conflicto permanece latente; tales sistemas de acción integrados coactivamente necesitan por cierto de justificación ideológica, que ha de encubrir la distribución asimétrica de las oportunidades de satisfacción legítima de las necesidades, en una palabra: la represión de las necesidades.” (Habermas, 1999: 59)

Y Giddens, por su parte, nos dice también:

“Conflicto y contradicción a menudo coinciden porque contradicción expresa las principales 'líneas de fractura' en la constitución estructural de sistemas societarios. La razón de esta coincidencia es que contradicciones suelen afectar a divisiones de intereses entre distintos grupos o categorías de personas (incluidas clases, pero sin limitarse a estas). (...) Si una contradicción no alimenta inevitablemente un conflicto, ello se debe a la gran variabilidad de las condiciones bajo las cuales los actores no sólo tienen conciencia de sus intereses sino además tienen la capacidad y la motivación de actuar con arreglo a ellos.” (Giddens, 1995: 227-228)⁶⁸

El recurso a la ideología nos acerca al problema discutido anteriormente de la integración normativa como alternativa a la coacción, que ya rechazamos. Pero aún por encima de esta

⁶⁸ Si seguimos el esquema completo del británico quedaría como sigue: tenemos sistemas que se reproducen en y a través de incompatibilidades entre principios estructurales; estas contradicciones estructurales generarían intereses divergentes que, dependiendo de las circunstancias (ideología, dispersión de contradicciones, represión) pueden convertirse o no en conflictos sociales; en estas luchas cobra forma la ‘dialéctica de control’ entre distintos grupos que se enfrentan en relaciones de poder (autonomía/dependencia); la capacidad de agencia de los individuos viene aumentada (o disminuida) por estructuras de dominación que suponen distribuciones diferenciales de recursos. Además de las similitudes con el esquema teórico marxista tradicional, o quizá por su causa, se aprecia que, a pesar del aparente movimiento desde las estructuras a la agencia y vuelta a las primeras, en realidad nunca nos hemos dejado de mover desde éstas hacia aquellas: las contradicciones estructurales generan intereses divergentes para los actores; las estructuras simbólicas (de significación en Giddens) impiden una conciencia clara de las contradicciones a los actores; y la distribución asimétrica estructural de los recursos condiciona la capacidad de agencia.

2. Dimensiones metateóricas

dificultad, permanece la asociación de contradicción y competencia por vía de lo que no podemos menos que considerar como una forma de “condicionamiento estructural”. Por el contrario, si queremos realmente mantener contradicción y conflicto en dos planos analíticos distintos, no podemos en ningún momento decir que la contradicción señala las fuentes de la competencia sino que, todo lo más, sería otro tipo de análisis de éste a partir de las reglas abstractas. Nosotros, no obstante, queremos llevar la diferenciación más lejos y proponer una disociación radical, dado que conjuntos de reglas perfectamente consistentes pueden dictar la competición, y otros contradictorios discurrir en la práctica a través de relaciones de cooperación.

A consecuencia de este rechazo de la asociación unívoca entre contradicción y competencia, la relación entre contradicción y cambio social ha de ser también matizada. Una implicación directa es que no podemos apoyar el tipo de circuito de ida y vuelta que se ha dibujado numerosas veces dentro de planteamientos marxistas: las contradicciones crean grupos con intereses contrapuestos que se enfrentan y provocan el cambio estructural. Tampoco podemos aceptar la formulación clásica de Marx, incluso en sus términos puramente estructurales, pues, como ya mencionamos, la transformación se deriva de asumir el “imperativo de compatibilidad” -junto con el determinismo económico-.

Pero más allá de esto, tampoco creemos que se pueda asociar contradicción con cambio social porque este no es lógicamente incompatible con las relaciones de consistencia, dentro de las cuales -a través de las discontinuidades y las transformaciones infinitesimales pero constantes que ya dijimos que caracterizaban a cualquier estructura- el cambio puede proceder de forma cumulativa y no como ruptura radical. Sin asociar, como hace Habermas, este tipo de concepción dinámica de las estructuras a sistemas en entornos complejos, estamos de acuerdo con su afirmación de que “una misma alteración del sistema puede concebirse como proceso de aprendizaje y cambio o bien como proceso de disolución y quiebra: no puede determinarse con exactitud si se ha formado un nuevo sistema o sólo se ha regenerado el antiguo” (Habermas, 1999: 23). Más afortunada que la asociación de la contradicción al cambio encontramos, además, la relación que establece Wallerstein entre contradicción y crisis, donde esta se entendería como el punto en el que las “contradicciones internas impide que el sistema resuelva sus propios dilemas por medio de ajustes en sus patrones institucionales vigentes” (Wallerstein, 2006: 146), y que deja en suspenso la cuestión de si esta tensión se resolverá con la continuidad o la transformación.

2.4.4. Incoherencia-coherencia

2. Dimensiones metateóricas

A. Definiciones

Hemos distinguido dentro del concepto de conflicto ya, entonces, entre competencia, disenso y contradicción y nos falta para completar esta fase inicial del análisis un solo tipo analítico más. Estas últimas categorías, que trataremos a continuación, son las de “coherencia” e “incoherencia”, que aparecen en el cruce de la distinción entre relaciones opositivas y relaciones no-opositivas con la dimensión de la “estructura” y la de “definiciones”. Si tenemos relaciones opositivas al nivel de la estructura y las definiciones, las relaciones las denominaremos “relaciones de incoherencia”. Si son relaciones no-opositivas a ese mismo nivel, las denominaremos “relaciones de coherencia”. Definiremos las relaciones de coherencia como “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras”, y las relaciones de incoherencia, paralelamente, como “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a imposibilitar la operación de las otras”. Queremos destacar que no se trata sólo de que reglas relacionadas definan a los elementos que combinan de forma diferente, pues la multidimensionalidad no es en sí misma conflictiva, sino que la coherencia e incoherencia hacen referencia a que las definiciones de las relaciones supongan operaciones en sentidos incongruentes.

Recurrimos, por última vez, a nuestra fuente de ejemplos habitual: en la medida en que se define la formación universitaria en términos de formación orientada al mercado, la institucionalización de la formación a manos de investigadores académicos, cuyo trabajo les aleja de la práctica profesional de la disciplina, se puede decir que produce una relación de incoherencia; la institucionalización de la figura del profesor dedicado al ejercicio profesional de la disciplina, sin embargo, restablecería las relaciones de coherencia con el primer supuesto, así como una redefinición del sentido de la formación ofrecida en la universidad, podría restablecerlas con el segundo. Este ejemplo nos sirve también para ilustrar como no es sí misma la existencia de definiciones alternativas la que constituye la incoherencia dado que la definición del mismo agente como profesor e investigador no es la fuente de incoherencia, sino las especificaciones de las relaciones entre profesor/alumnos e investigación académica/mercado.

La base para nuestra definición de este tipo de relaciones la tomamos de Luhmann, de una fórmula que, en principio, parece destinada a ser un replanteamiento del problema marxiano de la contradicción:

2. Dimensiones metateóricas

“Los sistemas sociales existen en cuanto sistemas de comunicación, y por eso producen contradicciones mediante la comunicación de la negación. (...) Esto quiere decir también que las contradicciones están incluidas en la autorreferencia comunicacional de los sistemas sociales; que se conciben como un momento de esta autorreferencia y no como ataques del exterior. (...) Su síntesis prueba la imposibilidad de coexistencia. Sólo la exigencia de unidad de la comunicación, integrada por la selección de lo que cohesiona, constituye la contradicción. La contradicción se origina por el hecho de ser comunicada.” (Luhmann, 1998a: 330)

El planteamiento de Luhmann es en muchos puntos completamente ajeno al nuestro, dado que no aceptamos el concepto de sistema ni la reducción de lo social a lo comunicacional -especialmente cuando lo comunicacional se entiende como excluyendo lo físico, es decir, como puramente simbólico-. Sin embargo, esta definición tiene la ventaja de resaltar dos aspectos importantes. El primero, que ya hemos comentado, es el destacar que es la comunicación de la negación lo que crea la contradicción, es decir, en nuestros términos, que no hay incoherencia si no hay una “paradoja” implícita, sin ser, por tanto, una cuestión de mera acumulación de diferencias. El segundo, estrechamente relacionado con este, es que no hay incoherencia sino es por la síntesis, es decir, es la imbricación de unas definiciones de relaciones con otras la que genera la paradoja, mientras que definiciones mutuamente incompatibles pueden coexistir si las reglas que las producen se mantienen irrelevantes la una para la otra.

Pero la principal ventaja de la formulación de Luhmann se refiere a la “naturalización” de la incoherencia. Frente a modelos explicativos que hacen que la falta de coherencia ponga en peligro el normal funcionamiento de las relaciones sociales, abriéndose a las situaciones de “crisis” que como decía Wagner representaba el mundo de la Teoría de la Elección Racional, nosotros queremos apoyar las propuestas que integran las relaciones de incoherencia como parte de la dinámica social, sin que nos veamos puestos constantemente al borde del precipicio de la “falta de sentido”, tal y como Bateson afirma que “(...) una cultura situada en un doble vínculo (...) afronta o bien el exterminio externo o bien la desorganización interna y el dilema está construido de modo tal que se presenta como un dilema de autopreservación, en el más literal de los sentidos” (Bateson, 1993: 164). Bajo esta presuposición nos encontramos de nuevo con el imperativo de compatibilidad parsoniano en un nuevo nivel, que nos hace pensar que cualquier modificación o punto de ruptura en la estructura debe ser inmediatamente acompañado de un reajuste del conjunto para poder seguir siendo viable, so pena de autoaniquilación. Sin embargo, como nos recuerda Rorty, este imperativo

2. Dimensiones metateóricas

es tan poco obvio al nivel de las definiciones como al nivel de las sanciones -si aceptamos que el término “cultura” al que él se refiere se pueda usar para representar no una estructura simbólica sino la dimensión de las definiciones de cualquier estructura-:

“El punto que Davidson y Stroud subrayan nos trae a la memoria, entre otras cosas, que sólo una pequeña proporción de nuestras creencias sufren una alteración cuando nuestros paradigmas físicos, poéticos o morales cambian, y nos hacen notar qué pocas podrían cambiar. Nos hace darnos cuenta de que el número de creencias de las clases cultas de Europa que han sufrido cambios es ridículamente pequeño en comparación con el número de las que han quedado intactas. De manera que este argumento nos permite afirmar: da la casualidad de que no existen sistemas globales de creencias coherentes y 'alternativos'.” (Rorty, 1995: 72)

Como en el caso de las relaciones de contradicción, podemos aceptar con Bateson que las incoherencias estructurales generan tensiones, incluso situaciones de crisis, pero no que conduzcan irremediabilmente a ese escenario apocalíptico. En parte, creemos que la respuesta yace, de nuevo, en un estudio empírico respecto a la intensidad y extensión de la incoherencia, que parte del supuesto de que una cultura difícilmente puede ser caracterizada como completamente coherente o incoherente, sino siempre compuesta por relaciones de ambos tipos.

Es importante, no obstante, no caer en el extremo opuesto según el cual las relaciones de incoherencia son “necesarias”, en el modo en que Luhmann afirma que la contradicción cumple funciones para el sistema al contribuir a desestabilizarlo:

“Hay que cuidarse, sin embargo, del recurrente error de pensar que la desestabilización como tal es disfuncional. Los sistemas complejos necesitan, más bien, de un grado bastante alto de inestabilidad para poder reaccionar frente a sí mismos y a su entorno, y tienen que reproducir continuamente estas inestabilidades (...)” (Luhmann, 1998a: 332)

En realidad, aquí hemos recorrido todo el camino hasta el extremo opuesto para darnos cuenta que hemos caminado en círculo y volvemos a estar donde estábamos: una nueva coherencia más eficiente se re-establece en último término. Al contrario, en nuestros términos, la incoherencia no cumple ninguna función, y que genere una dinámica de cambio o subsista durante un determinado espacio de tiempo generando tensiones es una cuestión que hay que tratar caso a caso. En este sentido, la afirmación de Berger y Luckman de que “todo universo simbólico es incipientemente problemático”, marca mucho mejor nuestra dirección (Berger, Luckman, 2005: 134).

B. Las fuentes de la desviación y la innovación

2. Dimensiones metateóricas

En esta dirección, entonces, vemos que un camino más fructífero para abordar las relaciones de coherencia e incoherencia que con el modelo luhmanniano del que tomamos la base para articular nuestra definición, se nos abre con la teoría de la ambivalencia de Merton. Su clásico trabajo ilustra con la mayor claridad como ese imperativo de compatibilidad se plasma en una conceptualización que sólo puede entender la desviación como una deficiencia de socialización. Al contrario, Merton nos muestra que muchas de las que se consideran conductas desviadas son el fruto de una socialización exitosa que simplemente expresan las “contradicciones culturales” en las que nos desenvolvemos. En su obra vemos como existe una presión social para que se sigan pautas de conducta inconformistas, precisamente porque se han incorporado de forma satisfactoria la orientación a los fines institucionales, como, por ejemplo, en la relación existente entre la orientación al éxito económico y la delincuencia entre grupos sociales institucionalmente obstaculizados para su logro. Pero, de forma aún general, su concepto de “ambivalencia sociológica”, con el famoso ejemplo de la divergencia inserta en el rol del médico, nos sirve para ilustrar este punto:

“En su sentido más amplio, la ambivalencia sociológica contempla las expectativas incompatibles que con carácter normativo se asignan a las actitudes, creencias y comportamientos ligados a un estatus (es decir, una posición social) o a un grupo de estatus en una sociedad. En su sentido más restringido, la ambivalencia sociológica hace referencia a las expectativas incompatibles que con valor de normas están incorporadas a un determinado cometido o a un determinado estatus social [...]” (Merton, 1980: 19)⁶⁹

Esto no es negar que exista en algún grado algo asemejable a la desviación tal y como la define Parsons, como tendencia “a apartarse de la conformidad con los criterios normativos que han llegado a establecerse como parte de la cultura común” y, ciertamente, esta puede ser “un proceso de acción motivada, por parte de un actor que indiscutiblemente ha tenido toda clase de oportunidades de aprender las orientaciones requeridas”. Lo más discutible de esta formulación no está en esa divergencia en la conducta del agente, sino en la presunción de que la “desviación” pueda entenderse como una carencia, esto es, como si se tratara de diferenciar -en el extremo- entre

⁶⁹ De modo similar, en un comentario sobre el significado social del rubor, Goffman afirma:

“Sin embargo, en todo sistema social hay momentos y lugares en los que la segregación de la audiencia suele romperse y en los que los individuos se enfrentan mutuamente con yoes que son incompatibles con los que manejan en otras ocasiones. En esos momentos, el rubor, especialmente el más ligero, demuestran claramente estar localizado no en el individuo sino en el sistema social en el que desempeña sus diversos yoes.” (Goffman en Díaz, 2000: 54).

2. Dimensiones metateóricas

salvajes y civilizados, y de donde parece surgir también su concepción como creación y fuente de innovación, en las lecturas que pretenden otorgar connotaciones positivas a esa dinámica -como en cierto modo es el caso de Luhmann al convertir la desestabilización que provoca la “contradicción” en algo funcional para el sistema-.

En este sentido, tampoco nos vale con planteamientos que intenten incrementar “los grados de libertad” de los agentes frente al rol, como Joas afirma que se puede observar en la adaptación del funcionalismo que hace Habermas:

“Enlazando con Gouldner, Habermas opuso el teorema de la represión al de la integración de la teoría parsoniana de la motivación; enlazando con Goffman opuso el teorema del distanciamiento al de la conformidad; y enlazando con Turner, el teorema de la discrepancia al de la identidad, que enunciaba la congruencia entre la definición y la interpretación de rol. Estos tres teoremas formulan [tres dimensiones de posibles grados de libertad de la acción]” (Joas, 1998: 252)

Lo que proponemos, al contrario, es que un comportamiento supuestamente divergente se basa en una regla tanto como uno que lo es, dado que éstas son las que posibilitan la acción, por lo que es más apropiado entender la discrepancia, como propone Merton, como producto de “una organización dinámica de normas y contra-normas” (Merton, 1980: 31). Cuando los agentes se “desvían” están poniendo en práctica de forma creativa reglas que tienen como efecto cuestionar las identificaciones que otros agentes hacen de él y de su relación con ellos. Efectivamente, la otra parte de una relación de disenso puede desplegar “mecanismos de control”, institucionalizar “un margen de tolerancia” u ofrecer “oportunidades alternativas de rol”⁷⁰, pero esto son sólo dinámicas por las que los agentes desarrollan relaciones opositivas en el nivel del significado de las reglas, y no “soluciones” al “problema” de la desviación.

Tampoco, entonces, se puede entender que el disenso sea expuesto como fuente de innovación en los términos en los que habitualmente se presupone. No hay correspondencia lógica entre innovación y creatividad y relaciones opositivas, sino entre innovación y creatividad y agencia. Que, por así decirlo, triunfe la desviación, no quiere necesariamente decir que haya habido

⁷⁰ Parsons hablaba de los mecanismos de control como “reacciones en el sistema” frente a la tolerancia, que obran “en el sentido de motivar a los actores para que abandonen su desviación y vuelvan a la conformidad” (Parsons, 1976:197). Pero añade que junto a ellos se dan también un margen de tolerancia que nos hablaría de que “junto a las prescripciones y prohibiciones existen también permisiones” y oportunidades alternativas de rol que muestran “que no existe un solo conjunto de expectativas de rol al que deba sujetarse todo individuo que parte de un determinado punto de status” (Parsons, 1976: 223-224).

2. Dimensiones metateóricas

producción de algo nuevo, sino que bien puede tratarse del dominio de nuevo grupo o subgrupo social.

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	COMPETENCIA	CONTRADICCIÓN
DEFINICIONES	DISEÑO	INCOHERENCIA

Cuadro 1. **RELACIONES OPOSITIVAS**

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	COOPERACIÓN	CONSISTENCIA
DEFINICIONES	CONSENSO	COHERENCIA

Cuadro 2. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS**

2.5. Primera aproximación analítica a la globalización

2.5.1. Cooperación y competencia

A. Las figuraciones planetarias vistas como asociaciones

Ya comentamos en la introducción de este trabajo que consideramos imprescindible reconocer como las dimensiones metateóricas, o los conceptos teóricos en general, con los que nos enfrentamos al análisis a un fenómeno son parte indisoluble de su constitución como tal objeto de estudio, y lo ejemplificamos con las distintas posibilidades abiertas para entender la globalización de diversas maneras. En ese momento, sin embargo, nos limitamos a aplicar algunas de las dimensiones metateóricas más relevantes. Ahora que hemos definido nuestra propia posición al respecto, tenemos que reubicar los temas de debate en nuestro esquema, antes de poder continuar con el análisis que guía nuestro objetivo de plantear una crítica conceptual del conflicto. Esta será, no obstante, una tarea especialmente compleja al haber adoptado, al menos, una dimensión muy poco habitual, la que se refiere a la distinción entre sanciones y definiciones. En consecuencia, el encajamiento de los problemas a los que se ha referido habitualmente la teoría sociológica de la globalización resultará inevitablemente algo forzado. Esperamos, a pesar de ello, que el

2. Dimensiones metateóricas

relacionamiento de unos con otros sea lo suficientemente inteligible como para permitir en los capítulos siguientes proceder con nuestra rearticulación teórica de las relaciones opositivas y no-opositivas. Queríamos, por ello, antes de proceder, reconocer este escollo que nos encontramos y que confiamos en superar, en lugar de meramente obviarlo.

Como la dimensión estructura-agencia que nosotros adoptamos sí que es una de esas dicotomías institucionalizadas en el pensamiento sociológico, podemos recoger ahora lo que ya mencionamos sobre cómo una perspectiva agencialista tendería a centrar su atención en las interacciones entre los agentes que tienen ahora lugar a escala planetaria. La definición de la globalización en términos de alargamiento de las relaciones sociales es, de hecho, una de las más frecuentes y suele ir acompañada del énfasis en el aumento de la interdependencia, y a una revitalización del pensamiento –de forma más o menos directa- en torno al clásico de “las consecuencias no intencionadas de la acción”. Comparado con otros planteamientos, este enfoque es, sin embargo, quizá uno de los más resbaladizos, por cuanto supone una diferenciación del fenómeno más de grado que a través de un salto cualitativo. Así, los autores que siguen en esta dirección a menudo se ven en la necesidad de proponer una escala que permita algún tipo de cuantificación para investigar el grado real de globalización.

Indudablemente, cualquiera que sea el enfoque utilizado, para cualquier modelo explicativo es ineludible dar cuenta del incremento y densificación de las relaciones por encima y a través de los Estados, considerando no sólo las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías de la comunicación y el transporte, sino también por diversas transformaciones institucionales. En nuestros términos, podríamos decir que este aspecto del debate en la globalización se refiere al surgimiento de una figuración planetaria, pasando de una relación compleja -en tanto que relación de relaciones- a una figuración compleja -en tanto que figuraciones relacionadas-. Pero hay que ser cuidadosos en este camino, para no pensar en esta figuración planetaria como englobando todas las figuraciones pre-existentes, pues esto sería no prestar atención a la cantidad de relaciones que han quedado obsoletas en esta nueva figuración y que han tendido a desaparecer. Nuestra figuración compleja no sería simplemente una “suma”, sino que se compone también de muchas “restas”.

Igualmente, es importante no dejarse arrastrar, como ya comentáramos respecto a la formulación de la distinción entre integración social y sistémica en Giddens, por una comprensión de esta figuración donde las relaciones distanciadas se interpreten como relaciones “no corpóreas”, sino atendiendo a los agentes que sirven de vinculación y que forman parte de esas relaciones. En este sentido, los medios de comunicación y transporte no son meros “medios”, sino agentes tan

2. Dimensiones metateóricas

determinantes como cualquier otro de la forma que tome en cada momento esta figuración. Aún más, es relevante tener en cuenta que la globalización afecta igualmente a las relaciones de máxima co-presencia y que cubren las menores distancia espacio-temporales y que, frecuentemente, las más distanciadas no son posibles sino como una concatenación de éstas.

Pero las relaciones de cooperación y competencia no tienen lugar sólo en una figuración -aunque sea una mega-figuración- sino, más específicamente, en la dimensión asociativa de esta. Esto, sin embargo, no parece trastornar mucho lo dicho hasta ahora, y ello se debe a que este tipo de debates en torno a la formación de una red global de relaciones, habitualmente se refiere a esta dimensión de las sanciones, tal y como nosotros la definimos, esto es, en el sentido del reposicionamiento del agente y la consecuente reformulación de sus alternativas. No se trata meramente de que se pueda viajar más rápido que nunca o comunicarse en tiempo real con el otro extremo del planeta, se trata más bien de que eso nos modifica completamente como agentes pues cambia radicalmente, cualitativa y cuantitativamente, las sanciones -positivas y negativas- que enfrentamos y por ello afecta -más o menos directamente- también a las relaciones más próximas y a las relaciones preexistentes. Este es, sin duda, uno de los mejores ejemplos posibles de que son las relaciones que establecen las que constituyen a los agentes.

B. Las luchas globales y su ilegibilidad

Directamente relacionado con este nuevo entramado casi inconmensurable de relaciones en el que nos desenvolvemos, está el renovado protagonismo de la investigación de las consecuencias no deseadas de la acción y la fuerza de las propuestas en torno a la hiper-complejidad. Si se focaliza el análisis en la agencia intencional y reflexiva se hace evidente que los agentes tienen cada vez menos capacidad para controlar los efectos que producen sus acciones. El escenario que tienen que contemplar es demasiado vasto como para que el cálculo de factores tenga una probabilidad de éxito razonable. Aún más, en la mayor parte de los casos, ni siquiera los investigadores especializados pueden encontrar sencilla la definición del conjunto de relaciones que se debe tener en cuenta.

Esta imposibilidad de determinar certeramente la perturbación que los cambios de un sólo elemento puede introducir en el conjunto, ha sido elaborada dentro de las teorías de los sistemas hiper-complejos, pero esta línea de investigación ha sido explotada con éxito también dentro de las investigaciones en torno al riesgo. La dificultad de hablar de sociedades de riesgo en formas

2. Dimensiones metateóricas

distintas a la “sociedad de riesgo global” se debe a que estos riesgos que afrontamos nos conectan a través de relaciones de las que la mayor parte de las veces no somos capaces de dar cuenta a priori. Aunque esta interconexión planetaria es evidente al nivel de los riesgos ecológicos por la unidad biológica de la Tierra, y este ámbito es el protagonista en muchos casos, los autores se han esforzado por demostrar su potencial generalización a otros.

Esta es una línea de debate importante en este ámbito de la globalización que intentamos acotar, pero se podría decir que no es, de momento, sino una descripción del escenario que confrontan los agentes reflexivos. Para hablar de cooperación y competencia debemos ir más allá y dejar de tratar a los agentes no intencionales como “factores” y tomar nota de las diferencias que introducen. Sólo así se puede dar cuenta de una manera efectiva de qué nuevos “juegos de suma cero” y “juegos de suma positiva” se están entablando en esta figuración planetaria, pues nuestros agentes reflexivos, en la mayoría de los casos, sólo por medio de su relación con estos otros son capaces de ganar cierta inteligibilidad de su posición en ese inmenso entramado.

Es por esta razón que nos interesa ubicar aquí no sólo cuestiones relacionadas con los usos sociales de la tecnología, sino también otros problemas que habitualmente se ubicarían bajo el epígrafe de “globalización cultural”, como son las tendencias homogeneizantes que predominan en la esfera del consumo global y el papel jugado por los “medios de comunicación”. Evidentemente, estos fenómenos -como cualquier otro- son susceptibles de ser analizados bajo la dimensión de las definiciones y, sin duda, aportarían elementos fundamentales para la reflexión bajo esa perspectiva, pero son también parte de los fenómenos a los que nos referimos aquí, en la medida en que se refieren a agentes que alteran de forma contundente, aún cuando parezca que de manera trivial, el espectro de sanciones que amenazan -o alientan- a otros agentes.

Pero, probablemente, el gran punto de debate en torno a estos reposicionamientos de la agencia en una figuración planetaria tienen que ver con la ubicación de las grandes líneas de enfrentamiento y producción de desigualdades. En la perspectiva de figuraciones asociativas, se trataría de delinear los límites de los colectivos “solidarios” -recordando el sentido en el que usamos este concepto de solidaridad, como relacionado con la una distribución relativamente estabilizada de las sanciones en un colectivo-. En términos muy abstractos se podría destacar dos posiciones principales que, básicamente, se pueden hacer corresponder con los tipos de globófilos y globófobos de los que ya habláramos. Por un lado, algunos autores tienden a enfatizar que nuestra nueva figuración mundial hace que el número de alternativas abierto a cada agente se amplifique. Llevándolo al extremo, por así decirlo, el mundo globalizado es un mundo sin perdedores porque

2. Dimensiones metateóricas

todos tienen algo que ganar. Un número prácticamente infinito de relaciones posibles supone un potencial también prácticamente infinito de fortalecimiento al alcance de cualquier agente.

Por otro lado, otros autores -la mayoría- se ocupan de mostrar que estos cantos de alabanza a la globalización tienen poco sustento en el análisis empírico y destacan la continuidad de las relaciones de desigualdad y de intereses enfrentados. Sin embargo, esta dista de ser una posición mínimamente homogénea y se puede, cuando menos, distinguir entre aquellos que defienden que las líneas de fractura pre-existentes -sean cuales sean éstas en opinión de cada autor- se mantienen básicamente inalteradas, y aquellos que proponen que los ejes de estratificación se han modificado y buscan nuevas fórmulas para explicar la desigualdad. Como es bien sabido, dentro del primer grupo los candidatos más exitosos fueron las clases -ahora, ¿o quizá siempre?- globales y los grupos de filiación étnica y cultural, y dentro del segundo lo fueron la movilidad y la capacidad de interconexión.

En realidad, como suele pasar cuando se hacen este tipo de abstracciones argumentales, la mayor parte de los autores se encuentran en medio de todas estas posiciones: se destaca las nuevas posibilidades de acción obtenidas por distintos grupos, pero subrayando que la magnitud de éstas varía de uno a otro, y recombinan los factores de estratificación tradicionales y los propios de este mundo global.

2.5.2. Consenso y disenso

A. Las figuraciones planetarias vistas como comunidades

Esta figuración compleja, sin embargo, no es susceptible de ser contemplada únicamente desde el punto de vista de la asociación, sino, como se puede suponer, también como comunidad, y es en este marco en el que podemos contemplar las dinámicas de las relaciones de consenso y disenso. Habitualmente, la apuesta por definir la globalización en términos de alargamiento de las relaciones y de aumento de la cadena de interacciones se piensa en lo que acabamos de describir como figuraciones asociativas. Se pone toda la atención en cómo unos agentes afectan a otros y en cómo nuestra vida está condicionada por acciones lejanas de las que ni siquiera somos conscientes. Por el contrario, lo que nosotros entendemos como consenso y disenso, se asocia a prácticas culturales y parece que el tema prioritario es su “mezcla”. Lo que hay que explicar ahora es qué

2. Dimensiones metateóricas

hace un turco que vive en Alemania practicando capoeira, o por qué un mexicano que trabaja en Reino Unido aprende aikido.

Aunque en orden a conseguir una cierta congruencia con los debates asentados hemos aceptado antes una asimilación del concepto de cultura a la dimensión de la significaciones, hay muchos momentos en que esta asimilación llega a sus límites y este es uno de ellos. Es confuso remitir esta “mezcla”, y con ella los conceptos de heterogeneidad y homogeneidad, a algo que se identifica como “prácticas culturales”, como si no hubiera una “mezcla” descomunal en la concatenación de afectaciones recíprocas que hace que una fruta cultivada en el otro extremo del planeta llegue a nuestras manos o que un caso de corrupción aliente la crisis económica en otro punto remoto del mundo. No hay nada en esa idea de lo “mezclado” que le asocie más directamente con lo simbólico, ni con lo cultural, ni tampoco con nuestra dimensión de definiciones. Por la misma razón, no hay nada en la idea de la concatenación, de la sucesión de acciones, que establezca una correspondencia más efectiva con lo material, ni con lo económico/político/tecnológico, ni tampoco con nuestra dimensión de sanciones.

Como especificamos al definir las relaciones de consenso y disenso, lo que nos interesa en esta línea son las identificaciones recíprocas y estas tienen lugar en relación con todo tipo de prácticas y no únicamente las que entendemos por culturales. Igual que el aprendizaje de un arte marcial, sea cual sea su procedencia, abre un campo nuevo de alternativas que transforman el posicionamiento de un agente -de manera que, por ejemplo, el apuntarse a clases de karate le pone en relación con otros agentes determinados, le lleva a interesarte por la gastronomía japonesa y hace que se vuelvas cliente habitual de un restaurante ubicado en una zona de la ciudad que no solías visitar y que unos años después decida hacer un viaje a Japón-, las relaciones que estableces en la empresa de outsourcing de recursos humanos donde acaban de contratarle como becario, le adentra en un nuevo mapa de identificaciones que puedes aceptar o resistir -al tiempo que su incorporación hace lo propio para otros agentes, desde el punto de vista de su jefe, por ejemplo-. De lo que se trata aquí, entonces, es de seguir el rastro de esta dimensión de las relaciones cuando estas se integran en un entramado que abarca el conjunto del planeta. Y este tipo de análisis es tan parte del proceso de alargamiento de las relaciones sociales como lo es la anterior.

La cuestión es, en este sentido, que nuestras identificaciones y la interpretación que hacemos de nuestro “lugar en el mundo” está ahora afectada por agentes remotos y esto, de nuevo, es parte de la configuración de nuestras relaciones más cercanas. Como siempre, queremos recordar que no debemos entender que en este ámbito sean más importantes, y mucho menos exclusivas, las

2. Dimensiones metateóricas

relaciones “simbólicas” o “humanas”. Nos sentamos frente a un ordenador conectado a Internet y nos convertimos en “cibernautas”; hablamos con un estudiante estadounidense que comparte nuestra preocupación por el medio ambiente y nos convertimos en “ecologistas”; y al día siguiente cuando intentamos convencer a un amigo de que es inaceptable que siga sin separar los residuos para reciclar, disputamos con él si somos unos “pesados” o “personas concienciadas”. Nuestra identidad, y con ella el sentido de las relaciones que nos unen a los demás, se pone en juego en todo tipo de interacciones y con la complejización de las figuraciones en las que nos insertamos, sufre una complejización paralela.

B. La imposibilidad del esperanto

De esta reflexión surge inmediatamente un primer punto de debate: ¿por qué la literatura sobre globalización se ha centrado prioritariamente en unas identidades y no en otras? Evidentemente, tiene un peso indiscutible la asociación de lo identitario con “lo cultural”, que sin duda es pertinente, pero que se extravía cuando el sentido en el que entendemos esto es especialmente restringido o cuando reusamos ampliar el nudo de asociaciones conceptuales. Pero, yendo más allá, cabe pensar en si no habrá habido transformaciones sociales que justifiquen este nuevo énfasis en la mezcla de prácticas culturales, en su concepción más restrictiva en tanto que referida al arte, la gastronomía, la moda y temáticas emparentadas con lo que habitualmente se engloba bajo el epígrafe “estilos de vida”.

La pregunta es importante puesto que no es tan lejano el tiempo en el que se consideraban las subjetividades formadas en torno al trabajo o la membresía política como piezas fundamentales del puzzle identitario. Las identidades de “género” y orientación sexual están indiscutiblemente de actualidad, especialmente si medimos su presencia en los debates públicos en comparación con otras épocas, por otra parte. ¿Se debe entender que estas quedan fuera del primer plano por qué no se ven sustancialmente modificadas por la globalización? Parece haber muestras suficientes de que esto no es así, sirvan de ejemplo las polémicas que desata en Occidente el uso del velo por parte de las mujeres musulmanas, o la fácil conexión de la preocupación por el desempleo en relación con las dinámicas económicas globales. Los trabajos clásicos que nos han concienciado sobre el impacto en las identidades de la precarización del trabajo o las críticas de algunas autoras a la neutralización del género en los análisis sobre la globalización pueden tomarse como punta de lanza

2. Dimensiones metateóricas

para nuestra propuesta de ampliar este ámbito de análisis más allá de las prácticas culturales, tal y como se conciben con cierta frecuencia.

El segundo punto de debate, más directamente vinculado a esas discusiones sobre el eclecticismo que atraviesan nuestras prácticas culturales giraría en torno a la pregunta más directa de si la globalización está contribuyendo a que aumenten las relaciones de consenso o las de disenso. Como siempre, las connotaciones normativas del concepto de conflicto acercan este debate al existente entre defensores y críticos de la globalización. Generalizando los argumentos, algunos autores defienden que las interacciones continuadas entre agentes socializados en culturas diferentes, está favoreciendo una amalgama positiva de tradiciones, que hace que el entendimiento entre ellas crezca y aumente el consenso en torno a cuestiones de vital importancia. Un ejemplo destacado desde este punto de vista sería, por ejemplo, la extensión de los derechos humanos -rechazando, por supuesto, la interpretación de éstos como una mera imposición occidental-. Otros autores, por su parte, defienden una descripción del fenómeno según la cual predominarían las relaciones de disenso. El consenso, en una figuración a escala planetaria, sería sólo un ideal, irrealizable en la práctica. El argumento sería que las culturas son resistentes a la “mezcla” o que esta es sólo muy superficial, y que nadie está dispuesto a ceder posiciones.

Este debate, se enriquece, sin embargo, cuando se tiene en cuenta que las identificaciones en juego no son meramente culturales, sino también políticas y económicas. Así, unos defienden que la mayor parte del mundo se rige ahora por las mismas reglas en el ámbito de la economía, por ejemplo, mientras que otros subrayan como el “imperialismo del neoliberalismo” es ampliamente contestado desde numerosos grupos sociales, y subrayan la conexión de las discriminaciones políticas y económicas con las discriminaciones étnicas, religiosas y culturales. Incluso cuando se admite la existencia de ese rechazo a las definiciones dominantes del juego político y económico, aún se atisba la globofilia en aquellos que tienden a verlas en términos de “desviaciones” y falta de adaptación, frente a la globofobia de aquellos que las interpretan como resistencia a la injusticia.

Como en el caso de las relaciones de competencia y cooperación, esta abstracción representa a un número limitado de propuestas teóricas concretas y lo más habitual es el reconocimiento de que las dinámicas de creación de consenso y disenso son dos partes fundamentales. Por ejemplo, incluso en el panorama más desolador de absoluto enfrentamiento cultural, siempre hay que suponer la capacidad de los grupos para reforzar el consenso en su interior. Ciertamente, un grado de amalgamamiento positivo y de construcción de nuevos acuerdos es igualmente difícil de negar, como lo es la existencia de una resistencia significativa a lo que se percibe como imposición de las

2. Dimensiones metateóricas

identificaciones de los grupos dominantes de la globalización -los occidentales, los estadounidenses, la nueva burguesía global, los hombres, los heterosexuales, etc.-.

2.5.3. Consistencia y contradicción

A. Las instituciones planetarias vistas como asociaciones

Si hasta ahora nos hemos ocupado de los debates encuadrables en el marco de las perspectivas agencialistas, en esta y la próxima sección lo haremos desde las perspectivas estructuralistas. Ya comentamos cuando definíamos la globalización en la introducción tal cual tendería a hacerse desde este tipo de enfoque, que ésta sería proclive a ser construida en torno a la capacidad de explicar las pautas de comportamiento de los agentes a lo largo y ancho del globo en base a una única estructura o conjunto de estructuras. Esta es la clase de presupuesto que sustenta las teorías de la globalización en términos de sistema mundial. Siguiendo nuestra terminología, que excluye por completo el término de sistema, hablaremos de instituciones planetarias para referirnos a ese entramado estructural que alcanza dimensión global. Igual que decíamos de la figuración planetaria que sería una suerte de figuración compleja, estas instituciones planetarias serían pensables también como instituciones complejas -como conjunto de conjuntos de conjuntos de reglas-. Sin embargo, es lógicamente posible -aunque poco probable que encuentre refrendo empírico- concebirlas como instituciones simples, en tanto que conjunto de estructuras, con el único añadido de una extensión máxima.

Hay dos cuestiones relevantes que abordar respecto a estas instituciones globales para clarificar el enmarcamiento de debates que haremos en este ámbito. La primera se refiere a esa fórmula inicial que utilizamos y se refiere sencillamente al plural. Dejamos de lado la posibilidad de que se pueda hablar de una sola estructura, cuya veracidad tendría que pasar una comprobación empírica, pero cuya inverosimilitud invita al rechazo inmediato. Aún así, nos queda la cuestión de si es suficiente con hablar de una institución o de diversas instituciones. A pesar de que esta no es, en absoluto, una cuestión baladí en el plano teórico, nosotros vamos a hacer una apuesta eminentemente pragmática al respecto. Por un lado, aunque es muy frecuente que las teorías que trabajan con uno u otro modelo de sistema global presupongan tal grado de integración entre sus diversos subsistemas como para utilizar el singular, como lo hacían el funcionalismo y el marxismo clásico, es indudable el peligro de caer en el apriorismo del imperativo de compatibilidad al que ya

2. Dimensiones metateóricas

nos referimos con anterioridad y que tratamos de desechar. Por otro, dar por sentado que es posible hablar de instituciones en plural, implica concederles, de forma igualmente apriorística, un grado de autonomía que parece que los análisis concretos no podrían respaldar. Sin embargo, nos decantaremos hacia el uso del plural, para facilitar el enlace con las investigaciones que frecuentemente se ven en la obligación de “trocear” los fenómenos, en la globalización como en cualquier otro ámbito, y que se refieren con frecuencia, por ejemplo, al capitalismo o el sistema político como entramados estructurales discretos, y haremos del grado de integración institucional un punto del análisis.

La segunda cuestión se refiere a nuestro recurrente problema para diferenciar nuestras demarcaciones de las operadas por la más convencional distinción entre material y simbólico. Nuestra misma referencia al capitalismo y al sistema político como ejemplos de instituciones parecen situarnos en esta dirección. Y, de hecho, es una parte fundamental de los debates en torno a la globalización la referencia a las relaciones entre ellos y, sin duda, uno de los temas con mayor protagonismo, como lo viene siendo en la teoría sociológica clásica desde Marx y Weber y sus análisis de la interacción entre mercado y Estado. En la medida en que este debate se ha centrado en buena medida en lo que en nuestros términos se puede considerar la dimensión asociativa de ambas instituciones, esto es, las relaciones de contradicción y consistencia, este sería seguramente el marco más adecuado para recogerlos, y así lo haremos en lo fundamental. No obstante, es crucial introducir dos matizaciones. La primera es que no podemos considerar que el tema de la relación mercado-Estado quede completamente agotado en este punto, y lo trataremos también, aunque quizá más marginalmente, en cuanto a la dimensión de las definiciones. La segunda es que, aunque igualmente parezcan cuerpos extraños, aquí se deben recoger también los aspectos fundamentales de la distribución de sanciones implícita en instituciones “culturales”, como el arte o la ciencia.

Es importante concretar que lo que tratamos es de ver si la globalización de las instituciones -de cualquiera de ellas- tiene un impacto significativo en las relaciones de contradicción y consistencia que las constituyen y de determinar hasta qué punto estas instituciones planetarias se pueden considerar, en conjunto, como fundamentalmente contradictorias y consistentes, con las implicaciones que esto pueda tener para analizar las relaciones entre ellas pero, sobre todo, en cuáles de ellas se encontrará mayor grado de tensión estructural y cuáles, por tanto, serán más propensas a “producir” crisis.

B. Los motores de la globalización

2. Dimensiones metateóricas

Como ya adelantábamos, la extensión del capitalismo a, prácticamente, la totalidad del planeta, y el cuestionamiento del carácter plenamente soberano de los Estados-nación, son, probablemente, los temas estrella en el corpus de obras sobre globalización. Se podría decir que el debate, en este nivel, se ubica, fundamentalmente, entre “escépticos” y “creyentes”. Por una parte, a pesar de la aparente evidencia de que la caída del Muro de Berlín ponía fin a la partición del mundo entre dos sistemas económicos, no han faltado los autores que cuestionen que se pueda hablar de una auténtica globalización económica. Por una lado, las objeciones han sido “geográficas”: un alto grado de integración económica, medido en términos de comercio internacional, IED, etc., sólo existe en referencia a conjuntos de países, por lo que se ha argumentado que era más ajustado a la realidad hablar de “regionalización” que de globalización. Por otro lado, ha habido también objeciones “históricas”: se arguye que el nivel de integración económica no es significativamente superior desde la última década del siglo XX al existente tras la II Guerra Mundial o, en otras versiones, al de la época de la *pax britannica*. En el fondo del debate queda siempre el posicionamiento frente a la vieja premisa marxiana de que el capitalismo está intrínsecamente orientado a la globalidad, y en qué medida se puede hablar de “capitalismos nacionales”.

Por otra parte, en lo referente al declive del Estado-nación, se ha cuestionado que los pilares de esta interpretación de las transformaciones que ha experimentando -tanto la integración en organismos supranacionales, como el creciente peso político de los organismos infranacionales, así como el surgimiento de corrientes de opinión pública globales o el imperio del neoliberalismo- se puedan entender como un debilitamiento. Bien se enfatiza el papel activo que los propios estados han tenido en estas dinámicas, o bien se argumenta que su alcance no es tan significativo como defienden los “creyentes”. Llevado al extremo, lo que se pone en tela de juicio es hasta qué punto es pertinente -y tampoco faltan quienes digan que no lo ha sido nunca- seguir centrando el análisis político en el sistema interestatal y hasta qué punto ha sido éste vaciado de poder.

En cualquier caso, en nuestros términos, lo que aquí se plantea, y es ineludible, es el tipo de relaciones que estas instituciones centrales de la modernidad occidental han entablado con otros tipos de estructuras, digamos “políticas” y “económicas”, y en qué medida se han producido ajustes entre ellas o una mera expansión de unas a costa de otras. Pero el capitalismo internacionalizado y la continuidad de la soberanía estatal son protagonistas no sólo como temas separados, sino fundamentalmente en su interrelación. Aunque nosotros lo rechazamos, para las líneas de pensamiento que argumentan la dependencia del conflicto de las contradicciones estructurales, la

2. Dimensiones metateóricas

dinámica de esta interrelación cobra una importancia fundamental, pues ven girar en torno a ella la configuración del eje de desigualdades, sobre todo en términos de clase. La pregunta central desde este punto de vista, y tratando ya de ir haciendo una formulación que aproxime este punto de debate a nuestro enfoque, sería ¿están capacitados los Estado-nación actuales para contener las desigualdades generadas por el capitalismo internacional? La pregunta, por supuesto, se refiere tanto a la dimensión internacional de las desigualdades como a la intranacional, y tiene que ver tanto con el cuestionamiento de los Estados del Bienestar occidentales como con la regulación internacional del comercio y la división del trabajo mundial.

La respuesta a la pregunta planteada arriba es con mucha frecuencia negativa y esto nos lleva directamente a la última cuestión, referente al predominio de unas u otras instituciones, relacionada a su vez con la pregunta en torno a cuál de ellas es el principal motor de la globalización. Esta pregunta es algo confusa, puesto que no implica lógicamente una respuesta estructural y, de hecho, nos remite al debate de “globalización por arriba” vs. “globalización por abajo”, es decir, lleva a una cuestión anterior: ¿hay que localizar la globalización en la tendencia a la mundialización de determinadas instituciones o es mejor comprendida como el producto de la circulación mundial de los agentes? Este es el dilema que planteábamos en la introducción del trabajo bajo el eje micro-macro.

Pero en esta demarcación de ámbitos, a lo que nos referimos más directamente es a la cuestión de la prioridad de unas estructuras sobre otras. Podríamos hablar, una vez más, de dos posiciones básicas, que en esta ocasión se podrían ver como enfrentando a las posiciones economicistas y no-economicistas. Las primeras, para nada marginales en el área de estudio de la globalización, apuestan decididamente por el capitalismo como principal fuerza de unificación mundial y hacen depender la evolución de las demás instituciones de las dinámicas de aquél. Las segundas, engloban distintas argumentaciones que sólo tienen en común rechazar la definición de la globalización bajo los términos de la mundialización del capitalismo, enfatizando la influencia de la extensión de instituciones culturales como la ciencia y, normalmente, haciendo especial hincapié en el declive del sistema interestatal como eje de estructuración de las relaciones globales. Una posición intermedia la definen quienes ven en la invasión de la institución del capitalismo en las esferas hasta entonces relativamente autónomas de la política y la cultura el rasgo definitorio de la globalización. Lo que distingue a esta posición del economicismo estricto es el explicar la hegemonía de la esfera económica como fenómeno empírico en lugar de plantearla de forma axiomática.

2. Dimensiones metateóricas

En resumen, de lo que se trata en esta perspectiva es de las re-evaluaciones posibles de las relaciones estructurales de las que se componen las instituciones bajo su nueva forma global. Como se deja intuir, bajo la aparente discrepancia de posiciones, la mayoría de los autores apuestan por describir el capitalismo global como una institución con un grado importante de consistencia y, en este sentido, potente, frente al sistema inter-estatal que se ve como atravesado por profundas contradicciones que llevan a una situación de crisis y, para muchos, de reordenación de las estructuras políticas. Incluso las crisis económicas, como la actual, se interpretan como deficiencias de funcionamiento de las instituciones políticas. Respecto a las instituciones culturales -cuyo análisis ya dijimos que consideramos oportuno incluir, parcialmente al menos- las posturas son más diversas. Habitualmente, quienes le otorgan una mayor consistencia, lo hacen entendiendo que ésta es producto de la hegemonía cultural occidental, siendo menos quienes consideran que se debe a una integración relativamente aproblemática de instituciones culturales diversas. Quienes prestan más atención a la amalgama de conjuntos de reglas de diversos orígenes, suelen enfatizar, al contrario, las nuevas contradicciones que surgen en su seno. Es importante notar que esta influencia de “conjuntos de reglas de diversos orígenes” no se refiere en muchos casos a “tradiciones culturales diversas”, sino a reglas provenientes de otros ámbitos, el económico principalmente.

2.5.4. Coherencia-incoherencia

A. Las instituciones planetarias vistas como comunidades

A la hora de abordar el análisis de las instituciones globales en tanto que comunidades, nos encontramos con la necesidad de recordar algunas delimitaciones que ya hemos comentado para los otros ámbitos. En primer lugar, de igual manera que hemos puntualizado que el estudio de las contradicciones, en nuestros términos, no se refiere específicamente al estudio de las nuevas líneas de “división” de grupos sociales enfrentados, tenemos que precisar que tampoco el análisis de las relaciones de coherencia-incoherencia se debe entender como marcando los “límites” del consenso entre distintos colectivos. El problema de la incoherencia, como ya expusimos al definirlo, no es el mismo que el del disenso. La cuestión aquí, entonces, sería la de que en medida la globalización de las instituciones supone alteraciones de las mismas y de la proporción de relaciones de coherencia e incoherencia que albergan. ¿Surgen nuevas fuentes de tensión en las instituciones como consecuencia de su extensión planetaria?

2. Dimensiones metateóricas

En segundo lugar, siempre hemos de recordar, pues es crucial, que no se debe entender que nos referimos a las que habitualmente se pueden considerar “instituciones culturales”. Del mismo modo que entendemos que estas son susceptibles de ser analizadas en tanto que asociaciones, el capitalismo y el sistema interestatal, por ejemplo, pueden ser considerados desde el punto de vista de las comunidades. De lo que se trata, sea cual sea la institución que analicemos, es de si las definiciones de los elementos que se recombinan a través de sus reglas son o no congruentes, o provocan entorpecimientos mutuos. De hecho, como sostuvimos en el apartado anterior, buena parte de los problemas que habitualmente se señalan al investigar las nuevas relaciones entre mercado y Estado, tienen que ver con esta dimensión, con las definiciones de trabajador, inempleable, consumidor, ciudadano, etc. No todas las dificultades para la reproducción institucional en la esfera política y económica son achacables a la distribución de sanciones que prescriben las reglas que las conforman sino, en buena parte, a las definiciones con las que operan y las incongruencias que éstas generan en diversos puntos.

Hecha esta importante puntualización, sin embargo, en orden a ajustarnos lo más posible a la estructura que convencionalmente han adoptado los estudios del área que nos ocupa, debemos aceptar una especial referencia a las instituciones culturales, teniendo siempre presente una concepción amplia de estas, que incluyera no sólo, la institución cultural del arte -ya se considere como englobando el arte culto y popular o si preferimos conceptualizar ambas separadamente-, sino también instituciones centrales como la religión, la ciencia, la filosofía, el derecho, etc. Como en la delimitación del ámbito de análisis de las instituciones en tanto que asociaciones, preferimos mantenernos por el momento en un cierto agnosticismo respecto al grado en que se pueda considerar que estas distintas instituciones conforman un todo integrado, aunque manteniendo siempre las reservas ante la posibilidad considerarlas como completamente autónomas que, ya intuitivamente, parece poso sostenible.

En tercer y último lugar, y aún en relación con la posible confusión entre la dimensión de definiciones y la conceptualización tradicional de lo simbólico, es preciso insistir en que hablar de identificaciones -ya sean coherentes o incoherentes- no implica en ningún momento dejar de referirse a objetos físicos. Y en ese sentido, es especialmente pertinente recordar también, que si los objetos son parte de las instituciones, no lo son en el mero sentido de “recursos”, aunque el peligro de tratarlos como tales es siempre mayor cuando nos referimos a instituciones susceptibles de ser consideradas como ocupadas en la “reproducción material” de la sociedad. En tanto que portadores de múltiples significados, los objetos son ubicaciones de incongruencias tanto como cualquier otro

2. Dimensiones metateóricas

elemento. Esta matización es importante porque no es por completo ajeno al problema del aumento o disminución de las relaciones de incoherencia en las instituciones en tanto devienen planetarias, el hecho de que operan una importante cantidad de redefiniciones sobre los portadores de significado -identificados antes bajo estructuras diferentes- y este proceso no puede verse como restringido a las nuevas identidades otorgadas a los seres humanos.

B. Los encuentros entre culturas

La primera cuestión que surge en este ámbito, al igual que al ocuparnos de las instituciones planetarias como asociaciones, es el enfrentamiento entre escépticos y creyentes. En el nivel más abstracto, ¿habitamos todos el mismo mundo de la vida? ¿Se puede decir que compartamos una misma cultura, si quiera parcialmente? La existencia de algo similar a una cultura global es un punto bastante contestado. Ciertos autores ven en la extensión de la cultura de consumo occidental, o más específicamente norteamericana, la base de una unificación cultural a nivel mundial. Otros apuntan en la dirección de la cultura cosmopolita producida en los sectores de mayor intercambio cultural -ya sea otorgándole connotaciones de cultura elitista o no- como una suerte de tal cultura global en tanto que de extensión planetaria, pero en absoluto como global en tanto que incluyendo al conjunto de los agentes que habitamos la Tierra. Aún otros, ponen radicalmente en cuestión la existencia de una cultura completamente desligada de las culturas nacionales y otras subculturas previamente existentes, que filtrarían y, en consecuencia, deshomogeneizarían esas semillas de cultura global. Creemos, sin embargo, que en nuestros términos, es decir, refiriéndonos a instituciones concretas, esta cuestión es más sencilla de plantear: mientras que, por ejemplo, la ciencia y el arte culto son instituciones altamente globalizadas, difícilmente se puede decir lo mismo de la ética, en ningún caso de la religión, y es aún dudoso en el caso de la filosofía, el derecho o el arte popular. También es útil pensar en la dimensión comunitaria de instituciones como el capitalismo, donde podemos ver que se puede hablar de una “cultura” bastante globalizada también.

No obstante, en la contraposición más general entre quienes defienden la existencia de una cultura global -aunque sea con el añadido del “relativamente”-, se puede hablar sin demasiados riesgo de una victoria de los escépticos, que ha llevado a desplazar el centro del debate a los que podríamos denominar como “los encuentros entre culturas”, etiqueta quizá en exceso simple, con la que aludiríamos a la proposición, menos exigente, de que las distintas instituciones culturales han

2. Dimensiones metateóricas

dejado de estar aisladas geográficamente, abriéndose la problemática al tipo de relaciones existentes entre ellas. La pregunta que se plantea, entonces, es cómo se transforman, cómo se ven afectadas estas al entrar en contacto directo con otras, al faltarles, por así decirlo, la protección frente al exterior que ofrecía la supuesta firmeza en la regulación de las fronteras por parte de los Estados.

Una primera posición defendería que en esta dinámica lo que se ha visto es, fundamentalmente, que una de las estructuras culturales tiende a imponerse y funcionar como regulador principal, de modo que las más débiles aparecen como resistiendo esa invasión. Un segundo camino apuesta como mejor descripción del proceso por un escenario en el que cada una de ellas sigue rigiendo en ámbitos limitados, pero con importantes zonas de solapamiento y fusión. Una tercera posibilidad, coincide con la anterior en suponer que cada una de ellas siguiera rigiendo en ámbitos limitados pero, en lugar de darse esas zonas de solapamiento, ven la coordinación como fruto del surgimiento de estructuras especializadas en la mediación (casi nos sentimos tentados de llamarlas “metaestructuras”). Pero aún habría una cuarta dirección, que casi habría que dejar al margen por prácticamente funcionar como límite negativo pero que, de hecho, es la seguida por bastantes autores: la posibilidad de que las estructuras culturales alcancen tal grado de incompatibilidad, o se las considere tan homogéneas y herméticas, que se relacionen unas con otras en términos de confrontación extrema o no se relacionen entre sí en absoluto.

Lógicamente, parece claro que la posibilidad de que haya una dinámica de extensión de las relaciones de incoherencia en el seno de cada institución cultural parece más viable en las opciones segunda y tercera, que dejan un espacio para la transformación como producto del contacto, mientras que la primera y última opción nos deja con una situación donde no hay alteraciones significativas. Sin embargo, consideramos que también en estas posiciones quedan posibilidades de cambio interno que alteren las relaciones de coherencia e incoherencia previas, puesto que el enfrentamiento con otras instituciones culturales deja espacio para que haya reconfiguraciones “de puertas hacia dentro”, independientemente de que esa confrontación tenga lugar en condiciones de mayor o menor equilibrio de fuerzas.

2.6. Conclusiones

2.6.1. La competencia no implica disenso

2. Dimensiones metateóricas

De la desagregación que hemos propuesto a lo largo del capítulo del conflicto en cuatro tipos analíticos distintos de relaciones -competencia, disenso, contradicción e incoherencia- se siguen, como conclusión, cuatro distinciones fundamentales que habitualmente no se hacen al analizar las relaciones de oposición y que creemos, sin embargo, que ayudan a definirlas más adecuadamente. Se trata, principalmente, de separar las definiciones que hacemos de las relaciones sociales en función de qué perspectiva estemos adoptando: agencialista o estructuralista, y centrada en las sanciones o en las definiciones.

La primera se refiere, así, a las relaciones opositivas que construimos a partir de la perspectiva de la agencia y sostenemos que es preciso distinguir, además, entre una conceptualización que parte de la distribución de sanciones y otra que lo hace desde el respaldo a las definiciones. Ambas son de igual importancia pero remiten a tipos distintos de “conflicto”. Mientras que la competencia se refiere, como dijimos, a “afectaciones recíprocas en las que algunos agentes reciben sanciones positivas y otros sanciones negativas”, el disenso lo hace a “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes no son respaldadas por todos ellos”.

Que de la una no se sigue el otro, se hace evidente por el simple hecho de que existen reglas, con sus consiguientes definiciones de los agentes, que prescriben la competencia entre ellos, como las que rigen una inmensa cantidad de juegos. La competencia, al contrario, requiere el consenso, y en este sentido es en el que decíamos que el entendimiento es la base del enfrentamiento. Esto no se debe tomar, no obstante, como una afirmación de una prioridad empírica de la una respecto a la otra, sino meramente lógica. Entre dos agentes pueden coexistir simultáneamente, y esto es frecuente, relaciones de competencia y relaciones de disenso. Sin embargo, eso no quiere decir que el disenso y la competencia se den en el plano de la misma relación, entendida como la relación regida por una única regla, y por ello es importante tener en mente que no se encuentran nunca relaciones aisladas, sino insertas en lo que hemos denominado figuraciones, es decir, relaciones de relaciones. Esta prioridad lógica explica una asimetría que surge entre ambos tipos: mientras que en la competencia el “vencido” es incapaz de impedir que se le otorguen sanciones negativas -o menores sanciones positivas-, en el disenso el “vencido” es incapaz de impedir ser objeto de una identificación de la que discrepa, lo que supone que el disenso se transforme en consenso -aunque desde el punto de vista de agentes capaces de comunicar sus reflexiones un observador pueda constatar que de hecho continua discrepando y esto no es, en absoluto, irrelevante de cara a relacionamientos posteriores bajo las mismas identificaciones con los mismos u otros agentes-. Esta reducción del disenso a consenso es el paso necesario para el reparto de sanciones. Esta “necesidad”

2. Dimensiones metateóricas

del consenso como requisito del reparto de sanciones parece bastante objetable intuitivamente de acuerdo a los muchos casos empíricos en los que éste se hace independientemente de que se consiga aquél, pero es importante notar que habitualmente éste tiene lugar en una relación consensual paralela.

2.6.2. La contradicción no implica competencia

La segunda distinción se refiere a dos tipos de relaciones distintos que hay que tener en cuenta cuando se contempla un fenómeno social desde el punto de vista de la distribución de sanciones. Las relaciones de oposición en un caso se verán desde el punto de vista estructural y en el otro desde el punto de vista agencial. Acabamos de recordar que la competencia se define como “afectaciones recíprocas en las que algunos agente reciben sanciones positivas y otros sanciones negativas”. Desde el punto de vista de la estructura, sin embargo, la definición de relaciones opositivas en el plano de la distribución de sanciones, las hemos denominado relaciones de contradicción, definidas como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a imposibilitar la operación de las otras”.

Aunque muchos autores aceptan la distinción entre ambos conceptos -aunque, por lo común, no hablan de competencia sino de “conflicto”-, aún establecen una relación de dependencia de la primera respecto de la segunda. Las contradicciones, entonces, se referirían a las reglas que marcan una divergencia de intereses y oportunidades de actuación para diversos colectivos, es decir, que marcarían los objetivos y las vías por las que discurriría el enfrentamiento entre ellos. Las discrepancias entre estos autores respecto a la existencia de un eje de fractura central y la ubicación del mismo, son relativamente poco importantes en comparación con esta asunción basal de una correspondencia inequívoca entre contradicción y competencia.

Cierto es que buena parte de estos autores aceptarían, sin embargo, el título de este epígrafe, a saber, que la contradicción no implica competencia. No obstante, sus razones para hacerlo difieren claramente de las nuestras. Ellos argumentarían que el “conflicto” puede permanecer latente por diversos factores pero, comúnmente, responsabilizarían de ello a la “ideología”. Nosotros, por el contrario, defendemos que de la contradicción no se deriva el conflicto, no como resultado del efecto de otras estructuras sobre los mismo agentes “objetivamente destinados” a enfrentarse, sino del hecho de que operan en planos analíticos distintos, de manera que uno no puede “influir” sobre el otro: la competencia es una relación entre agentes y la contradicción es una relación entre reglas.

2. Dimensiones metateóricas

Pero, ¿no sería posible trasladar entonces el concepto de contradicción al nivel de la agencia como una relación opositiva entre dos o más relaciones cooperativas? Nuestra respuesta es negativa, primero, porque, en nuestros términos, una relación de relaciones es una figuración, y es susceptible de ser descrita como competitiva o cooperativa en función de la extensión e intensidad de las mismas en su seno, sin requerir un concepto específico para ello; y, segundo, porque la contradicción no tiene que ver con que las reglas dicten la cooperación o la competencia, ni es en si misma una relación de competencia entre dos reglas -sea lo que fuere que tal cosa significara-, sino que describe una obstaculización de una por la otra y, llevado al extremo, lo que hace es impedir una relación sin producir necesariamente una nueva.

2.6.3. La incoherencia no implica disenso

La tercera distinción que se ha de tomar en cuenta se refiere al tipo de relaciones con las que nos enfrentamos en la dimensión de las definiciones, según se adopte la perspectiva agencialista o estructuralista. Desde el primer punto de vista, las relaciones opositivas son de disenso y, desde el segundo, son de incoherencia. Si las primeras las definimos como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes no son respaldadas por todo ellos” y las segundas como “relaciones entre reglas en las que las las definiciones de las relaciones de unas tienden a imposibilitar la operación de las otras”, vemos que nos enfrentamos a dos tipos de problemas distintos.

Sin embargo, al revés que en otros casos, en este es interesante reconocer la relación que puede existir entre incoherencia y disenso, por la mucha frecuencia con que éste se ha atribuido a deficiencias de socialización o a enfrentamiento entre agentes socializados en grupos sociales diferentes. Al contrario, es interesante señalar que el disenso puede ser producto también de identificaciones incongruentes sobre agentes, aun cuando estos pertenezcan al mismo colectivo y sin suponer que muestren algún tipo de incompetencia para alcanzar la interpretación públicamente aceptada de las reglas que rigen sus acciones. Esto no quiere decir que haya que excluir las otras posibilidades de producción de disenso sino, al revés, que se debe incluir también las “contradicciones culturales” como fuente del mismo.

De esto se deduce con claridad que no se puede deducir del disenso la incoherencia, pero también es importante señalar que, al revés, tampoco se puede presuponer que la incoherencia vaya a producir disenso, pues la ambivalencia que atraviesa a los agentes no necesariamente tiene que

2. Dimensiones metateóricas

expresarse como negación de las expectativas de aquellos con quienes se relacionan. Como en el caso de las relaciones de contradicción, la incoherencia se refiere a relaciones opositivas entre reglas, y no es crucial que ese agente socialmente incongruente consiga el consenso en las relaciones vinculadas de forma incoherente, sino el hecho de que una de ellas tiende a hacer que la otra sea imposible. En el otro lado, en este caso es cierto que, en tanto que el disenso se refiere a la capacidad de un agente para rechazar la identificación que otro quiere hacer de él, se puede entender que enfrenta dos reglas o dos interpretaciones de una regla, como consecuencia de lo cual se puede decir que una relación desaparece -y por eso se puede decir que la incoherencia produce disenso- pero lo fundamental es la posición en la relación que posibilita o no ese rechazo -y por eso no se puede decir que la incoherencia produce disenso necesariamente-.

2.6.4. La contradicción no implica incoherencia

Por último, la cuarta distinción ha de hacerse en el plano de la perspectiva estructural atendiendo a si se contempla la dimensión de las sanciones, en cuyo caso hablaríamos de relaciones de contradicción, o de las definiciones, en cuyo caso hablaríamos de relaciones de incoherencia. Recordaremos que las primeras eran “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a imposibilitar la operación de las otras”, mientras que la segundas las definíamos como “relaciones entre reglas en las que las las definiciones de las relaciones de unas tienden a imposibilitar la operación de las otras”.

Como en el caso de las relaciones de competencia y disenso, la diferenciación puede ser en este caso difícil, pues ¿no afirmamos que las definiciones tienen prioridad lógica sobre las sanciones y no dependen estas de ella? Parece complicado ver entonces en qué medida se puede entender la obstaculización de una regla por otra como responsabilidad de una incompatibilidad entre las definiciones o entre las sanciones, puesto que la una parecería implicar la otra. De hecho, la teoría marxiana se refiere a las contradicciones como ocurriendo entre la infra y la super-estructura, lo que parecería remitir -en nuestros términos- a las contradicciones como producto de incompatibilidades estructurales entre la distribución de sanciones y la de las definiciones. Sin embargo, ya hemos discutido reiteradamente tal identificación y sólo afirmaremos aquí que no puede entenderse que una regla aprobada socialmente proponga definiciones contradictorias en ningún sentido con las sanciones que prescribe. Al contrario, son las reglas las que dictan qué relación debe haber entre definiciones y sanciones y las incompatibilidades sólo pueden surgir entre

2. Dimensiones metateóricas

reglas. Es indiscutible, a pesar de ello, que, igual que desde la dimensión de la agencia las relaciones de competencia y las de disenso son habitualmente empíricamente simultáneas, las relaciones de contradicción y de incoherencia tienen también lugar en los fenómenos concretos al mismo tiempo. Pero esto no impide que se establezca una distinción analítica, y la clave de ella la pondremos en el hecho de que la contradicción puede ocurrir a pesar de definiciones iguales y la incoherencia a pesar de sanciones iguales.

3. La distinción conflicto-desintegración

3. La distinción conflicto-desintegración

3.1. Introducción

3.1.1. La simultaneidad: cambio histórico y cambio geográfico

Con ayuda de las dos dimensiones metateóricas, estructura-agencia y sanciones-definiciones, que añadimos a la de relaciones opositivas y no-opositivas, empezamos al final del capítulo anterior a desgarnar distintos ámbitos dentro del hiper-complejo fenómeno de la globalización. A pesar de que no pretendiéramos hacer un análisis exhaustivo de ninguno de ellos, incluso en el planteamiento de argumentos básicos se podía apreciar aún una enorme diversidad de cuestiones analíticamente diferentes. En este y los próximos capítulos trataremos de afrontar algunas nuevas distinciones que sigan produciendo nuevas delimitaciones para los problemas teóricos relacionados con la globalización, pero procederemos a la inversa en cuanto a su articulación con la crítica conceptual del conflicto. Si hasta ahora hemos trabajado aplicando a este área de estudio nuestra tipología de relaciones sociales construida, por su parte, en base a la teoría sociológica más general, ahora, a la inversa, comenzaremos intentando rellenar las lagunas que vamos creando en torno a la globalización y derivar de ello nuevas conclusiones respecto al conflicto.

El planteamiento en este y los próximos dos capítulos partirá de una de las características más abstractas de la globalización: su relación con la simultaneidad. De este concepto, preñado de implicaciones de gran profundidad para el fenómeno que estudiamos, destacaremos algunos puntos que nos parecen de especial interés y que creemos que conectan con problemas de relevancia. El primero de ellos, como apunta el título del epígrafe, tiene que ver con la alteración de la relación entre espacio y tiempo y lo que ello supone respecto al cambio social. Probablemente este sea uno de los lugares comunes más centrales en el imaginario de la globalización, el lema de “todos vivimos en el mismo mundo”. Está tan enraizado ya en nuestro sentido común que afirmarlo parece trivial y negarlo un sinsentido y, sin embargo, la obviedad de tal proposición es relativamente reciente. La reducción del mundo a la singularidad está lejos de ser dada o ni tan siquiera fácil de conseguir o mantener y, de hecho, está muy lejos de estar plenamente lograda. Sin embargo, su “empequeñecimiento” es, en cierto sentido, evidente. La clave, en nuestra opinión, está menos en una unificación completa, que en las sensaciones creadas por la rapidez del movimiento, o lo que es

3. La distinción conflicto-desintegración

lo mismo, la reducción de las distancias. Como explica Bauman, “la reducción del espacio entraña la abolición del paso del tiempo” (Bauman, 2001: 116), y Harvey (1995) acuñó con éxito la expresión “compresión espacio-tiempo” para sintetizar esta característica definitoria de la globalización. Es como si nada (o muy poco) nos separase ahora a los más de seis mil millones de habitantes de nuestro planeta, con todo el resto de animales, plantas, bacterias y nuestra inconmensurable colección de objetos. De repente es como si nos viéramos irremediabilmente “juntos”.

Esta potente imagen mental de este mundo pequeño e hiperpoblado, es la base de una de las metáforas más extendidas, la de “aldea global”. De hecho, el creador del término, Marshall McLuhan, no estaba pensando él mismo en algo muy distinto. La era de la electricidad era para él no una lenta explosión desde el centro hacia los márgenes, sino una implosión instantánea, una concentración que nos aúna de forma inmediata (McLuhan, 1966: 93). Las implicaciones de esta simultaneidad para nuestra concepción del cambio social son de gran calado. Como el mismo McLuhan expone, es como si la inmediatez y la instantaneidad, en cierto modo, terminaran con la secuencia sustituyéndola por la simultaneidad⁷¹. Probablemente sea mejor, sin embargo, dejar de momento en suspenso la atrevida afirmación de que “*the causes of things began to emerge to awareness again*” y la imagen de transparencia en la que desemboca la inmediatez en su propuesta.

También es importante destacar que no pretendemos hacer equivaler nuestra propuesta con un mero paso del “cambio histórico” al “cambio geográfico”, que nos lleva fácilmente a pensar en formulaciones del tipo “el fin de la historia”. Lo que nos importa hacer notar es que el fenómeno de la globalización nos exige que abandonemos los enfoques que abordan el cambio social como dinámicas enteramente endógenas, corriente siempre pujante en la sociología y no sólo entre quienes han recogido el legado del marxismo, sin que ello implique que este modelo deba ser enteramente negado. Significa, eso sí, una cierta toma de partido por lo que había sido el lado “derrotado” de las dimensiones espacio y tiempo en la disciplina, como una especie de venganza de la sociología comparativa frente a las teorías de la modernización, de la geografía frente a la historia o de la etnología frente a la genealogía.

⁷¹ “*That one thing follows another accounts for nothing. Nothing follows from following, except change. So the greatest of all reversals occurred with electricity, that ended sequence by making things instant. With instant speed the causes of things began to emerge to awareness again, as they had not done with things in sequence and in concatenation accordingly. Instead of asking which came first, the chicken or the egg, it suddenly seemed that a chicken was an egg's idea for getting more eggs.*” (McLuhan, 1966: 27).

3. La distinción conflicto-desintegración

Y, sin embargo, esto aún no es suficiente, porque no se trata sólo, como defendía Giddens en *La constitución de la sociedad*, de darle la importancia que se merecía a la dimensión espacial, en pie de igualdad con la dimensión temporal, sino de hacerla entrar en consideración en las mismas transformaciones sociales. No basta, por tanto, con estudiar qué hay en común entre la religiosidad de la Europa moderna y el totemismo de Papúa-Nueva Guinea, á la Durkheim, puesto que ahora tenemos a unos y otros viviendo puerta con puerta y lo que se nos impone son los cambios que experimentan precisamente a causa de esa vecindad. No se trata sólo de destacar la simultaneidad para hacer notar, como decía Debord décadas antes, que “con el desarrollo del capitalismo, el tiempo irreversible se ha unificado mundialmente” sino, más allá, de que en lugar de seguir reproduciendo el modelo de pensamiento que imagina el cambio a través de la temporalidad, identificándose lo eterno con lo idéntico, nos abramos también a pensar el cambio en la espacialidad. No es, entonces, cuestión de negar que, como afirma Castoriadis, es sólo en base a la radical otredad o creación que podemos pensar realmente sobre la temporalidad (Castoriadis, 1987: 184-185), sino de señalar que no hubo nunca un antes donde reinara la identidad, sino en virtud de la separación. El dominio del espacio sobre el tiempo, propio de la globalización, como explica Albrow, nos pone frente a una nueva concepción de la no-identidad basada en la co-presencia de lo históricamente diferente⁷².

3.1.2. La sociedad en movimiento

Una de las primeras consecuencias de recoger el concepto de la simultaneidad en nuestro análisis de la globalización es, entonces, poner en el centro del fenómeno el movimiento, conclusión enteramente opuesta al quietismo que parece connotar el término en el lenguaje ordinario, donde lo simultáneo es aquello “que se hace u ocurre al mismo tiempo que otra”, como visto en una fotografía -“instantánea”- que dejara una imagen congelada de lo que captura. Pero, ahora sí, el movimiento que recogemos no es el sólo el movimiento sobre una línea que une pasado y futuro, el movimiento que describe la “flecha del tiempo” de Prigogine o el “*move on*” de la lengua inglesa, ese “seguir adelante”, sino también el movimiento en el sentido más cotidiano de

⁷² “But in Global Age the contemporaneity of the past and the co-presence of different cultures are pervasive features. It is a period of co-presence of periods, anticipated in Foucault's rejection of 'totalitarian periodization' (1974:148), where everyone would have to say the same thing at the same time.” (Albrow, 1997: 188).

3. La distinción conflicto-desintegración

nuestro lenguaje, el del desplazamiento en el espacio. Ambas dimensiones del movimiento son imprescindibles para como entendemos la globalización y ambas nos sirven para contemplar cuestiones analíticas importantes en nuestra crítica del concepto de conflicto.

En la primera dimensión, la tradicional, la temporal, es fundamental concebir la globalización como movimiento en tanto que en la mayoría de los ámbitos de investigación difícilmente se puede hablar de ella sino como de tendencia. Hemos hablado en el capítulo anterior de “figuraciones” e “instituciones planetarias” y, sin duda, el lector se habrá sentido incómodo ante tales formulaciones por la palpable falta de realización de esos conceptos. La mayor parte de los procesos que englobábamos en cada epígrafe no nos remiten a procesos acabados, sino a formaciones sociales “en construcción”. Ahora es el momento de atacar esta cuestión directamente y, de algún modo, auto-negarnos: no hay tal figuración ni tal institución planetarias. En cierto sentido, de hecho, mantenemos abierta la puerta a la posibilidad de que ese nuevo estado de cosas no llegue a materializarse, o que, caso de que lo haga, suponga la entrada en un nuevo proceso de transformación, de forma similar a como Jameson (1991) identifica modernidad con modernización y postmodernidad con modernización completa.

Aunque pueden existir esos objeto-mundo de los que nos habla Serres, esto es, “artefacto en el que al menos una de las dimensiones, tiempo, espacio, velocidad, energía... alcanza la escala del globo” (Serrés, 1991: 32), no coincidimos con él en la afirmación radical de que se haya logrado ya esa sociedad “doblemente mundial” que “al ocupar toda la Tierra, solidaria como un bloque, por sus interrelaciones cruzadas, no dispone de ningún resto, perspectiva ni recurso donde instalar su tienda, ni exterior en el que hacerlo” (Serrés, 1991: 74). Preferimos la concreción de la más modesta afirmación de que “empezamos a parecernos a la Tierra”, e incluso la de que “nuestra potencia colectiva alcanza, pues, los límites de nuestro habitat global”, pero ello no es igual que decir que hayamos llegado a ese estado de total globalidad de las relaciones sociales (Serrés, 1991: 74). Tomamos de Albrow (1997) la semejanza de modernización y globalización, como la dimensión de transformación de la modernidad y la globalidad, o mejor de la época moderna y de la época global, para ilustrar el sentido en el que trataremos aquí nuestro objeto de estudio –coincidiendo con él, por supuesto, en el rechazo a una concepción teleológica de los cambios-. Como afirma el británico, debemos distinguir lo que conduce a la unificación mundial de la globalización que efectivamente tiene lugar en el momento de la unificación, cuando el globo como un todo se convierte en el punto de referencia material para los actores colectivos e individuales.

3. La distinción conflicto-desintegración

En la segunda dimensión, la espacial, de lo que se trata es de reconocer la parte “exógena” del cambio. No sólo hay que puntualizar que no hay figuraciones o instituciones que puedan considerarse planetarias sino como tendencias, sino que hay que ver los procesos de construcción de las mismas como el resultado de contactos entre diversas figuraciones e instituciones en lugar de como semillas que germinan o se malogran y cuyo mero “desarrollo” pudiéramos contemplar, de modo similar a como sucedió en la teoría sobre la modernización. La globalización nos sirve en bandeja la lección que en aquel caso costó tanto aprender, a saber, que el movimiento histórico no puede comprenderse sin el movimiento geográfico y que no se trata sólo de sincronizar historias que discurren desacompasadas, sino también de señalar posiciones en una determinada distribución de fuerzas.

Pero aún esta metáfora se queda corta para ilustrar lo que queremos decir. No es suficiente con cartografiar una serie de puntos inconexos, sino que hay que marcar también las rutas que los unen y, muy especialmente, las encrucijadas que producen. Tenemos, entonces, que prestar atención a como los agentes se mueven, como conectan unos con otros. Por supuesto, también hay que exponer como componen enclaves relativamente estabilizados, pero es crucial no perder de vista que esto es sólo una de las cosas que “pasan” en el mapa. Además, incluso cuando existen ciudades y pueblos, una ampliación del zoom nos deja claro que allí dentro vuelve a reproducirse el laberíntico u ordenado entrelazamiento de caminos. Esto, por descontado, no implica postular una irrestricta libertad de movimientos -al contrario, en los mapas hay carreteras, calles, rutas de senderismo y un sinfín más de tipos de vías que pautan la circulación- ni, mucho menos, que esta esté igualmente distribuida -los mapas marcan muchas zonas de acceso restringido, así como alternativas en función de los medios de transporte-. Tampoco los acercamientos son necesariamente recíprocos y seguro que hay muchos más “Mahomas” yendo a la montaña que viceversa, pero es importante recordar que un agente inmóvil no quiere decir una agencia inmóvil, puesto que la agencia es la relación, no el agente. La globalización nos obliga, en este sentido, a enfrentarnos de pleno con la movilidad de nuestros agentes, como expone Urry (2000), uno de los sociólogos que más han hecho por introducir la cuestión de la movilidad en la problematización teórica del fenómeno: la globalización implica sustituir la metáfora de la sociedad como región con la metáfora de lo global concebida como una red y un fluido.

Dejaremos, entonces, de hablar en adelante de figuraciones e instituciones, planetarias o no, para centrar nuestro análisis en “dinámicas” -y la definición de la R.A.E es aquí plenamente pertinente: “perteneciente o relativo a la fuerza cuando produce movimiento”- que pueden ser, eso

3. La distinción conflicto-desintegración

sí, figuracionales o institucionales, según se refieran a la perspectiva agencial o estructural. También eludiremos la carga de “estabilidad” con la que habíamos dotado a los conceptos de comunidad y asociación y hablaremos, igualmente, de dinámicas de comunitarización y de societalización, para referirnos a los colectivos que se configuran en el horizonte pero que no alcanzan la solidez de un producto acabado. Esta distinción es siempre aplicable a un fenómeno construido como objeto de estudio, pero es especialmente relevante en nuestro caso y nos obligará a -y permitirá- hacer ulteriores rearticulaciones en el juego de lenguaje que produce el concepto de conflicto.

3.1.3. La permanencia del conflicto

Aunque profundizaremos en ello a lo largo del capítulo, podemos explicitar ahora las razones por las que hemos abandonado la definición del conflicto como opuesto a la integración y adoptado en su lugar la denominación para esa dimensión analítica de relaciones opositivas y no-opositivas. Como decíamos en la introducción, el hablar de integración presuponía entender el conflicto como significando principalmente desunión y pluralidad, como enfrentamiento entre grupos enfrentados y relativamente bien delimitados. Si bien aceptamos inicialmente esta dificultad para conectar con la tradición sociológica, llegamos al punto en que esta situación se hace insostenible como consecuencia del análisis que hemos hecho hasta ahora y sobre el que continuaremos trabajando a partir de aquí.

Debemos dejar de hablar de integración como en correspondencia con el conflicto porque ese concepto se adecuaba demasiado bien con lo opuesto del conflicto bajo esta nueva perspectiva de análisis centradas en las dinámicas y será, de hecho, un concepto que utilizaremos para referirnos a un tipo específico de ellas. Precisamente, al referirnos a dinámicas figuracionales e institucionales nos estamos dirigiendo a esos procesos por los que se articulan nuevas estructuras y relaciones entre agentes, contemplando tanto su éxito como su fracaso, de forma similar a como se entiende la integración en sociología convencionalmente. Nombrar al todo por una de las partes es una estrategia demasiado arriesgada y por eso preferimos un término más general como el de relaciones opositivas y no-opositivas para hacerlo. Convenimos, por otro lado, en que hablar de dinámicas -figuracionales o institucionales, pero sobre todo de dinámicas institucionales- puede resultar confuso, debido precisamente a esa tendencia a asociar la procesualidad y la endogenia, pero la referencia al movimiento es lo que nos interesa. Sólo es necesario recalcar que el que finalmente se considere en retrospectiva como una dinámica “interior” depende nada más que de que se logre la

3. La distinción conflicto-desintegración

estabilización, pero este éxito no puede darse por supuesto *a priori* y no cambia el hecho de que tales procesos de establecimiento de nuevas relaciones hayan tenido lugar.

Con esta aclaración, podemos pasar ya al punto principal que pretendemos demostrar en este capítulo: en esta dimensión de las dinámicas sociales no hay una mayor afinidad lógica ni con las relaciones opositivas ni con las no-opositivas. Las conclusiones respecto a la omnipresencia de ambos tipos de relaciones al nivel de las figuraciones e instituciones -planetarias o no- es completamente aplicable al nivel de las dinámicas figuracionales e institucionales. Al igual que las relaciones entre reglas y agentes pueden ser contradictorias o incoherentes y competitivas o disensuales, respectivamente, lo son así mismo las relaciones que unen estructuras y relaciones agenciales entre ellas. Sin embargo, lo que está en juego no es exactamente lo mismo y es por ello que requerimos de conceptos diferentes para afrontarlas. Sea como fuere, la apertura a nuevos relacionamientos -y, otra vez, sean estos de carácter planetario o no- no debe entenderse como produciendo “integración” si por esto entendemos algunas suerte de “armonización” de relaciones cuyas direcciones eran hasta entonces divergentes. Si había divergencia, había ya relación y no se estaría estableciendo una nueva. No se trata, por tanto, de la reducción o la superación del conflicto en ningún sentido.

Por la misma razón, esa apertura no se debe entender como la actualización de conflictos “potenciales”, y este es un punto importante por la tendencia ya comentada en el capítulo anterior a pensar en las luchas sociales como realización de una oposición pre-existente, inscrita ya de algún modo en los agentes incluso antes de existir, ya sea bajo la forma de intereses contrapuestos o concepciones del mundo incompatibles. De nuevo, hay que insistir que o bien existía una relación o bien no existía, y no hay caminos intermedios. Esto no significa negar, por ejemplo, la distinción que hace Coser entre “hostilidad” y “conflicto”, pues ciertamente existen diferencias entre ambos. Pero de ahí a sostener que “el conflicto social siempre denota una interacción social, en tanto que las actitudes o sentimientos son predisposiciones a entrar en conflicto”, y que “las predisposiciones no conducen necesariamente al conflicto” (Coser, 1961: 42), como si, en consecuencia, se pudiera entender que la hostilidad es una suerte de fase previa al conflicto, de modo similar a como el marxismo entiende que los intereses objetivos son la base de la lucha de clases una vez disipada la falsa conciencia, hay bastante distancia.

Nuestra posición al respecto es radical: o la hostilidad se manifiesta de alguna manera en relaciones de competencia y disenso o no tenemos manera alguna de saber a qué se refiere. Igualmente, en el otro extremo, diversos agentes pueden hacerse conscientes de que reciben iguales

3. La distinción conflicto-desintegración

identificaciones y recompensas y descubrir una fuente de solidaridad sobre la que basar una alianza. Esto es una descripción válida de muchas dinámicas empíricamente observables. Sin embargo, es falaz interpretar esto como una “comunidad de destino” pre-existente, sólo a la espera de salir a la luz. El problema está en esas expresiones, como “salir a la luz” o “descubrir”, porque en realidad, a efectos de análisis, no está descubriéndose ni saliendo a la luz nada. “Hacerse consciente”, en este sentido, es una expresión más adecuada, porque esa identidad de sanciones y definiciones se está, de hecho, “haciendo” por medio de nuevas relaciones que forman una figuración más amplia. Este será el tema central que se tratará en este capítulo.

3.1.4. Cuatro problemas

Aunque, como decimos, el eje del análisis será los apartados siguientes esta dimensión dinámica de las relaciones sociales, no abordaremos la cuestión de forma completamente unificada, sino a través de tipos de interacciones específicos, que correrían paralelos a los pares competencia-cooperación, disenso-consenso, contradicción-consistencia e incoherencia-coherencia. Estos nuevos cuatro pares conceptuales, que detallaremos progresivamente, serían los de fragmentación-integración, exclusión-inclusión, desacoplamiento-acoplamiento e ininteligibilidad-inteligibilidad. Esperamos que a partir de problemas suscitados por la teoría sociológica que pensamos relativamente encuadrables bajo esta tipología, podamos derivar conclusiones útiles para la re-articulación del concepto de conflicto a un nivel más abstracto.

En primer lugar, en el marco de las relaciones de fragmentación-integración, abordaremos la redistribución de la agencia a escala global. Estas, como las de competencia-cooperación, se producen en el cruce de las dimensiones agencia y sanciones. Si no podemos decir que existan una única figuración asociativa planetaria, el problema entonces será cómo analizar las figuraciones que se expanden y aquellas que tienden a debilitarse y, en último término, desaparecer, y como se relacionan unas con otras.

En segundo lugar, en el marco de las relaciones de exclusión-inclusión, nos ocuparemos del problema de la búsqueda de la comunidad. El foco de análisis ahora sería agencialista, pero centrado en las definiciones, como en el caso de las relaciones de disenso-consenso. El tema que se analizará aquí es el de la redefinición de las identidades colectivas. Si no podemos afirmar que exista un mapa identitario capaz de totalizar el conjunto de las relaciones de definición, tenemos entonces que hacer justicia a las pugnas por la reubicación en el seno de las nuevas figuraciones.

3. La distinción conflicto-desintegración

En tercer lugar, en el marco de las relaciones de desacoplamiento-acoplamiento, trataremos la transfronterización de las instituciones. Nos situamos ahora en el plano de análisis delimitado por la perspectiva estructural y de sanciones, al igual que con las relaciones de contradicción-consistencia. La cuestión será, ¿qué supone en el plano teórico el desajuste de los límites entre instituciones? Aunque no haya instituciones globales, ¿hasta qué punto es pertinente desechar el presupuesto teórico de la institucionalización estructural como proceso “nacional”?

En cuarto y último lugar, en el marco de las relaciones de ininteligibilidad-inteligibilidad, afrontaremos el problema del multiculturalismo. Con ello pasamos al último punto de intersección, el que se genera entre las dimensiones de estructura y definiciones, y donde se ubican también las relaciones de incoherencia-coherencia. Trataremos de retomar el debate que presentamos en el capítulo anterior como “encuentros entre culturas” procurando aclarar el sentido en qué estas presentan un problema teórico específico.

3.2. Primer problema: fragmentación-integración

3.2.1. Los agentes circulan

A. La circulación mundial de los agentes

Si bien la globalización nos pone en primer plano la movilidad de los agentes que observamos y nos hace reconocer que ésta ha sido siempre una característica fundamental suya, esta lección no es aún suficiente para abordar el fenómeno. Esto se debe a que el movimiento no es un rasgo identificativo de la globalización, sino el aumento de la circulación a escala planetaria. El turismo -la circulación humana mercantilizada, como lo definía Debord-, las migraciones de quienes se ven empujados a desplazarse por la amenaza de la pobreza o la violencia bélica o política, las especies de animales y plantas que trasladamos y se trasladan de unos a otros habitats -voluntaria o involuntariamente-, y una ingente cantidad de objetos que viajan de uno a otro extremo del mundo: el globo es atravesado ahora por un espeso tráfico de los tipos más diversos de agentes que se expande en una inconmensurable cantidad de direcciones. Es por esta nueva masividad de la circulación a lo largo y ancho de la Tierra por lo que se puede hablar de dinámicas figuracionales globales o, incluso, imaginar el momento en que se alcance a vislumbrar una figuración auténticamente planetaria. Pero, ¿qué significa específicamente esta circulación mundial

3. La distinción conflicto-desintegración

de los agentes desde el punto de vista de las dinámicas societales? La respuesta es similar a la que dimos sobre las figuraciones planetarias vistas como asociaciones: lo que está en juego es la creación de las relaciones de interdependencia al nivel del reposicionamiento en las figuraciones y la pérdida o adquisición de nuevas alternativas.

Lo que esto significa, fundamentalmente, es que los agentes se encuentran ahora con posibilidades nuevas para ganar sanciones que no estaban a su alcance anteriormente y escapar de otras que previamente no podía evitar. Evidentemente, hay un sentido en el que esto tampoco es específico de la globalización, sino una cuestión de dinámicas figuracionales en sentido amplio. De nuevo, nos vemos en la obligación de recoger la especificidad de la globalización: el campo de posibilidades que se abre es mundial. La cuestión aquí, entonces, es el alargamiento de las relaciones sociales, la capacidad de estas para salvar distancias cada vez mayores. Este es, por ejemplo, el sentido en el que Giddens define la globalización: “la mundialización puede por tanto definirse como la intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo por las que se enlazan lugares lejanos” (Giddens, 1999: 67). Ya comentamos, sin embargo, que las definiciones en esta línea se encuentran con la dificultad de establecer diferencias de grado, es decir, necesitan magnitudes que valorar para diferenciar la globalización de otras épocas. Uno de las fórmulas más populares la encontramos en el trabajo clásico de Held, que propone que se tengan en cuenta como dimensiones la extensión, la intensidad, la velocidad y el impacto, y distingue en función de su combinación cuatro tipos básicos de globalización: *thin*, *thick*, *diffused* y *expansive globalization* (Held, 2000).

Sin embargo, esta referencia a la medición del tipo de relaciones que se establecen lleva a confusión en un punto importante. Al invitarnos a clasificar las relaciones según sea en todas esas dimensiones más o menos globales, podría parecer que se construye el fenómeno como una cuestión de agregar y poner en una balanza las relaciones “más” globales, contrapesado en el otro platillo con las “menos” globales. Esto es perder de vista que las dinámicas figuracionales no pueden entenderse sólo como refiriéndose a sanciones que se ganan, sino que siempre conllevan una cierta cantidad de sanciones que se “pierden”. A esto nos referíamos cuando en el capítulo anterior decíamos que una figuración planetaria no debía contemplarse sólo como una “suma”, sino que siendo conscientes de que se había producido también como fruto de numerosas “restas”. Esta doble tendencia es lo que Beck recientemente ha llamado la “dialéctica cosmopolita”⁷³ y es, sin

73 “On the one hand, there is a centripetal, unifying process, the formation of a ‘world risk society’ (Beck 1999, 2009). At the same time, the Second Modernity is subject to powerful, centrifugal, diversifying

3. La distinción conflicto-desintegración

duda, uno de los principales puntos débiles de las fórmulas que imaginan la globalización en términos de una inclusión ilimitada, como en la formulación clásica de McLuhan en relación a la “aldea global”, según la cual, en la era eléctrica en la que nuestro sistema nervioso está tecnológicamente extendido hasta envolver al conjunto de la humanidad e incorporarla en nosotros, necesariamente participamos en las consecuencias de cada una de nuestras acciones⁷⁴, y esto es de especial importancia porque la pionera imagen de la globalización que McLuhan nos legó ha adquirido un lugar prominente en las construcciones sociales de la globalización y ha marcado un camino seguido por numerosos autores⁷⁵.

Otro problema con este tipo de definición de la globalización es que la imagen del “alargamiento” de las relaciones sociales arrastra consigo la connotación de que, aún limitándonos a las relaciones realmente globales, de lo que hablamos es básicamente de las mismas relaciones que antes pero expandidas. Esto es descuidar completamente el rol de lo que Latour denomina “articuladores” y que ya mencionamos. Este es un concepto imprescindible para entender como funciona la articulación de interacciones locales y, en nuestro caso, para comprender como se construyen los escenarios globales. La mayor parte de lo que podemos considerar como relaciones globales, funcionan en la práctica como una cadena de relaciones muchos de cuyos eslabones están plenamente localizados. Como comenta con precisión Lefebvre, el surgimiento de lo “global” no tiene lugar mediante el aniquilamiento de lo “local”, sino en la interconexión de esos espacios locales⁷⁶.

processes resulting from the co-existence, and probably even the hegemonic competition between different types and visions of modernity; and from resistances to economic, political and cultural globalization within societies” (Beck, Grande, 2010: 418-419).

74 *“In the electric age, when our central nervous system is technologically extended to involve us in the whole of mankind and to incorporate the whole of mankind in us, we necessarily participate, in depth, in the consequences of our every action. It is no longer possible to adopt that aloof and dissociated role of the literate Westerner.” (McLuhan, 1996: 20).*

75 Sirva de ejemplo este fragmento de Serres, de una plasticidad innegable, por otra parte: “la información que cada uno de nosotros recibe por su extremidad de cuerda le informa, finalmente, no sólo sobre cualquier otro encordado, sino, en suma, sobre el estado de todo el sistema del que forma parte.” (Serres, 1991: 176-177).

76 *“No space disappears in the course of growth and development: the worldwide does not abolish the local. This is not a consequence of the law of uneven development, but a law in its own right. The intertwinement of social spaces is also a law. Considered in isolation, such spaces are mere abstractions. As concrete*

3. La distinción conflicto-desintegración

No hay, pues, nada intrínsecamente erróneo en hablar de “alargamiento” de las relaciones siempre que tengamos en cuenta que éste se produce como efecto de múltiples soldaduras, costuras y amalgamamientos que serían imposibles sin la participación de agentes determinados. Y en este contexto, entonces, podemos recuperar el popular “el medio es el mensaje” del citado McLuhan. No se trataría, según este punto de vista, como una fórmula referida únicamente a la comunicación, al menos no si entendemos esta como relacionada exclusivamente con los “medios de comunicación” tal y como han sido convencionalmente definidos en la tradición sociológica. De lo que se trata es de reconocer el papel que estos articuladores juegan como mediadores, recordando que, en los términos de Latour, esto significa reconocer su capacidad de “transformación” frente a la suposición de que actúan como meros “transmisores”⁷⁷.

Así es como llegamos de la circulación de los agentes al concepto de interdependencia, tan caro a los teóricos de la globalización. El alargamiento de las relaciones en las que existimos como agentes se convierte en una sucesión de interacciones en las que nos imbricamos con agentes lejanos a través de diversas secuencias de acciones. Y sólo es necesario deshacernos del presupuesto de la intencionalidad para llegar hasta los llamados “efectos mariposa”, es decir, las cadenas de interacción mediante las cuales acontecimientos de escasa relevancia en puntos remotos desencadenan catástrofes que nos afectan directamente. Ciertamente, muchos de los interrelacionamientos que se construyen responden a proyectos concebidos por agentes intencionales. No pretendemos negar esto. Lo crucial es que, raramente, nuestros agentes intencionales llegan a controlar por completo todas las consecuencias de sus acciones, como en las formulaciones elianas de la interdependencia que ya comentáramos.

Pero, si recordamos la importancia de tener en cuenta no sólo las consecuencias no deseadas de la acción sino la acción no-intencional, el mapa de las interacciones globales se vuelve irremediabilmente complejo. En la medida en que ese alargamiento de las relaciones, si bien es el producto de “sumas” tanto como de “restas”, tiene un saldo positivo en el aumento de las dependencias a las que nos vemos sujetos, nuestra vulnerabilidad como agentes crece de forma

abstractions, however, they attain 'real' existence by virtue of networks and pathways, by virtue of bunches or clusters of relationships. Instances of this are the worldwide networks of communication, exchange and information.” (Lefebvre, 2000: 86).

⁷⁷ *“Each form of transport not only carries, but translates and transforms, the sender, the receiver, and the message. The use of any kind of medium or extension of man alters the patterns of interdependence among people, as it alters the ratios among our senses.” (McLuhan, 1996: 91).*

3. La distinción conflicto-desintegración

espectacular. No es de extrañar, entonces, que junto con los proyectos por los que pretendemos aumentar nuestra potencia como agentes, y que contribuyen al aumento de la interdependencia, surjan también los proyectos para intentar “aislarnos” de ella. Como lo expresa Beck: “la sociedad mundial forma parte de la biografía, aunque esa exigencia comporte lo opuesto: tener que reaccionar con indiferencia, simplificación y oídos sordos” (Beck, 1994: 173).

Con esto se abre una última cuestión de gran relevancia, a saber, la percepción de los agentes frente a esa nueva maraña de agentes circulantes, de quienes reciben constantemente sanciones. No son sólo los investigadores los que deben enfrentarse a este entramado complejo y se encuentran con dificultades para delimitar los contornos de las figuraciones que les interesan. Este un problema de creciente importancia también para buena parte de los agentes mismos. Precisamente esta enseñanza es la que se descubre en la evolución de la teoría del riesgo de Beck desde *La sociedad del riesgo* hasta sus últimas obras, donde el énfasis comienza a situarse en las “relaciones de definición” del mismo. Si, como es habitual, entendemos que el rasgo definitorio del riesgo es la conciencia de su origen en nuestras propias acciones, es una consecuencia lógica entender que este no puede considerarse “dado”⁷⁸. Una parte fundamental, entonces, del aumento de la interdependencia a escala global es el conjunto de representaciones que los agentes se hacen de ella, su conciencia, como dice Habermas, de lo limitado de nuestros escenarios sociales respecto de las circunstancias que influyen en nuestra vida. Es por esta percepción de falta de fronteras que “cierren” nuestro campo de influencias como surge el problema de la coordinación global, y no exactamente como una consecuencia meramente mecánica de interdependencia funcional, como proponía Elias, en términos de “tejidos de divisiones funcionales de las cadenas de acciones” (Elias, 1990: 159). Albrow lo expresa con claridad al defender que la globalidad se convierte en un aspecto siempre presente de los cálculos una vez que los límites de la acción son el globo mismo⁷⁹.

B. La globalización en red

⁷⁸ En *Las consecuencias perversas de la modernidad* (1996) podemos seguir los trazos fundamentales del debate en torno al riesgo por parte de sus contendientes más célebres (Luhmann, Beck y Giddens) y del que emergió esta suerte de consenso mínimo en torno a la distinción entre peligro y riesgo.

⁷⁹ “*This is where globalization has effectively altered the framework of human action. The global interconnectedness of human relations brings awareness of the globe in its train and makes it possible to conceptualize global risks. Globality becomes an ever present aspect of human calculations once the limits of action are the globe itself.*” (Albrow, 1997: 85).

3. La distinción conflicto-desintegración

Este marasmo de interrelaciones ha dibujado un escenario de tremenda complejidad que resulta difícil de abordar. Sin embargo, este campo de múltiples interdependencias no ha sido pensado como completamente amorfo por parte de la mayoría de los investigadores. El concepto de red ha sido una pieza clave para la construcción de definiciones útiles sobre él. Aunque, desde luego no la única, la formulación más popular sería seguramente la de Castells, que hace de esta nueva morfología social el centro de su propuesta teórica. Podemos usarla como punto de referencia inicial:

“Un nodo es el punto donde la curva se intersecta a sí misma. Las redes sociales son tan antiguas como la humanidad. Pero han cobrado nueva vida con el informacionalismo porque las nuevas tecnologías refuerzan la flexibilidad inherente a las redes, al tiempo que resuelven los problemas de coordinación y de dirección unificada que han aquejado a las redes, durante toda la historia, en su competencia con las organizaciones jerárquicas. Las redes distribuyen el funcionamiento y comparten la toma de decisiones a lo largo de los nodos de la red de acuerdo con un patrón interactivo. Por definición, una red no tiene centro, sólo nodos. (...) Cuando los nodos se vuelven redundantes, las redes tienden a reconfigurarse (...) La importancia relativa de un nodo no es fruto de sus características específicas, sino de su capacidad para contribuir a la red con información.” (Castells, 2002: 132)

La cita es extensa pero merece la pena puesto que a partir de ella podemos determinar una serie de características importantes respecto al uso que ha recibido el concepto en el marco de la teoría de la globalización. En primer lugar, es fundamental la definición de la red como tipo de interacción social que se opone a las organizaciones jerárquicas. De ello se sigue, como comentábamos, que no se trata de destacar la falta de forma de estas relaciones, sino específicamente esa falta de ordenamiento jerárquico. Es por ello que uno de los principales rasgos de la red es la acentricidad. En segundo lugar, se destaca que la red no es una forma completamente nueva, sino que lo novedoso es su predominio. No obstante, este predominio de la red sobre esas organizaciones jerárquicas se explica como un cambio de equilibrios que sólo es explicable por las nuevas tecnologías, que potencian su funcionamiento. En tercer lugar, otra de sus marcas definitorias es precisamente la que ha posibilitado su triunfo: la flexibilidad. La falta de un centro la convierte en una forma de organización extremadamente lábil y adaptable a los cambios en el “entorno”. Parece seguirse de ello que un “entorno” inestable es también factor necesario para explicar su auge. En cuarto y último lugar, la red destaca la relación, que un agente -o nodo- sea parte de la red o no, depende esencialmente de lo fructífero que sean las relaciones que contribuya a establecer.

3. La distinción conflicto-desintegración

Por lo dicho hasta aquí, parece que no hay nada que relacione intrínsecamente el concepto de red con el de la globalización. Ciertamente podemos considerar que este es un fenómeno que, en cuanto proceso en marcha, genera un “entorno” cambiante, y las nuevas tecnologías juegan, sin duda, una papel importante en él. Pero esto no es suficiente para explicar la afinidad que la teoría sociológica de la globalización ha encontrado entre el fenómeno y este concepto. Y, sin embargo, es bien cierto que la sociedad-red de Castells es una sociedad global. Para llegar a aprehender esta intimidad de la red y la globalización necesitamos tener en cuenta otra característica básica de las redes según este autor, a saber, que “las redes son estructuras abiertas, capaces de expandirse sin límites, integrando nuevos nodos mientras puedan comunicarse entre sí, es decir, siempre que compartan los mismos códigos de comunicación” (Castells, 2005: 551). Aunque es una cuestión tremendamente relevante, dejamos de momento en suspenso la similitud de la referencia a los códigos compartidos como límites de la expansión de la red con la definición de los sistemas de Luhmann, pues trataremos más adelante esta cuestión. Lo que nos importa ahora es que lo que convierte, en consecuencia, a la sociedad-red en una sociedad global, según el catalán, es que las redes son, en sí mismas, tendencialmente globales, en tanto que “estructuras abiertas” y ajenas a las fronteras espaciales.

Sin embargo, esta no es una concepción de la red que compartan todos los autores que han hecho uso recurrente del término como se ve, por ejemplo, en las afirmaciones de Tilly sobre las redes de confianza y el papel fundamental que juegan en ellas las fronteras, su demarcación, mantenimiento y control⁸⁰. Es evidente, entonces, que redes que comparten todos los otros criterios formulados (acentralidad, flexibilidad y adaptabilidad) pueden no compartir, en cambio, el criterio de la apertura sin límites. Giddens también cuestiona el predominio de la red como morfología social y, concretamente, algunas de las características que comentamos al inicio, como son su adaptabilidad y su fortaleza en las actuales circunstancias de cambio acelerado, afirmando que “de hecho, algunas redes son muy vulnerables, precisamente porque son redes” y que “la sencilla razón es que la mayor interdependencia acarrea mayor vulnerabilidad al más pequeño error” (Giddens en Castells, Giddens, Touraine, 2002: 157). Este es precisamente el punto de Tilly al enfatizar la importancia del mantenimiento de límites para la supervivencia de las redes de confianza, cuyo

80 “*Speaking more generally, trust networks that mark, maintain, and monitor share boundaries between insiders and outsiders generally operate more effectively than others (Tilly...). Trust networks that fail to mark, maintain, ad monitor sharp boundaries between insiders and outsiders shrivel or disappear.*” (Tilly, 2005: 57).

3. La distinción conflicto-desintegración

objeto es la protección de sus miembros en cuestiones en las que el engaño puede tener consecuencias catastróficas⁸¹. Esto es fácil de ver en las redes del terrorismo internacional, uno de los ejemplos preferidos de Castells. A tenor de ejemplos como éste, de hecho, es dudoso incluso si se puede sostener una completa acentralidad como rasgo definitorio.

Esta imposibilidad de reducir las redes empíricas al modelo abstracto de red que tiene en mente este autor, es lo que lleva también a Touraine a criticar su falta de atención a la diversidad de tipos de redes que nos encontramos:

“Si parto de la extensa sección de su texto que trata de este tema, lo que más me llama la atención es que cuando habla de redes sólo las define en parte por sus capacidades (...). Vistas así las cosas, aparece un problema que hay que enfocar con mayor claridad, y es que no existe un solo tipo de red, sino que más bien habría que hablar de una sociedad de redes. Necesitamos una aclaración para entender mejor la flexibilidad de su concepto de redes, porque por un lado habla de las redes financieras, y por otro ha mencionado la Unión Europea y el FMI; estas últimas son extremadamente voluntaristas, a diferencia de las primeras, que no se pueden controlar.” (Touraine en Castells, Giddens, Touraine, 2002: 160)

Pareciera que se ha abusado del potencial del concepto de red aplicándolo a fenómenos demasiado diversos. Y, sin embargo, estas críticas no consiguen restarle al concepto ni un ápice de atractivo para el análisis de la globalización. ¿Dónde reside éste entonces? Nuestra respuesta es que el secreto del éxito está en la única característica que permanece relativamente incólume: la relacionalidad. Pero no la relacionalidad en el sentido que planteaba Castells donde específicamente contraponía “la información” a “las características específicas”, con ecos de la contraposición basal de su teoría entre red e identidad. Las redes construyen identidades y estas pueden ser básicas para la pertenencia a ellas. Lo que, en nuestra opinión, destaca de la metáfora de la red es su referencia a la interconexión, el establecimiento de una relación entre elementos lejanos o separados anteriormente por algún tipo de frontera, y con éste volvemos a la movilidad como clave de nuevos relacionamientos. No queremos decir que no sea productivo emplear las críticas para ajustar el uso del concepto de red a aquellas organizaciones realmente acéntricas, flexibles, etc., que a buen

81 “Trust consists of placing valued outcomes at risk to others' malfeasance, mistakes, or failures. Trust relationships include those in which people regularly take such risks. Although some trust relationships remain purely dyadic, for the most part they operate within larger networks of similar relationships. Trust network, then, consist of ramified interpersonal connections, consisting mainly of strong ties, within which people set valued, consequential, long-term resources and enterprises at risk to the malfeasance, mistakes, or failures of others.” (Tilly, 2005: 12).

3. La distinción conflicto-desintegración

seguro lo sería⁸². El problema es que hay pocas redes empíricas que se asemejen a Internet, el modelo implícito de esa conceptualización de la red, y nos podemos dejar mucho de lo que es la globalización fuera si nos limitamos a ellas.

Por contrapartida, si usamos la metáfora de la red para referirnos a esa serie interminable de conexiones, muchas de ellas inesperadas y difíciles de trazar, nos acercamos mucho más fielmente a la imagen de la globalización que tanto investigadores como legos tienen en mente. Y no decimos “inesperadas y difíciles de trazar” como un mero añadido al rasgo fundamental de la interconexión. Es precisamente el carácter sorprendente e ilegible de muchas de esas nuevas conexiones globales, esa referencia a pautas de relacionamiento que nos cuesta predecir e, incluso, describir, lo que evoca ese concepto de interconexión, con todo el énfasis en el prefijo “inter”: unas uniones -a veces reuniones- para las que no había espacio social previo y cuya duración es difícil de pronosticar. Lo que distingue a la conexión en red de otras fuentes de relacionamiento sería, así, la flexibilidad en las conexiones que producen y que las producen, esto es, su aplicabilidad a conexiones parciales, efímeras y multiescalares, que la distinguen de la expansión monolítica de una organización rígida y estabilizada. Nos acercamos así a una comprensión de las redes que “más que expresar una especie de 'solidez' o pureza formal de una estructura, se muestran así envueltos en los desplazamientos y cambios sociales, implicados en ellos como agentes, sometidos a la fluidez general y haciendo tan relevantes los nodos como los intersticios” (García Selgas, 2006: 26). Más en esta línea de pensamiento, encontramos de mayor utilidad que el de Castells el modelo de sociedad en red articulado por Boltanski y Chiapello:

“En un mundo reticular, la vida social se compone en lo sucesivo de una multiplicación de encuentros y de conexiones temporales, pero reactivables, con grupos diversos, realizadas eventualmente a distancias sociales, profesionales, geográficas y culturales muy elevadas. El proyecto es la ocasión y el pretexto para la conexión, reuniendo temporalmente a personas muy dispares y presentándose como un extremo de la red fuertemente activado durante un período relativamente corto de tiempo, pero que puede forjar vínculos más duraderos que, aunque permanezcan desactivados temporalmente, permanecerán siempre disponibles.” (Boltanski, Chiapello, 2002: 155-156)

Pero, como ya señaláramos, hablar de conexiones significa también hablar de desconexiones. La imagen de la red de un pescador, como defiende Latour, es probablemente

⁸² Aunque nos parece importante notar la importancia que las intuiciones de Mouzelis sobre la multiplicación y fragmentación de las jerarquías propias de los procesos de interconexión de la globalización pueden tener con la “apariencia” de acentricidad de muchas de las redes globales.

3. La distinción conflicto-desintegración

mucho mejor que la de Internet (Latour, 2005: 132). Y en las redes de los pescadores los “agujeros” de la red son una parte fundamental de la misma. No se trata sólo de que las investigaciones comprueben que “no todos estamos conectados a Internet” o que hay grandes regiones “marginadas de la red del comercio internacional”. Es que sin esos espacios en blanco no podríamos hablar de una red como tal. Nos conectamos a puntos remotos y nos desconectamos a veces de lo que sucede a apenas un kilómetro de nuestros hogares: esta es la clase de imagen de la globalización que queda bien reflejada por la metáfora de la red. Tendemos nuevos puentes mientras quemamos otros, o simplemente dejamos que se deterioren hasta que se vengán abajo. Si, por un lado, se están construyendo nuevos espacios donde relaciones antes imposibles tienen ahora lugar, por otro, aquellos que albergaban muchas relaciones que se daban por descontadas, empiezan a resquebrajarse y figuraciones que creíamos imperturbables se desvanecen entre las grietas, como tragadas por la tierra. Tan importantes como esos encuentros y conexiones “realizadas eventualmente a distancias sociales, profesionales, geográficas y culturales muy elevadas”, de las que hablan Boltanski y Chiapello, son los desencuentros y desconexiones que tienen lugar a “distancias sociales, profesionales, geográficas y culturales” insignificantes. Esta es la tensión fundamental en torno a la “redificación” del mundo, como afirma Lefebvre, la que se da entre la capacidad de concebir y tratar el espacio a escala global, por un lado, y la fragmentación producida por una multiplicidad de procedimientos o procesos, en la otra⁸³. Igualmente, la intuición de esta importancia central de la desconexión como dinámica complementaria de la conexión en esta sociedad-red, es una de las aportaciones más valiosas de Castells:

“[la red] Funciona de acuerdo una lógica binaria: inclusión/exclusión. Todo lo que hay en la red es útil y necesario para la existencia de la red. Lo que no está en la red no existe desde la perspectiva de la red y, por lo tanto, puede ser ignorado (si no es relevante para el cometido de la red) o eliminado (si compite en objetivos o en funcionamiento).” (Castells, 2002: 133)

Preferimos, entonces, conservar este fundamental énfasis de la teoría de la sociedad-red, que nos ayuda a pensar en las redes como reflejos de esas dinámicas de conexiones y desconexiones inesperadas, y dejar en segundo plano el análisis de las características formales que podrían distinguir a las redes de otras formas de organización.

83 “[The principal contradiction is] between the capacity to conceive of and treat space on a global (or worldwide) scale on the one hand, and its fragmentation by a multiplicity of procedures or processes, all fragmentary themselves, on the other.” (Lefebvre, 2000: 355).

3. La distinción conflicto-desintegración

3.2.2. La fragmentación no es competencia

A. La ampliación de las redes y la interdependencia en construcción

Es fácil comprobar de lo dicho en el epígrafe anterior que nos decantamos, en resumen, por una concepción de la red que remite a un tipo de dinámica más que a un tipo de figuración. Lo interesante del concepto y su afinidad con los procesos que se estudian como relacionados con la globalización, para nosotros, es su capacidad para destacar la producción y destrucción de relacionamientos, lo que hay de cambiante e inestable en el fenómeno. No se trata, entonces, como sugiere Castells, de un término que represente adecuadamente un tipo de organización que se adapta mejor a un “entorno” en constante transformación. Lo que el término significa en nuestra articulación es la transformación misma de las relaciones sociales en las que nos constituimos como agentes. Nosotros mismos seríamos ese “entorno” en constante transformación. Nuestro permanente entretejernos en relaciones novedosas, paralelo al igualmente permanente destejirse de relaciones más estabilizadas, imbricándonos en cadenas de interacciones que cruzan el mundo al tiempo que nos “separamos” de lo que hasta ahora se había considerado más “próximo”, es lo que construye la globalización. Nuestros movimientos en el espacio social se han hecho mucho más impredecibles y el concepto de red nos ayuda a dar cuenta de ellos. Podemos decir, con Latour, que se acuña el concepto de red con la finalidad de describir más certeramente lo inestable de lo social -el objeto de la sociología entendida como el trazado de asociaciones-, frente a los conceptos de instituciones, organizaciones, estructuras, etc., de los que nos servimos para explicar lo socialmente estabilizado, -el objeto de la sociología pre-relativista-⁸⁴.

Lo que se pone en primer plano, así, es la constante incorporación y expulsión de agentes en la producción de las relaciones sociales. Incluir la “expulsión” es importante porque hablar sólo de “multiplicación”, ya lo hemos señalado muchas veces, puede ser engañoso. Es preciso, sin embargo, insistir en dos puntos que ya hemos mencionado pero que es importante que queden totalmente

84 “A more extreme way of relating the two schools is to borrow a somewhat tricky parallel from the history of physics and to say that the sociology of the social remains 'pre-relativist'. In most ordinary cases, for instance situations that change slowly, the pre-relativist framework is perfectly fine and any fixed frame of reference can register action without too much deformation. But as soon as things accelerate, innovations proliferate and entities are multiplied, one then has an absolutist framework generating data that becomes hopelessly messed up.” (Latour, 2005: 12)

3. La distinción conflicto-desintegración

claros. El primero tiene que ver con lo novedoso de la dinámica. Comentábamos en el apartado anterior la importancia de notar lo imprevisible e ininteligible de las nuevas conexiones, proposición en la que se reside la clave para diferenciar la reactivación de figuraciones que operan más o menos intermitentemente -la mayoría- y la producción de figuraciones auténticamente nuevas. Sin embargo, al trasladar la cuestión en términos de incorporación y expulsión de agentes en las figuraciones se corre el riesgo de que surja una confusión muy perjudicial. Hay un sentido evidente en el que, incluso en la más estable de las figuraciones, nuevos agentes se incorporan con regularidad a distintas relaciones, mientras que otros van desapareciendo de las mismas, debido a la mayor capacidad de supervivencia de las estructuras que de los agentes. Así, por ejemplo, un profesor de 1º de bachillerato entra todo los años en relación con muchos nuevos agentes en sus clases, a la vez que una mayoría de los del año anterior las abandonan. Del mismo modo, el profesor puede ser sustituido a mitad de curso. La dinámica de la que hablamos ciertamente no es esa. Para concretar la diferencia es necesario recordar, como siempre, que los agentes se constituyen en las relaciones y que es en ellas donde esta la verdadera novedad. Nuevos agentes deben suponer nuevas relaciones. De este modo, mientras no haya una cierta ruptura en los patrones de relacionamiento entre profesor y alumnos, básicamente son los mismos agentes los que componen la figuración de una clase de 1º de bachillerato año tras año.

El segundo punto tiene que ver con una confusión que puede darse también con el uso de los términos “incorporación” y “expulsión”. Estos tienen como connotación que la dimensión activa del relacionamiento estaría en los agentes que “permanecen” en la figuración, mientras que los que “entran” y “salen” serían una parte pasiva en la dinámica. Nada más lejos de nuestra intención que proponer que en una relación puede haber agentes puramente pasivos. En este sentido, hay dos nuevas matizaciones que hacer. La primera es que, en todo caso, como hay que entender esta dinámica es como la construcción o aniquilación de agentes. Es decir, un agente que se “incorpora” es un agente que la relación “produce”, pasando de ser irrelevante para la misma a ser relevante. A la inversa, un agente que se “expulsa” es un agente que la relación “elimina”, pasando de ser relevante a ser irrelevante. Si entendemos al agente en el sentido convencional como el nodo en el que se entrecruzan diversas relaciones, el agente entonces no deja de existir por ser “eliminado” de una de ellas -aunque sí es transformado-, pero de cara a la relación a la que nos referimos sí lo hace, y de forma radical. Nuestros alumnos de 1º de bachillerato, obviamente, no dejan de ser agentes por pasar de curso, pero sí que dejan de ser agentes relevantes para la figuración del profesor de ese

3. La distinción conflicto-desintegración

curso con sus alumnos. Este es un primer sentido en el que no nos referimos a agentes pasivos: hablaríamos de nuevos agentes o agentes que ya no son tal.

La segunda matización es que, independientemente de que se esté “produciendo” o “eliminando” un agente, éste es parte de ese proceso y siempre interviene en él. Esta dinámica no puede ser considerada como exitosa o fallida sin tener en cuenta la participación del agente, que puede tratar de impedir tanto su incorporación como su expulsión. Pero aún este planteamiento se limita a considerarle como una parte reactiva y esta no es una proposición correcta. El ímpetu que fuerce el cambio en la relación puede provenir tanto de los agentes que “permanecen” como de los que “salen” o “entran”. Los agentes “producidos” o “eliminados” pueden serlo por sus propias acciones en la red, y si nos referimos a agentes intencionales, incluso, la dinámica podría ser elaborada como proyecto suyo, tanto en uno como en otro caso. Es fácil imaginar, por ejemplo, como la “expulsión” de la figuración puede ser buscada por un agente que en ella se ve sometido a restricciones y coacciones severas, como podría ser si se encontrase preso, o si sintiera su vida amenazada, como podría ser si participase en un conflicto bélico. No debemos, por tanto, presuponer que el agente siempre quiera la incorporación, muy al contrario, es frecuente que al agente le interese la expulsión.

Un apoyo en la formulación de este tipo de dinámicas lo encontramos en los principios de “voz” y “salida” propuestos por Hirschman (1977). Sin embargo, hay un número importante de limitaciones que tener en cuenta y que impiden una asimilación completa. La primera tiene que ver con que Hirschman parte de grupos constituidos de modo que, aunque “salida” se puede corresponder bien con “expulsión”, no se puede decir lo mismo de “voz” e “incorporación”, dado que “voz” es un término que se aplicaría a agentes que ya están ahí. Se podría decir que “voz” transforma a los agentes, pero esto no es una necesidad lógica de la definición de Hirschman, y puede ser una alternativa perfectamente estabilizada para ellos. La segunda se refiere a que Hirschman define estos principios como mecanismos de corrección, de modo que, en nuestros términos, podríamos decir que parte de relaciones conflictivas. Esto no es necesariamente cierto en nuestra propuesta porque, por ejemplo, una cooperación exitosa puede alimentar que se establezcan nuevas relaciones que sigan nutriendo la figuración. La tercera está en relación con que Hirschman tiene en mente agentes intencionales que optan por uno u otro principio como estrategias. Al contrario, nosotros, como acabamos de explicar, no queremos excluir la intencionalidad, pero preferimos mantener nuestra propuesta abierta a contemplar todo tipo de relaciones. La cuarta, debido a las diferencias entre nuestro concepto de “incorporación” y su concepto de “voz”, así

3. La distinción conflicto-desintegración

como a su asunción de que se parte de grupos constituidos que enfrentan una situación conflictiva, es que realmente nos encontramos con que con lo que nosotros trabajamos es con el concepto de “salida” y un opuesto que Hirschman no contempla, y que vendría a ser algo similar a “entrada” -y, de hecho, nosotros nos hemos apoyado en nuestra elaboración argumental de ese concepto-. Por último, aunque él pretende mostrar que ambos funcionan en ambas instituciones, la identificación entre “salida” y economía y “voz” y política, nos dejan en una situación muy desfavorable:

“Al examinar el carácter y la intensidad de estas fuerzas endógenas de recuperación nuestra investigación se bifurca, como explicamos antes. Su rompimiento en dos categorías distintas, aunque no mutuamente excluyentes, la salida y la voz, sería sospechosamente nítido si no reflejase fielmente un cisma más fundamenta: el que se existe entre la economía y la política. La salida pertenece al primer campo, la voz al segundo. (...) [el concepto de voz] Es claro -abandonamos o no abandonamos una empresa-, impersonal -se evita toda confrontación cara a cara entre el cliente y la empresa con sus elementos imponderables e imprevisibles, y el éxito o fracaso de la empresa se le comunican por un conjunto de estadísticas-, e indirecto -toda recuperación de la empresa declinante se obtiene por cortesía de la Mano Invisible, como producto no deliberado de la decisión de abandono del cliente. En todos estos sentidos, la voz es exactamente lo opuesto de la salida. Es un concepto mucho más 'confuso', porque puede graduarse desde el débil murmullo hasta la protesta violenta; implica la articulación de nuestras opiniones críticas antes que un voto privado, 'secreto', en el anonimato de un supermercado; y por último, es directo y claro antes que de rodeo. La voz es una acción política por excelencia.” (Hirschman, 1977: 23-24)

La extensa cita es necesaria para comprobar el planteamiento tan distinto en el que concluyen los límites antes expuestos. Nuestros conceptos de “incorporación” y “expulsión” no son, en absoluto, sólo “económicos”, ni muchos menos claros, impersonales e indirectos. Al contrario, nos gustaría más bien dotarlos de las características que Hirschman imputa al principio de “voz”, incluso encontrando beneficiosa para los mismos la asociación con lo político.

Pero, sobre todo, existe un peligro importante en la aplicación de una conceptualización tal al campo de la globalización, que consiste en que hablar de “voz” y “salida” como tipos de estrategias con las que afrontar situaciones conflictivas deriva fácilmente en los planteamientos que asumen la interconexión completa a escala global o, en nuestros términos, la actualización de una figuración planetaria, y al tipo de planteamientos que hace Beck sobre la imposibilidad de escapar a los riesgos globales o, aún peor, a la conversión de toda relación competitiva en dilemas sólo solucionables en términos de transformación en relaciones cooperativas. Así surge el presupuesto de la coordinación

3. La distinción conflicto-desintegración

global como imperativo del mundo que habitamos. Esta es, por ejemplo, la consecuencia que extrae Serres, bajo las bellas metáforas de la “política en tierra” y la “política en el mar”: “entre la vida ordinaria en tierra y el paraíso o el infierno en el mar existe la diferencia de la posible retirada: a bordo nunca cesa la existencia social y nadie puede retirarse a su tienda privada, como lo hizo Aquiles, guerrero de a pie, antaño” (Serres, 1991: 71-72). Y añade: “desde el principio de nuestra cultura, la Ilíada se opone a la Odisea como la conducta en tierra firme frente a las costumbres de mar: la primera sólo tiene en cuenta a los hombres, las segundas tienen que ver con el mundo” (Serres, 1991: 73).

Sin embargo, el propio Beck reconoce, como vimos más arriba, que la globalización de la biografía requiere a veces el aislamiento. Y, aunque podemos estar de acuerdo en que quizá en algunas dimensiones verdaderamente globalizadas nos encontramos con esa carencia de la retirada como solución, aún hay muchas cuestiones en las que los agentes poderosos consiguen escapar de las sanciones negativas. Incluso ante riesgos ecológicos o la amenaza de la “destrucción mutua asegurada”, como afirman Nye y Keohane (1998), la interdependencia no termina de cristalizar en la coordinación de la acción a nivel global, debido a factores como a los diferentes grados de vulnerabilidad y a la imposibilidad de encontrar vías únicas de actuación. Conviene, entonces, ser precavidos y limitarse a aceptar la utilidad que la retirada puede tener en las relaciones de competencia.

Un uso más acorde con lo que proponemos, aunque siempre dentro del marco de la agencia intencional, lo encontraríamos en la siguiente proposición de Crozier:

“(…) es mucho más fácil preservar la propia independencia e integridad cuando uno se mantiene aparte de la responsabilidad de decidir que cuando se acepta participar en el debate. El individuo que se niega a dejarse arrastrar a los problemas que plantea la acción colectiva se conserva mucho más libre ante cualquier presión. Cuando se discute, uno se liga por la propia colaboración aportada y se vuelve en seguida más vulnerable a las presiones de los superiores y aun de los colegas.” (Crozier, 1974: 97)

En esta línea podemos conectar las dinámicas de incorporación y expulsión como vinculadas de forma mucho menos lineal con la competencia y la cooperación y, sobre todo, se hace patente su relación fundamental con las cuestiones de la interdependencia y la autonomía sin tomarlas como condiciones dadas, sino como lo que está precisamente en juego.

Es preciso concretar, para terminar con la exposición de nuestra posición, lo que se entiende por “interdependencia” y “autonomía”, puesto que como ilustra Simmel con el ejemplo de la

3. La distinción conflicto-desintegración

diferencia entre “inmortalidad” y “no-mortalidad”, no se debe asumir como contraposición de la “(inter)dependencia” la mera ausencia de relaciones con los demás:

“(…) [la libertad] no puede aparecer aquí como mera ausencia de relaciones, sino, precisamente, como una relación muy determinada con los demás. Esos demás han de estar ahí y se han de percibir, a fin de que nos puedan ser indiferentes. La libertad individual no es un atributo puramente interior de un sujeto aislado, sino una manifestación correlativa que pierde su sentido cuando no encuentra una contrapartida.” (Simmel, 2003: 365)

Podría parecer que esta afirmación contradice, sin embargo, nuestra proposición de que la “expulsión” es, efectivamente, la eliminación de una relación. No obstante, esto aparece así bajo la identificación errónea del agente como nodo de relaciones al que se refiere Simmel, con el agente como parte de una relación. Si un agente -como nodo de relaciones- busca su expulsión es con el fin de evitar una sanción negativa por su interferencia con otras relaciones. Es importante, al efecto, tener en cuenta lo dicho en el capítulo anterior sobre que lo “positivo” o “negativo” de una sanción se mide en relación con la sanción recibida por los otros agentes, y por el reposicionamiento en la figuración. La autonomía, por tanto, no puede concebirse como libertad en su sentido meramente negativo, sino por el incremento de alternativas respecto a otras relaciones.

En este sentido, aunque rechazamos la distinción entre interdependencia e interconexión tal y como la formulan Nye y Keohane -donde la primera supone “efectos de costo recíproco en los intercambios (aunque no necesariamente simétricos)” mientras que la segunda “no implican efectos de costo significativos”, y que viene a equivaler entre distinguir entre relaciones de competencia y cooperación (Nye, Keohane, 1988: 22-23)-, sí nos es de utilidad su distinción entre sensibilidad y vulnerabilidad. Según estos autores, éstas representan dos dimensiones diferentes de la interdependencia, refiriéndose la primera a “grados de respuesta dentro de una estructura política” y la segunda a “la disponibilidad relativa y en el costo de las alternativas que los actores deben encarar” (Nye, Keohane, 1988: 27). Podríamos decir, traducéndolo a nuestros términos, que la primera se refiere a la inmediatez de la interdependencia, esto es, al número de eslabones en las cadenas de interacción por las que un agente A termina por recibir una sanción como efecto de la acción de B. La segunda, por su parte, se referiría a la magnitud de la sanción que recibiría A, o bien a la cantidad de canales, es decir, relaciones por las que recibiría la sanción, y, por tanto, al número de sanciones.

Si aceptamos que el análisis de los fenómenos sociales requiere el estudio de la relación de muchas relaciones, que son la que dan sentido a la referencia a los agentes como nodos en

3. La distinción conflicto-desintegración

figuraciones, y si complementamos esta caracterización de las dos dimensiones de la integración con la valiosa intuición de Luhmann acerca de la imposibilidad de una interdependencia total dado que “las interdependencias se dan sólo por medio de la selección” (Luhmann, 1998a: 260), tenemos entonces los principios para la construcción de un continuum en los que la interdependencia y la autonomía absolutas funcionarían como límites inalcanzables y que nos dejaría entre ambas un amplio campo en el que considerar los grados relativos de cada una de ellas como producción -intencional o no intencional- de los agentes.

B. Integración y fragmentación: definiciones

Podemos ahora, a partir de estas reflexiones introducir la definición formal de los conceptos de “integración” y “fragmentación”, términos que hasta ahora hemos eludido para evitar confusiones innecesarias. Empezaremos con la aclaración que habitualmente hacemos respecto a su ubicación analítica, señalando que se refieren a la perspectiva agencialista y de sanciones, pero no a figuraciones o relaciones estabilizadas, sino a dinámicas. Definiremos la integración como “el movimiento por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes” y la fragmentación como “el movimiento por el que un agente deja de otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes”.

La diferencia está, simplemente, en la descripción de relaciones respecto a su comienzo o finalización. La fragmentación, por tanto, entendida como aniquilación y disminución de la constelación de relaciones y agentes relevantes, y la integración, entendida como su surgimiento y ampliación, no deben identificarse con las relaciones de competencia y cooperación, pues se refieren a dimensiones de análisis diferentes. Es importante recordar, en este sentido, la diferencia entre relaciones que auténticamente comienzan o finalizan respecto a relaciones meramente discontinuas, como lo son la mayoría, y respecto a relaciones estructuralmente estables con agentes “intercambiables”. La puntualización referente a la restricción a “determinadas” sanciones es relevante, como ya comentamos, si se considera a los agentes como nodos figuracionales, en cuyo caso la “novedad” afecta a sólo a una parte del conjunto de sanciones que en esa figuración recibe y otorga el “mismo” agente.

Como siempre con estos tipos analíticos, es necesario tener en cuenta que para que lo “relacional” se convierta en “figuracional”, debemos considerar la extensión e intensidad del movimiento en el haz de relaciones a estudiar. A nivel figuracional las dinámicas de integración y

3. La distinción conflicto-desintegración

fragmentación se interpretan como aumentos o disminuciones de la autonomía y la interdependencia existente entre los agentes relacionados. El grado de autonomía o interdependencia se mediría en relación a la sensibilidad y vulnerabilidad de los agentes, donde la primera se mediría, a su vez, por el número de transformaciones que sufre una sanción antes de ser recibida por un agente, y la segunda por el número de sanciones recibido y por el número de relaciones afectadas por ellas. De este modo, nuestro concepto de integración se hace afín al de Luhmann, entendido como “reducción de los grados de libertad de los componentes” (Luhmann, 1996: 246), aunque es preciso especificar la cadena argumental que une uno y otro concepto, para evitar la inferencia de que esa autonomía es una propiedad cuantificable de una figuración estática sino como producto histórico. La red, por último, se podría entender como una transformación contemplada como interacción de dinámicas de integración y fragmentación.

A pesar de que extraemos estas distinciones conceptuales de los análisis de globalización, en la medida en que proponemos su aplicabilidad general, podemos ilustrarlas volviendo a los ejemplos del familiar mundo académico. Ya pusimos, de hecho, como ejemplo de “falsas” dinámicas de integración y fragmentación las relaciones profesor-alumnos. Además del ejemplo evidente y próximo a la globalización que podemos sacar de la sujeción de las instituciones académicas nacionales a los patrones de estandarización supranacionales, podemos ver concreciones de estos procesos en los conceptos de interdisciplinarización y de especialización. Por el primero, los investigadores de un campo admiten otorgar y recibir sanciones por parte de investigadores antes considerados como miembros de comunidades científicas ajenas -integración-, mientras que por el segundo un sector de investigadores se deshacen de la obligación de recibir y otorgar sanciones a los hasta entonces considerados como miembros de la misma comunidad científica. En el primer caso, puede que la sensibilidad no aumente -sigue recibiendo sanciones directamente, por ejemplo, de la aprobación o rechazo de otros científicos-, pero lo hace, sin duda, la vulnerabilidad -el número de sanciones se expande en la misma medida en que lo hace el número de miembros de la comunidad autorizada a expresar aprobación y rechazo con carácter legitimador o deslegitimador-. En el segundo, quizá la sensibilidad tampoco disminuya, pero sí que lo hace la vulnerabilidad. La sensibilidad, sin embargo, puede aumentar si consideramos en el primer caso que, por ejemplo, la comunicación de la sociología con la psicología es inevitable, y a través de la psicología nos vemos sujetos a cierta influencia de la biología, por vía de la neurociencia; o disminuir, en el segundo, si se acepta, por ejemplo, que la especialización de la sociología de la ciencia respecto a la epistemología libera a la primera de la influencia de la lógica matemática. Si

3. La distinción conflicto-desintegración

suponemos, por ejemplo, que la sociología de la ciencia surge como especialización de la sociología de la cultura y tratando de enlazar con la epistemología, podríamos utilizar el concepto de red para describir las transformaciones por las cuales se produce una integración entre sociólogos de la ciencia y epistemólogos y una fragmentación entre aquellos y los sociólogos de la cultura.

Si volvemos ahora a concretar nuestra abstracción en el fenómeno de la globalización la principal conclusión que obtenemos es que, desde esta perspectiva de análisis, no son tanto las características de la red como una nueva morfología social lo más relevante, como que la visibilidad de los procesos de conexión y desconexión serían el síntoma de una redistribución de la agencia a escala global. El alargamiento de las relaciones, por su parte, puede ser entendido como suponiendo, casi por definición, el aumento de la sensibilidad social, obligándonos a prestar atención a todos los articuladores que construyen los puntos de sutura -aviones, pasaportes, abogados, divisas, virus, científicos, petróleo, ONG's, etc.- en orden a rastrear de la forma más exhaustiva posible las cadenas de sanciones que nos unen. Sin embargo, el problema de la vulnerabilidad habría bajo una política de “caso a caso”, prestando atención a la dimensión cuantitativa de las sanciones, sin limitarnos específicamente a las sanciones positivas, dado que las redes no deben entenderse sólo como cooperativas, sino que es de especial importancia el flujo de sanciones negativas que discurren hacia regiones habitualmente consideradas como “zonas marginadas”. En conjunto, y en resumen, el primer problema del análisis de la interdependencia global sería rastrear los procesos de fragmentación e integración actuales.

3. La distinción conflicto-desintegración

3.3. Segundo problema: exclusión-inclusión

3.3.1. Las fronteras se desplazan

A. La subjetividad fuera de lugar

El movimiento no se refiere sólo a los reposicionamientos de los agentes a lo largo de cadenas de interacciones cada vez más amplias. Con el establecimiento de nuevas relaciones los agentes no confrontan únicamente nuevas sanciones sino también nuevas definiciones. Los grandes desplazamientos de los agentes suponen a menudo grandes cambios en las identificaciones de las que son objeto. Afectan al status socioeconómico -pasas de ser clase media a ser clase baja o, al revés, a ser clase alta-, a la identidad racial o étnica -tu “negritud” se pone en primer plano, o lo hace tu “blanquedad”-, a la de género -lo que entiendes por ser “mujer” se ve transformado radicalmente-, y a prácticamente cualquier dimensión que podamos imaginar. Pensar en cualquier migrante nos da una idea de lo complejo de estos procesos de re-identificación. Las fronteras que trazan la pertenencia del agente se ponen radicalmente en cuestión y definir “dónde” estamos se convierte en algo cada vez más problemático. Si, como dice Harvey, “el problema, con relación al pensamiento de la Ilustración, no consistía en que careciera de una concepción ‘del otro’, sino en que percibía ‘al otro’ como al que tenía necesariamente un lugar específico (...)” (Harvey, 1995: 279), nos encontramos ahora con que el “otro” está donde no debería, al tiempo que ganan protagonismo otredades caracterizadas fundamentalmente por la falta de un lugar asignable⁸⁵. Yendo más allá, llegamos al punto de que ya prácticamente no se puede decir con claridad cuál es su lugar, siendo su ubicación objeto de constantes disputas.

Esta multidimensionalidad de la identidad es el primer punto sobre el que hay que insistir. Lo hemos dicho varias veces a lo largo del trabajo, pero es preciso tenerlo en cuenta siempre. Aunque la atención se suele poner en lo que de forma vaga podríamos llamar “comunidades culturales”, donde básicamente la referencia es la etnia, la comunidad lingüística y las “prácticas culturales” de las que ya hablamos en el capítulo anterior, las definiciones que constituyen a los agentes son de una variedad mucho mayor y abarcan toda la amplitud de las prácticas sociales. Los ejemplos de los migrantes, vistos con un mínimo de detenimiento, nos lo muestran. El género, la edad, la

⁸⁵ Parsell (2011), por ejemplo, nos da buena muestra de la importancia que los análisis han otorgado a la falta de hogar como constituyente de la identidad.

3. La distinción conflicto-desintegración

orientación sexual, las ideas políticas que se defienden, el estatus socioeconómico... no hay fragmento del agente que no tenga que sufrir algún grado de modificación. Y no es sólo que no es necesaria una gran distancia cultural para experimentar estos cambios sino que, incluso, si supusiéramos que el movimiento se da dentro del “mismo” grupo cultural, puede haber re-identificaciones fundamentales que atañan simplemente al estatus profesional o a una mayor libertad producto de un relajamiento inevitable del control familiar, por ejemplo.

Pero no es sólo con el movimiento del agente como éste entra en nuevas relaciones de identificaciones. A menudo estas transformaciones se sufren como el efecto de la movilidad de los otros con los que se está en relación. Así los procesos de deslocalización, donde los trabajadores permanecen en un sitio les convierten, sin embargo, en “desempleados”, por ejemplo. También es en virtud del desplazamiento de otros agentes como los trabajadores europeos, cuyas condiciones de trabajo se rigen por lo que aún nos queda del derecho laboral construido hace unas décadas, se convierten en “privilegiados” frente a la dura explotación que sufren los trabajadores en otros lugares del mundo y de las que nos informan medios de comunicación, organizaciones sindicales y organismos internacionales.

El segundo punto, está también ya mencionado e igualmente consideramos necesario volverlo a recordar: cuando se habla del movimiento de agentes no se debe pensar sólo en personas. Esto es importante porque, como ya dijimos en los apartados anteriores, una inmensa parte del tráfico mundial de agentes lo producen los objetos y estos no están vacíos de significado, por lo que se enfrentan del mismo modo a las re-identificaciones al cambiar su posición en las relaciones sociales. El mismo objeto puede pasar de recibir el trato reverente dado a lo sagrado, a ser contemplado con la mezcla de curiosidad y avidez de sorpresas que se le otorga a lo exótico o, incluso, a ser enfrentado con la irreverente y burlona actitud de quien se encuentra con algo simplemente “raro”, o con el miedo o el asco que produce lo “anti-natural”. O al revés, lo mirado con indiferencia desde la cotidianeidad, puede pasar a ser celebrado como lo extraordinario. Los objetos no pasan inalterados de una relación a otra y es necesario apreciar estas transformaciones en ellos también. Incluso, como veíamos respecto a los trabajadores occidentales, para que estos cambios tengan lugar no es necesario si quiera que los objetos mismos sean los que viajen, sino que es suficiente con que lo hagan los otros agentes con los que se pone en relación, y el turismo es un buen ejemplo de esto.

Y, sin embargo, en este panorama de múltiples fuentes de re-identificación, es necesario no perder de vista, y este es el tercer punto, que los agentes no siempre son completamente maleables.

3. La distinción conflicto-desintegración

Por decirlo en nuestros términos, los nuevos consensos no siempre se imponen. En este sentido, es preciso recordar que los agentes son nodos en haces de relaciones y que, como tales agentes, disponen de cierta capacidad para resistir las identificaciones propuestas, así como para tratar de imponer otras. Tampoco hay que pensar siempre en los agentes como tratando de conservar las identificaciones previas, como ya hemos ilustrado con quienes se ven de repente como “más libres”, “más prósperos” o “más apreciados”. Centrarnos en las experiencias de “degradación” que pueden sufrir parte, incluso buena parte, de los agentes que circulan, no debe impedir que seamos capaces de reconocer la existencia de relacionamientos novedosos en los que las redefiniciones operan a favor del agente, prescribiéndole sanciones positivas a las que antes no tenía acceso. No hay correlaciones simples en este re-trazado de identidades.

Con estas limitaciones en mente, queremos proponer el exitoso concepto de “comunidades imaginadas” como clave para interpretar estas transformaciones. Podría resultar paradójico que este concepto desarrollado por Benedict Anderson para describir los nacionalismos, haya adquirido una notoria popularidad en los trabajos sobre globalización para el análisis de las identidades post-nacionales. No obstante, el problema es en esencia el mismo: cómo es posible que individuos que no interaccionan cotidianamente y a menudo ni siquiera se conocen personalmente, se perciban, por encima de enormes distancias (espaciales y temporales), como pertenecientes a la misma comunidad. De hecho, Anderson defenderá que ésta no es una característica única del nacionalismo sino que todas las comunidades son, en cierto modo, imaginadas:

“(…) lo malo de esta formulación es que Gellner está tan ansioso por demostrar que el nacionalismo se disfraza con falsas pretensiones que equipara la "invención" a la "fabricación" y la "falsedad", antes que a la "imaginación" y la "creación". En esta forma, da a entender que existen comunidades "verdaderas" que pueden yuxtaponerse con ventaja a las naciones. De hecho, todas las comunidades mayores que las aldeas primordiales de contacto directo (y quizá incluso éstas) son imaginadas. Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas.” (Anderson, 1994: 24)

Queremos, sin embargo, mantenernos alejados tanto de Anderson cuando se refiere a los nacionalismos poniéndolos del lado de las comunidades religiosas o los sistemas de parentesco y frente a las ideologías, como del uso del concepto que en los trabajos sobre globalización pone el énfasis en identidades adscriptivas, colectivos a los que se pertenece de forma “natural”, en los que la membresía no es de carácter voluntario y que funcionan como comunidades de destino, es decir, que se considera el futuro de cada uno de sus componentes como solidario del de los demás. El

3. La distinción conflicto-desintegración

adjetivo “imaginadas” hace patente la artificiosidad de la pretendida “naturalidad” de este tipo de identidades, pero en cualquier caso esta percepción subjetiva – o mejor, intersubjetiva- es clave para la comprensión de esos colectivos. En este trabajo, por el contrario, ya hemos dicho que buscamos articulaciones que sean utilizables en una concepción de las identidades amplia.

La principal aportación que encontramos en el concepto, y por lo que nos resulta tan interesante, es el destierro definitivo de la asociación tradicional que se tiende a hacer entre la interacción cara-a-cara y la comunidad. Del mismo modo que las relaciones de interdependencia y la interacción continuada en situaciones de co-presencia no excluyen la formación de identidades diversas, también es posible, en la otra dirección, que las identidades compartidas se construyan sin sostenerse completamente en ellas. Es así como el concepto de “comunidades imaginadas” que sirvió, en primer lugar, para explicar identidades colectivas cuyo marco era demasiado amplio como para suponer ese trato directo entre todos los miembros de la comunidad, nos sirve ahora para dar un nuevo salto y explicar la formación de esas identidades en espacios aún más amplios, más heterogéneos y, sobre todo, discontinuos, atendiendo a una ampliación de los horizontes de sentido de los sujetos que, si no planetarios, sí que tienden a ser, no ya supra-locales (como en el caso del nacionalismo), sino supra-nacionales⁸⁶. Es en este sentido, precisamente, como lo usa Beck:

“En opinión de quienes diseñan y organizan las danzas y máscaras del 'carnaval africano' en Nottingham, África ha perdido su emplazamiento geográfico. Para ellos, África representa una visión, una idea, de la que se pueden sacar elementos concretos para una estética negra, pero sin que esto sirva en definitiva para fundamentar, crear o renovar una identidad africana nacional para los negros de Gran Bretaña. Esta (Contra-)África británica es, en el sentido literal de la palabra, una 'comunidad imaginada'. Sirve para acabar con la enajenación de los grupos afrocaribeños en Inglaterra” (Beck, 1998a: 68)

En ese mismo ejemplo de Beck, que destaca el papel jugado por objetos tales como las máscaras, -aunque, por otra parte, destaque la asociación de lo identitario con el folclore y la

⁸⁶ Aunque no podemos, por supuesto, borrar por completo los rastros de incoherencia que resultan de aplicar un concepto pensado para una identificación homogeneizantes y exhaustiva “hacia dentro” para explicar formas de identificación donde la discontinuidad es protagonista y que pareciera guardar mayor afinidad con el modelo pre-nacionalista del imperio y, desde luego, no se puede considerar una coincidencia que este concepto haya sido recuperado tan a menudo para el análisis de la globalización, pero que en la medida en que es un concepto pensado para explicar la articulación de la unidad política y la diversidad cultural, sirve menos a nuestro propósito de referirnos de forma analítica a la dimensión de las definiciones y no a la relación homogeneidad-heterogeneidad en las relaciones entre diversos tipos de instituciones.

3. La distinción conflicto-desintegración

dimensión “estética”- así como, por supuesto, en las consideraciones de Anderson sobre el papel jugado por el “capitalismo de imprenta”, los relojes, calendarios, mapas y museos, encontramos, además, la ventaja de no perder de vista la dimensión objetiva -esto es, los objetos- que son parte indispensable de la construcción identitaria, configurando la simultaneidad en su función de articuladores y solidificando esas relaciones. Pero también vemos, especialmente si pensamos en las máscaras del desfile o en los museos, la carga de sentido que se inscribe en ellos, es decir, las identidades que ellos mismos adquieren en esas relaciones, así como el peso, la responsabilidad que tienen en la fijación de las definiciones y que les convierte en componentes, incluso nos atreveríamos a decir que centrales, de las identidades colectivas.

Tenemos, entonces, en el concepto de comunidad imaginada el complemento casi perfecto para el concepto de red, del que parece de algún modo su reverso en la dimensión de las definiciones: figuraciones de agentes de todo tipo que salvan distancias antes impensables, pero al mismo tiempo, discontinuos, flexibles y permeables al entrecruzamiento, que se elaboran, parcialmente al menos, a través de la erosión de figuraciones anteriores. Sin embargo, hay un matiz que no habrá pasado por alto al lector y que marca una diferencia significativa: Anderson escribe en retrospectiva, nos cuenta la historia del nacionalismo y, como tal, parte de figuraciones estabilizadas para contarnos cómo fue posible que lograran esa solidez. El proceso que nos narra, por ello, queda cerrado porque trata de un “final” que ya conocemos. Sin embargo, nuestra concepción de la globalización es completamente opuesta a esta y no podemos hablar de comunidades que le sean propias sino como en construcción. El término de comunidad que nosotros empleamos para significar estabilidad es, en este sentido, del todo inapropiado sino se introduce de alguna manera la dinámica en él. Sería más adecuado a nuestros fines hablar, por tanto, no de “comunidades imaginadas”, sino de la “imaginación de comunidades” y, aún cuando esto volviera irreconocible el origen de nuestra propuesta, sería incluso más apropiado hablar de “construcción de comunidades” para hacer referencia a la dimensión material de su elaboración, no meramente simbólica.

Aún podemos perfilar mejor este concepto si nos ayudamos, por último, del de “la diáspora” y del de “el nómada”, ambos caros a los teóricos que han trabajado con la globalización. Aunque en principio opuestos -para la diáspora la referencia al hogar original es definitoria, mientras que para el nómada lo es la ausencia del mismo-, los dos introducen en el análisis de las dinámicas figuracionales comunitarias dos elementos que parecen quedar difuminados sólo con la asimilación de la “comunidad imaginada”. El primero de ellos es el movimiento. La “comunidad imaginada” se construye sin presuponerlo, o sin presuponerlo para nada más que una élite. No en vano, la clave del

3. La distinción conflicto-desintegración

concepto es que no es necesario el contacto directo entre los miembros de la comunidad. Con la diáspora y el nómada, en cambio, ponemos en primer plano la idea de la trayectoria, el cambio de ubicación, el desplazamiento. Si la “construcción de comunidades” evoca la imagen mental de fronteras que se borran mientras se dibujan otras, la diáspora y el nómada nos hacen visualizarlas en movimiento. El miembro de la diáspora y el nómada representan propiamente -como el desviado- la subjetividad fuera de lugar. Y esto se debe en parte también, y este es el segundo elemento, a que en ellos se destaca lo que la “construcción de comunidades” pone en segundo plano: la resistencia, deliberada o no, a la re-identificación, lo que la intersección en relaciones diversas supone de falta de maleabilidad, de definiciones que no se pueden aceptar o se quieren rechazar.

Hay diferencias, no obstante, entre las definiciones y proposiciones que se han hecho en torno a estos dos conceptos y son, sin duda, diferencias importantes sobre las que trabajaremos más adelante. Sin embargo, podemos usar ambos conceptos de forma conjunta, de momento, para terminar de perfilar nuestra dinámica de “construcción de comunidades” como los relacionamientos que surgen en la circulación y articulación de agentes por rutas previamente inexistentes, con distintos grados de solidificación y oposición, que provocan un desplazamiento de fronteras -que se amplían hasta los confines del mundo en ocasiones-, a la vez que dejan de abarcar homogéneamente un espacio que ya no encierran, haciendo proliferar las zonas atrapadas entre diversas jurisdicciones.

B. Los lugares sin subjetividad

Del análisis a caballo entre la globalización y la post-modernidad ha surgido también un concepto completamente diferente al que hemos tratado en el epígrafe anterior, hasta poder ser considerado casi su opuesto, como pretendemos mostrar con el título del que ahora nos ocupa: si, por un lado, se ha trabajado sobre la idea de las nuevas reconfiguraciones identitarias que surgen del desplazamiento de los agentes, por otro, se ha propuesto que el nuevo mapa identitario incluye también espacios a los que les define precisamente su ausencia de vinculación con lo comunitario. Para poner la base de este anti-intuitivo concepto de espacios sin subjetividad, podemos comenzar con la definición clásica de los no-lugares que hace el antropólogo francés Marc Augé:

“Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad, ni como relacional ni histórico, definirá un no lugar. La hipótesis aquí defendida es que la sobremodernidad es

3. La distinción conflicto-desintegración

productora de no lugares, es decir, de espacios que no son en sí lugares antropológicos y que, contrariamente a la modernidad baudeleriana, no integran los lugares antiguos (...)” (Augé, 1996: 83)

Una contraposición similar es la que encontramos en la teoría de la sociedad-red de Castells entre el espacio de los flujos y los lugares. Así, si por un lado, “un lugar es una localidad cuya forma, función y significado están delimitados por las fronteras de la contigüidad física” (Castells, 2005: 502), el espacio de los flujos es la expresión de los flujos como forma social dominante y remite a un compuesto de una red de impulsos electrónicos, nodos y ejes, y la organización espacial de la élite gestora. El espacio de los flujos sería, entonces, un espacio vaciado de experiencia y ahistórico, constituido por interconexiones funcionales y en el que se ubicaría el poder. Los ejemplos con los que ilustra éste concepto tan abstracto, como el aeropuerto de Barcelona, son asimilables a los que utiliza Augé para definir los no-lugares, fundamentalmente medios de transporte y espacios de cumplimiento de funciones societales. Resulta inevitable poner estas formulaciones en relación con la concepción del espacio homogéneo de Lefebvre, con su predominio del valor de cambio sobre el valor de uso, y su tendencia a la homogeneización⁸⁷, aunque la suya, está más vinculada a la modernidad que a su superación y, en la medida en que se inserta dentro de consideraciones más amplias sobre la producción del espacio bajo el dominio del capitalismo, nos sentimos tentados de decir que no es del todo asimilable a las otros dos.

No obstante, todas ellas comparten un parecido de familia que parece radicar en la afinidad con las contraposiciones de la racionalidad instrumental y la lógica de lo social/cultural, donde la primera evoca una cierta frialdad frente al calor que desprende “el hogar”. No son, por tanto, del todo disímiles a la distinción habermasiana entre la dinámica sistémica y la del mundo de la vida⁸⁸.

87 “*Abstract space is not homogeneous; it simply has homogeneity as its goal, its orientation, its lens. And, indeed, it renders homogenous. But in itself it is multiform. Its geometric and visual formants are complementary in their antithesis. They are different ways of achieving the same outcome: the reduction of the 'real', on the one hand, to a 'plan' existing in a void and endowed with no other qualities, and, on the other hand, to the flatness of a mirror, of an image, of pure spectacle under an absolute cold gaze.*” (Lefebvre, 2000: 287).

88 Que llega al paroxismo en la propuesta de Touraine de *La sociedad desestructurada*, según la cual “las nuevas tecnologías de la información rompen la unidad histórica de una sociedad” de modo que “una sociedad ya no se define históricamente, como si sus elementos interdependientes formasen un conjunto definido por un momento de la evolución” y “que se define ante todo por la separación de la tecnología -en la que hemos de incluir su contexto espacial y temporal- y de las orientaciones culturales”. (Touraine, en

3. La distinción conflicto-desintegración

Este tipo de planteamientos, que hemos criticado y rechazado, son del todo incompatibles con nuestro esquema teórico y, del mismo modo, desde nuestro punto de vista, cuesta dotar de un significado concreto a esos “no-lugares”, a pesar de que aceptamos que pueden ser descripciones con sentido respecto a la experiencia de extrañamiento que determinados agentes pueden vivir en lugares tales como los aeropuertos.

Pero, ¿en qué sentido es posible decir que un aeropuerto, por ejemplo, es un lugar exento de identidades, relaciones e historia? Desde luego, no se trata ya sólo de que un aeropuerto define un cierto número de identidades “profesionales” -pilotos, asistentes de vuelo, dependientes, personal de limpieza, policía-, así como de “usuarios” -pasajeros, pasajeros vip, clientes-, y que todas ellas puedan ser importantes para las narrativas personales y colectivas de los agentes, sino que en él se viven identidades no relacionadas con esa suerte de instrumentalidad a la que parecen remitir esos conceptos afines al de no-lugar: en los aeropuertos se inician lunas de miel, viajes con amigos, visitas a familiares y peregrinaciones religiosas, se reciben a personas queridas, y forman parte de nuestra constitución como migrantes o como “hijos pródigos” que regresan a la “patria” con más o menos éxito acumulado a nuestras espaldas. Son, en general, espacios profundamente enraizados en los imaginarios colectivos como espacios de reencuentros y despedidas, y están presentes en innumerables pasajes de nuestra “mitología” cinematográfica y literaria. Ciertamente son espacios de tránsito pero ¿no lo son en cierta medida la mayor parte de los espacios que habitamos? Y, ni que decir tiene, lo que hay de dudoso en definir los “lugares” por la contigüidad física.

En conjunto, pareciera que sólo si partimos de una concepción de las identidades donde esta se enraízan en tipos específicos de comunidades, como la vecindad o la familia, definidas menos sustancialmente por roles profesionales o técnicos, basadas en normas de reciprocidad y solidaridad, y de gran durabilidad, es posible pensar el resto de identidades y espacios asociadas a ellas como menos “auténticos” o no verse en absoluto como tales. Este es, precisamente, uno de los límites que marcamos con el uso habitual del concepto de “comunidades imaginadas”. La cuestión de si unas relaciones u otras son más o menos apropiadas para generar un sentido de pertenencia y una continuidad y estabilidad identitaria, o más aún, que produzca identidades individuales que integren de forma satisfactoria al individuo en su “medio”, es un problema distinto que la afirmación de que haya espacios y dinámicas asociadas a ellos que meramente minen las definiciones que nos conforman sin poner nada significativo en su lugar. Esto, en nuestros términos, sencillamente no es posible.

Castells, Giddens, Touraine, 2002: 35).

3. La distinción conflicto-desintegración

No nos parece suficiente, en consecuencia, con hacer una distinción entre “inscripción formal” e “inscripción material”, como hace Taylor, donde en un nivel “estamos siempre socialmente inscritos” dado que “descubrimos nuestra identidad en diálogo, en la medida en que se nos impone un lenguaje”, mientras que en el otro “es posible que aprendamos precisamente a ser individuos, a tener nuestras propias opiniones, a desarrollar nuestra propia relación con Dios, nuestra propia experiencia de conversación” (Taylor, 2006: 84). No se trata de negar el desarraigo, pero imaginar una sociedad que de forma masiva vacía la individualidad de identidades colectivas es un escenario distópico completamente irreal, distinto del reconocimiento de la complejidad, precariedad y flexibilidad que puede reinar en determinadas figuraciones y dinámicas figuracionales. Postular espacios así vaciados de subjetividad no es nada diferente de proponer esto, pues es el espacio no es comprensible sino en las relaciones que lo producen y lo habitan.

Ciertamente, hay espacios muy característicos de la globalización, que se caracterizan por acoger una especial abundancia de “articuladores” -pero estos no tienen por qué ser medios de transporte- y de eslabones fundamentales en las cadenas de interacción que articulan espacios remotos. Nos parece apropiado, también, reconocer que tales espacios son especialmente confusos por la aproximación que facilitan entre agentes que viven identificaciones muy heterogéneas y que trata de resolverse por parte de los gestores recurriendo a códigos, quizá aún menos claros, que pretenden mediante la estandarización lidiar con la diversidad y la masificación. Sea como fuere, nuestra propuesta es que son más fácilmente comprensibles como espacios atravesados por un exceso de identificaciones y definiciones superpuestas que como espacios totalmente carente de ellas, independientemente de que despierten más o menos sentimientos de calidez u hostilidad, o más o menos dificultades para la orientación. El campo de las identidades no tiene por qué identificarse con la pasión del amor y el odio, ni con los recodos del camino que se conocen como la palma de la mano. Si -tomando su argumento en su contra- como dice Augé los “relatos de fundación son raramente relatos de autoctonía; más a menudo son por el contrario relatos que integran a los genios del lugar y a los primeros habitantes en la aventura común del grupo en movimiento” (Augé, 1996: 26), estos fríos espacios de interconexión se ganarían por derecho propio un lugar en muchos mitos de comunidades futuras.

3. La distinción conflicto-desintegración

3.3.2. La exclusión no es disenso

A. La necesidad de pertenencia

Desde el punto de vista que nos guía aquí preferimos referirnos a los problemas que genera la globalización en el campo de las identidades más como una consecuencia de la confusión que genera el desplazamiento y re-trazado de las fronteras comunitarias, que como un proceso de progresiva desintegración de las identidades colectivas que dejara a los agentes reducidos a una individualidad vacía, sin que tenga lugar una producción paralela de nuevos horizontes de identificación.

La “búsqueda de la comunidad”, no debe entenderse, por tanto, como refiriéndose a agentes completamente atomizados, sino a agentes atrapados en una maraña de comunidades emergentes y residuales -si se nos permite este uso algo heterodoxo de la terminología de Williams (1982)-. En ambos casos se puede hablar de desorientación y de la identidad como tarea, por utilizar la formulación de Bauman, pero pensamos que hay una diferencia fundamental entre imaginar a los agentes partiendo de una especie de nuevo estado de naturaleza o hacerlo desde la perspectiva de dinámicas de comunitarización, que se pueden generalizar a más fenómenos sociales. En ningún caso se trata de negar la necesidad de pertenencia que experimentan los agentes, antes al contrario, pues nos parece evidente que el reconocimiento como sujeto es siempre el reconocimiento para los otros, como expresa bellamente Lacan: “el deseo del hombre encuentra su sentido en el deseo del otro, no tanto porque el otro detenta las llaves del objeto deseado, sino porque su primer objeto es ser reconocido por el otro” (Lacan 1984: 257).

La ubicación dentro de los límites de la comunidad de diálogo, entonces, no es una cuestión simplemente de “entrar” en ella, sino que es la base para poder funcionar como agentes y no le pre-existimos sino que “el yo siempre se está encontrando a sí mismo como el Otro, convirtiéndose en el Otro para sí mismo, y ésta es otra forma de marcar el opuesto de la ‘incorporación’” (Butler, 2006: 214). Así, el paso de migrantes, turistas y objetos de todo cuño en circulación a lo largo y ancho del mundo no deben verse sólo como interferencias cortocircuitando los entramados de identificaciones estabilizados geográficamente, sino como auténticas batallas, más o menos disputadas, por la fijación de los límites de las mismas, que de algún modo es un paso previo a la producción de consenso y disenso⁸⁹.

89 Nuevamente Lacan lo expresa de forma elocuente al afirmar que “la función del lenguaje no es informar,

3. La distinción conflicto-desintegración

Para emprender la formulación de nuestra perspectiva respecto a estas dinámicas de reubicación identitaria, fundamental en nuestra construcción como sujetos, necesitaremos hacer tres puntualizaciones. Si bien rechazamos la distinción de Taylor entre inscripción formal e inscripción material en el sentido en el que él la emplea, hay algunas matizaciones con cierta afinidad con esta temática que consideramos preciso hacer (Taylor, 2006: 84). La primera, en relación con los procesos de “deconstrucción de comunidades”, se referiría a la distinción entre identidades con contenido positivo en términos de prescripciones y pautas de acción y otras que funcionan como límite negativo y se pueden considerar, en este sentido, como vacías. Desde un punto de vista el agente está recibiendo en cualquier caso una definición, pero desde un punto de vista, digamos con Taylor “de contenido”, realmente sólo estaría recibiendo una señalización de “lo que no es” y “lo que no puede hacer”. El ejemplo que quien es despedido ilustra fácilmente esto. En esa relación recibe una definición por parte de su empleador como “no trabajador”, pero esta no tiene un contenido concreto respecto a qué debe hacer o se espera que haga más allá de no volver a presentarse en el trabajo al día siguiente a su hora de entrada habitual. Si tomamos el ejemplo al contrario, al contratar a un trabajador no simplemente se le da esa definición, sino que con ella se le hace entrar en un nuevo conjunto de relaciones que “rellenan” esa identificación con todo tipo de prescripciones, prohibiciones y permisiones. Podemos conceder que, en este sentido, cabría hablar de pérdidas de identidad en un plano sustantivo. Y esto es fundamental porque es una anulación del agente, no un mero aumento de la libertad para actuar como creamos conveniente. Si como dice Butler las identidades hacen que nuestra autonomía dependa del ser para los demás⁹⁰, podríamos decir que una “identificación negativa” de este tipo nos descalifica como agentes.

sino evocar” pues:

“Lo que busco en la palabra es la respuesta del otro. Lo que me constituye como sujeto es mi pregunta. Para hacerme reconocer del otro, no profiero lo que fue sino con vistas a lo que será. Para encontrarlo, lo llamo con un nombre que él debe asumir o rechazar para responderme.” (Lacan, 1984: 288).

90 “Ni mi sexualidad ni el género son precisamente una posesión, sino que ambos deben ser entendidos como maneras de ser desposeído, maneras de ser para otro o, de hecho, en virtud de otro. No basta con decir que estoy promocionando una visión relacional del yo por encima de una visión autónoma del yo, o que estoy tratando de redescubrir la autonomía en términos de relacionalidad. El término 'relacionalidad' sutura la ruptura en la relación que tratamos de describir, una ruptura que es constitutiva de la identidad misma.” (Butler, 2006: 38).

3. La distinción conflicto-desintegración

Sin embargo, esto no es todo lo que uno necesita analizar en un campo identitario en transformación y aquí entra una segunda distinción relevante. Por un lado, tenemos a los agentes vistos desde una relación y las definiciones que recibe a través de ellas, que pueden ser “negativas” -en el sentido expresado antes-. Pero, por otro lado, apenas tengamos en cuenta que el agente es también un nodo en un haz de relaciones más amplio, veremos que esto no es suficiente como para proponer que el agente queda a la deriva o anulado como tal. Incluso aunque le veamos como saliendo por completo de una figuración, como en el caso del despido, el agente o bien entra en nuevas relaciones o bien cesaría en su condición de sujeto. Así, de una parte, el agente continua manteniendo su inserción en una figuración de relaciones de amistad y personales -aunque su posición se vea transformada-, en otras figuraciones donde se posiciona como consumidor en lugar de como trabajador, o quizá siga, por ejemplo, perteneciendo a un sindicato en el que continua con sus actividades. De otra parte, como “desempleado” con ciertos derechos entra en una nueva red de relaciones, al igual que lo hace como persona que busca trabajo. Esto no es decir que este tipo de transiciones sean aproblemáticas y que no supongan una percepción subjetiva de “pérdida de identidad”, que se viva como una crisis o que, de hecho, suponga dificultades para el agente para reconocerse como tal en otras figuraciones. Pero un agente aún en la más grave de las crisis identitarias sigue siendo un agente, mientras que un agente sin identidad es una contradicción en términos.

Y es porque sigue siendo un agente inserto en otras relaciones, que tiene posibilidades de resistir esa “desidentificación” o de vivirla como un daño que afecta a su identidad en otro plano: “la tesis es que nuestra identidad se moldea en parte por el reconocimiento o por la falta de éste; a menudo, también, por el falso reconocimiento de otros, y así, un individuo o un grupo de personas puede sufrir un verdadero daño, una auténtica deformación si la gente o la sociedad que lo rodean le muestran, como reflejo, un cuadro limitativo, o degradante o despreciable de sí mismo” (Taylor, 1993: 43-44). La importancia de la capacidad para resistir la desidentificación es importante también para tener en cuenta la crítica de Merton a Mead, esto es, que los grupos a los que no pertenecemos pueden funcionar igualmente como punto de referencia, de modo que el agente que ha vivido el despido puede seguir identificándose parcialmente como trabajador y pugnar por seguir operando bajo ciertas definiciones:

“Las expresiones 'otro', 'el otro', y 'otros', se presentan en centenares de ocasiones en la exposición que hace Mead de la tesis según la cual el desarrollo del yo social supone la reacción a las actitudes de 'otro' o de 'otros'. Pero la diferente posición de 'los otros'

3. La distinción conflicto-desintegración

probablemente tomados como sistemas de autorreferencia es paliada, salvo en la repetida declaración de que son miembros del grupo. Así, Mead y aquellos de sus discípulos que también eludieron la investigación empírica tuvieron poca ocasión de plantearse la cuestión de las circunstancias en que los grupos a los que no se pertenece pueden también constituir un sistema importante de referencia.” (Merton, 2002: 244)

Es igualmente oportuno recordar que la capacidad para resistir la desidentificación es también capacidad para resistir la identificación, como se sigue del hecho de que frecuentemente las comunidades tienen que luchar por conseguir o mantener la pertenencia de miembros que pueden eludirla en virtud de su inserción en figuraciones más amplias, como recuerda de nuevo Merton respecto al concepto de integridad de Simmel y que “se refiere a la propiedad de un grupo medida por la proporción de miembros potenciales -los que satisfacen los requisitos para la pertenencia establecida por el grupo- que son miembros reales” (Merton, 2002: 291). Como indica Etzioni (1980), siempre hay un sector de una categoría inmovilizado, fórmula que en nuestros términos podríamos traducir como agentes que resisten parcialmente una identificación y fácil de ilustrar por los éxitos casi siempre, sino siempre, igualmente parciales, de toda campaña destinada a “seducir” o “convocar” a un determinado “tipo” de agentes, ya se trate de propagandas publicitarias o de los reclamos y manifiestos de los variopintos movimientos sociales que han existido.

Pero, por último, y de forma aún más importante, no se pueden ver las identidades colectivas sólo desde el plano de uno de los agentes, ni siquiera si nos queremos referir a él como nodo en una figuración más amplia. Referirse a su transformación o expulsión requiere tener en cuenta, de algún modo, al conjunto de la comunidad porque, como afirma Therborn, una identidad colectiva no es sólo una identidad sostenida en común por un agregado de individuos, sino algo público, manifestado y soportado por rituales públicos (Therborn, 1995: 233). Esto es crucial, para empezar, porque hace evidente que un “desempleado” no termina con la identidad colectiva de “trabajador”, hasta hacer que tal afirmación resulte trivial, pues sin la una no puede existir la otra. Esto es, hace falta una comunidad para decir que alguien no pertenece a ella. Pero lo que queremos destacar es que movilizar con cada identificación o “desidentificación” a la comunidad en su conjunto implica tener en cuenta que los criterios de pertenencia provienen de ella, e introducir como factor crucial la cuestión de su estabilidad -y su cuestionamiento-:

“Decir que el deseo de persistir en el propio ser depende de las normas de reconocimiento equivale a decir que la base de la propia autonomía, de la propia persistencia como 'yo' a través del tiempo, depende fundamentalmente de la norma social que excede a ese 'yo', que posiciona

3. La distinción conflicto-desintegración

este 'yo' ex-táticamente, fuera de sí mismo en un mundo de normas complejas e históricamente variables.” (Butler, 2006: 55)

En la medida en que la comunidad supone hablar, como propusimos, de una figuración estabilizada de identificaciones mutuas, focalizar el análisis en una relación sin tener en cuenta las demás que le dan sentido, distorsiona las conclusiones que se puedan sacar. Especialmente si de lo que estamos hablando es de dinámicas figuracionales, las trayectorias de los agentes concretos no pueden ser tomadas como referencia suficiente. Sólo en una figuración estabilizada, con criterios de pertenencia estabilizados, se pueden tomar las “identificaciones negativas” como auténticas expulsiones de la comunidad. La identidad es una sanción pública y, como tal, revisable. En situaciones de turbulencias figuracionales, la estabilidad que supone la comunidad se pierde. El caso del desempleado es un ejemplo útil una vez más, pues no se puede suponer una equivalencia entre el significado de estar desempleado en un contexto de estabilidad en el empleo y bajos niveles de paro, como el que podía darse en Europa en la década de los 60, con el que pueda tener en uno como el actual, en el que la discontinuidad en el empleo es habitual para un alto porcentaje del colectivo de los trabajadores. Si, yendo aún más allá, tenemos en cuenta la intersección de unas figuraciones y dinámicas figuracionales con otras, la complejidad de los procesos de redefinición identitaria aumenta de manera exponencial, puesto que no sólo serán ya otros trabajadores los que podrían decir “todos hemos estado en esa situación”, sino que entran en juego toda una serie de declaraciones sobre la precarización del empleo por parte de políticos, expertos, etc.

Si reunimos ahora todos estos hilos, pensamos que podemos defender mejor la perspectiva de que no estamos asistiendo a un “borrado” de todas las fronteras, sino a un desplazamiento y transformación de éstas, y que la desorientación de los agentes no se debe a que no haya ningún camino para seguir salvo el que él mismo quiera trazar, sino a que se encuentra frente a una enorme multiplicidad de ellos, algunos que apenas consigue distinguir ya bajo la vegetación que se ha apoderado de ellos, o difícilmente transitables por el mal estado del asfalto, y otros que ni siquiera han terminado de construirse; y, sin duda, tal panorama puede despertar añoranza por las antiguas autopistas perfectamente señalizadas, sobre todo porque el coche que compramos para transitarlas no parece apropiado para ese camino escarpado que es el que parece que nos llevaría ahora a nuestro destino.

Pero, sobre todo, nadie está solo en la encrucijada, aunque quizá ya no se encuentre en ella con los mismos compañeros de viaje que había tenido hasta entonces. La identidad como tarea significa, en este contexto, no sólo que tengamos que decidir quiénes somos, sino que en buena

3. La distinción conflicto-desintegración

medida este problema se confunde con el de con quiénes estamos. Si habitualmente tomamos como algo dado que todo el mundo habla “desde algún sitio”, el problema ahora es que en parte ya no sabemos “desde dónde” lo hacemos. ¿Somos mujeres o mujeres blancas? ¿Somos españoles en Londres o europeos en Europa? ¿Somos trabajadores explotados u occidentales privilegiados? ¿Somos activistas por los derechos humanos o ideólogos etnocéntricos? ¿Somos ecologistas concienciados con el cambio climático o intentamos impedir el desarrollo de las regiones que compiten con nosotros? Probablemente seamos un poco de todo, y tampoco podemos decidir con completa autonomía donde posicionarnos, al igual que tampoco pueden hacerlo los demás por nosotros sin que dispongamos alguna capacidad de resistencia. Y, en buena medida, esa falta de maleabilidad se deriva, de nuevo, de con quién estamos haciendo este viaje, de las constricciones o capacidades que experimentamos como consecuencia de relaciones que perduran y de otras nuevas que aparecen. Pero, y en este sentido es plenamente oportuna la distinción entre residuales y emergentes de Williams, la situación que vivimos se complica por la dimensión planetaria de la dinámica de comunitarización, sin que esta pueda considerarse como algo exclusivo del momento actual, sino parte de todos los momentos de cambio social acelerado.

Sin embargo, aún podríamos aprovechar más esta distinción de Williams, antes de concluir, para dar sentido a lo que está en juego en estas dinámicas de comunitarización. En su propuesta lo emergente y lo residual, definidos como lo novedoso y lo obsoleto, no cobran sentido sin una referencia a esa “cultura dominante” que juega el papel de una suerte de punto de medio que, en nuestra articulación conceptual, se identificaría con una figuración estabilizada. Esta distinción nos resulta interesante por dar cuenta plenamente del componente dinámico que rige en el campo de las identificaciones, pero podemos llevarla más lejos si eliminamos esa referencia a lo estabilizado y hacemos funcionar lo residual y lo emergente como extremos en un continuum que determinara la potencialidad de las relaciones de definición que constituyen a los agentes para hacerles entrar en otras relaciones. Esto implica una reconceptualización profunda, puesto que no podría identificarse lo emergente con las relaciones nuevas y lo residual con las relaciones que perduran. Significaría deshacernos de lo que estos conceptos arrastran en connotaciones al pasado y conservar sólo la evocación de la trayectoria futura. Figuraciones emergentes, entonces, serían figuraciones en expansión, y figuraciones residuales, figuraciones que se contraen y decaen, y probablemente estos términos de “expansivas” y “contractivas” serían más apropiadas para evitar confusiones. De la una surgirían identidades con múltiples relacionamientos y, por tanto, potentes, y de la otra, identidades cada vez más aisladas y, por tanto, débiles. Usando una última vez nuestro ejemplo del

3. La distinción conflicto-desintegración

desempleado, es en la medida en que esta identificación corta conexiones con otras como ciudadano o consumidor, identidades que posibilitan a su vez nuevas relaciones, como nos encontraríamos con nuestro agente “saliendo” de una figuración expansiva para “entrar” en otra contractiva.

B. Inclusión y exclusión: definiciones

Para articular esta propuesta con mayor claridad, introduciremos ahora los conceptos de “exclusión” e “inclusión”, que, igual que en el caso de “integración” y “fragmentación”, hemos estado evitando emplear hasta haberlos definido con algo de claridad, para evitar confusiones. La “exclusión” y la “inclusión” se refieren entonces a dinámicas figuracionales de comunitarización, esto es, son conceptos contruidos bajo la perspectiva de una agencia no estabilizada y desde la dimensión de las definiciones. Esto es relevante porque en la literatura sobre globalización, y en la sociología en general, tiende a hablarse de exclusión para referirse a la marginalización de las redes, en un sentido similar al que nosotros usamos el concepto de fragmentación, y especialmente como forma de dominación, relativamente novedosa y característica del actual período histórico, tema del que nos ocuparemos mas adelante en este trabajo. Nosotros querríamos definir la exclusión más como “el movimiento por el que un agente recibe una identificación negativa” y la inclusión como “el movimiento por el que un agente recibe una identificación positiva”. Es importante recordar el sentido en el que utilizamos el concepto de identificación negativa y su opuesto. Para concretar, diremos que una identificación negativa es una definición que termina una relación, y una identificación positiva es una que comienza una relación.

Exclusión e inclusión se podrían entender, por tanto, como los procesos por los que se dirime la pertenencia a la comunidad, siempre que tengamos en mente que la comunidad no se refiere a un tipo específico de comunidad caracterizado por la intimidad, la reciprocidad, etc., sino por la estabilización de una figuración de identificaciones mutuas. En la medida en que las comunidades son las sancionadoras de las reglas, y el público ante el que se debe justificar la adecuación y corrección de su uso, son así mismo de quienes dependen la re-adaptación y la revisión de las mismas. Podríamos decir, entonces, que inclusión y exclusión son también las dinámicas que marcan la entrada o salida en la comunidad de diálogo y, por tanto, las dinámicas de expulsión o incorporación a la comunidad de sujetos relevantes para la definición de las relaciones. En un contexto de falta de estabilidad, esto significa que son las dinámicas por las que se tratan de

3. La distinción conflicto-desintegración

estabilizar nuevos consensos, pero consenso y disenso e inclusión y exclusión definen tipos analíticos distintos.

Es, sin embargo, en este sentido, en el que podemos ubicar en esta articulación teórica la concepción de la política de Ranciere, primero, como la constitución del espacio y los sujetos de la política, y, segundo, respecto a la política como el disenso, postulados con los que se opone tanto a la concepción de la política como lo que sucede en el sistema político, como a su concepción como la actividad por la que se logran acuerdos sobre las normas que deben regir la vida en común. Diríamos que lo político, entonces, sería la pugna por la inclusión, y el consenso, en tanto inclusión lograda, su final. La definición de exclusión e inclusión de Luhmann, a pesar de otros fundamentales desacuerdos teóricos, vuelve a ser apropiada, siempre que sustituyamos sus “seres humanos” por “agentes relevantes” -y la redundancia que esto supondría en la frase no es casual-:

“Inclusión (y análogamente exclusión) pueden referirse sólo al modo y manera de indicar en el contexto comunicativo a los seres humanos, o sea, de tenerlos por relevantes. Conectando con un significado tradicional del término, puede decirse también que se trata del modo y manera en que los seres humanos son tratados como 'personas'.” (Luhmann, 1998a: 172)

Una vez más tenemos que recordar que para dar ese salto que acabamos de comentar y pasar de lo relacional a lo figuracional, es necesario tener en cuenta la extensión e intensidad del movimiento en la figuración. A este nivel figuracional, la inclusión y la exclusión se traducen en aumentos y disminuciones de la potencia de las identidades relacionadas, y lo que analizaríamos es si se trata de figuraciones expansivas o contractivas. Teniendo en cuenta que ninguna figuración puede expandirse hasta poner en relación todas las identificaciones existentes y que tampoco puede, al revés, llegar a tal punto de aislamiento que no defina ninguna relación, ambos términos figurarían -como en el caso de la interdependencia y la autonomía- como límites inalcanzables de un continuum. A lo largo de este, la potencia de relacionamiento se mediría en función de la cantidad y calidad de relacionamientos que se derivan de una identificación. Tomando los términos de sensibilidad y vulnerabilidad, podríamos decir que en este sentido lo que estaríamos midiendo es la segunda. Pero la primera en este caso no sería sino una parte de la aquella: el número de aquellas relaciones que se derivan directamente de modo que pudieran tratarse como dimensiones de la misma identificación.

Podemos usar de nuevo el ejemplo de la especialización y la interdisciplinarización para ilustrar esta nueva dimensión de análisis. La interdisciplinarización, que poníamos como ejemplo de integración, lo sería así mismo de inclusión, en la medida en que especialistas de distintas áreas y

3. La distinción conflicto-desintegración

disciplinas pasan a recibir una definición positiva, esto es, una definición que inicia una relación. El número de “compañeros” que cada agente admite se multiplicaría, y con ello sus identificaciones dependen de una red más amplia. Del mismo modo, la especialización sería, además de ejemplo de fragmentación, ejemplo de exclusión, por la que especialistas considerados hasta ese momento como miembros competentes para juzgar la producción científica de otros, reciben ahora identificaciones negativas al respecto, es decir, definiciones que eliminan esa relación. La figuración generada por la primera dinámica sería expansiva, mientras que la generada por la segunda sería contractiva, pero no es necesariamente así a largo plazo o si miramos su inserción en figuraciones más amplias, pues puede que un área más especializada tenga más éxito a la hora de establecer relaciones con diversas instituciones para recibir fondos para la investigación, para acceder a determinados puestos políticos o directivos, para recabar nuevos estudiantes, etc.

Si devolvemos el análisis ahora al ámbito de la globalización, podemos replantear esa movilidad de las fronteras como el producto de las dinámicas de inclusión y exclusión que pasan a primer plano, haciendo que cada vez sea más complicado saber a qué comunidades pertenecemos, así como ser capaces de definir de qué manera articulamos las identificaciones que se superponen. Ni siquiera es sencillo saber si estamos o no ya incluidos dentro de una u otra comunidad, y a eso alude la imagen de las “fronteras borrosas” -“borrosas”, no “borradas”-: las comunidades se transforman y el “fuera” o “dentro” dejan de estar claros. Un nuevo nivel de complejidad se añade si tenemos en cuenta que algunas de esas figuraciones son expansivas y otras contractivas, de modo que unas nos llevan a relacionamientos nuevos que apenas sabemos como afrontar, mientras otras destruyen los caminos que dábamos por sentados. Así, emigramos a Alemania y entramos en un entramado nuevo de relaciones personales allí, quizá incluso formamos una familia y se cuestiona nuestra identificación como españoles, alemanes o europeos -o, como siempre, ¿seremos todo a la vez?-. Pero al mismo tiempo cada vez más españoles están viviendo fuera de España y mantener nuestras relaciones con nuestros amigos de la infancia supone conectar con gente en Estados Unidos, Irlanda e India, al mismo tiempo que entre nuestras mejores amistades en Alemania hay no sólo alemanes, sino también turcos y checos. Tanto lo que significa ser español emigrante como lo que significa ser alemán está en redefinición porque los movimientos de personas son fuertes y están desestabilizando ambas configuraciones. Por último, nos podemos encontrar, por ejemplo, con que ser español o alemán cada vez tiene menos implicaciones y que, en cambio, ser europeo nos da acceso a relaciones centrales en nuestra vida, o vivimos una época de recorte de derechos y vemos que ser “ciudadano” ya sea español, alemán o europeo, cada vez es una identificación menos central

3. La distinción conflicto-desintegración

para el desarrollo de aspectos fundamentales de ella que nos vemos cumpliendo en tanto que “consumidores”. Esta es la clase de complejidad que afrontamos en una época dominada por un movimiento de increíble potencia desestabilizadora.

3.4. Tercer problema: acoplamiento-desacoplamiento

3.4.1. La oscilación espacial de las estructuras

A. Lo social más allá de las naciones

Desde el punto de vista estructural, ya hemos comentado que los debates giran, principalmente, en torno a la cuestión de si existe o no algo semejante a un “sistema mundial”, o en un menor nivel de exigencia, a si existen o no instituciones plenamente globales. Sin entrar de momento a otras dimensiones de la polémica, uno de los principales puntos de acuerdo, seguramente el principal, ha sido la crítica a la asimilación apriorística de las fronteras estatales con las fronteras “sistémicas”. Albrow nos muestra como esta identificación de Estado y sociedad típica de la sociología, llegaba a su paroxismo con Durkheim:

“Émile Durkheim aceptaba la antigua visión de que el intercambio económico era social y, por tanto, constituía la sociedad. Pero dado que la sociedad para él era esencialmente la sociedad del Estado-nación, el intercambio entre fronteras tenía que definirse únicamente como ‘mutualismo’, no verdaderamente ‘social’, ¡ya que ocurría incluso entre individuos de diferentes especies de animales!” (Albrow, 1997: 49)

El cambio de perspectiva que esta crítica propone ha tenido un impacto profundo en todo tipo de análisis y se puede considerar una de las lecciones más generalizables extraída del estudio de la globalización. Si hasta ahora habíamos visto con total naturalidad hablar de la sociedad “española”, “francesa” o “jamaicana”, de repente nos encontramos con que tales definiciones de partida suponen una importante distorsión del análisis de cualquier fenómeno social y nos vemos obligados a seguir los procesos estructurales en su desarrollo a través de las fronteras. El concepto de “transnacionalismo”, que en rigor no implica una perspectiva puramente estructuralista es, sin embargo, completamente afín a esta re-formulación del enmarcamiento de los fenómenos que estudiamos. No se trata de negar que el Estado tenga una capacidad fundamental en la conformación de estos, sino de no darla por supuesto, puesto que los elementos relacionados por las

3. La distinción conflicto-desintegración

estructuras no quedan siempre -ni siquiera a menudo- completamente atrapados dentro de sus fronteras, sino que, al revés, frecuentemente las cruzan.

La “patente” del concepto de nacionalismo metodológico la tendría Anthony Smith, que en el marco de sus análisis sobre el nacionalismo y su asimilación con los Estados, fue de los pioneros en la crítica del uso del Estado-nación que veía como consecuencia de la fuerza del nacionalismo en la construcción de nuestros marcos de sentido. Así, el nacionalismo metodológico era producto de la pujanza del nacionalismo pero también era en buena medida causa del mismo, en una espiral que se retroalimentaba⁹¹. Su popularización en el campo de los análisis de la globalización, sin embargo, corre en buena parte de la mano del protagonismo que Ulrich Beck le dio a este concepto, aplicándolo a la crítica de la presuposición habitual en las ciencias sociales de la coincidencia espacial de los diferentes subsistemas -siendo el estatal-político uno sólo de ellos-:

“Más exactamente el nacionalismo metodológico se basa en una doble suposición de congruencia: por un lado la congruencia de fronteras políticas, económicas, sociales y culturales; por otra, la congruencia de la perspectiva de los actores con la de los sociólogos observadores, de modo que las premisas del nacionalismo normativo-político de los actores se convierten sin reflexión previa en premisas de la observación sociológica. Ambas presuposiciones de congruencia se refuerzan mutuamente.” (Beck, 1998a: 228)

Esta línea de crítica hacia la identificación del Estado como “contenedor” de los procesos sociales es la que sigue también Saskia Sassen. Esta autora, sin embargo, añade también el rechazo a la presuposición de que, incluso lo que acontece de forma fundamental dentro de los Estados-nación, pueda considerarse como estrictamente nacional. Para comprender esta proposición habría que entender que lo que aparece “como si” fuera nacional es en realidad global y que lo podríamos comprobar si no “mutilamos” los procesos sociales y rastreamos de forma completa sus orígenes y consecuencias, esto es, sus relaciones con otros fenómenos, en toda su extensión:

“Si lo global, en efecto, reside en parte en el interior de lo nacional, resulta evidente que la globalización, en sus distintas modalidades, compromete de manera directa dos supuestos clave de las ciencias sociales. El primero de ellos es la concepción implícita o explícita del Estado-nación como contenedor de los procesos sociales. El segundo es la correspondencia

91 “*The study of society today is, almost without question, equated with the analysis of nation-states (...) There are very good reasons for proceeding this way, but the theoretical underpinning derives much of its force from acceptance of nationalist conceptions, and goes a long way to reinforce those conceptions. In this way, the world nation-state system has become an enduring and stable component of our cognitive outlook, quite apart from the psychological satisfaction it confers*” (Smith, 1979: 191).

3. La distinción conflicto-desintegración

implícita entre el territorio nacional y lo nacional como característica, es decir, que si un proceso o fenómeno sociales da en una institución o en un territorio nacional se asume que debe ser de carácter nacional” (Sassen, 2007: 11)

El énfasis que más ha calado en las formulaciones sociológicas, en cualquier caso, ha sido el que presenta el uso del concepto hecho por Beck: la no coincidencia de las fronteras estatales con las de otros subsistemas o instituciones. Sin embargo, es preciso ser cuidadoso con este tipo de planteamientos, porque puede reproducirse en ellos el mismo tipo de problema que se trata de solucionar. Esto es especialmente probable si asumimos, como a veces parece hacer Beck, que el Estado es la expresión moderna del sistema político -y esto independientemente de que se considere o no una forma caduca del mismo-. Es, sin duda, un avance pasar de un modelo que integra de forma completa todos los subsistemas que describe a otro que reconozca la variabilidad espacial de los mismos. Corremos el riesgo, no obstante, de reducir la crítica únicamente al privilegio teórico otorgado a este subsistema frente a otros, y perder de vista la posibilidad de una crítica más profunda al concepto mismo de sistema y su asociación a límites espaciales definiendo zonas de coherencia interna.

Este es, por ejemplo, el camino que sigue la propuesta de Wallerstein. Por un lado, señala las contradicciones “espaciales” entre el sistema político y el sistema económico: “la característica distintiva de una economía-mundo capitalista es que las decisiones económicas están orientadas primariamente hacia la arena de la economía-mundo, mientras que las decisiones políticas están orientadas principalmente hacia las estructuras menores que tienen control legal, los Estados (naciones-Estado, ciudades-Estado, imperios), en el seno de la economía mundo” (Wallerstein, 1979: 93). Esto es, sin duda, una aportación interesante que muchos autores han recogido posteriormente, como es el caso de Anthony Giddens, que la convierte en una de las contradicciones fundamentales del capitalismo⁹². Pero, por otro lado, la principal conclusión de Wallerstein al respecto es sólo que es necesario considerar un sistema más amplio, y termina incluso por romper con la aceptación de la falta de coincidencia geográfica de fronteras entre subsistemas, al adoptar al sistema inter-estatal como el auténtico correlato de la economía-mundo: “los únicos sistemas social reales son, por una parte, las economías relativamente pequeñas, altamente

92 Aunque sea bajo la forma de contradicción estructural “secundaria”, frente a la primaria que se referiría a “el modo en que una esfera 'privada' de 'sociedad civil' es engendrada por la esfera 'pública' del Estado, pero separada de esta y en tensión con ella” 226

3. La distinción conflicto-desintegración

autónomas, de subsistencia, que no forman parte de ningún sistema que exija tributo regular; y, por otra parte, los sistemas mundiales” (Wallerstein, 1979: 490).

De forma similar a Wallerstein, Luhmann reconoce la inviabilidad de los análisis que toman como referencia sistémicas las sociedades nacionales, pero su conclusión es, igualmente, que en último término no existe sino un sólo sistema social que alcanza la escala planetaria. De este modo definirá la sociedad como “el sistema que engloba todas las comunicaciones, aquel que se reproduce autopoiéticamente mediante el entrelazamiento recursivo de las comunicaciones y produce comunicaciones siempre nuevas y distintas” (Luhmann, 1998b: 59). El planteamiento termina derivando en un rechazo a cualquier tipo de regionalización espacial del análisis:

“También podemos prescindir de los límites territoriales, y con ellos de la hipótesis de una pluralidad de sociedades regionales. (...) mientras que para las sociedades animales las relaciones espaciales son uno de los más importantes, sino el único medio de expresión del orden social, la evolución de la sociedad socio-cultural quita en tal medida significado a dichas relaciones -como consecuencia del lenguaje, la escritura y la telecomunicación-, que se hace necesario partir de que es la comunicación la que determina el significado restante del espacio, y no al revés -es decir, que sea el espacio el que libere y restrinja la posibilidad de la comunicación.” (Luhmann, 1998b: 58)

Si tomamos esta afirmación como una referencia a la necesidad de contemplar el espacio como socialmente producido en lugar de aceptar, tal y como se plantea en nuestro sentido común, que es algo dado, en la línea de las investigaciones pioneras a tal efecto de Lefebvre, tenemos que mostrarnos de acuerdo. Qué duda cabe, de que las tecnologías de la comunicación, y esa es otra lección importante de la globalización, han revolucionado de forma contundente nuestra concepción de las distancias. Sin embargo, creemos que el planteamiento de Luhmann está viciado por su rechazo a incluir la dimensión física de los agentes como parte del sistema social y su reducción a puros términos comunicativos-semánticos. Al contrario, el espacio y el movimiento espacial, físico y material, de los agentes es un aspecto clave de la globalización, aunque entendamos desde una perspectiva estructuralista que hablamos de “elementos” y no de agentes. Es, en otra variante, el concepto de sistema y su necesidad de un “entorno” el que de nuevo nos juega una mala pasada.

En este sentido, encontramos mucho más oportuna la crítica al nacionalismo metodológico de Albrow que se convierte en un rechazo de plano a los presupuestos de la teoría de sistemas, subrayando la artificiosidad de reducir a las sociedades nacionales a sistemas unas para otras ya cuando Parsons lo formulaba a mediados del siglo XX, cuánto más ahora. Al contrario, “los

3. La distinción conflicto-desintegración

estados-nación existen en el interior de otras sociedades, en un intercambio e interacción persistentes” (Albrow, 1996: 111), si bien su énfasis en esos conceptos de “intercambio” e “interacción” no nos parece acertado, dado que podría encontrar cabida dentro de las relaciones sistema-entorno de la teoría de sistemas.

Nosotros encontramos, sin embargo, que el rasgo más perjudicial de esta teoría es el de tratar de pensar los sistemas en términos de límites, como ya explicamos en el capítulo anterior, de modo que el principal problema sería determinar dónde empiezan y acaban esas “otras” sociedades y, en este sentido, encontramos útil no perder de vista la referencia a instituciones, si bien no a subsistemas. Mann, de hecho, ha cuestionado firmemente, en el marco de sus análisis históricos del nacimiento y desarrollo de los Estados, que exista ningún tipo de correlación lógica entre el sistema inter-estatal y el capitalismo, reivindicando la autonomía de cada nivel institucional y criticando a los autores que como Wallerstein concluyen del desarrollo histórico concreto que existe una exigencia funcional⁹³. En esta dirección, consideramos fundamental problematizar la coherencia que supone el modelo sistémico -funcionalista o marxista- y destacar que sólo en circunstancias empíricas concretas podemos encontrar “sociedades” con límites definidos y esto, como señala Urry, es históricamente poco frecuente:

“Esta construcción del discurso de la sociología alrededor del concepto de sociedad, deriva en parte de la relativa autonomía de la sociedad americana a lo largo del siglo XX. Por tanto, representa una universalización de la experiencia americana. El teorizador de los Estados Unidos como prototipo de la sociedad moderna, Talcott Parsons, definía la sociedad como ‘el tipo de sistema social caracterizado por el mayor grado de autosuficiencia en relación su entorno, incluyendo otros sistemas sociales’. Tales sociedades autosuficientes son empíricamente raras (...)”. (Urry, 2001: 6)

B. Las naciones fracturadas

Si tomamos los dos puntos principales de lo expuesto en el epígrafe anterior, la falta de coincidencia espacial entre las distintas instituciones y la dificultad de definir los límites de cada una de ellas, tenemos en el reverso de esa tendencia a la “mundialización” de los sistemas, la inevitable perspectiva de la fragmentación de las naciones. La crítica al nacionalismo metodológico

⁹³ “(...) *It is true that many historians argue that the multi-state system encouraged the competitive dynamism of capitalist development; that is competition between states, as well as enterprises, encouraged growth. I accept this argument. But if so, this was an empirical fact, not a functional requirement.*” (Mann, 1988: 139)

3. La distinción conflicto-desintegración

no supone sólo la necesidad de contemplar el “intercambio” e “interacción” entre sociedades o la apertura del análisis a unidades más amplias, sino a menudo, también, a unidades más restringidas. Ese “intercambio” e “interacción” entre instituciones diversas se encuentra también en el seno de las propias sociedades y no sólo bajo la forma de “subsistemas” especializados, sino también, como relaciones entre distintos tipos de estructuras económicas, políticas y culturales. Las naciones quedan rotas y el transnacionalismo parece ser más apto para describir nuestro mundo ahora que el nacionalismo. Esto no significa que “lo nacional” haya perdido por completo el sentido, pues de lo contrario no tendría razón de ser un término que incluye la referencia al nacionalismo, añadiéndole el prefijo que sea. Lo que destaca es que la coherencia interna que presuponían el nacionalismo metodológico se ha hecho más que problemática.

Para entender esa problematización de la coherencia interna, encontramos especialmente afortunado el concepto de Sassen (1991, 2007) de “desnacionalización”, como complemento fundamental para el de “transnacionalización”. En su trabajo, aunque también por ejemplo en el de Castells, tenemos la oportunidad de comprobar como se generan nuevos “sistemas” o “redes” que conectan las grandes ciudades globales y otros puntos importantes (centros de investigación, por ejemplo), a la vez que pierden relevancia las conexiones anteriores entre esos centros neurálgicos y otros nodos pertenecientes a su mismo marco estatal. Las ciudades o regiones integradas en esos nuevos sistemas globales se “desnacionalizan” en la medida que las relaciones “nacionales” pasan a un segundo plano respecto a las “globales”, cuando no tienden directamente a ir desapareciendo. Esto es lo que habría sucedido, según la autora, en la formación de un sistema urbano global, cuyos principales nodos serían Londres, Nueva York y Tokio:

“Las nuevas formas de las actividades económicas internacionales problematizan la relación entre los Estados-Nación y las ciudades globales. (...) Defiendo la posibilidad de una discontinuidad sistémica entre lo que se solía pensar como nacional y las formas de crecimiento económico evidentes en las ciudades globales en la década de los ochenta. Estas ciudades constituyen un sistema más que simplemente compiten entre ellas. Lo que contribuye al crecimiento económico en las ciudades globales quizá no lo haga en las naciones” (Sassen, 1991: 9)

Esto significa, ya lo mencionamos, que un enclave definido como “nacional”, en el sentido de que no es estrictamente “supranacional”, no debe por ello dejar de poder ser considerado como global, rompiendo la identificación espontánea de las instituciones nacionales con la nación. Sassen apoya

3. La distinción conflicto-desintegración

así una concepción de la globalización que incluiría dos niveles: lo propiamente global y lo global en los marcos de los Estados-Nación:

“¿Qué es entonces lo que se intenta designar con el término ‘globalización’? (...) Por un lado, la formación de procesos y de instituciones explícitamente globales, como por ejemplo la Organización Mundial de Comercio, los mercados financieros internacionales, el nuevo cosmopolitismo y los Tribunales Internacionales de Crímenes de Guerra. (...) Por otro lado, se encuentran los procesos que no pertenecen necesariamente a la escala global y que, sin embargo, forman parte de la globalización. Dichos procesos están inmersos en territorios y dominios institucionales que en gran parte del mundo, si bien no en todos los casos, se consideran nacionales” (Sassen, 2007: 14)

Nuevamente, lo que nos interesa, sin embargo, no es este apunte hacia la conexión de lo aparentemente nacional con lo global, sino la posibilidad que con el concepto de desnacionalización tenemos de aproximarnos, no a la construcción de lo global, sino a la deconstrucción de lo nacional. Podemos ver entonces los Estados como atravesados por diversas fuerzas que minan su unidad y es en este sentido en el que Albrow (1996) propone que la Era Global se distingue de la Era Moderna fundamentalmente por el declive del Estado-nación, fragmentado por diversas instituciones cuya potencia no puede contener, y entre las que destacarían las corporaciones, el mercado, la ciencia, la cultura y “lo social”. En una cara de la moneda podemos ver todas estas instituciones como instituciones más o menos globales, pero en la otra tenemos que ninguna de ellas puede ser considerada enteramente nacional, y se hace patente lo “vacío” que quedan los Estados sino podemos concebirlos como una tensión para territorializar determinadas estructuras, sino que requerimos dotarlos de “contenido”, como definiéndose en virtud de fenómenos, procesos y relaciones que le son específicos.

Otra formulación que gira en torno al cuestionamiento de la integración nacional, aunque no específicamente en el ámbito de análisis de la globalización, sería la de Enzo Mingione que en su libro, de título sorprendentemente oportuno, *Las sociedades fragmentadas*, nos muestra desde el análisis de las instituciones económicas hasta qué punto la presuposición de coherencia era poco oportuna, a la vez que nos brinda un buen ejemplo de en qué sentido podemos decir que la heterogeneidad intra-nacional no es sólo una cuestión de especialización funcional. Mingione se ocupa fundamentalmente de mostrar la importancia que ha continuado teniendo el sector de la economía informal, así como las redes de reciprocidad, en el seno de las economías desarrolladas y como la penetración del capitalismo ha sido desigual tanto fuera como dentro de ellas. Como

3. La distinción conflicto-desintegración

ejemplo de ello, afirma que en Estados Unidos “la mayoría blanca crecientemente implicada en formas asociativas de socialización, ha podido apelar, dados sus salarios relativamente altos, a los servicios privados ofrecidos por el mercado, lo que conduce a un coste elevado del trabajo, mientras que las diversas minorías han acudido a diversos tipos de dispositivos recíprocos” (Mingione, 1994: 84). Esta dependencia desigual de las redes de reciprocidad, no se comprueba sólo en Estados Unidos, no obstante, y podríamos añadir, que incluso entre las élites hay un cierto espacio para ella, aunque la forma que adopta sea fundamentalmente distinta.

Esta investigación de Mingione es fácilmente asociable a la línea de trabajo sobre los Estados de Bienestar iniciada por Esping-Andersen, con su diferenciación de modelos básicos de provisión de bienestar social, que igualmente nos hablan de las diferentes vías por las que en una sociedad se procuran y distribuyen los servicios requeridos para el mantenimiento de sus componentes, y que nos hablan de una concepción de la economía más amplia que la habitualmente dibujada por los modelos liberales del “sistema económico”. Una conclusión semejante se podría obtener si atendiéramos, por ejemplo, al trabajo clásico Polanyi sobre los distintos tipos de integración, que incluían no sólo el intercambio, sino también la reciprocidad, la redistribución y la administración doméstica⁹⁴. Los mismo tipos de “estructuras económicas” no rigen para todo lo que puede ser considerado “economía”. El mercado sería, entonces, sólo una institución económica entre otras e, incluso pensando en las sociedades actuales, es difícil concebir que sea suficiente con analizar el capitalismo *per sé* ignorando las familias, las organizaciones políticas y el llamado “tercer sector”, regidos por principios estructuralmente distintos.

Este ejemplo del ámbito económico, nos sirve fácilmente para ilustrar tanto la imposibilidad de reducir la fragmentación a un “subsistema” como la interrelación entre la transnacionalización y la desnacionalización, si atendemos a como las familias de migrantes construyen redes de reciprocidad que cruzan las fronteras nacionales, a como buena parte de la ayuda internacional se canaliza a través de ONGs, o a como los Estados reciben financiación externa en diversos casos, al tiempo que todos estos factores interactúan unos con otros. Todas estas dinámicas contribuyen en igual medida a imbricar la “economía nacional” en la compleja “economía global”, a la vez que

⁹⁴ “Se puede afirmar, en general, que todos los sistemas económicos que conocemos, hasta el final del feudalismo en Europa Occidental, estaban organizados siguiendo los principios de la reciprocidad, de la redistribución, de la administración doméstica, o de una combinación de los tres. Estos principios se institucionalizaron gracias a la ayuda de una organización social que utilizaba los modelos de la simetría, de la centralidad y de la autarquía entre otros.” (Polanyi, 1989: 100).

3. La distinción conflicto-desintegración

hacen de ella un término confuso para referirse a una amalgama de relaciones heterogéneas con diferentes, aunque siempre imprecisos, límites territoriales.

La principal conclusión, entonces, es que el análisis no puede centrarse en naciones, compuesta de piezas que van encajando perfectamente como en un puzzle, y que a su vez formarían piezas mayores para el puzzle global. La escala es un problema fundamental que hay que enfrentar en el análisis de la globalización pero no se puede tomar simplemente como si fuera una cuestión de ir dándole al zoom, como hacemos al consultar un mapa en Internet. Al contrario, siguiendo con la metáfora, lo que necesitaríamos es al mismo tiempo poder consultar al detalle el plano de una ciudad y el del globo en su conjunto. Un análisis multiescalar es imprescindible pero es preciso tener en cuenta que no encontramos todos los fenómenos distribuidos de manera regular, sino que hay interacciones entre niveles y discontinuidades, y que sólo partiendo del análisis empírico de nuestro objeto de estudio podemos tratar de fijar referencias. Algo similar a esto encontramos en la argumentación de Altvater⁹⁵, y aunque no compartimos la rigidez de las demarcaciones que propone, ni tampoco la terminología tomada de la teoría de sistemas, estamos de acuerdo en la importancia de prestar atención a las diferentes escalas que afectan a diversos fenómenos y su interrelación empírica. Esta pensamos que es la lección fundamental de la popular crítica al nacionalismo metodológico.

3.4.2. El desacoplamiento no es contradicción

A. La precariedad del cierre autopoietico

Lo que se pone en cuestión radicalmente si aceptamos las proposiciones de la falta de coincidencia plena entre estructuras y del rechazo de la definición apriorística y unívoca de sus límites es, entonces, el supuesto de autosubsistencia. Esto se refiere a la “autosuficiencia” cuya presunción teórica Urry criticaba en Parsons quien, efectivamente, afirmaba que “ya que la organización empírica del sistema es un foco fundamental, tiene que ser la norma, por así decirlo, la

⁹⁵ “First, there is the problem of the capital incompatibility of societal organization, political institutions, and economic processes. The market today can only be described as the world market of commodities, capital, and financial flows. The state, on the contrary, remains a nation-state. The institutional network of a civil society is usually regionally or locally bound. The articulation of global, national, and regional spaces in a given social system is a crucial element of economic development.” (Altvater en Walzer, 1998: 156).

3. La distinción conflicto-desintegración

concepción de un sistema social empíricamente auto-subsistente” y añadía que “no es esencial al concepto de sociedad que esta no deba ser, de ninguna manera, empíricamente interdependiente de otras sociedades, sino solo que contenga todos los puntos estructurales y funcionales fundamentales de un sistema que subsista independientemente” (Parsons, 1976: 28-29). Es decir, Parsons podría admitir, como proponemos nosotros, que los individuos que se relacionan carezcan de autonomía completa, pero presupone que la sociedad sí que debe alcanzarla. Este autor consideraba esta autonomía, junto con la supervivencia del sistema a la muerte biológica de los agentes, las características fundamentales de la identidad de una sociedad. Hablar de “dinámicas” estructurales y de contacto e interacción entre sociedades era posible siempre a partir de esta identificación original de esta unidad social.

Aunque la problemática de la reproducción ampliada del capital en el marxismo, cuestionaba esta suposición de la autonomía de las sociedades, sin embargo, seguía siendo compatible con la idea de la coherencia interna, en el sentido de un espacio definido por límites claros y superpuestos, como se ve en la afirmación de Poulantzas: “El modo de producción capitalista (MPC) está caracterizado, en su reproducción ampliada, por una doble tendencia: su reproducción en el seno de una formación social donde 'hace pie' y establece su predominio, y su extensión en el exterior de esta formación, actuando al mismo tiempo los dos aspectos de esta tendencia” (Poulantzas, 1987: 39). Aunque la interacción entre sociedades diferentes se toma ahora como algo evidente y constitutivo de la identidad misma de una sociedad capitalista, es preciso notar, primero, que se supone la identidad de formaciones sociales distintas como algo relativamente aproblemático, y segundo, que la falta de autonomía y la tendencia a la interacción surge como iniciativa de la sociedad capitalista y no necesariamente de sociedades regidas por otro modo de producción.

Esta afinidad, entre otras, ha permitido las fusiones teóricas de ambos modelos, dando lugar a formulaciones como la de Wallerstein que introduce el imperativo de autosubsistencia incluso en el marco de análisis afines al de la globalización, a través del concepto de sistema mundial. Así, al definir el concepto de sistema, dirá que “lo que caracteriza a un sistema social, desde mi punto de vista, es el hecho de que la vida en su seno está en gran medida autoincluida, y que la dinámica de su desarrollo es en gran medida interna” (Wallerstein, 1979: 490). Evidentemente, subsiste una diferencia fundamental entre funcionalismo y marxismo en torno a la consideración de las contradicciones estructurales y no pretendemos obviarlos. Así, Wallerstein, aunque afirma que un “un sistema mundial es un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación, y coherencia” y que “tiene las características de un organismo,

3. La distinción conflicto-desintegración

en cuanto a que tienen un tiempo de vida durante el cual sus características cambian en algunos aspectos y permanecen estables en otros”, también matizará que “su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desgarran en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente remodelarlo para su beneficio” (Wallerstein, 1979: 489). Sea como fuere, este énfasis en la referencia a un “sistema mundial” sin reconocer la parcialidad en la superposición espacial de instituciones y las dificultades para establecer sus límites, dificulta la comprensión del funcionamiento de las dinámicas de societalización que nos encontramos en la globalización.

Otro ejemplo de las dificultades para el análisis de la globalización de los modelos teóricos que llevan a cabo este tipo de fusión lo encontramos en la obra de Habermas. Ocasionalmente menciona algunos de los fenómenos normalmente asociados a la globalización, tales como la consolidación de un sistema capitalista mundial, la expansión planetaria de los medios de comunicación y el crecimiento de los flujos migratorios, pero siempre en clave de factores de crisis para las sociedades de capitalismo tardío. Así, por ejemplo, en su *Reconstrucción del materialismo histórico*, dice que “el desarrollo del mercado mundial, la internacionalización de capital y trabajo, también ha limitado hacia fuera el margen de acción del Estado nacional” pero su conclusión fundamental se refiere únicamente a las dificultades crecientes de legitimación para los Estados-nación: “pero hoy día crecen los indicios de que este factor [el recurso al nacionalismo] no sólo ha empezado a agotarse allí donde se ha forzado la conciencia nacional, sino que también en todas naciones más antiguas se ha puesto en marcha un proceso de erosión.” (Habermas, 1981: 263).

Su planteamiento, en consecuencia, parece demasiado pegado a la identificación de sociedades con Estados, y las más bien escasas referencias a los fenómenos asociados a la globalización, se tratan habitualmente sólo desde la perspectiva de perturbaciones y amenazas para la legitimidad del Estado o para su capacidad de generar integración social, sin permitir darles un tratamiento sistemático. A pesar de ello, en la distinción hecha en obras anteriores entre contradicciones, entendidas como fuentes de tensión interna, y nuevos retos que no pueden ser entendidos estrictamente como factores de crisis sistémica por su exterioridad, podemos encontrar un punto de partida de útil para nuestra propuesta. En *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, el alemán define de este modo las contradicciones:

“Además, las crisis de sistemas de sociedad no se producen por vía de alteraciones contingentes del ambiente, sino por causa de imperativos del sistema, ínsitos en sus estructuras, que son incompatibles y no admiten ser ordenados en una jerarquía. Sin duda, sólo cabe hablar de contradicciones estructurales si pueden señalarse estructuras pertinentes

3. La distinción conflicto-desintegración

respecto de la conservación del sistema. Tales estructuras han de poder distinguirse de elementos de sistema que admiten alteraciones sin que el sistema como tal pierda su identidad.” (Habermas, 1999: 22)

Y más adelante afirma:

“El rápido crecimiento de las sociedades del capitalismo tardío ha puesto a la sociedad mundial frente a problemas que no pueden considerarse fenómenos de crisis específicos del sistema, aunque las posibilidades de conjurar tales crisis si están limitadas por la índole específica del sistema. Me refiero a la ruptura del equilibrio ecológico, a la quiebra de los requisitos de congruencia del sistema de la personalidad (alienación) y a la carga explosiva de las relaciones internacionales.” (Habermas, 1999: 80)

Habermas no se preocupa especialmente de la articulación de ambos factores de crisis y su incorporación de forma demasiado acrítica en este sentido del concepto de sistema así como de su asociación con los Estados nacionales, no parece ofrecer ninguna vía para hacerlo. Se aprecia, sin embargo, cómo posteriormente se verá en la necesidad de reconocer que estas perturbaciones “externas” erosionan la legitimidad del sistema con la misma eficacia que lo harían las contradicciones internas. Observamos, no obstante, que sólo con deshacernos de las dos proposiciones que aquí estamos cuestionando, la articulación de ambas fuentes de tensión resulta mucho más accesible.

Si no nos preocupamos por definir el Estado como subsistema político que, por tanto, se relaciona con el resto de subsistemas que compone el sistema social más amplio (la sociedad nacional), ni asumimos una extensión concreta de los espacios dominados por cada institución, podemos ver cómo son los relacionamientos establecidos entre el Estado como institución con otras estructuras e instituciones -sin determinar algunos de ellos como los que le son propios y otros como “añadidos”- los que producen las crisis. Se hace patente así como la cuestión de la interioridad y la exterioridad pierde sentido: tanto los medios de comunicación planetarios, como la consolidación de una división mundial del trabajo, los flujos migratorios o los riesgos ecológicos, son “problemas” para las estructuras de la representación democrático-liberales tanto como las crisis -difícilmente catalogables como “nacionales”- que produce la gestión política de la economía.

Aún más, desde esta perspectiva ni siquiera se podría distinguir entre las tensiones producidas por las relaciones problemáticas establecidas entre las instituciones políticas con las económicas o culturales, o las que se dan entre distintas instituciones políticas, incluyendo, por ejemplo, las fuentes de tensión en torno a la integración de los Estados-nación en organizaciones

3. La distinción conflicto-desintegración

supranacionales o los procesos de autonomización creciente de las instituciones infra-nacionales. Lo que se pone en primer plano, entonces, son las dinámicas por las que unos relacionamientos cobran prioridad sobre otros, y con ello, se abre la vía de análisis para el estudio de los procesos por los que las estructuras se entrecruzan unas con otras. Este sería el centro de nuestra proposición: no se trata de distinguir entre contradicciones “internas” y perturbaciones “externas”, sino simplemente, entre las contradicciones en sí mismas y los procesos por los que unas estructuras conectan con otras, es decir, entre los rasgos que definen las estructuras asociativas y los que definen las dinámicas de societalización.

Una combinación de elementos de la teoría de sistemas y del marxismo más afín a estas distinción que queremos proponer, en tanto que no implica de forma lógica, antes al contrario, las dos proposiciones que ponemos aquí en tela de juicio, es la de Jessop. Su concepto de “societalización” es la base de nuestras “dinámicas de societalización” y la similitud de ambas se hace patente de inmediato en la definición que hace de éste, como acoplamiento entre un orden institucional concreto y otros dentro de un contexto institucional más amplio⁹⁶. Su definición parte de la falta de coincidencia espacial entre diversas instituciones y su correlato de una sociedad unitaria con límites bien definidos, y establece, como pretendemos hacerlo nosotros, que la prioridad de análisis se ponga en las dinámicas por las que unas instituciones se relacionan con otras.

Su formulación presenta dos ventajas adicionales. La primera sería su utilización de la expresión de “*society effects*” en lugar de sociedad, que nos permite hacer referencia a la percepción, construida en buena medida por los Estados, de que vivimos en sociedades nacionales, pero sin establecer un correlato entre ésta y las unidades de análisis. Esta distinción permite atender tanto al “exceso” de relaciones sociales, que no recoge la referencia a la asociación entre Estado y nación, como a las carencias que se producen en el análisis cuando se obvian las relaciones de unas instituciones con otras no-nacionales, y conectar, de este modo, con los conceptos de desnacionalización y transnacionalización, respectivamente⁹⁷. La segunda ventaja es su uso del

96 “(...) a broad-ranging social analysis is possible without invoking 'society' in any positive, as opposed to loosely contextual, sense. However, in so far as an expanded reproduction of the economic or political orders requires an effective coupling between the institutional order in question and other within a more encompassing social context, we can talk generically about 'societalization'. Here it connotes 'integral' analyses of specific institutional orders: institutions in their societal context.” (Jessop, 1990: 6).

97 “(...) although states must be related to their societal context, this context is always both less and more

3. La distinción conflicto-desintegración

término “acoplamiento” para referirse a los relacionamientos entre unas instituciones y otros, que nos interesa especialmente por su referencia en la teoría de sistemas a las relaciones entre estructuras, frente a otros conceptos que describen las relaciones entre sistema y entorno. Esas dinámicas de societalización, entonces, se deben entender como operando a través de los acoplamientos entre unas estructuras y otras, que son los que darían cuenta del movimiento a nivel estructural, de forma similar a como eran las conexiones las que lo hacían al nivel de la agencia.

B. Acoplamiento y desacoplamiento: definiciones

Pasamos así a ocuparnos de este concepto de “acoplamiento” y su opuesto, “desacoplamiento”, que serán centrales en este ámbito de análisis, marcado por la perspectiva estructural y de sanciones, en el plano de las dinámicas. El acoplamiento, entonces, lo definiríamos como “el movimiento por el que la distribución de sanciones de una estructura se ve afectada por la de otra” y el desacoplamiento como “el movimiento por el que la distribución de sanciones de una estructura deja de ser afectada por la de otra”.

Aunque la referencia al acoplamiento estructural tal como lo define Luhmann está presente, no podemos, sin embargo, tomar el concepto tal cual lo inscribe este autor en su versión de la teoría de sistemas sin muchas salvedades. Primero, tenemos que descartar que el acoplamiento estructural tenga función ninguna respecto al sistema, tanto porque rechazamos el concepto de sistema, como porque estamos de acuerdo con Giddens en que hablar de funciones -estructurales o sistémicas- es poco afortunado:

“Los acoplamientos estructurales no determinan los estados del sistema, sino que su función consiste en abastecer de una permanente irritación (perturbación: Maturana) al sistema; o visto desde el sistema, se trata de la permanente capacidad de resonancia: la resonancia del sistema se activa constantemente mediante los acoplamientos estructurales.” (Luhmann, 1996: 103)

Pero, segundo, incluso dejando al margen que nuestro concepto de acoplamiento se refiere a estructuras, y como tal, no se puede reducir a la relación entre sistema social y conciencia, sino que *than 'society'. It is less than 'society' in so far as it excludes many aspects of effects of the latter; and it is more than 'society' in so far as it include social relations which escape integration into 'society effects' and/or which lie beyond them in other 'societies', 'states', 'economies', or other institutional orders. Moreover, in exercising its responsibility for maintaining social cohesion, the state does not operate on 'society' as such but on a complex field of social relations. This is yet another reason why the conceptual couplet 'state-society' is doubly misleading.*” (Jessop, 1990: 6).

3. La distinción conflicto-desintegración

es el modo mismo por el que se construyen “sistemas” o, en nuestros términos, instituciones, tenemos sobre todo que deshacernos de la noción de que la relación entre las estructuras acopladas sea de forma necesaria una “irritación”, ni siquiera aunque introdujéramos una concepción simétrica de la misma donde habláramos de “irritación mutua”, y esto independientemente de que consideremos que la irritación es positiva o negativa para la reproducción estructural. Al contrario, nuestra propuesta es que el acoplamiento tiene sólo que ver con conjuntos de reglas que producen combinaciones nuevas con otros conjuntos de reglas, es decir, con estructuras que entran en relación. Podemos, según esto, estar de acuerdo con Luhmann en que los acoplamientos son relacionamientos selectivos, de modo que es difícil pensar en un acoplamiento entre todas las estructuras pre-existentes, pero tenemos que oponernos completamente a su afirmación de que la parte del “entorno” que no queda acoplada al sistema sólo puede influir de manera “destruktiva”, pues según nuestra formulación de que las estructuras no sólo no tienen entorno -por no tener límites-, sino que sólo tienen en cuenta los elementos que relacionan, no habría nada más para ellas que las estructuras con las que efectivamente se acoplan.

No obstante, sí que podemos recoger la redefinición de los límites que el alemán hace en el contexto de la definición conceptual de los acoplamientos:

“Los límites pueden diferenciarse como dispositivos especiales para la función de acoplar y separar. Mediante ejecuciones específicas de selección se hacen cargo precisamente de esa función.” (Luhmann, 1998a: 52)

Podemos eludir los términos de “dispositivos” y “función” y conservar la intuición de la asociación entre acoplamiento y límite, para afirmar que los límites de las estructuras se conforman precisamente en su acoplamiento con otras estructuras, de manera que sin los unos no tiene sentido hablar de los otros. Si de alguna manera se nos hacen patentes los límites de las instituciones es precisamente por las relaciones que alberga entre diversas estructuras, así como con otras instituciones, y es precisamente por ello por lo que su definición no debe considerarse como estableciendo fronteras fijas pues, al contrario, dependen de dinámicas de socialización y son por ello, inevitablemente inestables.

Si volvemos con estas consideraciones a nuestro ejemplo de la especialización y la interdisciplinarización, vemos que el primero sería, desde el punto de vista estructuralista, un ejemplo de desacoplamiento, mientras que el segundo lo sería de acoplamiento. En el primer caso, nos encontraríamos con que parte de las reglas por las cuales se rigen los reposicionamientos de los elementos relacionados se desligarían unas de otras, de modo que, por ejemplo, los criterios de

3. La distinción conflicto-desintegración

evaluación de una investigación exitosa se diferenciarían al separarse la “sociología de la globalización” de la “economía de la globalización”, haciendo que la matematización de las proposiciones fuera irrelevante, mientras que la conexión con argumentos de la historia de la sociología sería central. En el segundo caso, al contrario, la constitución de un área de estudio del tipo “ciencias sociales de la globalización”, podría, por ejemplo, implicar una priorización de las observaciones reductibles a formulaciones matemáticas. La falta de correspondencia entre acoplamiento y desacoplamiento y contradicción y consistencia, se ve, siguiendo este ejemplo, en la contradicción que podría surgir entre la exigencia de matematización y su rechazo explícito en buena parte de las corrientes teóricas de mayor peso en la tradición sociológica. Por otra parte, el entrecruzamiento de relaciones de acoplamiento y desacoplamiento y la relevancia que postulamos de la falta de coincidencia de los límites estructurales entre instituciones y dentro de ellas, se puede observar en el hecho de lo fácilmente que podemos imaginar que las dinámicas de especialización concurren simultáneamente con el acoplamiento de instituciones académicas a nivel global, que compartirían reglas consistentes respecto a determinadas formas de regular la producción científica, o las relaciones entre ciencia e instituciones políticas, por ejemplo.

Si nos desplazamos ahora de vuelta al campo de la globalización, lo que nos permite aproximarnos a ella en términos de relaciones de acoplamiento y desacoplamiento es una flexibilidad mucho mayor a la hora de analizar las dinámicas institucionales. Así, por ejemplo, podemos enfrentar los procesos de transnacionalización y desnacionalización, como dinámicas mediante las cuales se construyen y rompen a la vez parte de las relaciones que habían favorecido la perspectiva del nacionalismo metodológico, a la vez que habían sido alimentadas por ellas, como nos recuerda Smith. Podríamos, entonces, situar el foco de análisis en las relaciones entre estructuras, viendo cómo conectan unas con otras o, al revés, cómo su irrelevancia mutua favorece la expansión de ambas, sin tomar su tamaño como una cuestión dada de antemano, y prescindiendo por completo del supuesto de autosubsistencia. Al contrario, lo que afrontaríamos es un análisis empírico de cuáles son los acoplamientos relevantes para cada institución que tratemos, así, por ejemplo, el acoplamiento del mercado con las relaciones de reciprocidad propias de la familia y los grupos de pares, o la relación entre el tejido empresarial “nacional” y el “internacional”, o su conexión con diversas instituciones políticas -Estado español, Unión Europea, C.C.A.A.- y culturales -arte, religión, ciencia-.

3. La distinción conflicto-desintegración

3.5. Cuarto problema: ininteligibilidad-inteligibilidad

3.5.1. Los discursos se encuentran y “se pierden”

A. El babel global

Desde el punto de vista estructural, no encontramos sólo movimientos que conectan unas instituciones con otras desde el punto de vista de la distribución de sanciones, reposicionando los elementos que se combinan, sino que, inevitablemente, se produce también nuevas relaciones al nivel de las definiciones. Las culturas, entendidas como el conjunto de identificaciones relacionadas entre sí, viajan también, y no sólo a través de los medios de comunicación, sino también a través de sus encarnaciones -personas y cosas-. Además de “recibir” los textos de otras culturas por medio de los medios de comunicación, nos enfrentamos a ellas a través de las migraciones, el turismo y los flujos globales de mercancías. No hay que entender, sin embargo, que las dos primeras se refieran a personas y las segundas a los objetos, exclusivamente: con los migrantes y los turistas se desplazan una importante cantidad de “cosas” de las que estos han aprendido a depender para desarrollarse como agentes, del mismo modo que el tráfico de mercancías implica la circulación de muchas personas para hacerlo posible.

En cualquier caso, es de este modo como entran en contacto universos de sentido que hasta ahora se habían mantenido separados. Su imbricación nos transforma radicalmente pues las definiciones que nos dan sentido como agentes mutan, con más o menos resistencias, a medida que se establecen nuevos relacionamientos. La creciente “integración sistémica” a nivel global hace imperativo el entendimiento, con todas las dificultades que ello conlleva. En este sentido, la metáfora del “babel global” es especialmente oportuna al destacar, precisamente, esa multiplicidad de “idiomas” y evocar el ambiente de confusión que genera. No se trata, entonces, sólo de la falta de acuerdos o del crecimiento exponencial de las fuentes de incoherencia, sino de forma prioritaria de poner las bases para la comprensión mutua.

Es evidente que, como tal, el encuentro de culturas diversas no es algo completamente nuevo. Todas las estructuras comunitarias se han construido en algún grado a través de ellos, y el hecho de que de alguna manera encontremos siempre en ellas mecanismos de aislamiento, límites producidos para marcar las diferencias con otras, dan cuenta de forma indirecta igualmente de estas mismas dinámicas. La propia historia cultural de Occidente sería incomprensible si pretendiéramos

3. La distinción conflicto-desintegración

analizarla al margen de sus relaciones con las tradiciones culturales vecinas, incluso con algunas muy distantes. Como argumenta de forma convincente Albrow, el desarrollo de la idea de racionalidad, tan central en la historia de la cultura occidental, es más fácilmente comprensible precisamente visto a través de esas relaciones interculturales. Fue en el enfrentamiento con creencias diversas y, precisamente, porque “las ideas centrales desde las que los fundadores del imperio occidental extrajeron su inspiración intelectual no eran inocente y arrogantemente etnocéntricas” de manera que “el conocimiento de otras tierras puede haber sido asistemático y escabroso pero las sabidurías alternativas no fuera rechazadas sin cuidado, como vemos en Montaigne”, el que impulsó por diversos caminos la orientación al logro de una forma de comprensión de la realidad que se pudiera poner por encima de la pertenencia a una u otra comunidad cultural⁹⁸.

Esta proposición contrasta vivamente con la apuesta de Giddens quien, recobrando la vieja cuestión weberiana -¿es la racionalización específica de Occidente?- sostiene que la modernidad es, efectivamente, la continuación y reconstrucción de la tradición cultural occidental, y que es su confrontación con otras tradiciones culturales la que le obliga a adoptar una postura de verdadera auto-crítica y auto-cuestionamiento, que aún no había tenido lugar:

“Durante la mayor parte de su historia, la modernidad ha reconstruido la tradición a medida que la ha disuelto. [...] Hoy, la modernidad ha sido obligada a ‘recobrar el sentido’, no tanto a consecuencia de sus disidentes internos como por su propia generalización en todo el mundo. La base hasta ahora no examinada de la hegemonía occidental sobre otras culturas, los preceptos y formas sociales de la modernidad han quedado abiertos al escrutinio” (Giddens, 2001: 75-76)

No obstante, es muy diferente reconocer el cuestionamiento de la fórmula para trascender la diferencia cultural que supone la racionalidad, construida asimétricamente, y la denuncia de su imbricación con el proyecto imperialista occidental, y negar que la tradición cultural occidental sólo puede comprenderse correctamente teniendo en cuenta su enfrentamiento con otras tradiciones culturales. Esto no significa obviar la violencia que supuso el intento de unificación mundial bajo el

⁹⁸ “So frequently represented as deeply divided and champions of the opposed creed of rationalism and empiricism, Descartes and Locke shared the paradigmatic experience of the Western intellectual: the discovery that other cultures are neither more rational nor more irrational than one's own and that it must be left to the individual through personal efforts to reach universal truths. Individualism and universalism joined in ever expanding experience and acquisition of knowledge. But in each case it was the experience of other lands and cultures which was the essential imaginative resource.” (Albrow, 1997: 34).

3. La distinción conflicto-desintegración

estándar de racionalidad europeo, y Albrow lo reconoce⁹⁹. Es crucial, sin embargo, que esa denuncia de la unilateralidad de dicha fórmula de reducción de las diferencias y de su falso universalismo ha conseguido una legitimidad que cambia por completo el escenario sobre el que las culturas “se encuentran”, y en esto hay que dar la razón a Giddens. A pesar de que tampoco podemos pensar ingenuamente en que, simplemente, se haya vuelto a partir de cero en el camino hacia la construcción de la comprensión mutua, sí que nos encontramos con un panorama en el que la diversidad y, con ella, la falta de entendimiento, ha recuperado el protagonismo, de modo que se hace patente, como dice Beck que “en la expresión ‘sociedad mundial’, ‘mundial’ significa según esto diferencia, pluralidad, y ‘sociedad’ significa estado de no-integración, de manera que (tal y como sostiene M. Albrow) la sociedad mundial se puede comprender como una pluralidad sin unidad” (Beck, 1998a: 29).

Y, sin embargo, no son sólo los restos del proyecto de la modernidad occidental los que dan un matiz específico a esta nueva pluralidad sin unidad. Si esta situación histórica no es plenamente asimilable a la pre-modernidad es en buena medida porque ahora nos encontramos inmersos en dinámicas que constantemente están interrelacionando elementos estructurales diversos que no pueden ya mantenerse separados. Como afirma Beck, a menudo nos enfrentamos con elecciones que pueden pasar por la negación o el reconocimiento de la diferencia, pero no por expulsión: “hay que distinguir netamente entre un mundo en que pluralidad de los otros se niega, se ignora o se condena –pero ya no puede expulsarse- y un mundo en que esta pluralidad se reconoce y la comunidad de la diferencia es compartida por todos” (Beck, 2008: 89). Si era posible que Mead en los comienzos del siglo pasado afirmara ya que el aumento de la interacción entre grupos sociales diversos nos acercaba cada vez más a la posibilidad de mantener una conversación “intercultural”, tenemos que reconocer que a comienzos del siglo XXI esta no es ya una posibilidad, sino una necesidad:

“La cuestión de si pertenecemos a una comunidad mayor es contestada en términos de si nuestra propia acción provoca una reacción en esa comunidad más amplia y de si la reacción

⁹⁹ “Rationality developed principally in four sites, in the individual mind and conscience, in sovereignty and law, in profit calculation and in the control of nature. The linkage of these with the expansion of Europe was epoch making, for it gave rationality a realization through power which has been fateful for the rest of the world. It became known in the twentieth century as ‘modernization’ itself, the conversion of the rest of the world to the standards which had become institutionalized in the Western state and in individual behavior.” (Albrow, 1997: 26).

3. La distinción conflicto-desintegración

de ésta se refleja en nuestra propia conducta. ¿Podemos sostener una conversación en términos internacionales? La cuestión es principalmente una cuestión de organización social. Las reacciones necesarias se han convertido más definidamente en parte de nuestra experiencia debido a que nos acercamos a otros pueblos más que antes.” (Mead, 1999: 287)

Esa “comunidad mayor” puede no ser aún una realidad, como no lo era en el momento en el que Mead escribía pero, sin embargo, las dinámicas estructurales en las que esta se construye no han dejado de acelerarse desde entonces, en buena medida, por esa indisolubilidad de práctica y significado o, en nuestros términos, de alternativas -sanciones- e identificaciones -definiciones-, de la que el norteamericano se mostraba ya plenamente consciente y que tan fundamental es para el conjunto de su teoría:

“Antes de comunicar es preciso tener algo que comunicar. Puede que aparentemente se posea el símbolo de otro lenguaje, pero si no se tiene ninguna idea común (y éstas involucran reacciones comunes) con quienes hablan ese lenguaje, no sé podrá establecer ninguna comunicación; de modo que incluso detrás del proceso del raciocinio tiene que existir actividad cooperativa.” (Mead, 1999: 277)

Si sustituimos el término de cooperación por el más neutro de interacción, podemos encontrar un reflejo bastante fiel en este fragmento de la idea que tratamos de defender: el entendimiento es parte ineludible de los procesos de acoplamiento estructural y la actualización de estos pone en primer plano de forma paralela estos “encuentros entre culturas”, sin que esto signifique que la estabilización de las estructuras comunitarias sea, en ningún sentido, un éxito garantizable, ni mucho menos un proceso sencillo y, de hecho, hemos asistido en las últimas décadas al fracaso, al menos parcial, de la universalización del modelo de la racionalidad occidental, a pesar incluso de su dominio estructural.

B. El final de las culturas nacionales

Pero, como en todos los demás casos, la otra cara del movimiento que aproxima lo que antes se encontraba alejado, es el movimiento que aleja lo que antes estaba próximo. Así, si hablamos de la desnacionalización como un concepto clave para complementar al de transnacionalización, tenemos que tener en cuenta no sólo las culturas que “se encuentran”, sino también las culturas que “se pierden”. Esto es importante en los dos sentidos en que puede entenderse, tanto como culturas que dejan de existir, como culturas que dejan de estar “disponibles” las unas para las otras.

3. La distinción conflicto-desintegración

Si con las dinámicas de acoplamiento estructural surge la necesidad de “acoplamiento cultural”, con dinámicas de desacoplamiento estructural aparecen así mismo los procesos de “desacoplamiento cultural”. Al ser inconcebible el significado separado de la práctica, allí donde los relacionamientos al nivel de las sanciones desaparecen, tienden a hacerlo de forma semejante también al nivel de las definiciones. Paralelamente, entonces, a esta necesidad creciente de entendimiento, se multiplican las fuentes de incomprensión, pues las bases experienciales del lenguaje compartido aparecen en ámbitos nuevos a la vez que desaparecen en otros que pensamos imperturbables. Podemos decir, como lo hacía Debord al analizar la disolución de la comunidad marcada por la sociedad del espectáculo, que “al perder la sociedad el tipo de comunidad característica del mito, debe perder también todas las referencias de un lenguaje realmente común” (Debord, 2003: 154).

Las naciones vuelven a ser las principales perdedoras, y si antes comentamos la imposibilidad de los Estados para seguir funcionando como “contenedores” suficientes para los procesos sociales y postulábamos la necesidad de reconocer la “fractura” que se desarrollaba en su seno, debemos igualmente ahora referirnos a la incapacidad de las culturas nacionales para seguir operando como principales marcos de sentido para los individuos, y las nuevas divisiones que albergan las fronteras estatales, que si nunca delimitaron una región culturalmente homogénea de forma completa, ahora lo hacen aún menos. Si la imaginación de la nación como comunidad, con su evocación de la calidez del hogar, fue siempre algo ficticio, -sin que eso, como argumenta Calhoun (2007), pueda entenderse como restándole autenticidad pues no hay tradición que no sea inventada-, la ficción es cada vez más inverosímil dado que, como explica el mismo autor, la idea de la nación es insostenible sin algún tipo de referencia a la pertenencia común de sus miembros y sin la red de comunicación que ésta implica:

“Es éste un contraste decisivo entre el imperio y el Estado-nación o, como señala Weintraub, entre la ciudad cosmopolita y la polis. La creación de una comunidad política necesitaba una nueva clase de interrelaciones y algo más que la urbanidad del 'vivir y dejar vivir'. En el imperio o 'cosmópolis', dado que 'los miembros de las multitudes heterogéneas no eran llamados a ser ciudadanos, podían mantenerse en una coexistencia apolítica, y cada uno podía hacer como quisiera sin tener que deliberar con sus vecinos' (Weintraub, 1997). Tanto en la polis como en el Estado-nación moderno la pertenencia a una comunidad política requiere más que la tolerancia y la sujeción común a un soberano externo. Requiere la comunicación mutua.” (Calhoun, 2007: 183)

3. La distinción conflicto-desintegración

Nos encontramos, sin embargo, con que los espacios públicos para esa comunicación compartida, esa esfera pública que Taylor define como meta-local, es cada vez más frágil, sino es que puede considerarse prácticamente desaparecida. Es incluso dudoso, como defiende Bauman, que siquiera al nivel local pueda hablarse de esa comunidad de lenguaje y experiencia, puesto que la fragmentación penetra con profundidad, llegando hasta el corazón de la experiencia más cotidiana:

“En el nuevo mundo de la alta velocidad, la ‘localidad’ no es la misma que en la época cuando la información se desplazaba solamente con el cuerpo del transportador; tanto la localidad como la población localizada tienen poco en común con la ‘comunidad local’. Los espacios públicos (...) siguieron a la élite al liberarse de sus anclajes locales; son los primeros en desterritorializarse y ponerse fuera del alcance de la capacidad comunicativa del ‘factor humano’ de una localidad y sus residentes. Lejos de engendrar comunidades, las poblaciones locales son como haces de cabos sueltos.” (Bauman, 2001: 35)

En este sentido, aunque pueda parecer contradictorio, y de hecho lo sea, encontramos acertado que junto a las reflexiones que veíamos en el epígrafe anterior sobre el mayor acercamiento entre los distintos pueblos del mundo, Mead señalara también la imposibilidad de conseguir un entendimiento completo en el mundo en el que él vivía, pero que podemos extrapolar al que vivimos nosotros hoy. Ambos procesos son simultáneos, y la contradicción, si la hay, está en los mismos fenómenos que examinamos:

“Tal como existe ahora la democracia, no hay un desarrollo tal de la comunicación que los individuos puedan ponerse en las actitudes de aquellos a quienes afectan. Se produce, por consiguiente, un nivelamiento, y un indebido reconocimiento de aquello que, no sólo es común, sino idéntico. El ideal de la sociedad humana no podrá existir mientras resulte imposible para los individuos penetrar en las actitudes de los otros a quienes afectan durante la ejecución de sus propias funciones peculiares.” (Mead, 1999: 337)

Es así como llegamos a planteamientos, que en la línea de la popular disociación de identidad y red de Castells -“nuestras sociedades se estructuran cada vez más en torno a una oposición bipolar entre la red y el yo”(Castells, 2005: 33)-, dibujan panorámicas desoladoras respecto a la falta de congruencia entre las operaciones sistémicas y la red de interconexiones que construyen el mundo globalizado, y la esfera de la experiencia y la significación. Así, se estaría produciendo estructuralmente una incapacidad para dar sentido a las dinámicas globales que gobiernan nuestras vidas, no habría manera de aunar “lo vivido” y “lo objetivo”.

Por la base que tienen este tipo de formulaciones en una concepción donde la instrumentalidad se disocia de cualquier tinte experiencial, es un tipo de propuesta que encontramos

3. La distinción conflicto-desintegración

más habitualmente en los autores más influenciados por el marxismo. Por ejemplo, Zizek dirá que “el vínculo entre estas decisiones 'estructurales' y la dolorosa realidad que experimentan millones de personas se ha quebrado; los 'especialistas' que toman las decisiones son incapaces de imaginar las consecuencias que éstas tienen, ya que sus efectos se miden en términos abstractos (un país puede estar financieramente sano aunque ascienda a millones el número de personas que mueren de hambre)” (Zizek, 2005: 33); Jameson afirma que “surge entonces una situación en la que podemos decir que si la experiencia individual es auténtica, no puede ser verdadera; y que si un modelo científico o cognitivo del mismo contenido es verdadero, escapa a la experiencia individual” (Jameson, 1991: 333); y Debord, décadas atrás, ya exponía que “lo que ha sido vivido realmente carece de relación con el tiempo irreversible oficial de la sociedad, y se encuentra en oposición directa con el ritmo seudocíclico del subproducto consumible de este tiempo” y que “estas vivencias individuales de la vida cotidiana separada carecen de lenguaje y de concepto, carecen de acceso crítico a su propio pasado, que no se consigna en parte alguna” (Debord, 2003: 138). De forma aún más radical, Touraine llega a argumentar que lo que caracteriza precisamente a la sociedad actual es la falta de unidad, la disolución completa de los vínculos de la tecnología y la economía con la cultura y la sociabilidad, y en esta nueva imposibilidad para hablar de una sociedad es donde se escondería la clave de la misma decadencia de las sociedades nacionales:

“Las nuevas tecnologías de la información rompen la unidad histórica de una sociedad: una sociedad ya no se define históricamente, como si sus elementos interdependientes formasen un conjunto definido por un momento de la evolución. Pero estas nuevas tecnologías aportan de por sí una unidad de análisis: la desocialización y la deshistorización aportadas por este nuevo universo tecnológico son las que permiten que el actor social, en vez de estar definido por las funciones sociales, lo esté por una relación consigo mismo, una exigencia dirigida hacia sí mismo en este mundo instrumentalizado, técnico y flexible. Y esta relación para consigo, que busca el actor que ha dejado de ser social para convertirse en sujeto, es a la vez voluntad de creatividad y defensa o invención de elección y de adhesión culturales que no son más sociales que la tecnología. Así se crea un mundo del cual se puede decir que su unidad consiste en su desocialización, porque este proceso sigue siendo definido históricamente.” (Touraine en Castells, Giddens, Touraine, 2002: 35)

La cita es muy extensa, pero pensamos que merece la pena para ilustrar hasta qué punto pueden llegar estas formulaciones que, a pesar de su diversidad, parecen guardar un excesivo parecido con la tesis de la disociación de sistema y mundo de vida habermasiana que ya hemos criticado, o con la noción de los espacios vaciados de subjetividad, que hemos así mismo rechazado. Aunque, sin

3. La distinción conflicto-desintegración

duda, existen discrepancias fundamentales entre la maraña de conexiones estructurales y el entramado estructural de identificaciones interrelacionadas en las que nosotros aprehendemos nuestras vivencias, nos parece una proposición demasiado extrema disociar completamente lo instrumental de lo simbólico, por las razones mil veces argüidas: ambas dimensiones son inseparables y carecen de sentido la una sin la otra. Consideramos más bien que la confusión es generada por la intersección de las dinámicas de acoplamiento y desacoplamiento, que tienen lugar de forma conjunta, con la necesidad paralela de nuevos marcos de sentido congruentes al mismo tiempo que se rompen muchas de las redes de definiciones que hasta ahora utilizamos para la interpretación de nuestro mundo.

La formulación de Jameson, que nos permite aproximarnos desde una perspectiva más relacionada con la divergencia entre lo local-experiencial y lo global-sistémico, marcaría en nuestra opinión el camino más adecuado, pero poniendo el énfasis en la lenta y dificultosa estabilización de las estructuras de significación que, de momento, apenas hace posible el examen de los científicos sociales, y que desde el punto de vista de los agentes se vive como una incapacidad para conectar sus experiencias con los procesos globales. Lo que estarían en juego, entonces, sería la destrucción de las estructuras de significación que acopladas unas sobre otras de forma jerárquica, tal y como se imaginaba la relación entre lo local-regional-nacional-mundial, parece dejar desconectada la experiencia cotidiana del conjunto de relaciones con las que se inserta. La problemática, en consecuencia, estaría mejor situada en torno a la co-presencia de lo global y lo local y la falta de esos espacios de comunicación que las reunieran, como se exponía en el comentario de Bauman antes citado¹⁰⁰.

¹⁰⁰ Es importante, sin embargo, notar que parte de las inteligibilidades que se producen entre esos niveles que suelen denominarse como “experienciales” y “sistémicos” tienen que ver también con la imbricación de las dimensiones analíticas de las sanciones y las definiciones, como se ha podido ver recientemente en los medios de comunicación españoles con las noticias referentes a la crisis de la deuda y en las que, en plena sintonía de los comentarios de Žižek expuestos, han llegado a coincidir ligeras mejoras de la prima de riesgo con la publicación de aumentos en el número de desempleados, dejando una sensación en la opinión pública de que los mercados están desconectados de la vida económica real, y que hay que entender también como producto de lógicas “económicas” diferentes.

3. La distinción conflicto-desintegración

3.5.2. La ininteligibilidad no es incoherencia

A. El etnógrafo convertido en nativo

Nos encontramos así con que el clásico problema de la antropología de la comprensión de lo radicalmente otro se extiende de forma imparable al conjunto de la sociedad. No obstante, no se trata ya de lograr un conocimiento teórico, relativamente abstracto, sea o no con la finalidad de una u otra aplicación práctica. Al contrario, la dimensión práctica de este logro del entendimiento no es ahora el fin, sino la causa. La lección de la antropología, y de la filosofía del lenguaje del segundo Wittgenstein, acerca del enraizamiento de los juegos de lenguaje en las formas de vida, no puede ser contemplada ya como una clave metodológica, sino como una imposición. No es, entonces, que pretendamos acercarnos a las prácticas de los otros para conseguir comprenderles, sino que nos vemos enredados en ellas y de ellas surge el entendimiento mutuo, en buena medida de forma independiente a nuestra voluntad.

Esto no significa que una y otra parte no traten de aislarse, y que el proceso de acercamiento no resulte conflictivo, pero por esto es de la mayor relevancia ser conscientes de que, como argumenta Albrow (1997), la construcción de fronteras es una práctica social y que estas no están dadas en la esencia del lenguaje, sino que son creaciones pragmáticas y la inconmensurabilidad no es sino otra construcción social. Lo fundamental no es, en consecuencia, que sea una dinámica armoniosa, sino que es inevitable cuando esos límites, contruidos desde ambos lados, son efectivamente atravesados recurrentemente por “extranjeros”. Las discrepancias surgen en la medida en que comenzamos a entendernos, aunque a menudo se potencian porque no nos entendemos del todo. Como nos mostraba Winch, la crítica inter-cultural es, en primer lugar, un problema de comprensión, de ser capaces de entender las instituciones que nos resultan extrañas¹⁰¹. Y, si Geertz, contra la imagen de las comunidades humanas como “mónadas semánticas, casi casi sin ventanas” argumentaba en defensa de la labor antropológica que “lo que dijo [Wittgenstein] fue, por supuesto, que los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo [no que los límites de mi mundo son los límites de mi lenguaje], lo cual no implica que el alcance de nuestras mentes, de lo

101 “In fact these problems, though they affect our ability to evaluate morally alien institutions, traditions and practices, are not primarily problems which concern such evaluation directly at all. Rather, they concern our ability to understand the nature of those institutions, etc., to understand what precisely people in those cultures are actually doing in various contexts.” (Winch, 1987: 192).

3. La distinción conflicto-desintegración

que podemos decir, apreciar y juzgar, esté preso dentro de los márgenes de nuestra sociedad, nuestro país, nuestra clase o nuestro tiempo, sino más bien que el alcance de nuestras mentes, el rango de signos que de alguna manera podemos tratar de interpretar, es lo que define el espacio intelectual, emocional y moral en el que vivimos” (Geertz, 1999: 79), podemos añadir ahora que, incluso aunque no fuera así, de hecho nuestra sociedad, nuestro país, nuestra clase y nuestro tiempo, se han transformado por completo, los límites del “fuera” y el “dentro” son difícilmente definibles y nos encontramos con que tenemos que construir un nuevo lenguaje que sea capaz de dar cuenta de ello. Las ventanas son ahora las pantallas por las que nos comunicamos con las personas con las que crecimos y de las que a menudo nos separan ahora miles de kilómetros de distancia, mientras que en la puerta de al lado, en los comercios que visitamos habitualmente, en nuestros lugares de trabajo, en nuestras casas, nos encontramos a diario con las encarnaciones de tradiciones culturales en las que estamos apenas iniciándonos.

Sin embargo, esta imagen que nos deja la etnología del investigador que en su afán de lograr una comprensión plena termina convirtiéndose en nativo, no es del todo adecuada. El problema fundamental es la asimetría que presupone, donde una parte “enseña” y otra “aprende”. Sin duda, el problema de la asimetría y el carácter desigual que introduce en el proceso es fundamental en las relaciones inter-culturales. No obstante, reduce a una de las partes a una pasividad que no podemos aceptar. Esto no significa sólo destacar el carácter activo del aprendizaje en el sentido de rechazar la fórmula de la *tábula rasa*, o las metáforas que nos invitan a pensar en un recipiente que es colmado con contenidos “desde fuera”. Se trata también de reconocer que si estamos hablando de una relación entre agentes, la capacidad de afectación debe ser recíproca. Y, de hecho, es bien sabido, que la socialización es también socialización del socializador como tal, como hace responder Quino a Mafalda al argumento de “¡porque lo digo yo que soy tu madre!”, “¡pues si es cuestión de títulos, yo soy tu HIJA! ¡Y que yo sepa nos graduamos el mismo día!”. El padre o el maestro, por tanto, no son tales sólo en relación con otros padres o maestros sino, de forma esencial, en relación con los hijos y los alumnos, y su interpretación de qué significa ejercer bien su papel estará moldeado indudablemente por sus experiencias con ellos. Siguiendo este camino se ve que afectan incluso a esas identificaciones su relación con otras asociadas también, como vecinos o abuelos, o directores y conserjes. Del mismo modo, lo que signifique ser español es muy diferente según se construya en un contexto de escasas relaciones con no-españoles, o si se hace en un contexto de turismo masivo proveniente de Europa Occidental, o en un contexto de inmigración masiva proveniente de América Latina, por ejemplo.

3. La distinción conflicto-desintegración

Que el contacto con el no-socializado propio de las relaciones inter-culturales no deja intacta a ninguna de las dos partes, se aprecia de forma clara desde el punto de vista estructural del que nos ocupamos aquí. Es claro que dos estructuras de definiciones que se conectan, necesariamente se ven transformadas por las nuevas relaciones que se establecen entre unas y otras reglas, o de lo contrario o bien no habría conexión, o bien no se trataría realmente de reglas distintas. Podemos entonces ir más allá de la afirmación de Winch de que al problema de la crítica le antecede el de la comprensión, para afirmar, con Taylor, que al problema de la comprensión previa a la crítica, le antecede el de la fusión de horizontes de sentido:

“La 'fusión de horizonte' actúa mediante la comprensión de nuevos vocabularios de comparación, por cuyo medio es posible expresar esos contrastes. De modo que en caso de encontrar un apoyo sustantivo a nuestra suposición inicial, será sobre la base del entendimiento de lo que constituye un valor, entendimiento de lo que carecíamos al principio. Si hemos logrado formular un juicio, ello se deberá en parte a la transformación de nuestras normas.”
(Taylor, 1999: 93)

La fusión de horizontes, entonces, es la construcción de un nuevo lenguaje, y no es siquiera suficiente con establecer, como lo hacía Bernstein, una distinción entre un “código restricto” y un “código elaborado”, donde el primero se refiere a la reproducción del orden compartido por un grupo local lo suficientemente homogéneo como para que todos los miembros tengan acceso a un mismo cuerpo de presupuestos sobre el mundo que habitan y de significados que los expresan, y el segundo lo haría a los lenguajes producidos para entablar comunicación en situaciones sociales donde no existe ese “mundo de vida” común. A pesar de que la distinción entre diferentes tipos de relaciones es muy interesante, la proposición de que ambos puedan ser entendidas como “regiones” dentro de un mismo lenguaje, es algo dudosa. La crítica que le hace Douglas de que un grupo pueda no necesitar en ningún caso un “código elaborado” no es suficientemente radical:

“Como afirma el mismo Bernstein, la distinción entre el código restricto y el código elaborado ha de ser relativa dentro de las formas de lenguaje de un grupo dado. La cuestión de si existen culturas primitivas en las cuales todo el lenguaje corresponde al código restricto carecería pues de sentido por dar un valor absoluto a la definición. Supone Bernstein que en cada grupo social tiene que haber zonas de la vida social responsables de tomar decisiones de tipo político y por lo tanto expuestas a la necesidad de comunicar con personas ajenas a la comunidad. (...) Personalmente no estoy convencida de ello. Si las situaciones que exigen la toma de resoluciones con respecto al gobierno del grupo formaran parte de un ciclo repetitivo, sería posible discutirlos en términos de unidades preorganizadas de lenguaje. Sólo la necesidad de

3. La distinción conflicto-desintegración

innovación haría necesario el esfuerzo enderezado a la creación de un código de lenguaje elaborado.” (Douglas, 1988: 74)

De nuevo, nos encontramos con una aportación valiosa, la asociación del “código elaborado” a la innovación, pero en la medida en la que se pretenda mantener la distinción de ambos tipos como áreas separadas dentro de una misma cultura, estamos dando por supuesto que la interacción con otros grupos culturales puede ser “controlada” para mantener la coherencia y unidad del lenguaje propio, lo cual va completamente en contra de la posición que nosotros defendemos. Si nuestro lenguaje es en sí mismo una estructura (aunque sea sólo relativamente) unificada y coherente, no puede entenderse que las transformaciones queden fácilmente aisladas en una zona del mismo, a no ser que supongamos que ya hay una división interna que “protege” un cierto núcleo. Pero Bernstein propone, y Douglas lo acepta, que los tipos de códigos son relativos dentro de cada lenguaje, de modo que esta opción no estaría disponible.

Podemos explicar mejor por qué una estructura en su dimensión de definiciones no se ve transformada por completo si partimos de que tal grado de coherencia no es, ni mucho menos, un presupuesto necesario, y seguir en esta línea defendiendo, que no hay tampoco “subsecciones” encargadas del trato con lo extraño, sino, todo lo más, protocolos para hacerse entender de forma más general que se extrapolan a las situaciones de contacto intercultural. Así, por ejemplo, es habitual que cuando nos encontramos con que alguien que habla nuestro mismo idioma y no nos entiende, el problema sea que no nos oye, y no es infrecuente que en el trato con hablantes de otro idioma se recurra a las mismas pautas que se emplean en esos casos, especialmente si no ha habido experiencias suficientes de relaciones con “extranjeros” como para establecer protocolos específicos: se habla más alto, más despacio, se repite y, a menudo sólo en última instancia, se recurre al medio para llegar a quien está definitivamente fuera del alcance de nuestra voz y se empieza a gesticular.

Pero la referencia de Douglas a la innovación es crucialmente oportuna porque precisamente esto es lo que hay en juego en auténticos encuentros inter-culturales: nuevas situaciones y nuevos lenguajes, que no pueden, sin embargo, pensarse como surgiendo *ex nihilo*. Puede que la referencia a la autenticidad suene extraña, pero es necesaria para distinguirlos el proceso por el que se produce el entendimiento de aquellos por los que agentes en principio identificables como pertenecientes a tradiciones culturales distintas se relacionan con normalidad en diversas situaciones y en las que los lenguajes y prácticas pertinentes están ya estabilizados y son dominados con mayor o menor pericia por parte de los participantes. Cuando realmente no hay ninguna “cultura común”, la única opción

3. La distinción conflicto-desintegración

es producirla, y ésta nunca será enteramente una reducción de la una a la otra. Esto es precisamente lo que expresa la crítica a la traducción como mera copia del texto clásico de Benjamin, y que citamos de forma extensa por la forma tan certera en que expresa esta proposición del entendimiento como proceso transformación:

“Para comprender la verdadera relación entre el original y la traducción hay que partir de un supuesto, cuya intención es absolutamente análoga a los razonamientos, en los que la crítica del conocimiento ha de demostrar la imposibilidad de establecer una teoría de la copia. Si allí se probara que en el conocimiento no puede existir la objetividad, ni siquiera la pretensión de ella, si sólo consistiera en reproducciones de la realidad, aquí puede demostrarse que ninguna traducción sería posible si su aspiración suprema fuera la semejanza con el original. Porque en su supervivencia -que no debería llamarse así de no significar la evolución y la renovación por que pasan todas las cosas vivas- el original se modifica. Las formas de expresión establecidas están igualmente sometidas a un proceso de maduración. (...) La traducción está lejos de ser la ecuación inflexible de dos idiomas muertos que, cualquiera que sea la forma adoptada, ha de experimentar de manera especial la maduración de la palabra extranjera, siguiendo los dolores del alumbramiento en la propia lengua.” (Benjamin, 1971: 131-133)

No podemos entonces reducir el encuentro con lo radicalmente otro a una necesidad de comprensión de modo que, como propone Bateson, “el contacto cultural” se resuelva como “una simplificación, especialmente una simplificación de ideas” (Bateson, 1993: 113). Tampoco podemos sostener la idea de sentido común que expone Reskin de que la interdependencia empuja a mejorar la información sobre los otros y elimina los estereotipos, a no ser que entendamos que esa “nueva información” lo que hace es reflejar la transformación que experimentan nuestros marcos de sentido (Reskin en Guillén, Collins, England, Meyer, 2002: 229). Ciertamente es, como lo expresa Derrida, que “no puedo responder a la amenaza del otro como otro (con respecto a mí) sino transformándolo en otro (con respecto a sí mismo) alterándolo dentro de mi imaginación, mi miedo o mi deseo” (Derrida, 1984: 349), y que el auténtico entendimiento que implica la interacción supone la superación de la distorsión, pero no en el sentido de que consigamos “reflejar fielmente” a los otros, o ellos a nosotros, sino en el sentido de lograr definiciones recíprocas mutuamente aceptables, y esto significa aceptar un modelo de aprendizaje, que como afirma Deleuze, “no se lleva a cabo dentro del vínculo de la representación y la acción (como reproducción de lo Mismo), sino en la relación del signo con la respuesta (como encuentro con lo Otro)” (Deleuze, 2002: 52). No es suficiente, entonces, con aceptar con Arendt que el prerrequisito del entendimiento mutuo es la renuncia a la autoridad de la tradición propia (Arendt en Schilpp, 1957). Esta fórmula puede ser

3. La distinción conflicto-desintegración

suficiente, como veíamos con Calhoun, para cimentar la tolerancia, pero la comprensión mutua requiere más que eso aunque, de hecho, sí supone una cierta renuncia a nuestra tradición y nuestro pasado, ya que supone admitir que se interfiera en ella, que la traducción nos cambie:

“Es crucial reconocer que la noción de lo humano sólo se construirá con tiempo, en y a través del proceso de traducción cultural, ya que no se trata de una traducción entre dos lenguajes que se mantienen cerrados en sí mismos, distintos, compactos. Más bien, la traducción obligará a cada lenguaje a cambiar con el fin de aprehender al otro, y este aprehender en el límite de lo que es familiar, estrecho de miras y ya conocido, proporcionará la ocasión para una transformación ética y social.” (Butler, 2006: 64-65)

Y es en este sentido, como afirma Rorty, como una comunidad humana universal sólo podría aparecer como una construcción cultural nueva, que implicará, en buena medida, su opuesto, esto es, la destrucción de mucho de lo existente tal y como se entiende dentro de cada tradición¹⁰².

B. Inteligibilidad e inteligibilidad: definiciones

Concluimos entonces introduciendo el último par de conceptos: “inteligibilización” e “inteligibilización”. Con ellos nos referiremos a dinámicas estructurales vistas desde la dimensión de las definiciones. La primera, la inteligibilización, se definiría como “el movimiento por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por la de otra”, y la segunda, la inteligibilización, como “el movimiento por el que las definiciones relacionadas por una estructura deja de ser afectada por la de otra”.

Si esta “verbalización” de los sustantivos puede parecer poco afortunada, y pareciera más apropiado mantener el término de “traducción” que hemos usado hasta ahora, pensamos que, sin embargo, la “traducción” implica una práctica situada y como tal le hacemos menos violencia si lo referimos a la agencia, y le daremos, más adelante, un sentido específico dentro de esa perspectiva.

¹⁰² “Por otro lado, el pragmatista cree que la búsqueda de una comunidad humana universal conducirá a su propio fracaso desde el momento en que intente preservar los elementos de toda tradición intelectual, todas las intuiciones 'profundas' que cualquiera pueda tener. No arribaremos a ella intentando aislar la esencia humana común a Aquiles y a Buda, a Lavoisier y a Derrida. La alcanzaremos, si es que podemos, mediante actos de creación, más que de descubrimiento, mediante logros poéticos en vez de filosóficos. No es probable que la cultura que trascienda, y por tanto unifique, al Este y al Oeste, a mundanos y a galácticos, haga justicia a todos por igual; dicha cultura evocará ambos polos con la divertida condescendencia típica de las nuevas generaciones cuando recuerdan a sus antepasados.” (Rorty, 1995: 42).

3. La distinción conflicto-desintegración

Podemos, no obstante, hablar de “inteligibilidad” e “ininteligibilidad”, por la comodidad de la familiaridad, siempre que no se pierde de vista que hablamos de dinámicas y, por tanto, de procesos que las producen.

Lo que se trata de expresar a través de estos conceptos es la desestabilización que supone la conexión de unas estructuras de significación con otras, así como la alusión a la dificultad de lograr nuevas estabilizaciones en el entramado de definiciones que supone toda estructura. En la medida en que estos procesos no son sino la otra cara de las dinámicas de acoplamiento y desacoplamiento, pretenden, sobre todo, destacar que en los procesos de conexión estructural no se da sólo un reposicionamiento de los elementos combinados según un conjunto cambiante de reglas, sino que este reposicionamiento entraña inmediatamente una redefinición de lo que estos elementos son en las relaciones. Atender a estos procesos de redefinición es crucial para evitar el equívoco de asociar “inteligibilidad” a “coherencia” e “ininteligibilidad” a “incoherencia” pues, al contrario, introducimos estos conceptos para facilitar la disociación de ambas dimensiones de análisis y es fundamental que recordemos al respecto que al hablar de coherencia e incoherencia especificamos cómo estas se construían en las relaciones que unían distintas reglas. Retomando a Merton, es a través de las relaciones de inteligibilidad e inteligibilidad como podemos precisamente entender las relaciones de coherencia e incoherencia, pues estas son condición para la existencia de las segundas:

“Por lo menos en lo que concierne a las creencias, en la actualidad es imposible con frecuencia determinar si los valores culturales son congruentes o incongruentes, antes de las situaciones sociales reales en que están implícitos. Así, si se plantea la cuestión, haciendo abstracción de casos concretos de conducta, de si son compatibles o incompatibles el 'pacifismo' y el 'abolicionismo' la respuesta tiene que ser indeterminada. Puede concluirse asimismo, sobre el plano cultural abstracto de las creencias, que esos dos sistemas de valores son al azar (mutuamente irrelevantes), congruentes o incongruentes.” (Merton, 2002: 497)

Esta clasificación de las relaciones entre dos principios como mutuamente irrelevantes, congruentes o incongruentes, se adecúa perfectamente a la distinción que proponemos: la mutua irrelevancia se asociaría con la ininteligibilidad, y sólo dentro de relaciones de inteligibilidad, esto es, de al menos parcial estabilización, podríamos hablar de congruencia/coherencia o incongruencia/incoherencia. Los comentarios que añade a continuación nos resultan igualmente interesantes:

“En el caso de los cuáqueros, la adhesión a los dos valores implicaba acción unificada para la abolición de la esclavitud sin recurrir a la violencia, mientras que Garrison y sus discípulos,

3. La distinción conflicto-desintegración

inicialmente defensores de la no resistencia, se retractaron de sus opiniones pacifistas para aceptar la guerra como medio para abolir la esclavitud. Debe advertirse que antes de haber presentado esa situación, había poca base para suponer algún conflicto entre los valores del abolicionismo y los del pacifismo (...) Valores abstractamente incongruentes se hacen compatibles con frecuencia por su distribución entre diferentes situaciones en la estructura social, de suerte que no dan por resultado exigencia antagónicas sobre las mismas personas en el mismo momento. El conflicto potencial de valores puede obviarse separándolos en diferentes universos de pensamiento e incorporándolos a diferentes papeles sociales.” (Merton, 2002: 497)

Aunque la referencia a las diferentes situaciones en la estructura social es equívoca, la formulación posterior de “diferentes universos de pensamiento” hace plena justicia a la noción de inteligibilidad en cuanto estructuras de significación que se mantienen mutuamente irrelevantes. Creemos que es en este mismo sentido en el que hay que entender la proposición de Winch de que las incongruencias entre diversos marcos de sentido deben analizarse en la relación que sostienen en su encarnación en sujetos concretos, de modo que “un examen de contradicciones aparentes como la que se da entre el Génesis y el darwinismo puede tomar a veces la forma de un examen de cierto tipo de conflictos en uno mismo, donde lo importante es clarificar la naturaleza de los compromisos de uno” (Winch, 1987: 138).

Volviendo una última vez a nuestros ejemplos académicos de la especialización y la interdisciplinarización, creemos que es fácil entender el sentido en que la conexión estructural supone producción de inteligibilidad o ininteligibilidad. Las referencias a nuevas relaciones entre conceptos dentro del campo de la sociología de la globalización son, cuando menos, parcialmente ininteligibles para aquellos que siguen trabajando en el campo de la economía de la globalización, y viceversa, mientras que si lo que se produce es, al revés, su unificación, es inevitable ese proceso de “traducción”, por el que la red de definiciones establecida en uno de los campos se hace relevante para la del otro, convirtiéndose en una cuestión posterior la viabilidad de la estabilización de un cuerpo de significaciones común y, yendo aún más lejos, coherente. Y, sin embargo, podemos vislumbrar con este mismo ejemplo el sentido en el que el término “traducción” no es completamente apropiado, pues nos remite a la labor de los investigadores que se esfuercen por integrar formulaciones producidas bajo tradiciones académicas diferentes, mientras que la inteligibilidad y la ininteligibilidad hacen referencia de forma más abstracta al potencial de entendimiento, sin que sea necesario especificar a priori la parte en ese logro que corresponde a

3. La distinción conflicto-desintegración

cada uno de los agentes, sino permitiéndonos más bien limitarnos al análisis del proceso de unificación de unos y otros conjuntos de reglas.

Trasladando estos conceptos al análisis de la globalización, lo que suponen fundamentalmente es la comprensión de lo que habitualmente se denomina multiculturalismo para referirse a la co-existencia de tradiciones culturales diversas o, en un sentido normativo próximo al arendtiano, como la prevalencia del principio de la tolerancia, como una dinámica de producción y destrucción paralela de universos de sentido, donde lo que se puede observar fundamentalmente es una situación de entendimientos parciales, que no se refiere exclusivamente a la habilidad no completamente lograda para tratar con alemanes, ecuatorianos, coreanos y marroquíes, sino también a las pérdidas de capacidad de comunicación que experimentan diversos españoles entre ellos, como se ve en el salto generacional observable en las prácticas de relacionamiento inter-cultural y los discursos asociados a ellas (Noya, Rodríguez, Steinberg, 2010). Antes de ocuparnos, entonces, de las discrepancias, irresolubles o no, entre diversas culturas, tenemos que examinar los procesos por los que se genera entendimiento, y las áreas que ofrecen mayor resistencia, es decir, la estructuras de significaciones que se mantienen aisladas o que se desconectan progresivamente. Aún con mayor precisión, podríamos decir que las discrepancias e incoherencias se deben ver no como teniendo lugar entre “lenguajes” dispares, sino en el seno de nuevos horizontes de sentido cuyo origen, eso sí, podemos rastrear en las dinámicas por las que se construyó la inteligibilidad partiendo de la ininteligibilidad.

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	FRAGMENTACIÓN	DESACOPLAMIENTO
DEFINICIONES	EXCLUSIÓN	ININTELIGIBILIZACIÓN

Cuadro 3. **RELACIONES OPOSITIVAS + NO-ESTABILIDAD**

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	INTEGRACIÓN	ACOPLAMIENTO
DEFINICIONES	INCLUSIÓN	INTELIGIBILIZACIÓN

Cuadro 4. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + NO-ESTABILIDAD**

3. La distinción conflicto-desintegración

3.6. Conclusiones

3.6.1. La integración como condición de la competencia

Si en el primer capítulo tratamos de definir cuatro tipos de conceptos asociados al “conflicto” -competencia, disenso, contradicción e incoherencia- en función de qué perspectiva estemos adoptando -agencialista o estructuralista, y centrada en las sanciones o en las definiciones- lo que hemos buscado en este capítulo es profundizar en la re-articulación de los tipos de relaciones opositivas y no-opositivas, introduciendo una dimensión que hasta ahora no habíamos contemplado: la distinción entre relaciones estabilizadas e inestables o, por decirlo de manera más convencional, la diferencia entre “relaciones estáticas” y “dinámicas”. Esta es una de las principales aportaciones que se pueden hacer al análisis del conflicto desde el ámbito de la globalización, donde el movimiento espacial se asocia al temporal, es decir, al cambio histórico, permitiéndonos, casi obligándonos, a producir nuevas formulaciones y rescatar otras más o menos olvidadas, para poder dar cuenta de esa dimensión de las relaciones opositivas y no-opositivas en este nuevo escenario.

La primera conclusión en este sentido sería, entonces, que dentro de la perspectiva agencialista y de sanciones, podemos distinguir relaciones opositivas y no-opositivas en función de que se refieran a relaciones estabilizadas o no estabilizadas. En el primer caso tendríamos relaciones de competencia y de cooperación, y en el segundo relaciones de integración y fragmentación. No debemos asociar de forma unidireccional la integración a la cooperación, ni la fragmentación a la competencia. Competencia y fragmentación se refieren a dos usos distintos del concepto de conflicto. Si la primera se definía como “afectaciones recíprocas en las que algunos agentes reciben sanciones positivas y otros sanciones negativas”, la segunda se refiere a “el movimiento por el que un agente deja de otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes”. Se ve inmediatamente que lejos de ser directamente identificables, la una es incompatible con la otra, puesto que la fragmentación se refiere a destrucción de relaciones. Así, nos encontramos con que, al contrario, es la integración la que funciona como condición tanto de la competencia como de la cooperación, pues es la que determina la producción de una relación, en tanto que sería “el movimiento por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes”.

Esto no quiere decir que la fragmentación quede completamente al margen de las relaciones de competencia, pero habría dos matices importantes. Primero, la dirección de la relación sería la

3. La distinción conflicto-desintegración

opuesta, es decir, partiendo de relaciones de competencia a relaciones de fragmentación -o casi de forma más exacta a fragmentación de relaciones-. El romper relaciones de las que un agente no tiene posibilidades de obtener sino sanciones negativas, es una posible solución frente a la incapacidad para cambiar el sentido de la relación y salir beneficiado de ella. Pero, segundo, no es una relación necesaria, puesto que la competencia se puede mantener en el tiempo tanto como convertirse en un relación de cooperación mediante la integración, es decir, la incorporación de un nuevo agente en la relación, lo cual puede suceder también a la inversa. Esta distinción es importante porque mediante ella es como podemos entender de forma no paradójica que integración y conflicto -competencia, en nuestros términos- no son conceptos opuestos sino que habitualmente funcionan de forma complementaria.

3.6.2. La inclusión como condición del disenso

De forma paralela, la segunda conclusión que podemos extraer es que dentro de la perspectiva de la agencia y las definiciones, podemos encontrar relaciones opositivas y no-opositivas tanto en una plano estático como en otro dinámico. Frente al consenso y el disenso en el primero de ellos, tendríamos ahora la inclusión y la exclusión en el segundo. De nuevo, es fundamental que ni la inclusión es reductible al consenso, ni la exclusión lo es al disenso. Lo que nos permiten analizar cada uno de estos tipos analíticos son dimensiones diferentes del concepto de conflicto. Si recordamos que el consenso se definía como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos” y el disenso como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes no son respaldadas por todo ellos”, es fácil ver de nuevo que la inclusión, en tanto que se refería a “el movimiento por el que un agente recibe una identificación positiva”, esto es, una identificación “que comienza una relación”, es condición tanto del primer tipo de relaciones como del segundo. Sólo desde el momento en que un agente recibe una identificación que le permite establecer una relación puede luego establecerse la disputa sobre esa u otra identificación asociada. Al contrario, la exclusión, que era “el movimiento por el que un agente recibe una identificación negativa”, esto es, una identificación “que termina una relación”, elimina la posibilidad de continuar sosteniendo relaciones consensuales o disensuales.

Estas reflexiones, por supuesto, dependen siempre de que se consiga hacer efectiva esa identificación positiva o negativa, que el agente afectado puede, en principio, tener la capacidad de

3. La distinción conflicto-desintegración

rechazar -de igual manera que para terminar una relación de competencia mediante la fragmentación se ha de demostrar la capacidad para realizar la imposibilitación del otro agente como otorgador de sanciones-. Pero, como en el caso anterior, que el disenso se mantenga en el tiempo o que se transforme en consenso -ya sea consenso sobre una identificación positiva o negativa- es algo que no se puede determinar como una necesidad lógica, sino que dependerá del desarrollo empírico de las relaciones. La relevancia de esta distinción estriba en que nos permite encarar el problema del disenso en dos niveles, haciéndonos más conscientes de que previamente a la adquisición de la capacidad para disentir estaría, por así decirlo, el derecho o la capacidad para hablar y ser escuchado.

3.6.3. El acoplamiento como condición de la contradicción

Con la tercera de nuestras conclusiones nos trasladamos desde la perspectiva de la agencia, que hemos tratado hasta ahora, a la estructural. También aquí encontramos la necesidad de una distinción entre relaciones estabilizadas y relaciones inestables, como complemento a la diferenciación entre la dimensión de las sanciones y las definiciones. Así, tenemos que distinguir entre contradicción y desacoplamiento como relaciones opositivas, y entre consistencia y acoplamiento como relaciones no-opositivas. Si la consistencia se definía como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras” y la contradicción como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a imposibilitar la operación de las otras”, el acoplamiento se define como “el movimiento por el que la distribución de sanciones de una estructura se ve afectada por la de otra” y el desacoplamiento como “el movimiento por el que la distribución de sanciones de una estructura deja de ser afectada por la de otra”.

Vemos que lejos de poder establecer una asociación directa entre desacoplamiento y contradicción, la relación prioritaria es, al revés, entre acoplamiento y contradicción y consistencia, siendo aquél la condición de estas. Sólo en la medida en que unas reglas entran en relación con otras podemos hablar de que tiendan a posibilitarse o imposibilitarse entre sí. Será necesario repetir también en este caso que, al contrario, el desacoplamiento puede ser la solución para una relación de contradicción, aunque no es la solución única. La distinción entre contradicción y desacoplamiento nos permite, además, replantearnos la relación entre contradicción, crisis y cambio social. Si ya dijimos que la contradicción implicaba necesariamente algún grado de tensión,

3. La distinción conflicto-desintegración

podemos ahora añadir que la resolución en términos de “cambio” depende de dinámicas de acoplamiento y/o desacoplamiento, que permitan estabilizar un nuevo conjunto de reglas consistente. Sin embargo, la contradicción puede perpetuarse si no entran en juego este tipo de relacionamientos.

3.6.4. La inteligibilidad como condición de la incoherencia

Nuestra última conclusión sería la necesidad de distinguir entre ininteligibilidad e incoherencia como dimensiones específicas del conflicto. No sería, por tanto, suficiente tampoco en el ámbito de la perspectiva estructural y de definiciones con distinguir entre relaciones opositivas y no-opositivas, sino que habría que añadir aquí igualmente la diferenciación de relaciones estabilizadas y no estabilizadas, aceptando que tampoco en este caso se puede establecer una conexión inequívoca entre inteligibilidad y coherencia ni entre ininteligibilidad e incoherencia. Mientras que la coherencia se refiere a “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras”, las de (producción de) inteligibilidad lo hace a “el movimiento por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por la de otra”. Del mismo modo, frente a la incoherencia, que definimos como “relaciones entre reglas en las que las las definiciones de las relaciones de unas tienden a imposibilitar la operación de las otras”, la (producción de) ininteligibilidad lo que supone es “el movimiento por el que las definiciones relacionadas por una estructura deja de ser afectada por la de otra”.

Se sigue de lo dicho que la inteligibilidad es condición de la coherencia, pero también de la incoherencia y, en este caso, la comprensión de esta diferencia es facilitada por el sentido en que se utilizan estos conceptos en el lenguaje ordinario: no podemos denunciar la falta de lógica de una proposición si no la entendemos. En nuestra propuesta, sin embargo, si que forzamos algo el sentido de estos términos, puesto que la referencia a la capacidad de comprensión nos situaría en la posición de posibles valoraciones de la misma -una “comprensión adecuada” o una “comprensión defectuosa”-. Nosotros, al contrario, dejamos estas evaluaciones -siempre agenciales- de las identificaciones para las relaciones de consenso y disenso, y nos limitamos a definir la inteligibilidad en términos de un impacto efectivo de una red de definiciones en otra. Si hay una modificación de las identificaciones de una estructura, tenemos de forma inmediata producción de inteligibilidad. Al contrario, la ininteligibilidad se podría entender como la reducción a la

3. La distinción conflicto-desintegración

irrelevancia, al “ruido”, si entendemos éste, de forma algo heterodoxa, como un mensaje sin consecuencias. Lo que estaría en juego aquí sería la viabilidad de las definiciones inter-relacionadas pero, una vez más, sin que esto signifique que deban romperse las relaciones o que sea lógicamente necesario que entren aún nuevas relaciones que sometan a una nueva transformación las existentes. La cuestión que se plantea con esta distinción es que, anterior a la pregunta por el grado de coherencia de una estructura o institución, es necesario preguntarse por el grado de inteligibilidad de unas reglas a partir de otras.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

4.1. Introducción

4.1.1. La simultaneidad: cara a cara con la otredad

La relevancia analítica de la distinción entre relaciones estabilizadas y analíticas es la primera conclusión que se puede extraer del examen de la globalización desde el punto de vista la renovada importancia que cobra en ella el movimiento, entendido tanto como en relación a transformaciones espaciales como temporales. Pero no es la única que estudiaremos. El segundo punto de interés que se desprende de la consideración del fenómeno bajo la luz de la centralidad que en él ocupa la simultaneidad tiene que ver con la heterogeneidad y la homogeneidad. Este nuevo foco para nuestro análisis no se puede considerar como completamente desligado sino que, al contrario, es necesario contemplarlo en sus interrelaciones con el anterior. Tenemos que tratar de aproximarnos a él como una nueva capa que añadimos y que no se mantiene nítidamente separada, sino que tiende a formar un amalgamamiento.

Así, la producción de la semejanza y la desemejanza crece de forma exponencial en un mundo donde las distancias se acortan y constantemente se construyen espacios sociales que reúnen lo que antes estaba separado. La imparable y acelerada circulación de todo tipo de agentes a lo largo y ancho del globo, así como los diversos procesos de expansión y acoplamiento estructural, establecen nuevas relaciones que hacen del mundo que habitamos uno irremediabilmente plural. Como lo expresa Jameson, es imposible ahora no “ver a los 'otros', que ocupan su propio escenario -una especie de centro en si mismo- y obligan a que se les atienda en virtud de su voz y del acto de hablar” (Jameson, 1991: 271). La heterogeneidad, no obstante, no debe entenderse sólo como el producto de diferencias visibilizadas por la proximidad puesto que, como vimos en el capítulo anterior, paralela a la dinámica de integración se da también la de fragmentación, y esta es tanto como la otra parte constitutiva del fenómeno. La ruptura de relaciones por las que se recreaba la homogeneidad, entonces, es igualmente responsable del aumento de la heterogeneidad. Por otra parte, el establecimiento de nuevas relaciones contribuye también a la homogeneización, a la difusión de pautas culturales, a la presencia de los mismos agentes/elementos en rincones opuestos del mundo.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

En conjunto, lo que la globalización nos trae es un reordenamiento de la similitud, que hace que ahora la encontremos donde menos la esperamos y, al revés, que desaparezca de los espacios sociales donde la dábamos por sentada. Viajamos y vemos que la vida en distintos lugares es cada vez más similar a la nuestra, al mismo tiempo que nuestros vecindarios parecen dar cobijo a agentes cada vez más dispares. El cuscus, los pantalones vaqueros, el cine hollywoodiense, los comics manga... Pautas y productos culturales similares y a la vez muy diversos, los encontramos desperdigados por todo el mundo, de modo que cada vez es menos aplicable la equivalencia entre la diferencia espacial y la “mismidad” en el tiempo que Bhabha identificó y bellamente expresó como la transformación del Territorio en Tradición¹⁰³. Esta asociación de tradición y territorio, al contrario, es algo cada vez menos sostenible.

Es difícil no relacionar, como lo hacía Robertson hace ya dos décadas, la pujanza del relativismo con esta nuevo panorama¹⁰⁴ y el etnocentrismo que, como resume Geertz partiendo de Levi-Strauss, se puede entender como una forma de relacionarse con otras culturas basada principalmente en la indiferencia que la distancia hacía posible, no parece una alternativa viable para este nuevo mundo, incluso aunque lo veamos resurgir con fuerza en muchas ocasiones:

“La distancia trae consigo, si bien no la fascinación, en cualquier caso sí la indiferencia y, de este modo, la integridad. En el pasado, cuando las así llamadas culturas primitivas tenían sólo muy marginalmente contacto entre ellas (...) la integridad cultural se mantenía fácilmente. Una 'profunda indiferencia hacia otras culturas era... una garantía de que podían existir a su manera y en sus propios términos'. Ahora, cuando claramente ya no prevalece esta situación y, cada vez más agobiados en un planeta pequeño, todos están profundamente interesados en los demás y en los asuntos de los demás, se vislumbra la posibilidad de perder tal integridad a causa de la pérdida de aquella indiferencia.” (Geertz, 1999: 71)

103 “Quite simply, the difference of space returns as the Sameness of time, turning Territory into Tradition, turning the People into One. The liminal point of this ideological displacement is the turning of the differentiated spatial boundary, the 'outside', into the unified temporal territory of Tradition.” (Bhabha, 1991: 300).

104 Observación que el norteamericano unía a un ataque a lo que consideraba una asunción acrítica por parte de los investigadores del relativismo crecientemente dominante en su objeto de estudio -y entorno de vida-: “Undoubtedly, the present concern with relativism is, in part, a manifestation of the cultural heterogeneity of a compressed, globalized world. But our job is to study, not merely echo the process of globalization.” (Robertson, 1992: 41-42).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Una conclusión igualmente radical extraía hace décadas Daniel Bell sobre esta nueva e ineludible proximidad:

“La eliminación de la distancia como hecho estético, sociológico y psíquico significa que, para los seres humanos y para la organización del pensamiento, no hay fronteras, no hay principios ordenadores de la experiencia y el juicio. El tiempo y el espacio ya no forman las coordenadas de un hogar para el hombre moderno. Nuestros antepasados tenían un basamento religioso que les daba raíces, por muy lejos que trataran de deambular. El individuo desarraigado sólo puede ser un peregrino cultural, sin un hogar al cual volver. El problema, pues, es si la cultura puede reconquistar la coherencia, una coherencia de sustentación y experiencia, y no solo de forma.”
(Bell, 1992: 120)

Probablemente ambas proposiciones tienden a exagerar el grado de coherencia de las tradiciones culturales, así como su nivel de aislamiento y, sobre todo, hasta qué punto se podía afirmar que existía realmente esa unidad. Sin estos presupuestos es más difícil sostener esta suerte de escenario apocalíptico donde ya no es posible la pertenencia, como afirma el sociólogo norteamericano.

No es necesario por ello concluir de estas transformaciones, como lo hacía el antropólogo francés, que estamos abocados a una suerte de “entropía moral”, pero sí que es imprescindible atender a las condiciones especiales bajo las que tiene ahora lugar la producción de comunidades, pues tampoco podemos irnos al extremo contrario para afirmar que la distancia social es irrelevante. Lo que se destaca ahora es la producción de la misma por medios distintos al de la distancia física. Pero, y esto es algo que queda fuera de la perspectiva de ambos comentarios, también es relevante no perder de vista que en el desarrollo de la globalización no hemos asistido sólo al acercamiento de lo diverso, sino a la extensión de lo igual, lo que nos pone en la pista de que es tan necesario observar la producción de la distancia como la producción de la proximidad, donde espacialmente no existen.

4.1.2. La dialéctica heterogeneidad-homogeneidad de la globalización

La importancia de la heterogeneidad y la homogeneidad como clave del análisis de la globalización ya quedó patente cuando perfilamos inicialmente los límites de los distintos ámbitos que utilizaríamos para nuestro examen, y ya comentamos entonces su especial asociación a la problemática de las relaciones identitarias y culturales. A pesar de que no nos parece lógicamente necesaria esta asociación, sin duda, ha tendido a prevalecer. Especialmente en los primeros trabajos

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

sobre el fenómeno destaca el enfrentamiento de dos posiciones que, básicamente, se podían identificar con una y otra. Por un lado, se argumentaba que la globalización, en tanto que unificación, lo que nos estaba mostrando era una creciente reducción de las diferencias. Las mismas instituciones políticas y económicas gobernaban la vida por todo el planeta y las tradiciones culturales perdían sus límites y se fusionaban. No era en absoluto secundario el matiz de que la fusión cultural se veía las más de las veces como una imposición de la cultura occidental, o más concretamente estadounidense. Por otro lado, se defendía que la globalización, incluso si entendida como unificación, era un proceso semejante a una “mezcla”, donde se unían elementos de origen diverso, origen que no llegaba realmente a perderse de modo que pudiera decirse que hubiera una auténtica fusión. Más que de una cultura global, de lo que se podría hablar sería de un eclecticismo globalizado y lo mismo encontrábamos en cualquier otro ámbito en el que fijáramos nuestra atención: una pluralidad de instituciones y organismos faltos de coordinación que harían destacar el caos muy por encima del orden.

Sin embargo, a medida que proliferaban los estudios sobre globalización y se institucionalizaba el debate en torno a ella, se puede decir que los aciertos y errores evidentes de cada una de estas dos posiciones llevaron a un acercamiento basado en el reconocimiento de la parcialidad de cada una de las perspectivas. Como es frecuente, se ha llegado al triunfo de una posición intermedia, de síntesis, que acepta la importancia tanto de la dinámica de heterogeneización como de la de homogeneización, y se preocupa de observar las relaciones entre ambas. Albrow expone con claridad este punto al afirmar que siempre estará abierto a debate si la globalización hace más posible que cada individuo se convierta en su propio emisor de contenidos o que todo el mundo reciba los mismos en cada momento¹⁰⁵. Ninguna de las dos vías puede reclamar haber logrado la explicación “completa” de la globalización. Pero si hablamos de la dialéctica homogeneidad-heterogeneidad es, en esta línea, porque no se trata únicamente de reconocer que ambos procesos se dan empíricamente, sino de expresar esa ambigüedad de la globalización al respecto y de las relaciones complejas que se dan entre una y otra dinámica. Como ya hemos dicho,

105 “In addition to this inherent indeterminacy there is a problem of ambiguity. It will always be open to question whether globalization brings the possibility closer of anyone broadcasting anything to any part of the globe, or the possibility to everyone in the world receiving the same programme at any one moment of time. The debate surrounding homogenization versus diversification or hybridization reflect precisely this ambiguity.” (Albrow, 1997: 92).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

no nos parece concebible pensar la producción de semejanza y desemejanza de forma aislada, sino que ambas están interrelacionadas y se retroalimentan.

No nos parece suficiente, por ello, afirmar como hace McLuhan que “todo el acercamiento a estos problemas en términos de uniformidad y homogeneización social es una presión final de la época de la tecnología mecánica e industrial” (McLuhan, 1966: 276). Aunque encontramos acertado su planteamiento en cuanto a la consideración de la homogeneidad y la heterogeneidad como construcciones, sin duda tecnológicamente mediadas, no pensamos que el problema sea reductible a una pugna entre tecnologías pujantes y obsoletas, de modo que se pueda proponer que “es más difícil proveer unicidad y diversidad que imponer los patrones de la educación de masas; pero es esta unicidad y diversidad la que se puede promover bajo las condiciones de la electricidad como nunca antes” (McLuhan, 1966: 276). No nos parece casual que Benjamin asociara las tecnologías del cine y la fotografía -mecánicas y no eléctricas según la tipología de McLuhan- a esas mismas tendencias homogeneizantes y que, sin embargo, viera en ellas un reflejo de la pasión de las masas por aproximar lo distante¹⁰⁶.

De igual manera que hemos rechazado anteriormente las concepciones de un disenso originario sobre el que se construye el consenso, o las de una libertad inicial minada a medida que se genera interdependencia, nos queremos ahora oponer a la idea de un heterogeneidad primigenia y una homogeneidad producida. La misma distancia espacial no es sino una construcción, como se expone a menudo en la literatura de la globalización, un producto de las condiciones de desplazamiento de los agentes, y no se puede ver en las posibilidades tecnológicas abiertas, por ejemplo por el avión, la crónica de una muerte anunciada por el tren, el barco de vapor o el automóvil. Los medios de transporte no son sino uno sólo de los medios, aunque fuese el fundamental, por el que se puede producir la distancia. Junto con los aviones se han construido también los detectores de metal y los controles de pasaportes, por ejemplo, del mismo modo que los vuelos se rigen también por criterios de rentabilidad de las compañías que los gestionan, o que

106 “Hacer las cosas más próximas a nosotros mismos, acercarlas más bien a las masas, es una inclinación actual tan apasionada como la de superar lo irrepetible en cualquier coyuntura como por medio de su reproducción. Día a día cobra una vigencia más irrecusable la necesidad de adueñarse del objeto en la proximidad más cercana, en la imagen o más bien en la copia. Y resulta innegable que la copia, tal y como la disponen las revistas ilustradas y los noticiarios, se distingue de la imagen. La singularidad y la duración están tan estrechamente imbricadas en ésta como la fugacidad y la posible repetición de lo mismo lo están en aquélla.” (Benjamin, 1982: 75).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

dependen de las decisiones estatales sobre la distribución de la infraestructura que precisan -los aeropuertos-. Incluso a menos de 200 metros, la distancia puede ser inmensa gracias a los muros, las cámaras de videovigilancia y los guardas o policías. No podemos ni siquiera, entonces, dar por sentado que vivimos un acortamiento de las distancias inequívoco.

Es preciso, en consecuencia, enfatizar que no hay un grado cero de la homogeneidad, como no lo hay de la dependencia, del consenso o de la proximidad, porque no hay un grado cero de la socialidad. No se trata de analizar los fenómenos como avances y retrocesos sobre una línea, recta o no, que lleva de un extremo a otro. Reconocer esto nos parece un punto fuerte de la formulación de McLuhan, pero reducir estas dinámicas a la potencialidad encerrada en unas y otras tecnologías, tiende a marginalizar la interacción continua entre ambas. Del mismo modo que sólo partiendo del consenso o la interdependencia se puede crear disenso y autonomía, sólo partiendo de la homogeneidad se puede generar heterogeneidad. Pero a la inversa también es cierto, y la vida social se reproduce en un constante paso de una a otra, que sólo momentáneamente nos aparece estabilizado, como marcando lo que siempre fue igual y lo que siempre fue distinto. La desestabilización y las grandes distancias que se salvan -y se generan- hace esto más patente que nunca.

4.1.3. El conflicto en ambos lados

Abordar de manera específica la relación entre el conflicto y la heterogeneidad-homogeneidad es crucial, aunque pueda parecer tan obvia la diferencia entre una y otra cuestión que parezca que este análisis puede resultar trivial, dado que el peso de la asociación entre uno y otra se deja sentir claramente en la sociología, sea cual sea la dimensión de este concepto que tratemos. Invitamos al lector a que piense hasta qué punto es frecuente asociar la identidad de intereses y de posicionamiento estructural como elementos que predisponen a la cooperación, la pertenencia a la misma comunidad como facilitador del logro de consensos, que se defienda que la similitud de principios estructurales hace factible la consistencia, o que la inserción de dos discursos en una misma tradición cultural aumenta las posibilidades de coherencia. Y lo mismo es aplicable en la dimensión de las dinámicas: la integración es más exitosa cuanto más semejantes son los agentes, cuanto más parecidos se encuentren más se propicia la inclusión, cuanto más iguales sean dos estructuras más sencillo es el acoplamiento, o el mismo origen para dos tradiciones culturales hace más posible la inteligibilidad. Aunque pudiera existir una correlación empírica entre homogeneidad

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

y relaciones no-opositivas, sabemos también que existe igualmente la asociación de heterogeneidad y relaciones no-opositivas, y, sin embargo, esta vía parece quedar siempre en segundo plano.

No es suficiente, por ello, con afirmar que la homogeneidad es producida para relativizar esa asociación de sentido común todo lo que nos gustaría. El propósito de este capítulo es examinar la diversidad de relaciones que se pueden establecer en esta dimensión y continuar matizando con ello el concepto de conflicto, abriendo nuevas líneas de diferenciación dentro de él. Así pues, más allá de la insistencia en la necesidad de contemplar la globalización tanto como un proceso de heterogeneización como de homogeneización, queremos destacar también que estos no pueden entenderse como representando la dimensión conflictiva y “armónica” de la misma. Este fenómeno, de hecho, es oportunamente útil para ilustrar la falta de conexión lógica que existe entre una y otra dimensión pues en ella podemos ver, precisamente, como es incluso más habitual la asociación opuesta. De este modo, el conflicto sobresale tanto en la expansión del capitalismo, como en los procesos de “macdonalización” cultural, como en los de integración política supranacional. Igualmente, se puede encontrar cómo en sus descripciones más optimistas se señala la diversidad como oportunidad para el enriquecimiento cultural y la exploración de nuevos modos productivos y de organización política.

Sería, sin embargo, igualmente poco adecuado extrapolar de forma radical estos argumentos y concluir que la heterogeneidad es menos propicia para el conflicto que lo es la homogeneidad. El análisis de la globalización puede en ocasiones llevar a este tipo de planteamientos que, sumando esta identificación inversa a la habitual con la más convencional de lo conflictivo con lo normativamente no deseable, prácticamente llegan a identificar la homogeneidad de forma negativa y la heterogeneidad de forma positiva¹⁰⁷. Aunque no sea una característica exclusiva de los análisis

107 Es preciso, no obstante, reconocer que esta identificación positiva de la diferencia no es una línea de pensamiento que surja, ni mucho menos con los debates en torno a la globalización, sino que es parte de la tradición de la filosofía occidental por lo menos desde el romanticismo y la oposición dentro del pensamiento alemán a la idea de “civilización” propia de la Ilustración francesa, que ya se había introducido con fuerza en la sociología mediante las obras de la Escuela de Frankfurt y que continuó reforzando su arraigo, posteriormente, con su incorporación en el post-estructuralismo francés. En buena medida estas críticas de las tendencias homogeneizantes de la racionalidad instrumental, de la cosificación capitalista, y un largo etcétera, están, en mayor o menor medida, relacionadas con la crítica a la dominación en sus diversas formas, cuestión en la que no entraremos de momento en este capítulo.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

de la globalización, lo cierto es que en ellos ha cobrado una relevancia fundamental, que hace de este área un punto de partida muy oportuno para realizar este examen.

4.1.4. Cuatro problemas

Como en el capítulo anterior, no se tratara esta relación entre conflicto y heterogeneidad de forma unificada, sino que volveremos a realizar un análisis diferenciado en función de los ámbitos que delimitamos en el primer capítulo, y que hemos ampliado posteriormente con la inclusión de la dimensión dinámica de las relaciones sociales. Por ello, para hacer entrar en el examen tanto las relaciones estabilizadas como las no estabilizadas, necesitaremos introducir dos pares de conceptos para cada uno de los cuatro marcos de análisis. Para simplificar, de momento mencionaremos sólo al elemento referido a la heterogeneidad de cada par: información e intercambio, universalización y relativización, desdiferenciación y complejización, pluralización y categorización. A lo largo del capítulo iremos situando cada uno en relación a los ya presentados.

Los conceptos de “información” e “intercambio” los introduciremos en relación con el primer problema del que nos ocuparemos, delimitado por el marco de la perspectiva agencialista y de sanciones: la pluralidad y la unidad en las redes. En este caso, trataremos de analizar como se producen la homogeneidad y la heterogeneidad en el interior y a través de las redes, en tanto que estas representan el proceso de redistribución de la agencia a escala mundial.

Los conceptos de “universalización” y “relativización” serán parte del análisis de nuestro segundo problema, delimitado por el marco de la perspectiva agencialista y de definiciones: la ambivalencia en el concepto de comunidad. La referencia básica es el carácter diacrítico de toda identidad, y las delimitaciones que a través de ellas se establecen entre lo que es o no considerado como igual y las implicaciones de estos posicionamientos en la creación de consenso y disenso.

Los conceptos de “desdiferenciación” y “complejización” los utilizaremos para afrontar el tercer problema que planteamos, delimitado por el marco de la perspectiva estructuralista y de sanciones: la cuestión del orden en las relaciones estructurales. Pretendemos con este tema acercarnos a la asimilación estructural de la homogeneidad y la heterogeneidad en una situación de expansión y contracción del espacio social abarcado por diversas instituciones.

Los conceptos de “pluralización” y “categorización”, por último, los usaremos al abordar el cuarto problema que proponemos, delimitado por el marco de la perspectiva estructuralista y de definiciones: el multiculturalismo como proceso de transformación. Si en el capítulo anterior

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

hablamos del multiculturalismo como entendimiento parcial, lo que buscamos ahora es la aproximación a la heterogeneidad y la homogeneidad como producto de una creciente inteligibilidad entre tradiciones culturales antes diversas, así como de una mayor ininteligibilidad en el seno de otras hasta ahora estabilizadas.

4.2. Primer problema: Fragmentación-competencia

4.2.1. La heterogeneidad y la homogeneidad en las redes

A. La transmisión de lo idéntico

A pesar de que la frecuencia con que el debate acerca de la homogeneidad y la heterogeneidad se ha centrado en el ámbito “cultural”, no hay nada, como ya dijimos, que haga que de éste su espacio natural de aplicación. En el marco de la distribución de sanciones este es un debate igualmente importante. Las redes, es decir, la redistribución de la agencia a la que estamos asistiendo, es parte inextricable del proceso por el que se produce tanto una como la otra. Y esto es así necesariamente, puesto que no hay nada que pueda acontecer fuera del relacionamiento de unos agentes con otros, de modo que si estamos contemplando algún tipo de re-localización novedosa de lo símil y lo disímil, tiene que tener su origen en movimientos agenciales específicos que modifican las figuraciones hasta ahora estabilizadas.

Si miramos de cerca todos esos fenómenos a los que se asimila la homogeneización como tendencia específica de la globalización, siempre encontraremos el funcionamiento de redes de largo alcance y más o menos complejas como responsables de los mismos. Es a través de redes como se distribuye, por ejemplo, esa inmensa cantidad de mensajes idénticos que nos hace hablar de públicos globales -si se nos permite utilizar el controvertido lenguaje de mensajes, emisores y receptores con el fin de elaborar una descripción sencilla-. Y no se trata sólo de La Red, esto es, de la existencia de Internet, gracias a la cual las versiones digitales de los grandes periódicos, en buena medida nacionales, se pueden seguir con cierta facilidad desde cualquier parte del mundo, del mismo modo que se puede hacer con las emisiones de los distintos canales de televisión, ni de las comunicaciones privadas por las que se hacen circular distintos tipos de noticias, consignas políticas o bromas. De lo que se trata también es de las diferentes conexiones por las que se crean las condiciones, motivaciones y capacidades para emitir y recibir esos mensajes. Así, por ejemplo, para

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

leer *The Economist*, *Financial Times* o *Wall Street Journal*, no hace falta meramente tener una conexión a Internet, sino también la formación para hablar inglés y para entender la información económica y, sobre todo, el conocimiento de la importancia de la información económica producida más allá de las fronteras nacionales, las circunstancias que la hacen más o menos relevante para nuestra vida cotidiana, y, probablemente, la inserción en redes donde las noticias y editoriales de estos periódicos se puedan comentar y discutir. Más allá, por tanto, de la red que conecta a quienes editan un periódico en Estados Unidos y quienes lo leen en cualquier parte del mundo, nos encontramos con la red que conecta a unos agentes y otros respecto a problemas comunes. En este sentido, es plenamente oportuna la referencia de Beck a los riesgos globales como mecanismos sociales de integración por encima de la pluralidad:

“(...) en la negación y en la no percepción surge la comunidad objetiva de una situación de amenaza global. Tras la pluralidad de intereses amenaza y crece la realidad del riesgo, que ya no respeta las diferencias y las fronteras sociales y nacionales. Tras los muros de la indiferencia prolifera el peligro. Naturalmente, esto no significa que a la vista de los crecientes riesgos civilizatorios emerja la gran armonía. Precisamente en el trato con los riesgos resultan muchas diferenciaciones u conflictos sociales nuevos” (Beck, 1994: 52)

Sin embargo, al hablar de riesgos globales Beck tiende a suponer riesgos que nos amenazan a todos “por igual”, una cierta identidad de intereses que debería, aunque no lo haga, cristalizar en esa cooperación. Este es un supuesto innecesario para lo que pretendemos decir. El aumento de la interdependencia no implica esto. No obstante, si implica que se crean las condiciones para que la transmisión de mensajes “idénticos” a un número de agentes cada vez mayor sea posible, incluso, probable. Al decir esto es importante tener en mente que aunque antes nos refiriésemos a los lectores de los periódicos económicos, es así mismo aplicable a los “emisores”, pues de ese lado también es necesario que existan motivaciones y condiciones para que, por ejemplo, se haga una edición digital y consultable sin necesidad de suscripción.

Pero aún hablar de que se crean las condiciones de posibilidad no es suficiente. Si lo hemos hecho así hasta ahora ha sido con el fin de destacar que la red no se refiere meramente a la “distribución tecnológica”, sino a relaciones más complejas. Más exacto aún sería decir que no es posible hablar de una “pura” red tecnológica, puesto que las conexiones relevantes atañen tanto a routers y ordenadores, como a balances de cuentas y gestores económicos, por ejemplo. Como se ha demostrado en numerosas ocasiones desde los estudios sociales de la ciencia, la tecnología es indisoluble de la política, la economía y la cultura. Debemos reconocer, en cualquier caso, que es

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

fundamental tener en cuenta que esos mensajes están alterando las relaciones en las que se inscriben y que son parte misma de la constitución de esos agentes y esas redes a las que nos referimos. No son un añadido sobre relaciones sociales que funcionarían respecto a ellos como simplemente “condiciones de posibilidad” sino que esos mismos mensajes están interviniendo sobre ellas.

Lo mismo nos encontramos en ese otro foco de análisis sobre el que se suelen sustentar las hipótesis de la homogeneización global. También encontramos redes en el *backstage* de esa circulación de mercancías por las que hablamos de mercados de masas globales y que en su dimensión “cultural” se ha venido denominando “macdonalización”: esa presencia en prácticamente cualquier lugar del globo de los mismos restaurantes de comida rápida, refrescos, marcas de vaqueros, de zapatillas y ropa deportiva, y ese largo etcétera de ítems que se nos viene a la mente con ese evocativo término. Que los agentes, todos nosotros, sigamos unos u otros circuitos y recorridos no es algo que se pueda explicar partiendo de algo inscrito en nuestro interior, como una especie de compulsión originaria, sino que es evidente que viene determinado por las relaciones en las que nos insertamos y que nos conforman, y lo mismo puede decirse de esta serie de objetos mercantilizados que tanto contribuyen a homogeneizar el mundo que habitamos.

A lo que estamos asistiendo es a la formación de una red de nuevas conexiones que desestabilizan las asociaciones que hacían que estos productos se distribuyesen en espacios regionales más o menos delimitados. Planes de ampliación de mercados, regulaciones interestatales del comercio internacional, movilización de imaginarios colectivos ampliamente sugestivos por razones diversas, y muchos otros fenómenos, y con cada uno de ellos un entramado hiper-complejo de agentes de todo tipo, son imprescindibles para entender esa especie de conquista planetaria de un determinado rango de productos. Y lo que vemos aquí de nuevo, es que esto no puede entenderse simplemente como reduciéndose a esa omnipresencia de las mismas mercancías en cualquier rincón del mundo, sino que tiene detrás una reconfiguración de las conexiones entre distintos agentes. En esta línea podríamos entender esta proposición de Castells:

“Por un parte, las élites forman su sociedad propia y constituyen comunidades simbólicamente aisladas, atrincheradas tras la barrea material del precio de la propiedad inmobiliaria. Definen sus comunidades como una subcultura ligada al espacio y con conexiones interpersonales. (...) Una segunda tendencia importante de la distinción cultural de las elites en la sociedad informacional es crear un estilo de vida e idear formas espaciales encaminadas a unificar su entorno simbólico en todo el mundo, sustituyendo así la especificidad de cada localidad” (Castells, 2005: 494)

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Nos parece acertado el énfasis de Castells en el carácter producido de la homogeneidad así como la referencia al estilo de vida. Sobre lo primero hemos insistido ya mucho, pero es importante destacar por qué es también relevante que hable de estilos de vida. En nuestra opinión la importancia reside en que nos permite pensar la homogeneidad no como una característica intrínseca de los agentes -este pantalón vaquero de marca X es igual a este otro del mismo modelo y marca-, sino en relación con sus prácticas, esto es, en relación a su asociación a otros en una constelación determinada. Pensemos, por ejemplo, si nos invadiría la misma sensación cuando viajamos de que “la vida es más parecida en todas partes” si viéramos que las zapatillas deportivas de determinadas marcas mundialmente famosas son utilizadas, pongamos por caso, para adornar las casas. La homogeneidad producida por las redes se puede ver entonces como el mantenimiento de determinados patrones de relaciones a pesar del movimiento, y cuanta más homogeneidad logren más estabilizadas quedan las figuraciones en las que se inscriben y, por tanto, ellos mismo como agentes.

Sin embargo, hay dos puntos en los que la fórmula de Castells nos parece inadecuada para lo que tratamos de exponer nosotros, y ambos tienen que ver con la referencia a las élites que hace en este fragmento. Primero, es evidente que buena parte de esa homogeneidad de mercancías no está destinada a las élites globales, se definan estas como se definan. Las redes que organizan su distribución global no tienen como finalidad primera crear un espacio “propio” para X grupos sociales cuando estos se desplazan por el mundo, sino que lo que tratan es de modificar las relaciones en las que los agentes, digamos locales, se encuentran insertos. El matiz importante que hay que introducir como conclusión es que el hacer hincapié en el carácter producido de la homogeneidad no debe entenderse necesariamente como una búsqueda intencional de la misma por parte de los agentes afectados por ella.

Segundo, no se puede llevar al extremo la fórmula que relaciona la creación de espacios homogéneos con las élites, en la medida en que esta proposición exagera de hecho los diferenciales de agencia de los distintos grupos sociales. No son sólo los más poderosos los que buscan re-establecer a menudo en lugares que no son el suyo de origen las relaciones que los han constituido como agentes en el pasado -o presente-, sino que es una tendencia que se puede encontrar a lo largo de toda la escala de estratificación social. No hace falta una investigación profunda -lo que no quiere decir que no fuera interesante- para poder apreciar, aunque sea mínimamente, como los migrantes en lo más bajo de la pirámide por ingresos económicos y estatus laboral y social en sentido amplio, tienden igualmente a tratar de conseguir los mismos productos de alimentación, vestido y culturales -música, televisión, deportes, etc.-, con los que crecieron en su localidad de

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

origen. De qué si no de esta reproducción de sus condiciones de vida en sus nuevos entornos se les acusa -y el uso del verbo acusar es cualquier cosa menos gratuito¹⁰⁸- cuando se dice que “no se quieren integrar”.

La construcción de espacios homogéneos donde quiera que el agente se traslade no es, por tanto, una tendencia observable sólo en las élites. Cuestión distinta es la capacidad de cada agente para lograr esto, o el grado en que esto sea una práctica deliberada y consciente. Que este tipo de homogeneización sea menos relevante, cuantitativamente, es, además de un problema empírico, un hecho probablemente más relacionado con esa capacidad diferencial para reproducir determinadas relaciones que con estrategias específicas de unos u otros grupos sociales. Sea como fuere, no debe tampoco darse por sentado como una suerte de tendencia “innata” en los seres humanos, tanto porque no es específica de ellos -los objetos también tienen capacidades diferentes para reproducir determinados tipos de relaciones sociales- como porque el cambio puede ser también deseado y producido, en cualquier caso, con mayor o menor grado de intencionalidad.

B. La conexión de lo diverso

Si nos desplazamos ahora en la dirección opuesta, es igualmente innegable que también a través de las redes se produce la heterogeneidad. Esto es así, en primer lugar, en un sentido obvio: una nueva heterogeneidad se nos hace presente a través de las nuevas conexiones que establecen ellas. En muchas ocasiones, incluso, podemos ver una muestra de esta dialéctica de la homogeneidad y la heterogeneidad en el hecho de que lo que es para unos agentes la reproducción de unas relaciones sociales dadas es desde la perspectiva de otros una transformación radical de la figuración en la que se desenvuelve. El ejemplo de los migrantes es de nuevo pertinente, porque lo que para ellos es crear homogeneidad entre un espacio pasado y otro presente, es visto por los locales como una heterogeneización de su espacio social -el pasado y el presente- a veces celebrada y quizá muchas más veces difícilmente soportada. Así, por el mismo proceso por el que vemos una carnicería islámica como una extensión por distintos lugares del mundo del mismo tipo de

108 El sentimiento de amenaza que despierta en distintos sectores de la población la co-existencia con grupos sociales que tratan de mantener sus propias costumbres es, sin duda, uno de los temas estrella en el análisis de la opinión pública sobre la globalización, como hemos tenido ocasión de comprobar (Noya, Rodríguez, Steinberg, 2010).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

carnicería, se puede entender también que lo que nos encontramos ahora es que en Madrid, por ejemplo, cada vez existen más tipos de estos establecimientos.

Pero, incluso, aunque supusiéramos que la heterogeneidad se pudiese medir como algún tipo de índice de biodiversidad y dejando con ello de lado las perspectivas de los agentes insertos en las figuraciones, aún hay otro sentido en el que evidentemente las redes son responsables de su producción. De hecho, lo son en el mismo sentido en que lo son de la producción de homogeneidad. Si tomamos el mismo caso de la transmisión de mensajes, para prestar atención ahora no la capacidad para hacer llegar el mismo a un número mayor de receptores, sino para fijarnos en la explosión del número de emisores posibles, y con ella, de la variedad de mensajes puestos en circulación -como es habitual hacer basándose en la conexión descentralizada que es Internet-, nos encontramos de nuevo con el mismo tipo de análisis que realizáramos antes.

Para explicar cómo es esto posible tenemos que tener en cuenta una asociación de diversos agentes -y, de nuevo, tanto tecnológicos, como económicos, políticos y culturales- para poder explicar no sólo el funcionamiento de Internet, sino la diversidad de condiciones a las que responde la diversidad de mensajes. Así, para analizar porque podemos encontrar tanta diversidad de opiniones en el ciberespacio respecto, por ejemplo, a la prohibición de las festividades taurinas en Cataluña, hay que atender a una serie de figuraciones cambiantes y complejas que explican las diferentes posiciones ocupadas por los agentes, en las intersecciones respecto a discursos ecologistas, nacionalistas, etc. Igualmente, si queremos explicar las tendencias que se han observado en las últimas décadas a la diversificación de la producción, tenemos que tener en cuenta no sólo los procesos por los que determinadas corporaciones han optado por seguir esta vía y otras tantas por imitarla, sino también la manera en la que los cambios de patrones de relacionamiento entre los agentes dan sentido a que algunos de ellos hayan decidido seguir este tipo de estrategia y que esta haya obtenido un cierto éxito. El por qué esta línea de operación ha sido posible o deseable ahora y no hace medio siglo no puede entenderse si no es aludiendo a re-distribuciones de la capacidad de agencia que tienen que ver tanto con la demanda de los consumidores como con las capacidades productivas del lado de la oferta.

Pero, del mismo modo que concluimos en el epígrafe anterior que la producción de homogeneidad consistía en la capacidad para reproducir en diferentes espacios sociales el mismo tipo de relaciones, la producción de heterogeneidad consiste en la capacidad para transformar parcialmente en espacios sociales compartidos las relaciones previamente existentes. Esto, desde luego, admite una lectura en términos de éxito y fracaso, pero nuevamente es preciso recordar que

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

el fracaso no es siempre el aumento de la heterogeneidad, sino que la transformación puede ser igualmente buscada, aunque es, en cualquier caso, producto inevitable de las relaciones entre agentes con capacidades diferenciales.

El punto fundamental que queremos destacar, no obstante, está en relación con de qué manera hay que determinar si vivimos en un mundo más o menos heterogéneo, y nuestra proposición es que el grado de heterogeneidad tiene que ver crucialmente con la definición que demos de ese espacio compartido y, por tanto, con las perspectivas de los agentes. En este sentido, consideramos perfectamente lícito hablar de heterogeneidad respecto de las definiciones más estrictas de localidad, cierto sector de un vecindario, por ejemplo, si este es el tipo de definición relevante para los agentes involucrados. Esto no quiere decir que consideremos que el hablar de espacio compartido para referirse al mundo en su conjunto sea menos pertinente. Primero, porque puede serlo desde el punto de vista de los agentes y, segundo, porque frecuentemente lo es desde el punto de vista de los investigadores que tratan de lidiar con el fenómeno de la globalización. En buena medida la idea de que el mundo es un espacio compartido por todos -llegando a incluir a las generaciones venideras- está en la base de la preocupación por las tendencias homogeneizadoras como poniendo en peligro esa “biodiversidad” social.

Consideramos importante, en cualquier caso, tener en cuenta que siempre hay una perspectiva en juego -más exactamente, una enorme diversidad de ellas-, mediante la que tal definición de lo que es ese espacio común se construye. Es precisamente para afrontar el debate en torno a la homogeneidad y heterogeneidad en la globalización que Appadurai propone utilizar la metáfora del “paisaje” para describir los distintos ámbitos de análisis, recalcando la centralidad del punto de vista en su conformación¹⁰⁹. Como en el uso que hace Albrow de esta propuesta de Appadurai, ciertamente la idea es susceptible de ser generalizada mucho más allá del análisis de la globalización, aunque sea aquí nuestro foco de atención¹¹⁰.

109 “I propose that an elementary framework for exploring such disjunctures is to look at the relationship between five dimensions of global cultural flow which can be termed: (a) *ethnoscapes*; (b) *mediascapes*; (c) *technoscapes*; (d) *finanscapes*; and (e) *ideoscapes*. I use terms with the common suffix *scape* to indicate first of all that these are not objectively given relations which look the same from every angle of vision, but rather that they are deeply perspectival constructs (...)” (Appadurai, 1998: 33).

110 “(...) developing an idea of Appadurai (1990), we might characterize the social life of the locality as a *socioscape*: like a landscape the parts fit together, are viewed differently depending on one's positions and interests, even provide an aesthetic experience, but the principles holding it together depend on factors far

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Pero la cuestión concreta que tenemos que afrontar aquí, desde cualquiera que sea la perspectiva que adoptemos, es la medida en que a través de las redes se están o no reproduciendo determinados patrones de relacionamiento, y con ellos determinados agentes, o si, al contrario, cada vez se encuentran pautas de asociación más diversas que componen nuevos tipos de agentes. En situaciones de cambio social, y hablar de tendencias homogeneizadoras y heterogeneizadoras es siempre hablar de cambio social, es inexcusable analizar las operaciones de las redes que están detrás de los re-posicionamientos agenciales que suponen unas y otras. En esta dirección y, por último, hay un sentido en el que la relación entre agencia y heterogeneidad adquiere especial relevancia para nuestro análisis: las redes no sólo producen homogeneidad y heterogeneidad, sino que se reproducen a través de ellas. Lo que entra aquí a discusión, entonces, sería la medida en que las redes se pueden considerar en sí mismas homogéneas.

De las argumentaciones seguidas hasta este punto, así como de nuestra constante referencia a la “diversidad de agentes” que están detrás de ellas, se sigue lógicamente que nuestra posición es que al concepto de red le es mucho más fundamental la heterogeneidad que la homogeneidad. Esto, sin embargo, puede resultar hasta cierto punto contra-intuitivo si uno se fija en el tipo de descripciones que se suele hacer de ellas en la literatura sobre globalización, cuando se habla, por ejemplo, de redes empresariales o de movimientos sociales o, aún más, cuando se describe como lo hace Castells con términos como la empresa-red o el estado-red. No se trata sólo, como en las críticas de Touraine y Giddens, de que haya muchos tipos distintos de red, hasta el punto que difícilmente pueden ser todos abarcables bajo la definición propuesta por Castells, sino que la “redificación” de conceptos formados para describir organizaciones que en el imaginario sociológico tienden fácilmente a asociarse con subsistemas o esferas de acción diferenciadas, suelen conferirles una cierta homogeneidad, aunque este no sea el propósito del autor, que no hace justicia a la diversidad interna de las mismas.

En este sentido, las críticas hechas, por ejemplo, a la empresa como una organización que no es meramente un haz de relaciones económicas, es importante que sea trasladado a los conceptos que utilizamos para concretar las redes. La empresa-red, está compuesta por agentes muy diversos, lo cual quiere decir que está compuesta por relaciones muy diversas que, efectivamente, no se pueden subsumir bajo la etiqueta de “relaciones económicas”. La situación puede ser incluso más confusa aún cuando hablamos de flujos de mercancías, capitales o ideas, o cuando utilizamos conceptos como los definidos por Appadurai de “*ethnoscapes*”, “*mediascapes*”, etc. No es que el *beyond the gaze of the beholder*” (Albrow, 157-158).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

uso en sí mismo de estos conceptos no pueda ser útil para dar cuenta de fenómenos concretos, pero es de la mayor importancia tener en cuenta que las mercancías no se relacionan sólo entre ellas, como no lo hacen los capitales, las ideas, la tecnología o lo que quiera que sea que se nos ocurra poner en el centro de esos flujos o panorámicas. Es importante no perder de vista que las redes no siempre y no sólo unen lo semejante, sino muy a menudo lo diferente.

La misma reflexión surge si tratamos las redes desde el punto de vista de los “grupos” de cooperación, del carácter que sean. Aunque se puede analizar la formación de clases o movimientos globales en clave de lo que les une, y en este sentido, como una homogeneización de movimientos que en su dispersión y enraizamiento en contextos locales se mantenían diferentes, si prestamos atención a su composición interna, nos encontraremos con que siguen reproduciendo una enorme diversidad en su seno, como es especialmente patente, por ejemplo, en el movimiento antiglobalización. No se trata sólo de reconocer, como lo hace Sassen, que paralelamente a “esa desarticulación de lo nacional, incluso cuando es sumamente parcial” que “debilita la incidencia histórica de la política, los sistemas y los regímenes nacionales sobre los grupos que hoy están conformando las nuevas clases globales” encontremos que “las características particulares de dichas clases, y sobre todo su posición ambivalente entre lo nacional y lo global, indican que se mantiene su inserción, si bien parcial y específica, en dominios nacionales” de manera que “quizá sea mejor denominarlas clases desnacionalizadas” (Sassen, 2007: 205). Podemos aceptar la referencia a la globalidad de los grupos en cuestión si las relaciones que establecen alcanzan ese grado en alguna medida, pero es preciso dar cuenta de hasta qué punto no se consigue una superación completa de la heterogeneidad en su seno.

4.2.2. La heterogeneidad no implica fragmentación ni competencia

A. El valor de la diferencia

Estas últimas reflexiones sobre la reproducción de las redes en relación con la homogeneidad y la heterogeneidad apunta directamente hacia el objetivo de este análisis, esto es, la falta de asociación lógica entre la primera y las relaciones no-opositivas y entre la segunda y las relaciones opositivas. Proponemos que hablar de heterogeneidad, por tanto, no puede significar estar sentando las bases para hablar de conflicto, como se deduce de proposiciones clásicas como la de Merton según la cual “(...) para el paradigma del análisis estructural, es fundamental, no accidental, que las

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

estructuras sociales generan conflictos sociales por estar diferenciadas” (Merton, 1980: 150) o, en sentido opuesto, de formulaciones como la de Simmel según la cual la objetivación homogeneizante que se realiza, por ejemplo, por medio del dinero, sirve como facilitador de la integración de lo en sí mismo heterogéneo¹¹¹. Del mismo modo, defendemos que al tratar la formación y reproducción de cualesquiera figuraciones, no podemos presuponer un papel determinante de la homogeneidad en ellos¹¹².

Pero a pesar de estos precedentes de la teoría sociológica, nuestra propuesta de disociar conflicto y heterogeneidad difícilmente puede ser considerada una idea especialmente novedosa y, de hecho, podemos rastrearla en el corazón de la sociología clásica con la famosa distinción de Durkheim entre solidaridad mecánica y solidaridad orgánica:

“Otra cosa muy diferente ocurre con la solidaridad que produce la división del trabajo. Mientras la anterior implica la semejanza de los individuos, ésta supone que difieren unos de otros. La primera [la solidaridad mecánica] no es posible sino en la medida en que la personalidad individual se observa en la personalidad colectiva; la segunda [la solidaridad orgánica] no es posible como cada uno no tenga una esfera de acción que le sea propia, por consiguiente, una personalidad.” (Durkheim, 1995:153)

Tenemos, no obstante, que hacer algunas precisiones respecto a estos conceptos y la distinción que tratamos nosotros de proponer aquí. La primera es que en la formulación de Durkheim la solidaridad se refiere de forma más o menos indiferenciada tanto a lo que nosotros hemos denominado integración como a lo que hemos llamado inclusión, y nos interesa conservar ciertos

111 Siendo por ello que había sido históricamente precisamente la relación comercial la forma fundamental de relación entre nativo y extranjero, así como habría abierto la posibilidad de integrarse en asociaciones que no nos vinculan como “personas”:

“El hecho de que las finanzas de la Edad Contemporánea se han vuelto a convertir en internacionales desde muchos puntos de vista tiene una significación muy distinta: ya no hay 'extranjeros' en aquel sentido antiguo, las relaciones comerciales, sus usos y determinaciones jurídicas aún en los países más alejados van creando un organismo que cada vez tiene una función más unificadora. El dinero no ha perdido aquel carácter que antaño le convirtió en el dominio específico del extranjero, sino que por medio de la ampliación y diversificación de los órdenes teleológicos que se entrecruzan en él cada vez se ha elevado más hacia lo abstracto y lo incoloro.” (Simmel, 2003: 263).

112 Tendencia rastreable, como muestra Bottero (2009), incluso en unos de los sociólogos más teóricamente refinado, como es Bourdieu. Las críticas a las derivas de esta “homofilia” que señala, aunque no centrales para nuestra argumentación, son sin duda interesantes.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

límites entre ambas. Además, mientras que nosotros hemos utilizado la solidaridad sólo para referirnos a las asociaciones y, en este sentido, a la distribución de sanciones estabilizada de un colectivo, sin implicar por ello la referencia a las relaciones no-opositivas, esta apertura a las relaciones opositivas no parece ser completamente asimilable en esta otra propuesta. Del mismo modo, es importante precisar que cuando hemos estado hablando hasta ahora de la heterogeneidad en las redes, no debemos entender estas como puramente cooperativas, igual que no hay que perder de vista que no quiere decir que no exista también la heterogeneidad en la fragmentación. Esta, sin embargo, es una objeción más fácilmente superable.

La segunda matización es de mayor importancia, y se refiere a la conexión que Durkheim realiza entre semejanza y “creencias comunes” y desemejanza y “funciones”:

“No se ve a la sociedad bajo un mismo aspecto en los dos casos. En el primero, lo que se llama con ese nombre es un conjunto más o menos organizado de creencias y de sentimientos comunes a todos los miembros del grupo: éste es el tipo colectivo. Por el contrario, la sociedad de que somos solidarios en el segundo caso es un sistema de funciones diferentes y especiales que unen relaciones definidas. Esas dos sociedades, por lo demás, constituyen sólo una. Son dos aspectos de una sola y misma realidad, pero que no exigen menos que se las distinga.”

(Durkheim, 1995:151)

Se ve con claridad que además de la definición de los tipos en relación con la homogeneidad y la heterogeneidad entra en juego un nivel previo en el que estas son a su vez asociadas con lo que nosotros hemos denominado la dimensión de las “definiciones” y la de las “sanciones”. Aunque desde nuestra perspectiva no podemos estar más de acuerdo en que ambos tipos de solidaridades tal y como son descritas definen dos sociedades que “por lo demás, constituyen sólo una”, tenemos a pesar de ello que objetar la superposición de homogeneidad y definiciones y heterogeneidad y sanciones. Si aceptamos esa asimilación, nos encontraríamos con la consecuencia de que la integración sólo se podría pensar en términos de heterogeneidad, mientras que la inclusión sólo sería posible en términos de homogeneidad. Lo que queremos significar con que la heterogeneidad sea más importante para la integración que la homogeneidad, sin embargo, está lejos de referirse a esto puesto que, por otro lado, más adelante pretendemos mostrar que esa heterogeneidad puede ser fundamental también en los procesos de inclusión. Tampoco podemos apoyar, por las mismas razones, la proposición que se deriva acerca de que la solidaridad basada en la heterogeneidad significa de manera inmediata menos inclusión, esto es, más individualidad, de modo que ambas funcionarían como marcando un eje de coordenadas donde se dibujaría una recta que expresaría una

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

correlación inversa: a más solidaridad orgánica, menos solidaridad mecánica. Sin embargo, nosotros queremos sostener que integración e inclusión pueden ser realmente simultáneos, en tanto que conceptos analíticos:

“La primera [la solidaridad mecánica] no se puede fortalecer más que en la medida en que las ideas y las tendencias comunes a todos los miembros de la sociedad sobrepasan en número y en intensidad a las que pertenecen personalmente a cada uno de ellos. Es tanto más enérgica cuanto más considerable es este excedente. Ahora bien, lo que constituye nuestra personalidad es aquello que cada uno de nosotros tiene de propio y de característico, lo que le distingue de los demás. Esta solidaridad no puede, pues, aumentarse sino en razón inversa a la personalidad.” (Durkheim, 1995: 152)

La línea en la que nosotros queremos relacionar heterogeneidad y cooperación e integración, entonces, se refiere más específicamente, y como reza el título del epígrafe, al valor intrínseco de la diferencia. No queremos tampoco con esto referirnos a afirmaciones como la de Becker sobre la supuesta obviedad de que, por ejemplo, en la organización de la familia la cooperación se ve facilitada por las diferencias biológicas entre hombres y mujeres y que explicaría por qué “esta división sexual del trabajo se ha establecido virtualmente en todas sociedades humanas” (Becker, 1987: 40). Más interesante para nuestros fines, dentro de la misma corriente de la Teoría de la Elección Racional, es la paradoja del *free rider* formulada por Olson y que, además de definir uno de los dilemas cruciales de la tradición de los análisis de los movimientos sociales, pretendía principalmente destacar la incongruencia subyacente al presupuesto marxista de que la cooperación de clase surgía concretamente de la identidad de intereses de sus componentes. Cualesquiera otras críticas que puedan hacerse a su teoría, Olson mostró con claridad como de la homogeneidad no surge necesariamente la cooperación y, por tanto, el hecho de que no se puede establecer una relación lógica entre ambas, salvo bajo circunstancias muy concretas. Pero, precisamente, la que se suponía la condición fundamental de la cooperación de la clase trabajadora, su fuerza potencial derivada de su presencia masiva en la sociedad, sería más un obstáculo que un apoyo. Así, se podía concluir que, bajo el supuesto de comportamiento racional utilitario “la acción orientada hacia la clase no tendrá lugar si las personas que componen una clase actúan racionalmente”:

“Si los miembros de un grupo grande trataran racionalmente de maximizar su bienestar personal, no actuarán para favorecer sus objetivos comunes o de grupo a menos que haya coacción para obligarlos a hacerlo o a menos que se les ofrezca individualmente algún incentivo por separado, distinto de la satisfacción del interés común o de grupo (...) Esos

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

puntos siguen siendo válidos aunque en el grupo haya un acuerdo unánime respecto al bien común y a las maneras de lograrlo.” (Olson, 1992: 12)

Muchos autores han asumido esta crítica de Olson y, así, por ejemplo Mingione dirá que “el análisis de la acción de clase se vincula, tan sólo, erróneamente, al contexto asociativo, considerado como un ámbito autónomo de organización basado en intereses similares”, siendo necesario, al contrario, considerarlo como un complejo variable de relaciones asociativas y recíprocas, donde los incentivos individuales no pueden ser dejados de lado sino que es crucial observar precisamente la “mediación entre los intereses y las aspiraciones individuales” (Mingione, 1994: 519). Muy a menudo, incluso, los autores que tratan de evitar esta paradoja en la construcción teórica de las clases y la organización de la acción colectiva, han tendido, más allá de los incentivos sociales a los que recurre Olson, a buscar soluciones similares a la durkheimiana, haciendo entrar la homogeneización identitaria del grupo como factores claves. Así, Offe afirma que “lo 'público' del bien no es una cualidad del bien mismo, sino un reflejo de la perspectiva interpretativa a cuya luz ven las personas el bien”, de manera que “a fin de que un 'bien' sea un 'bien público' ha de haber una colectividad, cuyos miembros se refieren a sí mismos como a un 'nosotros'” (Offe, 1991: 195).

Ambas ideas son ciertamente interesantes y útiles a la hora de analizar las relaciones de cooperación, pero lo que más nos importa aquí es la conclusión que se puede sacar de forma negativa del argumento de Olson, esto es, que la heterogeneidad es una de las principales bases de estas. Más interesante, por tanto, nos resulta la distinción de Etzioni entre intereses similares e intereses compartidos (Etzioni, 1980: 114), puesto que, de hecho, intereses similares son las más de las veces parte de relaciones de competencia que de cooperación. Pero aún más importante en la propuesta de este autor es ese reconocimiento del valor de “complementariedad” que puede tener lo diferente, admitiendo que “ciertas clases de heterogeneidad conducen a la unificación, mientras que la homogeneidad puede frustrarla” de modo que, por ejemplo, “los países de economía complementaria pueden unificarse más fácilmente que los que producen cosechas idénticas” (Etzioni, 1980: 683). Una idea similar a la que expresara Simmel -de quien antes usáramos algunas de sus proposiciones como muestra de la asociación de la homogeneidad a la cooperación y la integración-, cuando formula que “la acción más eficaz de ciertos, quizá de todos, los elementos de la vida dependen precisamente de que, paralelos a ellos, se hallen sus opuestos” (Simmel, 2003: 170).

La expresión, sin embargo, más efectiva de este valor de la diferencia la encontramos en la fórmula del actor-red que, según Callon, es “simultáneamente, un actor cuya actividad consiste en

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

entrelazar elementos heterogéneos y una red que es capaz de redefinir y transformar aquello de lo que está hecha”(Callon, Doménech, Tirado, 1998:156). Como explica Latour es para recoger esa heterogeneidad que confiere valor a la red por la que es imprescindible reconocer el papel que juegan en ella los objetos, pues es su “incommensurabilidad” precisamente lo que hace que las relaciones establecidas con y a través de ellos sean interesantes¹¹³. Los agentes que se constituyen en esas nuevas conexiones, esas dinámicas de integración, son por ello agentes heterogéneos en si mismos, compuestos por diversas relaciones que son las que les habilitan como agentes competentes, como en la insistencia de Knorr-Cetina en la descripción de los “objetos epistémicos” en su carácter de desplegables, en su dispersión y en su capacidad para producir sentido, y especialmente en su no-identidad consigo mismos (Knorr-Cetina en Schatzki, , Knorr-Cetina, von Savigny, 2001: 184), o como en la definición de Moser y Law del cyborg -esa metáfora tan popularizada por Haraway- como “unidad pero también composición de partes que no pueden ser reducidas las unas a las otras, que son de diferente clase, y que no son homogéneas” y que, sin embargo, “están internamente relacionadas unas con otras” y “que no serían de la manera que son, individualmente, si no fuera por esa conexión” (Law, Moser en Law, Hassard, 1999: 115).

La centralidad, por tanto, de la heterogeneidad en las dinámicas de integración tiene que ver de forma fundamental con la radical falta de autonomía que utilizábamos como principio definitorio de la agencia: es precisamente la incompletud que nos caracteriza y sobre la que se sustenta la sociabilidad, por la que el establecimiento de relaciones que nos hacen más heterogéneos en tanto que nos hacen agentes es imprescindible. Y es en esta dirección en la que apostamos por la adopción de la formulación de Law de la heterogeneidad como una oscilación de la presencia y la ausencia, pues es en la falta y la carencia y en los relacionamientos que tratan de suplirla donde ésta cobra sentido¹¹⁴.

113 “It is true, at first sight, the difficulty of registering the role of objects comes from the apparent incommensurability of their modes of action with traditionally conceived social ties. But sociologists of the social have misunderstood the nature of such incommensurability. They have concluded that because they are incommensurable they should be kept separate from proper social ties, without realizing that they should have concluded precisely the opposite: it's because they are incommensurable that they have been fetched in the first place! If they were as weak as the social skills they have to reinforce, if they were made of the same material quality, where would the gain be?” (Latour, 2005:74).

114 “I will say that heterogeneity is an oscillation between absence and presence. It is about the way in which whatever is not there is also there but also how that which is there is also not there. Heterogeneity,

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

B. Información e intercambio: definiciones

A partir de estas argumentaciones sobre la relación entre heterogeneidad y cooperación e integración, y la crítica a la asociación inequívoca de heterogeneidad y conflicto, podemos introducir ahora los conceptos de “información” e “intercambio”. Lo haremos por separado, no obstante, puesto que hay que recordar que son parte de dos pares conceptuales distintos. Así, en primer lugar, dentro de la perspectiva agencialista y de sanciones, pero en la dimensión de relaciones inestables, hablaremos de “información” y “redundancia”. La primera la definiremos como “el movimiento productor de una diferencia por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes”, y la segunda como “el movimiento reproductor de una diferencia por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes”.

Nuestras definiciones están basadas fundamentalmente en el concepto de información de Bateson como “una diferencia que hace una diferencia” y en su formulación de la redundancia como sustituto más eficaz para describir lo que habitualmente entendemos por transmisión de la información:

“Pero en un universo más amplio, el acto no se presenta como una 'transmisión' de información sino más bien como una diseminación de redundancia. Las actividades de A y B se combinaron para hacer que el universo del observador fuera más predecible, más ordenado y más redundante. Podemos decir que las reglas del 'juego' jugado por A y B explican (en calidad de restricciones) lo que de otra manera sería una coincidencia desconcertante e improbable en el universo del observador, a saber, la coincidencia de lo que está escrito en ambos anotadores de mensajes.” (Bateson, 1985: 437)

Si, como ya dijimos, entendemos la producción de homogeneidad como la capacidad para reproducir en diferentes espacios sociales el mismo tipo de relaciones y la producción de heterogeneidad como la capacidad para transformar en espacios sociales compartidos relaciones previamente existentes, las definiciones de información y redundancia de Bateson son plenamente coherentes con nuestra propuesta. El paralelismo se ve ya en el hecho de que habláramos de la producción de homogeneidad en un epígrafe precisamente titulado “la transmisión de lo idéntico”.

then, is about the differences that reside in connection and disconnection, or, more precisely, it is about the ambivalent distributions entailed in dis/connection.” (Law en Law, Mol, 2002: 122).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

La información, entonces, se referiría a la heterogeneidad por la que se establecen nuevas relaciones entre agentes, esto es, la producción de un espacio compartido bajo nuevas pautas de relacionamiento, una conexión que parte de una diferencia o, si recordamos que la agencia era para nosotros una producción de diferencia, precisamente una diferencia por la que se produce una diferencia o “una diferencia que hace una diferencia”. La redundancia, por su parte, se referiría a la homogeneidad por la que se establecen nuevas relaciones entre agentes, esto es, reproducción de un tipo de relaciones en diferentes espacios, una conexión que parte de la reproducción de una diferencia o, bajo ese entendimiento de la agencia como producción de diferencia, “reproducción de una diferencia que hace una diferencia”.

En conjunto y para simplificar, se puede decir que la integración “informativa” sería la que se produce cuando un agente entabla nuevas relaciones diferentes a las otras que le configuran, mientras que la integración “redundante” sería la que acontece cuando un agente entabla nuevas relaciones repitiendo las pautas de alguna de las otras que le configuran. Pero si la distinción es relevante al nivel figuracional, siempre prevalecerá la diferencia en el plano relacional, pues sin ella no habría agencia y es en esta línea en la que consideramos que juega un papel fundamental en los procesos de integración, y podemos concretar ahora más la asimilación que hicimos del concepto de heterogeneidad con la falta de autonomía de los agentes, basándonos en la definición de Law, para decir que con lo que se relaciona de forma específica esa falta de autonomía es con el concepto de diferencia, que a su vez está presente tanto en la información como en la redundancia.

A diferencia de otros conceptos que hemos propuesto, los referentes a la heterogeneidad y la homogeneidad no pueden ser aprendidos en relaciones aisladas, sino que incluyen siempre una referencia al entrecruzamiento de relaciones. Así, diríamos que cuando Bateson dice respecto a la relación mapa-territorio que “lo que pasa al mapa, de hecho, es la diferencia, trátase de una diferencia en altura, diferencia en vegetación, diferencia en estructura de la población, diferencia en la superficie o cualquier otra diferencia” (Bateson, 1985: 482), de lo que se trata es de la puesta en relación de espacios homogeneizados o heterogeneizados desde la perspectiva de diferencias específicas que constituyen tanto a los unos como a los otros. Lo que afirma Luhmann, por último, traduciendo a nuestros términos, acerca de que la redundancia facilitaría la estabilización del agente, mientras que un exceso de la misma pondría su continuidad en una situación de alto riesgo, se puede seguir igualmente de nuestro planteamiento sin necesidad de referirse a sistemas y funciones, aunque en cualquier caso es secundario respecto al propósito de perfilar las definiciones conceptuales.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Para referirnos en cambio, y en segundo lugar, dentro de la perspectiva agencialista y de sanciones, a la dimensión de relaciones estabilizadas, hablaremos de “intercambio” y “reciprocidad”. Siguiendo la misma lógica, el primero se podría como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas que producen una diferencia”, y la segunda como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas que reproducen una diferencia”.

De lo que se trata es de distinguir los casos en los agentes reciben sanciones distintas de las que otorgan de aquellos en que obtienen las mismas que dan. También es posible ver la distinción como refiriéndose a relaciones por las que un agente recibe algo que no tiene frente a otras en las que se le devuelve lo que da. Podemos hacerlas coincidir con los tipos de integración económica elaborados por Polanyi, si entendemos que la redistribución sería una categoría intermedia que se aproximara más a uno u otro tipo en función del grado de heterogeneidad u homogeneidad. En el intercambio, la cooperación parte de la heterogeneidad y la reproduce, mientras que en la reciprocidad lo hace con la homogeneidad.

Aunque es imposible aquí profundizar en el debate en torno al valor de uso y el valor de cambio, sí que podemos apuntar que es precisamente porque se parte de la heterogeneidad que se precisa de la estandarización sobre la que construir la comparabilidad, y preferimos por ello seguir manteniendo la asociación del intercambio a la heterogeneidad, incluso cuando este supone la construcción de equivalencias y pone de relieve la relación inextricable y originaria entre el valor de cambio y la repetición, que “ya había hecho su aparición, sin aparecer en persona, por supuesto y por definición, pero si habiendo excavado ya en el valor de uso, en la cabezonería de madera de la testaruda mesa, la repetición (por consiguiente, la sustitución, la intercambiabilidad, la iterabilidad, la pérdida de la singularidad como experiencia de la singularidad misma, la posibilidad del capital) sin la cual jamás se determinaría ni siquiera un uso”, como lo expresa Derrida (Derrida, 1995: 180-181).

Nos interesa más, por el contrario, la distinción que elabora Baudrillard entre el intercambio y la “relación social simbólica” que define como “el ciclo ininterrumpido del dar y el devolver, que en el intercambio primitivo llega hasta la consumación de los 'excedentes' y la deliberada antiproducción cuando la acumulación (la cosa no intercambiada, tomada y no devuelta, ganada y no perdida, producida y no destruida) amenaza quebrar la reciprocidad y hacer surgir el poder” (Baudrillard, 1983: 153), y que podríamos asemejar a nuestra distinción entre intercambio y reciprocidad, si bien su referencia al primero como fuente del incremento de poder diferencial, y

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

que parece asemejarlo a la competencia en lugar de a la cooperación, no es necesaria ni tan siquiera compatible con nuestra propuesta, y parece más emparentada con formulaciones como la de Mingione según la cual “la acción económica basada en el intercambio en el mercado se funda en intereses que son divergentes y, en consecuencia, en la competencia” (Mingione, 1994: 42). Aunque podamos estar de acuerdo con éste autor en que está suficientemente probado que el intercambio se troca a menudo en abuso, creemos que la mejor manera de entender esto es en función de la inserción de los agentes en figuraciones que son las que definen el carácter positivo o no de una sanción, así como la base sobre la cual una de las partes puede transformar una relación de cooperación en una de competencia, o viceversa.

Si, al contrario, estamos más próximos a la afinidad de cooperación e intercambio que se encuentra en Parsons y en los autores que han seguido su línea teórica, nos parece injustificada la distinción que se hace entre una y otra en términos de “unidad”, y que trata de reflejar la distinción institucional entre las relaciones de empresa y las de mercado. Para nosotros el intercambio es un tipo de cooperación. Tampoco nos resulta convincente a este efecto, por último, la distinción clásica de Williamson entre mercados y jerarquías donde explicaba el paso desde los primeros hacia los segundos precisamente “a causa de la racionalidad limitada y la incertidumbre, en primera instancia, y de la coincidencia del oportunismo con las relaciones de números pequeños, en segunda”, dejando claro que el problema de los números pequeños deriva de que la “condición de números grandes” puede ser ilusoria al no ser satisfechas “las suposiciones de homogeneidad” (Williamson, 1991: 26). Por este camino pareciera probarse que el intercambio vuelve a relacionarse más con la homogeneidad que con la heterogeneidad, pero es necesario tener en cuenta que en nuestros términos tanto en uno como en otro tipo de transacciones estaríamos hablando de intercambio, puesto que lo que le distinguiría de la reciprocidad es la diferencia entre lo que se da y lo que se recibe, y no la cantidad de agentes idénticos con los que podría o no entablar la misma relación.

Si, como hasta ahora, tratamos de mostrar la posibilidad de generalización de estos argumentos contruidos partiendo del análisis de la globalización, pensamos que es nuevamente posible hacerlo con ejemplos del ámbito académico. Si poníamos la interdisciplinarización como caso sencillo de una dinámica de integración, podemos pensar en ella fácilmente como una creación de información en cuanto que consistiría en la producción de un espacio compartido bajo nuevas pautas de relacionamiento que, si el proceso es relativamente simétrico, no se corresponderá de forma clara con los patrones dominantes de ninguna de las áreas integradas, aunque una parte de los

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

que regían cada una de ellas se verán trasladados a esos espacios sociales confluyentes, y en este sentido, se podría hablar de creación de redundancia. Las técnicas estadísticas, por ejemplo, pueden pasar de unos campos a otros -redundancia- y en el campo de la sociología articularse con un conjunto de métodos de investigación originarios de otros campos -información-. De intercambio, por otro lado, podríamos hablar en las relaciones que se establecen entre profesores y alumnos, donde unos obtienen una remuneración y otros una determinada formación, sanciones ambas positivas, pero diferentes. Relaciones de reciprocidad se podrían encontrar fácilmente entre las múltiples cooperaciones que se establecen entre los alumnos y donde las sanciones serían, por así decirlo, “de ida y vuelta”, como por ejemplo, en las reglas en torno a “pasarse los apuntes” o no delatar a quien copia en un examen. En las relaciones entre alumno y profesor es la heterogeneidad de unos y otros la que hace posible la relación y la que se reproduce en la continuidad de sus interacciones, mientras que este tipo de reglas de reciprocidad entre alumnos parten, al contrario, de la igualdad de alternativas para todos ellos y, del mismo modo, tienden a reproducir la homogeneidad de la que surgen.

Si volvemos ahora al ámbito de la globalización la conclusión que podemos obtener es que la dialéctica que se observa en ella entre las tendencias homogeneizadoras y heterogeneizadoras es la misma que se puede apreciar en cualquier otro proceso de cambio social, pues hemos visto que ambas está íntimamente relacionadas y que es sólo en función del posicionamiento de los agentes en redes más amplias como podemos hablar de un predominio de una u otra. Sólo desde el punto de vista de figuraciones más o menos estabilizadas podemos establecer comparaciones con otras y, a partir de ahí, caracterizarlas como fundamentalmente homogéneas o heterogéneas. Pero, al revés, si lo que observamos es la construcción aún inestable de nuevas relaciones y la consiguiente redistribución de la agencia -esto es, de redes-, como en el caso de la globalización, la observación que hacen Castells y otros autores de que éstas se caracterizan fundamentalmente por la conexión de lo valioso y la desconexión de lo que no lo es, lo que pone en primer plano es la relevancia de la diferencia en el establecimiento de nuevas relaciones, de modo similar a como Bateson propone que lo que señala el mapa son las diferencias del territorio. En este sentido también, y no en el de la homogeneización que supone la monetarización, es en el que podemos entender la asociación fundamental entre el relacionamiento del extranjero con los nativos y la forma del intercambio de la que habla Simmel y porque ambas son características, en general, de sociedades crecientemente diferenciadas. Sería de suponer, entonces, que el intercambio sería una forma de relacionamiento en auge, en un mundo en el que el número de extranjeros empieza a aproximarse al de nativos -al

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

menos en los términos de cuántas de nuestras relaciones las tenemos con “semejantes” o “desemejantes”, pero el sentido en que esto es cierto tiene más que ver con la aportación que éstos pueden hacer para llenar carencias (en sentido amplio) que en el de las relaciones estrictamente comerciales. En todo caso, es preciso, nuevamente, recordar que realmente la globalización no es pura heterogeneización, sino una concatenación de producciones de heterogeneidad y homogeneidad.

4.3. Segundo problema: exclusión-disenso

4.3.1. La heterogeneidad y la homogeneidad en las comunidades porosas

A. Lo híbrido

Se deduce de lo ya comentado en el capítulo anterior respecto a la desubicación de las identidades un foco claro de heterogeneidad. En el mundo trazado por la globalización, distintas subjetividades pasan a ocupar espacios de los que antes estaban ausentes y el término ocupación no es gratuito, pues refleja bastante bien la experiencia que parte de los “nativos” viven ante esta nueva situación, la sensación de ser desplazados (Noya, Rodríguez, Steinberg, 2010). A pesar de ello, probablemente el término es poco adecuado para referirse a la situación, no porque imponamos una crítica normativa sobre los discursos estudiados, sino porque evoca meramente la disputa por la preminencia en un espacio determinado y lleva a segundo plano otra parte fundamental del proceso que es la transformación que también sufren los mismos “nativos”¹¹⁵. El espacio que pueden sentir que tienen que proteger, *su* espacio, se ve alterado por las nuevas relaciones que lo producen y difícilmente se puede decir que su identidad en el tiempo sea indiscutible. Sea como fuere, es un espacio común donde una multiplicidad de subjetividades que no habían tenido que coexistir en el pasado se encuentran, habitándolo unas junto a otras.

Y, sin embargo, esta corrección sigue sin ser suficiente para enfrentarse a lo que supone este fluir de las identidades por cauces cada vez menos estables. El punto crucial es el grado en el que

¹¹⁵ Aquí es necesario reconocer, como afirma Nederveen Pieterse (2007) que, en realidad la distinción entre “inmigrantes” y “autóctonos” y la problemática de la integración asociada, no hace justicia a las transformaciones puestas en marcha entre los segundos por su propia movilidad, aunque las experiencias de unos y otros tengan orígenes y destinos muy diversos.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

estas identidades en circulación se entrecruzan y fusionan unas con otras. En esta línea, es oportuno retomar los conceptos de identidades nómadas y diaspóricas que ya expusimos, y continuar ahora para señalar las diferencias que se ha tendido a dibujar entre ambas en la teoría. La distinción fundamental entre el uso de uno y otro concepto parece ser la radicalidad de la metáfora. El nómada se ve como en continuo movimiento, sin posibilidad o voluntad de dejarse atrapar en una figuración estabilizada, y viviendo en una permanente transición¹¹⁶. Por el contrario, el miembro de la diáspora se define como lo no completamente asimilable, lo que está dentro y a la vez fuera de la comunidad y vive marcado por lo que Gilroy llama, tomando el término de Du Bois, la “doble conciencia” que corresponde a esa situación¹¹⁷.

La diáspora vive, entonces, en un espacio de referencias cruzadas, como dice Ang, que interactúan entre sí y no sólo se acumulan, por lo que hay que aceptar “no solo que el sujeto diaspórico nunca puede regresar a sus 'orígenes', sino también, lo que es más importante, que el contexto cultural de 'dónde estás' siempre afecta y articula el significado de 'de dónde eres'” (Ang en Bastida Rodríguez, Rodríguez González, 2010: 210). La comunidad de la diáspora es, entonces, una figuración compleja donde lo que une es tan importante como lo que separa¹¹⁸. El nómada, por su parte, es inasimilable, lleva su identidad, su mundo, donde quiera que vaya, hasta el punto que Debord afirma: “el tiempo cíclico dominaba ya la experiencia de los pueblos nómadas, que encontraban siempre las mismas condiciones en todos los momentos de su andadura: como observó

116 “*The nomadic tense is the imperfect: it is active, continuous; the nomadic trajectory is controlled speed. The nomadic style is about transitions and passages without predetermined destinations or lost homelands. The nomad's relationship to the earth is one of transitory attachment and cyclical frequentation; the antithesis of the farmer, the nomad gathers, reaps, and exchanges but does not exploit.*” (Braidotti, 1994: 25).

117 “(...) [the ideas of nation, nationality, national belonging, and nationalism] are extensively supported by a clutch of rhetorical strategies that can be named 'cultural insiderism'. The essential trademark of cultural insiderism which also supplies the key to its popularity is an absolute sense of ethnic difference. This is maximised so that it distinguishes people from one another and at the same time acquires an incontestable priority over all other dimensions of their social and historical experience, culture and identities.” (Gilroy, 1993: 3).

118 “(...) its important, while bearing significant differences in mind, to attempt to specify the similarities to be found in diverse black experiences in the modern West. (...) The worth of diaspora concept is in its attempt to specify differentiation and identity in a way which enables one to think about the issue of racial commonality outside of constricting binary frameworks -especially those that counterpose essentialism and pluralism.” (Gilroy, 1998: 120).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Hegel, 'el error de los nómadas es únicamente formal, pues se limitan a espacios uniformes'" (Debord, 2003: 118). En este mismo espíritu, Braidotti defiende que el nómada establece conexiones múltiples de forma constante, pero que nunca solidifican y define la "conciencia nómada" como "una forma de resistir la asimilación u homologación en formas dominantes de representación del sí mismo" (Braidotti, 1994: 25).

Así, frente a las identidades maleables de la diáspora, el nomadismo nos habla de identidades resistentes, y esta es una diferencia fundamental entre una y otra metáfora, acercando al nómada al tipo de subjetividad de esos "nativos" que se autodescriben precisamente como "resistiendo" o tratando de hacerlo a una invasión de su espacio. Ambos modelos parecen sustentarse en la capacidad de grupos perfectamente cerrados para dar consistencia y continuidad a las identidades colectivas. Tanto es así que desde esta perspectiva apenas hay espacio para pensar las relaciones inter-identitarias sino como enfrentamientos donde sólo hay la opción de la asimilación o la independencia. La heterogeneidad, desde esta perspectiva, se vería fundamentalmente como una diferencia entre colectivos, no muy distinta del panorama de las identidades nacionales, incluso cuando el nomadismo supone la reivindicación de una subjetividad por completo desligada del territorio, y en este sentido sea una radical antítesis de aquellas.

Pero por la vía abierta en los análisis de la diáspora, podemos llegar a otro tipo de conclusiones sobre la heterogeneidad. Si pensamos en sujetos que abandonan sus lugares de origen y que se asientan, con mayor o menor estabilidad, en un nuevo territorio y dan continuidad a sus identidades a través de las relaciones que establecen con nuevos colectivos, el sentido en el que hablamos de heterogeneidad identitaria tiene por fuerza que ir más allá de la mera coexistencia de grupos diversos en un espacio común. Los agentes que realmente conviven, sea pacíficamente o no, se enfrentan a las identificaciones que desde mundos sociales ajenos otros agentes intentan imponerles. El nómada sale siempre victorioso en la negación de esas identificaciones, pero el sujeto diaspórico adopta una actitud diferente, y los nuevos consensos que atraviesa no son siempre vividos como imposiciones. Pero este modelo de fronteras identitarias porosas actúa en las dos direcciones, y tampoco es posible ya para los agentes que conviven con la diáspora mantenerse constante y perfectamente separados. Es entonces cuando se puede hablar de mezcla y fusión, y con ellas la heterogeneidad pasa a un nuevo nivel, definiendo no ya a sujetos encuadrados en el seno de grupos discretos, sino a grupos aunados en el interior de sujetos concretos. La diferencia entre uno y otro panorama de heterogeneidad identitaria es similar a la que Walzer ve entre el imperio multicultural y la sociedad de inmigrantes:

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

“En las sociedades de inmigrantes (y ahora también en los Estados nacionales con fuertes presiones inmigratorias), las personas han comenzado a experimentar lo que se puede entender como una vida sin fronteras claras y sin identidades propias y seguras. Por así decirlo, la diferencia se difunde de manera que se encuentra por doquier y en todo momento. Los individuos se libran de sus estrechos vínculos locales y se mezclan libremente con los miembros de la mayoría, pero no asimilan necesariamente una identidad común. La presión que ejercen los grupos sobre sus miembros es más floja que nunca pero de ninguna manera se ha roto por completo. El resultado es un constante ir y venir de individuos ambiguamente identificados, que se casan entre sí y que provocan un multiculturalismo enormemente intenso que no sólo se da en la sociedad en su conjunto sino también en un creciente número de familias e incluso en un número de individuos cada vez mayor. Ahora la tolerancia comienza en casa (...)” (Walzer, 1998a: 99)

La cita es extensa pero nos sirve para resumir este nuevo patrón de relaciones entre identidades colectivas en el que destaca cómo esa borrosidad de las fronteras a la que aludimos en el capítulo anterior se difunde hasta la misma constitución de las identidades individuales. No es posible pensar la hibridez sólo en los términos en los que habla de ella Habermas, como el “resultado de la asimilación de una cultura material que se ha convertido en una especie de cultura mundial (...) y ante la que las culturas nativas, que representan formas de vida comparativamente homogéneas, siempre se reblandecen” (Habermas, 2000: 98). Al margen de la asimetría que esta fórmula supone, y aunque sea un acierto la referencia a las formas de vida y la conexión de la identidad con la práctica, no se trata sólo de la extensión de culturas materiales que se “asimilan”. Lo que está en juego es que, frente al modelo de las muñecas rusas, donde unas identidades se hacen encajar unas en otras de forma jerárquica y coherente para cada individuo, nos encontramos ahora con identidades de capas que se superponen en equilibrios precarios y que bajo la perspectiva del modelo anterior pueden llegar a parecer “deformes”, porque las piezas que la componen son de distintos tamaños y formas y no estaban diseñadas para acoplarse unas con otras.

Este lo que Beck ha descrito como el paso de las fórmulas identitarias del modelo “no... sino”, al de “no sólo... sino también”, y que supone la reunión de lo que debería estar separado, de lo que se pensaba como mutuamente excluyente. De forma más genérica, el concepto que se ha consolidado para referirse a ello ha sido el de la hibridez, afín al del cyborg del que hemos hablado en el apartado anterior, en cuanto que nos habla de agentes que no se pueden considerar como hechos de una sola pieza -o de piezas tan perfectamente encuadrables unas en otra que llegan a transmitir esa sensación de unidad de forma inequívoca-, sino como compuestos de materiales y

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

relaciones diversas, que a menudo se perciben como “monstruosas”, como expresara Bauman acerca de la “viscosidad” del judío:

“Este es el pecado, por el que la historia moderna atribuye al extranjero la condición de portador y representante de la incongruencia: el extranjero es aquel que lleva consigo la incurable enfermedad de la incongruencia múltiple. El extranjero es, por otro motivo, el veneno de la modernidad. Puede servir como ejemplo arquetípico de lo viscoso [*le visqueux*] de Sartre, o de Mary Douglas [*the slimmy*] -un ser ambivalente, sentado a horcajadas en una barricada asediada por combatientes (o, más bien, una sustancia vertida sobre la superficie de la barricada), emborronando una línea límite vital para la construcción de un orden social particular o un mundo-de-la-vida concreto.” (Bauman, 2006: 33)

No obstante, la globalización ha hecho proliferar este tipo de identidades incongruentes y los esfuerzos por lograr la depuración son a la vez crecientemente intensos e infructuosos. La condición de lo híbrido, que remite a un agente que rechaza la identificación unívoca y proclama la pertenencia múltiple, se ha generalizado y admite cada vez menos la marginalización. Al contrario, la discusión de los criterios de pertenencia se pone en primer plano, pasando de una política de la identidad centrada en las posiciones de grupos a otra donde el principal problema es la asignación de individuos a colectivos¹¹⁹.

En este sentido, es crucial el hecho de que la hibridez se reclama, ya sea con las connotaciones negativas de la “viscosidad”, o como reivindicación política de la complejidad identitaria. Pero, sea como sea, es uno de los puntos cruciales del debate en torno a lo híbrido este expreso reconocimiento de la heterogeneidad que nos constituye. Como se ha repetido incansablemente, no es una novedad en sí misma la difusión cultural y el carácter de mixtura de las identidades. Sí lo es, sin embargo, el reclamo de la diversidad de orígenes de los componentes de nuestra subjetividad, y ahí es donde el uso del concepto de mezcla frente al de fusión cobra importancia. Lo que se hace patente es la falta de capacidad o voluntad por parte de los agentes para reivindicar su “pureza”, ya que como lo expresa Friedman, “el establecimiento y mantenimiento de la identidad criolla es un hecho social más que cultural”, que “implica el reconocimiento de los

119 “*Identity politics has centred on the relative positions of groups whose very existence is problematized by processes of global social change. Where the identity of the group is problematical, this translates into difficulty in assigning membership of the group to individuals. The result is that identity politics becomes a matter of identity for groups and individuals equally.*” (Albrow, 1997: 150).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

orígenes dispares” en relación con las prácticas situadas de los agentes para construir sus identidades¹²⁰.

B. Lo cosmopolita

El cosmopolitismo, entendido como la subjetivación basada en el esfuerzo por lograr la inclusión no jerárquica de las diferencias es el otro concepto fundamental, junto con el de hibridez, para representar la heterogeneización de las identidades. No obstante, este es un concepto bastante confuso por los distintos usos que se le ha dado y trabajar con él supone, en este sentido, manejar un arma de doble filo. El concepto de cosmopolitismo puede fácilmente caer en una identificación elitista basada en el manejo de la diferencia sin inclusión o en la capacidad para generar espacios homogéneos a nivel global, como veíamos por ejemplo en la cita de Castells discutida en el apartado anterior. Podría entenderse, así, que más que un concepto que se refiriese a la heterogeneización y complejización identitaria, nos hablara, al contrario, de la capacidad de los agentes para producir homogeneidad a partir de la heterogeneidad y, en realidad, nosotros defenderemos esta opción.

Beck ha sido el más popular probablemente de los defensores de la versión incluyente del cosmopolitismo, aunque con carácter normativo-político es también fundamental la obra de Held (2010)¹²¹. Sin embargo, a pesar de la apariencia de discurso normativo que guarda la propuesta del alemán, éste sostiene que pretende ser una descripción válida para el mundo globalizado. No lo hace, no obstante, en el sentido en el que se puede hablar de la proliferación de identidades híbridas como una característica empírica de los cambios sociales que vivimos, como el mero reconocimiento de subjetividades que traspasan fronteras y crean nuevos espacios de

120 “The establishment and maintenance of creole identity is a social act rather than a cultural fact. That is, the definition of creole implies the recognition of disparate origins, a recognition that must be maintained as part of the identity of the bearers of this ‘objectively’ mixed culture in order for the creole category to have any validity over time. (...) Cultures don’t flow together and mix with each other. Rather, certain actors, often strategically positioned actors, identify the world in such terms as part of their own self-identification. Culture mixture is the effect of the practice of mixed origins.” (Friedman en Featherstone, Lash, Robertson, 1997: 83-84).

121 Un resumen más amplio -y crítico- sobre la diversidad de “cosmopolitismos” se puede encontrar en Jazeel (2011).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

reconocimiento para la heterogeneidad. Si Beck habla de cosmopolitismo y no sólo de hibridez, es porque realmente pretende usar el término de manera próxima a como se hace en el lenguaje cotidiano, como la construcción de una comunidad de pertenencia no restringida, es decir, que potencialmente englobaría a la humanidad, y en la que el mundo sería el hogar común.

Esta proposición de Beck se basa en la idea de que los riesgos globales hacen nacer la conciencia de la humanidad como comunidad de destino. No postula el cosmopolitismo, por tanto, como un ideal político-humanista, sino como un fenómeno social que habría que analizar y hablar, en consecuencia, de una “cosmopolitización forzosa”, donde los sujetos se verían obligados a reconocerse como miembros de un mismo colectivo independientemente de su voluntad. Se sigue de ello que este cosmopolitismo sería el producto de la interdependencia, o más específicamente, del conocimiento de la interdependencia. De él surgiría, entonces, una forma nueva de relacionamiento con la alteridad en lugar de una nueva interpretación de la alteridad como enclavada en el “interior” a los agentes:

“(…) este concepto sociológico de cosmopolitismo se refiere a una forma específica de tratar socialmente la alteridad cultural, contraria, por ejemplo, a la exclusión jerárquica, que encontramos en el pensamiento y actos racistas del pasado y el presente; el universalismo, que afirma la disolución de las diferencias; el nacionalismo, que las unifica y al mismo tiempo separa unas de otras (en enfrentamientos nacionales); o el multiculturalismo, que se entiende y practica como monoculturalismo plural (generalmente en el marco de una nación). El cosmopolitismo se diferencia de estas formas porque (...) hace de la inclusión de los otros una realidad y /o una máxima” (Beck, 2008: 88)

El cosmopolitismo se distinguiría de la hibridez, por consiguiente, en que la reivindicación de la pertenencia múltiple sería secundaria, si no irrelevante. El primer punto conflictivo sería la consideración de si supone ir un paso más allá, como probablemente argumentaría Beck, o si supone al contrario dar un paso atrás. Cabe interpretar que en la medida en que la hibridez se reconociese como la condición general de todo agente, efectivamente, podría ser en parte ignorada. Las fronteras entre identidades perderían así todo su sentido y la inclusión sería sin duda forzosa. Pero si este fuera el caso, no habría en realidad tampoco ninguna alteridad que reconocer.

Este panorama resulta, en todo caso, poco verosímil y este es el segundo punto conflictivo: ¿hasta qué punto asistimos a esa cosmopolitización forzosa de la que nos habla Beck? Nuestro autor se ha preocupado por ligar su armazón teórica con el análisis empírico y ha propuesto diversos indicadores que puedan dar cuenta del “grado” de cosmopolitismo de nuestras sociedades: la

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

importación y exportaciones de productos culturales, el número de ciudadanos con doble nacionalidad, la representación de grupos étnicos en los centros de poder, el número de lenguas habladas, migraciones, viajes al extranjero, desarrollos en telecomunicaciones, organizaciones transnacionales, crimen internacional, cobertura de información internacional, crisis ecológicas y vinculación de las identidades nacionales y la ciudadanía. Aunque todos estos indicadores nos facilitan a buen seguro una información muy valiosa¹²², parece inevitable la sensación de que el alcance de su concepto de cosmopolitismo social se ha rebajado bastante, hasta aproximarse mucho a otras definiciones más habituales del mismo, referidas básicamente al grado de interacción intercultural. No obstante, por muy alto que sea éste, inferir de él el tipo de relación con la alteridad que propone el “cosmopolitismo sociológico” de Beck parece haber una distancia considerable. Nos encontraríamos, en todo caso, con un escenario donde, en el mejor de los casos, lo que podemos suponer es un desarrollo importante de la habilidad para lidiar con tradiciones culturales diferentes a la propia, acercándonos más bien a la concepción del cosmopolitismo como manejo de la diferencia pero sin inclusión, de un modo similar a como Hannerz define el que él considera el principal tipo de cosmopolitismo:

“De este modo una persona enraizada en una cultura entra en otra con los significados y prácticas de aquella cultura, quizá con una serie de ellos, pero generalmente de manera temporal. La actitud estética conlleva una predisposición positiva frente a estas experiencias, pero también un esfuerzo por alcanzar un cierto grado de competencia en el manejo de otras culturas como soluciones de vida. Uno llega a dominarlas hasta cierto punto y al mismo tiempo se somete a ellas, tratando por el momento de guiarse por sus reglas. Este tipo de competencia, a medida que uno demuestra que puede establecer una distancia con la cultura propia, conlleva además un tipo especial de dominio sobre esta.” (Hannerz, 1998: 104)

Que este tipo de habilidad tiende a desarrollarse de manera diferencial en función del posicionamiento del agente en diversas figuraciones nos parece evidente, pero nos abocaría a un análisis en torno de la concepción asimétrica del poder que reservamos para el próximo capítulo. De momento nos es suficiente con destacar que, incluso aunque aceptemos que de la experiencia acumulada de contacto inter-cultural se sigue la capacidad para el desenvolvimiento práctico en grupos culturales “ajenos”, esto no es lo mismo siquiera que afirmar, como lo hacía Collins (1975), que cuanto mayor es la diversidad en la que uno se desenvuelve mayor será su tendencia a

122 Un análisis de la articulación de este tipo de indicadores de “cosmopolitismo social” se encuentra, por ejemplo, en el artículo de Javier Noya en *Encrucijadas de la diversidad cultural*, (Ariño Villarroja, 2005) .

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

desarrollar ideas abstractas y relativistas, puesto que los modos de gestionar la diferencia cultural son muy diversos y pueden depender de muchos otros factores.

En cualquier caso, el cosmopolitismo entendido de esta manera, y esta es la cuestión crucial para definir nuestra posición, no se refiere de forma particular a las tendencias heterogeneizadoras propias de la globalización, sino, más bien al contrario, a las más relacionadas con la homogeneización. En el extremo, sería la cualidad por la que la enorme diversidad de agentes podrían convertirse en intercambiables. El cosmopolitismo no se asemejaría en realidad a la producción de lenguas criollas, como en el caso de lo híbrido, sino que parece que su mayor afinidad sería con el multilingüismo, con la capacidad para comunicarse en diversos idiomas. Pero, y esto es lo que queremos destacar, el cosmopolita dejaría inalteradas las lenguas que habla, y ese es precisamente su mérito, el pasar desapercibido. Frente al sujeto diaspórico, que entra en una comunidad con todo su bagaje cultural y provoca su propia transformación así como la de aquellos con quien se relaciona al alejarse del hogar, y que se aproxima al concepto de hibridez, el cosmopolita parece asemejarse más al nómada que circula en un espacio homogéneo, a una versión “amable” del nómada, eso sí, que resiste la asimilación no en virtud de que lleve consigo todo lo que necesita y que pueda, por tanto, evitar entablar nuevas relaciones, sino porque se convierte en nativo allá por donde pasa sin poner en ningún momento en peligro su identidad. Diríamos, aún más, que su identidad se basa precisamente en esa capacidad, y que su proliferación es una de las fuentes de homogeneización. No ciertamente la homogeneización que encarna el turista occidental que visita hoteles Hilton a lo largo del mundo o que come en los mismos restaurantes en cualquier ciudad, sino otra que caracteriza a los “hablantes” de una cultura que gira en torno a la capacidad de traducción. Por este camino, sin embargo, volvemos hacia una concepción del cosmopolitismo que deriva fácilmente en consideraciones sobre las capacidades diferenciales de agencia, por lo que nos contentaremos de momento con esta reflexión.

4.3.2. La heterogeneidad no implica exclusión ni disenso

A. Los límites de la identidad

La lección fundamental que podemos extraer de los conceptos de la hibridez y del cosmopolitismo, así como de las metáforas del sujeto diaspórico y del nómada es el reconocimiento de la multiplicidad que encierran las identidades. Esta idea contiene en sí misma dos proposiciones

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

relevantes. La primera se refiere a la concepción de los sujetos como suturación de diversas identidades que no llegan a fundirse completamente las unas con las otras. La segunda destaca que el sostenimiento de la identidad es un modo específico de gestionar la diferencia, tanto interna como externa. En realidad, toda identidad tiene algo de diaspórica y algo de nómada, en este sentido. Por una parte siempre hay tendencias a la inclusión, deseadas o no, que destacan la labilidad de las identificaciones que nos constituyen, y tendencias a la exclusión, deseadas o no, que requieren de habilidades prácticas para relacionarse con los otros sin ponerlas en peligro. No se trata únicamente, por tanto, del carácter diacrítico de toda identidad, su inherente definición simultánea de un adentro homogéneo y un afuera heterogéneo. No se trata sólo tampoco de que, como decía Beck, tengamos que convivir con la alteridad, que ya no podemos expulsar de nuestro mundo. Lo que vemos ahora es que la alteridad, la heterogeneidad, ha cruzado la frontera y se sitúa dentro también, en el interior de las identidades, tanto colectivas como individuales.

Esta crítica a la concepción tradicional de la identidad, por supuesto, se ha llevado a cabo desde muchos ángulos de la teoría sociológica y no sólo desde los estudios de globalización, y pretende ser ampliamente generalizable y no referirse específicamente a la época actual, aunque en ella este carácter complejo de las identidades se esté haciendo más patente que nunca. Buena parte de los análisis, de hecho, tratan de recalcar precisamente como la omnipresencia de la hibridez había sido disuelta mediante ideologías específicas, con un papel destacado para el nacionalismo. Como en el caso del nacionalismo metodológico, la principal acusación gira en torno a la reproducción en las ciencias sociales del modelo de “normalidad” que postulaban las prácticas de los agentes que se estudiaban. Así mismo, la asunción de que los individuos viven en mundos de vida singulares, se extendió a las sociedades y llevó a la concepción de estas como todos coherentes. Calhoun expresa con claridad esta crítica a los postulados de homogeneidad que han predominado en la ciencias sociales históricamente al señalar como la ciencia social moderna ha producida una noción de las sociedades como delimitadas e internamente integradas, tratando las relaciones transfronterizas y las subculturas como problemáticas, al tiempo que ha presupuesto que las conciencias individuales son igualmente internamente coherentes y que precisan así mismo de un entorno estable y consistente¹²³.

123 “Part of the problem is that a great deal of modern social science has tacitly assumed that human beings normally live in one social world at a time. Modern social science has produced a notion of bounded and internally integrated societies and has treated both cross-border relations and subcultures as problematic. It has presumed that the individual consciousness is itself integral and that it requires a stable

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Sin embargo, una vez reconocemos el carácter ficticio de esa “edad de oro”, como la llama Calhoun, en la que el mundo era “menos complicado”, podemos quitar algo de hierro a ese vértigo que parece producirnos a veces la confrontación con esa pluralidad de identidades que parece imposible de cartografiar. Y no porque trazar un mapa identitario sea algo sencillo, sino porque la comprensión de que la porosidad y escasa visibilidad de las fronteras es algo más habitual de lo que presuponemos, nos facilita ver como su estabilización tiene lugar en las prácticas de los agentes, en una habilidad para manejarse entre complejos de significados diversos y situarse en los que ya han demostrado poseer. La idea de los mundos de vida como en perfecta correspondencia con los límites sistémicos, como se ve de forma clara en el constructo teórico de Habermas, no se corresponde con la experiencia real de los agentes. Esto no significa achacarle la concepción de un mundo de vida transparente que él siempre ha rechazado. Pero tampoco es suficiente con hablar de una “fragmentación” para entender que, en realidad, siempre ha habido diversos mundos de vida parcialmente superpuestos y cuyos puntos de intersección han dependido de las subjetivaciones de los agentes constituidos en ellas.

Todos nosotros, entonces, habitamos una pluralidad de mundos de vida cuya apariencia de unidad se debe a que, como dice Calhoun, “cada uno de nosotros desarrolla varias habilidades prácticas para manejar nuestras vidas en mundos sociales múltiples y para constituirnos a nosotros mismos entre varios horizontes de experiencia” (Calhoun, 1996: 51). La teoría de roles, ciertamente, reconocía la pluralidad de posiciones ocupadas por distintos sujetos, aunque no así la inseparabilidad del sujeto de sus roles y, sobre todo, “no reconocía la complejidad del problema de relacionar unos roles con otros -o más precisamente, de la reconciliación de expectativas (incluyendo las propias expectativas)” (Calhoun, 1996: 197). Debido a la presunción de esa coherencia fenomenológica entre todas las relaciones que constituyen al agente, el modelo habermasiano -y otros- tienden a enfatizar la importancia del diálogo inter-subjetivo, cuestión no cabe duda que crucial, pero no le dan el merecido protagonismo a un diálogo “intra-subjetivo”, no sólo en el sentido de la “conversación interior” de Archer¹²⁴, sino básicamente como confrontación

and consistent social environment. Monolinguality and religious orthodoxy have been taken as normal, and multilinguality and religious syncretism or variation as deviant cases to be explained.” (Calhoun, 1996: xix).

124 Concepto con el que la autora británica se refiere a un modo de reflexionar sobre el posicionamiento estructural ocupado por uno de acuerdo a sus objetivos y preocupaciones, y que tiene la finalidad teórica de mostrar la imbricación entre agencia y estructura (frente al carácter puramente agencial del diálogo “intra-subjetivo”).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

de identificaciones diversas en el interior del agente entendido como nodo en un haz de relaciones. Y nos parece que Calhoun vuelve a apuntar en una dirección interesante al hacernos notar que es esa capacidad para reconciliar diferentes identificaciones que desarrollan los agentes una de las bases indispensables sobre la que se adquiere la capacidad para tratar la diferencia en las relaciones con los demás¹²⁵.

La complejidad y la dificultad para hacer diferentes identificaciones congruentes, no se encuentra, por tanto, sólo en relación con los demás, sino en los propios procesos de subjetivación. La identidad, entonces, se entendería a la manera de Braidotti, como “*a play of multiple, fractured aspects of the self*” (Braidotti, 1994: 166). Nos encontramos así con un “yo” que es siempre una reducción parcial e inestable de una multiplicidad de “yoes”, y este es un legado claro, no sólo de la tradición del psicoanálisis o del análisis del discurso, sino de la reconstrucción de ambos en el seno del pensamiento post-estructuralista, que subraya una concepción procesual de la subjetividad que en las condiciones de rápida circulación y de cambio social propias de la globalización se hace especialmente patente. Brah formulada con claridad este carácter compuesto y “mutante” del sujeto:

“Las identidades se inscriben a través de experiencias construidas culturalmente en las relaciones sociales. La subjetividad -el lugar donde se desarrollan los procesos que dotan de sentido a nuestra relación con el mundo- es la modalidad en la que la precaria y contradictoria naturaleza del sujeto-en-proceso se significa o experimenta como identidad. Las identidades están marcadas por la multiplicidad de posiciones de sujeto que constituyen el sujeto. Así, la identidad nunca está fija, ni es singular; es más bien una multiplicidad de relaciones en constante transformación” (Brah en VV.AA., 2004: 131)

Una relativa estabilización de las identidades, no obstante, es ciertamente posible. Lo que está en juego es la consideración de que esta estabilidad no es un hecho “dado”, ni un estado natural de las mismas “corrompido” por “perturbaciones” como las migraciones masivas o los medios de comunicación planetarios. Tampoco pensamos, sin embargo, que sea más exacta la proposición

125 “*But there are problems with this whole approach to interpretation and dialogicality through the model of conversation. It grasps a good deal, to be sure, and we can learn from both Gadamer's and Habermas's analyses. But both, and especially Habermas, tend to focus so completely on interpersonal conversation that they do not recognize the full significance of intrapersonal dialogue. One of the key resources we have for communication with others (it is more or less redundant to say 'others who are different from ourselves' since this is always a matter of degree, however radical) is that we are not entirely 'self-same'. Freud and Bakhtin in different ways stressed the internal complexity of the person.*” (Calhoun, 1996: 50).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

opuesta, si entendemos que en cualquier caso nos referimos a un estado originario de cosas. Las estabilizaciones se rompen y se producen, y este es un proceso sin principio ni fin.

Sea como sea, estabilizado o no, es imprescindible en cualquier caso reconocer el carácter construido de la identidad, que como expone Brah, de hecho, “puede ser entendida como ese mismo proceso por el cual la multiplicidad, contradicción, e inestabilidad de la subjetividad se significa como dotado de coherencia, continuidad, estabilidad; como dotado de un núcleo -un núcleo en transformación constante pero núcleo al fin y al cabo- que en un momento dado se enuncia como el ‘Yo’” (Brah en VV.AA., 2004: 131). En este sentido es en el que, como dice Calhoun, las identidades depuradas y objetivadas esconden una historia de reducción de la complejidad, que es en realidad más una amenaza sobre la desestabilización que les aguarda en cualquier punto del futuro, y esto es importante porque las tensiones que en momentos concretos se consiguen aliviar o reducir, pueden resurgir en cualquier momento. Es preciso tener en mente la dificultad que entraña el proceso, el carácter de logro que puede adquirir esa continuidad del yo y la habilidad que requiere la reconciliación de las múltiples definiciones que sufrimos o buscamos.

La idea de la “identidad como tarea” refleja bien estas dificultades y las posibilidades constantes de fracaso, pero no hace hincapié lo suficiente en la dimensión relacional de las identificaciones. En buena medida, la estabilización depende no sólo de nuestros éxitos, sino también de los demás, en cuanto que las identificaciones son siempre identificaciones mutuas. Es por ello que tampoco los “nativos” están a salvo de la precariedad que enfrentan los miembros de la diáspora y que resulta ser extremadamente contagiosa -y la connotación de patología que implica el término contagio es útil para representar la experiencia de riesgo que supone la desestabilización identitaria a menudo para quienes la viven-.

Y con ello nos encontramos en la otra cara de la moneda, porque atender sólo a la diversidad de identificaciones sobre la que se construye de manera dificultosa la identidad, no es suficiente para dar cuenta de la complejidad de ese proceso. Los agentes no se encuentran irremediabilmente abocados a aceptar como imposiciones las definiciones por las cuales se les interpela en las diferentes relaciones sociales que los conforman. Lo que está en juego no es sólo un trabajo de reconfiguración de sentidos frecuentemente opuestos, sino también la labor de forjar la resistencia, parcial al menos, a las identificaciones que generan tensiones. El esfuerzo del nómada para eludir la asimilación es también parte del despliegue de habilidades que ejercen los agentes en sus interacciones. No obstante, no pretendemos decir que con ellas la figuración en su conjunto se deshaga de esas fuentes de tensión. Habitualmente sólo es un desplazamiento a otros puntos de ellas

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

y, en ese sentido, una lucha de fuerzas. Es así, por ejemplo, como “el sujeto político del feminismo negro desestabiliza al sujeto unitario masculinista del discurso eurocéntrico, tanto como las narrativas masculinistas de 'lo negro' como color político, mientras cortocircuita seriamente cualquier interpretación de 'la mujer' como una categoría unitaria”, como afirma Brah (Brah en VV.AA., 2004: 119).

Las identidades, así vistas, se construirían no sólo haciendo reclamos convincentes de pertenencia, sino también escapando de forma efectiva de la misma. Esto no significa simplemente una búsqueda del aislamiento, ni como dice Etzioni que “los miembros de la comunidad tienen múltiples fuentes de vinculación, y si una de ellas amenaza con resultar abrumadora, los individuos tenderán a acercarse más a otra comunidad en busca de vínculos” (Etzioni, 1999: 158), sino la capacidad tanto de cuestionar esos criterios de pertenencia, que en buena medida supone la capacidad para re-dirigir el sentido de las relaciones, cuanto para “seguir el juego”, en el sentido en el que Bateson habla del juego como “acciones a las que estamos dedicados ahora [y que] no denotan lo que denotarían aquellas acciones en cuyo lugar están” (Bateson, 1985: 207).

Es importante que se entienda que esto no significa que los agentes no actúen seriamente, sino que actúan reproduciendo una diferencia sólo como representación de esa diferencia -y de ahí la asimilación que hace Bateson del juego a las relaciones de mapa-territorio-, de manera similar a como Giddens argumenta a favor de Goffman y contra Habermas y Foucault, que los agentes pueden sostener una relación instrumental con respecto a reglas normativas y que se puede actuar de forma disciplinada sin que resulte en una asimilación de ese disciplinamiento. La multiplicidad de “yoes”, desde esta perspectiva, se podría reconciliar también mediante la ironización de las identificaciones que se portan, y nos sentiríamos tentados de relacionarlo con la práctica del “*as if*” de la que habla Braidotti, sino fuera por el carácter crítico que éste asumen en su formulación, y que entendemos que no es lógicamente necesario, como no pensamos que lo sea en la habilidad cosmopolita para “hacerse pasar” por nativo -aunque tampoco se puede afirmar que el carácter subversivo del juego, así entendido, pueda entenderse como algo enteramente dependiente de la voluntad-.

B. Universalización y relativización: definiciones

Esperamos aclarar más definitivamente nuestra crítica a la asociación unívoca de heterogeneidad y exclusión y disenso a partir de los conceptos de “universalización” y

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

“relativización”. No obstante, como en el caso de los conceptos de información e intercambio, universalización y relativización forman parte de dos pares conceptuales distintos y nos ocuparemos de ellos por separado. En primer lugar, introduciremos los conceptos de “universalización” y “particularización”, ambos referidos a las dimensiones de la agencia, de las definiciones y de las relaciones inestables. Universalización, dentro de este esquema, se definiría como “el movimiento productor de una diferencia por el que un agente recibe una identificación positiva” y particularización como “el movimiento reproductor de una diferencia por el que un agente recibe una identificación positiva”.

El primero de nuestros conceptos se referiría, así, a la producción de inclusión a través de la heterogeneidad, y el segundo, a través de la homogeneidad. Si la inclusión depende de una identificación positiva, esto es, de una identificación por la que se inicia una relación, se podría decir que la universalización se refiere a identificaciones que hacen de la diferencia el comienzo de un relacionamiento, lo cual resulte probablemente más discutible que su contrario, donde la pertenencia se derivaría de su ausencia. Sin embargo, los colectivos se ven a menudo sometidos a procesos de universalización, en un sentido obvio, en la medida en que “crecen” albergando cada vez más heterogeneidad en su seno. Esto no es, en cualquier caso, una condición necesaria de la expansión del colectivo, que puede verse también como un vencimiento de las oposiciones a la identificación de miembros potenciales, o como una transformación de la figuración que aumenta ese número de agentes susceptibles de recibir la definición necesaria en cuestión. Estos procesos, al contrario, serían los que se englobarían bajo el concepto de particularización, que puede suponer incluso una tendencia hacia la acumulación de identidades directamente derivables unas de otras -de lo que en el capítulo anterior habíamos hablado como la sensibilidad de las dinámicas figuracionales comunitarias- .

Pero lo más esencial para la definición del concepto de universalización, es que se atienda a la verbalización que supone del adjetivo “universal” y no se entienda como haciendo referencia a características de los agentes que nieguen la posibilidad de exclusión alguna, esto es, como grupos destinados a hacer del conjunto de agentes de una figuración -menos aún del “mundo”- miembros de una comunidad. Esto es, antes de nada, consecuencia de nuestra propuesta de entender las características de los agentes como producto de las relaciones que establecen y no al revés. Todo lo más que podríamos, entonces, es decir que los agentes son o no incluidos como función de las otras relaciones que lo constituyen. Así, al revés que en el caso de la particularización, en el caso de la universalización lo que predominan son agentes que trasladan identificaciones no derivables unas

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

de otras, no encajables, y que obligan a hacer entrar la heterogeneidad en los relacionamientos que establecen entre ellos. La base de este concepto la tomamos de la concepción de la universalidad que propone Butler:

“Afirmar que lo universal todavía no ha sido articulado equivale a insistir en que el 'todavía no' es una característica propia de lo universal mismo: aquello que permanece 'irrealizado' por lo universal es lo que lo constituye esencialmente. Lo universal empieza a ser articulado precisamente a través de los desafíos a la formulación que ya existe y el desafío proviene de aquellos a quienes no incluye, de aquellos que no tienen derecho a ocupar el lugar del 'quién', pero que, sin embargo, exigen que lo universal como tal les incluya.” (Butler, 2006: 151-152)

La universalización sería también afín al concepto de multitud de Negri, en tanto que concibe a esta como “una multiplicidad, un plano de singularidades, un conjunto abierto de relaciones que no es homogéneo ni idéntico a sí mismo y que mantienen una relación indistinta e inclusiva con lo que es exterior a él” (Negri, Hardt, 2002: 105), así como al concepto de “*identity politics*”, frente al de “*politics of identity*” de Mignolo, donde la primera representa un cuestionamiento de los límites de la identidad mientras que la segunda se desarrolla en el interior de unas fronteras pre-dadas¹²⁶.

En este sentido, la universalización sería siempre una tendencia que nunca se podría afirmar como completamente realizada, y es por ello que nosotros lo hemos definido como una dinámica, empíricamente inseparable, por otra parte, de la de particularización, aunque en cada momento histórico pueda prevalecer una u otra, de la misma manera que lo eran la información y la redundancia. Las identidades colectivas, entonces, se desarrollan a través de ambas, y ambas son más visibilizables en los momentos de profunda transformación social, como es el caso de la globalización. Coincidimos así con Benhabib en que “las identidades colectivas están conformadas por hebras de narraciones competitivas y contenciosas en las que compiten entre sí aspiraciones universalizantes y memorias particularistas para crear síntesis narrativas temporarias, que son a su vez cuestionadas y se ven atravesadas por nuevas divisiones y debates” (Benhabib, 2005: 69). Si podemos, con Laclau y Mouffe, admitir que la lógica de la equivalencia supone una simplificación y la lógica de la diferencia una complejización (Laclau, Mouffe, 1987: 151), y hacer corresponder la primera con la particularización y la segunda con la universalización, se puede ver como las identidades se producen, efectivamente, por medio tanto de simplificaciones como de

126 “A *politics of identity* is different from *identity politics* – the former is open to whoever wants to join, while the latter tends to be bounded by the definition of a given identity.” (Mignolo, 2009).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

complejizaciones, y como la universalización no se refiere a la reducción a un “mínimo común denominador”, sino a una maximización de la pluralidad.

En segundo lugar, el concepto de “relativización” y su opuesto de “absolutización” se inscriben en el ámbito delimitado por la perspectiva agencialista y de definiciones, pero aplicado a relaciones estabilizadas. Así, la relativización se definiría como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos y que producen una diferencia” y la absolutización como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos y que reproducen una diferencia”.

La relativización, entonces, se referiría a identificaciones mutuas pero diferentes, y la absolutización lo haría a identificaciones mutuas e iguales. Mientras que las primeras definirían relaciones complementarias, las segundas definirían relaciones de semejanza. Por aquellas se identifica a padres e hijos, o maestros y alumnos, y por estas a camaradas, amigos o colegas profesionales, por ejemplo. En la relativización el consenso se conseguiría reduciendo el disenso a “perspectivas distintas”, mientras que en la absolutización surgiría de “perspectivas comunes”. Esto no significa que deje de haber en cualquier caso reciprocidad de perspectivas, en el sentido propuesto por Schutz de que cualquiera en el lugar del otro vería lo mismo que vea ahora él. Lo que supone la relativización no es que falte esto, sino que la comunalidad de significados se construye a partir de la heterogeneidad, a diferencia de la absolutización, en la que se construye a partir de la homogeneidad¹²⁷. Es en este sentido, en el que podemos mostrarnos de acuerdo con Etzioni en que “la semejanza de perspectivas se toma a menudo, erróneamente, por consenso y se espera que exista consenso entre los grupos homogéneos (...)” (Etzioni, 1980: 530), si por grupos homogéneos entendemos grupos que comparten las mismas definiciones. Bien puede ser el caso, y empíricamente lo es con mucha frecuencia, que agentes con identificaciones comunes no se pongan de acuerdo en el sentido de esas identificaciones. No es necesario, en consecuencia, que se rechace la definición común para discrepar de la identificación propuesta, del mismo modo que no es necesario que las definiciones sean opuestas para que surja la discrepancia.

A menudo, al contrario, es a través de la relativización como se pueden alcanzar consensos, y no a través de la absolutización. Esto es lo que nos muestra el trabajo de Pollner, sobre el que hemos basado nuestro concepto de relativización, para referirnos a esa ironización de la experiencia ajena

¹²⁷ En este sentido entendemos la afirmación sobre el concepto de “reciprocidad de perspectivas” de que “el conflicto social es, para Schutz, la puerta abierta al consenso dado a través del diálogo” (Alfaro Vargas, Cruz Rodríguez, 2010).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

que resulta contradictoria con la nuestra. Como explica este autor, el razonador mundano presupone que los otros observan el mismo mundo, que pueden percibirlo correctamente, que están motivados para decir la verdad, y que comparten esquemas de expresión, de modo que ante una discrepancia comienza por cuestionar alguna de estas condiciones. La relativización se referiría específicamente al cuestionamiento para percibirlo correctamente, dado que la unidad del mundo observado raramente se cuestiona, los esquemas de expresión se refieren básicamente a la inteligibilidad y la afirmación de que el otro miente es sólo una afirmación del disenso. La suposición, por el contrario, de que no percibe el mundo tal cual es, introduce la idea de la “distorsión” involuntaria que habitualmente se achaca a la perspectiva, ya sea declarada esta como parcial o defectuosa, y es la que nos permite concluir, precisamente, que si estuviera en nuestro lugar, vería lo mismo que nosotros. Es el convencimiento de que tal “distorsión” es imposible, bien como resultado de la producción de homogeneidad al efecto de contrastar esa posibilidad, bien como resultado de presupuestos axiomáticos, como se hace imposible reducir la discrepancia sino es por la fuerza -ya sea esta fuerza la del mejor argumento, o la de la retórica, o la física-¹²⁸.

Pollner, sin embargo, limita estas ironizaciones a situaciones de disenso, mientras que nosotros proponemos que en realidad, estas se producen frecuentemente “de antemano” para evitar las discrepancias en primer lugar, no porque los agentes valoren mejor o peor los acuerdos que los desacuerdos, sino porque nuestra socialización nos capacita para prever fuentes de discordancia y evitarlas en el sentido de facilitar la continuidad de nuestras prácticas. Se podría decir, incluso, que llevamos “incorporados” un mecanismo productor de consenso en la misma asimilación de categorías a través de las cuales pensamos¹²⁹.

128 *“In the absence of conversion, full-fledged disjunctures are assured of closure only in and through the practices through which members successfully promulgate their respective version over and in the face of a contradictory version. (...) The practices for sanctionably invoking grounds for further decision (...) comprise the politics of reality and experience. (...) By 'politics' we mean to indicate the activities whereby a version of reality is used as the grounds of further inference and action give the recognition that the version is rendered empirically equivocal by the counterclaims and counterexperiences of the other.”* (Pollner, 1987: 80).

129 En este sentido, probablemente la objeción de Mol contra el perspectivismo sea pertinente:

“Talking about reality as multiple depends on another set of metaphors. Not those of perspective and construction, but rather those of intervention and performance. These suggest a reality that is done and acted rather than observed. Rather than being seen by a diversity of watching eyes while itself remaining untouched in the course of a diversity of practices.” (Mol en Law, Hassard, 1999: 77).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Por último, si podemos, con Luhmann, afirmar que “la comunicación presupone que los comunicantes no son idénticos, así como también, por ello, la diferencia de perspectivas y la imposibilidad de una congruencia completa de sus vivencias” (Luhmann, 1998a: 109), debemos entender que esto es cierto sólo en la medida en que los agentes hagan entrar el conjunto de definiciones que les constituye, proceso que es tan parcial como el contrario de la producción de identificaciones compartidas. Pero, al contrario, tampoco podemos suponer, partiendo como lo hacía McLuhan de que “la separación del individuo del grupo en el espacio (privacidad), en el pensamiento (punta de vista) y en el trabajo (especialización), ha tenido el apoyo cultural y tecnológico de la alfabetización y su galaxia complementaria de instituciones industriales y políticas fragmentadas” (McLuhan, 1966: 104), que el aumento de la interdependencia suponga *eo ipso* un predominio de la absolutización sobre la relativización. Como en el caso de la universalización y la particularización, más bien, lo que se observa es que son tipos de relaciones que operan de forma conjunta y que atraviesan de forma simultánea una misma figuración.

Trasladar estos conceptos a nuestro ejemplo habitual del mundo académico puede ser engañoso porque estos u otros emparentados han sido claves en los debates epistemológicos. Es imprescindible, en este sentido, entender que tal como los utilizamos nosotros no se enmarcan en esas polémicas, sino que pretenden simplemente dar cuenta de procesos de inclusión, así como de la producción de consenso. Con esto en mente, la interdisciplinarización vuelve a ser una dinámica oportuna para ilustrar que significarían la universalización y la particularización. De hecho, es especialmente oportuno porque al aunar diversas disciplinas para la conformación de un nuevo campo de estudio, o la transformación de uno existente, es precisamente el objetivo de heterogeneizar la comunidad de investigadores lo que le da sentido. La particularización, en cambio, podría darse en un momento posterior en el que se trata de consolidar y marcar límites frente a lo integrable en ese nuevo área de estudio, estableciendo a partir de ese momento algún criterio homogeneizador como base de la pertenencia y haciendo que los agentes se presionen unos a otros para reproducir el mismo tipo de relaciones con los objetos de estudio. La relativización, por

Sin embargo, nosotros no pretendemos defender el perspectivismo como postura epistémica, sino en relación a la reciprocidad de perspectivas formulada por Schutz, como rasgo fundamental de la producción de entendimiento entre agentes. Aún así, no creemos que nuestra definición sea completamente incompatible con esta actuación sobre la realidad que se describe, ya que nuestra voluntariamente amplia definición de agentes y su descripción como constantemente inmersos en la tarea de las identificaciones recíprocas no deja demasiado espacio para ningún tipo de objeto ajeno a ellos, pasivo e inmutable.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

su parte, podría ser fundamental para alcanzar consensos en esos primeros momentos de producción de inclusión, la aceptación de que definiciones diferentes se basan en la aplicación de técnicas distintas pero fundamentalmente compatibles, por ejemplo. Del mismo modo, más adelante, pueden encontrarse quizá tendencias más fuertes hacia la absolutización, basadas en que la consecución de un corpus teórico y metodológico relativamente coherente y compartido por todos debe dar lugar a consensos producidos en esa nueva semejanza de perspectivas.

Podemos volver ahora con estos conceptos al análisis de las tendencias heterogeneizadoras y homogeneizadoras en el ámbito de las identidades dentro de las corrientes globalizadoras. Desde la perspectiva abierta por estas conceptualizaciones que proponemos, se podría entender que, mientras que la metáfora de la diáspora y el concepto de hibridez se refieren, grosso modo, a dinámicas de universalización, por las que se discute la homogeneidad identitaria y se reclama la pertenencia a partir del reconocimiento de la diferencia, la metáfora del nomadismo y el concepto de cosmopolitismo se refieren, por su parte, a dinámicas de particularización, que mantienen la vinculación de la inclusión a la reproducción de la diferencia -incluida la formación de una identidad cosmopolita como tal, a la que sólo daría acceso la capacidad para reproducir las mismas prácticas de traducción entre la tradición cultural propia y las demás-. Aunque ambas tienen lugar de forma simultánea y dialéctica en nuestro mundo globalizado, es indudable que la percepción del predominio de las dinámicas de universalización tiene que ver fundamentalmente con la incapacidad creciente para seguir alimentando las dinámicas de particularización que habían engordado hasta ahora las identidades nacionales. La afinidad de la universalización con la relativización, y de la particularización con la absolutización no debe tomarse, por último, como una prueba en contra respecto a la falta de correlación lógica entre inclusión y consenso, pero sí debe servir para mantenernos alerta respecto a las posibles tentaciones de dar por sentado que un mundo más heterogéneo debe fomentar el disenso y que la progresiva erosión de las naciones como comunidades vaya a abocarnos a la imposibilidad de construir nuevos acuerdos, pues incluso en el seno de ellas, las relaciones de relativización han sido siempre fundamentales para la producción de consenso.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

4.4. Tercer problema: desacoplamiento-contradicción

4.4.1. La heterogeneidad y la homogeneidad en el acoplamiento estructural

A. La aproximación al sistema mundial

En el capítulo anterior hablamos de la importancia de los conceptos de transnacionalización y desnacionalización para entender los procesos por los cuales las regionalizaciones de las relaciones sociales producidas por los Estados-nación se han considerado desde los estudios sobre globalización como menos pertinentes cada vez. La crítica al “nacionalismo metodológico” como perspectiva caduca, cuando no directamente distorsionadora en su misma concepción, derivaría, así, del reconocimiento de que las estructuras por las que podemos hacer inteligibles los fenómenos sociales contemporáneos nos fuerzan constantemente a manejar escalas más diversas y a combinarlas entre sí, sin esperar que los niveles “inferiores” vayan encajando progresivamente en los “superiores”. En este sentido, hablar en términos absolutos de un sistema mundial, como adelantábamos en el primer capítulo, no parece hasta el momento una postura muy realista, ni si quiera si atendemos a la posibilidad de que la organización “interna” del mismo difiera del patrón piramidal sobre el que se construía el sistema interestatal. Pensar en un mundo completamente homogeneizado en términos estructurales estaría, por tanto, lejos de ser de nuestra intención. Sin embargo, aún es posible examinar esta posibilidad en tanto que tendencia, con la precaución de tomar como punto de referencia las instituciones de forma separada y no suponer un conjunto coherente de todas ellas.

En cualquier, el que nosotros no defendamos este tipo de aproximación a la globalización, evidentemente, no significa que no haya sido formulada en diversas maneras en las últimas décadas. Tampoco todos los ejemplos de este tipo de modelos teóricos son tan exigentes en la definición del carácter sistémico de las relaciones sociales a escala planetaria como lo es el de Wallerstein, que ya comentamos que soportaba tanto la proposición de los niveles superponibles piramidalmente como el principio de autosubsistencia parsoniano. Sin embargo, el sistema mundial de Wallerstein, basado en una cierta identificación de regiones espaciales y funciones sistémicas de carácter económico, esto es, una división mundial del trabajo, no es precisamente una de las descripciones más caracterizadas por una exaltación extrema de la homogeneidad del sistema dado que, al fin y al cabo, esa diversidad de estructuras económicas refleja la diversidad más fundamental en un modelo

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

tan fuerte economicista como el suyo. Sklair, por ejemplo, presentaba en ciertos aspectos una concepción algo más abierta del sistema mundial, haciendo del concepto de transnacionalismo un pilar básico del mismo, a pesar de lo cual, la presuposición de consistencia entre diversos tipos institucionales y, sobre todo, la de la homogeneidad interna se hacían muy patentes:

“Las PTN [prácticas transnacionales] se distinguen analíticamente en tres niveles: el económico, el político y el ideológico-cultural, que constituyen la totalidad sociológica. En las condiciones concretas del mundo tal como es, un mundo ampliamente estructurado por el capitalismo global, cada una de estas PTN está típica pero no exclusivamente, caracterizada por una institución mayor. Mi opinión es que la corporación transnacional (CTN) es el locus mayor de las prácticas económicas transnacionales; lo que llamaré clase capitalista transnacional es el locus mayor de las prácticas políticas transnacionales; y el locus mayor de las prácticas ideológico-culturales se encuentra en la ideología cultural del consumismo.” (Sklair, 2003: 26)

Otro ejemplo popular de este tipo de modelo se podría considerar también la sociedad-red de Castells, aunque en este caso el presupuesto de homogeneidad y consistencia se relajan respecto a la fórmula de Sklair. La asunción del concepto de red para describir la morfología de estas estructuras globales, por un lado, deja una mayor libertad a la hora de explicar las relaciones entre unos y otros tipos de redes, mientras que, por otro, deja espacio a la consideración de agujeros estructurales y la explicación de las dinámicas sociales en su seno obliga a recurrir a otro tipo de mecanismos y principios de relacionamiento. Esta fuente de producción de heterogeneidad, sin embargo, se ve atenuada por la tendencia a lo largo de su trilogía a referirse de bastante homogénea a las distintas instituciones que va analizando y que parecen corresponderse sin mayores problemas con esferas concretas de acción o incluso subsistemas -aunque se conciban estos más a la manera del marxismo que a la del funcionalismo-. Incluso al hablar de las relaciones sociales no cubiertas por las redes, tienden a definirlas como reaccionando a la dinámica dominante de ellas y pareciera que de alguna manera terminan siendo englobadas también. No casualmente, Castells acepta la proposición de la formación de una economía-mundo en la Edad Moderna, y la economía informacional global parece no ser sino una radicalización de la misma¹³⁰.

130 “La economía informacional es global. Una economía global es una realidad históricamente nueva, distinta de la economía mundial. Como nos han enseñado Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein, en Occidente ha existido al menos desde el siglo XVI una economía mundial, es decir, una economía en la que la acumulación de capital tiene lugar en todo el mundo. Una economía global es algo distinto: es una economía con la capacidad de funcionar de forma unitaria en tiempo real o en un tiempo establecido, a escala

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Podríamos continuar poniendo ejemplos, pero creemos que se puede empezar ya a vislumbrar que existe una mayor predisposición a examinar la globalización en términos más o menos próximos al modelo del sistema mundial entre aquellos autores que de manera explícita o implícita más tienden a asumir el postulado marxiano de la prioridad lógica de las estructuras económicas. La aparente obviedad de la expansión del capitalismo a cada rincón del planeta es, desde luego, uno de los apoyos más evidentes a cualquier teoría que pretenda defender una creciente homogeneización estructural. Sin embargo, es interesante recordar que, a pesar de que esta postura parece ganar fundamento con el paso del tiempo, siempre ha habido reticencias y distintas objeciones a este tipo de argumentación acerca de la integración de la economía mundial, tanto geográficas como históricas, como ya dijimos. Unas de las críticas más populares en la sociología ha sido la elaborada por Hirst y Thompson que cuestionan tanto que haya realmente un acuerdo entre los defensores acerca de en qué consiste esa integración económica, como su evidencia empírica y su profundidad histórica¹³¹.

Pero no es sólo en esta dirección en la que podemos mostrarnos críticos con la presuposición de que se esté produciendo una auténtica homogeneización de las estructuras económicas a nivel global. Tan importante como el cuestionamiento de que se puede hablar de “un” capitalismo global, es el reconocimiento de la lección fundamental de Polanyi, y que ya hemos tratado, de que no toda la economía se debe referir al mercado, de modo que hay una importante cantidad de bienes y servicios que se produce y distribuye en otras instituciones. La tendencia a asociar instituciones y subsistemas -se definan estos como se definan- suele ser perjudicial, tanto por la evidencia de que las instituciones son a menudo difícilmente aislables dentro de los límites de estos, como por el hecho de que dentro de ellos se entrecruzan un importante número de ellas. Tan imposible como pretender reducir lo económico al capitalismo, es tratar de reducir lo político a los estados, lo comunitario a las familias o la vecindad, o lo cultural al arte o la religión, por ejemplo. Cuando

planetaria” (Castells, 2005: 136).

131 “In particular we began to be disturbed by three facts. First, the absence of a commonly accepted model of the new global economy and how it differs from previous states of the international economy. Second, in the absence of a clear model against which to measure trends, the tendency to casually cite examples of the internationalization of sectors and processes as if they were evidence of the growth of an economy dominated by autonomous global market forces. Third, the lack of historical depth, the tendency to portray current changes as unique and without precedent and firmly set to persist long into the future.” (Hirst, Thompson, 1999: 2).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

observamos la pluralidad de instituciones que se encuentran en el seno de cada uno de nuestros “subsistemas”, así como lo difícil que es obviar como estas cruzan constantemente sus fronteras, se hace patente lo poco factible que es pretender organizar de forma coherente un puzzle que encaje perfectamente en ningún marco predefinido.

Así, para hablar de homogeneización en el sentido de estructuras que reproducen diferencias en distintos espacios sociales, si intentamos definir estos en los términos de espacios “funcionales” para tratar de demostrar que dentro de estos las barreras espaciales están perdiendo relevancia, estamos seccionando muy arbitrariamente el problema. Demostrar que existe una economía mundial en este sentido, no equivale a demostrar una homogeneización en su seno, como bien muestra el ejemplo de la teoría del sistema-mundo de Wallerstein. A efectos de hablar de homogeneización más pertinente puede resultar incluso, referirse a la mercantilización creciente de diversos ámbitos económicos incluso en el seno de economías relativamente nacionalizadas como se ve, por ejemplo, en la crítica de Offe a las teorías sobre la terciarización de las economías acerca de que “lo que está siendo medido no es el crecimiento del peso del sector servicios, sino la mercantilización de trabajo anteriormente llevado a cabo dentro de la unidad doméstica” (Offe, 1985: 104-104). De forma similar, se puede contraponer al lugar común de la falta de estructuras políticas que produzcan unidad a nivel mundial que, al revés, las estructuras políticas son cada vez más las mismas para todo el mundo en el sentido en el que Giddens afirma que “ésta es la primera época de la universalización del Estado-nación, que ésta es la primera vez que existe como forma política universal porque, hasta épocas recientes, el Estado-nación ha coexistido con el imperio y otras formaciones políticas; podría decirse que el imperio soviético ha sido quizás la última formación imperial” (Giddens en Castells, Giddens, Touraine, 2002:76-77).

La posibilidad, entonces, de hablar de la unificación mundial en términos de estructuras que nos permiten entender las relaciones sociales en cualquier lugar del mundo no se debe entender como refiriéndose a la unificación territorial de espacios funcionales sino, simplemente, de la frecuencia con que encontramos los mismos patrones de relacionamiento en diversos lugares, sin imponerles ese corsé de los “ámbitos funcionales” por los que buscamos demostrar o refutar la existencia de una economía mundial integrada, una política mundial integrada, etc. Las referencias a las tendencias homogeneizadoras tienen que buscarse, más sencillamente, en la frecuencia con que encontramos las mismas instituciones ocupando cada vez más espacios sociales diferentes, sin que sea una cuestión prioritaria el grado de consistencia y las distintas relaciones entre unas y otras. Así, nos parece que el planteamiento de Albrow que, en su rechazo radical a la teoría de sistemas, opta

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

por poner en el centro del problema la existencia de instituciones globales -y nosotros añadiríamos “más o menos” globales-, es probablemente el más productivo¹³².

B. La globalización desorganizada

Esta reflexión sobre la necesidad de desvincular analíticamente instituciones y subsistemas para afrontar la disociación de homogeneidad y acoplamiento estructural parece menos problemática cuando enfrentamos la postura opuesta a la de los modelos de sistema mundial, que denominamos vagamente con la etiqueta de “globalización desorganizada”. En este caso, los argumentos en torno a la necesidad de romper con los marcos estatales para seguir los patrones de relacionamiento donde quiera que estos nos lleven, a menudo más allá de las naciones pero sin abarcarlas de forma completa, nos pondría en la necesidad de considerar las tendencias heterogeneizadoras, esto es, la coexistencia en el mismo espacio de diferentes patrones de relacionamiento, precisamente por la insistencia que se hace desde este tipo de enfoques en la falta de unidad del mundo de la globalización.

Esta perspectiva, desde la cual se aborda la globalización más como una ruptura de un equilibrio precedente que como la construcción de uno nuevo, tiende a facilitar la superación de las categorías sobre las que se cimentaban los modelos de análisis de las sociedades nacionales y es infrecuente encontrar entre los autores que más la defienden ese tipo de referencia a totalidades sistémicas y, consiguientemente, a sus ámbitos funcionales diferenciados. No obstante, hay que tener cuidado con la generalización pues, evidentemente, sí hay autores que tienen a explicar el desorden contemporáneo como una crisis sistémica producto de una suerte de coordinación defectuosa entre subsistemas, como es el caso de Offe¹³³. Sin embargo, en la propuesta original

132 “The world is spanned by institutions with global concern even if there is no world government. Those institutions have grown in various ways out of international collaboration. They may be governmental or non-governmental. Equally there are organizations, profit and non-profit making, which focus on a global market or need and seek to operate globally.” (Albrow, 1997: 123).

133 “To speak of ‘disorganized capitalism’ is not to propose an elaborate and coherent counter-model against that of ‘organized capitalism’. Rather, my aim is to propose a heuristic perspective that is guided by the following questions: Do the procedures, patterns of organization, and institutional mechanisms that supposedly mediate and maintain a dynamic balance between social power and political authority (i.e. Seek to coherently organize the socio-political systems of contemporary welfare state capitalism) actually fail to

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

sobre el final del capitalismo organizado de Lash y Urry (1988), si ciertamente se partía de la idea de una crisis de un determinado entramado estructural, esto no implicaba en absoluto la asimilación con una crisis sistémica, y hablaban de la internacionalización, la descentralización y el surgimiento de la clases de servicios como fuentes de desestabilización en una referencia más a instituciones y relaciones de fuerza entre actores colectivos que a la falta de cumplimiento de requisitos funcionales. De forma más similar a lo que pretendemos referirnos, la clave consistía en la dificultad para reproducir las pautas de relacionamiento que se habían estabilizado en las cinco sociedades nacionales estudiadas por ellos en conexión con procesos que las atacaban desde arriba, desde abajo y desde dentro. Podemos, entonces, considerar éste como un problema menor de este tipo de enfoque.

Sí que es preciso notar que en aquella obra Lash y Urry no pretendían demostrar tanto una heterogeneización, digamos geográfica -que, de hecho, tomaban como punto de referencia para comparar sociedades distintas- como una discontinuidad temporal. Era, de hecho, parte del argumento, que esa heterogeneidad inicial sería responsable del surgimiento de nuevos equilibrios igualmente heterogéneos, incluso a pesar de la referencia a los procesos de internacionalización. Desde luego, la heterogeneidad se hace así también presente en la globalización, como persistencia de las diferencias iniciales, de manera que casi se podría afirmar, como en el primer principio de la termodinámica, que la heterogeneidad ni se crea ni se destruye, sólo se transforma. Esta *pathdependency* que podemos encontrar en la globalización es la que, en la línea de las reflexiones de Therborn (1995)¹³⁴ sobre los diferentes caminos de incorporación a la modernidad, nos debe hacer conscientes, como propone Nederveen Pieterse, de que la globalización es plural en sí misma¹³⁵.

perform this function? If so, what are the symptoms, consequences and potential remedies of such failures of the process of mediation?" (Offe, 1985: 6).

134 Línea a la que recientemente ha acercado su análisis Beck, en lo que parece ser un intento de corregir las posibles tendencia etnocéntricas de su propia "sociedad del riesgo", introduciendo conceptos como "modos de producción del riesgo" (Beck, Grande, 2010).

135 "*Globalization, according to Albrow, 'refers to all those processes by which the peoples of the world are incorporated into a single World society, global society' (1990). Since these processes are plural we may as well conceive of globalizations in the plural.*" (Nederveen Pieterse en Featherstone, Lash, Robertson, 1997: 45).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

En cualquier caso, no es esta reconstrucción de una heterogeneidad pre-existente a lo que se alude de forma fundamental cuando se habla las tendencias diversificadoras de la globalización. En realidad, como ya hemos dicho, parte de lo que trata de reflejarse en los enfoques sobre “el desorden global” es exactamente esa ruptura con un *status quo* que no ha sido substituido aún por ningún otro. En esta línea, ese énfasis en el el desacoplamiento de estructuras antes sólidamente ligadas, la heterogeneidad puede tender a verse como estrechamente vinculada a él, y este es precisamente el punto al que nos queremos oponer: la heterogeneización como dinámica fundamental de la globalización no tiene que entenderse necesariamente como consecuencia de la desconexión de unas estructuras con otras, ni tampoco como el producto de un debilitamiento de las mismas, a la manera en que Lash propone respecto a la modernidad reflexiva que su característica central es “la *Freisetzung* o progresiva liberación de la agencia de la estructura” (Lash en Beck, Giddens, Lash, 2001: 148).

Las mismas formulaciones que se han hecho sobre la globalización como “pluralidad” o “ausencia de unidad” pueden ser confusas y contribuyen a ahondar esa identificación entre desacoplamiento y heterogeneidad. Así, por ejemplo, Beck definía la globalización como “ausencia de Estado mundial; más concretamente: sociedad mundial sin Estado mundial y sin gobierno mundial” (Beck, 1998a: 38) y luego decía que “en la expresión ‘sociedad mundial’, ‘mundial’ significa según esto diferencia, pluralidad, y ‘sociedad’ significa estado de no-integración, de manera que (tal y como sostiene M. Albrow) la sociedad mundial se puede comprender como una pluralidad sin unidad” (Beck, 1998a: 29). Y, sin embargo, afirmaba también que “(...) el concepto de globalización se puede describir como un proceso (...) que crea vínculos y espacios sociales transnacionales, revaloriza culturas locales y trae a un primer plano terceras culturas” (Beck, 1998a: 30) e identificaba globalidad y sociedad mundial:

“La globalidad significa lo siguiente: hace ya bastante tiempo que vivimos en una sociedad mundial, de manera que la tesis de los espacio cerrados es ficticia. No hay ningún país ni grupo que pueda vivir al margen de los demás (...) Así, ‘sociedad mundial’ significa la totalidad de las relaciones sociales que no están integradas en la política del Estado nacional ni están determinadas (ni son determinables a través de ésta).” (Beck, 1998a: 28)

En resumen, nos encontramos con que la globalización es la producción de vínculos y espacios transnacionales, lo que parece ser equivalente a la existencia de una sociedad mundial, que a su vez es al mismo tiempo el reflejo de la desaparición de los espacios cerrados y la interdependencia mundial y una “pluralidad sin unidad”. No queda sino concluir que cuando habla

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

de “pluralidad” y de “no-integración” no puede estar refiriéndose en realidad a desconexión -ya hablemos de estructuras o de agentes-. De esto se siguen dos posibilidades: la primera, que con pluralidad y no-integración contemple, de manera similar a como hacemos nosotros, que los acoplamientos estructurales no son incompatibles con la producción de heterogeneidad, esto es, con la producción de diferencias en espacios sociales compartidos; la segunda, que piense en términos de interconexiones que no responden a patrones estructurales, de manera similar al planteamiento que mencionamos de una “agencia emancipada de las estructuras”.

Nuestro objetivo, sea como fuere, no es proponer el análisis más fidedigno del modelo teórico de Beck, sino simplemente observar la viabilidad de diferentes argumentos y, como ya explicamos respecto a nuestro rechazo a la concepción de las estructuras como “constrictoras” de la agencia, no tiene sentido pensar en una agencia más o menos libre de patrones de relacionamientos estructurales, que son sólo otro enfoque sobre las reglas que guían la agencia -cosa distinta es que se negara el presupuesto de la agencia guiada por reglas-. En cambio, si no identificamos de manera inmediata los acoplamientos estructurales con la creación de homogeneidad, sino que atendemos a la posibilidad de que estructuras distintas se conecten y estabilicen así la producción de diferencias, podemos compatibilizar sin violar ninguno de nuestros presupuestos básicos las tendencias heterogeneizadoras con el establecimiento de nuevas relaciones entre estructuras. Del valor de la diferencia para la conexión estructural da muestra, como dice Harvey, que “cuanto menos importantes son las barreras espaciales, mayor es la sensibilidad del capital a las variaciones del lugar dentro del espacio”, encontrándonos “una fragmentación, una inseguridad y un desarrollo desigual efímero en un espacio económico global altamente unificado de flujos de capital” (Harvey, 1995: 327).

Aún más, como en el caso del análisis al nivel de la agencia, podemos ver en esas relaciones entre conjuntos de reglas distintos la misma base para una establecer una vinculación fuerte entre acoplamientos estructurales y producción de heterogeneidad, y, como entonces, no sólo en el sentido de conectar la diversidad antes separada, sino en el sentido de que sólo un acoplamiento exitoso puede explicar la heterogeneización estructural, puesto que de conexiones estructurales que generan contradicciones el resultado más probable es el desacoplamiento o el dominio de una sobre otra -sin que esto quiera decir que mucha de la heterogeneidad producida en la globalización no esté relacionada con acoplamientos contradictorios y sean, en ese sentido, focos centrales de tensión-. En esta vía, la concepción del Imperio de Negri y Hardt, como una estructura que reúne estructuras pre-existentes tanto como hace desaparecer otras, a la vez que las transforma en sus nuevas

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

interconexiones, dando lugar a pautas de relacionamiento generadoras de una profunda heterogeneidad, sería la más próxima a nuestra argumentación:

“En contraste con el imperialismo, el imperio no establece ningún centro de poder y no se sustenta en fronteras o barreras fijas. Es un aparato descentrado y desterritorializador de dominio que progresivamente incorpora la totalidad del terreno global dentro de sus fronteras abiertas y en permanente expansión. El imperio maneja identidades híbridas, jerarquías flexibles e intercambios plurales a través de redes de mando adaptables.” (Negri, Hardt, 2002: 14)

La heterogeneidad se produciría, así, dentro de las estructuras y proliferaría precisamente por las dinámicas de interconexión entre ellas.

4.4.2. La heterogeneidad no implica desacoplamiento ni contradicción

A. La problematización de la complejidad

Pudiera parecer quizá que lo que proponemos, en sentido contrario a las críticas que pretendemos hacer a la teoría de sistemas y el supuesto de la especialización funcional, supone, justamente, una recuperación del tipo de pensamiento funcionalista según el cual la expansión de los sistemas se entiende como un aumento de la complejidad que opera mediante la integración de subsistemas. Así, a medida que el sistema “crece” se va haciendo cada vez más heterogéneo a partir de la suma de ámbitos funcionales en sí mismos homogéneos. Las sociedades modernas occidentales, como ejemplo evidente, obtendrían de este modo su complejidad de la diversificación en subsistemas relativamente autónomos, distinguiéndose el sistema económico del político, el político del cultural, o aún dentro de éste la religión de la filosofía, la filosofía de la ciencia, etc.

Sin embargo, lo que queremos decir es prácticamente lo opuesto a esto. Para que se entienda la diferencia entre nuestra formulación y la funcionalista es preciso recordar que nosotros rechazamos por completo la idea de un sistema consistente y autosubsistente y que nuestra base de referencia son instituciones, no sistemas sociales, y que estas ni siquiera puedan asimilarse a los subsistemas sino que, al contrario, defendemos que no pueden constituirlos de forma exhaustiva ni se limitan a ellos de forma exclusiva. Nuestras instituciones no tienen en sí mismas porque definirse como homogéneas o heterogéneas. La heterogeneidad del “sistema cultural” no sería el producto de albergar los subsistemas, menos heterogéneos, de la ciencia, la religión o el arte, compuestos a su

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

vez por subsistemas aún más homogéneos como la física, la química o la economía, sino que lo que proponemos son comparaciones empíricas de la heterogeneidad albergada dentro de la ciencia, la religión o el arte, consideradas como instituciones concretas -supongamos en favor de la ilustración que así pudiese hacerse-, argumentado, por ejemplo, que la ciencia es más homogénea que el arte por la extensión y estabilidad en ella de las reglas que dictan la sujeción a ciertos estándares de racionalidad científicos más estrictamente definidos.

Tampoco la heterogeneidad de “una sociedad” tiene porque verse como resultado de la suma de diferentes instituciones, porque para nuestro concepto de estructura -y las instituciones las entendemos como estructuras complejas, esto es, como conjuntos de conjuntos de reglas- las estructuras no relacionadas no son relevantes, lo cualquier quiere decir que no están relacionadas de ningún modo -y era por ello que no admitíamos el concepto de entorno que supone el de sistema-. No podemos, siguiendo con nuestro ejemplo, ver aproblemáticamente la ciencia como una institución “mayor” en tanto que la agregación de x disciplinas. O bien la ciencia como compuesto de todas es ellas es la institución o bien lo serían las disciplinas mismas. Si esto nos lleva a pensar en la dificultad de la tarea de diferenciación de “límites” entre una y otra institución, si no su imposibilidad, bienvenida sea esta conclusión, puesto que en el análisis empírico a menudo es así de difícil, si no imposible, separar de forma clara unas y otras instituciones, más allá de las autodefiniciones de las mismas -y las definiciones como tales siempre implican una relación con otros elementos-. Evidentemente, esto no quiere decir que de forma heurística no decidamos operar obviando relaciones menos centrales para facilitar el análisis de un determinado conjunto de reglas.

Lo que buscamos, entonces, no es definir la producción de heterogeneidad en términos de la suma de conjuntos previamente homogeneizados, y nos oponemos a la concepción de las instituciones como interiormente “iguales” y “diferentes” las unas en relación con las otras, en el sentido en el que se concibe, por ejemplo, en la obra de Luhmann la “igualdad” y la “desigualdad” entre los subsistemas:

“La diferenciación funcional transforma de nuevo la distribución de la igualdad y de la desigualdad. Las funciones tienen que ser desiguales, pero el acceso a las funciones debe ser igual, es decir, independiente de cualquier relación con otras funciones. Los subsistemas funcionales, en otras palabras, tienen que ser desiguales, pero sus entornos asociados tienen que ser tratados como entornos iguales, porque nada sino la función puede justificar la discriminación.” (Luhmann, 1998b: 79)

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

En nuestros términos, la heterogeneidad tiene que ver con la producción de diferencias en un mismo espacio y, en este sentido, una institución puede producir mucha heterogeneidad, en la medida en que las reglas que reúne pueden definir elementos muy diversos en su interior, así como prescribir relaciones entre ellos muy diferentes. Las instituciones, en este sentido, pueden ser muy homogéneas o muy heterogéneas, y eso se determinaría en comprobaciones empíricas y no *a priori*. Aunque una regla pueda -o no- suponer un código binario de discriminación, no aceptamos el axioma funcionalista de que los sistemas tengan que regirse por tal tipo de código que homogeneiza los elementos que relaciona en la medida en que los contempla desde esa única posibilidad de clasificación. Al contrario, como afirmaba el propio Bateson en su particular formulación de la teoría de sistemas, “podemos esperar que cualquier rasgo de una cultura, tomado por separado, demostrará, al ser examinado, no ser solamente económico o religioso o estructural, sino participar de todas estas cualidades de acuerdo con el punto de vista desde el cual lo miremos” (Bateson, 1985: 89), y su homogeneización como, por ejemplo, “económico”, frecuentemente es más producto del código complejo de la ciencia económica, que del código reductor de complejidad que puede suponer el medio simbólicamente generalizado “dinero”.

Así, esperamos que una estructura produzca tanta más heterogeneidad cuanto más amplio sea el conjunto de reglas que la componga y es por ello que consideramos que la conexión de unas estructuras con otras tienda a aumentar la heterogeneidad “interna” de la institución que conformen, mientras que sólo el desacoplamiento puede hacerla más homogénea. En la práctica, como se ha dicho a menudo acerca del capitalismo, por ejemplo, es evidente que “se refiere, tanto en lenguaje corriente como en la terminología científica, a un conjunto de dispositivos económicos, los cuales raramente se manifiestan en la práctica, si es que alguna vez lo hace, aislados de otros elementos de experiencia que no tienen nada que ver con la economía” (Berger, 1991: 22). Y lo mismo se puede decir de la “religión”, la “ciencia”, o cualquier otra institución que habitualmente se hace coincidir con uno u otro subsistema. Aunque una institución cualquiera pueda cumplir desde el punto de vista de un sujeto determinadas funciones -como la religión, por ejemplo, le provee de los rituales, creencias o sistemas éticos- es por completo imposible no encontrarlas a ellas mismas atravesadas por todas esas funciones que se pretenden distribuir por medio de ellas, y parece haberse logrado un cierto consenso en torno a que el regreso infinito de la aplicación del esquema AGIL a cada subnivel nuevamente no era realmente una solución (Rodríguez Ibañez, Mouzelis¹³⁶).

136 Aunque tampoco la solución de Mouzelis de combinar la tripartición marxiana con el esquema AGIL nos parece suficiente para afrontar los obstáculos a los que conduce el planteamiento de las instituciones

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Las dificultades que, de hecho, se han encontrado para sostener en el análisis empírico el tipo de diferenciaciones pretendido por la teoría de sistemas ha empujado a buscar diferentes soluciones, notoriamente la introducción del concepto de “desdiferenciación” que hace referencia a esa transgresión de los límites y que se vuelve bastante problemático en cuanto a si debemos o no referirnos a él como “patológico”, y que Luhmann trata de integrar con la introducción de la cuestión de la “convertibilidad” y explicar su “funcionalidad” para el sistema:

“Los procesos, en cuanto vinculados a un código específico, tienen que mantenerse separados, de manera que, por ejemplo, ni el poder, ni el dinero, ni el amor pueden ser usados en el contexto de la prueba de la verdad; (...) A pesar de tales prohibiciones de la convertibilidad, existen conexiones y posibilidades de influencia, sobre todo en el plano motivacional, que, entonces, deben ser disimuladas u ocultadas en la presentación (...). Para la diferenciación de los medios es decisivo que tales posibilidades de integración existan, pero sin que conduzcan a una interposición en la estructura binaria del otro medio (...)” (Luhmann, 1998b: 120-121)

Otra vía explorada para hacer asimilable el concepto de “desdiferenciación” ha sido flexibilizando el modelo para hacer caber en él la referencia a las luchas entre diversos grupos sociales, achacándoles a estos esas dinámicas. Tratando de ligar dinámicas estructurales y agentes colectivos, toda forma de orden social se consideraría como una construcción de estos, siempre potencialmente conflictiva, de modo que la diferenciación sería una fuente de tensión para -¿todos? ¿algunos?- los individuos y estos tratarían de revertirla¹³⁷. Al margen de que se considere que la diferenciación responde igualmente o no al beneficio de determinados grupos o a beneficios sistémicos para todos ellos, la desdiferenciación se articula mediante el esfuerzo voluntarista y como una vuelta a la teoría de la acción, como se ve en la teoría habermasiana de la colonización del mundo de la vida, así como en las críticas que Robertson (1992) hace del concepto de Giddens de “*disembedding*”, y en la propuesta de Lechner, significativamente asociando la desdiferenciación

fundamentales de las sociedades occidentales como subsistemas, donde uno de los primeros errores es partir de esa universalización.

137 Así, Eisenstadt dirá que “*the processes of construction of collectivities, social systems, and civilizational frameworks (...) are structured, articulated, and carried out by different social actors and carriers*” y que “*conflict is inherent in any setting of social interaction for two basic reasons: first, because of the plurality of actors in any such settings; second, because of the multiplicity of the principles of cultural orientations, that is, of power struggles and conflicts between different groups and movements, which any such institutionalization entails*”, de modo que “*there exists within any society the possibility that 'antisystems' may develop*” (Eisenstadt en Alexander, 1985: 110-111).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

a descomplejización y, en consecuencia, presumiblemente a homogeneización, donde ésta se produce como respuesta a situaciones de exceso de complejidad¹³⁸.

Sin embargo, el concepto de desdiferenciación, al margen de las complicaciones que pudieran suponer o no para algunos de los presupuestos de las teorías de sistemas, no es aún suficiente para dar cuenta de por qué en algunos subsistemas se puede apreciar en un mayor grado que en otros. Al contrario de la teoría de campos de Bourdieu que hace depender tanto su autonomización como su fusión de las pugnas entre diferentes grupos sociales y no tiene, por tanto, dificultad para afrontar las variaciones en términos de la fuerza relativa de los contendientes, el funcionalismo se ha visto en la necesidad de introducir un nuevo concepto “sistémico” para dar cuenta de ello, como es la propuesta ahora de la “diferenciación desigual” de Colomy y que pretende trasladar a la teoría de sistemas el concepto de desarrollo desigual de las teorías de la modernización¹³⁹.

En conjunto, vemos que en la teoría sociológica ha cuestionado cada vez más los modelos de evolución lineales basados en procesos de diferenciación que suponen el paso a niveles más altos de adaptación y organizaciones más complejas. Sin embargo, no es necesario añadir *ad hoc*, con las dificultades que ello conlleva, todo el aparato conceptual de la desdiferenciación y la diferenciación desigual para llenar los huecos creados por los presupuestos de la teoría de sistemas; más sencillo sería simplemente renunciar a ellos. En este sentido es en el que defendemos una perspectiva estructuralista que se centre en las instituciones como conjuntos de estructuras siempre abiertas a la interconexión y limitarse al análisis del tipo de relaciones que se establecen entre unas y otras

138 “From the ‘functionalist’ tradition we can also derive a way of conceptualizing radical modes of reducing complexity, attempts to restore meaningful order in response to threatened understeering in the form of such discontents. Technically stated, the general point is that given radical understeering, overcomplexity, and meaninglessness in several dimensions, there will be movements at the highest ‘cybernetic’ level to revitalize (from the movements’ point of view) specific aspects of a value-pattern perceived to be underemphasized and to radically restore order by dedifferentiation from the highest level down.” (Lechner en Alexander, 1985: 163).

139 “Uneven differentiation refers to the varying degree of differentiation of a single institutional sector or role structure within a given social system. The concept of uneven differentiation thus extends the logic underlying that of unequal development. (...) Sensitivity to uneven differentiation is particularly important in examinations of structural change in decentralized and heterogeneous social systems. It appears that the greater the dispersion of power and the higher the degree of subcultural and social diversity in a system, the more likely uneven differentiation will occur.” (Colomy en Alexander, 1985: 133).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

reglas, sin encerrar la homogeneidad en la heterogeneidad, a la manera de la relación de las partes con el todo.

B. Desdiferenciación y complejización: definiciones

Podemos pasar ahora a especificar nuestra articulación de las relaciones entre la heterogeneidad y el acoplamiento y la consistencia y, a la inversa, entre homogeneidad, desacoplamiento y contradicción, aunque en esta ocasión si que recuperaremos para ello conceptos con los que acabamos de trabajar, pero reapropiándonoslos en un marco muy distinto: desdiferenciación y complejización. Como en las ocasiones anteriores, estos no son, sin embargo, sino la mitad de dos pares conceptuales. En primer lugar, desde el punto de vista estructuralista y de sanciones y para relaciones no estabilizadas, hablaremos de desdiferenciación y diferenciación. Definiremos la desdiferenciación como “el movimiento productor de una diferencia por el que la distribución de sanciones de una estructura se ve afectada por la de otra” y la diferenciación como “el movimiento reproductor de una diferencia por el que la distribución de sanciones de una estructura deja de ser afectada por la de otra”.

Es claro que nos encontramos con una diferencia respecto a las definiciones que hemos hecho en el nivel de la agencia, donde la inclusión y la integración se vinculaban tanto a la heterogeneidad como a la homogeneidad. Sin embargo aquí, nos encontramos con que la heterogeneidad sólo remite al acoplamiento y la homogeneidad al desacoplamiento. Esto se debe a que en el nivel de la agencia las relaciones hacen referencia a una regla cada vez, mientras que en el nivel de la estructura las relaciones lo hacen a varias. Así, en el primero es lógicamente posible imaginar dos relaciones que reproducen la misma regla en espacios distintos y que entren en contacto entre sí por otra relación, mientras que en el segundo dos reglas relacionadas de la misma forma conforman de hecho una estructura, por lo que no hay relaciones ulteriores que las puedan unir o no. Una estructura puede expandirse, entonces, homogeneizando un espacio social concreto, pero no como fruto de la conexión con otras estructuras, sino al revés, en todo caso como resultado de su desconexión. Si partimos de la definición que propone Luhmann de la diferenciación, nos encontramos que el sentido que le damos nosotros podría considerarse prácticamente como su opuesto:

“(...) podemos concebir la diferenciación del sistema como una reproducción, dentro de un sistema, de la diferencia entre un sistema y su entorno. La diferenciación es así entendida

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

como una forma reflexiva y recursiva de la construcción de sistemas. (...) La diferenciación reproduce así el sistema en sí mismo multiplicando las versiones especializadas de la identidad original del sistema mediante la división de éste en varios sistemas internos y en los entornos a ellos afiliados. Eso no es simplemente una descomposición en partes más pequeñas, sino más bien un proceso de crecimiento por disyunción interna (...).” (Luhmann, 1998b: 73)

Como siempre, además del rechazo de la diferenciación en torno a “funciones”, la diferencia fundamental radica en el rechazo del concepto de entorno. Al prescindir de él, la subdivisión del “sistema” deja de poder verse como “interna”, en el sentido de que una estructura, en nuestros términos, no tiene adentro ni afuera, porque no tiene límites. Así, una diferenciación es el proceso por el que un conjunto de reglas se hace irrelevante para otro, esto es, se desacoplan. En consecuencia, la diferenciación no reproduciría al “sistema” en sí mismo, sino que separaría parte de sus diferencias y las aísla, por así decirlo. Se puede decir, sin embargo, que nos tomamos el criterio de autonomía de los “subsistemas” más en serio que el propio Luhmann y defendemos que si no se cumple esa condición se deje de hablar de diferenciación. Como resultado de esta concepción de la diferenciación, la desdiferenciación tampoco puede entenderse como un “retorno” a organizaciones menos complejas sino, al revés, como la construcción de instituciones más complejas, que podríamos describir, precisamente a partir de las críticas al concepto de diferenciación de Knorr-Cetina, como “la interferencia y amalgamamiento de ordenamientos localmente configurados y anclados que están basados en diferentes principios de construcción pero se sostienen y reflejan mutuamente” (Knorr Cetina, 1999: 146).

En resumen, las tendencias homogeneizadoras -en la globalización o en cualquier otro fenómeno que implique una amplia transformación social- se refieren a la extensión de instituciones que, bien porque consiguen mantener como irrelevantes a otras estructuras, bien porque de los acoplamientos resultan relaciones contradictorias que se saldan con el desacoplamiento, amplían el espacio social sobre el que operan. Es decir, la homogeneización trataría de dinámicas de diferenciación fundamentalmente. Por el contrario, con tendencias heterogeneizadoras, nos referimos a acoplamientos que, bien porque producen relaciones consistentes, bien porque se dan contradicciones que no han culminado en desacoplamientos, hacen que las instituciones resultantes produzcan en el espacio social sobre el que operan cada vez más diferencias. Es decir, la heterogeneización se referiría a dinámicas de desdiferenciación. Con la salvedad de que no entendemos que esta sea una descripción válida para un único momento histórico, sino como procesos presentes, con mayor o menor intensidad, en cualquier tipo de estructuras desestabilizadas,

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

la formulación de Negri sobre el desorden provocado por el derrumbe de las fronteras entre instituciones se aproxima bien a lo que pretendemos decir:

“En resumidas cuentas, la crisis significa que hoy los recintos que solían definir el espacio limitado de las instituciones se han derrumbado, de modo tal que la lógica que alguna vez funcionó principalmente en el interior de los muros institucionales ahora se expande por todo el terreno social. Lo interior y lo exterior se han vuelto indiscernibles”. (Negri, Hardt, 2002: 186)

En segundo lugar, si nos centramos, dentro de la perspectiva estructural y de sanciones, en las relaciones estabilizadas, podemos ahora hacer entrar los conceptos de complejización y simplificación. La complejización la definiremos como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen una diferencia” y la simplificación como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que reproducen una diferencia”.

Así, la complejización se referiría al aumento de la consistencia interna basada en la producción de heterogeneidad, y la simplificación al que se produce a partir de la reducción de la misma. Se sigue de lo dicho respecto a la desdiferenciación y la diferenciación, que en el primer caso podemos considerar que la contradicción se evita mediante nuevos acoplamientos, y en el segundo mediante nuevos desacoplamientos. En resumen, la complejización se relaciona con el aumento de reglas relacionadas entre sí y la simplificación con su disminución. En este sentido, cuando Luhmann dice que “se debería hablar de reducción de complejidad, en un sentido más restringido, cuando el complejo de relaciones de un entramado complejo es reconstruido mediante un segundo entramado de relaciones menores” y añade que “sólo la complejidad puede reducir complejidad”, nuestra diferencia básica con su planteamiento reside, no sólo en que él concibe las reglas que relacionan los elementos como producidas de forma interna en el sistema, mientras que nosotros concebimos la inclusión de una nueva regla siempre como un acoplamiento, esto es, como algo exterior, sino en que él toma como algo dado que los sistemas siempre “crecen”.

Nuestro punto fundamental, en cualquier caso, es la desvinculación de contradicción y heterogeneidad: una institución muy heterogénea no es necesariamente una contradictoria, tendente a la crisis, sino que puede ser simplemente una muy compleja, y lo uno no implica lo otro. No obstante, no pretendemos tampoco afirmar que la producción de heterogeneidad no se plasme en relaciones estructurales contradictorias, como a menudo sucede, tal y como argumenta Offe que los “problemas de coordinación” aumentan en los sistemas complejos, de modo que “emerge una

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

imagen distorsionada si uno cándidamente insiste en la idea de que la 'modernización' equivale solamente a un 'aumento de las opciones' sin considerar al mismo tiempo la idea contraria de que, en orden a manejar los problemas de coordinación y compatibilidad y así asegurar la existencia futura del sistema, las opciones inadecuadas e incompatibles deben ser continuamente filtradas -y su número crece con el de las opciones mismas” (Offe, 1996: 10). Lo que sí pretendemos es rechazar, por ejemplo, el tipo de relación que establece Althusser en su popular definición de la sobredeterminación de las contradicciones entre desigualdad y contradicción:

“Esta desigualdad es, por lo tanto, sin duda, interior a la formación social, ya que la estructuración dominante del todo complejo, esta invariante estructural, es ella misma la condición de las variaciones concretas de las contradicciones que la constituyen, por lo tanto, de sus desplazamientos, condensaciones y mutaciones, etc., e inversamente debido a que esta variación es la existencia de esta invariante. El desarrollo desigual (...) no es por lo tanto exterior a la contradicción, sino que constituye su esencia más íntima. (...) Si el concepto de desigualdad no se encontrara asociado a una comparación externa de carácter cuantitativo, no tendría problema en decir que la contradicción marxista está 'desigualmente determinada', a condición de que se reconozca bajo esta desigualdad la esencia interna que designa: la sobredeterminación” (Althusser, 1987: 177-178)

Esto no significa que rechazemos la idea de la sobredeterminación, sino específicamente esa formulación según la cual “el desarrollo desigual (...) no es por lo tanto exterior a la contradicción, sino que constituye su esencia más íntima”. Al contrario, diríamos que esa expresión diferencial de la contradicción principal en sus variaciones concretas tiene más que ver con la relación de consistencia entre las diversas estructuras que supone el principio de compatibilidad marxiano que con la contradicción misma.

¿Qué significan estos conceptos de desdiferenciación, diferenciación, complejización y simplificación si los trasladamos a nuestro ejemplo habitual dentro del mundo académico? La desdiferenciación supondría que el entrecruzamiento, por ejemplo, de los esquemas que rigen el análisis económico de la globalización en la medida en que se conectaran con los del análisis sociológico, producirían una mayor heterogeneidad en ese nuevo campo en formación pues, indudablemente, el número de reglas interrelacionado aumentaría al unirse el conjunto de ellas que rige una y otra disciplina. La diferenciación, por el contrario, remitiría a la creación de nuevas barreras entre los análisis económicos de la globalización y otras disciplinas de la economía que se harían así mutuamente irrelevantes (suponiendo por un momento que eso pudiera llegar a suceder) y que contribuiría a reducir la heterogeneidad en el nuevo área de estudio, respecto de la que podría

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

reinar en ella de arrastrar consigo todos los métodos de trabajo y paradigmas teóricos que gobiernan esos otros ámbitos. La complejización, a su vez, serviría para describir la manera en que, por ejemplo, la incorporación de modelos conceptuales de la sociología podrían contribuir a la disolución de contradicciones ínsitas en los de la economía, mientras que la simplificación podría verse, en una dirección contraria, en el abandono progresivo de líneas de trabajo de cada campo imposibles de reconciliar. Las dinámicas de desacoplamiento, así, tendrían el efecto de crear un campo menos heterogéneo, pero se ilustra también que el hecho de que la heterogeneidad aumente no significa necesariamente un aumento de las contradicciones, sino que éstas pueden resolverse, al revés, gracias a ellas.

Respecto a la homogenización que puede producir la expansión del capitalismo, o la heterogeneización que puede resultar de la erosión de las estructuras políticas o culturales que cohesionaban determinadas regiones, volviendo al fenómeno de la globalización, a lo que nos pueden ayudar estos conceptos es a desvincular la “unificación de la economía mundial” de la idea de la “integración de las economías nacionales”, o la “falta de integración política” del supuesto de una dispersión creciente de instituciones políticas, donde “integración” se piensa como “unión” y dispersión como “desconexión”. La “unificación de la economía mundial” significaría sobre todo el desplazamiento de las estructuras económicas no compatibles con las dominantes asociadas al capitalismo, el predominio de una institución. En este sentido no habría “integración de las economías nacionales”, si entendemos por ello que las economías nacionales persisten en el seno de una economía mundial. Es en la medida en la que desaparecen y en la que cada vez más regiones de la vida social (en un sentido no sólo territorial) están regidas por las mismas estructuras económicas y no por las que les constituían como “economías nacionales”, que podemos hablar de esa unificación. Del mismo modo, la “falta de integración política” no supone una dispersión de instituciones políticas diversas sino, al revés, que estas no están ya alejadas en el espacio, que se entrecruzan y solapan, sin perder por ello completamente su identidad. Es precisamente porque hay muchas estructuras políticas conectadas que no hay una “integración política mundial”. Esto se ve claro en que la reivindicación de un gobierno mundial tiene que ver, sobre todo, con la reivindicación de un mismo conjunto de reglas que rigiera por igual en todos los lugares del planeta. Se trata, en conjunto, no sólo de atender a la expansión de las estructuras como función de las relaciones entre ellas, sino también a cómo estos procesos contribuyen a transformarlas, llevándolas a la insostenibilidad y la desaparición en algunos casos y al aumento de la complejidad interna en otros.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

4.5. Cuarto problema: Ininteligibilidad-incoherencia

4.5.1. La heterogeneidad y la homogeneidad en la interculturalidad

A. El multiculturalismo

Se podría casi decir que el concepto de multiculturalismo es prácticamente un emblema de la globalización, siendo como es uno de los más firme y directamente asociados a este fenómeno. Las versiones teóricas de este modelo son prácticamente incontables aunque, en general, una de las distinciones más visibles entre unas y otras parte de la medida en la que se le considera más o menos asociado al conflicto. Así, la versión más optimista prescribe la tolerancia mutua y señala la posibilidad de enriquecimiento cultural, mientras que las más pesimistas destacan la falta de entendimiento y el enfrentamiento por incompatibilidades insuperables. Nuestras experiencias cotidianas nos muestran que empíricamente ambas son descripciones parcialmente adecuadas.

El punto que más nos interesa, sin embargo, es el énfasis implícito que, en cualquiera de sus formulaciones, el concepto de multiculturalismo supone respecto a la coexistencia fáctica de diversas culturas -entendidas siempre, como lo solemos hacer aquí, como la dimensión de las definiciones de las estructuras- en espacios sociales compartidos, de modo que podríamos vincularlo, fundamentalmente, a las tendencias heterogeneizadoras de la globalización. La diferencia que supondría esta descripción de ese tipo de relaciones sociales frente a la que usamos en el capítulo anterior del “babel global” radica, principalmente, en que mientras esta última remitía a los procesos de aproximación entre diferentes discursos, el multiculturalismo supone ya la construcción de una cierta intelegibilidad entre ellos. En esta línea, en el capítulo anterior definíamos el multiculturalismo como un escenario de entendimientos parciales, y en ella nos gustaría continuar para utilizar este concepto para referirnos a esos solapamientos y entrecruzamientos de unas culturas con otras que llegan a convertirse en algunos puntos en verdaderas fusiones, pero que son aún lo suficientemente incompletos como para que las distintas partes que componen el conjunto sean aún reconocibles, manteniéndose un cierto nivel de irreductibilidad, de manera semejante a como la hibridez suponía una mezcla de identificaciones que debían permanecer separadas y es en el hecho de que se mantenga la noción de esa suerte de

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

“prohibición” en la que reside en última instancia el carácter provocativo de la mezcla -aunque a medida que estas conexiones proliferan, es evidente que el carácter de “contaminación” que podían adquirir se va difuminando-.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que no podemos pensar en el multiculturalismo que habitamos como una dinámica de heterogeneización completa, del mismo modo que las dinámicas de desdiferenciación no han barrido por completo con los procesos de desacoplamiento. El multiculturalismo, entonces, hace referencia a esa transición en la que vemos aumentar la heterogeneidad “cultural” de nuestros mundos, nuestras vinculaciones con sentidos ajenos a las tradiciones culturales que consideramos como propias pero que son ya inseparables de ellas, sin que podamos por ello dejar de ser conscientes de que no vivimos aún en un mundo de vida único donde no hubiera espacio ninguno para lo ininteligible, y que probablemente nunca lo haremos, por muchas nuevas conexiones que se tracen entre los distintos universos de sentido.

Aunque los puntos de sutura entre unas y otras culturas son múltiples, los análisis del multiculturalismo se ligan fundamentalmente al problema paralelo que planteamos en el capítulo anterior junto al del babel global: la fractura de las culturas nacionales. Desde este punto de vista, no sería la diversidad y las imbricaciones parciales de unos sistemas culturales con otros, sino la incapacidad de los estados y los nacionalismos para esconder las conexiones y seguir presentando en su lugar la solidez de las fronteras del territorio y la tradición¹⁴⁰. Aunque es frecuente poner el acento en los medios de comunicación, como hacen por ejemplo Hirst y Thompson que afirman que “tal y como las armas nucleares han transformado las condiciones de la guerra (...) así las nuevas tecnologías de la comunicación y la información han aflojado la exclusividad del control del estado de su territorio, reduciendo sus capacidad para el control y la homogeneización cultural” (Hirst, Thompson, 1999: 265), lo cierto es lo que los procesos que han creado esta situación no se pueden simplificar tan fácilmente. Tampoco las migraciones son de por sí suficientes para dar cuenta de

140 “Due to nationalism as the dominant paradigm since the nineteenth century, cultural achievements have been routinely claimed for ‘nations’ –that is, culture has been ‘nationalized’, territorialized. A different historical record can be constructed on the basis of the contribution to culture formation and diffusion by diasporas, migrations, strangers, brokers. A related project would be histories of the hybridization of metropolitan cultures, that is, a counter-history to the narrative of imperial history. Such historical inquiries may show that hybridization has been taking place all along but over time has been concealed by religious, national, imperial and civilizational chauvinism” (Nedervee Pieterse en Friedman, Lash, Robertson, 1997: 63-64).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

ello, aun cuando sin duda son uno de sus más poderosos motores. Igual de importante sería considerar la circulación de los objetos, repletos de significados.

Pero aún más relevante que la diversidad de caminos por los que se produce la interacción entre diferentes culturas, es la nueva incapacidad de los estados para conseguir la clase de fusión que pretendidamente habían logrado en los siglos anteriores. Y decimos que tal logro era, cuando menos en parte, una pretensión porque la existencia de grupos culturales diversos en el seno de lo que posteriormente se unificaba bajo la etiqueta de “culturas nacionales”, había sido criticada ya incluso por parte de los contemporáneos de la esa nacionalización de la cultura, y el concepto de ideología desarrollado de forma casi paralela al auge de los nacionalismos, da buena muestra de ello. Así, sería por completo carente de sentido imaginar que los amalgamamientos culturales son una dinámica nueva y habría que reconocer, con Albrow, que el concepto de “hibridación” que se ha apoderado de los análisis de la globalización, tiene la desventaja de sustentar ese tipo de ficción. No se trata de obviar la importancia del crecimiento cuantitativo de ese tipo de interacciones interculturales, tanto por el mayor número de ellas como por el mayor número de culturas con las que se relacionan cada una de estas. Igual de importante, no obstante, es reconocer la relación que estas imbricaciones tienen en relacionamientos que no son meramente “culturales”, como parece suponerse implícitamente en propuestas como la de Hirst y Thompson. En este sentido, encontramos oportuna la argumentación de Friedman sobre la vinculación de la pluralización de la cultura con otras dinámicas sociales semejantes y que tienen lugar en el ámbito de la economía, la política, etc.:

“(…) la tendencia a la fragmentación cultural no es parte de un proceso de desarrollo, de surgimiento de un orden posindustrial o de una sociedad de información en escala global. Se trata, antes bien, de una cuestión de fragmentación económica real, una descentralización de la acumulación de capital, un incremento concomitante de la competencia, una tendencia a que nuevos centros de acumulación concentren en sus manos poder político y económico; vale decir, el inicio de un cambio fundamental en la hegemonía del sistema mundial.” (Friedman, 2001: 138)

Si los estados fueron en algún momento lo suficientemente fuertes como para controlar los desarrollos culturales, este no ya no es el caso y como afirma Albrow, “la ecuación cultura/sociedad de los Estados-nación es una de las principales víctimas de la Era Global” (Albrow, 1997: 146). Pero lo importante es notar que esto no se debe a que el “ámbito” de la cultura haya entrado en dinámicas arrolladoras e incontenibles de expansión y recombinación. Nosotros rechazamos

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

plenamente el que se pueda hablar siquiera de un “ámbito cultural” autónomo, como si fuera una suerte de estructura superpuesta a otras que en su conjunto conformaran “la sociedad”. Tampoco se trata de hacer depender la cultura de los cambios experimentados en otro tipo de estructura, a la manera del determinismo económico. Lo único en lo que pretendemos hacer hincapié es en que esas transformaciones “culturales” son indesligables de las demás, son parte de ellas y ocurren donde quiera que ocurran estas.

Es en este sentido en el que pensamos que hay que interpretar la tesis de la incapacitación progresiva de los estados para reproducir culturas nacionales: si las culturas nacionales están en decadencia se debe principalmente a que cada vez hay menos estructuras nacionales de cualquier tipo. Si, como dice Albrow, “la cultura global no es un sistema gestionado” es porque no hay ningún sistema global detrás de ella. Precisamente por esta falta de instituciones omnicomprensivas hablamos de multiculturalismo, pues esta falta es la que está detrás del sostenimiento de áreas de ininteligibilidad mutua, del mismo modo que cuestionamos que hubiese existido alguna “cultura nacional” como la crítica al nacionalismo metodológico afirmaba que los estados nunca lograron cubrir completamente todas las relaciones estructurales que atravesaban sus territorios. Como lo expresa Friedman, no hemos pasado de una perfecta regionalización de “culturas puras” a un “*pot-pourri*” donde todos los elementos de aquellas se recombinan de nuevas maneras. Los puntos de desconexión entre unos y otros mundos de vida son parte fundamental de lo que se implica con el concepto de multiculturalismo, tanto como lo son los puntos de conexión:

“Este mundo de cambiantes lugares de acumulación de capital, cambiantes hegemonías políticas, formación de nuevas periferias, creciente integración y desvinculación y autonomización política, no produce un revoltijo de culturas antes puras en un pot-pourri sistémico mundial. Genera un conjunto de situaciones y autoidentificaciones contrastantes. Y estas, a su vez, dan origen a estrategias culturales contrapuestas y discursos que no pueden comunicarse entre sí porque arraigan en condiciones de existencia muy diferentes.” (Friedman, 2001: 288)

Nuestra propuesta, en conjunto, es que para entender el multiculturalismo habría que ir más allá de la imagen del mundo como desierto en el que los granos de arena de las distintas culturales se entremezclan, y de la idea opuesta a la que se podría llegar extrapolando la parte final del argumento de Friedman, con la imagen de un archipiélago de ordenes discursivos, aislados unos de otros. Esos entendimientos parciales con los que caracterizamos el multiculturalismo son un producto a medio camino entre ambos escenarios y es a medio camino entre ellos como se produce

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

la heterogeneidad. No es suficiente con dar cuenta de la diversidad cultural que surge paralelamente a la que ya existía, ni afirmar, con Hirst y Thompson que “las culturas cosmopolitas y nacionales interactúan” -donde culturas cosmopolitas significa culturas producidas por encima y a través de las fronteras estatales-, sin tener en cuenta que no se trata sólo de que “las culturas nacionales son simplemente una de las muchas en las que la gente participa para diferentes propósitos” (Hirst, Thompson, 1999: 266), sino de que las propias culturas se ven transformadas en sus rupturas y fusiones y que ambos procesos son fundamentales para entender la heterogeneidad cultural de un mundo globalizado, pues sólo a partir de la producción inacabada de inteligibilidad puede tener lugar esa producción de diferencias en espacios compartidos.

B. Las lenguas francas

Y, sin embargo, hay un sentido en el que nos parece fundamental reconocer que esas nuevas “culturas nacionales” -nuevas, en cuanto que transformadas por su interacción con otras- “son simplemente una de las muchas en las que la gente participa”, pudiéndose considerar que otras, más o menos globales, coexisten con ellas. Ya planteamos en la primera aproximación que hicimos a la temática de la globalización en el capítulo inicial que la idea de una cultura global parecía con el tiempo haber ido perdiendo credibilidad. A pesar de ello, en la medida en la que diversos autores proponen como modelo para comprender la globalización la fórmula del sistema mundial, encontramos en algunas propuestas semejantes en lo que vendría a ser nuestra dimensión de las definiciones. Esto sucede, además, independientemente de que ellos propongan de manera directa la existencia de una cultura global, a la manera en que Sklair hace de la cultura del consumo algo semejante a ello, sino que se sigue del hecho de que si no hay reglas no insertas en una estructura o conjunto de estructuras, tampoco puede haber relaciones entre definiciones que no lo estén.

Aunque, desde un punto de vista lógico se puede concebir una cultura global que, como decíamos antes, unificara la diversidad de mundos de vida que existiesen, esta es tan improbable como la idea de una institución que integrara de forma completa el total de conjuntos de reglas que rigen ahora nuestras vidas. De manera similar a como las teorías de sistema mundial se basan en la capacidad de una institución para extenderse por todo el planeta desligándose de todas las estructuras que pudiesen impedir esta expansión, a menudo las proposiciones de una cultura global, suelen centrarse en la pujanza de una cultura en concreto. Así, si el multiculturalismo tenía su reflejo en la heterogeneidad producida en las dinámicas de “desdiferenciación” que rompían los

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

límites establecidos entre unos y otros órdenes discursivos, la idea de una cultura global acompaña a las dinámicas de diferenciación por las que unas estructuras dominante irían eliminando conexiones contradictorias y expandiéndose gracias a ello.

Del mismo modo, si las teorías del sistema mundial se basaban en la mundialización del capitalismo, las teorías que, aunque sea implícitamente, tienden a suponer alguna forma de la cultura global, lo suelen hacer en las culturas asociadas a él, ya sea en la idea de la cultura de consumo de Sklair, o en las fórmulas más habituales de la macdonalización o de la occidentalización. Las diferencias entre ambas fórmulas son, por otra parte, evidentes. Mientras que una pone el énfasis en la difusión de sentidos vinculados a un *american way of life* mercantilizado, la otra remite más a la raigambre racionalista de la tradición cultural de Occidente y está, en realidad, menos relacionada con el tipo de relaciones que se establecen dentro del capitalismo, que con la potencia que le confiere éste a las instituciones asociadas a él, tanto en su surgimiento como en su desarrollo, y que tienen su base en los países del Atlántico Norte.

No obstante, a pesar de la importancia de esta distinción, no es la que más nos interesa a efectos de discutir las tendencias homogeneizadoras de la globalización. Se parta de que las prácticas mediante las cuales se reproduce la diferencia en distintos espacios sociales sean unas u otras, más relevante es aún el alcance de estas tendencias. Si el multiculturalismo surge como un concepto para explicar este punto de transición en el que hemos dejado de encontrarnos culturas relativamente aisladas pero en el que tampoco podemos aún decir que se haya construido una inteligibilidad completa entre todas ellas, el concepto de lenguas francas nos sirve para definir ahora ese mismo punto medio pero desde la perspectiva de la homogeneidad, esto es, centrándonos en un proceso por el que cada vez más elementos son integrados a una cultura, en lugar de en uno en el que más culturas operan sobre los mismos elementos. Las lenguas francas, por definición, requieren de la existencia de otras lenguas, y al usarla, necesariamente, nos tenemos que referir a una dinámica de homogeneización incompleta -probablemente incompletable-, al igual que con el multiculturalismo nos referíamos a una dinámica de heterogeneización inacabada -probablemente inacabable-.

Sin embargo, hay contundentes discrepancias entre quienes ven en ellas una amenaza para la supervivencia de las demás culturas y quienes, al contrario, opinan que nos dan una perspectiva desproporcionada del grado de homogeneidad cultural. Esta es, por ejemplo, la posición de Huntington en su famoso *El Choque de civilizaciones*, en la que argumenta que lo que hemos denominado “macdonalización” se toma erróneamente como un índice de occidentalización que no

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

puede garantizar en absoluto, dada la eminente “superficialidad” de las prácticas a las que se refiere el término -con la consiguiente suposición de la distribución de los componentes de una cultura en términos de “centro-periferia”-:

“(...) el argumento de que la difusión de la cultura pop y de bienes de consumo por todo el mundo representa el triunfo de la civilización occidental trivializa la cultura occidental. La esencia de la civilización occidental es la Carta Magna y no el Big Mac. El hecho de que los no occidentales puedan zamparse éste no tiene consecuencias a la hora de que acepten o dejen de aceptar la Carta Magna.” (Huntington, 1997: 67)

Otra defensa de que esta extensión de culturas particulares no alcanzan el grado de universalidad que se puede presuponer a partir de masiva presencia en todo el mundo de sus películas, novelas, música, etc. ha sido frecuente en la literatura de la globalización, basándose menos en definiciones fuertemente esencialistas como la de Huntington y más, en la capacidad de los agentes para reinterpretar los “mensajes” que “reciben”. Traducido a una perspectiva estructuralista, podríamos decir que el argumento propone una concepción de las culturas como capaces de reintegrar y transformar elementos de orígenes diversos. En buena medida se puede asimilar esta diferenciación a la que establece Friedman entre la globalización débil y la globalización fuerte, donde “la base de la primera forma consiste en todos los medios que comunican y concilian representaciones en el sistema global y garantizan la recepción de lo que se produce y transporta”, mientras que “la base de la segunda reside en la creación, en escala global, de sujetos que interpreten el mundo de manera similar” (Friedman, 2001: 309).

Este tipo de planteamiento conecta de manera directa con la tradición de los Estudios Culturales que, partiendo de los análisis de diferentes productos de la cultura popular mediática, han reivindicado una concepción de los “receptores” como sujetos colectivos activos que no se limitan a la asimilación acrítica de los contenidos, cuestionando el paradigma de la transmisión lineal y unívoca. Un ejemplo de ello lo encontramos en una de las obras clásicas de esta corriente, *Watching Dallas*, en la que Ang mostraba como la serie era interpretada de forma heterogénea en unos u otros grupos sociales. En el ámbito del análisis cultural de la globalización, Friedman sostiene una postura similar:

“Desde cierta perspectiva es verdad, por supuesto, que somos testigos de una pluralización cultural del mundo, y también de lo que algunos han caracterizados como la globalización de la cultura: la formación de una única cultura mundial. (...) los símbolos de la cultura occidental han penetrado en la vida diaria de muchos de los pueblos del mundo (...). Pero así y

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

todo su manera de apropiarse de esas cosas es muy diferente de la nuestra.” (Friedman, 2001: 151)

A pesar de que las formulaciones en esta línea son ciertamente más sofisticadas, con ellas nos vamos desplazando progresivamente hacia el concepto de multiculturalismo, en la medida en que nos acercamos a planteamientos que se centran más en la interacción entre culturas, que en la ocupación de espacios nuevos por parte de otras. Y decimos espacios nuevos, evidentemente, desde la perspectiva de las culturas “invasoras”, que muy bien pueden ser muy antiguos desde la de las “invadidas”, aunque en cierto sentido, son siempre espacios distintos, transformados, al menos parcialmente, en el proceso de transición. En cualquier caso, este presupuesto de la ilimitada capacidad de reinterpretación en torno a los productos culturales ha recibido también críticas, como es el caso de Rosendorf, que afirma que slogans como “Stop Nato-Cola” dejan claro que la asimilación y apropiación de los productos culturales de la macdonalización no son siempre precisamente completos¹⁴¹. Este argumento, sin embargo, es bastante confuso y extrapola injustificadamente de la proposición de que los productos culturales son reinterpretados e integrados en el seno de tradiciones culturales distintas, el que no se reconozcan los orígenes de los mismos. Precisamente esta es la condición del multiculturalismo: una inteligibilidad parcial que da la posibilidad de reconocer la mezcla que nos constituye. Del mismo modo, el sujeto de la diáspora sabe que es “no es sólo... sino también”. En una fusión completa tal distinción no tendría sentido. Y este reconocimiento de la diversidad que configura una sociedad multicultural es, de hecho, el que le permite proponer a este mismo autor, implícitamente, que el error de quienes ven la hegemonía cultural norteamericana como una amenaza para la supervivencia de otras culturas es no notar el grado en que su éxito depende de que su producción está obligada a la adaptación un mercado doméstico muy heterogéneo, lo que le prepara para ser bien recibido ante públicos diversos. No es necesario respaldar este argumento, en cualquier caso, para reconocer la imbricación entre multiculturalismo y lenguas francas, que construyen paralelamente el escenario de conexiones y

141 “A number of writers have claimed that much of American pop/mass culture is so thoroughly reinterpreted in other countries that it loses its specifically American character and becomes effectively part of their own culture. This is undoubtedly true, up to a point. However, the Belgrade crowds that trashed the local McDonald's and rallied carrying placards decrying 'Stop Nato-Cola' in the style of the familiar soft drink logo in the aftermath of NATO bombing of their city offered dramatic evidence that at the end of the day, and particularly in severe crisis periods, nobody forgets the source of their fast food, fashions, and films.” (Rosendorf en Nye, Donahue, 2000: 127).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

desconexiones estructurales en el nivel de las relaciones de sentido, y que son una nueva expresión de la más general dialéctica entre homogeneización y heterogeneización.

Es importante, no obstante, matizar este concepto de lenguas francas que utilizamos respecto del de las “*pidgins*” y los procesos de “criollización” de que nos habla Friedman, para entender en qué sentido las consideramos como vinculadas a las tendencias de homogeneización¹⁴². A diferencia de las *pidgins*, que suponen un proceso de producción de inteligibilidad partiendo de universos de sentido diferentes, las lenguas francas a las que nos referimos nosotros no suponen esa “mezcla”, sino que, al revés, se trata más frecuente de órdenes de discursos relativamente ininteligibles para otros que implican una suerte de “superposición” sobre las prácticas culturales de los nativos, que se encuentran, en ese sentido, en una situación de “bilingüismo”. No se trata, evidentemente, sólo de hablar inglés y castellano, por ejemplo, sino de todo un conjunto de prácticas, de formas de vida, que intersecan en determinados elementos de la estructura sin alterar de forma fundamental las relaciones que constituyen cada una de ellas.

4.5.2. La heterogeneidad no implica ininteligibilidad ni incoherencia

A. Las inteligibilidades parciales

Multiculturalismo y lenguas francas serían, en nuestra propuesta, la marca de las dinámicas que se entrecruzan en el fenómeno de la globalización en cuanto a la circulación de las culturas por todo el globo. Si uno da cuenta de estructuras que se conectan, haciendo que unos conjuntos de definiciones y otros se solapen sin llegar a una fusión completa, el otro da muestra de los procesos por los que algunas estructuras se mueven manteniendo su coherencia y desplazando a otras de espacios concretos, en cierto modo espacios que ellas mismas crean en su expansión.

La cuestión de fondo es que se hace patente que no es suficiente con observar la importación o exportación de pautas de significación de unas a otras localizaciones para poder definir un fenómeno como básicamente heterogeneizador u homogeneizador. El matiz clave está en el tipo de

142 “La lengua secundaria más rudimentaria suele denominarse pidgin. Esta incorpora elementos de por lo menos otras dos, y es en este punto donde podría introducirse el concepto de mezcla. La criollización es, pues, el proceso por el que los pidgins conquistan hablantes nativos (...). Se ha argumentado convincentemente que muchas de las grandes lenguas 'naturales' del mundo son a su vez producto de procesos similares, lo que reduce mucho la especificidad de aquellas categorías.” (Friedman, 2001: 318).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

relaciones, o la falta de ellas, que se establece entre unos y otros órdenes discursivos. El que las culturas nacionales, en la medida en que llegaran realmente a existir tal y como se las suele concebir -esto es, como estructuras de definiciones que abarcaran de forma íntegra y exhaustiva el territorio de los estados-, se pudiesen considerar como homogeneizando auténticamente los espacios que regían, tendría que ver más que con la capacidad para mantenerse aisladas de otras influencias, con la posibilidad para disolver en su interior los lazos de las reglas que incorporaban y que las unían a otras estructuras. Y esto es fundamental porque ninguna tradición cultural se ha mantenido permanentemente aislada de otras y los procesos de difusión y amalgamamiento son una constante de la historia cultural, que es siempre también una cuestión de “geografía”.

Una de las mejores metáforas para describir este carácter homogeneizador, y éste implica siempre un vínculo con la heterogeneidad, nos la dio Bauman con la imagen del “tornado”, como fuerzas centrípetas que arrastran consigo aquellos elementos con los que se cruza en su camino (Bauman, 2002). Sin embargo, en esta metáfora hay todavía un matiz que queda poco considerado: el tornado o bien arranca la casa de sus cimientos (o pedazos de ella) o bien no. Si extrapoláramos este aspecto de la metáfora, nos dejaría con una división extrema que no haría justicia ni al multiculturalismo ni a las lenguas francas. No son las únicas opciones que elementos de otras culturas con las que entran en contacto se incorporen o no. También existe la posibilidad que se queden en un lugar entre medias, como si a nuestra casa le uniera con la tierra una cuerda imposible de romper, de modo que queda atrapada en el torbellino pero de alguna manera anclándole junto con otros elementos que le son ajenos. Así mismo, nuestros tornados culturales pueden volar el tejado de nuestra casa, dejando caer sobre sus muros uno arrancado de alguna otra parte. Parte de la culpa puede estar en que nuestra casa esté firmemente arraigada o que, al revés, sea excesivamente frágil, pero parte reside también en la fuerza misma del tornado, y es importante recordar que éste no es una fuerza completamente autónoma, sino sólo uno de los puntos de vista bajo los que podemos observar las relaciones sociales.

Siguiendo con Bauman (2000), y con él a Levi-Strauss, puede que la antropofagia o la antropoemia sean las dinámicas dominantes de las relaciones inter-culturales, pero en la realidad nos encontramos a menudo con dinámicas que oscilan entre ambos extremos, con asimilaciones fallidas y expulsiones parciales. Si las culturas nacionales (u otras tradiciones culturales con características similares respecto a su fronterización) han oscilado entre casas arrancadas y casas dejadas intactas, se ha debido en buena medida a la fuerza de las estructuras del Estado-nación, muy poderosas a un lado de sus fronteras, y más débiles al otro: o se rompían los cimientos o se

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

expulsaba la casa fuera del torbellino. Ahora, sin embargo, los estados son a veces tan débiles que no son capaces de romper completamente la unión de la casa a otros elementos, mientras que otras instituciones son tan fuertes como para desbaratar las construidas por él. Como lo expresa Friedman, “advertir que una 'cultura' cualquiera contiene elementos de muchas otras no es descubrir algo nuevo, pero advertir que los elementos importados ya no se absorben y asimilan en una totalidad homogénea más amplia, es un claro indicio de la falta de procesos integradores” (Friedman, 2001: 123). Multiculturalismo y lenguas francas no son sino la otra cara de la desdiferenciación y diferenciación y son, por tanto, indisolubles de ellas. No es admisible, en consecuencia, postular como lo hacía Bell que especialización funcional y sincretismo son fenómenos paralelos, como si la conexión estructural produjese dinámicas opuestas en lo que nosotros llamamos el nivel de las sanciones y el de las definiciones¹⁴³. El sincretismo no es el correlato de la especialización institucional, sino de su contrario, de la falta de fronteras sólidas y sin intersecciones.

En cualquier caso, sin embargo, no es cierto que los Estados hayan logrado siempre la expulsión de lo inasimilable ni la disolución completa de los elementos integrados en su tradición cultural. Algo de ese sincretismo se habría encontrado siempre en el seno de toda cultura nacional. Únicamente en términos de tendencias se pueden vincular Estados y homogeneidad interna, como únicamente en términos de tendencias se puede hacer con las relaciones inter-estatales y la heterogeneidad externa. Como en la crítica ya expuesta sobre el nacionalismo metodológico, estas han sido descripciones en parte positivas y en parte normativas, de modo que nos encontramos asistiendo al declive de lo que nunca llegó a ser del todo, de un proyecto, como acertadamente recalca con frecuencia Albrow. Y es este carácter “producido” tanto como “pretendido” de la homogeneidad de una tradición cultural lo que las identifica precisamente como “herencias culturales”, tal y como lo formula Derrida:

143 “En un sentido conceptual, se pueden especificar principios organizativos divergentes de cambio. En la estructura social, particularmente en el orden tecnoeconómico, el cambio sigue un derrotero que Emile Durkheim fue el primero en definir. El ensanchamiento de una esfera social lleva a una mayor interacción, y esta a su vez conduce a la especialización, las relaciones complementarias y la diferenciación estructural. (...) Pero en la cultura, el incremento de la interacción, a causa del derrumbe de sociedades fragmentadas y de culturas parroquiales, lleva al *sincretismo*: a la mezcla de dioses extraños, como en época de Constantino, o a la mezcla de artificios culturales en el arte moderno (o hasta en los salones de las familias de profesionales de clase media).” (Bell, 1992: 26).

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

“Consideremos primero la heterogeneidad radical y necesaria de una herencia, la diferencia sin oposición que debe marcarla, una 'disparidad' y una cuasi-yuxtaposición sin dialéctica (justamente el plural de lo que llamaremos más adelante los espíritus de Marx). Una herencia nunca se re-úne, no es nunca una consigo misma. Su presunta unidad, si existe, sólo puede existir en la inyección de reafirmar eligiendo. Es preciso quiere decir es preciso filtrar, cribar, criticar, hay que escoger entre los varios posibles que habitan la misma inyección. Y habitan contradictoriamente en torno a un secreto. Si la legibilidad de un legado fuera dada, natural, transparente, unívoca, si no apelara y al mismo tiempo desafiara a la interpretación, aquel nunca podría ser heredado. Se estaría afectado por él como por una causa -natural o genética-.” (Derrida, 1995: 30)

Sólo el énfasis en la heterogeneidad como originaria nos es ajena en esta cita de Derrida porque, como ya hemos argumentado muchas veces, no pensamos que sea posible hablar de ningún punto de partida cuando nos referimos a relaciones sociales. Si, como afirma Douglas, “nada salvo las instituciones puede definir la semejanza” (Douglas, 1987: 55), nada distinto se puede decir de la heterogeneidad, de lo que se concibe como no siendo igual.

De nuevo, nos encontramos con que la mejor manera que tenemos para concebir la relación entre ambas es de forma dialéctica, donde la una se construye a partir de la otra de forma incesante y, a menudo, sólo parcialmente exitosa. Las estructuras que se conectan crean zonas de inteligibilidad y con ello se hacen más heteróneas, y sólo la desconexión las vuelve a homogeneizar. Aún más, no se trata de ver la homogeneización como una “purificación”, como si los elementos extraños se absorbieran sólo para volverlos a expulsar. Esto no se debe sólo a que el desacoplamiento puede afectar a partes de los conjuntos de reglas que estaban allí inicialmente. Más profundamente, se debe a que tal purificación no es nunca posible porque la inteligibilización modifica las estructuras de significados que comunica, de modo que los elementos expulsados nunca serán los mismos que se asimilaron.

En cualquier caso, no se pueden contemplar ambas dinámicas como si simplemente se sucedieran, de modo que llegando una a su culminación, surgiera de ella su opuesta, y en ello reside la importancia de considerar que siempre son en parte procesos fallidos. Las tendencias a la homogeneización y la heterogeneización coexisten precisamente por su carácter incompleto, y esto es lo que reflejan en el plano estructural el multiculturalismo y las lenguas francas, como lo hacían en el de la agencia los sujetos híbridos y cosmopolitas: una diversidad que presupone la homogeneidad, y una “mismidad” que parte de la heterogeneidad. Pero, por último, en la medida en que la intelegibilización supone siempre la transformación, no solo la identidad resultante de la

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

homogeneización es siempre “heterogénea” respecto a la homogeneidad precedente, sino que también lo es la diversidad que resulta de la heterogeneización. Ninguna purificación ni ningún retorno a los orígenes es entonces posible, ni se debe asimilar a ello la homogeneidad producida a partir de la heterogeneidad.

B. Pluralización y categorización: definiciones

Para reflejar las relaciones que hemos presentado entre heterogeneidad e intelegibilidad y coherencia, introduciremos ahora los conceptos de “pluralización” y “categorización”. Como siempre, ambos se integran en pares conceptuales distintos, siempre dentro de la perspectiva estructuralista y de definiciones. En primer lugar, junto con el concepto de pluralización proponemos el de singularización para hacer referencia a las relaciones no estabilizadas, de modo que los entenderemos como dinámicas. La pluralización la definimos como “el movimiento productor de una diferencia por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por las de otra” y la singularización como “el movimiento reproductor de una diferencia por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por las de otra”.

La diferencia entre pluralización y singularización residiría en que mientras la primera hace inteligible la diferencia, la segunda la hace ininteligible. La conexión estructural, en el primer caso, produciría heterogeneidad, y la desconexión estructural, en el segundo, produciría homogeneidad. La elección del término “pluralización” con su evocación del término “pluralismo”, es en parte voluntaria aunque puede crear una cierta confusión. Por un lado, y de forma positiva, adoptamos la connotación de diversidad y, más específicamente, de una pluralidad de alguna manera reunida. Por otro lado, sin embargo, hablar de pluralización como opuesto a singularización, puede llevar a asociarla con la mera negación de la unidad. Así, singularización podría entenderse como hablando de una cultura, o como la dinámica por la que se unen muchas, y pluralización como varias culturas, o como la dinámica por la que una se divide en muchas. Por el contrario, lo que proponemos funciona en la dirección inversa: la pluralización nos habla de la unión de varias culturas, y la singularización de su fragmentación¹⁴⁴. La pluralidad a la que se refiere nuestro concepto de

144 La manera en la que Delanty (2011) dentro del análisis entre diversidad, cultura y democracia, por ejemplo, habla del “problema del pluralismo” como refiriéndose a “las relaciones entre grupos sociales” y, por tanto, a “encuentros”, estaría en plena sintonía con nuestro argumento. Sin embargo, su propuesta de hacer de la “divergencia” un tipo de tales “encuentros culturales” nos parece desafortunada y pensamos que

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

pluralización es a la pluralidad interna, no de varias culturas, sino de los orígenes de una sola. La singularización, por su parte, debe entenderse en el sentido de singularizar, tal y como se define en el lenguaje corriente, como “distinguir o particularizar una cosa entre otras”.

Puede decirse que, en realidad, uno y otro concepto nos sirven para contraponer dos diferentes definiciones del pluralismo, que se pueden encontrar a veces incluso en el mismo autor, como de hecho sucede con Berger y Luckman, que en *La construcción social de la realidad* afirmaban que “la mayoría de las sociedades modernas son pluralistas, sentido éste en que comparten un universo central, establecido en cuanto tal, y diferentes universos parciales que coexisten en un estado de acomodación mutua” (Berger, Luckman, 2005: 157), y en *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido* decían que el pluralismo es “la coexistencia de distintos sistemas de valores, y fragmentos de dichos sistemas, en una misma sociedad, y por ende para la existencia simultánea de comunidades de sentido completamente diferentes” (Berger, Luckman, 1997: 57). Mientras que la idea de subuniversos se relaciona lógicamente con el proceso por el que diversos órdenes culturales se distinguen de uno sólo pasando a ser irrelevantes los unos para los otros -singularización-, la idea de culturas que coexisten en “una sociedad” se vincula con los procesos por los que se crea inteligibilidad entre órdenes culturales diversos -pluralización-.

Dos precisiones más respecto a dos ideas vinculadas habitualmente al concepto de pluralismo son necesarias. Primero, la idea de la especialización funcional como ámbitos donde ciertos tipos de acción están institucionalizados facilitando la convivencia de grupos culturales diversos, en nuestros términos se refiere principalmente a la singularización, en la medida en la que supone unas estructuras de definición relativamente aisladas de otras compartidas por un grupo que, a tales efectos, es único. Segundo, la idea de la tolerancia entendida como el principio fundamental que permite la subsistencia de la diversidad cultural en una sociedad, se refiere igualmente a la singularización, en la medida en que supone la aceptación de la falta de inteligibilidad y la capacidad para hacerla irrelevante. En conjunto, sin embargo, tales fenómenos no pensamos que sean tan extensos como se supone en sociedades plurales, debido a que sólo en base a conexiones estructurales es posible hablar de “sociedades”.

En segundo lugar, para referirnos a las relaciones sociales observadas desde el punto de vista estructural y de definiciones, pero en la medida en que se consideren como estabilizadas, utilizaremos los términos de “categorización” y “liminalización”. La categorización se refiere a

estaría más en afinidad con lo que nosotros hemos considerado el opuesto de la pluralización, es decir, la singularización.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

“relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen una diferencia”, mientras que la liminalización lo hace a “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras que reproducen una diferencia”.

Se sigue de ello, en consecuencia, que la categorización se refiere a la producción de coherencia a partir de la heterogeneidad y la liminalización a la producción de coherencia a partir de la homogeneidad. Es importante no asociar la categorización con la singularización porque tanto categorización como liminalización son conceptos pensados para aplicarse a estructuras de definiciones, y como tales sólo pueden resultar de las dinámicas de pluralización. No se trata de crear subuniversos de sentido, o de una fragmentación del mundo de la vida, en el sentido, por ejemplo, en el que lo formula Habermas, o en el que Douglas afirma que “nosotros no trasladamos de un contexto a otro el mismo juego de símbolos que se van haciendo cada vez más poderosos” porque “nuestra experiencia es fragmentaria” (Douglas, 1991: 75). Si tal fragmentación del mundo de la vida como reducido a secciones autónomas fuera posible, estaríamos hablando en realidad de mundos de vida diversos, y en nuestros términos hablaríamos de singularización. Las categorizaciones a la que nos referimos es, de modo similar a como vimos con el concepto de relativización, a las diferencias que se producen en el interior y a través de una relación de definición. En el extremo opuesto, la liminalización se refiere, a la inversa, a las relaciones que tienen en lugar en la abolición de esas categorías y que homogeneizan los elementos que se relacionan. Por medio del primer proceso la incoherencia se reduce trasladándola a distintos “roles”; por medio del segundo se reduce eliminando los “roles” que la generan.

Sobre el primer concepto poco hay que decir, habida cuenta de su tradición dentro de las ciencias sociales, aunque sobre todo de la antropología, y de las enseñanzas que hemos recibido sobre la clasificación de la “realidad” en base a diferentes categorías por las que se traslada el orden social al natural y viceversa. Respecto al concepto de “liminilización” un matiz es sobre todo importante. Aunque, innegablemente, Douglas tiene razón cuando afirma que “cualquier sistema dado de clasificación tiene por fuerza que provocar anomalías, y cualquier cultura dada tiene que afrontar acontecimiento que pueden desafiar sus supuestos”, por lo que “no puede hacer caso omiso de las anomalías que su esquema produce, a riesgo de burlar la confianza” (Douglas, 1991: 39), no se sigue necesariamente de ello que esas anomalías revistan el carácter de prohibidas. Hay ciertos “estados de excepción”, que en la práctica pueden no ser tan excepcionales, en los que una contaminación inevitable es integrada de alguna manera en el orden de la clasificación, como se

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

muestra, por ejemplo, en los análisis de algunos ritos de paso que hace Turner, en cuya obra basamos nuestro concepto de “liminalización”.

Efectivamente, Turner se refiere a ritos de transición más que a tipos de vínculos sociales estables, pero lo esencial que tomamos de él es la idea de relaciones basadas en la disolución de las categorías, a partir del concepto de “liminalidad” y su descripción de los “personajes liminales ('gentes del umbral') como aquellos que no son correctamente encuadrables en las distintas categorías” (Turner, 1988: 102). Son ambiguos y, en este sentido, se podría decir que carecen de posición en el “espacio cultural”, que están desubicados, más que ocupando al mismo tiempo dos espacios, como veíamos en el caso de la hibridez. Nosotros tratamos, es cierto, de proponer un tipo de relación más generalizable, que se refiere a relaciones establecidas entre elementos igualmente definidos, pero partiendo del concepto de liminalidad, podemos destacar que estas deben entenderse como aquellas relaciones para las que las diferencias categoriales están siempre en el exterior, y de cara a las cuales es cómo las categorías que separan a los componentes de esa relación se vuelven relativamente irrelevantes, y es en ese sentido en el que quedarían “desubicados”. En esta línea, lo que es especialmente interesante para nuestro concepto de la formulación de Turner, es la asociación que hace entre este carácter liminal de algunos elementos del orden cultural, y la “*communitas*”, que opone precisamente a la vinculación por medio de las categorías, y que describe como mezcla “de lo humilde y lo sagrado, de la homogeneidad y el compañerismo”:

“Parece como si existieran aquí dos 'modelos' principales de interacción humana, yuxtapuestos y alternativos. El primero es el que presenta a la sociedad como un sistema estructurado, diferenciado, y a menudo jerárquico, de posiciones político-jurídico-económicas con múltiples criterios de evaluación, que separan a los hombres en términos de 'más' o 'menos'. El segundo, que surge de forma reconocible durante el período liminal, es el de la sociedad en cuanto comitatus, comunidad, o incluso comunión, sin estructurar o rudimentariamente estructurada, y relativamente indiferenciada, de individuos iguales que se someten a la autoridad genérica de los ancianos que controlan el ritual.” (Turner, 1988: 103)

La relación entre nuestros ejemplo habitual de la interdisciplinarización y la especialización con la pluralización y la singularización, respectivamente, nos parece fácil de ver: mientras que en la primera se conectan estructuras de significados diversas, la segunda representa precisamente la desconexión de algunas de estas. Pero más interesante aún es la medida en que podemos observar en ellas tanto la frecuente incompletud de estas dinámicas de heterogeneización y homogeneización, como las transformaciones que suponen. Así, una sociología de la globalización

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

que tendiera a una economía de la globalización, poco probablemente llegará a desconectarse por completo de la tradición sociológica general, del mismo modo que al dejar parcialmente atrás esta, no está restableciendo la identidad que esta tenía antes de aparecer este nuevo ámbito de estudio, sino que su impronta siempre la habrá transformado en algún grado, de manera similar a cómo una sociología de la globalización que se distinguiera de un área de estudio interdisciplinar, quedaría afectada por sus pasadas relaciones con la economía, la ciencia política, la antropología, etc. Igualmente, no es en la creación de un área de estudio interdisciplinar donde se requiere la tolerancia, sino que al contrario, lo que se precisa es la producción de inteligibilidad entre unas disciplinas y otras. Donde la tolerancia se convierte en un principio fundamental es, al revés, en la especialización, donde la autonomía de cada área de estudio debe verse respetada. Por su parte, la categorización en nuestro ejemplo sirve para referirse al tipo de relación que se establecería, por ejemplo, entre la posición ocupada por los fundadores de la disciplina respecto a los recién llegados, mientras que ambos podrían verse en esa relación de *communitas* en su esfuerzo por proteger su campo de investigación de los ataques de otra disciplina aneja, en relación con la cual las categorías que los dividen se convierten en relativamente irrelevantes.

Regresando a los análisis de la globalización, podríamos definir ahora en nuestros términos el multiculturalismo y las lenguas francas, como los productos de tendencias de pluralización y singularización que se retroalimentan sin que llegue a producirse la culminación de ninguna de las dos. Si en el capítulo anterior pudimos concluir que el multiculturalismo debía entenderse como una suerte de coexistencia de culturas sólo parcialmente inteligibles, podemos añadir ahora que supone también una heterogeneización de nuestros mundos de vida, que tampoco han sido transformados por completo, aunque las áreas de ininteligibilidad entre unas y otras, y con ellas sus límites, siguen existiendo (por más que un observador pueda describir su contigüidad física). No obstante, las incoherencias no tienen por qué haberse multiplicado. Muchas se superan en procesos de categorización, que delimitan tipos de relación específicos entre quienes arrastran consigo diversas tradiciones culturales, y otras en procesos de liminalización, que delimitan relaciones que pasan por encima de ellas, a la vez que los procesos de singularización han puesto coto a muchas incompatibilidades “nuevas”, o nos han permitido deshacernos de otras “antiguas”. De forma semejante, las lenguas francas suponen una extensión de nuestros mundos de vida, que nos permiten desplazarnos por espacios antes dominados por la ininteligibilidad, aunque con ellas hemos perdido también otras localizaciones posibles que se han hecho ahora igual de incomprensibles. Sin

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

embargo, tampoco ellas se han extendido por completo y sigue, por esta vía, siendo igual de imposible pensar en un mundo de vida único.

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	INFORMACIÓN	DESDIFERENCIACIÓN
DEFINICIONES	UNIVERSALIZACIÓN	PLURALIZACIÓN

Cuadro 5. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + HETEROGENEIDAD + NO-ESTABILIDAD**

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	REDUNDANCIA	DIFERENCIACIÓN
DEFINICIONES	PARTICULARIZACIÓN	SINGULARIZACIÓN

Cuadro 6. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + HOMOGENEIDAD + NO-ESTABILIDAD**

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	INTERCAMBIO	COMPLEJIZACIÓN
DEFINICIONES	RELATIVIZACIÓN	CATEGORIZACIÓN

Cuadro 7. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + HETEROGENEIDAD + ESTABILIDAD**

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	RECIPROCIDAD	SIMPLIFICACIÓN
DEFINICIONES	ABSOLUTIZACIÓN	LIMINALIZACIÓN

Cuadro 8. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + HOMOGENEIDAD + ESTABILIDAD**

4.6. Conclusiones

4.6.1. La heterogeneidad como fuente de integración y cooperación

Hasta ahora habíamos ampliado, o rearticulado, el juego del lenguaje que gira en torno al concepto de conflicto con ayuda de dos dimensiones metateóricas, agencia-estructura y sanciones-definiciones, y la distinción entre relaciones estática y dinámicas, y habíamos generado a partir de ellas un buen número de conceptos diferenciados, es decir, con usos distintos. En este capítulo hemos continuado profundizando para añadir otra serie de conceptos que relacionan los anteriores

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

con el concepto de heterogeneidad. Aunque en principio la heterogeneidad parece un concepto suficientemente distinto como para no crear confusiones respecto al conflicto, ha sido bastante habitual la tendencia a asociarlos, como si el uno fuera una suerte de condición suficiente, o cuando menos necesaria, del otro. Para conceptualizar la heterogeneidad y la homogeneidad nos ha servido la distinción entre la producción de relaciones disímiles en espacios compartidos y la producción de relaciones similares en espacios diversos. A partir de ahí hemos tratado de mostrar que, al contrario, el conflicto tiene que ver muy a menudo con la homogeneidad y, al revés, la “integración” con la heterogeneidad. Hemos defendido que, como mínimo, el conflicto puede producirse tanto a partir de la diversidad como de la identidad y los pares de conceptos que hemos propuesto reflejan vías que van tanto desde la heterogeneidad, como desde la homogeneidad, hacia la cooperación y la integración, el consenso y la inclusión, la consistencia y el acoplamiento, y la coherencia y la inteligibilidad.

Si nos centramos en la perspectiva agencialista y de sanciones, los pares conceptuales que nos han ayudado a recorrer tal camino han sido los de información-redundancia e intercambio-reciprocidad. El concepto de información lo definimos como “el movimiento productor de una diferencia por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes” y el de intercambio como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas que producen una diferencia”. El primero se refería, así, a las diferencias que permiten otorgar y recibir sanciones, mientras que el segundo lo hacía a relaciones en las que los agentes otorgaban sanciones diferentes a las que recibían. Con ellos nos movíamos desde la heterogeneidad a la integración y la cooperación.

En el otro lado, definimos la redundancia como “el movimiento reproductor de una diferencia por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes” y la reciprocidad como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas que reproducen una diferencia”. En el primer caso nos referíamos a las semejanzas que habilitan a un agente para recibir y otorgar sanciones, mientras que en el segundo la clave estaba en que los agentes recibían las mismas sanciones que otorgaban. Con estos conceptos pasábamos a la integración y la cooperación desde la homogeneidad.

El conflicto, entonces, no es un correlato imprescindible de la heterogeneidad, como tampoco lo es su ausencia de la homogeneidad. La fragmentación puede trocarse en integración tanto a través de la heterogeneidad como de la homogeneidad, y lo mismo puede decirse de la competencia. Por último, es importante recordar que del mismo modo que la integración no implicaba cooperación, la

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

información no debe considerarse como implicando necesariamente intercambio, ni la redundancia como implicando reciprocidad, ya que tanto de la información como de la redundancia pueden surgir relaciones de competencia.

4.6.2. La heterogeneidad como fuente de inclusión y consenso

Pasando al ámbito delimitado por las posiciones agencialista y de definiciones, los pares conceptuales que hemos propuesto para articular la relación entre heterogeneidad y homeogeneidad e inclusión y consenso fueron los de universalización-particularización y relativización-absolutización. El concepto de universalización lo definimos como “el movimiento productor de una diferencia por el que un agente recibe una identificación positiva” y el de relativización como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos y que producen una diferencia”. Con la universalización pretendemos remitir a las identificaciones diferenciales por las que un agente es habilitado para entrar en una relación, mientras que con el de relativización aludíamos a identificaciones mutuas aceptadas pero diferentes. Ambos nos sirven para movernos hacia la inclusión y el consenso desde la heterogeneidad.

Del otro lado, encontramos la particularización, que definimos como “el movimiento reproductor de una diferencia por el que un agente recibe una identificación positiva”, y la absolutización, que definimos como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos y que reproducen una diferencia”. Con la primera nos referíamos a la identificación de un agente como semejante que le hace parte de una relación, y con la segunda a identificaciones mutuas aceptadas y similares. Estos conceptos, en consecuencia, recorren el camino a la inclusión y el consenso desde la homogeneidad.

Si no se puede asociar la competencia y la fragmentación con la heterogeneidad, proponemos ahora que, del mismo modo, tampoco puede hacerse con el disenso y la exclusión. Tanto a través de la producción de diferencias como de su reproducción se puede transformar una relación de exclusión en una de inclusión, o una de disenso en consenso. Igualmente, se deduce de que la inclusión puede derivar en relaciones disensuales, que en el mismo sentido pueden surgir estas de dinámicas de universalización y particularización sin tener mayor afinidad con ninguna de las dos.

4.6.3. La heterogeneidad como fuente de acoplamientos y consistencia

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

Partiendo ahora de la perspectiva estructuralista y de sanciones, son los pares conceptuales de desdiferenciación-diferenciación e complejización-simplificación, los que hemos propuesto para definir las relaciones entre heterogeneidad y homogeneidad y acoplamiento y consistencia. El concepto de desdiferenciación lo definimos como “el movimiento productor de una diferencia por el que la distribución de sanciones de una estructura se ve afectada por la de otra” y el de complejización como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen una diferencia”. Mientras que con el primero nos referimos a la conexión de estructuras con diferentes pautas de relacionamiento para los elementos que vinculan, con la segunda nos referimos a la diversidad de reglas que componen una estructura sin provocar contradicciones. Con ellos asociamos heterogeneidad y acoplamiento y consistencia.

En el otro extremo, definimos la diferenciación como “el movimiento reproductor de una diferencia por el que la distribución de sanciones de una estructura deja de ser afectada por la de otra” y la simplificación como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que reproducen una diferencia”. La diferenciación se refiere a las dinámicas por las que las estructuras se desacoplan, aumentando su homogeneidad al reducir el conjunto de reglas que la compone. En este caso, la homogeneidad se correlaciona sólo con el desacoplamiento. La simplificación, por su parte, se refiere a las relaciones no contradictorias de una estructura con poca diversidad interna. Con ella si que nos dirigimos desde la homogeneidad a la consistencia. En este ámbito, como vemos, la heterogeneidad no implica contradicción, sino que, de hecho, es la única asociación posible para el acoplamiento, ya que relaciones iguales entre reglas supone que hablamos de una misma estructura y no habría, por tanto, acoplamiento posible. En cualquier caso, sigue estando vigente el principio según el cual no se puede deducir de la desdiferenciación la complejización, pues es igualmente posible que la desdiferenciación produzca contradicciones.

4. La distinción conflicto-heterogeneidad

4.6.4. La heterogeneidad como fuente de inteligibilidad y coherencia

Nos ocupamos, por último, del ámbito delimitado por la dimensiones de estructura y de definiciones, en el que los pares conceptuales con los que hemos vinculado heterogeneidad y homogeneidad a la inteligibilidad y la coherencia han sido los de pluralización-singularización e categorización-liminalización. El concepto de pluralización lo definimos como “el movimiento productor de una diferencia por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por la de otra” y el de categorización como “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen una diferencia”. Con el primero nos referimos a las dinámicas de fusión de dos o más culturas que producen una nueva pero con mayor diversidad de relaciones entre definiciones, y con el segundo a la eliminación de las incoherencias a través de la diversificación de definiciones posibles para los elementos relacionados. Los dos nos han ayudado a pasar de la heterogeneidad a la inteligibilidad y la coherencia.

Por otra parte, definimos la singularización como “el movimiento reproductor de una diferencia por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por la de otra” y la liminalización como “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras que reproducen una diferencia”. La singularización remitiría a la fragmentación de una cultura que vuelve a unos sectores ininteligibles para los demás, pero haciendo cada uno de ellos -como en el caso de la diferenciación-, más homogéneo internamente. La liminalización, en cambio, se referiría a relaciones en la que los elementos se relacionan sin que sean relevantes las definiciones que les rigen en otros ámbitos, pasando así de la homogeneidad a la coherencia, que vemos que puede producirse tanto con un aumento de la heterogeneidad como con su disminución -mientras que inteligibilidad está unidireccionalmente ligada a heterogeneidad e ininteligibilidad a homogeneidad, como plasman los conceptos de pluralización y singularización-. Como siempre, es necesario recordar que al igual que la inteligibilidad no implica coherencia, tampoco se puede suponer a partir de la pluralización la categorización, en la medida en que esta se refiere a relaciones consistentes.

5. La distinción conflicto-asimetría

5. La distinción conflicto-asimetría

5.1. Introducción

5.1.1. La simultaneidad: la multiplicación de las desigualdades

A nuestra articulación de conceptos relacionados con el conflicto le falta aún una dimensión clave que, sin duda, el lector habrá echado en falta. Junto con la importancia de distinguir la perspectiva estructural y la agencial, así como la referencia a las sanciones y las definiciones, hemos sumado ya el análisis de los fenómenos en tanto que dinámicas, como opuesto a las relaciones vistas desde un punto relativamente estático, y el de la dialéctica entre heterogeneidad y homogeneidad. Hemos visto también la relevancia de disociar el conflicto de la “desintegración” y de la heterogeneidad, manteniendo que ambos conceptos son, sin embargo, fundamentales a la hora de comprender las relaciones cuyo estudio abordamos. No obstante, el último paso que daremos es quizá incluso más importante para que la proposición de un modelo para el análisis del conflicto pueda tomar cuerpo, aunque es más que probable que desde otros puntos de vista aún fuera posible incorporar más dimensiones. Esta última capa que añadiremos en esta crítica del concepto de conflicto será la de la asimetría. Con ella introduciremos el poder, en su concepción diferencial, en el examen de las diferentes relaciones opositivas y no-opositivas. Como en los otros casos, tratamos de mostrar que no hay una correlación lógica entre la mayor o menor asimetría y el grado de conflictualidad presente en una configuración, a pesar de lo cual, no podemos llegar a comprender éste realmente sin tenerla en cuenta.

Nuevamente, la dimensión asimetría-simetría se introduce en nuestra articulación conceptual a partir del análisis de la globalización y, específicamente, a través de la toma en consideración de las implicaciones que tiene el contemplar la globalización desde la lente de una de sus principales características: la simultaneidad. Si la simultaneidad nos habla de un aumento de las inter-relaciones que conectando lo alejado, nos aboca a un proceso de redistribución de la agencia y de las relaciones estructurales, y con ello, nos enfrentamos una nueva dialéctica entre homogeneidad y heterogeneidad, es imprescindible, conjuntamente, ser conscientes de que esta nueva heterogeneidad que se nos hace omnipresente no es simple diversidad, sino que la atraviesan relaciones de asimetría, del mismo modo que tampoco la producción de homogeneidad se puede

5. La distinción conflicto-asimetría

considerar como eliminando las diferencias de poder que nos constituyen. Antes al contrario, el acercamiento de lo que previamente era lejano, hace que las desigualdades se vean multiplicadas a nuestros ojos. Lo que la ignorancia provocada por la distancia nos permitía considerar vagamente, sino como igual, quizá como no-desigual, se puede observar ahora como nítidamente desigual.

Beck (2004) formula la “aparición” de estas desigualdades de forma muy interesante a través de las distintas formas de legitimación con las que se asimila la desigualdad nacional y la global. Contrapone así, el “principio de productividad”, según el que se contemplan las desigualdades en el seno de los Estados, y el “principio del Estado nacional”, según la que se obvian las desigualdades que surgen fuera y a través de ellos. Mientras que la una trataría de legitimar las desigualdades en clave meritocrática, la segunda opera precisamente por el hecho de poner el acento en la primera, haciendo así que todo análisis de esta temática se filtre a través de ella:

“El principio de productividad asigna y legitima a la vez las desigualdades estatales interiores. Aplica el paradigma del examen a puerta cerrada: todos entran como iguales y salen como desiguales (con notas diferentes). Con la ayuda del principio de productividad los ingresos, por ejemplo, pueden distribuirse desigual y legítimamente. En cambio, cuando se alude al principio del Estado nacional como 'legitimación' de desigualdades sociales, se refiere a que el foco que el Estado nacional dirige a las desigualdades nacionales hace desaparecer las desigualdades globales (legitimación por oscurecimiento): las grandes desigualdades se destierran al más allá de la mirada nacional, de modo que puedan crecer y 'legitimarse' a la vez en la irrelevancia e irrealidad institucionalizadas. De ahí que lo 'legitime' las grandes desigualdades no sea la no tematización de las desigualdades globales, sino la tematización de las 'pequeñas' desigualdades nacionales.” (Beck, 2004: 56)

No obstante, si el análisis de las asimetrías en la globalización se quedara aquí, probablemente no estaríamos sino replicando el modelo de muñecas rusas, donde haríamos encajar las “desigualdades pequeñas” dentro de las “desigualdades grandes”, por usar los términos de Beck. En cambio, el énfasis que pusimos en el capítulo 2 en entender la globalización principalmente como cambio social, que aúna el movimiento en el tiempo con la relevancia del movimiento en el espacio, y la reconfiguración de figuraciones e instituciones que esto acarrea, no nos permite detenernos ahí.

Buena parte de los análisis de las nuevas desigualdades globales han hecho de estos procesos de conexión y desconexión su centro y se ha generado así un profundo debate en torno a la viabilidad de conceptos como el de explotación en este nuevo contexto, sugiriéndose desde varios frentes teóricos la consideración de la exclusión como nuevo protagonista de las relaciones de

5. La distinción conflicto-asimetría

dominación. De esta manera, en un mundo donde las relaciones se desestabilizan profundamente y todo parece reducirse a dinámicas de conexión y desconexión, pareciera que los reposicionamientos creados por ellas y la capacidad para circular a través suya, merece ser considerada como un problema fundamental en el análisis de la desigualdad. Este es un punto sin duda a tener en cuenta, pero no se debe tampoco marginalizar la continuidad de las relaciones opositivas tal y como se han trabajado en la tradición de la sociología, aunque se hace inevitable prestar atención a su reconfiguración, al desplazamiento de los focos de tensión y a las nuevas alianzas y contra-alianzas que producen, así como a aquellos otros que sobreviven en medio de las transformaciones que experimentamos.

5.1.2. El eje global-local como nueva asimetría

Junto con los conceptos de red y multiculturalismo, y aún probablemente muy por encima de ellos, los otros conceptos con mayor protagonismo en la literatura de la globalización probablemente sea esta pareja de lo “global” y lo “local”. En principio, pudieran entenderse como refiriéndose fundamentalmente a la necesidad de manejar escalas múltiples en el estudio de los fenómenos sociales, funcionando como una especie de recordatorio de que junto al análisis de lo local hay que prestar atención al análisis de lo global. Se podría aún profundizar más para decir que, realmente, lo que este par conceptual nos propone es una cartografía de la realidad social que pasa por encima de los marcos estatales, conectando así directamente la localidad y el planeta en su conjunto. Visto así, pudiera parecer que esta dicotomía nos dirige simplemente a una reconfiguración respecto del “tamaño” de los fenómenos que estudiamos. De alguna manera, la dimensión global-local sería asimilable a la dimensión macro-micro. Pero dentro de nuestro marco de análisis y precisamente por la conexión con el par macro-micro, es inevitable asociarla también a la cuestión de la que nos ocupamos, la asimetría. Se dibujaría un campo de batalla, así, dividido entre los agentes “grandes” y los “pequeños” o, más adecuadamente, uno dividido en múltiples flancos, con los agentes “grandes” luchando en muchos de ellos, y los “pequeños” en unos pocos, a las órdenes de los grandes.

El pensar en términos de relaciones entre lo global y lo local, nos lleva a imaginar y construir dos escenarios claramente desiguales, para posteriormente estudiar las interacciones que se establecen entre ambos. De un lado, los actores globales, potentes, como las empresas transnacionales y las grandes organizaciones intergubernamentales; del otro, los débiles actores

5. La distinción conflicto-asimetría

locales, los consumidores, los trabajadores, los ciudadanos. En un plano superior las grandes dinámicas que atraviesan el planeta, los mercados financieros, las masivas migraciones transnacionales, los grandes movimientos sociales que atraviesan el mundo; en el otro, inferior, el desempleo que genera en un municipio la deslocalización de la fábrica que le daba trabajo, la contaminación de un pueblo que se financia con la recepción de residuos producidos en otros lugares, la despoblación de localidades que ven emigrar a sus jóvenes.

Dos preguntas surgen inmediatamente respecto a esto. En primer lugar, ¿debemos de algún modo conformarnos con escoger uno u otro modelo como mejor representación del tipo de análisis que supone la referencia a la dicotomía global-local? Nosotros pensamos que no, que ambas perspectivas, las que suponen entenderla como una cuestión de “escala” y las que la definen como una cuestión de “poder”, no sólo son compatibles, sino que en parte son la misma. Es en este sentido en el que en el primer capítulo defendimos la concepción que en la Teoría del Actor Red se propone de la distinción macro-micro como relacionada con el tamaño de los actores, en la línea también de la propuesta de Mouzelis de vincularla con las jerarquías, -aunque esta formulación, menos flexible, nos parece menos certera-. Los agentes y las estructuras “macro”, efectivamente, lo son por su tamaño, pero este alude fundamentalmente a su poder, esto es, a su capacidad para afectar al mayor número posible de otros agentes, para asociar el mayor número posible de reglas y relacionar el mayor número posible de elementos.

En relación con esto, y en segundo lugar, ¿es suficiente con definir “lo global” y “lo local” y esforzarse por trazar las conexiones entre ambos? Nuestra respuesta vuelve a ser negativa. Se sigue de lo que ya hemos dicho respecto al poder diferencial de los agentes y estructuras como constitutivo de lo que supone enfrentarse a las figuraciones e instituciones macro y micro, que ambos niveles, el de lo global y lo local, sólo pueden entenderse en realidad a través de las relaciones que convierten, tanto a determinados agentes como a determinadas estructuras efectivamente en macro-agentes y macro-estructuras, o micro-agentes o micro-estructuras. Las relaciones no pueden ser nunca establecidas *a posteriori*. Así formuladas no funcionarían sino como hipótesis *ad hoc*. Sólo investigándolas a ellas en primer lugar podemos llegar después a definir que elementos o agentes están posicionados en nuestro escenario del lado de lo global o de lo local. El concepto de lo glocal propuesto por Robertson, si se utiliza nada más que para reflejar la conexión de una globalidad y una localidad dadas de antemano, no nos lleva mucho más lejos que la dicotomía en sí. Lo glocal, entonces, no es la muestra de la interacción entre lo global y lo local,

5. La distinción conflicto-asimetría

sino una suerte de *photo finis* que nos deja una panorámica estática de una pugna que comienza mucho más atrás.

Así, si la dicotomía global-local ha de entenderse como un par conceptual imprescindible en los análisis de la globalización, como nosotros lo pensamos, no es en virtud de que plasme una dialéctica intrínseca de la misma por la que se ponen en relación diversos planos de la realidad social, sino porque funcionaría como el eje central de desigualdad en la dimensión de la simetría-asimetría. Es preciso, no obstante, entender esto correctamente, pues no pretendemos significar con ello, como podría parecer a primera vista, que estuviéramos refiriéndonos a un “nuevo” eje de desigualdad que debiera contemplarse como el dominante, en relación con los otros existentes, con los que, a gusto del consumidor, se interseca o acopla. Lo que queremos decir al proponer que el eje global-local es el eje central de desigualdad en la globalización es que, en esta, las desigualdades se hacen globales, en virtud de que las relaciones sociales que las constituyen lo son. Tanto si hablamos de exclusión como si hablamos de explotación, lo que denotamos a través de ese par conceptual es la desigualdad que surge entre agentes globales -es decir, agentes insertos en una miríada de relaciones que atraviesan el globo- y agentes locales -es decir, agentes insertos en relaciones, menores en su cuantía y en su alcance, que les debilitan frente a los otros-. Si la globalización como constructo sociológico nos habla precisamente de esas recomposiciones de las figuraciones e instituciones en su extensión a nivel planetario, la principal cuestión de la asimetría dentro de ella será, en consecuencia, el efecto de este proceso sobre las relaciones de desigualdad pre-existentes, y este es la dirección que trataremos de seguir.

5.1.3. El conflicto y el poder

Uno de los mayores peligros al hablar de desigualdades y conflicto es la tendencia a asociarlos espontáneamente, del mismo modo que, en su reverso, se vinculan igualdad y no-conflicto. Bajo este tipo concepción surge la idea de que la alusión a las relaciones de dominación de alguna manera nos sensibiliza para el análisis de la conflictualidad social, así como el clásico argumento de que, dadas las enormes desigualdades que se observan en una enorme cantidad de sociedades históricas, la pregunta no es por qué la gente se rebela, sino por qué no se revela con mayor frecuencia e intensidad. Grosso modo, se piensa como si a partir de desigualdades que en su mayoría son de estatus o materiales, se siguiera una distribución de poder que los menos privilegiados debieran tratar de revertir en una lucha política. Pero, incluso cuando el análisis

5. La distinción conflicto-asimetría

escapa a esta identificación espúrea, a menudo, como vimos en el capítulo 1, es para entrar en articulaciones teóricas que postulan la omnipresencia del conflicto y reducen el poder a un subtipo de relación conflictual, frecuentemente bajo la etiqueta precisamente de “relaciones políticas”.

Nosotros queremos rehuir ambas concepciones. Efectivamente, el conflicto se encuentra en todas partes, y la desigualdad a menudo también, pero lo mismo puede decirse del poder. Y esto no sólo porque nosotros hayamos apostado por una concepción del poder que lo identifica con la constitución misma de un agente o el principio por el que opera una estructura. Ya dijimos que nos parece fundamental atender también a la versión diferencial del poder y creemos que también en este sentido podemos encontrarlo en cualquier relación social. Cosa distinta, sin embargo, es postular que siempre haya una asimetría relevante. Muchas de las relaciones que nos constituyen como agentes se basan en una simetría relativa bastante estabilizada. No obstante, ese grado de asimetría está siempre sujeto al análisis empírico y no se puede postular *a priori* su predominio, como tampoco lo opuesto, del mismo modo que no se puede hacer con el conflicto. ¿En qué sentido decimos entonces que tanto el conflicto, como la desigualdad, como el poder se pueden encontrar en todas partes? Lo que pretendemos argumentar es, primero y contra la diferenciación de desigualdad y poder, que éste, en su versión diferencial, es siempre desigualdad y que toda desigualdad es siempre una desigualdad de poder y, segundo y contra la identificación de conflicto y desigualdad, que ambos sólo pueden verificarse en las investigaciones concretas y que no les une ninguna vinculación lógica.

Desde nuestro punto de vista, por una parte, no habría lugar para identificar distintos tipos de poder en cuanto que todo poder supone una diferencia marcadable en términos de relacionamientos, de modo que, frente a las teorías que distinguen tipos de capital diferentes, casi podríamos decir que, salvo con fines heurísticos, no podemos realmente hablar más que de un tipo de capital, el capital social, entendiendo éste, como en el análisis de redes, como la referencia a que “las personas a las que les va mejor están mejor conectadas”¹⁴⁵. Por otra parte, conflicto y desigualdad no serían sino dos dimensiones teóricas, dos puntos de vista aplicables a las relaciones que estudiamos y que, como tales, son susceptibles de combinarse. Si, por el contrario, se pudieran identificar, no

145 “*The social capital metaphor is that the people who do better are somehow better connected. Certain people or certain groups are connected to certain others, trusting certain others, obligated to support certain others, dependent on exchange with certain others. Holding a certain position in the structure of these exchanges can be an asset in its own right. That asset is social capital, in essence, a concept of location effects in differentiated markets.*” (Burt en Guillén, Collins, England, Meyer, 2002: 150).

5. La distinción conflicto-asimetría

estaríamos en realidad evocando dos perspectivas, sino que podríamos usarlos como sinónimos. Sin embargo, por mucho que tendamos a hacer esto, de forma más o menos inconsciente, los análisis empíricos nos muestran una y otra vez que no existe tal correlación, y así volvemos, al “¿por qué no se rebelan?”.

Ya vimos que lo habitual es hacer ver que, de una u otra manera, el conflicto estaría “latente”. Nuestra respuesta, no obstante, sería que a menudo lo hacen, aunque quizá no bajo las formas en que imaginamos que deberían hacerlo, y cuando no es así, o bien es porque no pueden, o bien es porque no quieren, y esto significa, de forma crucial, que no hay rebelión porque no hay conflicto, y esto a pesar de que la desigualdad sea patente, o quizá precisamente porque es tan grande y evidente. Del mismo modo, y en la dirección opuesta, encontramos con frecuencia “que los que más protestan son los que menos tienen de qué quejarse”, lo que podríamos retraducir como la frecuencia con que se produce el conflicto, incluso cuando las desigualdades son apenas visibles. Si la globalización produce incesantemente desigualdades y conflictos, no se deriva lo uno de lo otro sino que, en ocasiones, es incluso a pesar de ello.

5.1.4. Cuatro problemas

A lo largo de este capítulo nos dedicaremos a la re-articulación de los conceptos de conflicto y desigualdad, tratando de hacer hincapié en los vínculos menos asentados que existen entre relaciones opositivas y simetría, y entre relaciones no-opositivas y asimetría. Como en los capítulos anteriores haremos esto atendiendo a las dos dimensiones metateóricas fundamentales que presentamos en el primero de ellos, agencia-estructura y sanciones-definiciones, y añadiremos, como hicimos en el anterior, la diferenciación entre relaciones estabilizadas y no-estabilizadas. Trataremos, en consecuencia, con dos pares conceptuales para cada uno de ellos, de los que, nuevamente, presentamos sólo el elemento referido a la asimetría: cierre y explotación, hegemonización y traducción, colonización y determinación, asimilación y enmarcación. En cada ámbito de análisis trataremos de situar estos conceptos articuladores de la asimetría y el conflicto en relación con los que ya hemos ido introduciendo.

Los conceptos de cierre y explotación serán la clave de nuestra argumentación en relación con el primer problema del que nos ocuparemos, enmarcado por la perspectiva agencialista y de sanciones: la fuerza y la interconexión. Lo que trataremos de analizar aquí es la relación existente

5. La distinción conflicto-asimetría

entre la potencia de los agentes y su posicionamiento en el interior de las redes, lo que a su vez implica considerar su ubicación en las confrontaciones entre ellas.

Los conceptos de hegemonización y traducción los utilizaremos para abordar el segundo problema que examinaremos, y que construimos a partir de la dimensión de la agencia y de la definiciones: la lucha por la pertenencia. Desde este punto de vista nos ocuparemos de las implicaciones de las relaciones asimétricas y simétricas en la producción de identidades y la búsqueda de la comunidad como una pugna entre los agentes que quedan dentro y fuera de ella.

Los conceptos de colonización y determinación los introducimos en el análisis de nuestro tercer problema, delimitado esta vez por las dimensiones de estructura y sanciones: las estructuras globales dominantes. El objetivo en este ámbito será montar un esquema conceptual satisfactorio con el que enfrentarnos a la desigualdad que encontramos también en el nivel estructural y que se relaciona con la existencia de estructuras dominantes.

Los conceptos de asimilación y enmarcación, en último lugar, están vinculados con las reflexiones producidas por nuestro cuarto problema, definido en función de la perspectiva estructural y de definiciones: la batalla de las culturas. Intentaremos mostrar como esos “encuentros entre culturas” se ven también afectados por asimetrías estructurales e indagar en los patrones de relacionamiento que surgen de ellas.

5.2. Primer problema: Fragmentación-competencia

5.2.1. La asimetría inter e intra redes

A. Redes fuertes, débiles y desconectados

Hemos insistido a lo largo de los capítulos anteriores en que la especial adecuación de la imagen de la red para la descripción de la globalización estriba en la imagen de la interconexión que le acompaña. En el primer capítulo propusimos además que el poder diferencial de los agentes radica en su concepción como nodos de diferentes relaciones que les constituyen, cada una de las cuales le reposiciona de una manera concreta respecto a otros agentes, abriéndoles y cerrándoles determinadas vías de acción. Se sigue de ambas proposiciones que las redes serán un *locus* fundamental de asimetrías. Más específicamente podríamos decir que el valor de la red consiste en

5. La distinción conflicto-asimetría

las posibilidades que abre a los agentes que se insertan en ellas y, por tanto, las capacidades diferenciales de acción tendrían que ver, principalmente, con la posición ocupada en la red, así como en la potencia misma de la red. Desde este punto de vista, podemos aproximarnos a la vinculación de redes y asimetría en dos frentes: asimetrías entre redes y asimetría dentro de las redes. Comenzaremos el análisis con la asimetría inter-redes.

Las desigualdades producidas por la conexión en redes desiguales es, sin duda, uno de los principales focos de análisis de la desigualdad en el marco de la teoría sociológica de la globalización¹⁴⁶. Aunque el primer autor que podría parecer relacionado con esta propuesta es Castells, es importante recalcar que, dada la impronta del marxismo en su pensamiento, éste parece reacio a abandonar el concepto de explotación y, a pesar de su énfasis en la importancia de la conexión y la desconexión de las redes de poder -a las cuales en su modelo teórico se accede por la posesión de “códigos”- y de aceptar la relevancia del concepto de exclusión, ha optado por presentar esta como concepto relacionado con la explotación, en tanto que indican tipos de relaciones con el modo de producción, centrándose en distinguir las desigualdades tal y como se perciben dentro del ámbito de la distribución, de aquellas vinculadas a la producción¹⁴⁷.

A diferencia de esta propuesta de Castells, basada en la distinción de consumo y producción, podemos resumir a grandes rasgos la argumentación básica de este tipo de modelos a partir de dos ejes de desigualdad. En primer lugar, habría una división que se fundamentaría en el tipo de redes en las que los agentes se conectan. Según esta división, tendríamos por una lado a quienes participan de redes fuertes, esto es, aquellas cuyas inter-conexiones abarcan el conjunto del planeta y de cuyos nodos surgen multiplicidad de nuevas relaciones. Serían, por tanto, redes de gran extensión e intensidad. Por otro lado, estarían quienes son incluidos en redes débiles, es decir, redes cuyas inter-conexiones no salvan grandes distancias y que son poco tupidas. Se trataría, entonces,

146 Una síntesis de los trazos fundamentales de la historia sociológica del concepto se puede encontrar, por ejemplo, en Herzog (2011).

147 “(...) al valorar la dinámica del informacionalismo, es necesario establecer una distinción entre varios procesos de diferenciación social: por una parte, desigualdad, polarización, pobreza y miseria pertenecen al ámbito de las relaciones de distribución/consumo o de la apropiación diferencial de la riqueza generada por el esfuerzo colectivo. Por otra parte, individualización del trabajo, sobreexplotación de los trabajadores, exclusión social e integración perversa son características de cuatro procesos específicos respecto a las relaciones de producción” (Castells, 2003: 96).

5. La distinción conflicto-asimetría

de redes de escasa extensión e intensidad¹⁴⁸. Las primeras facilitarían a los agentes que se integran en ellas alternativas de acción diversas y de buena calidad, lo que en realidad viene a significar que abren grandes cantidad de nuevas alternativas, lo que supone, a su vez, que la red sea más amplia. Boltanski y Chiapello explican con claridad la formulación de esta equivalencia que se da en las redes entre calidad y cantidad:

“El punto en común de todos estos seres ejemplares es que son capaces de entablar los vínculos más ricos en oportunidades, aquellos que extenderán la red de la forma más óptima y que se definen, en gran medida, por la distancia que logran superar. No todas las conexiones valen. La grandeza de una conexión dependen del grado según el cual se establece una mediación que permite superar una distancia.” (Boltanski, Chiapello, 2002: 172)

En consecuencia, estos agentes tienen más capacidad de actuar y conseguir entablar relaciones a las que pocos pueden llegar, incluso aunque sea a través de múltiples mediaciones. En el sentido opuesto, los agentes no sólo se benefician de su integración en la red, sino que contribuyen a hacerla fuerte, al sumar a ella sus posibilidades de enlace. Las segundas, por el contrario, abren pocas alternativas a los agentes que se integran en ellas y estas aún son de poca calidad, lo que de nuevo vuelve a significar que se ramifican en relaciones igualmente pobres en alternativas. Los agentes pertenecientes a ellas ven limitada su capacidad de acción porque a penas pueden contactar con los agentes que podrían favorecerles con reposicionamientos ventajosos y sus conexiones tienden más a alcanzar puntos muertos. La debilidad de la red, como en el caso anterior, se reproduce en los agentes que conectan, que son siempre escasos y tienden a hacer de la red una figuración con menos proyección y atractivo cada vez.

En segundo lugar, una división más radical separaría a quienes están conectados, independientemente del “tamaño” de la red, de aquellos que no pueden integrarse en ellas. Es en este sentido en el que se habla de la exclusión como nueva forma de desigualdad extrema, y en base a la cual se han construido afirmaciones, tales como la de Beck, de que “los nuevos ricos ya no

148 Un planteamiento con ciertas semejanzas encontramos en Coleman, incluso en la terminología, si bien, curiosamente, no está elaborado en este caso a partir de los lugares comunes sobre redes u globalización, sino del más clásico debate entre agentes corporativos y agentes individuales y la relación entre ellos:

“It means that inequality is created in society, inequality not due to differences in skill or in effort but to one's particular location. Just as some persons in the old structure have had the good fortune to be born into wealthy or powerful families, some persons in the new social structure have the good fortune to be at a node which, larger than those which surround it, can extract a greater fraction of the value from the transactions it engages in than can those with which it deals.” (Coleman, 1980: 24).

5. La distinción conflicto-asimetría

‘necesitan’ a los nuevos pobres”¹⁴⁹ (Beck, 1998a: 23). Tras esta imagen, la idea de fondo es que más allá de lo que supone la integración en redes débiles que se encuentran en competencia con redes fuertes, la situación es aún más desesperada para quienes no tienen posibilidades de competir porque se encuentran completamente desconectados. Este tipo de representación de la desigualdad la encontramos, por ejemplo, en Castells, quien afirma que “la presencia o ausencia en la red y la dinámica de cada una frente al resto son fuentes cruciales de dominio y cambio en nuestra sociedad” (Castells, 2005: 549).

Hay que tener precaución, sin embargo, con este argumento. En nuestros términos, de hecho, la completa desconexión equivaldría a la negación de la categoría de agente. Sería crucial, desde luego, si encontráramos que un número importante y creciente de seres humanos son reducidos a la categoría de no-agentes. Sin embargo, nos parece evidente que esto es subestimar sus capacidades, y no nos parece acertada la formulación de Boltanski y Chiapello, según la cual “es excluido aquel que depende de los demás, pero del que ya nadie depende” (Boltanski, Chiapello, 2002: 185), porque si sigue siendo un agente, siempre ha de ser capaz de otorgar algún tipo de sanción, por poco valiosa que esta sea. Frente a esa propuesta más extrema, su afirmación de que “(...) cada ser -tanto los seres humanos como los demás- existen más o menos en función del número y del valor de las conexiones que pasan por él” y su descripción del mundo en red como uno que “no conoce más sanción que el rechazo o la exclusión, la cual, privando a la persona de sus vínculos (...), la expulsa hacia los límites de la red, allí donde las conexiones son, al mismo tiempo, escasas y sin valor” (Boltanski, Chiapello, 2002: 185), nos parece mucho más razonable.

Tendríamos, así, una gradación de los agentes que variaría en función de las relaciones que les conforman, esto es, de la calidad y cantidad de redes en las que opera. Entonces, nos parece que en lugar de entender los desconectados como una categoría discreta, sería más oportuno situarla junto a las anteriores formando un continuum, situándola en uno de sus polos, mientras que en el otro se ubicarían aquellos integrados en redes fuertes, y que dejarían entre ambos espacio para posiciones intermedias. En conjunto, podríamos decir que las redes fuertes son las compuestas por agentes fuertes y, al revés, que las redes débiles son las compuestas por agentes débiles, aunque el

149 De nuevo, encontramos análisis similares con los cambios socio-económicos de la década de los 70, con anterioridad al boom de la globalización:

“En cambio, las nuevas categorías, puestas drop-out de facto, atestiguan la incapacidad del sistema para ‘socializar la sociedad’ en su marco estratégico tradicional, para integrarla dinámicamente, así fuese a través de la contradicción violenta, en el nivel de la producción.” (Baudrillard, 1983: 142-143).

5. La distinción conflicto-asimetría

grado de desigualdad en la competencia establecida en cada caso, por supuesto, permanece como una cuestión empírica, del mismo modo que lo hace el grado de polarización de la distribución de los agentes y las redes en un continuo como el que hemos propuesto.

No todos los autores, sin embargo, han seguido la metáfora de la red para explorar las nuevas desigualdades. Más próxima a la metáfora de los flujos que a la de las redes, muchos han optado por la movilidad, en lugar de la conexión, como clave para explicar los nuevos diferenciales de agencia. Si el mundo globalizado es creado por la circulación acelerada y aumentada de los agentes por todo el mundo, desde esta perspectiva lo que se destaca es el reconocimiento de que no todos los agentes tienen la misma capacidad de desplazamiento. La capacidad para salvar distancias vuelve a ser la piedra de toque para determinar la potencia de los agentes, y en esto ambas versiones se mantienen próximas. La principal diferencia es que, mientras la versión reticular de la desigualdad hace hincapié en que el valor de esa capacidad para salvar distancias estriba en la riqueza de conexiones que se consigue a consecuencia de ella -y también como causa de ella, en un círculo vicioso o virtuoso, dependiendo de la posición de la gente-, este supuesto permanece más implícito en la versión de la movilidad, aunque cabe deducir que el principio es el mismo: agentes más móviles tienen más oportunidades de entablar relaciones beneficiosas. Esto es lo que convierte a la movilidad en un valor, en función del cual se puede medir la “fortuna” -en sus dos sentidos de riqueza y de suerte- de los agentes. La fórmula más popular de este tipo de planteamiento, a buen seguro, es la construida por Bauman:

“Los usos del tiempo y el espacio son tan diferenciados como diferenciadores. La globalización divide en la misma medida que une: las causas de la división son las mismas que promueven la unidad del globo. (...) Lo que para algunos aparece como globalización es localización para otros; lo que para algunos es la señal de una nueva libertad cae sobre muchos más como una hado cruel e inesperado. La movilidad asciende al primer lugar entre los valores codiciados; la libertad de movimientos, una mercancía siempre escasa y distribuida de manera desigual, se convierte rápidamente en el factor de estratificación en nuestra época moderna tardía o posmoderna.” (Bauman, 2001: 8)

Su propuesta, no obstante, es en algunos momentos confusa. Así, frente a quienes gozan del privilegio de la movilidad ilimitada sitúa unas veces a aquellos atados al territorio, y otras a aquellos para los que la movilidad tiene más el carácter de carrera de obstáculos que de cruce de lujo. De este modo, unas veces parece ser la preeminencia del espacio sobre el tiempo la que articula división, diferenciando entre quienes viven en un “presente perpetuo” en constante

5. La distinción conflicto-asimetría

movimiento y quienes habitan un “tiempo abundante, innecesario e inútil” sin prácticamente moverse del sitio:

“Los residentes del primer mundo viven en el tiempo; el espacio no rige para ellos, ya que cualquier distancia se recorre instantáneamente. Es la experiencia de vida que Jean Baudrillard expresó en su imagen de la ‘hiperrealidad’, donde lo real y lo virtual son inseparables, ya que ambos adquieren o pierden en la misma medida la ‘objetividad’, la ‘externalidad’ y el ‘poder punitivo’ que para Emile Durkheim constituyen los síntomas de toda realidad. Por su parte, los residentes del segundo mundo viven en el espacio, pesado, resistente, intocable, q ata el tiempo y lo mantiene fuera de su control. Su tiempo es vacuo; en él, ‘nunca pasa nada’. Sólo el tiempo virtual de la televisión tienen una ‘estructura’, un ‘horario’; el resto pasa monótono, va y viene, no exige nada y aparentemente no deja rastros” ” (Bauman, 2001: 116-117)

En un espíritu similar, aunque más firmemente arraigado en el pensamiento marxista, Zizek dice que “uno se siente casi tentado de resucitar la vieja distinción marxista 'humanista' entre 'relaciones entre cosas' y 'relaciones entre personas': en la muy celebrada libre circulación abierta por el capitalismo global, son las 'cosas (las mercancías) las que circulan libremente, mientras que la circulación de personas está cada vez más controlada” (Zizek, 2005: 116). Lo que se nos presenta de este modo es, en un polo, la movilidad del capitalismo, la libertad de circulación para capitales y mercancías, y, en el opuesto, la inmovilidad del trabajo, ante el que las fronteras se cierran¹⁵⁰.

Sin embargo, esta no es la única posibilidad de concebir la movilidad como fuente de desigualdad y, volviendo a Bauman, éste en otras ocasiones, y especialmente en su famosa metáfora del dualismo entre “turista” y “vagabundo”, parece enfatizar las diferentes experiencias de la misma como el eje principal de asimetría:

“Los turistas se desplazan porque el mundo a su alcance (global) es irresistiblemente atractivo; los vagabundos porque el mundo a su alcance (local) es insoportablemente inhóspito. Los turistas viajan porque quieren; los vagabundos, porque no tienen otra elección soportable.” (Bauman, 2001: 122)

150 No obstante, apuntes como el de Harvey (1995) sobre el hecho de que reconocimiento de esa movilidad de los capitalistas por parte de los trabajadores contribuye a acrecentarla, nos servirían para introducir matices interesantes, al destapar la contribución que los “inmóviles” hacen al aumento de la desigualdad al aceptar la imagen -casi podríamos decir ideología- de hipermovilidad que los dominantes proyectan de sí mismos, de manera similar a como Braidotti plantea que la proyección de la imagen de inmovilidad y pasividad sobre las mujeres ha contribuido de hecho a convertirla en realidad (Braidotti, 1994: 56).

5. La distinción conflicto-asimetría

Parece razonable asumir que los vagabundos son los “localizados” que consiguieron llevar sus pesadas anclas, aunque esto nos deja en situación de vernos obligados a admitir que, de alguna manera, el vagabundo no es el último peldaño de la escalera de la estratificación, y su contraposición al turista parece perder algo de fuerza. Nos sentimos tentados, a raíz de esto, de proponer una fórmula semejante a la utilizada para el análisis de la desigualdad respecto a las redes, poniendo ahora en un extremo al turista, en el otro a los localizados, y en algún punto próximo a estos a los vagabundos, quienes no sufren la absoluta inmovilidad de los segundos, pero tampoco gozan de la irrestricta movilidad de los primeros. Si el turista puede superar tantas distancias como se proponga, y el localizado apenas puede superar alguna, el vagabundo se encuentra con dificultades para superarlas tanto como las necesita.

Es importante, en cualquier caso, no caer en la presuposición de que los turistas son agentes para los que la localización es por completo indiferente ya que, como expone Harvey, “(...) aquellos que gobiernan el espacio siempre pueden controlar las políticas del lugar, aún cuando –y este es un corolario fundamental- hace falta, en primer término, tener control sobre algún lugar para gobernar el espacio” (Harvey, 1995: 260). De nuevo, nos parece que la imagen de la red nos ayuda más que la referencia abstracta a la movilidad para dar cuenta de esta importancia del dominio del lugar, pues nos sensibiliza para comprender el poder de desplazamiento como una capacidad producida en una multiplicidad de conexiones y no meramente como una capacidad intrínseca del agente.

B. La jerarquía en el interior de las redes

Si pasamos a ocuparnos ahora, como dijimos, de la desigualdad creada en el interior de la red, parece tras lo argumentado hasta el momento que estaríamos proponiendo algo que, de entrada, resultaría contradictorio. No sólo hemos dicho que las redes fuertes se componen de agentes fuertes sino, más allá, que son las redes las que les constituyen como tales, y lo mismo es aplicable a agentes y redes débiles. Aún se profundizaría más la contradicción si partiéramos de asunciones como la que hace Castells de entender que la red como forma de organización social, supone la descentralización y la ausencia de jerarquías. Afortunadamente, esta objeción al menos, la podemos pasar por alto en la medida en que ya dijimos que no era en este sentido en el que utilizábamos la metáfora de la red. No obstante, aún queda el problema de compatibilizar las definiciones de redes fuertes y débiles con la existencia de desigualdades importantes en el interior de la red.

5. La distinción conflicto-asimetría

Se impone, para responder a este problema hacer una precisión, introduciendo el matiz que supone la distinción entre relaciones de cooperación y competencia. Siempre que hablamos de relaciones de cooperación, en la medida que en ellas todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas, todos corren la misma suerte y el beneficio de uno depende del de los demás, no así en las de competición. Si bien en una relación cooperativa los agentes pueden ser desiguales, lo importante es siempre la capacidad conjunta de actuación, por lo que la asimetría es relativamente poco relevante. Sin embargo, en función de las relaciones que se entrecruzan con una relación dada, ésta pasa de ser considerada cooperativa a ser considerada competitiva, y es cuando la desigualdad cobra su mayor protagonismo, porque es entonces cuando servirá para determinar qué agente recibe sanción positiva y qué agente sanción negativa.

Hablar, como lo hemos hecho, de la desigualdad entre las redes, supone enfatizar el verlas como redes cooperativas de puertas hacia dentro. Desde este punto de vista, sí se produce esa solidaridad entre unos y otros agentes que hacen que una red fuerte haga fuertes a sus componentes, y viceversa. No obstante, no hay razón lógica ninguna para pensar en las relaciones en el interior de la red como exclusivamente cooperativas, y es en este sentido en el que se puede hablar de su constitución asimétrica, si bien, como siempre, el grado de asimetría es una cuestión empírica. Esto, como ya hemos comentado en otros momentos, no significa que el que una relación sea cooperativa o competitiva dependa de la definición subjetiva de los agentes, sino de su entrecruzamiento con otras relaciones. Una red fuerte puede “exprimir” a algunos de los agentes integrados en ella, hasta volverlos inservibles y expulsarlos, y dichos agentes pueden haberlo percibido en todo momento como una relación cooperativa, que, de hecho, en relación a otras relaciones en la que ellos estaban insertos, podía serlo, pero siempre en vinculación con su posición en una figuración más amplia que es la única determinante.

Si la concepción de las desigualdades entre agentes en función de su conexión o desconexión de determinadas redes, o de su grado de movilidad, ha tenido tanto éxito y ha estado tan vinculada a la popularización de la exclusión, el análisis de la desigualdad dentro de la red ha recibido menos atención en virtud de su mayor proximidad al análisis de la explotación que, al fin y al cabo, es una fórmula en absoluto novedosa y que, de hecho, representa el paradigma que se ha criticado¹⁵¹. Esto

151 En realidad habría que reconocer que han existido numerosas “terceras vías” entre la exclusión y la explotación, siempre asociada a las relaciones laborales, como algunas formulaciones de Beck en torno a la categoría de “consumidores”, aunque por su impacto limitado y sus dificultades lógicas -que nos parecen bien resumidas en la afirmación de Offe de que “los ‘consumidores’ no constituyen un complejo de

5. La distinción conflicto-asimetría

no quiere decir que haya sido descartada por completo y que no haya múltiples análisis que han tratado de reflejar las transformaciones que ha experimentado en el marco de la globalización¹⁵² o que hayan tratado de debatir esa supuesta preponderancia de nuevos ejes de desigualdad¹⁵³.

De entre los autores más populares en este área de estudio, junto con los que trabajan en dentro de la corriente de la teoría del sistema-mundo -paradigma dentro del cual la asociación de la mundialización de las relaciones sociales con la división mundial del trabajo y la regionalización espacial de la producción, el protagonismo de la explotación está garantizado-, quizá sea Sassen la que más énfasis ha puesto en la continuidad de la explotación, vinculando, por ejemplo, las migraciones y su empleo en el sector de servicios personales y en los talleres clandestinos que proliferan en las grandes ciudades, con los estilos de vida y los gustos de las élites que residen en ellas por su importancia como localizaciones de los servicios a empresas que tanta relevancia ha cobrado en el nuevo modelo de capitalismo, o, como muestra en su concepto de “feminización de la supervivencia”, exponiendo la dependencia de la explotación de las mujeres que se registra en diversas comunidades, o incluso naciones:

“Estos circuitos pueden ser pensados como indicadores, siempre parciales, de la feminización de la supervivencia, dado que estas formas de sustento, de obtención de beneficios y de garantizar los ingresos gubernamentales se realizan, cada vez más, a costa de la mujeres. Al usar la noción de feminización de la supervivencia no me estoy refiriendo al hecho de que la economía doméstica, realmente comunidades enteras, dependan de manera creciente de las mujeres. Quiero enfatizar también el hecho de que los gobiernos dependen de los ingresos de las mujeres inscritas en los circuitos transfronterizos, así como de toda una suerte de empresas cuyos modos de obtener ganancias se realizan en los márgenes de la economía ‘ilícita’.”

[cursivas mías] (Sassen, 2003: 44-45)

Boltanski y Chiapelo se han mantenido a caballo entre la fórmula de la exclusión y la explotación y han tratado de vincular ambas, con un peso fundamental de la reflexión de que “el

individuos claramente delimitable y organizable”(Offe, 1991: 232)- pensamos que pueden dejarse de lado en este trabajo.

152 Aunque también es posible, a la inversa, afirmar que el modelo de la explotación como gran vector de la lucha de clases ha sido cuestionado, incluso dentro del pensamiento marxista, por motivos diferentes a su desplazamiento por nuevas líneas de fractura. Así, por ejemplo Cohen, argumentará que se debe a la falta de coincidencia de las seis características propias de la antigua clase obrera (*mayoría, producción, explotación, necesidad, nada que perder y revolución*). (Cohen, 2001: 145).

153 Ver, por ejemplo, Goldthorpe, J. (2002).

5. La distinción conflicto-asimetría

modelo de la exclusión permite señalar una negatividad sin pasar por una acusación” (Boltanski, Chiapelo, 2002: 446). Se han ocupado, por ello, de tratar de mostrar de qué manera en el mundo en red, los beneficios de los “grandes” suponen un perjuicio para los “pequeños”. Establecer las condiciones bajo las cuales la “grandeza” de unos se alimenta de la “pequeñez” de los otros, hace que necesariamente desplacemos el conflicto y la asimetría al interior de la red, tratando de dar cuenta de cómo opera el mecanismo que produce esa capacidad diferencial, en lugar de partir de ella como un dato “dado” sobre la que posteriormente explicar el rumbo de los conflictos. Si el valor de los agentes depende de su capacidad para saltar distancias, entonces depende también de la sujeción de los otros a sus posiciones, pues es esta la que crea tal distancia en primer lugar. La relación es esencialmente competitiva porque el beneficio de unos no puede lograrse sin el perjuicio de quienes permanecen localizados y sin nuevas perspectivas de conexión. Su respuesta a este problema ha sacado a la luz la necesidad de inmovilidad que tienen los sujetos hiper-móviles para poder acumular conexiones, y cómo es el desplazamiento de esa inmovilidad hacia otros agentes en el que se encuentra en la base de su prosperidad:

“Permaneciendo en un mismo lugar, los pequeños aseguran en él la presencia de los grandes, que no pueden estar en todas partes y mantienen los lazos que estos tejieron. Son ellos quienes permiten superar los límites temporales (naturales) que se oponen a la extensión del capital social. En un mundo conexionista, diremos que los pequeños son los dobles. (...) Su estancia en ese nudo de la red es imprescindible para los desplazamientos del grande. Sin su presencia, el grande perdería, a medida que se desplaza, tantas relaciones como fuera creando. No podría acumularlas.” (Boltanski, Chiapelo, 2002: 469)

Pero probablemente sea Negri quien más lejos ha llevado la vinculación de la globalización con la organización reticular y, a pesar de ello, con la explotación, que lejos de combinarse de alguna manera con la exclusión, supone, en su radicalización, su negación completa. Si en su modelo teórico, como ya apuntamos, el imperio “es un aparato descentrado y desterritorializador de dominio que progresivamente incorpora la totalidad del terreno global dentro de sus fronteras abiertas y en permanente expansión” que “maneja identidades híbridas, jerarquías flexibles e intercambios plurales a través de redes de mando adaptables”, la forma de dominación que le corresponde, y que Negri toma de Foucault, es el biopoder, que define como “una forma de poder que regula la vida social desde su interior, siguiéndola, interpretándola, absorbiéndola y rearticulándola” (Negri, Hardt, 2002: 38). Frente al poder disciplinario conocido hasta ahora, el biopoder se caracteriza por infiltrarse en todos los rincones de la sociedad, más allá de las

5. La distinción conflicto-asimetría

instituciones, profundizando así la capacidad de control sobre los individuos hasta extremos antes inimaginables. Este enfoque no sólo privilegia el conflicto dentro de la red, sino que hace imposible el conflicto fuera de ella, dado que esta dinámica que integra a todos en la red de dominio capitalista hace que cada lucha, aunque esté firmemente arraigada en las condiciones locales, inmediatamente salte al nivel global y ataque la constitución imperial en su totalidad. Dominantes y dominados forman, entonces, parte del mismo entramado, que Negri describe como una composición fruto del enfrentamiento entre la voluntad de control y la productividad del deseo¹⁵⁴.

Este nuevo poder se relacionaría con la transformación del sistema productivo, que habría experimentado su propio “giro lingüístico”. La importancia de las tecnologías de la información y la preponderancia (cualitativa, sino cuantitativa) de lo que Negri llama el trabajo inmaterial, relacionado con la manipulación de símbolos y emociones (producción industrial informatizada, tareas analíticas y simbólicas y producción y manipulación de afectos), hace que toda la vida del individuo se vea implicada en la producción económica. Así, el concepto de explotación aún sería pertinente, incluso para aquellos que no se encuentran insertos en una relación laboral, dado que todos somos siempre participantes de la producción social, por nuestra participación en la producción y reproducción de la vida¹⁵⁵. Esta propuesta de Negri tiene la ventaja de hacernos entender la explotación de una manera más flexible de lo que es posible a partir de los términos del marxismo ortodoxo, aunque estas posibilidades de generalización del concepto de explotación pierden fuerza al ser simplemente correlativo con la extensión del capitalismo.

154 “Mientras la expresión ‘fuera de toda medida’ se refiere a la imposibilidad que tiene el poder de calcular y ordenar la producción a nivel global, al hablar de lo que está ‘más allá de toda medida’ nos referimos a la vitalidad del contexto productivo, a la expresión de la fuerza laboral como deseo y a sus capacidades para constituir la trama biopolítica del imperio desde abajo” (Negri, Hardt, 2002: 326).

155 “*When we say that the becoming common of labour is a central condition necessary for the construction of the multitude, this might suggest that those who are excluded from waged labor –the poor, the unemployed, the unwaged, the homeless, and so forth- are also by definition excluded from the multitude. This is not the case, however, because these classes are in fact included in social production. Despite the myriad mechanism of hierarchy and subordination, the poor constantly express an enormous power of life production*” (Negri, 2004: 129).

5. La distinción conflicto-asimetría

5.2.2. La asimetría no implica fragmentación ni competencia

A. Explotación vs. Exclusión

De lo visto hasta aquí emerge un panorama en el que se observan distintos ejes de desigualdad que derivan en formas específicas de dominación, y pareciera que la cuestión fundamental fuese la determinación del grado de protagonismo de unas y otras líneas de fractura. Si se toma como protagonista la movilidad o la capacidad de conexión nos encontramos con la exclusión como principal mecanismo reproductor de las desigualdades, y si defendemos la necesidad de mantener nuestro foco de atención en la apropiación desigual de la producción podemos continuar con la fórmula de la explotación, aunque sea en una nueva articulación. Incluso la propuesta “híbrida” de Boltanski y Chiapello parece reconocer una cierta heterogeneidad entre el modelo de la exclusión y el de la explotación, y lo que pretende es ligar la explotación a la movilidad, no la reconciliación de ambas formas de dominación. En cualquiera de los casos, cualquier análisis superficial de nuestro mundo nos deja ver que tanto la exclusión como la explotación se encuentran realmente presentes y que ambas coexisten, y probablemente ningún autor pretendiera negar -quizá Negri- que una u otra fórmula sean suficientes para dar cuenta del fenómeno de la globalización.

Sin embargo, ya anunciamos en la introducción que nosotros proponemos, primero, que toda forma de desigualdad es una desigualdad de poder y, segundo, que no se debe tomar la desigualdad como indicador neto de conflicto. Por un lado, entonces, enfrentamos la tarea de “disolver” las diferencias entre el modelo de la exclusión y el de la explotación lo suficiente como para poder dar cuenta del elemento común de poder diferencial que anida en ellas. Por otro lado, si nosotros mismos hemos hecho la precisión de identificar la exclusión con la desigualdad entre redes y la explotación con la desigualdad dentro de la red, y hemos indicado precisamente que el conflicto es el que trae a primer plano la asimetría, tenemos que resolver el problema de cómo “disolver” la paradoja que aparentemente hemos creado. Una puntualización al respecto es precisa antes de enfrentarnos a estos problemas, y es hacer notar que a pesar de que vinculemos la exclusión a la asimetría entre redes, no pretendemos decir con ello que una red no puede explotar a otra, al contrario, el trabajo de Tilly (2005) sobre la explotación de las organizaciones de las redes de confianza nos parece que marca una dirección muy interesante.

5. La distinción conflicto-asimetría

Abordaremos primero el problema de la distinción entre exclusión y explotación: ¿cómo podemos concebir la desigualdad de poder que subyace a ambas fórmulas? Realmente, en nuestros términos, no hay muchas maneras de concebirla. Si la capacidad diferencial de agencia es directamente identificable con la desigualdad de poder, como ya vimos en el primer capítulo, nosotros proponemos claramente que esta asimetría radica directamente en el posicionamiento del agente en una figuración. Esto significa, que dado que defendemos la agencia misma se constituye en las relaciones de las que forma parte, sólo en términos de la calidad y cantidad de relaciones que atraviesan a un agente se puede determinar el número de sanciones que podría otorgar y la probabilidad de que pudiera hacerlas efectivas, incluso a pesar de encontrar resistencia, lo cual, a su vez, depende por completo de las sanciones que él recibe.

Esta propuesta puede dar lugar a tres confusiones. Primero, ¿significa el énfasis en la relacionalidad que aceptamos el modelo de la exclusión? La respuesta en este caso es sencilla porque, como muestran Boltanski y Chiapello o Castells, la centralidad de la conectividad y la capacidad para desplazarse no es incompatible con la explotación. Segundo, ¿significa, entonces, que adoptamos el modelo de Boltanski y Chiapello y apostamos por prescindir del concepto de exclusión, o el de Castells donde se vinculan exclusión y explotación? La respuesta ahora es algo más compleja. Por una parte, el modelo de Castells donde la asociación de exclusión y explotación sirve como contraposición a otras formas de desigualdad en la “distribución”, no es suficiente para nuestros propósitos. Por otra, como comentamos en el capítulo 2, nos parece que, sin duda, los procesos por los que “se cortan” relaciones, son tan importantes como aquellos por los que se construyen y, en nuestros términos, la fragmentación es ciertamente uno de los resultados posibles de las relaciones de competencia. Un agente puede salir beneficiado si consigue deshacerse de sanciones negativas que le imponen determinadas relaciones, así como deshacerse de la obligación de otorgar determinadas sanciones positivas. Es importante, en este sentido, recuperar la argumentación que hacíamos en aquel capítulo sobre que hay que diferenciar entre el agente en una relación y el agente en un nodo de relaciones. Esto quiere decir que “salirse” o “expulsar” a otro de una relación no significa necesariamente disminuir el número de relaciones en las que uno está inserto, pues puede permitirle entrar en otras de mayor calidad, esto es, de las que el reposicionamiento que obtiene le abre un mayor número de nuevas alternativas.

Tercero, y por último, ¿significa, por consiguiente, que lo que rechazamos es el modelo de la explotación a la manera en que se muestra en Sassen o Negri, es decir, en los términos más clásicos del marxismo? Esta cuestión es crucial y a la que nos vemos obligados a dar una respuesta más

5. La distinción conflicto-asimetría

ambigua, puesto que a la vez queremos decir que sí y que no. Estamos de acuerdo en que supone rechazarla en la medida en que el modelo de la explotación se tome como referencia de una relación económica, y en ese sentido distinguible de otros tipos de explotación, como pretenden Boltanski y Chiapello al enunciar diferentes tipos de justicia -distinción que puede tener sentido dentro de los discursos de los agentes a los que nos referimos, por supuesto-. Pero no creemos que sea necesario rechazarla en el sentido de que, en realidad, no hay una discrepancia fundamental entre el modelo de la explotación y el que nosotros proponemos, en cuanto que aquella supone igualmente capacidades diferenciales de agencia descriptibles en términos de las relaciones que conforman a unos y otros agentes.

¿Cuál sería entonces la distinción fundamental para nosotros entre el modelo de la exclusión y el de la explotación? Ciertamente, no pretendemos negar la importancia de la exclusión en el sentido en el que Castle, por ejemplo, afirma que “la característica más perturbadora de la situación actual es sin duda la reaparición del perfil de los 'trabajadores sin trabajo' a los que se refirió Hannah Arendt, los cuales ocupan literalmente en la sociedad un lugar de supernumerarios, de 'inútiles para el mundo'” (Castel, 1997: 390). Nos parece, sin embargo, que, en nuestros términos, lo que normalmente se describe como exclusión se asemeja a la fragmentación y lo que la distingue de la explotación es que aquella hace referencia a dinámicas, mientras que esta lo hace a relaciones estabilizadas, y su protagonismo no es sino el protagonismo que las dinámicas cobran en épocas de cambio social profundo. De nuevo Castle lo expresa de forma muy adecuada al relacionar “desconversión” y desafiliación y definirla como “una movilidad desordenada [que] coexiste con la rigidez de las estructuras del enmarcamiento” (Castel, 1997: 86).

Igualmente certera encontramos su afirmación de que la desafiliación “no necesariamente equivale a una ausencia completa de vínculos, sino también a la ausencia de inscripción del sujeto en estructuras dadoras de sentido” (Castel, 1997: 421). A menudo cuando hablamos de exclusión como representando islas figuracionales aisladas no estamos haciendo justicia a la cantidad de relaciones que les unen con las figuraciones centrales, y de las que reciben multitud de sanciones negativas. No se trata sólo de reivindicar un cambio de terminología en el análisis, sino de reflejar la dificultad que desde nuestro punto de vista como agentes nos encontramos para referirnos a relaciones de explotación conformadas fuera de la institución del trabajo asalariado. No es, entonces, que hayamos pasado de una organización social de alta integración a otra de alta fragmentación o, aún más precisamente, que enfrentemos el surgimiento de dos sociedades, una altamente interdependiente y otra de escasa densidad de interconexiones,

5. La distinción conflicto-asimetría

débil y atomizada, sino de nuevas figuraciones donde la exclusión se nos hace patente al romper con las formas de explotación conocidas, pero sin que sea posible predecir -y tampoco describir nuestro pasado con ellas- una u otra como forma primordial de dominación. Lo que la exclusión nos muestra son las nuevas fuentes de desigualdad que proliferan en medio de, y gracias a, los procesos de fragmentación e integración que atravesamos.

La exclusión y explotación, tal y como vemos ahora, no son excluyentes, sino que representan dos prácticas siempre presentes en cualquier ejercicio de dominación. Podemos retomar, entonces, nuestra formulación de que el poder tiene que ver con el número de sanciones que podría otorgar y la probabilidad de que pudiera hacerlas efectivas, incluso a pesar de encontrar resistencia, y ponerla en relación con la distinción que Burt hacía entre “poder estructural” y “autonomía”, donde el primero lo definía como “la habilidad para actuar a pesar de las constricciones” y el segundo como “la habilidad para actuar sin constricciones” (Burt, 1982: 356). Así, podríamos asociar ese “poder estructural” a la explotación y la “autonomía” a la exclusión, aunque la tentación de identificarlo como dos tipos de poder nos parece demasiado peligrosa, pues el poder es siempre el mismo -la capacidad de actuar-, de modo que, volviendo al problema inicial, es preferible concebirlas como dos mecanismos diferentes para resolver una relación conflictual que operan, sin embargo, bajo el mismo principio.

Podemos ahora ocuparnos del segundo problema: ¿cómo se relacionan conflicto y asimetría en los conceptos de exclusión y explotación? Habíamos visto que algunas de nuestras proposiciones resultaban paradójicas. Por un lado, identificábamos la exclusión con la asimetría entre redes y explotación con la asimetría dentro de la red, y señalábamos que era la ubicación del conflicto el que destacaba una u otra. Sin embargo, hemos afirmado también que no se debe identificar desigualdad y conflicto. En el argumento de que exclusión y explotación son dos tipos de mecanismos para resolver una relación de competencia, encontramos la solución a la paradoja que habíamos creado. Exclusión y explotación, entonces, no son relaciones de conflicto, sino las formas por las que este disuelve y se establece la dominación, y esto, como adelantábamos en la introducción, tiene lugar con más facilidad precisamente si la desigualdad es muy importante que si es prácticamente imperceptible. Es por efecto de las relaciones de dominación, y no a pesar de ellas, que el conflicto disminuye, y en este sentido era en el que nos pronunciábamos en la introducción respecto a la ausencia de “rebeliones” por parte de los dominados.

Lukes toma de Tilly la siguiente lista de respuestas a la pregunta de por qué la que los subordinados no se rebelan, que nos es muy útil para mostrar nuestra posición: (1) “la premisa es

5. La distinción conflicto-asimetría

incorrecta, los subordinados se rebelan en realidad constantemente, pero de formas encubiertas”; (2) “los subordinados consiguen algo a cambio de subordinación, algo que es suficiente para hacerles consentir la mayor parte del tiempo”; (3) “por medio de la búsqueda de otros fines valorados, tales como la estima o la identidad, los subordinados se implican en sistemas que los explotan o los oprimen (en algunas versiones, el núm. 3 es idéntico al núm. 2)”; (4) “como consecuencia de la mistificación, la represión o la pura falta de disponibilidad de marcos ideológicos alternativos, los subordinados no tienen conciencia de sus verdaderos intereses”; (5) “la fuerza y la inercia mantienen a los subordinados en su sitio”; (6) “la resistencia y la rebelión son costosas; la mayor parte de los subordinados carecen de los medios necesarios”; “todas las que anteceden” (Lukes, 2007: xxi-xxii). Nosotros preferimos resumir el listado proponiendo simplemente, que se rebelan aunque quizá no bajo las formas en que imaginamos que deberían hacerlo, y cuando no lo hacen, o bien es porque no pueden, o bien es porque no quieren. La afinidad entre la primera parte de la proposición con la respuesta (1) es evidente, aunque nosotros preferimos no pronunciarnos respecto a si se rebelan “de formas encubiertas” y preferimos achacarlo a que el observador busque en el sitio erróneo. Las respuestas (2) y (3) que, efectivamente, nosotros consideramos idénticas, las englobamos bajo el enunciado de que en ocasiones no quieren rebelarse, y las respuestas (4), (5) y (6), bajo el de que no pueden, y a estos efectos es indistinto que sea una cuestión de falsa conciencia, de represión o de falta de recursos. En general, y aunque esto pueda resultar polémico, consideramos que de la (2) a la (6), simplemente no hay conflicto, pues no hay otra manera de medir éste que en la traducción de las relaciones en términos de competencia y cooperación y, tanto si reciben una sanción positiva directamente, como si la reciben indirectamente por medio de otras relaciones, realmente nos encontramos en relaciones cooperativas.

Con respecto a este argumento, una vez más, tenemos que insistir en que bajo nuestra perspectiva, sólo en relación a otras relaciones, esto es, sólo en términos figuracionales, se puede determinar si una sanción es positiva o no. Lo único que queda excluido si las sanciones no son iguales para todas las partes es la reciprocidad, y queda pendiente de juicio el dictamen de si los intercambios son o no justos. Por otra parte, la realidad del desempleo masivo que vivimos en la actualidad en buena parte del mundo “desarrollado” y, de hecho, las mismas reivindicaciones de la pobre condición de quien “ni siquiera” es explotado, y que han desembocado en todo tipo de medidas para la atracción de la inversión y el endurecimiento de las condiciones de empleo para el trabajador con el fin de animar las contrataciones, dan buena medida de la dificultad de medir el carácter positivo o negativo de las sanciones sino es dentro de un entramado de relaciones más

5. La distinción conflicto-asimetría

amplio. Así, la explotación se concebiría como una relación de cooperación que sólo en relación a otras relaciones de competencia hace que una de las partes “de por buena” la sanción que contribuye a su debilitamiento, y esto es lo que distingue fundamentalmente a las relaciones de explotación de otras relaciones de cooperación: la desigualdad que reproduce.

Lo mismo puede aplicarse a la exclusión que no tiene ningún valor si no es dentro de una figuración, pues la exclusión completa difícilmente podría verse como mecanismo de sustentación de la dominación. La exclusión, desde este punto de vista, sería en realidad una forma de integración -producida, sin duda, por fragmentaciones parciales- que, igual que la explotación, contribuiría a reproducir la desigualdad que la origina y que no remite, en realidad, a un peldaño por debajo de la explotación, como lo que queda cuando no ya no se da ni siquiera esta. Al contrario, la exclusión es la condición para la explotación, al contribuir a generar las condiciones bajo las que lo que para otros serían sanciones negativas se pueden considerar como sanciones positivas. Lo que en la exclusión se produce, en resumen, es la distribución de autonomía y dependencia en una figuración. En este sentido podemos redundar en la importancia de no considerar exclusión y explotación como formas alternativas, dado que la transformación de una relación de explotación en una de exclusión no puede ser sino la apertura del camino a nuevas relaciones de explotación, espiral de la que sólo la producción de nuevas relaciones que fortalezcan al agente, fuera de las que contribuyen a debilitarle, puede hacerle salir, restableciendo el carácter competitivo de la relación.

B. Cierre y explotación: definiciones

Podemos a partir de las argumentaciones previas introducir ahora nuestras propias definiciones de los conceptos de explotación y exclusión, aunque de ahora en adelante, sustituiremos el término de exclusión por el de cierre, dado que en nuestra articulación conceptual “exclusión” tiene un uso específico distinto. Como cada uno de ellos pertenece a un par conceptual distinto, comenzaremos con las definiciones de cierre y apertura, referidos al ámbito de la agencia y las sanciones, y a relaciones no estabilizadas. Cierre lo definiremos como “el movimiento productor de asimetría por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes”, y apertura como “el movimiento productor de simetría por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes”.

Si hemos afirmado que toda desigualdad es desigualdad de poder y que esta depende de la calidad y cantidad de relaciones que conforman al agente, la producción de asimetría tendría que

5. La distinción conflicto-asimetría

ver con la inserción en un número menor y peor de relaciones. Frente a la fragmentación, que a menudo puede suponer un beneficio para uno o todos los agentes involucrados en una relación, el cierre representa una integración perjudicial, debilitante para al menos uno de ellos. En el proceso de cierre, un agente se integra en una relación en la forma de un desplazamiento hacia la periferia de la figuración, donde las conexiones son más escasas y menos fructíferas. La asimetría así producida no es una mera diferencia, sino principalmente una dependencia. Si cuando hablamos de la interdependencia nos referíamos a una figuración y la medíamos así por su sensibilidad y vulnerabilidad, con el cierre lo que vemos es la distribución desigual de la misma. Mientras que la ubicación en el centro de la figuración la interdependencia supone un incremento de poder, por el gran número de alternativas disponibles que permiten movilizar diversas relaciones y facilitan la salida de las no deseadas, en la ubicación en la periferia supone una pérdida de este, al verse reducidas las opciones y dificultar, cuando no imposibilitar, la salida de relaciones perjudiciales. Se ve, así, que la principal diferencia con la simple integración se refiere fundamentalmente a la relación con otras relaciones, es decir, que es un concepto figuracional.

La apertura, por su parte, supone lo opuesto, es decir, la entrada en relaciones en las que las diferencias de poder se acortan, al desplazar al agente hacia el centro de la figuración y limitar su dependencia y, en este sentido, la apertura es una dinámica democratizadora. La distinción entre apertura y cierre es clave a la hora de analizar la dominación, que frecuentemente viste la segunda con los ropajes de la primera, como hace notar Offe respecto a las dos posturas que históricamente han polemizado sobre el beneficio de la integración política de la clase obrera en el sistema democrático capitalista: la que postula la “dominación a través de la exclusión” -la falta de participación política- y la de “dominación a través de la inclusión” -la domesticación de la clase obrera-¹⁵⁶. La crítica de la “dominación a través de la inclusión” supondría precisamente la denuncia

¹⁵⁶“The theoretical opposition between the two positions can be characterized with the concepts 'domination through exclusion' vs. 'domination through inclusion'. The predominantly social-democratic champions of the introduction of universal suffrage wanted to break a relation of domination that rested, in their opinion, on exclusion, that is to say, on the fact that the majority of the population was denied political-institutional and lawful possibilities of participation. (...) As opposed to this, the second position mentioned above operates with a concept of domination based on 'inclusion': precisely the taming of the revolutionary struggle, and the bureaucratic-opportunistic destruction of the emancipatory impulse (...) are suspected to be the objective meaning and unavoidable result of this 'achievement'.” (Offe, 1985: 266).

5. La distinción conflicto-asimetría

de esa “inclusión” como dinámica de cierre, de integración parcial y perjudicial para la clase obrera, pero que se presenta -y muchos añadirían “ideológicamente”- como dinámica de apertura.

El término de cierre lo tomamos de la fórmula del “cierre social” propuesta por Parkin que, al tratar de articular un modelo que pudiera englobar la explotación, tiene la ventaja, frente a otros planteamientos de la exclusión, de tener en cuenta no sólo lo que en nuestros términos llamaríamos fragmentación, sino también la integración. Al definir el cierre social como “la pretensión por parte de un grupo de asegurarse una posición privilegiada a expensas de otros grupos mediante un proceso de subordinación” (Parkin, 1984: 70), podemos mantener el punto de mira en la desigualdad que se crea sin perder de vista el beneficio ganado para otros, al contrario que con el concepto de exclusión, pero haciendo hincapié en la producción de limitaciones, al contrario que el concepto de explotación.

Pero la idea fundamental para nuestro concepto de cierre es la de dependencia, donde se distingue nítidamente de la mera fragmentación, que en la propuesta de sujetos aislados de la sociedad, hace difícil concebir teóricamente dónde se localiza el perjuicio que se les ocasiona. La fórmula de Burt de los agujeros estructurales nos da un gran comienzo para entenderla:

“Estos agujeros en la estructura social -o más sencillamente, agujeros estructurales- crean ventajas competitivas para un individuo cuya influencia en las relaciones alcanzan a cubrirlos. El agujero estructural entre dos grupos no significa que la gente en esos grupos no sean conscientes los unos de los otros. Sólo significa que las personas están centradas en sus propias actividades y no atienden a las actividades de las personas en el otro grupo. Los agujeros son buffers ¿?, como un aislante en un circuito eléctrico. Las personas situadas a cada lado del agujero estructural circulan en diferentes flujos de información. Los agujeros estructurales son una oportunidad para brotar ¿? el flujo de información entre personas y controlar los proyectos que unen a la gente de los lados opuestos del agujero.” (Burt en Collins, Guillén, England, Meyer, 2002: 155)

Siguiendo esta imagen, podríamos decir que quienes se encuentran en ambos lados de la fractura, nosotros diremos que figuracional mejor que estructural, son agentes relativamente autónomos que, como tales, no se ven afectados por relaciones de dominación, hasta que hace su entrada el agente que tiende el puente, y les vincula convirtiéndose él en el agente subordinador: él genera la dependencia que acrecienta su poder.

Y podemos completar ahora este planteamiento con el concepto de la Teoría del Actor Red de “punto de paso obligado”, que se refiere a un “movimiento doble” consistente en determinar agentes y sus identificaciones “que convierte a un agente en indispensable en una red”, y que

5. La distinción conflicto-asimetría

Boltanski y Chiapello también utilizan para definir al “grande” de la sociedad en red: “el hacedor que aspire a convertirse en paso obligatorio ha de mantener separados los distintos fragmentos de la red entre los cuales logró tender un puente” (Boltanski, Chiapello, 2002: 463).

Si pasamos ahora a la perspectiva agencialista y de sanciones pero para referirnos a relaciones estabilizadas, podemos abordar los conceptos de “explotación” y “completación”. Explotación lo definiremos como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas que producen asimetría” y completación como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas que producen simetría”.

Si el término “completación” resulta bastante incómodo, esperamos que se disculpe nuestra preferencia por él antes que por otros más cargados de connotaciones equívocas como “emancipación” o “simbiosis”. Lo que con estos conceptos se refleja son dos tipos de intercambios, donde el primero supone un círculo vicioso de debilitamiento para al menos uno de los agentes intervinientes, y el segundo un círculo virtuoso para todos ellos. En ambos los participantes reciben sanciones distintas de las que otorgan, por contraposición a la reciprocidad, pero la explotación mina el poder de algunos de ellos e incrementa el de otros, produciendo desigualdad. En la completación, en cambio, todos reciben sanciones positivas que incrementan el poder de ambas partes. Si en la explotación se reproduce la dependencia, en la completación lo que se reproduce es la interdependencia.

Si la explotación ha tendido a considerarse como un intercambio desigual, esto es precisamente lo que tratamos de recoger en este concepto, pero es preciso destacar que la falta de “justicia” o la desigualdad que la provoca, no la convierte *eo ipso* en una relación de competición. Antes al contrario, en la medida en que surge la competición, la explotación tiende a desaparecer, convirtiéndose en función del grado de fuerza que la parte dominante sea capaz de ejercer para lograr que las sanciones ofrecidas sigan siendo positivas para quienes las reciben. En este sentido, la consideración que abordamos en el primer capítulo de los intereses como socialmente producidos, esto es, producidos en el seno de muchas relaciones interconectadas, es mucho más relevante para entender la explotación que la definición de unos intereses objetivos. No es porque el trabajador, sea o no consciente de ello, tiene intereses no satisfechos por la recompensa del empleador que tiene lugar la explotación, sino en la medida en que una parte de las relaciones que le atraviesan hacen que se consideren positivas sanciones que contribuyen a que sea imposible satisfacer otros intereses

5. La distinción conflicto-asimetría

adquiridos en otras relaciones. Esto significa que la explotación es prioritariamente una cuestión de intereses contrapuestos más que un problema de intereses auténticos no reconocidos.

Avanzando por este camino, el postulado del marxismo que hace del conjunto de las relaciones que componen una formación social parte necesaria del análisis de la explotación nos parece plenamente acertado, no así la reducción de la explotación a la relación trabajador-empleador, dado que como se deduce del grado deliberado de apertura de nuestra definición, este es un concepto perfectamente empleable en relaciones de diverso tipo, sin que sea tampoco una cuestión de meramente “acumular” unas y otras, como se nos ha mostrado tanto desde la teoría feminista, como desde la teoría queer y post-colonial: “las estructuras de clase, racismo, género y sexualidad no pueden tratarse como 'variables independientes' porque la opresión de cada una está inscrita en las otras -es constituida por y es constitutiva de las otras” (Brah en VV.AA., 2004: 112).

No postulamos tampoco que la completación sea el opuesto a la explotación en la manera en que se entiende que lo es, por ejemplo, la emancipación, ni pretendemos que refleje un suerte de estado “ideal” para las relaciones sociales. Al revés, pensamos que en mayor o menos medida, es un tipo de relación que se da empíricamente en contextos de relativa simetría. Sin embargo, si nos parece acertado el prestar atención a la manera en la que la explotación puede revestirse de completación como sucede, a menudo, en la legitimación de la explotación doméstica de la mujer basándose en la “complementariedad natural” de los sexos, como en el argumento patriarcal tradicional, y que Becker trataba en su *Tratado sobre la familia* de matematizar y legitimar, sobre la maximización que supone la división sexual del trabajo en la familia.

Por último, recuperando los conceptos presentados respecto a las dinámicas de cierre, queremos poner en relación estas con la explotación. Ha sido frecuente la vinculación del poder asimétrico con la visualización asimétrica, no sólo en la famosa fórmula del panóptico de Foucault y en sus reformulaciones y derivaciones más actuales -tales como la del sinóptico de Bauman-, sino en otras muchas que han asociado, de forma similar al filósofo francés, la posibilidad de escapar al control social con la intimidad y que encontramos en autores tan diversos como Merton, Goffman, Coleman o Derrida. El planteamiento más general de Crozier que relaciona el diferencial de poder con la capacidad para producir incertidumbre¹⁵⁷, nos parece que nos permite englobar de manera

157 “En un marco tal, el poder de A sobre B depende de la previsibilidad de la conducta de B para A, y de la incertidumbre en que B se halle sobre la conducta de A. Mientras las propias necesidades de la acción provoquen situaciones de incertidumbre, los individuos que deban encararlas tendrán en sus manos poder sobre aquellos a quienes afecten los resultados de las decisiones de los primeros.” (Crozier, 1974: 32).

5. La distinción conflicto-asimetría

eficaz estas diversas líneas de argumentación -aunque con la abstracción, evidentemente, siempre se pierde algo de profundidad-. ¿Sería posible entender la explotación desde esta óptica? Nuestra propuesta es que el concepto de dependencia y de punto de paso obligado nos refiere precisamente a esto: los nodos mejor relacionados siempre tienen más alternativas que quienes se encuentran un camino trazado por un único “puente”.

La explotación, entonces, supone, no la falta de reglas para una de las partes -tal cosa sería inconcebible-, sino una multitud de ellas, que son las que le permiten “optar”. Ciertamente es que las reglas que unen al débil y al fuerte, como nos recuerda Crozier, pueden servir para proteger a ambos, y particularmente al más débil, de modo que “el ritualismo” “no puede considerarse como mera deformación y resultado de un aprendizaje al revés”, sino que “se desarrolla y se mantiene solo en la medida en que constituya un instrumento, para cada grupo, que preserve su libertad de acción, o lo que es lo mismo, un procedimiento útil en la lucha por el poder” (Crozier, 1974: 88). La diferencia es que el fuerte siempre tiene más opciones para salir de una relación, de modo que la capacidad del más débil para hacerle atenerse a las reglas, es en realidad una demostración de una fuerza creciente. Así, por ejemplo Offe, pretende enfatizar el absurdo en el que el trabajo se ve envuelto en su lucha contra el capital y todo lo que hace es demostrar, precisamente, en que estriba el verdadero poder de éste:

“Todo el mundo encontraría una partida de ajedrez absurda si las siguientes reglas fueran introducidas: a) las negras ganan si el rey blanco recibe un jaque mate; b) las blancas ganan si el rey negro recibe un jaque mate; c) las negras también ganan si unilateralmente terminan el juego o amenazan con hacerlo. La regla c), que parece tan absurda para una partida de ajedrez tiene, sin embargo, un análogo exacto en la dinámica de consecución y mantenimiento del poder en las sociedades capitalistas.” (Offe, 1985: 286)

Poner ejemplos de procesos de cierre en el ámbito académico es extremadamente fácil, como lo es en cualquier tipo de organización en la que se puede determinar algún grado de jerarquía. Las jerarquías son, sin duda, dinámicas de cierre, por la que unos agentes son situados en posiciones centrales de una figuración, mientras que otros son relevados a posiciones periféricas, sin que esto quiera decir que la jerarquía sea el único tipo de estrategia para garantizarlo. Se puede observar este tipo de dinámicas, entonces, no sólo en la distribución de cargos de profesorado, sino en la misma admisión de los alumnos en función de notas de corte en la selectividad, o en la atribución de notas que pueden ser luego decisivas para su futuro profesional, pues es evidente que esta dinámica es exactamente “un movimiento productor de asimetría”, por el que los agentes así integrados reciben

5. La distinción conflicto-asimetría

calificaciones y otorgan consentimiento o quejas. En función del grado de severidad de los sistemas de evaluación se puede hablar de la aproximación a procesos de apertura, donde el extremo sería el del “aprobado general”. Que la explotación es indesligable de las dinámicas de cierre y apertura se comprueba fácilmente en el que los alumnos con peores trayectorias académicas se encuentran con menos alternativas y se pueden ver obligados a aceptar como sanciones positivas aquellas que les sitúan en claros conflictos de intereses. Por otra parte, el poder de quien ejerce de “punto de paso obligado” se ve en la ventaja que supone para quien cuenta con el mayor número posible de agentes en posición de dependencia respecto a él, para escoger los relacionamientos que puedan ser más convenientes, como en el caso de los investigadores con más capacidad para conseguir financiación, por ejemplo, respecto a la multitud de investigadores para los que prácticamente cualquier oportunidad de participar en un proyecto es motivo de celebración. La completación, por el contrario, es la que se encuentra en las relaciones más simétricas, entre investigadores de similar categoría, por ejemplo, y que pueden reunirse para beneficio mutuo, apoyándose en una investigación donde las especialidades de cada uno se complementan y donde ambos tienen el poder suficiente o, por decirlo de otro modo, donde se encuentran en relación de interdependencia y están en una cierta igualdad de condiciones para establecer los términos de la relación, de modo que ambos reciben sanciones que forman un círculo virtuoso y salen beneficiados de tal intercambio.

Si nos llevamos nuestros conceptos ahora al ámbito de la globalización lo que destacaría principalmente en nuestro planteamiento es que exclusión -cierre- y explotación no son dos paradigmas incompatibles, y no sólo porque cada uno refleje un cierto ámbito de la sociedad en la medida en que ambos tipos de relación coexisten empíricamente, sino en el sentido de que uno y otro se retroalimentan. No se trata, entonces, sólo de que la explotación “siga” siendo importante, junto a “nuevas” formas de dominación, como la exclusión, sino de que, de hecho, estas no son nuevas, como se puede apreciar con facilidad si pensamos en la exclusión del mercado laboral de las mujeres, o en el caso de países con mayor diversidad étnica, en la exclusión por motivos raciales. Como ya dijimos, lo que a menudo representa la retórica de la exclusión es más la visibilidad de las nuevas fragmentaciones que se dan de forma paralela a las nuevas líneas de integración. Expresan pobremente, en cambio, las nuevas relaciones de abuso que muchos agentes “padecen”. Si la exclusión es relevante, es precisamente porque esos agentes no están en realidad excluidos sino porque son fuertemente dependientes y se ven obligados a aceptar multitud de “tratos injustos”. La imagen de los círculos viciosos y virtuosos es especialmente apropiada para describir las distintas relaciones de dependencia y autonomía que se establecen, puesto que, como dijimos en

5. La distinción conflicto-asimetría

la introducción, todo poder es capital social, y la agencia en red se caracteriza por un crecimiento exponencial: cuánto más y mejores conexiones tenga un agente más fuerte se hace y de más capacidad para entrar en nuevas asociaciones beneficiosas dispone y, al revés, cuantas menos y más pobres son los vínculos de un agente con otros, menos posibilidad tiene de entrar en nuevas relaciones ventajosas.

5.3. Segundo problema: Exclusión-disenso

5.3.1. La asimetría inter e intra comunitaria

A. Las identidades de resistencia

Si desde la dimensión de las sanciones los ejes de desigualdad en el mundo globalizado se construían principalmente en torno a la capacidad de hacer conexiones beneficiosas y de apropiarse la mayor parte posible del capital social generado en la red, en el ámbito de las definiciones parecen ubicarse fundamentalmente en torno a la capacidad para lograr la pertenencia y posicionamientos ventajosos en el interior de la comunidad. En conjunto, ambos ejes de desigualdad nos hablan de los obstáculos que el mundo globalizado supone para la forja de identidades viables, tanto individuales como colectivas. Comenzaremos atacando la cuestión de la necesidad de pertenencia, lógicamente asociada al manejo de la diversidad. Podríamos decir que se trata no sólo de poner de relieve las poderosas diferencias que se observan en la gestión de la identidad, sino también de hacer notar el distinto poder de las identidades para gestionar la diferencia. En un mundo de circulación constante, donde las fronteras se vuelven borrosas y donde nos encontramos codo a codo con la otredad, el problema de la pertenencia no es sólo un problema de desestabilización de las comunidades, sino inextricablemente, un problema de desiguales posibilidades para superar todos estos obstáculos a la hora de reconstruirlas.

Dos escenarios se describen habitualmente respecto a los peligros que acechan a la continuidad de la comunidad. En el primero de ellos se considera que en las circunstancias actuales, la conformación de identidades colectivas es problemática, cuando no prácticamente imposible. Aquí se hace hincapié en la construcción de un mundo sin fronteras, donde la movilidad aumentada exponencialmente de los individuos les permite u obliga a entrar en múltiples redes de relaciones fuera de los límites de su comunidad –lo que simultáneamente supone una disminución de la

5. La distinción conflicto-asimetría

interacción con otros miembros de la misma-. La tendencia a pensar en un desmoronamiento de las identidades colectivas se acentúa con el énfasis en la dependencia de las interacciones cara a cara para su conformación, por cuanto muchas de las relaciones establecidas fuera de la comunidad lo serían menos frecuentemente a través de ellas -si bien este argumento deviene problemático por el mero hecho de que para aquellas comunidades que atraviesan una situación de dispersión espacial, las interacciones mediadas por las más recientes tecnologías de comunicación pueden ser una vía fundamental para el mantenimiento del sentimiento de pertenencia¹⁵⁸. Asimismo, la tendencia a plantear una dificultad creciente para la (re)producción de las identidades colectivas se refuerza a medida que se otorga menos plausibilidad a la existencia de identidades múltiples y se parte más de identidades cerradas y definitivas. Cuanto más se considere que los sujetos que entran relaciones tanto dentro como fuera de su comunidad “de origen” son incapaces de manejar de forma práctica la pertenencia a más de un grupo, tanto más se considerará que estarán abocados a situaciones de desarraigo.

En el segundo escenario tiende a ponerse el acento no tanto en la desaparición de fronteras como en la interacción cotidiana con el otro. En él se dibuja un panorama de grupos culturales cerrados sobre sí mismos, en relaciones conflictivas que destacan las diferencias que los separan, interés prioritario debido a la inevitable e indeseada cercanía. A pesar de ser un modelo profundamente reactivo, en el que el grupo se radicaliza como efecto inmediato de la coexistencia con lo extraño, por otra parte enfatiza la falta de entendimiento entre unos y otros, a pesar de la interacción, como si pudiera pensarse en relaciones puramente instrumentales que no afectarían a las identificaciones de los agentes, y la dificultad para compatibilizar ambas proposiciones nos parece bastante evidente. También se puede extremar, como el anterior, en la medida en que tienda a pensarse en ellos en términos de homogeneidad, dificultando la concepción de pertenencias múltiples. Los grupos se enfrentan como bloques compactos y su identificación como agentes colectivos prácticamente se da por supuesta. Si uno de los colectivos resulta ser mayoritario, tenemos la fórmula infalible para que las demás identidades sean vistas desde el punto de vista de “enemigo en el interior”.

Pero lo fundamental es que no es infrecuente la combinación de ambos escenarios con las consideraciones sobre la desigualdad de los agentes, que no es problemática puesto que ambos modelos parten de esa concepción rígida de la identidad. En el primer enfoque típico, tienden a amalgamarse atribuyendo las identidades débiles y más diluidas, a los grupos dominantes, e

158 Ver, por ejemplo, Rheingold (1996) y Smith, Kollock (2001).

5. La distinción conflicto-asimetría

identidades fuertes y cerradas, a los grupos dominados. Es el caso, por ejemplo, del modelo propuesto por Barber, bajo la conocida fórmula del “Yihad vs. McWorld” (Barber, 1995), aunque también la encontramos en la contraposición de flujos e identidades en Castells, quien tras distinguir entre identidades legitimadoras, identidades de resistencia e identidades proyecto, nos dice:

“La mayoría de la acción social se organiza en la oposición que existe entre los flujos no identificados y las identidades aisladas. En cuanto a la génesis de las identidades proyecto, aún se da, o puede darse, dependiendo de las sociedades. Pero propongo la hipótesis de que la constitución de sujetos, en el núcleo del proceso de cambio social, toma un camino diferente al que conocíamos durante la modernidad y la modernidad tardía, a saber, los sujetos, cuando se construyen ya no lo hacen basándose en las sociedades civiles, que están en proceso de desintegración, sino como una prolongación de la resistencia comunal” (Castells, 2003: 33-34)

Esta asociación de identidad y resistencia, sin embargo, se encuentra en abierto conflicto con su comentario, apuntado anteriormente, sobre la capacidad de las élites para recrear su mundo de vida, donde quiera que se desplazan, y que nos hablaría de ellas como las auténticas portadoras de identidades fuertes. Esta es una primera línea de crítica importante a estos modelos teóricos, que parecen no tener en consideración que a mayor capacidad de agencia, mayor capacidad para reproducir relacionamientos que contribuyen al sostenimiento de la identidad. Como afirma Giddens, la incertidumbre identitaria “no es sólo un problema para los países industriales y los ricos; en muchos casos, a mayor pobreza, más preocupaciones de identidad, porque no se dispone de los recursos necesarios para afrontarlas” (Giddens en Castells, Giddens, Touraine, 2002: 104). Desde este punto de vista, incluso la producción de identidades de resistencia debe considerarse una expresión de fuerza y, precisamente por ello, “*the search for fundamentals*”, como la denomina Robertson, no es característica solamente de los grupos dominados, sino una constante de la globalización, presente también en el poderoso occidente, que “procede en diversas partes del mundo y en el interior de diversas sociedades en términos de ideas globalmente difusas relativas a la tradición, la identidad, el hogar, la indigenidad, la localidad, la comunidad y demás” y que “constituyen caminos de encontrar un lugar en el mundo en conjunto (...), caminos que frecuentemente implican intento de aumentar el poder del grupo en cuestión” (Robertson, 1992: 166).

Una versión más consistente se podría construir si, en lugar de este tipo de contraposición, se emplea para articular la desigualdad el contraste entre dos tipos de identidad de los que Friedman

5. La distinción conflicto-asimetría

nos da una adecuada descripción. Así, la identidad de los grupos dominantes tenderían a tomar la forma de lo que este autor denomina “estilos de vida”:

“La primera y más modernista es la del 'estilo de vida', que es la menos adscriptiva en cuanto remite a la práctica de un esquema cultural específico que no pretende legitimidad histórica y puede ser elegido libremente por el sujeto individual. Es modernista, entonces, en cuanto mantiene la autonomía del sujeto respecto de la cultura en la que este participa. Por tanto, también es necesariamente relativista, puesto que no hay criterios culturales de orden superior mediante los cuales puedan compararse diferentes estilos de vida.” (Friedman, 2001: 65)

Los grupos dominados, por contra, se aferrarían a “identidades étnicas”:

“El segundo tipo de identidad se designa habitualmente como étnica. Es por fuerza sustantiva en cuanto debe crear una subdivisión dentro de la población general de ciudadanos culturalmente idénticos, que sólo puede realizarse a través de la redefinición del individuo, al hacerlo culturalmente específico. (...) Podría decirse, con más exactitud, que la especificidad cultural se inscribe en el individuo. A eso se alude con 'identidad sustantiva', esto es, una identidad que está 'en la sangre'.” (Friedman, 2001: 65)

La identidad étnica se distinguiría del estilo de vida, entonces, por su carácter adscriptivo, historicidad y corporalidad. Las élites, según esta división, dispondrían de identidades fluctuantes, adaptables, desplazables y rearticulables y, como en la metáfora del bambú, precisamente en su flexibilidad residiría el secreto de su éxito. Frente a ellas, las identidades étnicas tomarían la forma de trincheras, o incluso fortalezas, en la medida en que pueden ser casi por completo incompatibles con el reposicionamiento. La fuerza de sus límites se convierte en fuerte limitación en un mundo en constante circulación y eso es lo que la convierte en la opción de los dominados, en prácticamente su única opción, dada la debilidad de las redes en las que se insertan. Pero de forma aún más cruenta, incluso cuando logran desplazarse, su solidez facilita su constante expulsión y asimilación parcial por parte de las identidades fluidas dominantes, que se reconfiguran siempre a la medida necesaria para dejar fuera lo que no se desea incluir, y así, por ejemplo, se habla sin ambages desde ciertos sectores de la próspera Europa de “inmigrantes de tercera generación”.

A medida que tratamos de perfilar lo que esta en juego en esta distinción, se ve con más claridad que, en realidad, las identidades potentes son las débiles, aunque en ellas la viabilidad de la identidad se consiga, en buena medida, asumiendo la transformación. Nos aproximamos así a la segunda crítica fundamental para la contraposición de flujos e identidades de resistencia al ir dejando atrás la concepción de una suerte de división entre identidades y no-identidad, afín a la contraposición entre lugares y no-lugares con su evocación de la instrumentalidad y la normatividad

5. La distinción conflicto-asimetría

como ámbitos sociales discretos y no necesariamente coincidentes. Lo que se pone en el frente a consecuencia del rechazo de ese modelo es que la diferencia entre las identidades dominantes y las dominadas tiene que ver de forma trascendental con la capacidad para hacerse transportable, lo que supone la habilidad de desproblematizar la heterogeneización de las identidades, como función de su capital social, posibilitador tanto de la recreación de identificaciones similares en espacios diversos, como de su capacidad para hacer aceptar su diferencia en términos positivos. Como lo expresa Joas, no todas las caras del multiculturalismo son amables¹⁵⁹, y frente al cosmopolitismo duro del nómada que pretende hacer circular su rebaño entre coches y no despierta más que horror allá por donde pasa, las élites disponen del cosmopolitismo amable del nómada que trae consigo todo tipo de bienes codiciados y es bien recibido allá donde llegue, del mismo modo que frente a la hibridez monstruosa de la diáspora maldita que siempre se trata de detectar, poseen la hibridez placentera de la diáspora que se adueña de todo terreno que huella y que tiene el orgullo de la mezcla de las alianzas dinásticas.

B. La expropiación de la otredad

Las últimas reflexiones acerca de la capacidad para desproblematizar la heterogeneidad nos han llevado ya directamente desde el logro de la pertenencia a las desiguales vivencias de la misma, pasando de la asimetría entre comunidades a la asimetría dentro de la comunidad. Las comunidades, en tanto que figuraciones de identificaciones relativamente estabilizadas, no deben entenderse en ningún caso como identificaciones iguales, como ya dijimos respecto a los conceptos de universalización y relativización, y las diferencias de fuerza entre unas y otras no sólo son posibles, sino habituales. Esto es válido tanto para las comunidades que decaen como para las que nacen, y la desigualdad en las primeras tiene mucho que ver con la dirección en la que surgen las segundas. Y si la habilidad para lidiar con la diversidad era crucial respecto a nuestro primer problema, no menos lo es frente al que nos ocupa ahora. El distinto poder de las identidades para gestionar la

159 “Wherever the postmoderns coexistence of heterogeneous lifestyles is not a source of intellectual pleasure but is experienced as an excessive, anxiety-producing strain, we witness an increase in the potential for violence against outsiders, foreigners and anyone else who is perceived as threatening to destabilize the already unsteady value systems still further. In their euphoria over multiculturalism and liberation from concrete communities, the postmodernists show a utterly inexcusable disregard for the consequences of the excessive strain that many people may be undergoing as a result of this development.” (Joas, 1996: 257).

5. La distinción conflicto-asimetría

diferencia se transforma ahora en la cuestión de la potencia de distintas estrategias para generar identidad a partir de la diferencia.

La desigualdad anidada en el seno de las antiguas comunidades, nos da un punto de partida fundamental para el análisis de la desigualdad en las nuevas figuraciones, empezando por el hecho tan frecuentemente destacado de que las culturas populares se han mantenido siempre relativamente localizadas, en un sentido en el que la alta cultura, al menos en Occidente, no lo ha estado prácticamente nunca. El mundo de las clases dominantes ha sido siempre mucho más amplio en buena medida en virtud de que su círculo ha sido siempre tan estrecho, y mientras ha sido característico de las élites la frecuencia de sus relaciones con sus correlatos en el extranjero, incluso la homogeneización cultural a nivel nacional ha sido un reto para la mayoría de los Estados al nivel de las clases dominadas. Esto vale, como generalización, tanto para las grandes comunidades nacionales, como para las más pequeñas comunidades domésticas, donde los miembros dominantes, habitualmente los hombres, tienden a atribuirse la amplitud del espacio público frente a la reclusión en el pequeño espacio privado del hogar de las mujeres.

Sin embargo, aún se puede afinar mucho más esta distinción si atendemos a la formulación en torno a las desigualdades culturales, tal como la encontramos en la obra de Bourdieu que, aunque en buena medida producida al margen del marco teórico de la globalización -por la anterioridad de la mayor parte de su producción intelectual-, es fácilmente encajable con los problemas en torno al manejo de la diversidad. Tomando de *La distinción* la diferenciación entre los dominantes y los dominados en términos de capital cultural, podemos obtener una buena línea para argumentar en torno a cómo los primeros se encuentran en una posición privilegiada para el sostenimiento de sus identidades. Las clases poseedoras de mayor capital cultural cuentan con la capacidad para mantener una relación distanciada y objetivante frente a las culturas propias y ajenas, que favorece su asimilación, integrando elementos diversos, así como la movilidad -en sentido figurado en este caso- para desplazarse entre sus fronteras sin experimentar el extrañamiento y la angustia propios de la histéresis que surgen en los hábitos que se enfrentan a posiciones diferentes de aquellas que les dieron origen y que contribuyen a reproducir.

Por otro lado, las clases con escaso capital cultural, se encuentran en la incómoda situación de tener que convivir con prácticas culturales ajenas, sin esa predisposición del hábitus al cosmopolitismo cultural, ni los medios para la objetivación y asimilación de las mismas, de modo que tenderán a ser más cerrados a las hibridaciones y más propensos a buscar reproducir sus identificaciones previas, pero en la medida en que tales hibridaciones se produzcan se integrarán

5. La distinción conflicto-asimetría

con mayor fuerza en sus estilos de vida, puesto que no se basan en una actitud estética, sino en una ligadura con la vida cotidiana. Si las primeras mostrarían afinidad con los discursos de celebración del multiculturalismo, las segundas lo harían con las fórmulas de la macdonalización, donde incluso la apropiación de los productos culturales ajenos se produce en los términos de mercancías estandarizadas.

Pero más interesante aún es ver la diferente conformación del cosmopolitismo y la hibridez que tiene lugar por cada una de estas vías. Si entre quienes disponen de mayor capital cultural la hibridez se vive más en términos de auto-definición, entre quienes no disponen de él se haría en términos de hetero-definición. Así, entre los conocedores de la diversidad cultural, la mezcla se hace con el placer de la habilidad para combinar lo originalmente diverso de formas exitosas, y es la reivindicación propia de la “transgresión” la que marca la diferencia entre la mera difusión y la auténtica hibridación que enfatiza la frontera en la que se vive. Al contrario, entre quienes la diversidad cultural más que conocerse se incorpora a las prácticas sin cuestionamiento del sincretismo que se realiza, es la interpelación, a menudo recriminatoria, la que convierte la asimilación en hibridación, y es en este sentido en el proponemos entender la formulación de Friedman según la cual “el creóle es una forma de identificación de los otros, una forma estabilizada por ordenamientos hegemónicos que surgieron en el sistema global” (Friedman, 2001: 319).

Del mismo modo, mientras que el cosmopolitismo de los dominantes se vive como fortalecimiento de la identidad propia, entre los segundos se vive como pérdida. Así, entre las clases dominantes, siempre orientadas hacia marcos de acción más extensos, puesto que su capacidad de agencia también lo es, el cosmopolitismo es una autoidentificación positiva que sirve, no ya sólo para generar una cultura común en la que entenderse con otras elites dominantes, como para lograr una suerte de “meta-cultura” basada, como ya anunciábamos en el capítulo anterior, en la capacidad de traducción, y que les serviría para distinguirse del provincianismo de quien se enfrenta a lo Otro, tomando una metáfora de la lucha no del todo inapropiada, “con las manos desnudas”. El cosmopolitismo de los dominados, por el contrario, es el de la resistencia a la asimilación que se ve facilitada por la falta de deseo de asimilarles por parte de quienes les reciben, y que a menudo reproducen cuando son ellos los anfitriones, fundándose su relación en una reducción al mínimo de la relación con “el extranjero”. En este sentido, y contra la metáfora de Bauman, diríamos que el turista no es tanto reflejo del dominante como del dominado, aquel que no se puede relacionar con los nativos más que en las formas estandarizadas guardadas para los extraños, no tan distinto en esto

5. La distinción conflicto-asimetría

del vagabundo. Ang formula la suerte de ideología de la “diferencia” que oculta sus “diferencias internas”:

“Esta tendencia, que James Clifford (1992) ha denominado 'nomadología', sirve únicamente para atenuar y descontextualizar la 'diferencia', como si 'todas nosotras y nosotros' fuésemos, de formas fundamentalmente similares, viajeras y viajeros en un mismo universo postmoderno, y como si la única diferencia entre las personas fuesen los diferentes itinerarios que emprendemos. Epistemológicamente, esta flagrante universalización de la metáfora del 'viaje' corre el riesgo de perpetuar, a un nivel convenientemente abstracto, la idea del fluir infinito y permanente de la formación del sujeto, privilegiando de este modo una noción de 'diferencia' abstracta, despolitizada y sin diferencias internas (Mani 1992).” (Ang en Bastida Rodríguez, Rodríguez González, 2010: 193)

Pero, incluso por encima de la desigualdad que surge entre una y otra forma de cosmopolitismo e hibridación, y que distingue las relaciones que se establecen entre dominantes y dominados de grupos diversos, ahora dominantes y dominados, sino de un sólo grupo, al menos de grupos con múltiples intersecciones, querríamos destacar la forma de expropiación de la subjetividad que sufren los segundos a manos de los primeros, del engullimiento de la otredad que enriquece las identidades dominantes y debilita las dominadas. Y esto no sólo porque la diferencia cultural se mercantilice para beneficio de quienes controlan la maquinaria productiva, como podría observarse en las numerosas disputas en torno a la privatización de la cultura en la forma de patentes y derechos de propiedad intelectual¹⁶⁰, sino en la misma integración objetivante que hacen los dominantes de las subjetividades de los dominados, a quienes se les devuelve como algo ajeno a ellos mismos, como argumenta Levins Morales:

“Mi vida intelectual y la de otras intelectuales orgánicas, muchas de ellas mujeres de color, es en sí misma lo suficientemente sofisticada para su utilización. Pero para que adquiriera valor en el mercado, los empresarios y promotores de las multinacionales deben encontrar un modo de procesarla, de refinar la rica multiplicidad de nuestras vidas y convertirlas en alta teoría por el simple método de extirpárnosla, someterla a un proceso de abstracción que la hará irreconocible, extraerle la fibra, hervirla hasta que la vitalidad se esfume por un proceso de oxidación, y comerciar después con ella como algo propio, revendiéndonosla más cara de lo que podemos permitirnoslo.” (Levins Morales en VV.AA, 2004: 67)

Una reivindicación similar, igualmente nacida de la teoría feminista y post-colonial, la encontramos en Alexander y Mohanty:

¹⁶⁰ Ver, por ejemplo, Sádaba (2008).

5. La distinción conflicto-asimetría

“El multiculturalismo liberal-pluralista que a menudo se hace patente en los programas de Women's Studies -que dedican una o dos semanas a las 'mujeres de color' y la 'sexualidad'- es testimonio de esta apropiación de la obra de las mujeres de color. La inclusión nominal de nuestros textos sin reconceptualizar por completo la base blanca, de clase media y genéricamente sesgada del conocimiento, nos consume y nos silencia efectivamente.”
(Alexander, Mohanty en VV.AA, 2004: 143)

Así, lo que vemos aparecer es la imagen de unas culturales globales, las culturas de los dominantes, que se inculcan en los grupos subordinados con el fin último de mantenerse siempre en un grado de asimilación parcial, del mismo modo en el que Bourdieu nos ilustraba en su análisis de las clases sociales en la Francia de finales de los 70, sobre las dinámicas por las que la cultura legítima se mantenía siempre fuera del alcance de las clases populares, de modo que a los procesos de difusión en la base les acompaña siempre el de refinamiento en la cúspide, a la manera en que Simmel (2002) ya describió el mecanismo de distinción presente en la moda¹⁶¹. Lo que se añade ahora es que es precisamente la cultura de los dominados la que es tomada -o en algunos casos la expresión “robada” es incluso cierta-, para diferenciarse de ellos mismos, y aunque ahora estos procesos se relacionan con el multiculturalismo, no son en lo básico excesivamente diferentes de las apropiaciones -transformadoras- que intermitentemente hace la alta cultura de la cultura popular como, de nuevo, mostrara ya Bourdieu. De este modo, y retomando la distinción de Friedman usada en el epígrafe anterior, las identidades adscriptivas de los menos poderosos -étnicas o no, pero siempre históricas y corporalizadas-, se convierten en elementos adquiribles, a-históricos y desencarnados, puestos a disposición de los más poderosos como materiales con los que construir sus estilos de vida, característica fundamental del nuevo mundo capitalista global, como afirma Braidotti:

“(…) avalo una definición de posmodernidad tardía en términos de la construcción sistemática y del mercadeo de las 'diferencias' consumibles, representables y negociables que intersecan con las relaciones estructurales de poder. Estas relaciones de poder dan por resultado una proliferación de prácticas sociales y también discursivas cuya consecuencia es la 'comercialización' de las diferencias pluralistas y la 'comodificación' de los 'otros' bajo la forma

161 “Sin embargo la moda, esto es, la nueva moda, sólo afecta en este sentido a los estratos superiores. En cuanto los inferiores empiezan a apropiarse de la moda, traspasando así las fronteras establecidas por los superiores y rompiendo la homogeneidad de la pertenencia así simbolizada por éstos, los estratos superiores se apartan de la moda en cuestión y acceden a una nueva con la que se diferencian otras vez de las amplias masas.” (Simmel, 2002: 49).

5. La distinción conflicto-asimetría

del consumismo y de la apropiación neocolonial, romántica, de su 'diferencia'." (Braidotti, 2004: 157)

Si, como dice Negri, “la diferencia, la hibridación y la movilidad no son liberadoras en sí mismas, pero tampoco lo son la verdad, la pureza y la estasis” y “la práctica revolucionaria real se refiere al plano de la producción”, de igual manera que no es la verdad la que libera, sino el control de la producción de la verdad, “la movilidad y la hibridación no son liberadoras, pero tomar el control de la producción de la movilidad y la estasis, las purezas y las mezclas, sí lo es” (Negri, Hardt, 2002: 151), y es precisamente en este punto cuando la inclusión diferencial de la que siempre son objeto los grupos dominados se ve sirviendo precisamente a esa expropiación, que contribuye a su vez a su expulsión parcial.

La clave, por tanto, no está tanto en la universalización del alfabetismo multicultural, aunque este se puede adquirir y en esto tiene razón Fraser¹⁶², como en el logro de una participación que sea verdaderamente universalizante en el sentido que nosotros damos al término, es decir, de integración de la diferencia, en lugar de otra fórmula para basar la integración en la identidad -la identidad cosmopolita, en este caso-. Desde este punto de vista, el poder para definir las fronteras identitarias se convierte en el resorte fundamental para deconstruir las asimetrías producidas por la capacidad diferencial de gestionar la identidad en una época en la que el movimiento globalizado está generando un cambio social profundo. La pregunta de Nye y Donahue sobre “¿quiénes somos 'nosotros, el pueblo' cuando no hay un sentido de identidad y comunidad política y el mundo político está organizado en buena medida alrededor de un sistema de estados desiguales?” (Nye, Donahue, 2000: 32-33) sólo puede responderse en el marco de una política de la membresía que “en la era de la desagregación de los derechos ciudadanos tiene que ver con la negociación de las complejidades de los derechos plenos de membresía, la voz democrática y la residencia territorial” (Benhabib, 2005: 44).

5.3.2. La asimetría no implica exclusión ni disenso

162 “No veo razones para excluir en principio la posibilidad de una sociedad donde la igualdad social y la diversidad cultural coexistan con la democracia participativa. Ciertamente, espero que una sociedad semejante llegue a existir. Esa esperanza se torna más plausible si consideramos que, por difícil que sea, la comunicación intercultural no es, en principio, imposible -aún cuando ciertamente se tornaría imposible si suponemos que exige poner en suspenso las diferencias. Concedo que esta comunicación requiere alfabetismo multicultural, pero eso, creo, puede adquirirse en la práctica. (Fraser, 1997:120).

5. La distinción conflicto-asimetría

A. Identidad, diversidad y poder

Como ya hemos comentado, desde diversas corrientes teóricas se abrió en las últimas décadas un nuevo frente para el estudio de las relaciones de poder basado en el dominio ejercido en el campo de la subjetivación. Este debate ha dejado claro que la pertenencia y la formación de identidades no puede entenderse correctamente si no se contempla la asimetría que se reproduce y se combate en ellas, y en conexión con esto es como pretendemos articular estas desigualdades que encontramos en la literatura sobre globalización en torno a las capacidades diferenciales para construir comunidades y hacerlas viables en un mundo en constante redefinición y entrecruzamiento de fronteras.

Así, hemos visto que las dificultades que enfrentan los agentes más débiles les empuja a forjar identidades menos móviles en cuanto que la rigidez las hace menos fáciles de reproducir en espacios diversos, al tiempo que más fácilmente aislables por la visibilidad de las diferencias que producen en los espacios compartidos. Viven el cosmopolitismo del vagabundo y la hibridez siempre denunciada, donde su menor capacidad para el consumo de la diferencia basado en la objetivación se transforma en la otra cara de la objetivación de su diferencia para el consumo, en una espiral donde su otredad sigue cargando con el peso de la identidad marcada en medio de figuraciones donde lo que se premia es la multiplicidad a la que da acceso la ligereza de las identidades no marcadas¹⁶³. Mientras los agentes más privilegiados pueden disfrutar de la mezcla de prácticas culturales diversas, incluyendo las de los menos privilegiados, y se les premia por ello, estos se ven constantemente dificultados para actualizar los códigos de aquellos y cuando lo consiguen, el sincretismo se castiga como parcialidad e impostura, como el “a pesar de todo, no deja de ser...”.

Si vemos, entonces, que las desigualdades se producen y reproducen también en el campo de las definiciones, es fundamental no entender esto como impronta de diferencias políticas o económicas en el ámbito de las identificaciones. Si hemos usado en el epígrafe anterior el concepto de capital cultural, tal y como propone Bourdieu, ha sido menos por referirnos a un tipo de capital específico que entrara en juego en esta dimensión, que por evitar la asociación de dominación a lo que se suele definir como capital económico o conceptos afines. Así mismo, no pretendemos

163 Podemos encontrar, por ejemplo en Bauman, una exposición clara de la aplicación de esta terminología de la lingüística a la sociología (2002: 85 y ss.).

5. La distinción conflicto-asimetría

implicar que la relación sea la opuesta, esto es, que toda desigualdad sea primero una desigualdad de estatus de la que posteriormente ramifican otros tipos de desigualdades, y cuya explicación requiera en primer término pasar por esta. Y, sin embargo, tampoco nos parece adecuado el planteamiento contrario que hace de las desigualdades identitarias un campo de poder paralelo al económico o político, de tal modo que el nivel de desigualdad último sea la suma de todas las desigualdades parciales. Lo que nosotros proponemos, al contrario que en estas subdivisiones de espacios de desigualdad emparentados con esos espacios de funcionalidad que tantas veces hemos criticado ya, es que las asimetrías en la dimensión de las sanciones son simultáneas a las producidas en el ámbito de las definiciones y que, en realidad, unas no pueden entenderse sin las otras. No hay prioridad de ninguna de ellas y tampoco hay parcelación.

Esta es una cuestión relevante porque, junto al debate en torno al predominio de la exclusión, el otro gran frente de batalla respecto al concepto de explotación ha surgido, precisamente, en la temática de las políticas de identidad y en las polémicas acerca del predominio de la falta de reconocimiento. Si en el apartado anterior argumentamos que cierre y explotación eran procesos conjuntos, imposibles de jerarquizar, lo mismo hemos de concluir sobre esta nueva contraposición. Defendemos, en consecuencia, que las “luchas por la distribución” y las “luchas por el reconocimiento”, son realmente indesligables, y que la auténtica división se da entre la defensa de unas luchas de distribución y reconocimiento y otras. Por consiguiente, aunque estamos de acuerdo con Fraser en que “a efectos prácticos, por tanto, casi todos los ejes de subordinación del mundo real pueden tratarse como bidimensionales” (Fraser en Fraser, Honneth, 2006: 33), no pensamos que esto deba entenderse de otra manera más que haciendo referencia a dimensiones analíticas, y en este sentido, el “casi” nos parece profundamente desafortunado porque, en tales términos analíticos, ambas dimensiones están siempre presentes, de modo que nada más lejos de nuestras intenciones que afirmar, como hace ella, que “sin duda, no todos los ejes de subordinación son bidimensionales del mismo modo ni en el mismo grado” (Fraser en Fraser, Honneth, 2006: 33).

Ninguna de las cuatro distinciones con las que Fraser pretende delimitar redistribución y reconocimiento, y que cualquier otro hipotético defensor de esta formulación de la bidimensionalidad de las desigualdades podría aducir, nos parece, en consecuencia, adecuada. Así, cuando, en primer lugar, dice que “el paradigma de la redistribución se centra en injusticias que define como socioeconómicas y supone que están enraizadas en la estructura económica de la sociedad” y “en cambio, el paradigma del reconocimiento se enfrenta a injusticias que interpreta como culturales, que supone enraizadas en patrones sociales de representación, interpretación y

5. La distinción conflicto-asimetría

comunicación” (Fraser en Fraser, Honneth, 2006: 22), nos parece evidente que está asumiendo una diferenciación de sistemas que nosotros negamos y que empíricamente es más que cuestionable. Esta asunción se reproduce, en segundo lugar, en su propuesta de que “en el paradigma de la redistribución, el remedio de la injusticia es la reestructuración económica de algún tipo”, mientras que “en el paradigma del reconocimiento, en cambio, la solución de la injusticia es el cambio cultural o simbólico” (Fraser en Fraser, Honneth, 2006: 22-23).

En tercer lugar, y esto es crucial, cuando plantea que “los dos paradigmas populares asumen concepciones diferentes de las colectividades que sufren injusticia” (Fraser en Fraser, Honneth, 2006: 23), centrándose uno en las clases sociales y otro en los grupos de estatus, nos parece que no hace justicia ni al concepto marxiano ni al weberiano, puesto que el primero pretende reducir los grupos de estatus a clases y fracciones de clase, y el segundo ni siquiera pretende una distinción bidimensional, sino tridimensional¹⁶⁴. Pero, sobre todo, parece que tal formulación desaprovecha las lecciones de todos aquellos trabajos, con el clásico de Thompson *La formación histórica de la clase obrera* a la cabeza, que se esfuerzan por demostrar la importancia de la construcción cultural de los colectivos “socio-económicos” y la relevancia fundamental que este paso tiene en la confrontación política¹⁶⁵.

Por último, y en cuarto lugar, la distinción entre el paradigma de la redistribución y el del reconocimiento basada en que dentro de este último se da una bifurcación que no existe en el primero, entre quienes consideran que “son variaciones culturales benignas y preexistentes a las que un esquema interpretativo injusto ha transformado de forma maliciosa en una jerarquía de valores” y quienes opinan que “las diferencias de grupo no existen antes de su transvaloración jerárquica, sino que su elaboración es contemporánea de la misma” (Fraser en Fraser, Honneth, 2006: 24) nos parece más una diferencia “empírica”, en el sentido de reflejar corrientes distintas, que “lógica”, en el sentido de demarcar líneas de coherencia de uno y otro modelo.

164 Se han hecho algunos intentos, no obstante, por complementar esta bipartición añadiendo precisamente el “partido”, en la forma de una reivindicación de una representación universalizada (Fowler, 2009).

165 Y no son pocas las voces, a menudo dentro del marxismo, que ponen el acento de la debilidad del movimiento obrero en su cada vez mayor composición multiétnica y las dificultades que esto conlleva para el logro de una solidaridad colectiva -aunque tampoco es conveniente descuidar lo que en esta fragmentación puede haber de estrategia de “cierre dual”, por utilizar la terminología de Parkin, es decir, dirigida a la conservación o aumento de privilegios para cierto sector de la clase trabajadora.

5. La distinción conflicto-asimetría

El problema no nos parece que quede resuelto con la mera asunción de “lo económico” y “lo cultural” transmutado en perspectivas analíticas, como ella postula:

“Llamo a este enfoque 'dualismo perspectivista'. Aquí, la redistribución y el reconocimiento no corresponden a dos dominios sociales esenciales: economía y cultura. En cambio, constituyen dos perspectivas analíticas que pueden asumirse en relación con cualquier dominio.” (Fraser en Fraser, Honneth, 2006: 63)

En esta línea, estamos de acuerdo con Honneth en que Fraser corre el riesgo “de introducir un abismo infranqueable entre los aspectos 'simbólicos' y los 'materiales' de la realidad social” (Honneth en Fraser, Honneth, 2006: 91), pero su propia propuesta, basada en que “de acuerdo con los conocimientos que tenemos en la actualidad, lo que los afectados consideran injustas son las reglas o medidas institucionales que ellos interpretan que violan necesariamente lo que creen que son reivindicaciones bien fundamentadas de reconocimiento social” (Honneth en Fraser, Honneth, 2006: 106), de tal manera que el paradigma del reconocimiento se ve reducido a establecer el “vínculo entre las causas sociales de los sentimiento generalizados de injusticia y los objetivos normativos de los movimientos emancipadores” (Honneth en Fraser, Honneth, 2006: 91), no nos parece tampoco una solución feliz, y no tanto porque falten consideraciones acerca de la raigambre económica de esas denuncias de “injusticia”, como porque no deja espacio para las cuestiones que frecuentemente se tratan con las etiquetas de “falsa conciencia” y “toma de conciencia”, las cuales nos permiten adentrarnos en análisis de la producción de desigualdad incluso cuando no hay tales reivindicaciones por parte de los agentes. Como ya argumentamos cuando tratamos el problema de las formulaciones objetivistas y subjetivistas de los intereses, es necesario tener en cuenta no sólo la percepción del sujeto sino, como mínimo, la de todos los sujetos implicados. Primero, no es necesario que una relación se cuestione para que produzca una desigualdad, pero, incluso la legitimidad de la misma, no se puede medir sólo por el consentimiento, sino que la percepción del dominante, que puede ser perfectamente consciente de la ventaja que determinado juego de identificaciones le reporta, es igualmente relevante, así como la de otros agentes sólo indirectamente implicados.

Lo que nos facilita nuestra apuesta por no diferenciar entre tipos de poder o capital, y resumir toda desigualdad como desigualdad de poder y todo capital como capital social, es la reducción de las visibles diferencias empíricas entre las auto-definiciones de unos y otros colectivos implicados en luchas sociales de larga trayectoria y extensión a ciertas similitudes analíticas, en términos de dinámicas y tipos de relaciones. No se trata, por supuesto, de pretender borrar de un plumazo la

5. La distinción conflicto-asimetría

especificidad histórica de la lucha obrera, feminista o anti-racista. Todas y cada una de ellas han surgido en relaciones de identificaciones específicas y han regulado unas determinadas y diferenciadas distribución de alternativas de acción. Si podemos, en cambio, apreciar precisamente eso, que todas ellas han girado en torno a la contestación de definiciones y sanciones por medio de las cuales los agentes dominados eran marginalizados y desposeídos del capital social que contribuían a producir, y en este sentido, el modelo de la no-exclusión de la explotación que propone Negri, no es una particularidad histórica del capitalismo informacional y global, y en esta dirección tratábamos de dirigirnos al establecer una definición de la explotación deliberadamente flexible.

Por otro lado, y de forma muy relevante, la tendencia a aislar cada una de las luchas colectivas que pugnan por transformar el mundo en el que vivimos bajo las fronteras de los ámbitos funcionales, tiene el efecto perverso de desligar unas de otras, contribuyendo a exponerlas como causas unas veces incompatibles, otras jerarquizables, y aún otras a-problemáticamente acumulables. Al contrario, como han mostrado un importante número de teóricos, o más bien teóricas, pues es una lección fundamental del pensamiento feminista y post-colonial, las relaciones de desigualdad se intersecan y articulan, pero a menudo produciendo numerosas contradicciones. Como afirma Brah, “el racismo ni es reductible a la clase social o al género ni es por completo autónomo”, de modo que ninguna de las divisiones asimétricas se puede despreciar por completo en el análisis de las demás sin dar lugar a profundos sesgos. hooks lo expone con claridad, al afirmar que:

“Al repudiar la noción popular de que el foco del movimiento feminista debería ser la igualdad social de los sexos y enfatizar la erradicación de las bases culturales de los grupos de opresión, nuestro propio análisis requeriría una exploración de todos los aspectos de la realidad política de las mujeres. Esto significaría que la raza y la opresión de clase serían reconocidas como temáticas feministas de tanta relevancia como el sexismo.”(hooks, 1984, 25)

Aún más, podríamos decir que es precisamente en las luchas donde se recompone la articulación de las desigualdades, en el sentido en el que Žižek propone que “la única comunicación auténtica es la de 'la solidaridad en la lucha común', cuando descubro que el atolladero en el que estoy es también el atolladero en el que está el Otro” (Žižek, 2007: 61), puesto que las identidades en pugna no permanecen inalteradas, sino que hay tener siempre presente que la implicación en la lucha colectiva supone la producción de definiciones de los agentes implicados mismos y de su entorno (Melucci, 1989). Las redefiniciones de las identificaciones juegan un papel fundamental en

5. La distinción conflicto-asimetría

la transformación de la explotación en competencia, aunque aún más exacto sería decir que son parte indelible de esta. Fanon lo expresa con gran plasticidad en torno a las luchas descolonizadoras:

“La descolonización no pasa jamás inadvertida puesto que afecta al ser, modifica fundamentalmente al ser, transforma a los espectadores aplastados por la falta de esencia grandiosa por la hoz de la historia. Introduce en el ser un ritmo propio, aportado por los nuevos hombres, un nuevo lenguaje, una nueva humanidad. La descolonización realmente es creación de hombres nuevos. Pero esta creación no recibe su legitimidad de ninguna potencia sobrenatural: la 'cosa' colonizada se convierte en hombre en el proceso mismo por el cual se libera.” (Fanon, 1971: 28)

Esto, en cualquier caso, no debe entenderse como una transformación que reduce a la unidad a los colectivos que producen una lucha común, sino sólo a la transformación que se opera sobre las identidades que se asocian en ella. Sin embargo, tampoco se puede descartar que esto suceda, siendo lo más importante el reconocimiento de que en tal caso es posible que no se esté sino ocultando algunas asimetrías para combatir otras, es decir, reproduciendo nuevas dominaciones bajo la apariencia de la democratización, como expone Butler:

“La insistencia anticipada en la 'unidad' de coalición como objetivo supone que la solidaridad, a cualquier precio, es un requisito previo para la acción política. Pero, ¿qué tipo de política exige ese tipo de obtención anticipada de la unidad? Tal vez una coalición necesita reconocer sus contradicciones para emprender la acción manteniendo intactas sus contradicciones. Acaso también parte de lo que implica la comprensión dialógica sea aceptar la divergencia, la ruptura, el astillamiento y la fragmentación como parte del proceso, generalmente tortuoso, de la democratización.” (Butler, 2006: 48)

Las alianzas, entonces, no pre-existen a las luchas, sino que se constituyen en ellas, y su forma cambiante responde a los avatares de estas. Lo que esto significa no es más que la indesligabilidad que defendíamos en el apartado anterior entre cierre y explotación, y que se plasma ahora en la vinculación inexorable de pertenencia y contestación de las relaciones de definición dominantes, conformando dos mecanismos de dominación a su vez indisolubles. A través de todos ellos se hace patente el mismo ejercicio de poder. No es casual, entonces, que, como dice Waltzer la intolerancia aumente cuando las diferencias culturales, étnicas o de raza coinciden con las diferencias de clase, como no lo es el hecho mismo de que esa coincidencia sea frecuente, incluso hasta poder percibirse en ocasiones que la solidaridad de clase se ha construido a partir de la explotación implícita en las otras formas de asimetría. Es por ello que, como afirma Benhabib, “una teoría cosmopolita de

5. La distinción conflicto-asimetría

justicia no puede restringirse a esquemas de distribución justa en escala global, sino que también deben incorporar una visión de membresía justa” (Benhabib, 2005: 15) -aunque habría que añadir que tampoco es posible al contrario-, lo cual implica poner en primer plano, como argumenta Butler, las normas de reconocimiento por las cuales se constituye lo 'humano' y su carácter de operaciones de poder. Se confrontarían, así, la estrategia por la que los subordinados tratan de hacer suya la palabra que, como decía Sartre, hasta ahora sólo habían tomado prestada, y aquella por la que los dominantes tratan de mantenerlos en ese grado de inclusión parcial, que también suponía el cierre en la dimensión de las sanciones y que, como afirma Žižek y en cierta consonancia con el modelo teórico de Rancière de “lo político”, hace emerger al terrorista como “la figura del Enemigo político, al que se le impide acceder al espacio político propiamente dicho” (Žižek, 2005: 76).

B. Hegemonización y traducción: definiciones

Pasamos ahora a introducir al hilo de estas argumentaciones nuestros conceptos de “hegemonización” y “traducción”. Nos ocuparemos, en primer lugar, del cruce entre las dimensiones agenciales y de definiciones con las relaciones no estabilizadas, donde acompañamos el concepto de “hegemonización” con el de “subversión”. El primero lo definiremos como “el movimiento productor de asimetría por el que un agente recibe una identificación positiva” y el segundo como “el movimiento productor de simetría por el que un agente recibe una identificación positiva”.

Como en el caso del cierre y la apertura, lo que estos conceptos pretenden poner en primer plano es el contraste entre formas de inclusión subordinantes y democratizadoras. Mientras que en el caso de la hegemonización de lo que se trata es de identificaciones que generan dependencia, de un lado, y autonomía, del otro, en el caso de la subversión las nuevas identificaciones tenderían a la creación de interdependencia. La primera dinámica, como en el cierre, desplaza a los agentes incluidos hacia la periferia, mientras que en la segunda el movimiento es hacia el centro de la figuración (aunque, paradójicamente, el centro estará menos claro cuanto más éxito tengan). Esto quiere decir que las identificaciones positivas que se reciben en la hegemonización son poco productivas, en el sentido de abrir escasas puertas a nuevos relacionamientos o a conexiones de poca calidad, haciendo el concepto afín al de “subalternización”, propuesto por Spivak, según la cual este “significa cortar la conexión entre las líneas de movilidad social, de acción social, de la esfera pública, y un grupo” (Spivak en Bastida Rodríguez, Rodríguez González, 2010: 36). En este

5. La distinción conflicto-asimetría

sentido la hegemonización es el equivalente de esa integración parcial que describe el cierre, aunque en esta dimensión el agente hegemonizador queda mejor descrito como “representante” que como “punto de paso obligado”. Aunque sea esta una articulación bastante heterodoxa, nos parece que no expresa del todo desafortunadamente la relación entre el intelectual y las masas que se desprende de la formulación original del concepto de hegemonía en Gramsci, en la que defendía:

“De eso se infiere, empero, que en las masas en cuanto tales la filosofía no puede vivirse sino como una fe. Imagínese, por lo demás, la posición intelectual de un hombre del pueblo; (...). Todo propugnador de un punto de vista contrario al suyo sabe, en cuanto que sea intelectualmente superior, argumentar sus razones mejor que él, le pone en jaque lógicamente, etc. (...) él mismo, ciertamente, no es capaz de sostener y desarrollar sus razones como lo hace el adversario con las suyas, pero que en su grupo hay quien sabría hacerlo, por supuesto, mejor que ese determinado adversario, y recuerda, efectivamente, que ha oído exponer amplia y coherentemente, de un modo que le convenció, las razones de su fe.” (Gramsci, 1978: 278)

No obstante, nuestro concepto de hegemonía se deriva tanto del planteamiento de Gramsci, como del de Laclau y Mouffe, que tiene la ventaja sobre la propuesta original del primero de la desvinculación del modelo de la lucha de clases y la apertura a articulaciones identitarias distintas de la alianza de clases:

“'Hegemonía' hará alusión a una totalidad ausente y a los diversos intentos de recomposición y rearticulación que, superando esta ausencia originaria, permitieran dar un sentido a las luchas y dotar a las fuerzas históricas de una positividad plena. Los contextos de aparición del concepto serán los contextos de una falla (en el sentido geológico), de una grieta que era necesario colmar, de una contingencia que era necesario superar. La 'hegemonía' no será el despliegue majestuoso de una identidad, sino la respuesta a una crisis.” (Laclau, Mouffe, 1987: 7)

Sin embargo, la propuesta de Laclau y Mouffe vincula la hegemonía a las luchas, de modo que la constitución identitaria queda ligada a los desarrollos de esos enfrentamientos entre fuerzas antagónicas. Nosotros hemos defendido igualmente esta clase de conexión entre identidad y luchas pero, no obstante, lo que pretendemos destacar con el concepto de hegemonización es precisamente lo opuesto: un ejercicio de dominación que incluye de forma diferencial a los dominados y que, por medio de esa inclusión, apacigua un enfrentamiento. Si la hegemonía es una respuesta a una crisis, en nuestra formulación lo es en la forma de solución provisional del conflicto.

Y es precisamente en la medida en que la hegemonía funciona precisamente como ruptura con el conflicto que reproduce la desigualdad, en el sentido en que de los agentes hegemonizados, “las clases subalternas”, puede decirse, como hace Gramsci, que “por definición, no se han

5. La distinción conflicto-asimetría

unificado y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en 'Estado'" (Gramsci, 1978: 491). La dominación se alimenta precisamente de esa falta de unidad que produce, y de la que tantos autores dentro de la tradición marxista han debatido. Con el concepto de hegemonización pretendemos generalizar la conclusión marxista de que "la unificación del capital es anterior históricamente a la unificación del trabajo" (Cohen, 2001: 51), al mecanismo por el que se opera la inclusión asimétrica en todo tipo de relaciones de dominación. En esta línea, la observación de Jessop de que "la hegemonía (...) implica (de hecho, requiere) la pluralización de fuerzas sociales más que su polarización alrededor de una fractura básica de clase" (Jessop, 1990: 181) resulta plenamente adecuada para nuestra definición. Para referirnos al proceso contrario por el que los subalternos crean identificaciones solidarias -pero no necesariamente iguales- como fuerza de inclusión democratizadora, hemos propuesto el concepto diferenciado de "subversión" que, como sucedía con el cierre y la apertura, es susceptible de ser reclamado como descripción de la hegemonización por parte de los agentes hegemonizadores.

En segundo lugar, si pasamos al ámbito delimitado por la dimensión de la agencia y la de las definiciones, pero en conexión con las relaciones estabilizadas, encontramos dos nuevas formas de generar consenso, vinculadas con el grado de asimetría presente en cada una de ellas, introduciendo el par conceptual de "traducción" y "negociación". Traducción lo definiríamos como "afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos y que producen asimetría" y negociación como "afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos y que producen simetría".

En ambos casos contemplaríamos reformulaciones de definiciones que eliminan un punto de disenso, siendo la principal diferencia que en la traducción es un proceso prácticamente unidireccional, mientras que en la negociación tal redefinición se construiría con la participación de todos los agentes implicados. Las posibilidades de que ante un determinada relación de disenso este se resuelva por medio de uno u otro mecanismo dependerá principalmente del control que cada agente pueda ejercer sobre los demás en función de sus vínculos con otros agentes. Quien traduce, así, dispondría de la ventaja de tener la capacidad para hacer aceptar sus definiciones -de sí mismo y de los demás agentes- de la que nace el beneficio ulterior de dominar las conexiones que se establecen a partir de ellas. Esta situación de dependencia del "traducido" respecto al "traductor" es fácil de observar en lo que la práctica de traducción supone en las experiencias cotidianas, así como la conexión entre la traducción y la representación que suponen las dinámicas de hegemonización, ya que el traductor es el que habla "en nombre de", lo cual quiere decir tanto que se disocia de la

5. La distinción conflicto-asimetría

autoría, como que reivindica la pretensión de reflejar la intención “auténtica” del autor. La misma habilidad para manejar diversos idiomas se puede tomar como una metáfora bastante adecuada para representar la amplitud de interconexiones de que disfruta el agente dominante, frente al “monolingüismo” de quien se encuentra recluido en la periferia de la figuración.

Aunque nuestro concepto de traducción guarda afinidad con el de la violencia simbólica de Bourdieu, aquel por el que “los dominados aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas parecer de ese modo como naturales”, (Bourdieu, 2007: 50), tal y como lo definimos, lo tomamos, como habrá adivinado el lector, de la Teoría del Actor Red. Hemos preferido éste al sistémico concepto de medios simbólicos generalizados que, en los términos en los que Luhmann los define como medios para lograr consenso y de los que dice que “transforman, de una manera que de veras suscita estupor, las probabilidades del no en probabilidades del sí (...)” (Luhmann, 1996: 229), podrían haber sido afines, tanto por su vinculación con las prácticas de los agentes como por destacar las referencias a las diferencias de poder.

No obstante, las formulaciones son diversas entre los distintos autores y no hemos respetado plenamente el sentido que en ocasiones le han dado. Tomemos, por ejemplo, esta definición de Latour y Callon: “Por traducción entendemos todas las negociaciones, intrigas, cálculos, actos de persuasión y violencia, gracias a los cuales un actor o fuerza adquiere, o causa que se le conceda, la autoridad para hablar en nombre de otro actor o fuerza” (Callon, Latour en Cicourel, Knorr-Cetina 1981: 279). Aunque estamos de acuerdo en incluir afectaciones recíprocas que no necesariamente se reducen a la interacción lingüística -y en esto también el concepto de medio simbólico generalizado coincidiría-, y ya expusimos que en absoluto era tal reducción nuestra intención al hablar de la dimensión de las definiciones, y a pesar también de que hemos aceptado igualmente la relación entre traducción y representación, nosotros hemos apostado por distinguir ambos momentos y limitar el uso de la traducción a la eliminación del disenso, del mismo modo que la hemos diferenciado de la negociación como proceso productor de simetría, aprovechando las connotaciones que en el lenguaje ordinario tiene este término de capacidad por ambas partes para rechazar determinadas ofertas.

Paralelamente hemos aprovechado también las connotaciones que la traducción tiene de dependencia, en cuanto que al menos un agente no está en las mismas condiciones que el otro para rechazar determinadas ofertas, o ni tan siquiera para formularlas, para referirnos a aquellos ajustes de identificaciones donde una de las partes se encuentra en posición claramente ventajosa. Pero,

5. La distinción conflicto-asimetría

sobre todo, nos ha resultado especialmente interesante del empleo que el término recibe en esta corriente teórica el énfasis con el que señalan la falta de correspondencia entre traducción y equivalencia, o aún mejor, el carácter construido de esta, poniendo de relieve las múltiples transformaciones y articulaciones que requiere una traducción exitosa, esto es, una reformulación aceptable por parte de un agente discrepante. Aplicando la metáfora a sus análisis del trabajo en los laboratorios, Law ejemplifica este carácter distorsionador de la traducción a la perfección:

“[la traducción] Primero, simplifica y altera lo que hay en el laboratorio (ya que se suprimen y distorsionan muchas cosas). Segundo, yuxtapone los dúctiles productos finales de este proceso en una red cuidadosamente construida. Y, tercero, esta red de elementos es más móvil que éstos a partir de los que se perfila.” (Law en Doménech, Tirado, 1998: 80)

De forma crucial para la temática de la globalización, como vemos en esta cita, uno de los principales objetivos alcanzados con la traducción sería la movilidad, lo que llevado a nuestros términos significa la capacidad para producir determinados relacionamientos en espacios sociales diferentes, lo cual, como nuevamente afirma Law, está íntimamente conectado con la capacidad de dar durabilidad a una identidad: “una traducción exitosa implica la capacidad para seleccionar o crear, caracterizar y yuxtaponer elementos en una red que tiene, al menos, cierto grado de durabilidad y que, en virtud de ello, es a su vez capaz de dotar a sus componentes de una durabilidad dócil e individual” (Law en Doménech, Tirado, 1998: 85). Quien traduce, en consecuencia, puede utilizar la redefinición de los otros agentes con los que interacciona para dotarse de identidades resistentes que, a su vez, le posicionan ventajosamente de nuevo para iniciar nuevas relaciones con mayores probabilidades de poder jugar nuevamente el papel de traductor.

Por último, el concepto de traducción en el marco de la Teoría del Actor Red nos facilita la vinculación con la explotación por la asociación que estos autores han elaborado entre traducción e interés. Así, Callon y Law los han conceptualizado como “los intentos de definir (y sobre todo, reforzar) las instituciones, grupos u organizaciones que existen, de vez en cuando, en el mundo social” (Callon, Law, en Doménech, Tirado, 1998: 59) y el segundo de ellos los ha relacionado con la traducción en el sentido de que esta es el medio por el que intereses inicialmente divergentes son equiparados, sentando así la base para la cooperación. Si tenemos la precaución de no entender esto como la imposición de una falsa conciencia o, siquiera, como una toma de conciencia, independientemente de que le precediera una falsa o no, la idea es de utilidad para nuestro objetivo, pues es en las definiciones de los agentes y, por tanto, de las relaciones que les unen, donde se gestan el tipo de sanciones que unos y otros recibirán, así como el carácter positivo o negativo de

5. La distinción conflicto-asimetría

las mismas, parte fundamental del establecimiento de relaciones de explotación. La capacidad, entonces, de transformar los intereses de un agente en la reformulación de una definición, se complementa muy adecuadamente con la capacidad para aprovechar la existencia de intereses opuestos, para hacer aceptar una sanción negativa como positiva.

Aunque ya hemos apuntado hacia las oportunidades que estos conceptos parecen abrirnos para el análisis de la globalización, como siempre, pensamos que es posible hacer de ellos un uso más generalizado y trataremos de ilustrarlo nuevamente con ejemplos de la vida académica. Un ejemplo de una dinámica de hegemonización podría encontrarse fácilmente, por ejemplo, en las distintas estrategias que los científicos de diferentes áreas pueden poner en marcha para hacer de su disciplina el paradigma de ciencia, a partir del cual se definen la “normalidad” y “corrección” de otros campos de estudio. En este sentido, se podría describir la prolongada hegemonía de la física, que fue alimentada por las prácticas y discursos, tanto de investigadores como de epistemólogos, que hacían de sus técnicas de investigación y construcción teórica el estándar contra el que se medía al resto de ciencias. Una dinámica de subversión, por el contrario, se puede apreciar en las reivindicaciones que desde diversos frentes han tenido lugar en el seno de las ciencias sociales, para legitimar las diferencias que las distinguen de las ciencias naturales, tratando de despojarse del estigma de “ciencias blandas”, y buscando una equiparación en estatus con las denominadas “ciencias duras”. Dentro de la propia teoría sociológica vemos establecerse constantes relaciones de traducción en las distintas interpretaciones y apropiaciones que muchos autores han hecho de coetáneos y predecesores, y podemos ver, además, que el éxito ha dependido frecuentemente más del poder del traductor que de la calidad del trabajo hermenéutico, como en la famosa y criticada incorporación de Parsons del pensamiento weberiano a su teoría voluntarista de la acción. No obstante, si queremos un ejemplo menos próximo al uso cotidiano del concepto de traducción, los mismos procesos de selección de investigadores para un proyecto o de alumnos para la concesión de una beca puede servir, en la medida en que los observemos como procesos en los que la asimetría de los participantes esta a la base de la aceptación por parte de los evaluados de las identificaciones de que les hacen objeto los evaluadores, como contrapuesta a las evaluaciones entre compañeros, que son más fácilmente contestadas.

En el ámbito de la globalización lo que estos conceptos nos ayudan a ver es la importancia que cobran los proyectos tanto de hegemonización, como sus correlativos proyectos de subversión, en un mundo en el que las fronteras de la comunidad parecen diluirse tanto, en la línea de la insistente reivindicación de Robertson de considerar como aspecto central de la globalización la

5. La distinción conflicto-asimetría

pluralidad de modelos de globalización que se contraponen. Esto se aplica no sólo al enfrentamiento entre el modelo de globalización del G-8 o Davos y los propuestos desde el movimiento anti-globalización o distintas ONGs globales o transnacionales, sino a los distintos planos de identidades colectivas en construcción y que a menudo chocan. Pero, sobre todo, nos permite examinar el éxito de las distintas identificaciones en juego en función del capital social movilizado en cada una de ellas, de los relacionamientos de los que se sirve y que puede movilizar para lograr su continuidad, no sólo en el tiempo, sino también en el espacio. Si, como hemos visto, a menudo la flexibilidad es mejor garante del sostenimiento de una comunidad que la solidez, se debe en buena medida a esto: cuantas más transformaciones pueda soportar una identidad mayor capacidad tendrá para reproducirse y menos peligros afrontará ante la ahora inevitable porosidad de sus fronteras. El concepto de traducción nos ayuda a entender este mecanismo de reducción del disenso frente a las propias definiciones, fundamentado en la misma asimetría que reproduce, al fomentar la dependencia de los traducidos frente al traductor, mientras que el de negociación resulta más adecuado para referirse a la producción de nuevos consensos en las comunidades que relacionan, tanto en el centro como en la periferia, a agentes con capacidades de agencia relativamente simétricas, aunque en el complejo caleidoscopio de las identidades colectivas, la mayoría de nuevos relacionamientos se situarán como categorías intermedias, o, al contrario mantendrán el carácter disensual de sus relaciones durante más tiempo.

5.4. Tercer problema: desacoplamiento-contradicción

5.4.1. La asimetría en los acoplamientos estructurales

A. El dominio del capitalismo global

También en el plano estructural nos deja la literatura sobre globalización ejemplos importantes de nuevas desigualdades. Es fundamental, no obstante, aclarar antes de comenzar que en absoluto se debe entender esto como una referencia a desigualdades “estructurales” de poder entre agentes, tal y como se suele interpretar, es decir, en el sentido de desigualdades consolidadas y estables, que tienen efectos constrictivos sobre los agentes. Ya indicamos que rechazamos plenamente este tipo de interpretación de las relaciones entre agencia y estructura. Cuando nosotros hablamos de desigualdades estructurales lo hacemos para describir las relaciones entre estructuras,

5. La distinción conflicto-asimetría

esto es, la dominación que unos conjuntos de reglas ejercen sobre otros. Como el lector podrá imaginar, la institución dominante por excelencia en los trabajos sobre globalización es el capitalismo. Si en el capítulo anterior enfocamos este problema en referencia al grado en el que realmente se podría hablar de una auténtica integración económica a nivel mundial, desde este punto de vista de lo que se trata es de analizar las relaciones de subordinación que establece con otras estructuras respecto a las que se encuentra sólo parcialmente diferenciado.

Frecuentemente se describe esta dominación estructural del capitalismo a partir de su confrontación con las estructuras políticas, pero en numerosos autores encontramos también apuntes acerca de la penetración de sus lógicas en la esferas de la vida comunitaria o en las instituciones culturales. Así, ya vimos que Negri, cuyo trabajo comentamos en torno al debate exclusión-explotación, ve la extensión de la economía a todos los espacios de la vida social como culminación de una tendencia inscrita en la naturaleza del capitalismo y en sus obras es protagonista la idea de que la centralidad cobrada por el “trabajo inmaterial” en la reproducción del sistema capitalista ha hecho que ésta coincida con la reproducción misma de lo social, operándose a través de las mismas redes de cooperación y comunicación. Jameson, por otro lado, que ha hecho uno de los análisis más enfáticos de la dominación económica de la esfera cultural describiendo una “explosión” de la misma paralela a la del capitalismo, también se refiere a la invasión de las esferas del inconsciente y la naturaleza, y defiende igualmente que el capitalismo tardío trae “una prodigiosa expansión del capital por zonas que hasta ahora había tolerado y explotado de modo tributario”. Afirmaciones en la misma línea encontramos también, por ejemplo, en Laclau y Mouffe:

“Esta ‘mercantilización’ de la vida social destruye relaciones sociales anteriores, que reemplaza por relaciones mercantiles a través de las cuales la lógica de la acumulación capitalista penetra en esferas cada vez más numerosas. Hoy no es solamente en tanto que vendedor de su fuerza de trabajo que el individuo está subordinado al capital, sino también en cuanto está inscrito en otras múltiples relaciones sociales: la cultura, el tiempo libre, la enfermedad, la educación, el sexo e incluso la muerte. No hay prácticamente ningún dominio de la vida individual y colectiva que escape a las relaciones capitalistas.” (Laclau, Mouffe, 1987: 180)

Para explicar este dominio del capitalismo sobre otras instituciones, como ya hemos comentado en otros momentos a lo largo de nuestro análisis, hay dos vías relativamente diferenciadas: la que lo considera como un axioma teórico o la que lo plantea como una contingencia histórica. Empezaremos con la primera, según la cual la extensión del capitalismo a lo largo del planeta se puede considerar, a grandes rasgos, una rehabilitación del determinismo

5. La distinción conflicto-asimetría

económico tan característico de algunas de las teorías decimonónicas. Como ya hemos ido señalando en otros momentos de nuestro trabajo, nadie se sorprenderá si apuntamos hacia los teóricos cercanos al marxismo y a las doctrinas neoliberales como sus principales exponentes¹⁶⁶. Uno de los ejemplos más fieles de lo primero podría ser el planteamiento de Sklair, centrado en las prácticas transnacionales, divididas según el patrón de la infraestructura-estructura-superestructura en prácticas económicas, políticas e ideológico-culturales y con afirmaciones explícitas sobre el carácter determinante de la economía, tales como “la tesis de este libro es que la fuerza global más importante es el sistema capitalista, basado en una clase capitalista global, que incuestionablemente dicta las prácticas económicas transnacionales globales, y es la fuerza única más importante en la lucha por la dominación de las prácticas transnacionales políticas e ideológico-culturales” (Sklair, 2003: 28). Del otro lado, uno de los ejemplos más representativos podría ser Ohmae (2005), con su lectura de la globalización en términos meramente económicos y muy positivos –ensalzando las oportunidades para el aumento de la riqueza–, aderezada con sus constantes llamamientos a la adaptación de las instituciones políticas a las nuevas dinámicas implantadas por el capitalismo. Este autor es, de hecho, el principal popularizador de la idea de que el Estado-nación es a la vez demasiado grande y demasiado pequeño para la gestión de la economía global:

“La economía ignora las barreas, pero si estas no se eliminan, provocan distorsiones. El tradicional Estado-nación centralizado es otra fuente de fricción. Está deficientemente equipado para desempeñar un papel significativo en el escenario global, mientras que las regiones que lo conforman a menudo son las mejores unidades para atraer y conservar la prosperidad. La región-Estado constituye la mejor unidad de prosperidad en el escenario global, pero esto puede mejorarse aún más al aglutinarse de manera informal en organizaciones más grandes, como la Unión Europea, que puede aumentar el libre comercio, la consistencia de las leyes reguladoras y la integración del mercado” (Ohmae, 2005: 27)

166 Si las doctrinas liberales han apuntado históricamente a la expansión del capitalismo como la victoria de la “razón”, sin duda el marxismo se puede considerar como el principal profeta del capitalismo global, y el postulado de la “reproducción ampliada del capital” pronosticaba este dominio como condición necesaria de su supervivencia. Pero, yendo aún más lejos, desde la ortodoxia marxista, como explica Poulantzas, no hay espacio realmente para hablar de confrontación entre “estado” y “capital”: “las formulaciones usuales mismas del problema del tipo ‘qué puede -o no puede- el Estado frente a las grandes empresas multinacionales?’ [...] son fundamentalmente falsas, que hasta tal punto es cierto que las instituciones o los aparatos no ‘poseen’ ‘poder’ propio sino que no hacen más que expresar y cristalizar poderes de clase.” (Poulantzas, 1987: 66).

5. La distinción conflicto-asimetría

El planteamiento, de sobra conocido, se puede resumir básicamente en la siguiente idea: las estructuras y agentes económicos son los pilares fundamentales de todo grupo social; su dinámica está fuera del control, y las otras estructuras sociales se limitan a adaptarse a ella o, si no son capaces de hacerlo, están abocadas a la extinción. Así, las transformaciones que han conocido las sociedades occidentales desde al menos el inicio de la época moderna hasta nuestros días, son básicamente la expresión de movimientos de adaptación de las estructuras políticas y culturales a los retos lanzados por la dinámica autónoma del capitalismo. La supuesta domesticación del capitalismo en los años de hegemonía del keynesianismo, durante la *pax americana*, queda reducida a una mera apariencia o a un conjunto de circunstancias coyunturales.

Podemos encontrar básicamente dos tipos de narraciones sobre la transformación fundamental que habría dado lugar a esta nueva situación. La primera sería la representada por Wallerstein (1979, 2006, entre otros). Su tendencia a estudiar la historia (económica) en la temporalidad de la *longue durée*, tratando de definir fases históricas en función de la potencia hegemónica en cada momento, lleva a encontrar la clave para entender los principales acontecimientos de las últimas décadas en la decadencia de Estados Unidos, simbolizada por el fin del pacto de Bretton Woods. El segundo tipo de narraciones tiende a acentuar las crisis de productividad de las empresas capitalistas como resultado de la competencia entre ellas. Típicamente, estas teorías ponen menos énfasis en el final de Bretton Woods que en la crisis del petróleo y el fin del pacto social que representó el keynesianismo estatal, al menos en los países europeos. Este nuevo modelo productivo, recurriría tanto a la innovación tecnológica como al ataque a la “rigidez” impuesta por la organización de la fuerza de trabajo, a través de un desmantelamiento de las jerarquías empresariales tradicionales, con la “flexibilidad” como concepto básico, convirtiéndose la movilidad del capital respecto a la fijación espacial del trabajo en un factor

5. La distinción conflicto-asimetría

determinante para lograr esa flexibilización¹⁶⁷. Uno de los autores que más enfatiza la relación entre el dominio del espacio y el poder económico es Harvey:

“En líneas generales, la hipótesis que me dispongo a analizar es que en las economías monetarias en general, y en la sociedad capitalista en particular, el dominio simultáneo del tiempo y el espacio constituye un elemento sustancial del poder social que no podemos permitirnos pasar por alto [...] Más aún, el dinero puede utilizarse para gobernar el tiempo (nuestro tiempo y el de los otros) y el espacio. Recíprocamente, el dominio del tiempo y el espacio puede convertirse a su vez en dominio sobre el dinero” (Harvey, 1995: 251)

La segunda vía, aunque puede resultar similar en su descripción del fenómeno, parte de un planteamiento muy diferente. Por la importancia otorgada a la asimetría establecida entre el sistema económico y el sistema político, estos autores tienden a utilizar una narrativa de las transformaciones del capitalismo próxima a esta segunda narración que acabamos de explorar, con especial referencia a la ruptura del modelo de las sociedades del bienestar occidentales. Pero al no aceptar de partida la prioridad teórica de las estructuras económicas sobre las demás, estos autores tienen que evocar otros factores a la hora de explicar los cambios acontecidos al margen de las distintas versiones de la en su día famosa “ley de las tasas de rendimientos decrecientes”. La respuesta más frecuente, probablemente, sea hacer entrar el papel de la ideología neoliberal. Este es el camino seguido, por ejemplo, por Bourdieu y, de hecho, el eje principal de su obra *Contrafuegos -I y II-* (2000, 2001). Partiendo de la política, la cultura y la economía como campos que en los últimos siglos habían ido consiguiendo progresivamente (y acaso podríamos añadir, trabajosamente) un grado importante de autonomización, el francés ve en la globalización una intentona de los sujetos dominantes en el campo económico para subordinar nuevamente a los otros:

“Todo lo que se designa con la palabra a la vez descriptiva y normativa de ‘globalización’ es el efecto no de una fatalidad económica, sino de una política consciente y deliberada, aunque a menudo inconsciente de sus consecuencias. Totalmente paradójica, ya que se trata de una

167 Hay que notar, sin embargo, que, con anterioridad a los debates sobre la deslocalización y la unificación de los mercados financieros, algunos autores habían apuntado hacia la movilidad del trabajo frente a la del capital como una de sus principales bazas. Offe, por ejemplo, afirmaba que:

“(…) *the only variable through which the supplier of labour power can possibly improve its strategic position in the market is that of the spatial dimension. Accordingly, the historically most important adaptative responses by labour without public assistance have taken place in the spatial dimension, through such movement as emigration, urbanization, and commuting.*” (Offe, 1985: 19).

5. La distinción conflicto-asimetría

política de despolitización, esta política que utiliza sin vergüenza el léxico de la libertad, liberalismo, liberalización, desregulación, pretende atribuir una influencia fatal a los determinismos económicos liberándolos de cualquier control y obtener la sumisión de los gobiernos y de los ciudadanos a las fuerzas económicas y sociales así ‘liberadas’” (Bourdieu, 2001: 61)

Otro ejemplo de esta segunda vía lo podemos encontrar en Habermas, cuyo planteamiento se hace desde un punto de vista estrictamente sistémico, justo al contrario que Bourdieu que presenta un modelo que relaciona dinámicas estructurales y luchas colectivas. Si en la teoría de la “colonización del mundo de la vida” definía esta en relación con la sustitución del medio de comunicación que le es propio –el lenguaje- por medios de comunicación sistémicos –poder y dinero- que le son ajenos, en este momento nos encontramos con un agravante de la situación, dado que el medio de comunicación del sistema económico –el dinero- estaría invadiendo también el espacio del sistema político –regido por el medio poder-. Prolongando su argumento, creemos que se podría decir que si hasta ahora el mundo de la vida se estaba viendo “intoxicado” por la racionalidad instrumental, ahora podríamos decir que está viviendo un proceso directamente de “mercantilización”. Si en la *Teoría de la acción comunicativa* decía que “sólo los ámbitos de acción que cumplen funciones económicas y políticas pueden quedar efectivamente regulados por medios de control; estos medios fracasan en los ámbitos de la reproducción cultural, de la integración social y de la socialización; en estas funciones no pueden sustituir al mecanismo del entendimiento como mecanismo coordinador de la acción” (Habermas, 1988: 457), en *La constelación postnacional* nos encontramos que afirma lo siguiente:

“Pero este desplazamiento de poder se puede entender mejor en términos de la teoría de los medios que en términos de la teoría del poder: el dinero sustituye al poder. El poder como mecanismo regulador de decisiones colectivas vinculantes opera con una lógica distinta a la que emplea el mercado. Por ejemplo, sólo el poder es susceptible de ser democratizado, no el dinero. Por lo tanto, las posibilidades de un autocontrol democrático desaparecen per se cuando el mecanismo regulador de un determinado ámbito social se traslada de un medio de control a otro” (Habermas, 2000: 105)

Creemos que el paralelismo en los términos de la definición, aunque quizá no en la relevancia teórica, entre ambos procesos es claro.

5. La distinción conflicto-asimetría

B. El declive del estado-nación

A pesar de que la dominación del capitalismo se vincula a menudo con la decadencia de las estructuras políticas estatales, acabamos de ver que esta conexión no es la única posible. Del mismo modo que se puede rastrear la influencia de las estructuras económicas en otro tipo de instituciones, como las culturales, igualmente se puede relacionar el declive del Estado-nación con el poder de otras estructuras no económicas. De hecho, aunque es bastante frecuente la priorización de las estructuras económicas, es preciso reconocer que también hay muchos modelos teóricos que lo que ponen en primer plano son las transformaciones del sistema político. Numerosos autores sitúan en el centro de sus análisis de la globalización, no la expansión del capitalismo, sino la decadencia del sistema político interestatal, habitualmente asociándola al concepto de transnacionalismo. Si ya desde hace décadas se ha criticado, por ejemplo por parte de Foucault, la idea del estado como ente unitario, defendiendo que sería más adecuadamente descrito como “una realidad compuesta y una abstracción mitificada cuya importancia es mucho más limitada de lo que se cree” (Foucault en Castle *et al.*, 1991:25), el argumento ahora es que diversas fuerzas sociales cobran una fuerza demasiado grande como para poder ser controlados por parte de los aparatos políticos de los Estados-Nación, de modo que las relaciones sociales fundamentales les atraviesan llegando, en el extremo, a convertirlos en estructuras políticas en vías de extinción. Pero estas fuerzas no se reducen al capitalismo y muchos autores apuntan en otras direcciones, por ejemplo, a las transformaciones de la sociedad civil que devendría progresivamente tan global como el capitalismo y que, en palabras de Waltzer, “su mera existencia cuestiona la utilidad del estado”¹⁶⁸.

Lo específico de este tipo de modelos es no considerar esta fase de desintegración del sistema político como un producto de la globalización (identificada con la globalización del capitalismo), sino como el fenómeno que en si mismo la define. Estas perspectivas tienden, en consecuencia, a ser más abiertas respecto a la toma en consideración de los factores condicionantes, contemplando

168 Aunque su trabajo se inserta en un análisis histórico del Estado y no se centra en la transición hacia un mundo globalizado, conclusiones semejantes se pueden encontrar en Mann, para quien la especificidad de esta institución se basa fundamentalmente en el poder territorializador de modo que “*autonomous state power is the product of the usefulness of enhanced territorial centralization to social life in general*” (Mann, 1988: 29) y esta puede variar enormemente en el desarrollo histórico de distintas sociedades, independientemente de que en esta ocasión pueda tener mayor o menos influencia la consolidación de fuerzas económicas globales.

5. La distinción conflicto-asimetría

una multicausalidad amplia -aunque es importante notar que este énfasis en el transnacionalismo no es por si mismo incompatible con un grado importante de determinismo económico, como ejemplifica Sklair¹⁶⁹-. Un ejemplo de este tipo sería la teoría de Albrow (1997) según la cual, nos encontramos en el momento de transición entre la época moderna y la época global. La clave de la modernidad sería el Proyecto de la Modernidad (entendido en términos similares a los habermasianos, aunque sin la carga normativamente positiva que le da éste), indisolublemente asociado al Estado-Nación. La globalización se identifica con la crisis del Estado-Nación: diversas dinámicas le superan sin que éste sea capaz de hacerles frente. Como decíamos, el modelo es multicausal y Albrow alude no sólo al mercado y las corporaciones transnacionales, sino también a la ciencia, la cultura y “lo social” (Albrow, 1997: 65). Pero estos agentes de la decadencia del Estado-Nación no son ninguna novedad, es más, han sido instituciones fundamentales para su desarrollo. Es el agotamiento mismo de los Estados-Nación, que ha dado con los límites definitivos de su expansión, lo que los hace capaces de iniciar la transformación¹⁷⁰.

Otro ejemplo clásico de este tipo de planteamiento lo encontramos en Beck. En su popular *¿Qué es la globalización?* (1998a), Beck distingue varios conceptos (globalismo, globalidad...) y define la globalización específicamente como “los procesos en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios” (Beck, 1998: 29) y de forma aún más clara, como ya vimos, “finalmente, y en consecuencia, globalización significa también: ausencia de Estado mundial; más concretamente: sociedad mundial sin Estado mundial y sin gobierno mundial” (Beck, 1998: 30). Nos encontramos aquí con una identificación plena de

169 Y las críticas de Robinson al modelo teórico de Wallerstein y su rechazo al paradigma de la globalización, por ejemplo, no se basan en el cuestionamiento del fundamento economicista de la teoría del sistema-mundo, sino en el escaso reconocimiento de las nuevas formas políticas -que, por lo demás, pueden considerarse igualmente subordinadas- que rompen el correlato entre la división del trabajo mundial y el sistema interestatal (Robinson, 2011).

170 “*The global shift leads necessarily to a reconceptualization of the state. It disaggregates the linkage of nation and state which national elites managed to effect and focuses attention on the development of institutionalized practices operating at the transnational level, and on the operation of global relevancies in the day-to-day activities of ordinary people. The delinking of the ideas of state and nation has been the most important aspect of the transition from the Moder Age to the Global. It clearly has its downside in the consequent release of suppressed nationalisms, but at the same time it reasserts the idea of state as distinct from the vagaries of the government of the day.*” (Albrow, 1997: 172).

5. La distinción conflicto-asimetría

globalización y transnacionalización, asociada específicamente a la pérdida de significación de los Estados-Nación como agentes o marcos relevantes para la acción.

Esto no equivale, en cualquier caso, a sentenciar junto con los Estados a todo tipo de estructuras políticas. Precisamente Beck ha propuesto el concepto de “subpolítica” para hacer referencia a los nuevos juegos políticos que se producen fuera de esas instituciones. Esta idea de que la política adquiere nuevas encarnaciones es básica para la gran mayoría de quienes defienden el declive de los Estados-nación y, así, Offe, por ejemplo, afirma que “si bien experimentamos la despolitización del Estado, experimentamos también una repolitización de la producción en el más amplio sentido, que incluye todos los aspectos de la apropiación societaria de la naturaleza humana y no humana” (Offe, 1991: 167), y una proposición similar anida en la declaración de Castells de que “en cierto sentido, el sistema político se va vaciando de poder” (Castells, 2003: 417).

No obstante, el postulado de que los Estados-nación sean una forma caduca está lejos de ser unánimemente aceptado, como ya hemos señalado en diversas ocasiones, de manera que no se puede tomar como dato dado la asunción de que represente una estructura puramente dominada. Ya apuntamos como Giddens, por ejemplo, defendía que más que al declive del Estado como forma política, estamos asistiendo a su universalización. El mismo autor sostiene que, además es necesario tener en cuenta que frente a la omnipotencia que se atribuye habitualmente a las grandes multinacionales es preciso ser consciente de que estas no son tan estables como se las suele describir, apuntando hacia los cambios que se pueden observar en el espacio de unas pocas décadas entre las mayores de ellas, y en fuerte contraste con la continuidad en el tiempo de los Estados. Así mismo, también propone que se tiende a infravolar el poder que estos aún pueden ejercer, que “tanto si actúan a título individual como si lo hacen colectivamente, las naciones controlan territorio, tienen acceso a un aparato legal que les permite tomar decisiones legales vinculantes -incluidas las que afectan a las grandes empresas-, y tienen el control del poder militar” (Giddens en Castells, Giddens, Touraine, 2002: 88-89)¹⁷¹.

Pero una buena parte de los autores que tratan de argumentar en favor de la resistencia de las estructuras políticas estatales hacen hincapié, no sólo en este afianzamiento del sistema interestatal,

¹⁷¹ No son pocos los autores que defienden que, de hecho, la política es un ámbito fuertemente resistente a la globalización, poniendo el protagonismo que aún conservan los Estados como muestra de ello, tal y como afirma, por ejemplo, Hobsbawm: “La globalización ha avanzado en casi todos los aspectos -en el económico, en el tecnológico, en el cultural e incluso en el lingüístico- menos en uno: política y militarmente, los estados territoriales siguen siendo las únicas autoridades reales.” (Hobsbawm, 2007: 33-34).

5. La distinción conflicto-asimetría

y ni siquiera en su capacidad de resistir los ataques del capitalismo global sino, aún más allá, en la fundamental dependencia que tiene éste del poder localizado en ellos. En esta línea, Hirst y Thompson acompañan su cuestionamiento de una auténtica integración económica a nivel global de un paralelo escepticismo respecto a la pérdida de relevancia de los Estados, insistiendo en que “mientras que las tendencias a la internacionalización pueden ser acomodadas dentro de una visión modificada del sistema económico mundial, esto aún da un papel principal a las políticas y factores económicos de nivel nacional” (Hirst, Thompson, 1999: 4). No se trata tan sólo de que los procesos de desregulación financiera y de apertura comercial sean producto de gestiones intergubernamentales, sino que el capitalismo continúa necesitando en diversos frentes del apoyo de las estructuras políticas estatales. Por ambas razones, se argumenta desde estas posiciones que el capitalismo no puede prescindir realmente del sistema-interestatal y que, en realidad, la relación es de dependencia mutua. Esto es lo que lleva a Negri a afirmar que “cuando los defensores de la globalización del capital claman contra el gran gobierno, no sólo están siendo hipócritas, también son ingratos” (Negri, Hardt, 2002: 318), incluso a pesar de que él defiende rotundamente una “sobredeterminación” del derecho nacional por el derecho supranacional, y un trasvase de soberanía a niveles por encima de los Estados.

Una última línea argumental se basa en una desagregación de la categoría institucional de “estados” y postula que no todos ellos están amenazados por la globalización en el mismo grado. Por ejemplo, a pesar de las múltiples versiones teóricas del final de la *pax americana*, es muy frecuente, y el trabajo de Negri daría muestra de ello, colocar a los Estados Unidos en la cúspide de poder de la globalización. En esta línea, aunque desde otra perspectiva, Bauman (2001), por ejemplo, reflexiona sobre las tendencias a la balcanización que parecen descubrirse en la globalización y sostiene que son los estados fuertes los que son atacados por el capitalismo global, mientras que la fórmula de los estados pequeños es plenamente compatible con él. En una dirección similar apunta Zizek:

“Podemos identificar el mismo sesgo nacionalista en el reciente ascenso del espíritu antiestadounidense en Europa Occidental. No cabe sorprenderse de que éste sea más fuerte en las 'grandes' naciones europeas, especialmente en Francia y Alemania: es parte de su resistencia frente a la globalización. A menudo escuchamos la queja de que la reciente tendencia hacia la globalización amenaza la soberanía de los Estados-nación; aquí, no obstante, deberíamos matizar esta afirmación: ¿cuáles son los Estados más expuestos a esta amenaza? No lo más pequeños, sino las potencias (anteriormente) mundiales de segunda fila,

5. La distinción conflicto-asimetría

países como Reino Unido, Alemania y Francia: lo que temen es que una vez plenamente integradas en el Imperio global que ha comenzado a emerger serán reducidas al mismo nivel que, digamos, Austria, Bélgica o incluso Luxemburgo.” (Zizek, 2005: 97)

Cabe pensar, sin embargo, que la referencia a la afinidad entre balcanización y capitalismo global tiene mucho que ver con el dominio de las estructuras económicas, en la medida en que es más ventajoso para su reproducción conectarse con estructuras políticas menos poderosas aunque, al mismo tiempo, se estaría reconociendo la capacidad de los estados fuertes para sostener su autonomía frente a las instituciones económicas. En cualquier caso, dos décadas después del auge de los análisis sobre globalización, tenemos que aceptar una suerte de conclusión intermedia, dado que a pesar de que la crisis financiera -y especialmente en Europa y otros países desarrollados la crisis de la deuda pública- ha puesto de relieve la debilidad de los Estados frente a los mercados, también es cierto que estos de momento siguen sobreviviendo y las tendencias a la balcanización no parecen haberse profundizado.

5.4.2. La asimetría no implica desacoplamiento ni contradicción

A. Determinismo y estructuras dominantes

Vemos así, que no es necesario postular el rígido principio marxiano de la determinación infraestructural para dar cuenta de procesos de dominación estructural, sin que ello implique, del lado opuesto, aceptar la autonomía de los subsistemas que defiende la teoría de sistemas. Si podemos liberarnos de las múltiples objeciones que se han formulado históricamente al determinismo económico, y que buena parte de los pensadores actuales del marxismo han tratado de asimilar en sus construcciones teóricas, podemos igualmente deshacernos de los inconvenientes teóricos que, como afirma Jessop, acechan al modelo de la sociedad como “menos que la suma de sus partes”¹⁷², y que plantean serios problemas para entender los relacionamientos entre unas y otras

172 “If significant ensembles of social relations could become radically autonomous through a series of autopoietic take-offs, the very concepts of society, its sub-systems, and its unity would become problematic. For a society would become less than the sum of its parts and its unity would involve little more than the mutual indifference or non-interference of its parts. ‘Society’ would comprise nothing more than a series of self-closed systems whose correspondence, if any, could only emerge as the contingent, accidental result of their blind co-evolution.” (Jessop, 1990: 327).

5. La distinción conflicto-asimetría

estructuras haciendo aparecer la correspondencia entre ellas como algo casi accidental, por no hablar de los numerosos obstáculos empíricos que los planteamientos del neofuncionalismo sobre la desdiferenciación tratan de solucionar. Podemos, entonces, manejar un modelo de relaciones entre estructuras que admite diferentes grados de diferenciación y desdiferenciación sin que necesariamente tengamos que aceptar el presupuesto de que no puede haber sistemas dominantes.

Cierto es que tal generalización no es aplicable a todo el funcionalismo por igual, y que, por ejemplo Luhmann, ha admitido la posibilidad de que el subsistema que detente el mayor grado de complejidad organizada y de flexibilidad gracias a su organización interna tienda a dominar la sociedad en la que se ubique y que, de hecho y en afinidad con la teoría marxista, este subsistema suele ser el económico. Así, afirma que, si bien “se debe mencionar, con particular énfasis, una consecuencia estructural importante que resulta, forzosamente, de la construcción de los sistemas autorreferenciales” y que sería “la renuncia a la posibilidad de control unilateral”, se pueden admitir “diferencias en la capacidad de influencia, jerarquías, asimetrizaciones” (Luhmann, 1998a: 58).

La manera, sin embargo, en la que debe tener lugar esta “influencia” en subsistemas regidos por códigos binarios propios para los que los demás subsistemas sólo proporcionan irritación, no parece muy clara. ¿Deberíamos entender que algunos subsistemas pueden producir algo más que irritación o algún tipo de irritación diferente? Podemos estar de acuerdo en que bajo estos términos de influencia entre unos y otros sistemas se logra escapar de la imagen de subsistemas que evolucionan de forma coordinada accidentalmente, pero no da mucho espacio para pensar en cómo alguno se vuelve más influyente. En nuestros términos podríamos decir que podría tener que ver, en primer lugar, con la posición de unas estructuras respecto a otras, esto es, como más o menos centrales en una determinada institución, y Luhmann, de hecho, propone ese tipo de relación como característica fundamental de la diferenciación jerárquica. Pero, en la medida en que aparece la diferenciación funcional, esta se haría imposible en su formulación:

“La primacía de la diferenciación jerárquica impone límites al proceso de diferenciación, por lo que la cúpula (o el centro del dominio) de la jerarquía tiene que poder controlar las relaciones fronterizas del sistema; de lo contrario perdería el dominio. En un proceso de diferenciación más amplio y con relaciones exteriores más complejas, resulta imposible aquello que fuerza el paso a un estadio de diferenciación funcional; así como lo contrario, un impulso en la diferenciación funcional aumenta el proceso de diferenciación y despoja de dominio a los centros.” (Luhmann, 1998a: 184)

5. La distinción conflicto-asimetría

En el mejor de los casos, entonces, podríamos llegar a una situación de dominio de unas estructuras sobre otras sólo por el reconocimiento de un proceso de poca diferenciación o de desdiferenciación, y esto está bastante en sintonía con nuestra propuesta, pero en los términos de Luhmann supondría prácticamente una contraposición entre dominación estructural y complejidad que parece poco aplicable al dominio del capitalismo -o de cualquier otra institución- en nuestro mundo globalizado.

Más acertado nos parece el camino que se abrió en el marxismo contra el modelo de la determinación infraestructural, pero que trató de seguir conjugando las posibilidades de jerarquización estructural con el de amplias interrelaciones. La descripción que de ellos hace Parkin nos parece una definición prometedora del tipo de solución hacia el que nosotros nos orientamos:

“El modelo de sistema social propiciado por los marxistas occidentales contemporáneos es aquél donde todos los elementos están profundamente relacionados, de forma que el sentido o la significación de cada uno de ellos deriva de su lugar en la configuración del conjunto. Algo así como el hecho de que cada punto en un cuadro puntillista sólo tiene sentido en relación a todos los demás puntos que componen la pintura completa. El modo de producción ha dejado de ser un elemento principal entre otros” (Parkin, 1984: 21)

Si que nos parece, sin embargo, conveniente introducir un pequeño matiz, referente a la posibilidad, lógica cuando menos, de que puedan coexistir estructuras, si no completamente autónomas, al menos escasamente conectadas. Aunque estamos de acuerdo en que al referirnos a sociedades concretas es lo más frecuente encontrar un alto grado de imbricación entre unas y otras instituciones, nos parece importante dejar el espacio teórico suficiente para dar cuenta de los procesos de diferenciación que pueden tener lugar en determinados momentos. Por otra parte, la descripción de Parkin nos parece que tiende a exagerar el grado de simetrización entre las diferentes estructuras que la teoría marxista ha llevado a cabo, y muy a menudo hemos encontrado formulaciones que han tratado de mantener el determinismo infraestructural “en última instancia”, por la vía que ya comentamos en el primer capítulo de hacer de la producción la institución que determina que institución predominará en cada formación social. La propuesta de Althusser al respecto es quizá la más popular:

“Pienso que de este texto, uno de los más detallados, se puede extraer el principio, explícitamente presente en Marx, de una definición de la determinación en última instancia por la economía. En estructuras diferentes, la economía es determinante en cuanto determina la instancia de la estructura social que ocupa el lugar determinante. No relación simple, sino relación de relaciones; no causalidad transitiva, sino causalidad estructural. En el modo de producción capitalista ocurre que este lugar está ocupado por la economía misma, pero es

5. La distinción conflicto-asimetría

preciso en cada modo de producción hacer el análisis de la 'transformación'." (Althusser, Balibar, 1978: 241)

Pero también Habermas en sus primeras obras siguió este camino y podemos encontrar otro ejemplo de este tipo de formulación en sus afirmaciones acerca de que “la formación de una sociedad está determinada en cada caso por un principio fundamental de organización, que establece un espacio abstracto de posibilidades de cambio social” y que culmina con una propuesta semejante a la althusseriana, declarando que “es el propio principio de organización el que decide qué sistema parcial de una sociedad poseerá el primado funcional, es decir, presidirá la evolución social” (Habermas, 1999: 44).

No obstante, no encontramos ninguna razón adicional al deseo de conservar el postulado marxiano de la determinación infraestructural para aducir como condición necesaria de la constitución de una formación social que haya siempre un principio dominante, al margen de la frecuencia con la que empíricamente podamos contrastar tal cosa. Nos parece, al contrario, que es la asunción del principio de compatibilidad del que ya habláramos la que fuerza, para evitar la coincidencia accidental de la que nos hablaba Jessop, a proponer principios de dominación estructural como factor intrínseco de los relacionamientos estructurales. El propio Jessop se ve abocado a buscar su propia solución a tal problema, que contrapone a las otras estrategias construidas dentro del marxismo¹⁷³, en torno al concepto de proyectos hegemónicos. Sin embargo, ya dijimos que el principio de compatibilidad está lejos de ser una auténtica necesidad lógica y que, de hecho, el análisis concreto tiende a desdibujarlo. No se trata sólo de que existan contradicciones, sino de que éstas ni se resuelven necesariamente en un cambio social que restablece la compatibilidad, ni son condición necesaria de la reproducción estructural. Basta con no aceptar el principio de compatibilidad para hacer desaparecer de un plumazo este tipo de problemas.

173 “Hitherto Marxist have advanced three main answers to the issue of the correspondence between the economy and other social orders. One approach considers how different institutional systems function to advance the demands or interests of the economy. (...) A second approach derives the institutional form of different systems from the (dominant) mode of production and then examines how the institutional logics implied in these forms come to correspond (if at all) to the functional needs of the economic systems. (...) A third approach suggests that different systems are rendered mutually coherent through contingent articulatory practices. Among the practices mentioned here are hegemonic leadership, global strategies and master discourse.” (Jessop, 1990: 80).

5. La distinción conflicto-asimetría

Por tanto, no es necesario buscar en las prácticas hegemónicas -que en nuestros términos se corresponden con el nivel agencial y no pueden en ningún modo influenciar en el estructural, del mismo modo que no es posible al contrario-, como hace Jessop, la solución a esa compatibilización. A menudo tal compatibilidad no se encuentra y cuando nos parece evidente, y esto es parte importante de nuestra articulación, es sólo porque las estructuras están conectadas, de modo que lo que hacen patente, en primer lugar, no es la compatibilidad, sino el hecho de que -hasta cierto punto que siempre se debe determinar empíricamente- forman parte, en realidad, de una misma institución. Esto no es óbice, por supuesto, para pensar que en los procesos de conexión estructural se encuentren desigualdades y que sea posible rastrear hasta qué punto en la conformación de una institución algunas de las estructuras pre-existentes han demostrado ser dominantes, pero tampoco excluye la posibilidad de que en muchos casos sea más adecuado hablar de co-evolución que de determinación, sin que esta se convierta tampoco, como pretende Jessop, en el único modo en que tales relaciones pueden producirse¹⁷⁴.

Pensamos, en conjunto, que entender los procesos de conexión entre estructuras en términos de dinámicas de desdiferenciación, generadoras de complejidad y heterogeneidad interna, pero que no siempre se completan, da una vía de comprensión más sencilla para introducir las asimetrías en ellas, sin obligarnos a buscar uno u otro mecanismo de “compatibilización”, ni a confiar en una coincidencia accidental entre unos y otros subsistemas y, por supuesto, sin obligarnos a contraponer jerarquización estructural y complejización.

B. Colonización y determinación: definiciones

Llegamos, así, al momento de introducir nuestros dos pares conceptuales. Empezaremos, como habitualmente lo hacemos, por el referido a las relaciones no estabilizadas, esta vez desde la perspectiva estructural y de sanciones. Los dos conceptos que aplicaremos a este ámbito serán los

174“(…) if different institutional orders comprise ensembles of heterogeneous social relations whose precise contours, relative unity and distinctive dynamic are never pre-given but are always constituted in and through contingent social practices, quite new theoretical and empirical problems are posed in explaining social phenomena. We are really faced with problems of the co-evolution, mutual penetration and reciprocal adaptation of different institutional orders. We need to explore how the economy, law, the state and so forth co-exist in the same encompassing social environment and evolve in response to specific change occurring therein.” (Jessop, 1990: 103).

5. La distinción conflicto-asimetría

de “colonización” e “interpenetración”. Definiremos colonización como “el movimiento productor de asimetría por el que la distribución de sanciones de una estructura se ve afectada por la de otra” e interpenetración como “el movimiento productor de simetría por el que la distribución de sanciones de una estructura se ve afectada por la de otra”.

Con colonización nos referimos a las dinámicas de desdiferenciación en las que predomina el desplazamiento de una estructura por otra, mientras que con interpenetración pretendemos describir las dinámicas en las que tiende a predominar un ajuste recíproco de todas las estructuras interconectadas. La colonización supone entonces una conexión donde una de las estructuras ejerce una selección sobre las reglas a incorporar, mientras que en la interpenetración se ejerce una influencia recíproca no jerarquizada. Como en el nivel de la agencia, enfrentamos dos conceptos que nos hablan de incorporaciones que producen desigualdad e igualdad entre las partes que entran en relación, conjuntos de reglas en este caso. Si la desdiferenciación supone habitualmente cierto grado de desacoplamiento, de modo que no todas las reglas se mantienen conectadas en el nuevo entramado estructural, la colonización señala diferencias sensibles entre el grado desacoplamiento sufrido por cada una de las partes, no así el de interpenetración. En este nivel, de nuevo, lo que nos encontramos es con la producción de dependencia e interdependencia. Al referirse la colonización a una estructura que se mantiene en buena medida íntegra y otra que pierde buena parte sus conexiones internas, se ve que no nos resulta muy complicado seguir aplicando la metáfora del centro-periferia, ahora a las instituciones. Así, en la nueva institución conformada por las estructuras antes diferenciadas, las dinámicas de colonización implican que una estructura se mueva hacia al centro al tiempo que otras lo hacen hacia los márgenes, mientras que la interpenetración supone posicionamientos relativamente simétricos.

Ambos conceptos los tomamos de la teoría de sistemas y, como siempre en estos casos, es necesario guardar precauciones respecto al uso que se les da en ellas, de forma fundamental y como no nos cansamos de recordar, el hecho de que nosotros usamos el concepto de estructura e instituciones para evitar de forma completa la referencia a “límites” y “entornos”. El concepto de colonización lo tomamos de Habermas, en concreto de su formulación de la colonización sistémica del mundo de la vida:

“(…) sólo los ámbitos de acción que cumplen funciones económicas y políticas pueden quedar efectivamente regulados por medios de control; estos medios fracasan en los ámbitos de la reproducción cultural, de la integración social y de la socialización; en estas funciones no pueden sustituir al mecanismo del entendimiento como mecanismo coordinador de la acción. A

5. La distinción conflicto-asimetría

diferencia de lo que ocurre con la reproducción material del mundo de la vida, su reproducción simbólica no puede quedar asentada sobre la integración sistémica sin que se produzcan efectos laterales patológicos” (Habermas, 1988: 457)

Aunque Habermas lo usa para referirse específicamente a la suplantación del lenguaje por los medios dinero y poder, nosotros generalizamos la idea para remitir a los procesos en los que las lógicas de una estructura tienden a dominar sobre las de otra, eliminando esa referencia a los medios simbólicos generalizados que rechazamos. El contraste con el concepto de interpenetración de Luhmann elaborado para articular la relación entre los sistemas de conciencia y los sistemas sociales se ve con claridad, puesto que hace especial hincapié, para distinguirlo del de penetración, precisamente en el carácter recíproco del proceso, que según este autor se da “cuando ambos sistemas se posibilitan mutuamente para aportar al otro su propia complejidad preconstituida”. Sin embargo, lo que más nos interesa es el uso que específicamente Luhmann proscribe:

“El concepto de interpenetración [para referirse a la relación recíproca que se da entre los sistemas psíquicos y sociales] tiene la desventaja de empujar a entender la relación entre sistemas como una especie de intersección, de amalgama, de fusión causal. Una vez que se reconstruye el concepto de interpenetración, en el sentido de las lecciones anteriores, significa solamente el hecho de que la operación de un sistema debe presuponer que el entorno garantiza condiciones de posibilidad muy complejas que no pueden tomar parte, de manera operativa, en la reproducción de la clausura de operación del sistema.” (Luhmann, 1996: 202)

Con esta distinción entre colonización e interpenetración podemos pasar ahora al ámbito de las dimensión estructural y de sanciones, pero en referencia a relaciones estabilizadas. Aquí, los conceptos que propondremos para dar cuenta de la desigualdad-igualdad entre reglas reunidas en una estructura serán los de “determinación” y “co-evolución”. Determinación lo definiremos como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen una asimetría” y co-evolución como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen una simetría”.

Determinación, entonces, se refiere al predominio de una estructura sobre otras cuyo desarrollo marca, mientras que co-evolución lo hace a relaciones en las que las transformaciones de unas estructuras provocan transformaciones en las demás, pero sin que pueda fijarse una dirección única de cambio. Volviendo a la metáfora del centro-periferia, en el primer caso nos encontramos con una estructura situada en el centro, mientras que en el segundo nos encontramos con instituciones relativamente acéntricas. Si la afinidad del concepto de determinismo con el

5. La distinción conflicto-asimetría

pensamiento marxista del cual hemos tomado el término es obvia, es importante no perder de vista que nosotros no pretendemos postular este tipo de relación de forma apriorística en ningún caso, sino sólo como una de las dos vías por las que se puede producir la complejización -en el sentido en el que definimos esta en el capítulo anterior, como la producción de consistencia a partir de la heterogeneidad-. Como en los otros tipos de relaciones conceptualizados para el nivel de la agencia, el concepto asimétrico de complejización se refiere a relaciones de dependencia, y el simétrico, por su parte, a relaciones de interdependencia. Como siempre, es crucial apuntar que a pesar de la vinculación que existe entre colonización y determinación e interpenetración y co-evolución, no se debe entender que de los primeros se siguen los segundos, puesto que la colonización y la interpenetración pueden dar lugar a relaciones contradictorias -como sucede, por ejemplo, con el la fórmula de la colonización del mundo de la vida habermasiana-, y determinación y co-evolución se refieren a relaciones de consistencia. La importancia del concepto de determinación, aún más, es hacer ver que una fuerte desigualdad entre estructuras es más fácil de compatibilizar teóricamente con la consistencia que con la contradicción.

De todas las formulaciones propuestas en el corpus del pensamiento marxista hemos optado como base para nuestra definición, igual que hicimos en el caso de la contradicción, por la propuesta de Offe, según la cual se podría distinguir entre subordinación positiva y negativa. La primera la define como “el ajuste de contenido de los subsistemas normativo y político, de manera que se adapten a procesos económicos” y la segunda como la protección de “la esfera regulada por el intercambio de superposiciones e interferencias, que constituyen una posible consecuencia del desarrollo de los subsistemas político y normativo” (Offe, 1991: 46). Es evidente, en primer lugar, que nosotros no pretendemos adoptar su asunción de que la estructura subordinante es en cualquier circunstancia la estructura económica. En segundo lugar, su concepto de subordinación negativa, puede entenderse como haciendo referencia a lo que nosotros hemos denominado diferenciación o, en todo caso, a las dinámicas que hemos conceptualizado como “colonización”. No obstante, su definición de la subordinación positiva nos parece muy apropiada para entender la mecánica de las relaciones de determinación, pues se refiere, precisamente, a esos procesos por los que los ajustes en unas estructuras dependen siempre de otra, de manera que la adaptación tiende a ser unilateral, al contrario de lo que describirían las relaciones de co-evolución.

El uso de estos términos en otros ámbitos distintos al de la globalización, nos parece bastante intuitivo, dado que en este caso hemos tomado conceptos muy tradicionales de la sociología y en un sentido no demasiado heterodoxo. De colonización en el mundo académico, por ejemplo,

5. La distinción conflicto-asimetría

podríamos hablar para referirnos a la interferencia entre las lógicas del mundo profesional y de los negocios y las de la investigación y la docencia. Es evidente que algún grado de inter-relación entre ellas hay, así como que cada esfera mantiene una cierta autonomía, sin que se pueda hablar de un desplazamiento completo de la una por la otra. Aunque nos parece más o menos claro que el dominio corresponde a la lógica empresarial, quedaría en cualquier caso abierto a un análisis empírico, y se podría concluir que es más apropiado hablar de interpenetración en la medida que en podamos demostrar que la interconexión entre ambas ha sido una dinámica en la que ha habido aportaciones relativamente simétricas y distorsiones mutuas. De determinación en esta relación empresa-academia hablaríamos, por otro lado, si se pudiera concluir que las discrepancias y contradicciones generadas en ese acoplamiento han sido resueltas en beneficio de la reproducción estructural de una u otra. Por el contrario, nos aproximaríamos a una co-evolución si ninguna de las dos estructuras se pudiera considerar prioritaria. En cualquier caso, experimentaremos la ventaja de no tener que postular desde el principio el predominio de una u otra por motivos teóricos, y dejamos espacios para observar variabilidad en el tiempo. Así, por ejemplo, podría suceder que se hubiera pasado de una relación de co-evolución a una de determinación, e incluso, aunque las asimetrías tiendan a ser auto-reforzantes, no podríamos excluir por completo que fuera a la inversa.

Aunque, en general, los conceptos de colonización y determinación nos resultan de utilidad para introducir las desigualdades entre estructuras en las dinámicas de desdiferenciación y en las relaciones estructurales complejas, en el ámbito de la globalización, sin embargo, resulta casi más útil el poner el énfasis en las dinámicas de interpenetración y co-evolución, como, por otro lado, han intentado hacer numerosos autores frente al empuje de los determinismos de corte economicista, presentes no sólo en los autores marxistas. De manera similar a como nos resultaba difícil hablar de determinación para explicar la interconexión mercado-academia, nos parece también que frente a la obviedad de la fuerza de las estructuras económicas capitalistas, es preciso dar cabida a los procesos por los cuales éstas se ven también afectadas por estructuras políticas, culturales, etc. Los conceptos de colonización y determinación son ciertamente útiles para no pasar por alto las asimetrías estructurales, pero es necesario guardar ciertas precauciones, dado que, pese al pavor que despierta en buena parte de la “ciudadanía” la incontabilidad de los mercados, afirmar, como hace Habermas, que el medio dinero ha sustituido al medio poder, no parece ser una representación adecuada de la relación entre las distintas instituciones en pugna. Los problemas de legitimidad de los Estados, por ejemplo, influyen sin lugar a dudas en las estructuras económicas, lo suficiente al menos como para no poder hablar de determinación completa, como podemos,

5. La distinción conflicto-asimetría

desgraciadamente, ver en la actualidad en las diferentes batallas entre movimientos sociales de distinto cuño, gobiernos, agencias de calificación de riesgo, bolsas, grandes bancos, etc. Por supuesto, esto no es decir, en el otro extremo, que se pueda ignorar la fuerza de las estructuras económicas globales frente a otras y, desde un punto de vista algo diferente, bien se puede reconocer un proceso de colonización en la mercantilización de diversas esferas de la vida social, o en la “victoria” del capitalismo sobre el socialismo -aunque incluso en este caso, las particularidades del caso chino nos podrían invitar a guardar cierta cautela-.

5.5. Cuarto problema: Ininteligibilidad-incoherencia

5.5.1. La asimetría en los acercamientos culturales

A. Neocolonización cultural y terceras culturas

Del mismo modo que se ha hablado de estructuras dominantes en términos semejantes a los que nosotros utilizamos para referirnos a la dimensión de las sanciones, lógicamente también se encuentran análisis en esta línea en la dimensión de las definiciones. De hecho, los debates en torno a la existencia de culturas dominantes es un tema con un calado similar al del capitalismo global, normalmente expresado muy claramente en los términos de la dicotomía global-local. Aunque los planteamientos que defienden la pertinencia de hablar de una cultura global son sin duda afines a lo que en el capítulo anterior denominamos “lenguas francas”, en realidad dentro de esa fórmula apenas podríamos hablar de asimetría, puesto que la metáfora del bilingüismo que proponíamos para describir su relación con las culturas locales, tenía a su base la presuposición de que, de algún modo, los órdenes discursivos se superponían manteniéndose relativamente autónomos. Este, en cualquier caso, es un tipo conceptual puro que en los análisis concretos pocas veces quizá se presente con tal radicalidad, aproximándose a lo que aquí hemos denominado “neocolonización cultural”.

La diferencia fundamental entre el modelo de lenguas francas y el de neocolonización cultural es que, si bien el primero se refiere a dinámicas de singularización, el segundo lo hace a dinámicas de pluralización. El modelo de la neocolonización, entonces, implica un cierto grado de relacionamiento entre las estructuras de significación globales y las locales, incluso cuando pueda haber tendencias hacia la “expulsión” de las segundas por las primeras. Frente a él, el modelo de las

5. La distinción conflicto-asimetría

lenguas francas, tomado con todo rigor, no dejaría espacio para considerar mixturas entre lo global y lo local. Lo global, es el orden cultural del grupo social dominante impuesto a todos los otros grupos sociales, mientras que lo local permanece encerrado en las fronteras de los grupos dominados. Este paradigma no tiene ya mucho peso en la literatura sociológica de la globalización, al considerarse que refleja pobremente el *feedback* entre lo global y lo local, y lo que nos encontramos, normalmente, es la versión más moderada de la neocolonización cultural, en la que las estructuras culturales “dominantes” o “globales” absorben elementos de las “dominadas” o “locales”, y viceversa. Es en este planteamiento donde podemos hablar con propiedad de lo “glocal”. Esta apuesta por una dominación cultural parcialmente alimentada por las culturas dominadas y parcialmente contestada, es la que encontramos, entre otros muchos autores, en Albrow:

“La expansión de la racionalidad occidental no ha sido la imposición de un conjunto fijado e inmutable de ideas sobre un material completamente maleable. Para empezar es “occidental” por asociación y no por naturaleza. El Renacimiento implicó la absorción de ideas tanto de culturas pasadas como paralelas, sobre todo la griega y la árabe. Segundo, en su expansión encontró ideas que influenciaron su curso: la burocracia china, la astronomía india, la democracia indo-americana, todas estimularon y ayudaron a dar la forma de la respuesta occidental.” (Albrow, 1997: 37)

Aunque no es el caso del británico, a este modelo tienden de forma natural todos aquellos que parten de una priorización de la esfera económica combinada con una consideración seria de las relaciones de poder. De hecho, es prácticamente la única dirección válida si se acepta la identificación del capitalismo global como estructura determinante de la sociedad contemporánea y el modelo del condicionamiento infraestructural. A una estructura económica extendida a nivel planetario, le corresponde una (super)estructura cultural dominante extendida también a nivel planetario. En estos términos, evidentemente, esa (super)estructura cultural cobra un carácter ideológico. El planteamiento más claro es del Sklair (2003), para quien el consumismo es la forma cultural ideológica que cohesiona un mundo dominado por el capitalismo global, pero no el único. Lo encontramos también, por ejemplo, en la vinculación que establece Jameson (1991) entre el dominio de la cultura occidental-estadounidense y el dominio político y militar norteamericano. Todos los modelos teóricos próximos a las teorías de lo que se ha dado en conocer como “macdonalización”, y que podríamos definir como la extensión planetaria de una cultura -occidental- de masas, superficial y mercantilizada, se podrían encuadrar aquí, al margen de que se

5. La distinción conflicto-asimetría

aproximen más a la versión más extrema o a la más moderada, esto es, sean más o menos sensibles para reconocer la penetración parcial de las culturas locales en la cultura global, que cobra así mayor o menor forma de pastiche.

El marxismo había producido descripciones de semejante homogeneización cultural-ideológica mucho antes de que surgiera la globalización como campo de estudio relativamente institucionalizado. Williams, por ejemplo, veía ya esta amenaza en el inicio del desarrollo de la comunicación por satélite, afirmando que esta sería “utilizada para penetrar o rodear los sistemas de comunicacional nacional, en el nombre del 'internacionalismo' pero en realidad al servicio de una o dos culturas dominantes” (Williams, 1975: 143), y, por supuesto, en los trabajos de Adorno y Horkheimer se expresaba ya la preocupación por esta homogénea y pobre cultura de masas, producto del dominio capitalista. Sólo hace falta extender esta descripción fuera del contexto occidental al que se refería, para tener una maravillosa ilustración del tipo de argumento que se propone desde esta perspectiva:

“En compensación, en cada automóvil familiar se habla sólo de lo mismo que se discute en todos los demás: el diálogo en la célula familiar está regulado por los intereses prácticos. Y como cada familia con un determinado ingreso invierte lo mismo en alojamiento, cine, cigarrillos, tal como lo prescribe la estadística, así los temas se hallan tipificados de acuerdo con las distintas clases de automóviles. Cuando los fines de semana o en los viajes se encuentran en los hoteles, cuyos menús y cuyas habitaciones son -dentro de un mismo nivel de precios- perfectamente idénticos, los visitantes descubren que, conforme ha crecido su aislamiento, han llegado a asemejarse cada vez más. La comunicación procede a igualar a los hombres mediante su aislamiento.” (Horkheimer, Adorno, 1994: 265)

Aunque bajo este punto de vista los análisis suelen referirse a los productos de consumo, sin embargo, nos gustaría puntualizar que la extensión y dominio del capitalismo se puede concebir como “perturbando” las culturas locales no sólo en esta dirección. El capitalismo presupone de por sí muchas otras relaciones de definiciones, por ejemplo las que atañen a la categoría de empleados y empleadores, a ciertas formas de considerar las relaciones política-economía o la división de la vida social y comunitaria en diversas esferas en función de qué forma de relación económica deba predominar, esto es, delimitando las áreas de ella susceptibles de mercantilización. Más en esta línea, encontraríamos los argumentos de Bourdieu que identifican la ideología neoliberal motriz de la globalización capitalista con la expansión del modelo cultural e institucional estadounidense:

“Las políticas económicas practicadas en todos los países europeos, y que las grandes instancias internacionales, Banco Mundial, OMC y FMI imponen en todo el mundo, invocan la

5. La distinción conflicto-asimetría

autoridad de la ciencia económica. En realidad, están basadas en un conjunto de presupuestos ético-políticos que se inscriben en una tradición histórica concreta, encarnada actualmente por los Estados Unidos de América” (Bourdieu, 2001: 29)

Pero, como es precisamente el caso de Bourdieu, es posible llegar a conclusiones semejantes sin necesidad de partir de posiciones economicistas y también sin limitarse a la influencia del capitalismo neoliberal global. Aquellas teorías especialmente preocupadas por mostrar la forma en que las relaciones de dominación se pueden establecer a partir de la dominación cultural, pueden llegar a planteamientos similares, normalmente manejando una concepción más compleja de la cultura “global”, yendo más allá del consumo de masas para incluir dimensiones tales como la ciencia, los derechos humanos, etc. Dado que este tipo de teorías no parten necesariamente del capitalismo como motor fundamental –y tanto más cuanto más peso pongan en la autonomía de lo simbólico- las relaciones de asimetría tienden a tomar menos como referencia las clases sociales y más los “todos” culturales, por lo que la referencia a la cultura “global” suele apuntar a la “cultura occidental”. Este es el camino más habitualmente seguido desde las teorías próximas al post-colonialismo, dentro de las cuales se puede encontrar una importante sensibilidad respecto a la homogeneización con la que se trata desde la cultura dominante a las culturas locales, ya desde sus obras pioneras, como muestra este fragmento de *Los condenados de la tierra*:

“Y es verdad que los grandes responsables de esa racialización del pensamiento, o al menos de los pasos que dará el pensamiento, son y siguen siendo los europeos que no han dejado de oponer la cultura blanca a las demás inculturas. El colonialismo no ha creído necesario perder su tiempo en negar, una tras otra, las culturas de las diferentes naciones. La respuesta del colonizado será también, de entrada, continental.” (Fanon, 1971: 166)

Por el contrario, no siempre se encuentra la misma sensibilidad respecto al tratamiento como un todo unificado de la cultura norteamericana u occidental, aunque a veces se hace explícito, como en la cita que acabamos de exponer, el carácter de decisión política de este planteamiento. Sí es cierto que muchos autores, por ejemplo Said, también han criticado esa homogeneización de las culturas nacionales occidentales, reivindicando su carácter de construcción destinado a profundizar las líneas de exclusión, como comenta Bhabha, aunque sería interesante también no perder de vista los procesos de colonización cultural -y, paralelamente, de resistencia- que han tenido lugar también en el seno de las naciones occidentales:

“Sin esta comprensión, de la performatividad del lenguaje en las narrativas de la nación, sería difícil entender como Edward Said prescribe un cierto 'pluralismo analítico' como la forma de atención crítica apropiada para los efectos culturales de la nación. Puesto que la nación, como

5. La distinción conflicto-asimetría

forma de elaboración cultural (en el sentido gramsciano), es una forma de agencia de narración ambivalente que sostiene la cultura en su posición más productiva, como una fuerza de 'subordinación, fractura, difusión, reproducción, tanto como de producción, creación, fuerza, guía'." (Bhabha, 1991: 3-4)

No obstante, estas dos vías de argumentación de la dominación cultural aún dejan espacio para una tercera, que se podría etiquetar como “terceras culturas” siguiendo la terminología de Featherstone (1995), aunque éste no es el único autor que ha hecho planteamientos en esta línea. Con este concepto nos referiremos aquí a las teorías que describen el surgimiento de estructuras culturales que funcionan como mediadoras entre universos de sentido inconmensurables, que mantienen su primacía dentro de ámbitos limitados. Este no es un planteamiento específico, en cualquier caso, de la teoría sobre globalización. Ya era frecuente en el seno del funcionalismo hablar del surgimiento de sistemas especializados en la “autoobservación”, y podemos percibir, incluso, cierta familiaridad con el papel otorgado por Mannheim a los intelectuales. Sin necesidad de recurrir al encuentro con otras culturas ya se consideraba que “las sociedades”, al menos las occidentales, estaban demasiado fragmentadas como para que pudiera considerarse que se podía hablar sin que resultara problemático de un *Lebenswelt* compartido por todos los individuos.

No ha cambiado mucho el planteamiento, sin embargo, aplicado a los debates sobre globalización y de nuevo vemos a los intelectuales o grupos especializados en la producción cultural en ese papel. Así, por ejemplo, Featherstone, ve cumplirse a través de ellos la función de mediación entre culturas diversas y, de forma próxima a la formulación de Mannheim, nos encontramos otra vez con el énfasis en su movilidad y su capacidad para contemplar las culturas locales desde una perspectiva “objetivante”¹⁷⁵. Algo similar encontramos en la concepción del nuevo papel de los intelectuales para Bauman (1997), como intérpretes que renuncian a sus metas de dirección y planificación de la sociedad para limitarse a esforzarse por servir como mediadores, como traductores que facilitasen la inteligibilidad entre los distintos grupos sociales. Y, aunque no tenga formulaciones tan explícitas, no resultaría difícil derivar de las teorías sobre las clases sociales de Bourdieu, un papel similar para los poseedores de mayor capital cultural.

175 “(...) there are those whose local affiliation is limited, whose geographical mobility and professional culture is such that they display a cosmopolitan orientation. Here we have those who work and live in ‘third cultures’ who are happy to move between a variety of local cultures which they develop a practical, working acquaintance and the bridging third culture which enables them to communicate with like persons from around the world” (Featherstone, 1995: 98).

5. La distinción conflicto-asimetría

No obstante, nos interesa presentar aquí esta perspectiva menos bajo el enfoque de las prácticas de determinados colectivos que bajo el del surgimiento de estructuras culturales dedicadas a la mediación¹⁷⁶. Lo que nos interesa enfatizar es que, tales terceras culturas, tenderán lógicamente a ser dominantes en la miríada de relaciones de pluralización que las conforman y que son las que las capacitan como “traductoras” pues, de otro modo, no tendría sentido identificarlas como autónomas respecto a ellas, diferenciándose así de las dinámicas que producen interconexiones entre las “culturas locales”¹⁷⁷. La única alternativa, igualmente, sería que fueran dominadas respecto a una cultura dominante, lo que prácticamente las convierte en una subestructura de esta.

176 Aunque desde el punto de vista agencial, esta perspectiva nos lleva ineludablemente a consideraciones de las relaciones de asimetría, a pesar de que sin duda existe la posibilidad lógica de que se desarrollen sin que medien relaciones de contradicción y asimetría entre las culturas “locales”, y es una cuestión empírica en que punto el grado de una y otra es suficiente para ser etiquetadas como relaciones de hegemonía. Podemos pensar, por ejemplo, que en una situación dada, todos los agentes fueran participantes de una cultura “local” y de una “tercera cultura” simultáneamente como puede ser el caso, por ejemplo, de los participantes de un congreso científico internacional, y limitarnos entonces a discutir hasta que punto esa “tercera cultura” –la ciencia, en nuestro ejemplo- sirve de forma efectiva para mediar la comunicación. Sin embargo, consideramos que tal y como se plantea en el trabajo de Featherstone, por ejemplo, surgen varias dificultades que hacen probable que se tendiera a relaciones asimétricas: primero, es improbable que esas “terceras culturas” alcancen una extensión global, de hecho, partimos de que sus portadores/productores son un grupo concreto; segundo, es probable que el reclutamiento de esos profesionales tendrá un sesgo importante en términos de pertenencia nacional, raza, clase, género, etc.; tercero, es probable que desarrollen una identidad colectiva, se doten de metas propias y persigan sus propios intereses; y cuarto, un grupo tal se verá de forma inmediata dotado de un poder de agencia mayor, introduciendo la asimetría de poder. Partiendo así de la agencia, pensamos que igualmente que es probable que si una estructura cultural tal surge, lo haga más en términos de una subestructura de una estructura dominante –como, por ejemplo, lo puede ser la ciencia respecto a la cultura occidental- y que desde su surgimiento entre en relaciones de pluralización con otras estructuras –como también es el caso de la ciencia respecto a otras técnicas de conocimiento- y, aún podríamos decir, en relaciones de dominación – en tanto que subestructura de una estructura dominante-.

177 La diferencia entre uno y otro modelo de procesos de interconexión se refleja empíricamente en el estudio de Smith y Jenkins (2011) que muestra como las dinámicas de cosmopolitización que tienen lugar en la transnacionalización de diversos movimientos sociales, la “cosmopolitización desde abajo”, por así decirlo, es desplazada de la emergente esfera pública global por la “cosmopolitización desde arriba” de las tendencias a la profesionalización del tercer sector que tiende a asumir la función de la *representación* de lo local.

5. La distinción conflicto-asimetría

B. Multiculturalismo y choque de culturas

En el otro extremo, la comprensión del multiculturalismo como inteligibilizaciones y pluralizaciones parciales, nos aproxima a argumentos basados en relaciones inter-culturales relativamente simétricas y, qué duda cabe de que, en este sentido, es un modelo tan extremo como el de las lenguas francas y casi igual de difícilmente concretable en casos empíricos, especialmente a medida que nos acercamos a las formulaciones del “*melting pot*”, donde las zonas de solapamiento serían tan amplias y las interconexiones tan densas, que las fronteras entre unos grupos y otros tenderían a minimizarse o, incluso, a borrarse. Lo más común son, de nuevo, las versiones moderadas, donde se describe -aunque a menudo más bien se prescribe- la construcción de vasos de comunicación entre unos y otros universos de sentido y las (re)adaptaciones parciales.

El modelo del multiculturalismo basado en influencias mutuas, no obstante, no es el único modelo de simetría posible. Los planteamientos acerca del choque de culturas tienden a considerar relaciones bastante igualitarias también entre las culturas enfrentadas. Las diferencias tienen más que ver, entonces, con las posibilidades de comunicación entre marcos de sentido diversos, y con las zonas de solapamiento entre ellos. Los marcos de sentido, dentro de este enfoque y ya sean ideologías o civilizaciones, son universos completamente cerrados y no hay posibilidad de interconexión a ningún nivel fundamental. Concebir esa interconexión implica reconocer un cierto grado de maleabilidad en las culturas del que están lejos estos modelos.

Aunque el modelo de las influencias recíprocas, por su parte, pueda evocar a las teorías de la “hibridación” y, en rigor, no sería equivocado, nos encontramos, sin embargo, lejos del otro concepto que se le suele asociar, el de “glocal”, que ya dijimos que teóricamente es más afín al de la neocolonización cultural. Esto se debe a que bajo esta perspectiva no hay, en realidad, ningún “global”. En sentido estricto, la “hibridación” sólo podría asociarse aquí con un concepto de lo “interlocal” o “translocal”, que aludiera a la mixtura entre elementos de diferentes conjuntos culturales en pie de igualdad unos con otros. Como se ve, este modelo está relativamente cerrado a la consideración de las relaciones de asimetría, acercándonos a la neocolonización cultural a medida que esta aumenta. Si uno de los marcos de sentido coexistentes estuviera en una posición de superioridad frente a los demás podría limitar los intercambios, pasando de una relación de interdependencia a una de dependencia, y tendiendo a derivar en relaciones de hegemonía. La relevancia otorgada al concepto de lo “glocal” en la literatura sobre globalización no debe, sin

5. La distinción conflicto-asimetría

embargo, hacernos insensibles a la importancia de lo que hemos denominado aquí “interlocal”, pues los intercambios, solapamientos y fusiones parciales entre ordenes culturales en relaciones de relativa simetría pueden ser también un fenómeno digno de tenerse en cuenta. Cuando menos, precisaría de estudio empírico resolver la cuestión de si todos los cruces culturales en la globalización pasan necesariamente por la mediación de lo global, con la carga de asimetría que conlleva este concepto.

En cualquier caso, como adelantábamos, no encontramos a muchos autores apostando por este modelo más puramente simétrico de multiculturalismo, con la posible excepción de Robertson, quien llega a afirmar que “siguiendo nuestro argumento sobre el pluralismo cultural global añadiríamos que tal dispersión [de poder] es de hecho un rasgo constitutivo del globo, y es el mismo un objeto de disputas entre aproximaciones culturales en conflicto a las circunstancias globales” (Robertson, Lechner, en Colomy, 1990: 285). Mucho más frecuente es, no obstante, un tipo de argumentación a la que le separaría del modelo de lo “glocal” sólo una diferencia de grado, haciendo algo más de hincapié en la fuerza de las culturas subordinadas, como es el caso de Friedman:

“Pero también nos esforzamos por rechazar la idea opuesta de que el mundo está 'occidentalizado' y que, en algún sentido, representa un campo homogéneo. En lugar de ello, escribiremos el presente como una articulación permanente de procesos globales y locales. Según lo ha señalado recientemente Marsahll Sahlins a propósito de la escuela de la globalización: 'los pueblos occidentales no tienen el monopolio de las prácticas de englobamiento cultural ni enfrentan a aficionados en el juego de 'construir al otro' (Sahlins, 1993, pág. 387).” (Friedman, 2001: 32)

No podemos dejar de mencionar, por último, otro planteamiento intermedio, que encontramos ahora en Žižek, y en el que simultáneamente se reconocen las relaciones relativamente simétricas entre diversos órdenes culturales y su subordinación a una cultura dominante, aunque también se puede localizar en Negri, que argumenta que la diferencia ha dejado de ser neutralizada a través de la coerción, para serlo a través de la absorción en un “juego insignificante de equilibrios autogeneradores y autorreguladores” (Negri, Hardt, 2002: 47). Sin embargo, la radicalización del argumento es mayor en Žižek, quien llega a afirmar que “la Jihad y el McMundo son dos caras de la misma moneda”, y que “la Jihad se ha convertido en la McJihad”, y para el que el multiculturalismo y la celebración de las diferencias sería, en una nueva era “postpolítica”, la última forma de ideología: “Se concluye, por tanto, que el problema del imperante multiculturalismo radica en que

5. La distinción conflicto-asimetría

proporciona la forma (la coexistencia híbrida de distintos mundos de vida cultural) que su contrario (la contundente presencia del capitalismo en cuanto sistema mundial global) asume para manifestarse: el multiculturalismo es la demostración de la homogeneización sin precedentes del mundo actual” (Zizek, 2005: 59).

Las teorías del choque cultural, por su parte, sostienen concepciones tan rígidas de las estructuras culturales que prácticamente sólo posibilitan concebir el aislamiento absoluto o la competencia hasta la aniquilación. Este tipo de explicaciones hace formulaciones de las estructuras culturales en términos de absoluta homogeneidad y coherencia, y cualquier transformación puede poner en peligro la reproducción del conjunto. Como en el caso de la neocolonización cultural, esta versión fuerte resulta cuando menos desafiada frecuentemente en la realidad, por lo que se tiende a una versión más moderada que insiste en que existe, al menos, un núcleo duro en toda estructura, algo así como un pilar fundamental sobre el que descansa el resto, que sí que requiere permanecer imperturbado para que no se produzca el derrumbe completo del conjunto.

Ya hemos dicho que a pesar de esta divergencia con las teorías que apuestan por las relaciones de influencia mutua, coinciden con estas, y en fuerte contraste con las teorías de la neocolonización cultural, en suponer un fuerte grado de simetría y, frecuentemente, tienden a acompañarse de descripciones “pesimistas” sobre el liderazgo de los países occidentales en la escena internacional. Las teorías pueden incluso reconocer más o menos explícitamente que la colonización cultural se ha convertido en un “choque de culturas” en la medida que en las sociedades tradicionalmente subordinadas han aumentado su capacidad para hacer frente a la “invasión” cultural de los países occidentales. Este énfasis en la decadencia de Occidente, se debe distinguir, no obstante, de las descripciones hechas en el seno de las teorías del sistema-mundo, cuya impronta economicista tiende a considerar invariables los elementos fundamentales de la superestructura ideológica del capitalismo (la defensa del “*laissez faire*”, por ejemplo, es el rasgo característico de todas las potencias hegemónicas, como diría Wallerstein). En este otro grupo de teorías, se puede conceder una mayor autonomía a las distintas dimensiones, o tener incluso un sesgo culturalista, de modo que decir que el liderazgo cultural de Occidente toca a su fin, no equivale aquí a decir que el capitalismo se esté agotando.

Sin lugar a dudas el caso más ilustrativo, aunque no el único, del tipo de modelo teórico que tratamos aquí es el de Huntington, que ya vimos que rechaza por completo que se pueda hablar de ninguna forma de hibridación cultural respecto al hecho de que MacDonald, la música pop occidental o los vaqueros se extiendan por el planeta, ya que el corazón de la cultura occidental lo

5. La distinción conflicto-asimetría

conforman la Carta Magna, los derechos humanos, la ciencia, etc. Las demás culturas no pueden asimilar estos elementos porque sí lo hicieran estarían desapareciendo *de facto*. En Huntington encontramos, además, esa narración de la historia según la cual los países occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, están perdiendo poder (económico, militar, etc.) en relación a otras potencias nacientes (fundamentalmente China). Hallamos, incluso, la descripción de la ruptura de las élites de los países en desarrollo con la política de occidentalización, y queda implícito que a la división ideológica anterior del planeta le subyacía una homogeneización cultural que ahora llega a su final. El mensaje apocalíptico que se desprende de la obra de Huntington -y que tanta popularidad ha logrado en los medios de comunicación-, algo así como “luchar o morir”, es la conclusión, casi diríamos que necesaria, de una concepción extremadamente cerrada sobre las culturas y fuertemente pesimista –u optimista, dependiendo del punto de vista- sobre el liderazgo occidental a nivel planetario.

5.5.2. La asimetría no implica ininteligibilidad ni incoherencia

A. La cultura como campo de batalla

Podemos tomar todas estas posturas como describiendo un panorama de posibilidades empíricas de relacionamiento y ver, así, las dinámicas de pluralización cultural de la globalización como una mezcla de relaciones glocales e interlocales, pero como procesos no siempre completos, donde algunas estructuras culturales resisten en un cierto aislamiento y con las que la/s cultura/s global/es coexiste/n a modo de lenguas francas. Lo que se nos abre de este modo es una perspectiva donde las relaciones entre culturas se pueden ver como fuertemente afectadas por la desigualdad de poder de cada una de ellas. Como dice Jameson, el introducir la noción de “dominantes culturales” nos libra de recaer “en una visión de la historia actual como mera heterogeneidad” (Jameson, 1991: 28), evitando pensar la pluralización en los términos libres de asimetrías de la intertextualidad. Al mismo tiempo, podemos, bajo este enfoque, introducir esta cuestión sin perder de vista que es en esos encuentros entre culturas en los que tiene lugar la producción de la desigualdad, en la línea en que Latour (2007) defiende que el relativismo relativista se preocupa de los medios por los que distintas culturas adquieren distintos tamaños, frente al universalismo de una sola jerarquía o el relativismo que las niega.

5. La distinción conflicto-asimetría

Es importante distinguir este planteamiento de ciertos usos frecuentes del gran modelo sobre el que se ha pensado en la sociología, por influencia del marxismo, el dominio en el ámbito de los órdenes culturales: la ideología. Tanto si la entendemos, en su definición marxiana, como “las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas” (Marx, 2005: 51), o en las fórmulas variadas de la sociología no-marxista, el tinte que siempre adquiere el concepto de referirse a los intereses de grupos concretos -incluso cuando no remite directamente a la dominación, como en la propuesta clásica de Mannheim-, está por completo fuera de los problemas que nosotros planteamos a este respecto. Del mismo modo, la vinculación de la ideología con las formas culturales dominantes donde éstas se definen, a la manera de Bourdieu, por ejemplo, como las propias de los grupos de mayor capital cultural, tampoco entran dentro de nuestras preocupaciones aquí. Aunque, ciertamente, es imprescindible distinguir todos aquellos casos en los que la cultura se hereda y reproduce de forma universal por parte de todos los miembros del grupo, de aquellos donde la apropiación de esta es desigual, esto es un problema que, en nuestros términos, remite específicamente a la perspectiva agencialista, y que tiene que ver con el poder diferencial de los agentes a la hora de hacer aceptar las identificaciones que propone o rechazar las que le son propuestas a él. Incluso desde una perspectiva puramente estructural, cuando la superestructura se asocia a la producción cultural, de modo que el énfasis se pone en su relacionamiento con otro tipo de estructuras -económicas y políticas-, el concepto de ideología sigue sin ser encuadrable dentro de nuestro análisis, puesto que, como hemos recordado numerosas veces, no aceptamos tal tipo de diferenciación.

Sin embargo, si nos resultan interesantes algunas reflexiones que se han hecho en torno a la ideología donde esta se entiende como una estructura cultural en relación con otras estructuras culturales. Evidentemente, esto normalmente se ha hecho en conexión con los análisis de las incompatibilidades y enfrentamientos de unas y otras clases sociales, oponiendo la cultura obrera a la cultura burguesa, por ejemplo, pero algunos argumentos son relativamente desligables de las dinámicas de lucha y dominación social entre agentes colectivos¹⁷⁸. Cuatro ideas en concreto son de

178 Un caso especial sería el de las propuestas en la línea de esta afirmación clásicas de Touraine: “(...) trátase de cultura material o no material, *los grupos socioeconómicos tienden a diferenciarse cada vez más por su grado de participación en los temas y en los productos de la cultura y no ya por la posesión de una subcultura diferente de las otras.*” (Touraine, 1973: 200). Podría extraerse de ella, sin duda, un argumento legible específicamente en términos estructuralistas, como el desplazamiento de las “subculturas” por la “cultura legítima”, desvinculable de las confrontaciones dentro la figuración entre agentes. Sin embargo, en

5. La distinción conflicto-asimetría

especial relevancia. La primera de ellas la encontramos en la obra de Gramsci que, como argumentan Abercrombie, Hill y Turner, difiere de los modelos de la ideología que suponen su dominio en el conjunto de la sociedad, en el hecho de que supone en las clases subordinadas una suerte de doble conciencia, como muestra con claridad el siguiente pasaje:

“Este contraste entre el pensar y el hacer, o sea, la coexistencia de dos concepciones del mundo -una afirmada con palabras y otra que se despliega en el hacer efectivo- no se debe siempre a mala fe. (...) un grupo social, provisto de una concepción propia del mundo, aunque sea embrionaria, pero manifiesta en la acción (lo que quiere decir que se manifiesta ocasionalmente, irregularmente, o sea, cuando este grupo se mueve como un conjunto orgánico), tiene, por razones de sumisión y subordinación intelectuales, una concepción del mundo no propia, sino tomada en préstamo de otro grupo, y la afirma verbalmente, y hasta cree seguirla, porque efectivamente la sigue en 'tiempos normales', o sea, cuando la conducta no es independiente y autónoma, sino, como queda dicho, sometida y subordinada.” (Gramsci, 1978: 367)

En la propia manera de formular esta diferencia entre el “hacer” y el “decir” en las clases dominadas, vemos que Gramsci no está proponiendo simplemente que se verbaliza de forma incorrecta lo que se pone en práctica, sino que se trata de “la coexistencia de dos concepciones del mundo”, y podríamos añadir que muy probablemente esa diferencia entre ambos niveles tiene a menudo que ver con la especificidad de las relaciones que requieren de explicitaciones y las que no, que habitualmente son tipos de situaciones muy distintas. Nos arriesgamos a proponer que de lo que se nos está hablando, en esta formulación, no es muy distinto de lo que en nuestros términos hemos descrito con la metáfora del bilingüismo y que hace referencia a la existencia de lenguas francas, donde estas funcionan como estructura cultural dominante.

La segunda idea está muy relacionada con la anterior y en Gramsci se encuentran vinculadas, aunque nosotros no pensamos que esto sea lógicamente necesario. El argumento que nos interesa aquí es el de que en las clases dominadas tiende a prevalecer una cultura de la “urgencia práctica”, por decirlo con Bourdieu, de sentido común, que, como tal, tiende a permanecer en estado larvario, fragmentario, de modo que “el problema de la creación de una nueva capa intelectual consiste, por tanto, en elaborar críticamente la actividad intelectual que existe en cada individuo con cierto grado de desarrollo” (Gramsci, 1978: 392). En el mismo sentido, Abercrombie, Hill y Turner, afirman que

la medida en que este argumento, desde el punto de vista de la estructura lo que nos da es, podríamos decir que la narración de una victoria ya culminada, tampoco nos sirve para ilustrar las dinámicas de subordinación o equiparación que se producen entre órdenes de sentido diversos.

5. La distinción conflicto-asimetría

“la posesión de una filosofía coherente, bien formada y claramente articulada, es una rareza aun dentro de la clase dominante, y probablemente sólo se encuentra entre ciertos grupos intelectuales” (Abercombie, Hill, Turner, 1987: 160).

Desde luego, parece lo más adecuado articular estas reflexiones en términos de posesión de capital cultural, pero la lectura desde el lado estructuralista que nosotros queremos hacer no difiere profundamente de esa línea. Si ya dijimos al discutir la utilidad de Bourdieu para analizar las asimetrías en la dimensión de las definiciones del lado de la agencia en términos de la posición del agente en la figuración, lo mismo pensamos que puede ser apuntado ahora en este otro nivel analítico: el carácter más integrado -e integrador- de las estructuras dominantes tiene que ver con su posicionamiento dentro del entramado de estructuras de significado que, al estar reconfigurado por un mayor número de intersecciones, alcanza un grado de flexibilidad imposible para las estructuras culturales dominadas. Describir de esta manera la superioridad de articulación de las culturas dominantes nos parece más acertado que hacerlo únicamente en base a su menor fragmentación o mayor coherencia, supuesto seriamente contestado por la denominada “coherencia de las mentes pequeñas” y que, en nuestros términos, se puede traducir por la mayor coherencia facilitada por la singularización -como opuesto a la pluralización-. Así, el dominio se volvería a poner en relación con la movilidad más que con la solidez, como ya propusimos en el nivel de la agencia.

La tercera idea está también muy próxima lógicamente y la derivamos de las consideraciones de autores como Eagleton y Zizek, que optan por destacar la interacción entre la cultura dominante y la cultura dominada. Así, Zizek dirá que “cualquier universalidad que pretenda ser hegemónica debe incorporar al menos dos componentes específicos: el contenido popular 'auténtico' y la 'deformación' que del mismo producen las relaciones de dominación y explotación” (Zizek, 2007: 19). Eagleton, por su parte, señalará la importancia de considerar el carácter dialógico de la ideología, y que nosotros querríamos trasladar a la cultura en sentido amplio, afirmando que “podríamos decir en términos bakhtinianos que para que una ideología gobernante sea 'monológica' -se dirija a sus súbditos con una certeza autoritaria- debe ser simultáneamente 'dialógica'; pues incluso un discurso autoritario va dirigido a otro y vive únicamente en la respuesta del otro” y que “en realidad, lo que hace poderosa a una ideología dominante -su capacidad de intervenir en la conciencia de aquellos a los que somete, apropiándose y remodelando su experiencia- es también lo que tiende a volverla internamente heterogénea e incongruente” (Eagleton, 1997: 72).

La conclusión que nos gustaría extraer de esta línea argumental, es la importancia que tiene considerar las relaciones que se entablan entre distintos órdenes culturales para poder entender la

5. La distinción conflicto-asimetría

producción de asimetría, puesto que sin conexión, ya lo dijimos, no puede haber dominación. Se trata de profundizar, así, en la idea de la doble conciencia de Gramsci, que en sí misma no supone ninguna asimetría, sino sólo coexistencia, para poner de relieve la imbricación de las culturas dominantes y las dominadas. Esta relación, efectivamente, como dice Eagleton, sin duda aumenta la heterogeneidad en el interior de la cultura dominante, pero sólo admitiendo esa pluralización puede llegar a cobrar alguna fuerza para los elementos relacionados por la cultura dominada. Incluso cuando, en el extremo, prácticamente llegue a desplazarla por completo, siempre será necesario un mínimo de reapropiación de la cultura expulsada.

Por último, y en estrecha conexión con esta última cuestión, la cuarta reflexión que nos interesa sobre la ideología se refiere al tipo de relación que se establece entre la estructura dominante y la dominada, en cuanto al sentido de en qué manera influye la primera sobre la segunda en la dinámica de pluralización. La formulación de Thompson de la hegemonía como la definición de límites dentro de los cuales la cultura subordinada es libre, marca la dirección que pretendemos seguir¹⁷⁹. Si las culturas dominadas no son necesariamente menos coherentes, estamos de acuerdo en que el predominio de las dominantes tiene que ver principalmente con la capacidad de estas para imponer la dirección en la que es posible resolver las incoherencias, aunque siempre hay que recordar que su resolución no es algo inevitable, y bien pueden reproducirse durante un período indeterminado de tiempo, a pesar de lo cual, la “fuerza” de las segundas tenderá a ser prioritarias y, como tales, las reglas pertenecientes a su estructura serán más difícilmente eliminadas. La desigualdad entre unas y otras se vería, entonces y como propone Jameson respecto a la hegemonía, en “la posibilidad de recodificar enormes cantidades de discurso preexistente (en otros lenguajes) en el nuevo código; los dos códigos así identificados mantienen una cierta relación de base y superestructura (...)” (Jameson, 1991: 317).

Pero aún más importante que esto es notar que, como se ve en el argumento de Thompson, el hecho de que se produzca un inter-relacionamiento de diversas estructuras, y como ya hemos insistido varias veces, no supone que necesariamente tenga que producirse una fusión completa de

179 “For in social reality labour is becoming, decade by decade, more ‘free’ of traditional manorial, parochial, corporate and paternal controls, and more distanced from direct client dependence upon the gentry. Hence we have a customary culture which is not subject in its daily operations to the ideological domination of the rulers. The gentry’s overarching hegemony may define the limits within which the plebeian culture is free to act and grow, but since this hegemony is secular rather than religious or magical it can do little to determine the character of this plebeian culture.” (Thompson, 1991: 9).

5. La distinción conflicto-asimetría

horizontes de sentido. Bien puede suceder que determinadas áreas de unas estructuras se vean sólo muy débilmente afectadas. Justamente al contrario que en la idea de Therborn (1987) de que las ideologías marcan lo que existe, lo que es bueno y lo que es posible, nosotros diríamos que más bien señalan lo que no existe, lo que no puede ser bueno y lo que no es posible, aunque, por supuesto, el grado de eficacia con que logren esto dependerá del grado de desigualdad entre unas y otras estructuras.

B. Asimilación y enmarcación: definiciones

Con estos argumentos de fondo, podemos introducir ya, para concluir, los conceptos de “asimilación” y “enmarcación”. En primer lugar, en el ámbito delimitado por la dimensiones de las estructuras y la de las definiciones y en cuanto a relaciones no estabilizadas, encontraríamos el par conceptual de “asimilación” y “fusión”. Asimilación lo definiremos como “el movimiento productor de asimetría por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por la de otra” y el de fusión como “el movimiento productor de simetría por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por la de otra”.

Estos conceptos nos servirían para articular el grado de equidad en el proceso de producción de inteligibilidad. Lo que tratarían de describir, entonces, son las desigualdades por las que una de las estructuras se ve “depurada” de mayor o menor contenido que otra. De este modo, si toda inteligibilización supone transformación, la asimilación daría cuenta de conexiones donde la transformación, en el extremo, sería prácticamente unilateral, es decir, una estructura apenas se vería modificada, mientras que la otra lo sería casi completamente. Por el contrario, la fusión nos hablaría de una dinámica relativamente equilibrada, donde ambas estructuras se verían transformadas en una medida similar. O dicho de otra manera, en la asimilación la “nueva” cultura sería prácticamente idéntica a una de las que la han conformado, mientras que en la fusión, no se podría ver como continuación directa de una de ellas.

Si la limitación de los contactos entre culturas, donde sólo “pedazos” de otras eran recibidos por las demás, ha facilitado el hecho de que históricamente haya predominado la asimilación, en los contextos de fuerte inter-relacionamiento de culturas, como el actual, se hace más factible que cobre importancia la fusión. No obstante, el hecho de que con escasa “fricción cultural” se haga más fácil la asimilación, sólo remite, en última instancia, al poder de cada cultura para protegerse de otras, que llegan “debilitadas”. No podemos concluir de ello, sin embargo, que las dinámicas de

5. La distinción conflicto-asimetría

pluralización tiendan más a la fusión a medida que aumenta el grado de interacción. Los apuntes que hemos hecho sobre la posición de cada estructura en el conjunto que se compone con todas las conexiones estructurales es, sin duda, otro factor fundamental de generación de asimetría.

El concepto de asimilación tiene, por cierto, una larga historia dentro de la etnografía y la antropología, con afinidades con los de “enculturación” y el más sociológico de “socialización”. Nos gustaría distanciarnos de estos dos por cuanto remiten a relaciones agenciales por las que un agente es integrado en un grupo, y en la misma medida, no nos interesa ningún uso de asimilación semejante a estos. La línea en la que nos hemos basado para articularlo en nuestros términos, deriva más bien de la postura al respecto de Friedman:

“Las nociones de aculturación y de asimilación son comunes en la antigua literatura antropológica, fundamentalmente dedicada a las relaciones coloniales internas y externas y a los inmigrantes. Ahora bien: esos términos designan aspectos significativos de la realidad, pero tienden a reducir una realidad social compleja a una cuestión relativamente neutra de aprendizaje. Desde luego, este último es en sí mismo un problema de relaciones asimétricas de poder en las cuales los fenómenos de decisión, control y sumisión desempeñan papeles de importancia. Pero aun si admitimos tal cosa, el problema principal es primariamente un proceso de cambio en la identidad, y no sólo una cuestión de aprendizaje de códigos.”

(Friedman, 2001: 55)

Por una parte, el argumento de emparentar la enculturación más con una transformación que con un aprendizaje, responde perfectamente de nuestra propuesta de considerarlo como un tipo específico de pluralización que, como tal, supone creación de inteligibilidad y, por tanto, ese tipo de transformación que reivindica Friedman. Por otra, su énfasis en el carácter asimétrico de tal transformación, que nos invita a considerarla como un cambio dirigido, se adecúa también al sentido en que nosotros proponemos entender la asimilación como transformación casi unidireccional. Pero, si al referirnos a procesos de socialización es siempre necesario no descuidar la participación activa del socializado, y esto parece pasarse por alto en el argumento de Friedman, de forma semejante tenemos que tener en cuenta en un plano estructural que una interconexión es una interferencia recíproca. En este sentido, nos parece imprescindible complementar el concepto de asimilación con el de fusión, para indicar los diferentes grados de éxito con los que se resuelven las tendencias estructurales a vencer las resistencias en su reproducción.

En segundo lugar, podemos ocuparnos de nuestro último par conceptual, “enmarcación” y “solapamiento”. La primera la definiremos como “relaciones entre reglas en las que las definiciones

5. La distinción conflicto-asimetría

de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen asimetría” y la segunda como “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen simetría”.

Con estos conceptos pretendemos capturar la idea de que la relación de dominación entre estructuras de definiciones se plasma en la capacidad de una de ellas para imponer la resolución de incoherencias producidas por la pluralización afectando lo menos posible al conjunto de reglas que la compone. La estructura dominante, así, tendería a marcar los límites de coherencia. Frente a esto, en el solapamiento de estructuras culturales, se daría un proceso de acomodación recíproca donde no se podría prever, *a priori*, en qué dirección se resolverán las incoherencias. De este modo, si la enmarcación nos habla de relaciones donde la batuta de la evolución del conjunto se podría ubicar en determinadas áreas de éste, en el solapamiento nos encontraríamos con una situación más compleja.

No se debe, en cualquier caso, entender enmarcación y solapamiento como distinguiéndose por el grado en que unas estructuras y otras se superponen. La enmarcación no se refiere a culturas englobadas por otra, ni el solapamiento a culturas sólo parcialmente fusionadas. El nivel de autonomía conservado por ciertas zonas de una estructura, es siempre una cuestión empírica que no conecta lógicamente mejor con uno que con otro concepto. Lo que nos interesa de la imagen de la enmarcación es la idea de la limitación, así como lo que tratamos de evocar con la del solapamiento es la de una relación donde no hay una asimetría que marque el adentro y el afuera. Como en todos los demás casos explorados en este capítulo, la imagen de espacialización que corresponde a la desigualdad no es tanto la de la inclusión de un conjunto en otro, como la de la relación centro-periferia, de modo que en las relaciones de igualdad relativa se dibujaría una conexión acéntrica. En este sentido, la relación puede ser igualmente asimétrica independientemente de cuánta parte de la estructura subordinada sea comprendida por la subordinante, aproximándonos a medida que aumente a lo que Abercrombie, Hill y Turner llamaran la tesis de la ideología dominante¹⁸⁰, con la

180 Y que si bien su contraposición de una integración normativa y otra no-normativa nos es completamente ajena, encontramos plenamente acertado su propósito de denunciar la aceptación acrítica de la existencia de consensos fundamentales que dan a “una sociedad” su unidad característica:

“En cierto sentido, es absurdo preguntarse cómo se cohesionan las sociedades, puesto que la respuesta es que no se cohesionan. Este es un defecto inherente a la tesis de la ideología dominante, pues tiende a ofrecer una visión sobreintegrada de la sociedad en la que la ideología forja un total sin fisuras. Es obvio que las sociedades tienen fracturas de todo tipo que se manifiestan en todo, desde la quema de graneras hasta las

5. La distinción conflicto-asimetría

importante diferencia de que en este caso no se postula como necesidad teórica, sino como posibilidad empírica.

Ilustrar estos conceptos con ejemplos del mundo académico puede ser sencillo si retomamos el ejemplo de la interdisciplinarización. La referencia al concepto de asimilación puede tomarse de manera afín a como habitualmente se habla en las ciencias sociales, y específicamente en la sociología, de la colonización de la teoría económica destacando, no tanto una integración relativamente simétrica como un desplazamiento de unos conjuntos de reglas por otros. De fusión, por el contrario, podríamos hablar más adecuadamente para describir los trabajos pioneros de la sociología, donde se imbricaban influencias de disciplinas diversas: filosofía, etnografía, economía, historia, etc. Enmarcación, de forma semejante, supondría hablar de una interdisciplinariedad donde una de las disciplinas aunadas mantiene cierto predominio sobre las demás, de modo que las incoherencias tienden a resolverse en términos de una adaptación de las estructuras subordinadas a la subordinante. En sentido inverso, solapamiento nos sirve mejor para hablar de áreas de estudio íntimamente relacionadas pero donde se da una influencia mutua. De estos mismos ejemplos podemos extraer la conclusión de la dificultad que encierra distinguir entre asimilación y fusión, por un lado, y enmarcación y solapamiento, por otro. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, el giro lingüístico de las ciencias sociales se debe ver como muestra de una enmarcación de éstas por parte de la filosofía y las filologías, o como un solapamiento? Sin duda, llevados al extremo, ninguno de los dos términos sería apropiado, sino que más bien vemos que debe ubicarse en algún punto intermedio. En la misma relación entre la filosofía y la sociología podemos ver ejemplos de ambas cosas, si bien en general no parece demasiado atrevido decir que la primera ocupa una posición dominante respecto a la segunda. Los obstáculos para definir una relación estructural en uno u otro sentido, en cualquier caso, deben ser resueltos en análisis empíricos.

Aplicados a la globalización, enmarcación y solapamiento nos señalan dos puntos extremos entre los cuales discurre el grueso de las relaciones inter-culturales. A pesar de que uno de nuestros objetivos prioritarios es mostrar como muchas posiciones teóricas apriorísticas pueden conjugarse como posibilidades empíricas sin necesidad de caer en un eclecticismo poco articulado interiormente, sí que podemos apuntar algunas consecuencias respecto de los dos grandes modelos que han captado la atención en la literatura sobre globalización cultural: multiculturalismo y macdonalización. Si en nuestros términos el primero guarda cierta afinidad con la fusión y el

revueltas campesinas, y desde el sabotaje industrial hasta las huelgas generales.” Abercombie, Hill, Turner, 1987: 181).

5. La distinción conflicto-asimetría

segundo con la asimilación, lo mismo sucede con la manera en la que habitualmente se los ha conceptualizado. Sin embargo, al utilizarlos, las fronteras con conceptos que para nosotros son lógicamente diferentes, no siempre se ha mantenido clara. Así, nos parece necesario distinguir entre relaciones donde el mejor patrón de descripción es de la glocalidad, que se correspondería con la macdonalización, y aquellas donde realmente distintas culturas coexisten sin interferencias, de modo más similar a como las élites de los diferentes grupos manejan códigos diferentes para relacionarse “hacia fuera” y “hacia dentro”, y que nosotros preferimos considerar con el modelo de las lenguas francas. Respecto al multiculturalismo, frente a las versiones que a veces tienden a hacer del choque de civilizaciones y del “*melting pot*” o del “*frying pan*” las dos caras de la misma moneda, nos parece importante destacar que el modelo del choque cultural es esencialmente irreconciliable con el del multiculturalismo, por cuanto este presupone un cierto grado de pluralización -a la que se aplicaría mejor el concepto de relaciones “inter-locales”-, mientras que aquél pretende, al contrario, enfatizar el grado en que realmente unos y otros universos de sentido permanecen inconmensurables. Que, todos ellos son conceptos necesarios para el análisis del mundo en el que vivimos, nos parece evidente, pero como en todo análisis de predominio, sería siempre necesario esperar el dictamen de la investigación concreta.

5. La distinción conflicto-asimetría

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	CIERRE	COLONIZACIÓN
DEFINICIONES	HEGEMONÍA	ASIMILACIÓN

Cuadro 9. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + ASIMETRÍA + NO ESTABILIDAD**

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	APERTURA	INTERPENETRACIÓN
DEFINICIONES	SUBVERSIÓN	FUSIÓN

Cuadro 10. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + SIMETRÍA + NO ESTABILIDAD**

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	EXPLOTACIÓN	DETERMINACIÓN
DEFINICIONES	TRADUCCIÓN	ENMARCACIÓN

Cuadro 11. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + ASIMETRÍA + ESTABILIDAD**

	AGENCIA	ESTRUCTURA
SANCIONES	COMPLETACIÓN	CO-EVOLUCIÓN
DEFINICIONES	NEGOCIACIÓN	SOLAPAMIENTO

Cuadro 10. **RELACIONES NO-OPOSITIVAS + SIMETRÍA + ESTABILIDAD**

5.6. Conclusiones

5.6.1. La asimetría como fuente de integración

La introducción de la distinción entre relaciones simétricas y asimétricas es, no cabe duda, imprescindible en el análisis del conflicto. Si en el capítulo anterior habíamos trabajado una rearticulación de los distintos tipos de relaciones opositivas y no opositivas delineados por los cruces de las dimensiones agencia-estructura, sanciones-definiciones y dinámico-estático con la ayuda de una nueva diferenciación, heterogeneidad-homogeneidad, la ausencia de conceptos que permitieran distinguir la mera diversidad de la desigualdad se hacía sentir con fuerza. Sin embargo, del mismo modo que en esa ocasión tratamos de argumentar que, al contrario de lo que podría dictar el sentido común, la producción de heterogeneidad funcionaba a menudo como mecanismo de

5. La distinción conflicto-asimetría

disolución del conflicto, hemos defendido ahora que las asimetrías con frecuencia tienen un efecto similar.

Esto no pretende significar que las desigualdades sean, en absoluto, un factor de menor importancia para el análisis de las relaciones opositivas. Nuestro énfasis se dirige a hacer notar que habitualmente el efecto es contrario al que se tiende a dar por supuesto. Así, hemos querido mostrar los caminos por los cuales una profunda desigualdad se traduce las más de las veces en relaciones no opositivas, estableciéndose una suerte de correlación negativa entre ella y el nivel de conflicto. La conclusión principal, entonces, es que existe una potente vinculación entre asimetría y dominación, pero que esta tiende a ser contraria a la producción de relaciones opositivas. En este sentido es en el que hemos ubicado la tradicional cuestión de la sociología de por qué no hay más rebeliones por parte de los dominados. La distinción fundamental ha sido la de las relaciones que producen y reproducen la dependencia y las que producen y reproducen la interdependencia, lo que deja ver ya de entrada la importancia que tiene en este nivel de análisis el considerar el espacio figuracional-institucional para determinar la desigualdad.

Como siempre, podemos desagregar esta conclusión principal en distintos argumentos para cada ámbito metateórico. En el definido por las dimensiones agencialista y de sanciones, los pares conceptuales con los que hemos articulado esta relación entre asimetría y relaciones no opositivas han sido los de cierre-apertura y explotación-completación. Cierre lo hemos definido como “el movimiento productor de asimetría por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes” y explotación como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas que producen asimetría”. Con el concepto de cierre hemos querido describir las dinámicas por las que los dominantes desplazan a los dominados hacia las posiciones periféricas de una figuración, convirtiéndose a si mismos en “puntos de paso obligado”, mientras que el de explotación se refería a los intercambios que contribuían al debilitamiento de una de las partes, siendo clave el conjunto de relaciones por las que los dominadores pueden convertir sanciones negativas en positivas para los dominados. Ambos conceptos nos han servido para pasar de la asimetría a la integración y la cooperación.

En el otro extremo, hemos definido la apertura como “el movimiento productor de simetría por el que un agente empieza a otorgar y recibir determinadas sanciones respecto a otros agentes” y la completación como “afectaciones recíprocas en las que todos los agentes reciben sanciones positivas o negativas que producen simetría”. En los dos casos estaríamos describiendo relaciones en las que todos los participantes salen beneficiados, ayudándose mutuamente a desplazarse hacia el

5. La distinción conflicto-asimetría

centro de la figuración y a mantener su posición allí. Remitirían, por tanto, a círculos virtuosos donde la ausencia de conflicto no se correspondería con la dominación, sino una tendencia a la igualación de los agentes. Con estos conceptos llegaríamos a la integración y la cooperación desde la simetría.

Se sigue de las definiciones de estos cuatro conceptos que, si bien el conflicto puede ser parte imprescindible de la transición de relaciones de dominación a relaciones no opositivas igualitarias, es un momento distinto a ambos. En consecuencia, lo que proponemos es una articulación donde el conflicto puede hacer de puente entre una y otra, frente a la ecuación más habitual según la cual la transición de la dominación a esas relaciones no opositivas igualitarias se hace equivaler con la transición del conflicto a la integración o el consenso.

5.6.2. La asimetría como fuente de inclusión

Pasando al ámbito delimitado por las dimensiones de la agencia y de las definiciones, nos hemos servido en este caso de los pares conceptuales de hegemonización-subversión y traducción-negociación para articular las diferencias entre la inclusión y el consenso producidos asimétrica y simétricamente. La hegemonización la hemos definido como “el movimiento productor de asimetría por el que un agente recibe una identificación positiva” y la traducción como “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos y que producen asimetría”. Si en el primer caso pretendemos remitir a las identificaciones positivas -en el sentido de que abren posibilidades de relacionamiento- que son, a la vez, identificaciones subordinantes, en el segundo hemos querido destacar las capacidades desiguales de los agentes para hacer aceptar a aquellos con quienes se relacionan las definiciones que proponen. Como con el cierre y la explotación, la desigualdad se plasma en la periferización de los agentes así dominados, que se constituyen paradójicamente con identificaciones a la vez sólidas, en tanto que poco variables, y débiles, en tanto que poco flexibles. En ambos casos vemos como se produce inclusión y consenso con la desigualdad como base.

Los conceptos de subversión y negociación, sin embargo, los hemos definido como “el movimiento productor de simetría por el que un agente recibe una identificación positiva” y “afectaciones recíprocas en las que las identificaciones mutuas de los agentes son respaldadas por todos ellos y que producen simetría”, respectivamente. En ellos, observamos, al contrario, el establecimiento de relaciones en las que el consenso y la inclusión son productos de relaciones

5. La distinción conflicto-asimetría

igualitarias. En el primer caso, las identificaciones positivas recibidas no son marginalizadoras, sino que contribuyen a situar a los agentes en figuraciones acéntricas, otorgando definiciones potentes a todos los participantes. En el segundo caso, el acuerdo respecto a las identificaciones recíprocas tiene lugar en un proceso de concesiones mutuas, frente a la transformación unidireccional que supone la traducción.

Si es, sin lugar a dudas, fundamental el reconocimiento de la impronta que el poder tiene en la configuración identitaria, y esto se aplica tanto a relaciones igualitarias como no igualitarias, lo que vemos con estos conceptos es que esto no es inmediatamente equivalente a afirmar que las identidades se producen en relaciones conflictivas, lo cual puede ser empíricamente frecuente, pero no lógicamente necesario. Al contrario, como en el caso de la explotación y la completación, tal paso de relaciones asimétricas a relaciones simétricas se produce a menudo a través de relaciones conflictuales, no como su eliminación.

5.6.3. La asimetría como fuente de consistencia

Ocupándonos ahora de las relaciones estructurales y de sanciones, el protagonismo lo toman los pares conceptuales de colonización-interpenetración y determinación-co-evolución. La colonización la hemos definido como “el movimiento productor de asimetría por el que la distribución de sanciones de una estructura se ve afectada por la de otra” y la determinación como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen una asimetría”. Aunque son conceptos sin duda afines, la diferencia entre ambos radica en que con colonización podemos referirnos a los distintos grados de supervivencia de cada conjunto de reglas conectado en un proceso de acoplamientos, en lugar de a la capacidad para influir la evolución de diferentes estructuras ya vinculadas. Si toda conexión estructural produce heterogeneidad, la colonización remite a aquellos casos en los que la mayor parte de la complejidad es aportada por una sola de las estructuras. La determinación, por su parte, define la desigualdad ubicando en otro punto del nuevo conjunto las transformaciones que continuamente sufren las estructuras, pero en relación en este caso a la solución de contradicciones. Los dos conceptos, en cualquier caso, nos permiten pasar de la asimetría al acoplamiento y la consistencia.

Por el contrario, el concepto de interpenetración lo hemos definido como “el movimiento productor de simetría por el que la distribución de sanciones de una estructura se ve afectada por la

5. La distinción conflicto-asimetría

de otra” y el de co-evolución como “relaciones entre reglas en las que las sanciones distribuidas por unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen simetría”. Así, las vinculaciones entre conjuntos de reglas, así como la solución de contradicciones, tienen lugar de forma que las transformaciones se reparten de forma equitativa. La interpenetración supone acoplamientos donde las contribuciones a la heterogeneización son similares por parte de todas las estructuras conectadas, y la co-evolución supone una consistencia donde no es posible a priori concretar que regla puede resultar eliminada para poner fin a una contradicción. En este caso, los conceptos nos posibilitan pensar el acoplamiento y la consistencia desde la simetría.

En este caso no es sólo importante destacar que la contradicción y el desacoplamiento no son las consecuencias necesarias de la desigualdad entre las estructuras relacionadas, sino rechazar enfáticamente cualquier asimilación con los enfoques bajo los cuales cuando se habla de “desigualdad estructural” se pretenden señalar desigualdades duraderas en el tiempo y extendidas en el espacio, o aún más concretamente, constricciones estructurales de la agencia. El dominio estructural se refiere al dominio de unas reglas sobre otras y es sólo otro punto de vista sobre las mismas relaciones que describimos con los conceptos de cierre, explotación, hegemonización y traducción.

5.6.4. La asimetría como fuente de inteligibilidad

Para concluir, para referirnos a las relaciones simétricas y asimétricas dentro del ámbito de las relaciones estructurales y de definiciones, hemos recurrido a los pares conceptuales de asimilación-fusión y enmarcación-solapamiento. Asimilación lo hemos definido como “el movimiento productor de asimetría por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por la de otra” y enmarcación como “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen asimetría”. Así, la asimilación se referiría, de forma semejante a la colonización, a la distribución desigual de las aportaciones de heterogeneidad que supone el proceso de pluralización, de modo que la transformación se concentraría principalmente en una de las estructuras conectadas. La enmarcación, por su parte, nos hablaría de estructuras ya pluralizadas en las que unas partes de ellas tendrían mayor fuerza que otras para señalar los límites de coherencia. Los dos conceptos suponen la producción de inteligibilidad y coherencia a partir de la desigualdad.

5. La distinción conflicto-asimetría

Los conceptos de fusión y solapamiento, sin embargo, remiten a la producción de inteligibilidad y coherencia en base a relaciones relativamente igualitarias. La fusión la hemos definido como “el movimiento productor de simetría por el que las definiciones relacionadas por una estructura se ve afectada por la de otra” y el de solapamiento como “relaciones entre reglas en las que las definiciones de las relaciones de unas tienden a posibilitar la operación de las otras y que producen simetría”. En el primero, la inteligibilidad se produce en base a transformaciones conjuntas y relativamente equilibradas de las estructuras conectadas, de modo que el nuevo conjunto no guarda mayor semejanza con una que con otras. En el segundo, la coherencia aparece como el resultado de un ajuste recíproco donde las incoherencias no se resuelven siempre en el sentido marcado por algunas de las reglas que componen la estructura.

Si la asimilación guarda afinidad con lo que habitualmente se trabaja bajo el concepto de colonización cultural y la enmarcación con la problemática de la ideología, lo que pretendemos destacar con ellos es que la vinculación obvia con el poder y la desigualdad que suponen ambos paradigmas no implica, sin embargo, que se trate de relaciones conflictivas sino que, como en todos los demás casos, estas son una forma de relación distinta, donde cierta igualación del poder de unas y otras estructuras es requisito previo. Es importante recordar, por último, que no debe entenderse que la desigualdad entre estructuras de definiciones se refiera a las definiciones estructuralmente desiguales.

6. Conclusiones

6. Conclusiones

6.1. Un mapa del conflicto para un mundo global

El objetivo de este trabajo ha sido honrar al gran protagonismo del que ha gozado el concepto de conflicto en la tradición de la sociología y aún más si cabe en los debates teóricos que más recientemente han tenido lugar en su seno. La perspectiva que hemos adoptado, sin embargo, ha sido la de un análisis crítico que nos permitiera afrontar el enmarañado “juego de lenguaje” que se ha constituido en derredor suyo, producto de la multiplicidad de paradigmas teóricos y campos de estudio empírico en los que se ha desarrollado. No ha sido nuestra finalidad tanto el conseguir la definición más depurada del mismo como la articulación de una larga serie de términos inscritos en su campo semántico, con la intención de elaborar una cartografía, lo más inclusiva posible, de los distintos significados, esto es, usos, que en un plano teórico ha recibido el conflicto, pues pensamos que esa diversidad da cuenta de aplicaciones fructuosas y necesidades reales de la investigación. No obstante, hemos tratado de conjugar esa diversidad en un esquema con sentido que pudiera eliminar paradojas y abrir vías alternativas en algunos callejones sin salida.

Nuestra apuesta a la hora de afrontar esta crítica conceptual del conflicto ha sido una reconstrucción teórica a partir de las dimensiones metateóricas que consideramos fundamentales, siendo nuestra principal baza la continuidad con los trabajos que han hecho de la inclusión de la dicotomía conflicto-integración uno de sus rasgos definitorios, frente a los intentos de diversos teóricos de reducirla a algunas de las otras más frecuentemente utilizadas. Hemos defendido, por tanto, la autonomía analítica de lo que hemos preferido llamar relaciones opositivas y no-opositivas en la distinción de tipos teóricos de relaciones, implicando con ello la imposibilidad de limitarlas a uno solo de ellos y potenciando su dispersión en, lo que creemos que es, un reflejo de esa diversidad de usos productivos que hemos podido contemplar en la historia de la sociología.

Pero, como decimos, hemos contemplado esta dimensión del conflicto en sus interrelaciones con otras dimensiones, no de forma aislada, y ha sido a través de ellas como hemos dado forma a esa diversidad que encierra el concepto. En primer lugar, la hemos hecho acompañarse de las que hemos considerado las otras dimensiones metateóricas fundamentales, y hemos tratado de justificar nuestra elección, así como perfilar el sentido en el que nosotros consideramos que es más productivo entenderlas, pues su comprensión dista de ser unívoca. Estas argumentaciones nos han

6. Conclusiones

llevado a revisar superficialmente algunos de los debates teóricos clásicos de la sociología. No hemos apostado por fórmulas esencialmente novedosas, pero sí que hemos tratado de hacer una articulación lo más coherente posible.

Por un lado, hemos defendido la pertinencia de la muy a menudo denostada dicotomía estructura-agencia, poniendo a la base de nuestro esquema teórico el modelo de la agencia guiada por reglas. Según la perspectiva que hemos adoptado, desde el lado de la agencia lo que estaríamos contemplando son las actualizaciones de esas reglas en las prácticas, estribando la diferencia analítica fundamental con el análisis estructural en que desde éste lo que se observarían son las relaciones abstractas entre las propias reglas. Superponiendo a este debate central las polémicas en torno a la determinación-indeterminación, la objetividad-subjetividad y la relación situación-agente, hemos llegado a una formulación de la agencia donde ésta se contempla como relaciones de afectación recíproca, donde es fundamental tanto el énfasis en la relación -para distinguirla de las perspectivas que centran su atención en el agente-, como en la capacidad de producir diferencias -resultado de una identificación plena de agencia y poder-, como en la reciprocidad -eliminando por completo la posibilidad de hablar de relaciones sujeto-objeto-. En la otra cara de la moneda, las estructuras quedan dibujadas como conjuntos de reglas imbricadas entre sí, proscribiendo la conjunción de reglas y recursos que reproduciría la dualidad sujeto-objeto, a la vez que prescribiendo una concepción de las mismas alejada de la del “sistema” funcionalista y especialmente de su correlato de “entorno”, y abriendo su comprensión a las discontinuidades y a la procesualidad, frente a la rigidez que tiende a evocar.

Por otro lado, hemos optado por rechazar el par material-simbólico que más habitualmente se suele usar como dimensión complementaria a la de estructura-agencia. Si bien esta decisión puede parecer fácilmente respaldada por el amplio cuestionamiento al que esta distinción ha sido sometido en las últimas décadas, lo cierto es que lo mismo podría decirse del par estructura-agencia, y no obstante lo hemos mantenido. Sin embargo, si bien pensamos que éste último puede conservarse, aunque no quizá en la forma en la que se había institucionalizado como refiriéndose a dimensiones relacionada por lazos causales -con la estructura como constricción de la agencia y ésta como introduciendo cambios en aquella-, creemos que en el caso del par material-simbólico su adopción como instrumento de análisis sí que nos aboca a problemas de difícil solución. Siguiendo las implicaciones de hacer de la agencia guiada por reglas el pilar teórico de nuestro esquema, hemos preferido optar por la formulación de otra dimensión que, como la de agencia-estructura, pueda referirse directamente a él.

6. Conclusiones

La opción más popular, no obstante, la diferenciación que bajo diversas fórmulas viene a definir la contraposición entre lo que hemos llamado “reglas de racionalidad” y “reglas sociales”, tampoco nos ha parecido ser lo suficientemente rigurosa y, finalmente, hemos terminado incorporando una distinción formulada por Giddens respecto a lo que él argumentó que eran dos dimensiones fundamentales de las reglas: sanciones y definiciones. Con la atribución de sanciones hacemos referencia, así, a los reposicionamientos que las interacciones producen en los agentes en los entramados de relaciones en los que se insertan, mientras que con la atribución de definiciones lo hacemos las identificaciones mutuas y al conjunto de sentidos que las reglas dan a esas mismas interacciones. Aunque la afinidad con la distinción material-simbólico es palpable, nuestras sanciones son tanto materiales como simbólicas, del mismo modo que lo son las definiciones.

Conjugando entonces estas tres dimensiones metateóricas, dibujamos un mapa con 8 tipos analíticos de relaciones que creemos nos permite recoger un buen número de las que ha sido distinciones fundamentales en la teoría sociológica. Así, para referirnos a la perspectiva agencial nos permiten distinguir entre competencia, cooperación, disenso y consenso, y para referirnos a la perspectiva estructural, entre contradicción, consistencia, coherencia e incoherencia. Desde la perspectiva de las sanciones tenemos los conceptos de competencia, cooperación, contradicciones y consistencia, y desde la de las definiciones, consenso, disenso, coherencia e incoherencia. Y, por último, dentro de las relaciones opositivas encontraríamos la competencia, el disenso, la contradicción y la incoherencia, y entre las no-opositivas, la cooperación, el consenso, la consistencia y la coherencia.

Pero nuestro trabajo ha continuado trasladando, en segundo lugar, estas distinciones al análisis de la globalización. De una parte, esto nos ha permitido probar la utilidad de esos tipos analíticos para el examen de fenómenos sociales, al mismo tiempo que nos ha facilitado un modelo clasificatorio para el inmenso y complejo conjunto de debates que configuran el área de estudio de la globalización. A pesar de las dificultades que supone la aplicación de una dimensión metateórica tan poco acostumbrada como la de sanciones-definiciones, pensamos que el esquema nos ha permitido abordar de forma bastante completa los principales tópicos de la literatura sobre el fenómeno.

De otra parte, al tratar un ámbito de investigación más concreto, hemos podido seguir profundizando en la articulación del campo semántico del conflicto, a partir de otras dimensiones de análisis fundamentales para nuestro objeto de estudios -dando un ejemplo, de paso, de los caminos por los que la complejidad del juego de lenguaje del conflicto aumenta incesantemente-. En este

6. Conclusiones

caso, la globalización, con su referencia definitoria al estrechamiento de las relaciones a nivel planetario que nos acerca cada día más a una “sociedad mundial”, nos ha parecido poner de especial relieve la simultaneidad -o mejor, simultaneización- y sus implicaciones para la teorización social. Con la consideración de las dinámicas por las que se produce esta aceleración de la simultaneidad en las relaciones sociales a nivel global entran, a su vez, consideraciones tanto sobre la desestabilización y reconfiguraciones de los patrones de relacionamientos antes estabilizados, así como la formación de nuevas relaciones de semejanza y desemejanza, y con ellas, nuevas redefiniciones de las desigualdades. Así, a partir de ella, hemos perfilado tres nuevas dimensiones que sumar a las tres que ya habíamos incluido: contingencia, heterogeneidad y asimetría.

Bajo cada una de estas tres perspectivas hemos retomado sucesivamente los problemas teóricos delimitados anteriormente bajo los modelos de las relaciones de competencia-cooperación, disenso-consenso, contradicción-consistencia e incoherencia-coherencia. Con cada uno de ellos hemos dado un nuevo giro de tuerca, introduciendo cuestiones fundamentales en el ámbito de la globalización y que nos han servido, sobre todo, para deconstruir posibles asociaciones entre conflicto y contingencia, heterogeneidad y asimetría, mostrando que pueden darse en conexión con ellas tanto relaciones opositivas como no-opositivas. El trabajo de crítica conceptual por este camino, por tanto, ha funcionado de algún modo de forma negativa, más como una delimitación de lo que no pensamos que pueda ser considerado como conflicto que al contrario.

Por último, a pesar de que nos hayamos servido de los estudios sobre globalización para desarrollar nuestro trabajo, y a continuación exponemos nuestras conclusiones al respecto, esperamos que la articulación conceptual que hemos elaborado sea generalizable a otros ámbitos de estudio y, por ello, hemos tratado a lo largo del trabajo de forjar ejemplificaciones sencillas pero “ajenas” a la globalización -y el entrecomillado responde a la práctica imposibilidad de tal cosa-. Hemos recurrido habitualmente al mundo académico por su familiaridad y proximidad, pero sobre todo lo que nos ha interesado es poner a prueba el carácter analítico de nuestras distinciones y que, como tales, todas son susceptibles de aplicarse a los mismos ejemplos -o con pequeñas modificaciones-.

6. Conclusiones

6.2 La conflictualidad de la globalización

6.2.1. Redes y flujos

Cuando hablamos en el primer capítulo de los modelos teóricos de la globalización que han enfatizado lo que, en nuestros términos, podríamos llamar la conformación de figuraciones a escala planetaria, señalamos varios argumentos clave. Por un lado, el alargamiento de las relaciones sociales destacaba el incremento de la interdependencia, renovando el interés de las teorías de las consecuencias no queridas y de los modelos de la hiper-complejidad. Desde esta perspectiva se le otorga un papel fundamental a los medios de comunicación y transporte y la revolución tecnológica experimentada en este ámbito. Por otro lado, la consolidación de vínculos sociales más allá de las fronteras estatales, ponía en primer plano la configuración de nuevas solidaridades, enfrentando los análisis que tienden a describir este nuevo escenario como fuente de fortalecimiento potencial para todos los agentes y como origen de una coerción a la cooperación, y a aquellos que lo presentan como un campo de batalla ampliado para antiguos y recientes enfrentamientos.

Sin embargo, quisimos sobre todo señalar la importancia de no pensar las nuevas figuraciones, por amplias que estas fuesen, como englobando todas las existentes, poniendo de relieve que había que considerarlas producto tanto de “sumas” como de “restas”. Este punto nos parece imprescindible para entender el siguiente paso: estas nuevas figuraciones planetarias, a pesar de su complejidad, no son amorfas, sino que han sido analizadas, fructíferamente, bajo las imágenes de las redes y los flujos. Dos características de estas imágenes son cruciales, en nuestra opinión: la flexibilidad y la no-exhaustividad. Las redes se reconfiguran y, crucialmente, dejan espacios no cubiertos. Los flujos implican un movimiento incesante, susceptible de diversos grados de encauzamiento y siempre maleables. Notablemente, frente a otros conceptos sociológicos, redes y flujos tienden a emplearse en plural, al contrario de la fácil singularización que encuentran “el sistema”, “la sociedad” o “el modo de producción”, por ejemplo.

El éxito de estas metáforas cobra tal importancia que las proposiciones para considerarlos conceptos generalizables y no específicos de la época actual han prosperado en las últimas décadas. Nuestra propuesta, sin embargo, es que su eficacia específica en el ámbito de la globalización reside en esos dos rasgos que comentamos, y que nos son de especial utilidad para expresar las dinámicas de transformación -y, sin duda, serán pertinentes para todo análisis que quiera poner de relieve la contingencia de toda relación social-. La red es un concepto, entonces, que nos permite recoger de

6. Conclusiones

forma certera los procesos de redistribución de la agencia a los que estamos asistiendo, expresando con facilidad las conexiones y desconexiones, parciales e inesperadas que se hacen ahora tan visibles. Y ya dijimos que el hecho de que sean, precisamente, parciales e inesperadas, es lo que nos habla de esta redistribución por la que se unen y producen agentes cuyos relacionamientos estaban anteriormente limitados, al tiempo que se rompen otros que dábamos por sentado.

Las redes globales, en consecuencia, nos hablan de múltiples ligaduras y rupturas que nos aparecen como una composición inmensamente heterogénea y que, sin embargo, sirve en numerosas ocasiones para reproducir las diferencias que la forman, contribuyendo paralelamente a la producción de homogeneidad. Pero esas diferencias producidas y reproducidas en ellas, no son mera heterogeneidad, sino diferentes desigualdades que se entrecruzan y solidifican en puntos específicos, tanto dentro como fuera de ellas, y comprenderlas nos obliga a pensarlas en clave de una concepción diferencial del poder donde éste se hace inteligible en términos de la calidad y cantidad de conexiones a las que sirven y de las que se sirven los agentes contruidos a través de ellas. Así, todo capital se reduciría en cierto sentido a capital social, y la clave de las asimetrías estaría en los grados de dependencia y autonomía que conforman a cada agente en las específicas distribuciones de la interdependencia que las redes generan. No obstante, la autonomía no se puede pensar como función de la ausencia de ligaduras, antes al contrario, resulta fundamentalmente de la abundancia de éstas, pues es a través de ellas que los agentes adquieren su fuerza.

¿Qué suponen estos argumentos tomados como premisas del análisis de la globalización en términos de conflicto? Nuestra propuesta principal es que al pensar las redes globales, contingencia, heterogeneidad y asimetría son capas que atraviesan las relaciones opositivas, pero sin poder identificarse con ellas. Contingencia, heterogeneidad y asimetría, por consiguiente, son dimensiones igualmente cruciales para referirnos a relaciones no-opositivas. De este modo, la falta de estabilidad y el análisis en términos de dinámicas y procesualidad que nos pide el concepto de red, tal y como hemos propuesto entenderlo nosotros, no esconde mayor afinidad con la cooperación que con la competición, y las nuevas conexiones que vemos establecerse pueden derivar en relaciones de uno u otro tipo. Por el mismo camino, la heterogeneidad es tan a menudo fuente de integración como de fragmentación, dado que la diferencia es un potente generador de valor en toda red. Y, cuando nos referimos a la asimetría, encontramos incluso con mayor frecuencia un vínculo entre las grandes desigualdades y la ausencia de conflicto.

En estos términos, la idea de la exclusión como fuente de dominación nos parece que llevada al extremo carece de sentido, pues ¿dónde habría de localizarse ésta sino hubiera relaciones que

6. Conclusiones

conectarán a dominados y dominantes? Por ello, nos parece crucial el matiz de la referencia a las exclusiones parciales, a la integración diferencial, periférica, por la que la debilidad producida en unos agentes sirve de potenciador de la fuerza de otros.

6.2.2. Hibridez y cosmopolitismo

Los nuevos relacionamientos que vemos surgir en nuestro mundo global no sólo nos presentan afectaciones recíprocas difíciles de prever, sino que vistos desde la dimensión de la producción y reproducción de las identidades colectivas, son igualmente fuente de desconcierto y desestabilización. Las dinámicas de comunitarización a las que asistimos, e independientemente de que resulten o no existosas a largo plazo, comienzan en cualquier caso con la puesta en contacto de identidades que no estaban previamente destinadas a encontrarse.

Si desde la perspectiva de la construcción de figuraciones asociativas a nivel planetario lo que llama fundamentalmente la atención es el alargamiento de las relaciones sociales que nos conforman como agentes, desde la perspectiva de la construcción de figuraciones comunitarias globales lo que destaca principalmente es la apariencia de mescolanza que cobran nuestros mundos de vida, que parecen poblados de subjetividades fuera de lugar. Frente al protagonismo que tiende a adquirir la contingencia en los análisis en torno al concepto de redes, el predominio de la idea de la “mezcla” convierte también en estrellas del escenario global a los conceptos de hibridez y cosmopolitismo. Y, sin embargo, es un lugar común de la sociología de la globalización que junto con esa proliferación de la diversidad concurren en la globalización diversas tendencias de carácter homogeneizador, referentes no sólo al consumo estandarizado del que nos habla la macdonalización, sino también a pautas que conciernen a la organización de la producción y de la vida política.

Para enfrentar esa dialéctica heterogeneización/homogeneización, nosotros hemos optado por entender la primera como la producción de diferencias en espacios comunes y la segunda como la reproducción de diferencias en espacios diferentes, y es desde este punto de vista desde donde, de forma poco ortodoxa, hemos apostado por una concepción de lo híbrido en afinidad con la primera, y de lo cosmopolita en afinidad con la segunda. La diáspora y el nomadismo, como metáforas y realidades centrales de la globalización, nos parecen imágenes fructíferas para distinguir las dinámicas por las que incorporamos las definiciones contradictorias que vamos acumulando en nuestros viajes -literales y figurados- y que son difícilmente encajables unas con otras, por un lado,

6. Conclusiones

y por las que sostenemos las definiciones que nos configuran en situaciones diferentes a las que les dieron origen, por otro.

Qué el éxito de unas y otras se logra en grados diversos en función de las posiciones ocupadas por los agentes, así como la falta de resoluciones definitivas en buena parte de los casos, de cualquier modo, nos debería alertar de que para la construcción de identidades colectivas globales, la contingencia y la asimetría son tan importantes como la heterogeneidad. En nuestro mapa identitario no sólo encontramos fronteras porosas e incongruentes, sino que podemos ver éstas moverse y hacerlo de distintas maneras, adquirir incluso distintos grados de porosidad en función de la localización figuracional desde la que se contempla. La hibridación y la cosmopolitización, no son procesos acabados, sino tendencias que se desarrollan en esas múltiples conexiones nuevas que establecemos y en aquellas que ya no renovamos, y en ambos casos nuestras identidades se encuentran en proceso de constante transformación, y nuestros intentos de estabilización son precisamente eso, intentos y no siempre logros. De igual manera, las nuevas identidades híbridas y cosmopolitas no albergan todas la misma potencia y los procesos de inclusión y exclusión que las generan lo hacen creando importantes desigualdades sobre las que se construirán nuevas exclusiones e inclusiones negativas.

En este escenario, las luchas cobran el tinte específico de la lucha por la pertenencia y la producción de consenso, y todas las dimensiones analizadas son imprescindibles para comprender los fenómenos que las encarnan. La capacidad de los agentes para excluir y excluirse, al tiempo que para incluir e incluirse, es clave para entender sus éxitos por conseguir identificaciones deseadas, así como para escapar de las no deseadas, y tales prácticas de autodefinición son siempre contestadas porque, en rigor, no existe una definición de uno mismo que no sea al tiempo una definición para otro, y es por ello que éstas son siempre fuente de potenciales polémicas. Imposible igualmente es entender estas luchas sin tener en cuenta cómo las barreras para entrar y salir dependen fuertemente de la aceptación o el rechazo de la diferencia, o si nos mostramos ciegos a las capacidades desiguales de unos y otros agentes que, una vez más, remiten directamente a una suerte de capital social, abreviatura con la que englobamos el entramado de definiciones -más o menos denso, más o menos expansivo, más o menos flexible- a partir del cual se crean las identidades.

Pero, en cualquier caso, no debemos entender esta relación de la contingencia, la heterogeneidad y la asimetría con el conflicto como asociación unívoca que se resuelve con la estabilidad, la homogeneidad y la simetría. Al contrario, las relaciones no-opositivas pueden surgir directamente de aquella matriz. Los dos polos de las dicotomías conforman simultáneamente el

6. Conclusiones

universo de las identidades globalizadas y tanto la pertenencia como el consenso se alimentan de todos ellos, de modo que la ficción del esperanto pacificador (totalitario o no) tanto como la del beligerante babel (insurgente o no) no nos permiten aproximarnos adecuadamente a él.

6.2.3. Sistema inter-estatal y capitalismo mundial

Si en lugar de cadenas de interacción dibujamos el análisis de la globalización en términos de instituciones, esto es, en términos de conjuntos de estructuras fuertemente interrelacionadas, el protagonista por excelencia del debate ha sido el denominado “nacionalismo metodológico”. Como es bien sabido, con este concepto se alude a la asociación incuestionada del concepto de sociedad con la sociedad nacional tal y como la define el paradigma de la soberanía estatal.

Como en el caso del concepto de red, y como es lógico al no ser sino otra perspectiva aplicada sobre las mismas relaciones, el problema se bifurca en dos direcciones. No sólo se trata de la creciente interdependencia entre instituciones antes consideradas como “nacionales”, refiriéndonos por tanto al surgimiento de instituciones supranacionales, sino también a las rupturas en el interior de los territorios delimitados por las fronteras estatales, y que apuntan al fraccionamiento de esas instituciones nacionales, que dejan de abarcar coherente y exhaustivamente esos territorios. El concepto de transnacional, no específicamente estructural, nos ayuda a pensar, sin embargo, este nuevo panorama remitiéndonos a relaciones que no son un mero agregado de las que se encuentran “dentro” de los marcos estatales, sino que atraviesan éstos, con diversos grados de interferencia con las organizaciones más puramente nacionales.

A medio camino de las instituciones globales omnicomprendivas que postulan los modelos de “sistema mundial” y de la ausencia completa de patrones de relacionamiento inter-estructurales que defienden los modelos de “caos mundial”, lo que encontramos es un proceso de profunda transformación donde los restos de un antiguo orden y las diversas alternativas para uno futuro, coexisten en fuerte tensión. El mundo global es tanto el mundo de la aparentemente irrefrenable expansión del capitalismo, como el del resquebrajamiento -reversible o no, controlable o no- de los organismos de la democracia liberal estado-céntricos, como el del encontronazo de organizaciones diversas de la reciprocidad y la solidaridad.

Así, nuevamente encontramos en otro plano de análisis la misma dialéctica entre homogeneidad y heterogeneidad que se entrelaza con las dinámicas por las que las relaciones sociales relativamente estabilizadas en el marco de las sociedades nacionales se transforman en

6. Conclusiones

acoplamientos que acercan lo distante y alejan lo próximo. Pero, por último, igual de relevante es tener en cuenta en que estos acoplamientos y desacoplamientos múltiples y de extensión planetaria, la dimensión de la asimetría es parte fundamental para dar cuenta de qué instituciones prevalecen y se expanden, y cuales tienden a fragmentarse y desaparecer. Los relacionamientos que componen cada institución las dotan de “fuerzas” desiguales y de diferentes probabilidades de supervivencia al entrar en contacto unas con otras.

Es evidentemente que no podemos hablar de relaciones opositivas a nivel estructural de la misma manera que lo hacemos al nivel de la agencia y, de hecho, la necesidad de articulaciones teóricas específicas para su análisis es uno de los argumentos que nos ha motivado para trabajar la crítica conceptual del conflicto que hemos tratado de acometer. No obstante, tampoco encontraríamos justificado obviar las relaciones opositivas cuando la perspectiva de análisis se ubica en este nivel y los modelos teóricos utilizados habitualmente para dar cuenta de los fenómenos característicos de la globalización dan buena prueba de ello. ¿De qué otra manera podríamos entender si no el característico enfrentamiento innumerables veces examinado entre capitalismo y estado democrático? Sin duda, cabe referirlo a las luchas entre agentes concretos insertos en figuraciones concretas, pero no menos importante es el análisis de las contradicciones entre las lógicas de cada uno de ellos y las tendencias a la expansión de cada uno a expensas del otro, pasando de un capitalismo “domesticado” por las instituciones estatales de la democracia liberal a una mercantilización de numerosas esferas antes reguladas por ésta. Y difícilmente podríamos comprender cómo se desarrollan esos enfrentamientos sin articulaciones conceptuales que nos permitieran pensar en las instituciones de forma dinámica y en sus relaciones mutuas, sin dar por supuesto que el entramado institucional que las sostiene desarrolla límites que les dan su razón de ser, así como una protección imprescindible si han de perdurar en el tiempo. Del mismo modo, es necesario atender a la complejidad y heterogeneidad que se desarrolla en esos acoplamientos y la simplificación y homogeneidad que se produce en los desacoplamientos que las acompañan, así como la medida en que en ambos se generan asimetrías que explican el auge y decaimiento de las diferentes instituciones.

Pero, si el análisis de las relaciones entre el sistema interestatal y el capitalismo global es el protagonista de esta dimensión de análisis, en cualquier caso, no debemos pensar que éstas se reduce a él, sino que este tipo de examen se puede aplicar a todo tipo de instituciones, y no en menor medida a las que normalmente se consideran instituciones culturales, para investigar, por ejemplo, las relaciones que se desarrollan entre diversas instituciones religiosas, o entre estas e

6. Conclusiones

instituciones laicas tales como la ciencia, el arte o la moral, o entre las diversas instituciones de la familia y otras formas de reciprocidad y solidaridad.

6.2.4. Multiculturalismo y macdonalización

Lo que desde el lado de la agencia se ve como el surgimiento de identidades complejas y contradictorias, un elevado sincretismo en las prácticas de cada vez más agentes y la construcción de ligaduras sociales entre agentes muy heterogéneos, desde el punto de vista de las relaciones estructurales ha tendido a definirse, de forma general, como un debate entre las tendencias a la macdonalización y la proliferación del multiculturalismo. De nuevo, esto no sería sino la otra cara de la proliferación de identidades “desubicadas”, puesto que la macdonalización presupone una expansión incontrolada de la subjetivación en torno a una cultura de masas estandarizada de origen principalmente occidental y, más concretamente, norteamericano -que, implícitamente nos habla de un presupuesto normativo según el cual estas prácticas de consumo deberían ser “controladas” y “limitadas”-, al tiempo que el multiculturalismo nos habla de la reunión de tradiciones culturales anteriormente dispersas y relativamente aisladas.

Como en el caso del análisis agencial, es patente la asociación que ambas dinámicas encuentran con la dimensión heterogeneidad/homogeneidad, así como la tendencia en este debate a centrarse en dirimir si en la globalización predominan la uniformidad o la diversidad. Como es bien sabido, los términos más extremos de este debate enfrentados en los primeros tiempos de la investigación de la globalización cultural, fueron rápidamente matizados para hacer entrar las fusiones parciales de esa cultura de masas occidental con las culturas receptoras, así como con la introducción en los análisis del papel jugado por las estructuras culturales centradas en la mediación.

No obstante, nos parece crucial destacar que tampoco se puede tener una comprensión correcta de este ámbito sin prestar atención a la contingencia que suponen estas transformaciones, y que dejamos ver ya en la referencia a estos fenómenos como dinámicas. Lo que está en juego en el multiculturalismo, así, no es meramente la coexistencia de culturas diversas en el seno de una sociedad -estatal, nacional- relativamente integrada, puesto que la pluralidad y heterogeneidad que conforman toda tradición cultural y que había traído al vocabulario sociológico el concepto de “subculturas” hacía ya tiempo, no es precisamente una novedad. Lo que capta nuestra atención realmente es la ruptura de los patrones de relacionamientos entre estructuras culturales y discursos

6. Conclusiones

que se habían estabilizado fundamentalmente a través de las instituciones del Estado-nación, aunque no exclusivamente. Nuevas fusiones de órdenes de sentido que desbaratan el escenario de uniformización y homogeneización inacabable producido por estas instituciones, marcan un punto de transformación que es el que realmente ha desfigurado nuestra concepción de las sociedades y culturales nacionales.

Pero, y en último lugar, este debate es así mismo sólo parcialmente aprehendido sin atender a las desigualdades que se producen y reproducen en esas fusiones, y de las que da buena cuenta uno de los tríos conceptuales más populares de la globalización: lo global, lo local y lo glocal. Hablar de globalidad y localidad no significa solamente hablar de posiciones en un mapa que nos señale los puntos de emisión y recepción o la extensión de diversas estructuras de sentido. De hecho, ambas descripciones son un buen punto de partida, pero sólo si atendemos a la asimetría implícita en la distinción entre emisor y receptor y entre lo general y lo particular. Sin recaer en la falacia de la contraposición entre una cultura occidental omnipotente y una multiplicidad de culturas no-occidentales condenadas a la extinción, ignorar las formas desiguales en las que se relacionan diversas tradiciones culturales y que conforman de manera determinante tanto el multiculturalismo como la macdonalización que vivimos, nos llevaría a buen seguro a construir malas descripciones de la globalización.

El concepto de fusión que hemos utilizado recurrentemente para referirnos a los relacionamientos entre estructuras de sentido, es fundamental a la hora de enfrentar este tipo de análisis, puesto que otra de nuestras principales apuestas a la hora de tratar el multiculturalismo y problemas teóricos afines, es la recuperación de la importancia de comprender la diferencia entre la inteligibilidad y la incoherencia. Con esto queremos afirmar que el multiculturalismo plantea prioritariamente, en realidad, un problema de comprensión mutua y sólo en segundo término un problema de incongruencias, puesto que entre universos de sentido que se mantienen por completo en la opacidad recíproca no pueden, como tales, producirse incoherencias. Esto, evidentemente, no quiere decir que cada uno de ellos no integre construcciones de los otros, pero esto es lógicamente distinto de que haya inteligibilidad mutua y, cuando esta se alcanza, la fusión culmina y no podemos hablar ya sino de un sólo universo de sentido, con mayor o menor grado de coherencia interna. La heterogeneidad, en esta línea, aumentaría a medida que ese pluralismo que se asocia al multiculturalismo va difuminándose en el amalgamamiento de tradiciones culturales diversas, y la asimetría señalaría el grado de discontinuidad experimentado por cada conjunto de reglas en el nuevo entramado estructural.

6. Conclusiones

Así, las teorías de la glocalización se diferencian de la mera macdonalización en el menor grado de asimetría atribuido a las relaciones inter-culturales, que llegaría a su mínimo en relaciones que encontramos preferibles denominar como “inter-locales” para hacer así justicia a esa menor desigualdad que las conformaría. De manera similar, el popular paradigma del “choque de civilizaciones” se caracteriza por un bajo grado de asimetría pero, sobre todo, le distinguiría la asunción de un mínimo grado de intelegibilidad mutua y fusión y, aunque este tipo relaciones no deben ser por completo descartadas en el análisis empírico, es importante atender al hecho de que la descripción que suponen no es tanto una en torno a “valores irreconciliables”, como a la ausencia de conexiones estrechas. En la medida en que consideremos las imbricaciones efectivas entre unas y otras tradiciones culturales, el análisis impone reconocer que lo que se enfrentan no son ya “culturas” con límites discretos y perfectamente discernibles, sino incoherencias que surgen en las zonas de solapamiento entre ellas.

6.3. La globalidad del conflicto

6.3.1. El conflicto como competencia

Los análisis sobre globalización nos dan idea de lo extendido del uso sociológico del conflicto en tipos de relaciones diversos y en relación con factores igualmente variados, que ahora además se presentan como afectándonos a cada vez más de nosotros de forma conjunta. Hemos tratado de aprovechar la riqueza de formulaciones articuladas para dar cuenta de esa conflictualidad de la globalización para esquematizar un modelo que pensamos tiene una aplicabilidad general fuera de este de ámbito de estudio, y que pensamos que nos sirve para afrontar la crítica de algunas de las conceptualizaciones del conflicto más populares.

Así, apostamos en primer lugar por una diferenciación entre los conceptos de competencia y disenso que nos permitiera distinguir las relaciones de conflicto aceptadas y legitimadas de aquellas donde lo que está en cuestión es precisamente esos acuerdos de fondo sobre los que se sustentan aquellas, rechazando la construcción del consenso como opuesto al concepto de conflicto. En segundo lugar, hemos pretendido distinguir también la competencia de las contradicciones estructurales, oponiéndonos ahora a la contraposición del conflicto con la armonización de intereses en el plano estructural, y deshaciéndonos de los obstáculos teóricos que presuponen la falta de coincidencia entre una y otra. Proponemos, frente a estas formulaciones, que el auténtico opuesto de

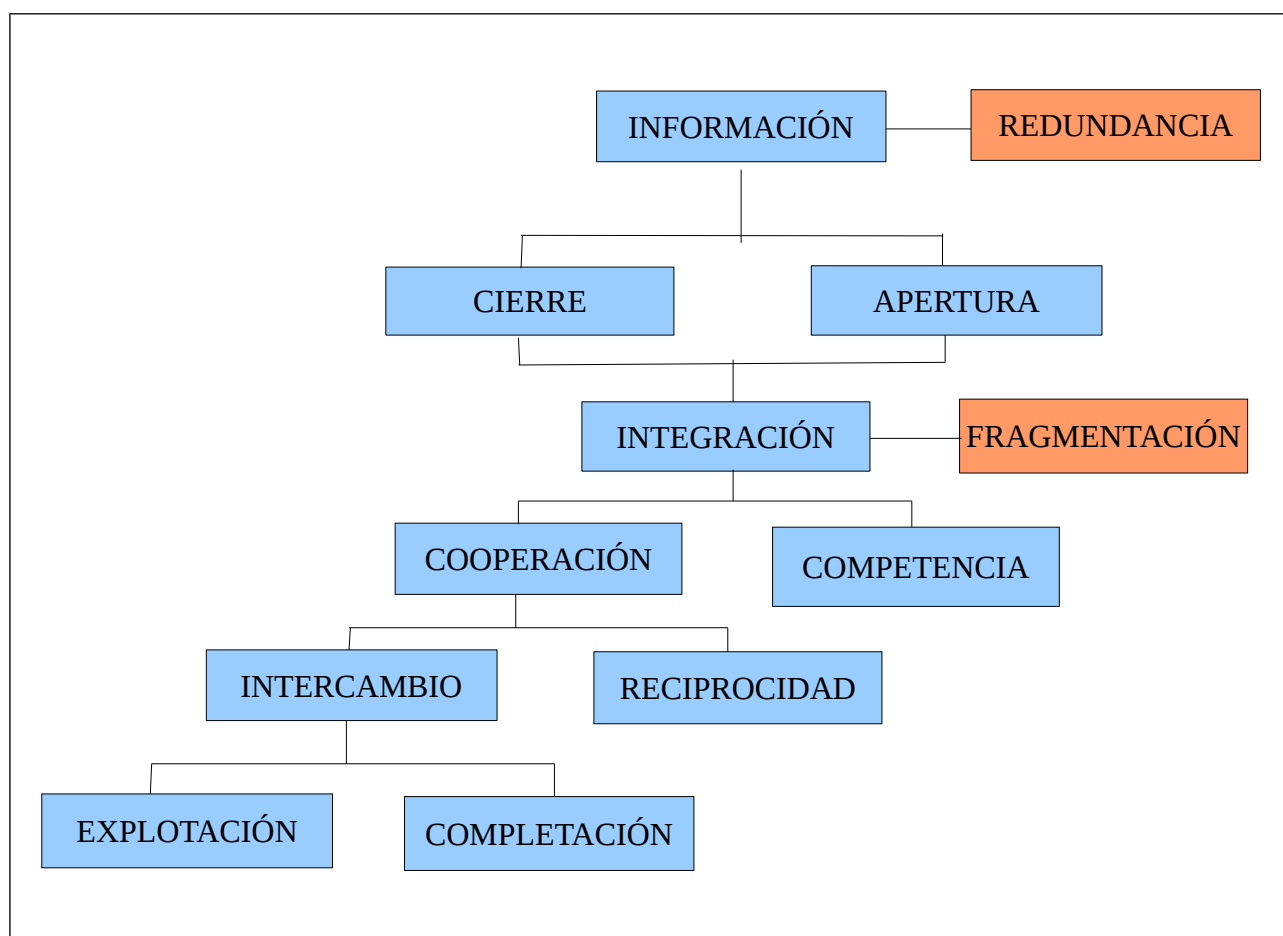
6. Conclusiones

la competencia es la cooperación que, sin implicar otros supuestos vinculados a la teoría de la acción racional, se podrían identificar con juegos de suma cero y suma positiva, respectivamente.

De los análisis de la conformación de redes globales y/o transnacionales y de la disolución de las relaciones nacionales hemos tomado, por otra parte, la distinción entre relaciones estabilizadas y no estabilizadas, asociada a lo que la tradición sociológica ha denominado perspectivas dinámicas y estáticas, para marcar la diferencia entre el conflicto dentro de relaciones ya construidas y lo que podría entenderse como el conflicto en la propia construcción de nuevas relaciones, o más concretamente, en los procesos de “selección” -y el entrecomillado se refiere, evidentemente, a las connotaciones de voluntarismo presentes en el término de selección- por los que se combina unos y no otros agentes. Para referirnos a estos procesos hemos optado por los términos de integración y fragmentación, esperamos que dejando claro nuestro rechazo de la fórmula donde es el primero el que se contrapone a competencia. De este modo, aunque damos nuestro apoyo a la articulación teórica que vincula integración y conflicto de forma positiva, esperamos que se haga patente que no observamos en ello una paradoja, sino la constatación lógica de que la fragmentación sólo puede ser anterior o posterior a la competencia, pero nunca identificable con ella.

Pero de la intensidad del debate en torno a la dialéctica heterogeneidad-homogeneidad en el marco de la sociología de la globalización hemos extraído también la crítica a las tendencias a vincular el conflicto con la primera, de modo similar a como ya argumentara Olson en el análisis de los movimientos sociales, pero sin desplazarnos al extremo opuesto para identificar las tendencias homogeneizantes con la dominación y, de forma derivada, con el conflicto. Lo que nuestros conceptos de información e intercambio pretenden no es sino señalar las formas en las que la integración y la cooperación pueden fundarse en la diferencia como valor, pero sin negar las vías hacia las mismas que parten de la homogeneidad, y de ahí la introducción de los conceptos de redundancia y reciprocidad. Fundamentalmente, lo que hemos tratado, profundizando en la crítica de la vinculación de conflicto y contradicción, es de criticar la asunción de que las relaciones de cooperación y competencia pueden derivarse de forma natural de la formación de grupos de intereses “idénticos” por virtud de la producción estructural de posiciones análogas, enfatizando la importancia de la distinción entre intereses -o beneficios, o proyectos, o efectos positivos inintencionados- “iguales” y “comunes”.

6. Conclusiones



Cuadro 13. **El conflicto como competencia**

Por último, hemos vuelto a atacar el presupuesto del “conflicto latente” que no sólo se nutre de la asociación entre contradicción y conflicto, sino también de la que se tiende a hacer entre dominación y conflicto para defender que, si bien las asimetrías que atraviesan cualquier relación son parte imprescindible de los análisis de las relaciones de competencia, es más coherente entender la dominación como la supresión de conflictos que como su expresión. Para ello, hemos buscado definir la explotación, primero, de forma generalizable más allá de las relaciones entre empleadores y empleados, pero, segundo y fundamentalmente, como una relación de cooperación que, lejos de adquirir las connotaciones de justicia y solidaridad que puede connotar el término, sirva a la “reproducción ampliada” de las desigualdades y, tercero y de modo igualmente crucial, no como contraposición a la “exclusión” -a la que nosotros hemos preferido referirnos con la terminología de dinámicas de “cierre”-, sino como mecanismo de “pacificación social” profundamente vinculado a

6. Conclusiones

ésta -como condición necesaria, además, del postulado de la no contraposición entre integración y conflicto y que nos lleva a ver todo conflicto como forma de integración-.

6.3.2. El conflicto como disenso

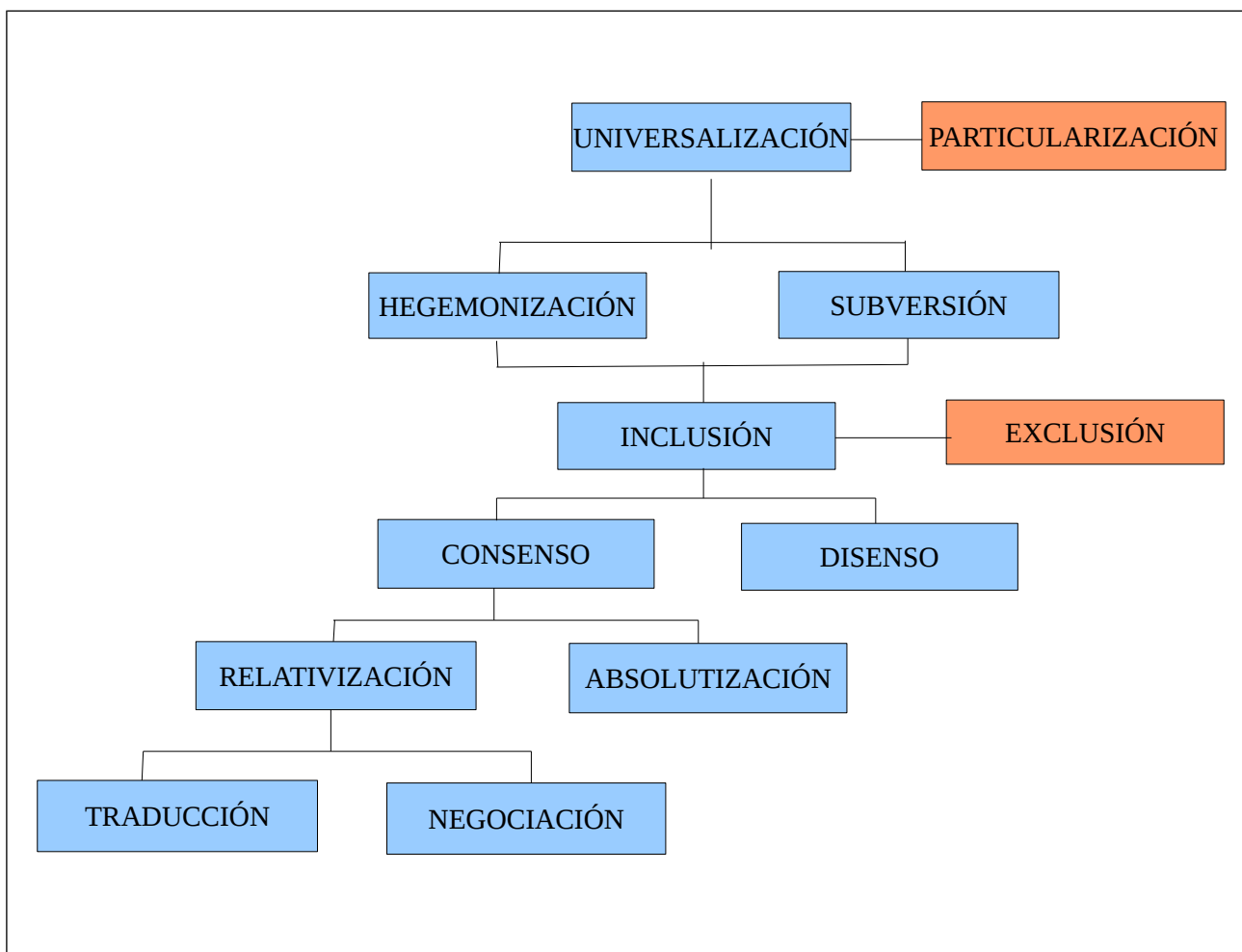
Si introducimos los conceptos de consenso y disenso en relación con las identificaciones mutuas -que incluyen las definiciones de las relaciones entre unos y otros agentes- para distinguir la competencia socialmente acordada del potencial primero de conflicto que suponen los significados incompatibles en los que se dirimen la construcción de identidades, y pudiera parecer de esta prioridad lógica que está justificado la contraposición entre conflicto y consenso, ya hemos dicho que nos parece que esto supondría dejar fuera una buena parte de la conflictualidad social que tiene lugar en marcos de definiciones compartidos y cuya importancia refleja bien el concepto de “prueba” de Boltanski y Thevenot.

Sin embargo, hay una segunda distinción importante para el concepto de disenso y es la que pretendemos marcar entre éste y el concepto de “incoherencia”, con el que pretendemos hacer justicia a la diferencia que existe entre las prácticas de identificación y desidentificación a las que nos sometemos a nosotros mismos y a los demás, de las incongruencias que encarnamos y que bien pueden contar con amplio respaldo comunitario, y que vemos como resultado de los conflictos de sentido ínsitos en las relaciones entre reglas que conforman las estructuras y que, refiriéndonos a algo asemejable a “contradicciones culturales”, nos permite superar la vinculación entre conflicto y “desviación” propia del funcionalismo, según la cual sólo las deficiencias de socialización podrían explicar la conflictualidad dentro de un grupo social dado.

No obstante, el análisis de la globalización, donde junto a las dinámicas de conexión y desconexión transformadoras de nuestro mundo se produce la aproximación de la otredad y el distanciamiento de lo semejante, pone de relieve la importancia de una nueva distinción que nos permita separar el proceso de producción de consenso y disenso dentro de una comunidad de aquél por el que tiene en primer lugar la construcción de los límites de la misma, definiendo a los agentes cuyas voces son “dignas” de ser escuchadas. Hablamos, así, de exclusión e inclusión para atender a las pugnas por la pertenencia, cuya relevancia es propia de todo momento de acelerada transformación social y no sólo de la “mezcolanza” que habitualmente atribuimos a la globalización.

6. Conclusiones

Incorporar los conceptos de “universalización” y “particularización”, en esta línea, nos ayuda a ver las dinámicas por las que esa inclusión puede producirse como heterogeneización y homogeneización de la comunidad, respectivamente, evitando caer en la falsa asunción de que la ampliación del colectivo sólo puede darse con la condición previa de la proliferación de agentes “iguales”, teniendo en cuenta la posibilidad de inclusión de agentes que previamente habían rechazado la identificación y la de agentes cuya identificación había sido rechazada desde “dentro”. De forma similar, el concepto de “relativización”, trata de abrir la posibilidad a reconocer el potencial de la heterogeneidad para la producción de consenso, basándose en la idea de la reciprocidad de perspectivas, como contrario y complemento de la “absolutización”, el término que adoptamos para referirnos al consenso basado en la identidad de perspectivas. El objetivo principal de ambos pares conceptuales, en conjunto, es desmontar la asunción de que las sociedades más homogéneas son menos conflictivas casi por definición.



Cuadro 14. El conflicto como disenso

6. Conclusiones

Por último, es una lección fundamental de otros ámbitos de estudio -feminismo, post-colonialismo, teoría queer- que queda también bien reflejado en los estudios sobre globalización, la importancia de tomar en serio la asimetría al aproximarse al análisis de esas prácticas de identificación recíproca, lo cual significa no sólo atender a la “productividad” del poder como tal en el ámbito de las subjetividades, sino a la versión diferencial de éste. El concepto de hegemonización pretende, así, referirse a la capacidad de producir la inclusión -diferencial- tan necesaria en los ejercicios de dominación, mientras que con el de “traducción” hemos querido acercarnos a las prácticas por las que el consenso se logra reproduciendo capacidades -diferenciales- para hacer aceptar las definiciones -propias y ajenas- preferidas. La posibilidad, entonces, de sostener una identidad productiva y enriquecedora, así como su mantenimiento en el tiempo -y el espacio-, debe observarse teniendo en cuenta su distribución desigual y, aún más allá, constituida a menudo como “explotación simbólica” de los más ricos en capital social a los menos.

6.3.3. El conflicto como contradicción

Otra distinción fundamental para nosotros se ubica en relación al “conflicto estructural”. Nuestro principal punto de interés radica en la posibilidad de no plantear éste como relaciones de competencia “estructuralmente producidas”, intentando capturar con esta expresión las “determinaciones” que pesan sobre los agentes -colectivos o no- a enfrentarse entre sí. Nos oponemos radicalmente a una concepción de la estructura donde ésta se entienda como “construyendo” a los agentes, y nos parece que el tipo de relaciones a las que se pretende aludir bajo aquella formulación quedan mejor expresadas como conflictos estabilizados en una configuración. Podríamos añadir que tales conflictos se derivan de los posicionamientos recíprocos de unos frente a otros pero, de hecho, tal argumento nos parece redundante pues, ¿qué otro origen podrían tener si aceptamos, como hacemos nosotros, que los agentes son contruidos por las relaciones en las que se insertan? La ventaja obvia de este planteamiento es que permite pensar esas relaciones de competencia como una tensión entre las soluciones preferidas por cada una de las partes en conflicto, evitando el fatalismo de las connotaciones de conceptos como el de la “determinación estructural”.

En lugar de este camino, preferimos seguir la vía para entender el conflicto al nivel de la estructura con el concepto de “contradicciones” de la tradición marxista, y aún más concretamente,

6. Conclusiones

como en algunas de las formulaciones clásicas del propio Marx, como incompatibilidades producidas en la estructura o, ya en nuestros propios términos, como incompatibilidades entre unas y otras reglas de las que componen una estructura o institución. Rechazamos, eso sí, la idea de las contradicciones entre las infra y las superestructuras, así como las formulaciones más libres de economicismos pero que aún postulan como axioma la existencia de principios estructurales determinantes.

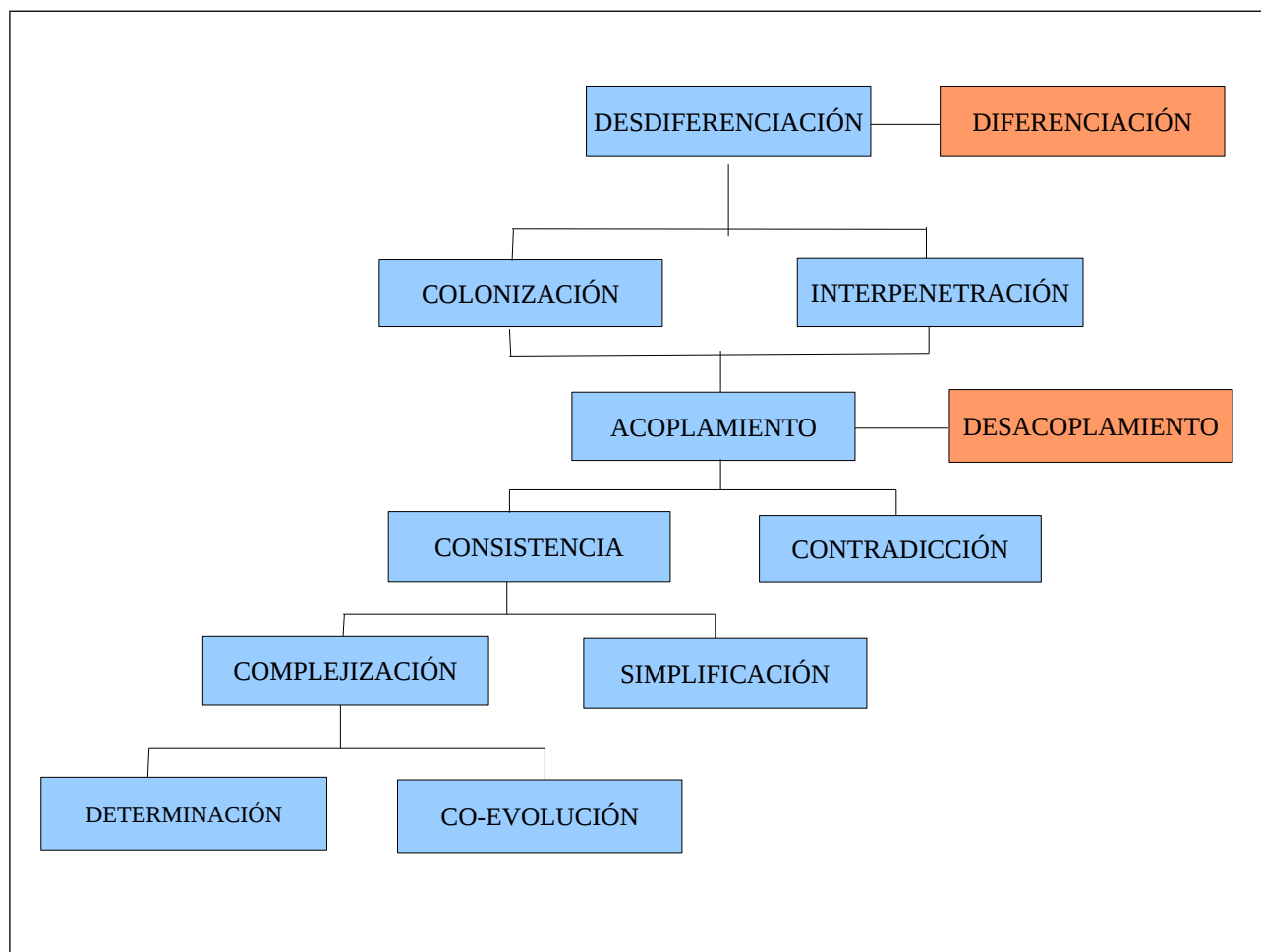
Esto es de especial importancia a la hora de considerar el cambio estructural, pues nos oponemos al “principio de compatibilidad” que impone como necesidad lógica que las contradicciones desemboquen en transformaciones que restablezcan la consistencia. Consideramos las contradicciones estructurales como fuentes de tensión y crisis, pero no necesariamente de cambio social, y aún menos, como si este se produjera inherentemente de forma endógena. Con los conceptos de acoplamiento y desacoplamiento pretendemos abrir una vía para considerar las transformaciones estructurales siempre como el producto de conexiones con estructuras previamente no relevantes y de desconexiones que aíslan unas partes de otras.

Junto con los conceptos de acoplamiento y desacoplamiento son imprescindibles en nuestra articulación los conceptos de diferenciación y desdiferenciación, referidos a la heterogeneidad-homogeneidad estructural. Nuestra propuesta relacionaría, al contrario que el funcionalismo y la teoría de sistemas, el aumento de la complejidad con el aumento de la heterogeneidad dentro de una institución o estructura, y como resultado, precisamente, de esas dinámicas de acoplamiento, frente a las de desacoplamiento, vinculadas con la diferenciación.

Por último, la consideración de la asimetría estructural nos permitiría introducir los problemas teóricos que giran alrededor de la determinación y la colonización estructural, aunque enfatizamos el carácter empírico de cuáles han de ser las estructuras dominantes y, por supuesto, habilitando espacio teórico para la posibilidad de relaciones estructurales de relativa simetría, con los conceptos de interpenetración y co-evolución. Sobre todo, siguiendo con nuestra crítica de las formulaciones habituales de los “conflictos estructurales”, nos interesa distinguir esta subordinación de unas estructuras a otras de las desigualdades estabilizadas que se pueden encontrar en el nivel agencial, incluso aunque éstas sean ininteligibles sin la alusión a las reglas en juego. De lo que se trataría es de la comprobación de si existen realmente o no en una institución conjuntos de reglas que se puedan considerar como principios rectores. Pero siempre, y esto es crucial, como dominación de unas estructuras por otras dentro de una institución, y no de unos “subsistemas” sobre otros, si estos se entienden diferenciados unos de otros, tal y como se suele hacer en el

6. Conclusiones

funcionalismo y la teoría de sistemas, pues desde nuestro punto de vista tales conjuntos estructurales así diferenciados serían mutuamente irrelevantes.



Cuadro 15. **El conflicto como contradicción**

6.3.4. El conflicto como incoherencia

De manera similar a como hemos buscado distinguir las relaciones de competencia y las de disenso, en el nivel estructural proponemos también separar las incongruencias que se producen en el interior de los universos de sentido, es decir, las relaciones de incoherencia, y las relaciones de contradicción. De esta referencia a esa suerte contradicciones culturales nos interesa destacar, sobre todo, nuestro rechazo a las fórmulas que ya hemos comentado de las incompatibilidades entre estructuras materiales y simbólicas, por lo que esta articulación supone de diferenciación entre unas y otras, y frente a la que nosotros proponemos entender como dimensiones analíticas de las mismas

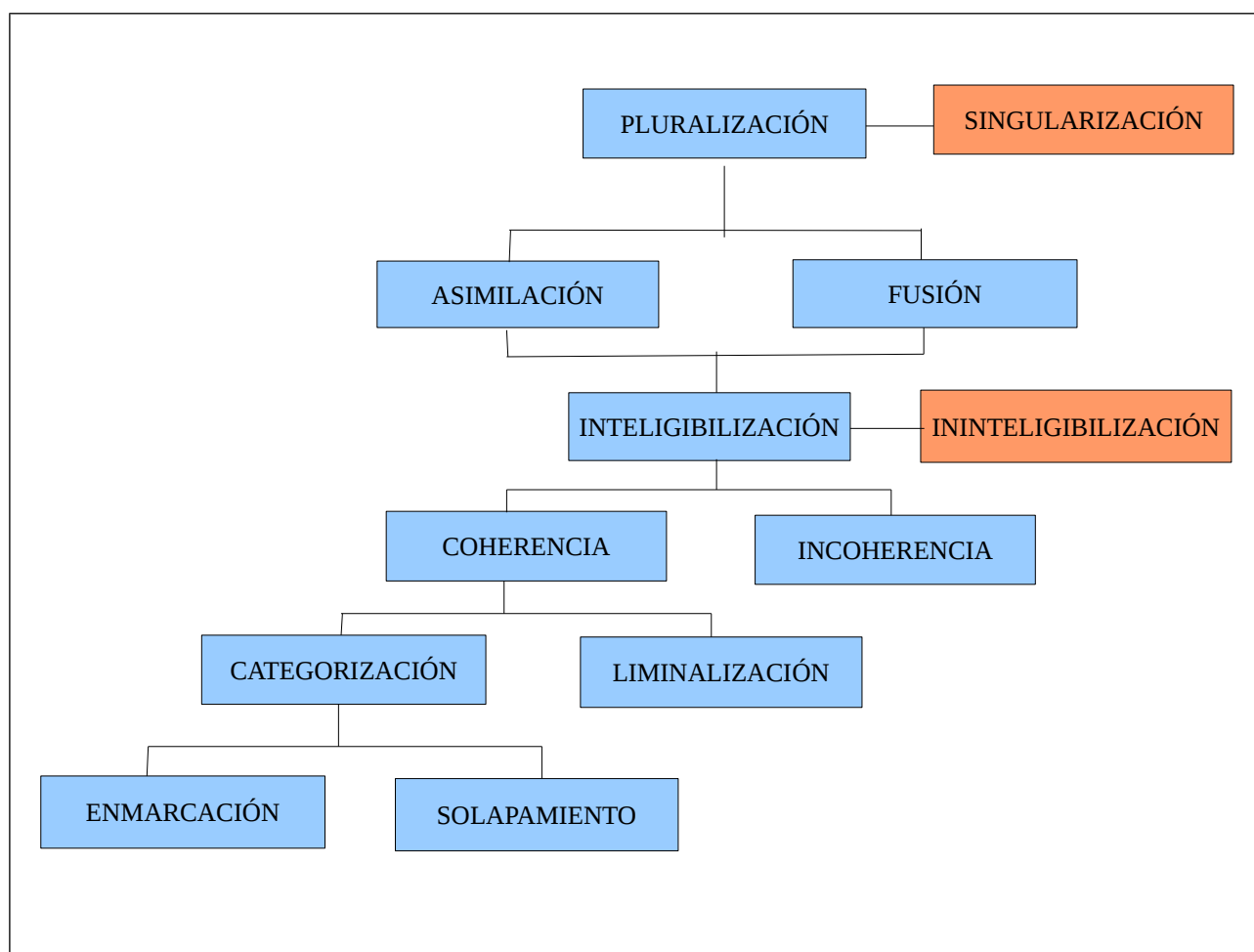
6. Conclusiones

estructuras entre las que no puede haber ese tipo de relaciones causales. Pero también, ya lo mencionamos, queremos habilitar un marco conceptual propio para las incongruencias entre identificaciones y definiciones que se localizan en las relaciones entre reglas y no en los consensos y disensos producidos entre los agentes. Por último, la noción de relaciones de incoherencia nos permite afrontar las incongruencias encarnadas por los agentes sin obligarnos a pasar por la explicación “desviacionista”.

Es fundamental para nuestra propuesta, en primer lugar, la aceptación de la “normalidad” de tales incoherencias, frente al énfasis habitual en diversos tipos de estructuralismos y fenomenologías en la coherencia de los universos de sentido. Como en el caso de las contradicciones, esto no implica que obviemos las tensiones que tales relaciones pueden producir en el conjunto de la estructura, pero sí desligarlas de una asociación inequívoca con la innovación y el cambio social. Pero, en segundo lugar, nos parece en este caso especialmente importante recalcar que las incoherencias se producen siempre dentro de una estructura o institución y no entre estructuras perfectamente delimitadas, introduciendo el concepto de inteligibilización para referirnos a las dinámicas por las que distintas relaciones de definición comienzan a influirse recíprocamente y que son siempre previas a las relaciones opositivas. Estas “contradicciones culturales” que en el marxismo clásicamente se han tendido a interpretar en términos de fragmentos culturales “residuales” o “emergentes”, como restos de superestructuras pasadas o de indicios de las nuevas formas culturales hegemónicas, nos interesa a nosotros concebirlas como el producto de esos procesos de conexión y desconexión, haciendo hincapié en la dimensión espacial y no sólo temporal de esos relacionamientos.

La heterogeneidad que producen esas dinámicas de inteligibilización, y que hemos conceptualizado con el término de “pluralización”, es un paso previo pero no un determinante de la producción de incoherencias, como hemos tratado de mostrar con el concepto de categorización, con el que buscamos aludir a los órdenes clasificatorios por los que se organiza esa heterogeneidad, contribuyendo a dotarla de coherencia -y como opuesto al concepto de liminalización, con el que queremos referirnos a la coherencia producida desde la homogeneización-. Por otro lado, con el concepto opuesto al de pluralización, singularización, pretendemos diferenciar el uso de aquél en términos de “mundos de vida” parcialmente fusionados, tal y como hacemos nosotros, de otro que nos parece más exactamente expresado por la fórmula de la “fragmentación del mundo de vida” y que apunta a la “diferenciación” de universos de sentido, normalmente como producto de la especialización, y que para nosotros corresponde a dinámicas de “ininteligibilización”.

6. Conclusiones



Cuadro 16. **El conflicto como incoherencia**

Introducir, por último, la cuestión de la subordinación estructural en este ámbito nos aproxima a la temática de la ideología y de la colonización cultural, aunque nosotros apostamos por una mayor afinidad con la segunda, puesto que la primera es frecuentemente pensada desde las luchas de poder entre agentes colectivos. Sin embargo, los análisis de la ideología que se articulan en torno a las confrontaciones entre las “culturas dominantes” y las “culturas dominadas” sí nos resultan perfectamente aceptables. La cuestión que afrontamos, como se deduce entonces, es la subordinación de unas estructuras de sentido a otras, dentro de una institución, o de varias subculturas dentro de una cultura, si se prefiere esta expresión más convencional, y como en el caso de la determinación y la colonización estructural, se trata de la comprobación empírica de la existencia de reglas que detentan el liderazgo en las dinámicas de pluralización -“asimilación”- o el rol de “límites de sentido” en conjuntos estructurales estabilizados -“enmarcación”-.

6. Conclusiones

6.4. Apuntes finales

Sin duda, los temas aunados en este trabajo, los problemas teóricos del conflicto y la teoría sociológica de la globalización, son ambos dos extensos campos de estudios y la imbricación que hemos hecho de ellos nos ha llevado a mantenernos en un plano de importante abstracción, dejando abiertas, cuando menos, dos importantes líneas de investigación. En primer lugar, apenas hemos tenido ocasión de trasladar nuestros esquemas y proposiciones teóricas a la contrastación empírica, adentrándonos en los distintos debates que surgen de cada uno de los problemas teóricos en los que nosotros hemos participado, fundamentalmente, sólo como confrontación de argumentaciones tipo. Es innegable, sin embargo, que quedan sin contestación preguntas primordiales referentes tanto a la medición de las desigualdades, las formas organizativas y objetivos de los nuevos movimientos globales, la nueva configuración de la división mundial del trabajo y de los mercados globales, los problemas que surgen en torno a la cuestión de la ciudadanía y la legitimidad de los Estados-nación en conjunción con las organizaciones supranacionales y el desarrollo de una opinión pública global, las prácticas de gestión de la identidad tanto entre migrantes como entre los “nativos” que conviven con ellos, y un sinfín de problemas que, por supuesto, no se puede pretender resolver desde un análisis teórico. No obstante, pensamos que también tiene su relevancia un análisis crítico de los paradigmas centrales que guían estas investigaciones empíricas, en la medida en la que pueda servir para repensar los lugares comunes que damos por sentado, así como para posibilitar nuevos enfoques, y esperamos haber contribuido a esto en algún grado, por mínimo que sea.

En segundo lugar, el examen del campo semántico del conflicto, aún ampliado por problemas teóricos derivados de la globalización, evidentemente, dista de ser exhaustivo. Los estudios sobre globalización, a pesar de no encontrarse ya quizá en su momento más álgido son, desde luego, una de las áreas más importantes para comprender el mundo en el que vivimos pero, por supuesto, no podemos pretender que sea el más fundamental de ellos. Hemos tratado de recoger, al menos, algunos de las aportaciones a las cuestiones teóricas relativas al conflicto más populares e importantes de otros campos desde los que más se ha contribuido a reformar el “sentido común sociológico” en torno a él como, por ejemplo, las que se han hecho desde el feminismo y de su imbricación con el pensamiento post-colonial y de la teoría queer, así como de algunas de las corrientes teóricas más pujantes de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología. A pesar de lo cual, se ha de reconocer que, del mismo modo que pretendemos que nuestras conclusiones sobre la

6. Conclusiones

relación entre el conflicto la contingencia, la heterogeneidad y la asimetrías sean generalizables a otras áreas de estudio, lo mismo es esperable en la dirección inversa, de modo que la contraposición de nuestros argumentos con los extraíbles de los trabajos de otras descripciones sociológicas centrales de nuestro mundo contemporáneo, tales como las de la sociedad de la información o los análisis de la post-modernidad (por citar sólo un par de ejemplo básicos), sería igualmente productiva y necesaria.

BIBLIOGRAFÍA

- Abercombie, N./ Hill, S./Turner, B.S. (1987) *La tesis de la ideología dominante*. Madrid: Siglo XXI
- Acevedo, M. H. (2011). *Lenguaje y mundo social: la relevancia pragmática del lenguaje*. *Nómadas*, 30 (2), 39-43
- Aguiló Bonet, A. J. (2009) *La universidad y la globalización alternativa: justicia cognitiva, diversidad epistémica y democracia de saberes*. *Nómadas*, 22 (2), 5-28
- (2009) *Globalización neoliberal y antropodiversidad: (tres) propuestas para promover la paz y el diálogo intercultural*. *Nómadas*, 24 (4), 5-26
- Albrow, M. (1997) *The global age*. Cambridge: Polity Press
- Alexander, J. (1992) *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Gedisa
- [ed.] (1985) *Neofunctionalism*. Beverly Hills, California: Sage
- Alfaro Vargas, R./ Cruz Rodríguez, O. (2010) *Teoría del conflicto social y posmodernidad*. *Revista de ciencias sociales*, 128-129, 63-70
- Althusser, L. (1974). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión
- (1987) *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI
- (2003) *Marx dentro de sus límites*, Madrid: Akal
- Althusser, L./ Balibar, E. (1978) *Para leer el capital*. México: Siglo XXI
- Alvárez Benavides, A. N. (2005) *La globalización según Bourdieu*. *Colección Trabajo Social*, 18, 121-135
- Amin, S. (1999). *El capitalismo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós
- (2010) *Exiting the crisis of capitalism or capitalism in crisis?* *Globalizations*, 7 (1), 261-273
- (2011) *The trajectory of historical capitalism and Marxism's tricontinental vocation*. *Monthly Review*, 62 (9), 1
- Ang, I. (1985) *Watching Dallas*. London: Methuen
- (2003) *Together-in-difference: beyond diaspora, into hybridity*. *Asian Studies Review*, 2 (2), 141-154

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, B. (1994) *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*. New York: Verso
- Anderson, P. (2000) *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Anagrama
- Appadurai, A. (1998) *Modernity at large: cultural dimensions of globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press
- Appadurai, A./Morley, D. (2011) *Decoding diaspora and disjuncture*. New Formations, 73 (1) 43-55
- Arantes, A. A. (2007) *Diversity, heritage and cultural politics*. Theory, Culture and Society, 24 (7-8), 290-296
- Archer, M. (2003) *Structure, agency and the internal conversation*. Cambridge, U.K.; New York: Cambridge University Press
- Archer, M./Tritter, J. [ed.] (2000) *Rational Choice Theory. Resisting colonization*. London: Routledge
- Ariño Villarroja, A. (2005) *Las encrucijadas de la diversidad cultural*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
- Arrighi, G. (1999) *El largo siglo XX: dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal
- Auge, M. (1996) *Los “no lugares”: espacios del anonimato: una antropología de la modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Barber, B. (1995) *Yihad vs. McWorld*. New York: Times Books
- Barnes, B. (2000) *Understanding Agency, Social Theory and Responsible Action*. London: Sage.
- Barthes, R (2005) *Mitologías*. Madrid: Siglo XXI
- Bateson, G. (1985) *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Carlos Lohlé, cop
- (1993) *La unidad sagrada*. Barcelona: Gedisa
- Baudrillard, J. (1983) *El espejo de la producción*. México: Gedisa
- (1993) *Cultura y simulacro: la precesión de los simulacros*. Barcelona: Kairós
- (2002) *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI
- Bauman, Z. (1997) *Legisladores e intérpretes: sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas
- (2000) *Liquid modernity*. Cambridge: Polity Press
- (2001) *La globalización: consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica

BIBLIOGRAFÍA

- (2006) *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur
- (2007) *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets
- Bastida Rodríguez, P., Rodríguez González, C. [ed.] (2010) *Nación, diversidad y género*. Rubí (Barcelona): Anthropos
- Bayart, J. F. (2011) *Postcolonial Studies: A Political Invention of Tradition?* Public Culture, 23 (1)
- Beck, U. (1994) *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós
- (1997) *The reinvention of politics. Rethinking modernity in the global social order*. Cambridge: Polity Press
- (1998a) *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós
- (1998b) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós
- (2004) *Poder y contrapoder en la era global: la nueva economía política mundial*. Barcelona: Paidós
- (2005) *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*. Barcelona: Paidós
- (2007) *The cosmopolitan condition: why methodological nationalism fails*. Theory, Culture and Society, 24 (7-8), 286-290
- (2008) *La sociedad del riesgo mundial*. Barcelona: Paidós
- (2011) *Crónicas desde el mundo de la política interior global*. Barcelona: Paidós
- Beck, U./Giddens, A./Lash, S. (2001) *Modernización Reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza Editorial
- Beck, U./Grande, E. (2010) *Varieties of second modernity: the cosmopolitan turn in social and political theory and research*. British Journal of Sociology, 61 (3), 409
- Becker, G. (1976) *The economic approach to human behavior*. Chicago; London: Chicago University Press
- (1987) *Tratado sobre la familia*. Madrid: Alianza
- Bell, D. (1992) *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza
- Beltrán Villalva, M. (2010) *La metáfora teatral en la interacción social*. Revista Internacional de Sociología, 68 (1), 19-36
- Benegas Lynch, A. (1998) *Bienes públicos, externalidades y los free-riders*. Buenos Aires: Eseade
- Benhabib, S. (2005) *Los derechos de los otros*. Barcelona: Gedisa

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, W. (1971) *Angelus Novus*. Barcelona: Edhasa
- (1982) *Discursos interrumpidos*. Madrid: Taurus
- Berger, L. P. (1991) *La revolución capitalista*. Barcelona: Península
- Berger, L. P./Luckman, T. (1997) *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Barcelona: Paidós
- (2005) *La construcción social de la realidad*. Amorrortu: Buenos Aires
- Bhabha, H. [ed.] (1991) *Nation and narration*. London; New York: Routledge
- Bhabha, H./Mitchell, W.J.T. [comp.] (2006) *Edward Said. Continuando la conversación*. Buenos Aires: Paidós,
- Bloch, E. (2004) *El principio esperanza*. Madrid: Trotta
- Bloor, D. (2002) *Wittgenstein, rules and institutions*. London: Routledge
- (2003). *Conocimiento e imaginario social*. Barcelona: Gedisa
- Boltanski, L. (2002) *El amor y la justicia como competencias: tres ensayos de sociología de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu
- Boltanski, L./Chiapello, E. (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal
- Borges, J. L. (1989) *Obras completas*, vol. 2. Barcelona: Emecé
- Bottero, W. (2009) *Relationality and social interaction*. British Journal of Sociology, 60 (2), 399
- Bourdieu (1991) *El sentido práctico*. Madrid: Taurus
- (1998) *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus
- (1999) *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama
- (2000) *Contrafuegos*. Barcelona: Anagrama
- (2001) *Contrafuegos II*. Barcelona: Anagrama
- (2002) *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama
- (2007) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama
- Braidotti, R. (1994) *Nomadic subjects*. New York: Columbia University Press
- (2004) *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa
- Brown, G. (2008) *Globalization is What We Make of It: Contemporary Globalization Theory and the Future Construction of Global Interconnection*, Political Studies Review, 6 (1), 42-53
- Burt, R. (1982) *Toward a structural theory of action*. New York: Academic Press
- Butler, J. (2001) *El género en disputa*. México: Paidós
- (2004) *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis

BIBLIOGRAFÍA

- (2006) *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós
- Caínzos, M. (2010) *Class Inequalities in Political Participation and the 'Death of Class' Debate*. *International sociology*, 25 (3), 383-418
- Caletrío, J. (2012) *Global Elites, Privilege and Mobilities in Post-organized Capitalism*. *Theory, culture and society*, 29 (2), 135-149
- Calhoun, C. (1996) *Critical social theory*. Oxford: Blackwell
- (2007) *Nacionalismo*. Buenos Aires: Los Libros del Zorzal
- (2007) *Nationalism and Cultures of Democracy*. *Public Culture*, 19 (1)
- Castel, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós
- Castel, R. [et al.] (1991) *Espacios de poder*. Madrid: Ediciones la Piqueta
- Castells, M. (1978) *La teoría marxista de las crisis económicas y las transformaciones del capitalismo*. Madrid: Siglo XXI
- (1995) *La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza
- (2001) *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol.3, Fin de milenio*. Madrid: Alianza
- (2003) *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol.2, El poder de la identidad*. Madrid: Alianza
- (2005) *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol.1, La sociedad red*. Madrid: Alianza
- (2005) *Global governance and global politics*. *Political Science and Politics*, 38, (1) 9-16
- (2009) *Communication power*. Oxford, New York: Oxford University Press
- (2010) *Globalisation, Networking, Urbanism: Reflections on the spatial dynamics of the Information Age*. *Urban Studies*, 47 (13) 2737-2745
- (2012) *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid: Alianza Editorial
- Castells, M./ Giddens, A./Touraine, A. (2002) *Teorías para una nueva sociedad*. Santander: Fundación Marcelino Botín,
- Castoriadis, C. (1987). *The imaginary institution of society*. Cambridge: Polity Press
- Castro Neira, Y. (2005) *Teoría transnacional: revisitando la comunidad de los antropólogos*. *Política y Cultura*, 23, 181

BIBLIOGRAFÍA

- Cervantes Martínez, R. [et al.] (2002) *Transnacionalización y desnacionalización: ensayos sobre el capitalismo contemporáneo*. La Habana: Ed. Félix Varela
- Chakrabaty, D. (2007) "In the Name of Politics": *Democracy and the Power of the Multitude in India*, *Public Culture*, 19 (1)
- Chang, K. (2010) *The second modern condition? Compressed modernity as internalized reflexive cosmopolitization*. *British Journal of sociology*, 61 (3), 444
- Chatterjee, P. (2008) *Critique of Popular Culture*, *Public Culture*, 20 (2)
- Cicourel, A. V./Knorr-Cetina, K. (1981) *Advances in social theory and methodology: towards an integration of micro-and macro-sociologies*. Boston [etc.] : Routledge & Kegan Paul
- Cid Capetillo, I. (2001) *Más sobre el debate acerca de la globalización*. *Política y Cultura*, 15, 71
- Cohen, G. (1986) *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*. Madrid: Siglo XX
- (2001) *Si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan rico?* Barcelona: Paidós
- Coleman, J. (1982) *The asymmetric society*. Syracuse, New York : Syracuse University
- (1990) *Foundations on social theory*. Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press
- Collins, R. (1975) *Conflict Sociology*. New York: Academic Press
- (2009) *Cadenas de rituales de interacción*. Rubí (Barcelona): Anthropos
- (2009) *The micro-sociology of violence*. *British Journal of sociology*, 60 (3)
- Colomy, P. [ed.] (1990) *Neofunctionalist sociology*. Aldershot, Hants, England: Edward Elgar
- Coser, L. (1961) *Las funciones del conflicto social*. México: Fondo de Cultura Económica
- (1970) *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*. Buenos Aires: Amorrortu
- Cristiano, J. L. (2010) *La "creatividad" de la acción. La teoría joasiana y la cuestión de lo imaginario*. *Nómaditas*, 25 (1), 267-285
- Crozier, M (1974). *El fenómeno burocrático*. Buenos Aires: Amorrortu,
- Dahrendorf, R. (1973) *Homo sociologicus*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos
- Debord, G. (2003) *La sociedad del espectáculo*. Madrid: Pre-Textos
- Dehesa, G. (2002) *Comprender la globalización*. Madrid: Alianza
- Delanty, G. (2011) *Cultural diversity, democracy and the prospects of cosmopolitanism: a theory of cultural encounters*. *British Journal of sociology*, 62 (4), 633-656
- Deleuze, G. (2002) *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu
- Derrida, J. (1984) *De la gramatología*. México: Siglo Veintiuno

BIBLIOGRAFÍA

- (1995) *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta
- Díaz, F. [ed.] (2000). *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta
- Di Castro, E. (2010) *Desigualdad, exclusión y justicia global*. Isegoría: revista de filosofía moral y política, 43, 459-478
- Doménech, M., Tirado, F.J. [comp.] (1998). *Sociología simétrica: ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa
- Douglas, M. (1987). *How institutions think*. London : Routledge & Kegan Pau
- (1988) *Símbolos naturales*. Madrid: Alianza
- (1991) *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI
- Durkheim, E. (1995) *La división del trabajo social*. Madrid: Akal
- (2003) *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza
- (2005) *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Biblioteca Nueva
- (2008) *El suicidio*. Madrid: Akal
- Eagleton, T. (1997) *Ideología: una introducción*. Barcelona: Paidós
- (1998) *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós
- Echeto, V. M. S. (2008) *Comunicación, violencia y poder simbólico en la sociología de Pierre Bourdieu*. *Nómadas* 17 (1), 135-143
- Elias, N. (1990) *La sociedad de los individuos: ensayos*. Barcelona: Península
- (2001) *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, D.F. : Fondo de Cultura Económica
- Elster, J. (1988) *Uvas amargas: sobre la subversión de la racionalidad*. Barcelona: Península
- (1991) *El cemento de la sociedad: las paradojas del orden social*. Barcelona: Gedisa
- (2002) *Ulises desatado: estudios sobre racionalidad, precompromiso y restricciones*. Barcelona: Gedisa
- Ermakoff, I. (2010) *Theory of practice, rational choice, and historical change*. *Theory and Society*, 39 (5), 527-553
- Etzioni, A. (1980) *La sociedad activa*. Madrid: Aguilar
- (1999) *La nueva regla de oro*. Barcelona: Paidós
- Fanon, F. (1971) *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica
- Featherstone, M. (1995) *Undoing culture: globalization, postmodernism and identity*. London: Sage

BIBLIOGRAFÍA

- (2006) *Genealogies of the global*. Theory, Culture and Society, 23 (2-3) 387-392
- Featherstone, M./Lash, S. (1999) *Spaces of culture: city, nation, world*. London: Sage
- Featherstone, M./Lash, S./Robertson, R. [comp.] (1997) *Global modernities*. London: Sage.
- Flyverbom, M. (2010) *Hybrid networks and the global politics of the digital revolution*. Global Networks, 10 (3), 424-442,
- Foucault, M. (1996a) *Genealogía del racismo*. La Plata: Altamira
- (1996b) *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós
- (1998) *Las palabras y las cosas : una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI
- (2009) *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid : Siglo XXI
- (2006). *Sobre la Ilustración*. Madrid: Tecnos
- Fowler, B. (2009) *The recognition/redistribution debate and Bourdieu's theory of practice: problems of interpretation*. Theory, Culture and Society, 26 (1), 144-156
- Fraser, N. (1997) *Iustitia interrupta*. Santa Fé de Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad de los Andes, Facultad de Derecho
- Fraser, N./Honneth, A. (2006). *¿Redistribución o reconocimiento?* Madrid: Morata
- Friedman, J. (2001) *Identidad cultural y proceso global*. Buenos Aires: Amorrortu
- (2007) *Culture and Global Systems*. Theory, Culture and Society, 23, (2-3). 404-406
- (2009) *Occidentalism and the Categories of Hegemonic Rule*. Theory, Culture and Society, 26 (7-8), 85-102
- Freud, S. (2006) *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Madrid: Alianza Editorial
- Freund, J. (1995) *Sociología del conflicto*. Madrid: Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica
- Gadea, C. A. (2010) *Violencia y experiencias colectivas de conflicto*. Espacio Abierto: Cuaderno Venezolano de Sociología, 19 (2), 195-298
- Gamboa Rocabado, F. (2010) *Certidumbres de arena: La globalización y sus múltiples fantasmas*. Nómadas, 25 (1), 5-45
- García Blanco, J. M. (2002) *Virtualidad, realidad, comunidad. Un comentario sociológico sobre la semántica de las nuevas tecnologías digitales*. Papers, 68, 81-106
- (2007) *Violencia, acción y comunicación*. Papers, 84, 157-166
- (2009) *Humanismo, sociedad y sociología. Una perspectiva sistémica*. Política y Sociedad, 45 (3), 17-28

BIBLIOGRAFÍA

- (2009) *Poder político, violencia y terror en la modernidad globalizada*. Revista Anthropos: Huellas del Conocimiento, 222, 62-83
- García Canclini (1999) *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós
- (2001) *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós
- (2005) *Diferentes, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa
- (2007) *Totalization/Detotalization*. Theory, culture and society, 24 (7-8), 296-301
- (2009) *How Digital Convergence is Changing Cultural Theory*. Popular Communication, 7 (3), 140-146
- García Selgas, F. J. (2006) *Bosquejo de una teoría de la fluidez social*. Política y Sociedad, 43 (2), 13-31
- García Selgas, F. J./Rocco, R. (2006) *Transnationalism: issues and perspectives*. Madrid: Editorial Complutense
- García Sobrecases, F. (2000) *Acción colectiva y bienes públicos. Una introducción al análisis de los comportamientos no cooperativos*. Valencia: Tirant lo Blanch
- Garfinkel, H. (2006) *Estudios en etnometodología*. Barcelona: Anthropos
- Gatti, G. (1997) *Las quiebras de la identidadla doble faz del espacio público*. Reis: revista española de investigaciones sociológicas, 80, 9-32
- (1999) *Habitando astutamente las ruinas del mapa: el aleph, la nación, los cronopios y las modalidades débiles de la identidad colectiva*. Política y Sociedad, 30, 39-52
- (2003) *Las modalidades débiles de la identidad. De la identidad en los territorios vacíos de sociedad y de sociología*. Política y sociedad, 40 (1), 87-109
- Geertz, C. (1992) *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa
- (1999) *Los usos de la diversidad*. Barcelona: Paidós
- George, S. (2010) *Converging crisis: reality, fear and hope*. Globalizations, 7 (1-2) 17-22
- Giddens, A. (1987) *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- [et al.] (1988) *Habermas y la modernidad*. Madrid: Cátedra
- (1995) *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- [et al.] (1996) *La consecuencias perversas de la modernidad: modernidad, contingencia y riesgo*. Barcelona: Anthropos
- (1999) *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.

BIBLIOGRAFÍA

- (2000) *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus
- (2007) *Europa en la era global*. Barcelona: Paidós
- Gills, Barry K. (2010) *The return of crisis in the era of globalization: one crisis, or many?* Globalizations, 7 (1-2), 3-8
- Gilroy, P. (1993) *Black atlantic: modernity and double consciousness*. London: Verso
- 2010) *Planetarity and cosmopolitics*. British Journal of sociology, 61 (3), 620
- Giner, S. (2008) *Historia del pensamiento social*. Barcelona: Ariel
- (2010) *El teorema de posibilidad*. Revista internacional de sociología, 68 (1), 9-18
- Goffman, E. (1972) *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu
- (1980) *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu
- (2006) *Frame analysis: los marcos de la experiencia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
- (2009) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu
- Goldthorpe, J. (2002). Globalisation and social class. West European Politics, 25 (3), 1-28
- González-Bailón, S. (2009) *Networks and mechanisms of interdependence. Theoretical developments beyond the rational action model*. Revista Internacional de Sociología, 67 (3), 537-558
- González Ulloa Aguirre, P. A. (2010) *El Estado y la globalización ante la nueva crisis internacional*. Política y Cultura, 34, 89
- Goody, J. (2009) *Supremacy or Alternation?* Theory, Culture and Society, 26 (7-8), 148-155
- Gramsci, A. (1978) *Antología*. México: Siglo XXI
- Granovetter, M./Swedberg, R. [ed.] (1992) *The sociology of economic life*. Boulder: Westview Press
- Guillén, M.F./Collins, R./England, P./Meyer, M. (edi.) (2002) *The new economic sociology*. New York: Russell Sage Foundation
- Habermas, J. (1981) *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus.
- (1988) *Teoría de la acción comunicativa. Vol. II, Crítica de la razón funcionalista*. Madrid: Taurus.
- (1989) *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Tecnos

BIBLIOGRAFÍA

- (1992) *Teoría de la acción comunicativa. Vol. I, Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus.
- (1994) *Teoría de la acción comunicativa. Complementos y estudios previos*. Madrid: Cátedra.
- (1994) *Historia y crítica de la opinión pública*. México: Gustavo Gili
- (1999) *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Madrid: Cátedra
- (2000) *La constelación posnacional*. Barcelona: Paidós
- Hacking, I. (2001) *¿La construcción social de qué?* Barcelona: Paidós
- Hall, S. 1995 'New Cultures For Old. A Place in the World?' in D. Massey and P. Jess (eds) *Place, Cultures and Globalisation*, New York: Oxford University Press.
- (1997) [ed.] *Representation: cultural representations and signifying practices*. London: Sage in association with the Open University
- Hannerz, U. (1998) *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares* Madrid: Cátedra.
- (2006) *Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems*. *American Anthropologist*, 108 (1) 254-255
- (2010) *Diversity Is Our Business*. *American Anthropologist*, 112 (4), 539
- Haraway, D. J. (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra
- Harris, J. (2003) *The Conflict For Power In Transnational Class Theory*. *Science and Society*, 67 (3), 329-339
- Harvey, D. (1995) *The condition of postmodernity: an enquiry into the origins of cultural change*. Oxford: Basil Blackwell
- (2004) *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal
- Held, D. [et al.] (2000) *Global transformations: politics, economics and culture*. Oxford: Polity.
- (2010) *Cosmopolitanism: Ideas, Realities and Deficits*. Cambridge: Polity Press
- Held, D./McGrew, A. (2003) *Globalización-Antiglobalización: sobre la reconstrucción del orden mundial*. Barcelona: Paidós
- Heritage, J. (1986) *Garfinkel and ethnomethodology*. ¿Oxford, Cambridge, New York?: Polity Press
- Herzog, B. (2011) *Exclusión discursiva. Hacia un nuevo concepto de la exclusión social*. *Revista Internacional de Sociología*, 69 (3), 607-626

BIBLIOGRAFÍA

- Hirschman, A. O. (1977) *Salida, voz y lealtad*. México: Fondo de Cultura Económica
- Hirst, P./ Thompson, G. (1999) *Globalization in question*. Cambridge: Polity Press
- Hobsbawm, E. (2007) *Guerra y paz en el siglo XXI*. Barcelona: Crítica
- Honneth, A. (2009) *Crítica del poder*. Madrid: Antonio Machado Libros
- (2007) *Reificación*. Buenos Aires: Katz
- Honneth, A./Joas, H. (1988) *Social action and human nature*. Cambridge: Cambridge University Press
- hooks, b. (1984) *Feminist theory from margin to center*. Boston: South End Press
- Horkheimer, M./Adorno, T. (1994) *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta
- Houtart, F. (2010) *The multiple crisis and beyond*. Globalizations, 7 (1-2) 9-15
- Hulme, M. (2010) *Cosmopolitan Climates: Hybridity, Foresight and Meaning*. Theory, Culture and Society, 27 (2-3), 267-276
- Huntington, S. (1997) *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós
- Inglis, D. (2009) *Cosmopolitan sociology and the classical canon: Ferdinand Tönnies and the emergence of global Gesellschaft*. British Journal of sociology, 60 (4), 813
- Iranzo, J. M. (2004) *El «Imperio» como fantasía y deseo de las globalizaciones*. Política y Sociedad 41(3), 35-62
- Jameson, F. (1991) *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós
- Jay, M. (2010) *Liquidity Crisis: Zygmunt Bauman and the Incredible Lightness of Modernity*. Theory, culture and society, 27 (6), 95-106
- Jazeel, T. (2011) *Spatializing Difference beyond Cosmopolitanism: Rethinking Planetary Futures*. Theory, Culture and Society, 28 (5), 75-97
- Jessop, B. (1982) *Orden social, reforma y revolución*. Madrid: Tecnos
- (1990) *State theory. Putting the capitalist state in its place*. Cambridge: Polity Press
- Joas, H. (1998) *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*. Madrid : CIS: Siglo XX
- (1996) *The creativity of action*. Cambridge: Polity Press
- Keohane, R. O./ Nye, J. S. (1988) *Poder e interdependencia. La política mundial en transición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano
- Kiely, R. (2005) *Globalization and Poverty, and the Poverty of Globalization Theory*. Current Sociology, 53 (6), 895-914

BIBLIOGRAFÍA

- (2005) *Capitalist expansion and the imperialism-globalization debate: contemporary Marxist explanations*. Journal of international relations and development, 8 (1), 27-57
- Knorr Cetina, K. (1999) *Epistemic cultures*. Cambridge, Massachusetts; London: Harvard University Press
- Knorr Cetina, K./Schatzki, T./Von Savigny, E. [ed.] (2001) *The practice turn in contemporary theory*
- Koczanowicz, L. (2011) *Beyond dialogue and antagonism: a Bakhtinian perspective on the controversy in political theory*. Theory and Society, 40 (5), 553-566
- Kraidy, M. M. (2002) *Hybridity in Cultural Globalization*. Communication Theory, 12 (3), 316-339
- Kriesberg, L. (1975) *Sociología de los conflictos sociales*. Mexico: Trillas
- Lacan, J. (1984) *Escritos*. Mexico: SigloVeintiuno
- Laclau, E./Mouffe, C. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI
- Lamo de Espinosa, E. (1981) *La teoría de la cosificación: de Marx a la Escuela de Frankfurt*. Madrid: Alianza
- (1996) *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia: ensayos sobre la condición moderna*. Oviedo: Nobel
- (2002) *Lengua, nación y estado*. Claves de Razón Práctica, 121, 271-279
- Lash, S. (2003) *Reflexivity as non-linearity*. Theory, Culture & Society, 20 (2) 49 - 57
- (2005) *Crítica de la información*. Buenos Aires: Amorrurtu
- (2007) *Power after hegemony*. Theory, Culture & Society, 24 (3) 55
- Lash, S./Urry, J. (1988) *The end of organized capitalism*. Cambridge: Polity
- (1994) *Economies of signs and space*. London: Sage
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social. An introduction to actor-network theory*. Oxford: Oxford University Press
- (2007) *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Law, J./ Hassard, J. (editors) (1999) *Actor Network Theory and after*. Oxford: Blackwell
- Law, J./Mol, A. [ed.] (2002) *Complexities*. Durham: Duke University Press
- Lefebvre, H. (1969) *Sociología de Marx*. Barcelona: Península
- (2000) *The production of space*. Oxford: Blackwell
- Levy, D./Heinlein, M./Breuer, L. (2011) *Reflexive particularism and cosmopolitization: the reconfiguration of the national*. Global Networks, 11 (2) 139-159

BIBLIOGRAFÍA

- Lizardo, O. (2010) *Beyond the antinomies of structure: Levi-STrauss, Giddens, Bourdieu, and Sewell*. *Theory and Society*, 39 (6), 651-688
- Luhmann, N. (1996) *Introducción a la teoría de sistemas*. México: Universidad Iberoamericana
- (1998a) *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Anthropos
 - (1998b) *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*. Madrid: Trotta
- Lukes, S. (2007) *El poder. Un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI
- Maffessoli, M. (2006) *El vínculo imaginal*. *Política y Sociedad*, 43 (2), 85-89
- Mann, M. (1988) *States, war and capitalism*. Oxford: Basil Blackwell
- (2000) *¿Ha terminado la globalización con el imparable ascenso del Estado nacional?* *Zona Abierta*, 92/93
 - (2004). *El imperio incoherente: Estados Unidos y el nuevo orden internacional*. Barcelona: Paidós
- Mannheim, K. (1993) *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica
- Marcusse, H. (1971) *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad avanzada*. Barcelona: Seix Barral
- Marx, K. (1976) *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: Alberto Corazón
- (2001) *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza
 - (2003) *Manifiesto comunista*. Madrid: Alianza
 - (2005) *La ideología alemana*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editores
- Martell, L. (2007) *The Third Wave in Globalization Theory*. *International Studies Review*, 9 (1), 173-196
- (2011) *Cosmopolitanism and Global Politics*. *The Political Quarterly*, 82 (4), 618-627
- Mauro, S. (2011) *La fragmentación de las solidaridades políticas en las democracias contemporáneas: procesos de identificación y diferenciación*. *Foro Interno*, 11, 127-150
- Mazzola, I. (2011) *Comunidad, sociedad. Reflexiones desde la historia conceptual*. *Nómadas*, 29 (1), 221-244
- McAdam, D./McCarthy, J.D./Zal, M.N. [ed.] (1996) *Comparative perspectives on social movements*. Cambridge: Cambridge University Press
- McCarthy, T. (1991) *Ideals and illusion*. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology
- McLuhan, M. (1966) *Understanding media*. New York: New American Library

BIBLIOGRAFÍA

- Mead, G. H. (1999) *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós
- Melucci, A. (1989) *Nomads of the present*. London: Hutchinson Radius
- Merleau-Ponty, (1993) *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península
- Merton, R. K. (1980) *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*. Madrid: Espasa-Calpe
- (2002) *Teoría y estructuras sociales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económico
- Meyer, J. W. (2007) *Globalization: Theory and Trends*. International Journal of Comparative Sociology, 48 (4), 261-273
- Mignolo, W. (2009) *Epistemic Disobedience, Independent Thought and Decolonial Freedom*. Theory, Culture and Society, 26 (7-8), 159-181
- Mingione, E. (1994) *Las sociedades fragmentadas*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social
- Morris, L. (2009) *An emergent cosmopolitan paradigm? Asylum, welfare and human rights*. British Journal of Sociology, 60 (2), 215
- Mouzelis, N. (1994) *Back to social theory*. London: MacMillan
- (1995) *Sociological theory, what went wrong?: diagnosis and remedies*. London: Routledge.
- Nederveen Pieterse, J. (2000) *Globalization North and South*. Theory, Culture and Society, 17 (1)
- (2001) *Hybridity, so what? The anti-hybridity backlash and the riddles of recognition*. Theory, Culture and Society, 18 (2-3), 219-245
- (2004) *Neoliberal Empire*. Theory, Culture and Society, 21 (3), 1191-40
- (2007) *Global multicultural, flexible acculturation*. Globalizations, 4 (1) 65-79
- (2008) *Globalization the next round: sociological perspectives*. Futures, 40 (8) 707-720
- (2009) *Representing the rise of the rest as threat: media and global divides*. Global Media and Communication, 5 (2) 221-237
- Negri, A. (1994) *El poder constituyente: ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Madrid: Libertarias
- (2003) *Crisis de la política: escritos sobre Marx, Keynes, las crisis capitalistas y las nuevas subjetividades*. Buenos Aires: El cielo por asalto
- (2004) *Multitude*. New York: Penguin Press
- (2006) *Movimientos en el imperio: pasajes y paisajes*. Barcelona: Paidós
- Negri, A./Hardt, M. (2002) *Imperio*. Barcelona: Paidós

BIBLIOGRAFÍA

- Noguera Fernández, A. (2011) *La teoría del estado y del poder en Antonio Gramsci: claves para descifrar la dicotomía dominación-liberación*. *Nómadas* 29 (1), 245-264
- Noya, J. (2003) *Cultura, desigualdad y reflexividad: la sociología de Pierre Bourdieu*. Madrid: Catarata
- (2011) *Teorías de la sociología contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Noya, J./Rodríguez, B. (2010). *Teorías sociológicas de la globalización*. Madrid: Tecnos
- (2010) *Internacionalización, crecimiento y solidaridad: los españoles ante la globalización*. Madrid: Tecnos-Real Instituto Elcano
- Nye, J. S./Donahue, J. D. [ed.] (2000) *Governance in a globalizing world*. Washington, D.C.: Brookings Institution Press
- Offe, K. (1985) *Disorganized capitalism*. Cambridge: Polity Press
- (1991) *Contradicciones en el Estado del Bienestar*. México: Editorial Patria
- (1996) *Modernity and the state*. Cambridge: Polity Press
- Ohmae, K. (2005) *El próximo escenario global: desafíos y oportunidades en un mundo sin fronteras*. Barcelona: Granica
- Olson, M. (1992) *La lógica de la acción colectiva*. México: Limusa
- Paladino, F. J. (2011) *Sociedad y Comunidad: Dialéctica entre totalidad e "interrupción". Un esbozo de articulación a contramano del sentido común sociológico*. *Nómadas*, 30 (2), 103-122
- Pareto, V. (1980) *Forma y equilibrio sociales*. Madrid: Alianza
- Parsons, T. (1968) *La estructura de la acción social*. Madrid: Guadarrama
- (1976) *El sistema social*. Madrid: Revista de Occidente
- Parkin, F. (1984) *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*. Madrid: Espasa Calpe
- Parsell, C. (2011) *Homeless identities: enacted and ascribed*. *British Journal of Sociology*, 62 (3), 442-461
- Pérez-Agote Poveda, A. (1989) *La sociedad y lo social: ensayos de sociología*. Bilbao: Universidad del País Vasco
- (1996) *Complejidad y teoría social*. Madrid: CIS
- Pichler, F. (2012). *Cosmopolitanism in a global perspective: An international comparison of open-minded orientations and identity in relation to globalization*. *International Sociology*, 27 (1), 21-50
- Piore, J. M./Sabel, C. F. (1990) *La segunda ruptura industrial*. Madrid: Alianza

BIBLIOGRAFÍA

- Pleasants, N. (1999) *Wittgenstein and the idea of a critical social theory: a critique of Giddens, Habermas and Bhaskar*. London; New York: Routledge
- Polanyi, K. (1989) *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta
- (1994) *El sustento del hombre*. Madrid: Mondadori
- Pollner, M. (1987) *Mundane reason*. Cambridge [etc.]: Cambridge University Press
- Poulantzas (1987) *Las clases sociales en el capitalismo actual*. México: Siglo XXI
- Pozzi, P./Nigra, F. (2010) *¿El fin de la globalización? La crisis económica de Estados Unidos*. Política y Cultura, 34, 310
- Pyyhtinen, O. (2009) *Being-with: Georg Simmel's Sociology of Association*. Theory, Culture and Society, 26 (5), 108-128
- Ranciere, J. (1996) *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires : Nueva Visión
- Read, R. (2008) *The 'hard' problem of consciousness is continually reproduced aNd harder by all attempts to solve it*. Theory, Culture and Society, 25 (2)
- Reyes, G. E. (2001) *Teoría de la globalización: bases fundamentales*, Nómadas, 3
- Rheingold, H. (2004) *La comunidad virtual*. Barcelona: Gedisa
- Ribes Leiva, A. J. (2010) *Durkheim contra Durkheim: los límites de la lógica secuencial totalidad-fragmentación*. Nómadas 28 (4), 237-261
- Robertson, R. (2005) *Tres olas de globalización: historia de una conciencia global*. Madrid: Alianza
- Robertson, R. (1992) *Globalization. Social theory and global culture*. London: Sage
- (2000) *Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad*. Zona Abierta, 92/93
- Robinson, W. I. (2001) *Social theory and globalization: The rise of a transnational state*. Theory and Society, 30 (2), 157-200
- (2011) *Globalization and the sociology of Immanuel Wallerstein: A critical appraisal*. International Sociology, 26 (6), 723-745
- Rodríguez Ibañez, J. E. (1998) *La perspectiva sociológica: historia, teoría y método*, Madrid: Taurus.
- Rorty R. (1995) *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid: Tecnos
- Sádaba, I. (2008) *Propiedad intelectual: ¿Bienes públicos o mercancías privadas?* Madrid: Catarata
- Sahlins, M. (1988) *Cultura y razón práctica*. Barcelona : Gedisa

BIBLIOGRAFÍA

- Said, E. (2002) *Orientalismo*. Madrid: Debate
- Sassen, S. (1991) *The global city: New York, London, Tokyo*. Princeton, N.J. : Princeton University Press
- (2001) *¿Perdiendo el control?: la soberanía en la era de la globalización*. Barcelona: Bellaterra
 - (2003) *Contrageografías de la globalización: Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de sueños
 - (2007) *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz
 - (2010) *Territorio, autoridad y derechos: de los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*. Buenos Aires: Katz
 - (2010) *A Savage Sorting of Winners and Losers: Contemporary Versions of Primitive Accumulation*. Globalizations, 7 (1-2) 23-50
- Schilpp, P. A. [ed.] (1957) *The philosophy of Karl Jaspers*. New York: Tudor Publishing Company
- Schlee, G. (2004) *Taking sides and constructing identities: reflections on conflict theory*. Journal of the Royal Anthropological Institute. 10 (1), 135-156
- Schutz, A. (1993) *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós
- Sennet, R. (1982) *La autoridad*. Madrid: Alianza
- (2000) *La corrosión del carácter: Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona : Anagrama
 - (2003) *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama
 - (2006) *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama
- Serres, M. (1991). *El contrato natural*. Valencia: Pre-textos
- Sewell, Jr., W. H. (1992). A theory of structure: duality, agency, and transformation. *The American Journal of Sociology*, 98 (1), 1-29
- Sharrock, W./Dennis, A. (2008) *That we obey rules blindly does not mean that we are blindly subservient to rules*. Theory, culture and society, 25 (2), 33-50
- Sicilia Rodríguez, J./González Alcon, C. (2000) *Teoría de juegos la matemática del conflicto*. Números, 43-44, 263-266
- Simmel, G. (2002) *Sobre la aventura: ensayos filosóficos*. Barcelona: Península

BIBLIOGRAFÍA

- (2003) *Filosofía del dinero*. Granada: Comares
- (2010) *El conflicto: Sociología del antagonismo*. Madrid : Sequitur
- Sklair, L. (2003) *Sociología del sistema global: el impacto socioeconómico y político de las corporaciones transnacionales*. Barcelona: Gedisa
- Sloterdijk, P. (2007) *En el mundo interior del capital: para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Siruela
- Smith, A. D. (1976) *Las teorías del nacionalismo*. Barcelona: Península
- (1991) [ed.] *Culture, globalization and the world-system: contemporary conditions for the representation of identity*. New York : State University
- (1995) *Nations and nationalism in a global era*. Cambridge: Polity
- Smith, M. B./Jenkins, K. (2011) *Disconnections and exclusions: professionalization, cosmopolitanism and (global?) civil society*. *Global Networks*, 11 (2) 160-179,
- Smith, M. A./Kollock, P. [ed.] (2003) *Comunidades en el ciberespacio*. Barcelona: UOC
- Spivak, G. (2000) *A critique of postcolonial reason: toward a history of the vanishing present*. Cambridge: Harvard University Press
- (2005) *Scattered speculations on the subaltern and the popular*. *Postcolonial Studies: Culture, Politics, Economy*, 8 (4) 475-486
- (2006) *Culture Alive*. *Theory, Culture and Society*, 23 (2-3) 359-360
- Stade, R. (2007) *Cosmos and polis, past and present*. *Time, culture and society*, 24 (7-8)
- Stiglitz, J. E. (2003) *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus
- Swedberg, R. (1990) *Economics and sociology*. Oxford: Princeton University
- Taylor, C. (1993) *El multiculturalismo y la 'política del reconocimiento'*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica
- (1997) *Argumentos filosóficos*. Barcelona: Paidós
- (2006) *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona: Paidós
- (2007) *Cultures of Democracy and Citizen Efficacy*. *Public culture*, 19 (1)
- Tena-Sánchez, J./Güell, A. (2011) *¿Qué es una norma social? Una discusión de tres aproximaciones analíticas*. *Revista Internacional de Sociología*, 69 (3), 561-583
- Therborn, G. (1987) *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Madrid: Siglo XXI
- (1995) *European modernity and beyond*. London: Sage
- (2007) *Brief comments on globalization, modernity, nation and time*. *Theory, Culture and Society*, 24 (7-8)

BIBLIOGRAFÍA

- Thompson, E.P. (1977) *La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra 1780-1832*. Barcelona: Laia
- (1991) *Customs in Common*. London: Merlin Press
- Tilly, C. (2005) *Trust and rule*. Cambridge; New York: Cambridge University Press,
- (2005) *Los movimientos sociales entran en el siglo XXI*. Política y Sociedad (42)2
- Tönnies, F. (1979) *Comunidad y asociación: el comunismo y el socialismo como formas de vida social*. Barcelona: Península
- Touraine, A. (1973) *La sociedad post-industrial*. Barcelona: Ariel
- (2000) *Igualdad y diversidad. Las nuevas tareas de las democracias*. México : Fondo de Cultura Económico
- Turner, V. (1988) *El proceso ritual*. Madrid: Taurus
- Urry, J. (2000) *Sociology beyond societies*. London: Routledge
- (2005a) *The complexities of the global*. Theory, Culture and Society, 22 (5), 235-254
 - (2005b) *The complexity turn*. Theory, Culture and Society, 22 (5), 1-14
 - (2012) *Social networks, mobile lives and social inequalities*. Journal of Transport Geography, 21 24-30
- Urry, J./Szerszynski, B. (2002) *Cultures of cosmopolitanism*. The Sociological Review, 50 (4) 461 - 481
- VV.AA. (2004) *Otras inapropiables: feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficantes de sueños
- Velázquez Becerril, C. A./ Pérez Pérez , G. (2010) *Las transformaciones del Estado-nación en el contexto de la globalización*. Política y Cultura, 34, 107
- Venn, C. (2009) *Neoliberal Political Economy, Biopolitics and Colonialism: A Transcolonial Genealogy of Inequality*. Theory, Culture and Society, 26 (6), 206-233
- Vilas, C. M. (2004) *Imperialismo, globalización, imperio: las tensiones contemporáneas entre la territorialidad del Estado y la desterritorialización del capital*. Política y Sociedad, 41 (3), 13-34
- Von Neumann, J./Morgenstern, O. (1974) *Theory of games and economic behavior*. Princeton: Princeton University Press
- Wallerstein, I. (1979) *El moderno sistema mundial*, vol. 1. Madrid: Siglo XXI
- (1984a) *The politics of the world economy : the states, the movements and the civilisations*. Cambridge: Cambridge University Press

BIBLIOGRAFÍA

- (1984b) *El moderno sistema mundial*, vol. 2. México: siglo XXI
- (1991) *Unthinking social science: the limits of nineteenth-Century paradigms*. Cambridge: Polity Press
- (1995) *After liberalism*. New York: New Press
- (1999) *El moderno sistema mundial*, VOL. 3. Madrid: Siglo XXI
- (2006) *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Barcelona: Kairós
- Wallerstein, I./E. Balibar (1991) *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA
- Walzer, M. (1997) *Las esferas de la justicia*. México: Fondo de Cultura Económica
- (1998a) *Tratado sobre la tolerancia*. Barcelona: Paidós
- [ed.] (1998b). *Toward a global civil society*. Providence : Berghahn Books
- Watson, M. C. (2011). *Cosmopolitics and the Subaltern: Problematizing Latour's Idea of the Commons*. *Theory, Culture and Society*, 28 (3), 55-79
- Weber, M. (2002) *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica
- (2004) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza
- Wieviorka, M. (1992) *El espacio del racismo*. Barcelona: Paidós
- (2009) *Violence: a new approach*. London: Sage
- Williams, R. (1975) *Television*. New York : Schocken Book
- (1982) *Problems in materialism and culture*. Londres: Verso
- Williamson, O. (1991) *Mercados y jerarquías: su análisis y sus implicaciones anti-trust*. México: Fondo de cultura económica
- Winch, P. (1972) *Ciencia social y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu
- (1987) *Trying to make sense*. Oxford: Blackwell
- Wittgenstein, L. (1988) *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica
- Yebra López, C. (2010) *Lenguaje, poder e identidad social. Nietzsche, Bordieu, Austin*. *Nómadas*, 28 (4), 147-167
- Zizek, S. (2005) *Bienvenidos al desierto de lo real*. Madrid: Akal
- (2007) *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Ediciones sequitur